PROVERBIOS

Frans van Deursen

FUNDACIÓN EDITORIAL DE LITERATURA REFORMADA

(FELiRe)

Proverbio fundamental:

«El principio de la sabiduría
es el temor de Yahvéh;
los insensatos desprecian
la sabiduría y la enseñanza».
(Pr. 1:7)

Las citas bíblicas que aparecen en este libro han sido tomadas, casi exclusivamente, de la versión Reina-Valera, revisión 1995.

Título original: **Spreuken**
(Editorial 'Buijten & Schipperheijn', 1979-1986, Amsterdam, Países Bajos).

Traductor: Rev. Juan Teodoro Sanz Pascual
Primera edición española: 2003

ISBN: 90 6311001 4
Depósito Legal: .

Edita y distribuye:
FUNDACION EDITORIAL DE LITERATURA REFORMADA
(FELiRe)
Apartado 1053 - 2280 CB Rijswijk-Z.H. - Países Bajos

Distribuye:
FUNDACION EDITORIAL DE LITERATURA REFORMADA
FELiRe, Apartado 96.018, 08080-BARCELONA, ESPAÑA

Maquetación editorial y diseño portada:
RECURSOS EDICIONES
www.recursosediciones.com

Impreso en Romanyà/Valls, S. A.
Verdaguer, 1 - 08786 Capellades (Barcelona)

Printed in Spain

ÍNDICE

NOTA A LA EDICIÓN ESPAÑOLA 13
PRÓLOGO DEL AUTOR: 15

CAPÍTULO 1
Proverbios o *MESHALIM*. 17
1. Proverbios, un título que no cubre totalmente el contenido 18
2. El **mashal** muestra frecuentemente el paralelismo hebraico 20
3. Un **mashal** habla demostrativamente y contiene, con frecuencia, una comparación 24
4. Un **mashal** puede, velada o abiertamente, burlarse de alguien 26
5. Un **mashal** puede hablar, a veces, enigmáticamente 26
6. A veces, un **mashal** habla muy severamente 30
   a. En Proverbios, el acento recae en la regla 31
   b. No hay que crear contradicción alguna entre Proverbios y Eclesiastés 32
   c. No hay que leer Proverbios como un libro suelto, atemporal, sino como uno de los libros del Antiguo y Nuevo Pacto. 33
NOTAS Cap. 1 37

CAPÍTULO 2
¿CÓMO HEMOS RECIBIDO EL LIBRO DE PROVERBIOS? 39
1. Proverbios de Salomón 39
2. Cuidado de Ezequías por la sabiduría de Israel 45
3. Plan y orden del libro 47
4. El *Manual* para el libro de Proverbios 49
NOTAS Cap. 2 52

PRIMERA PARTE: PROVERBIOS, 1 AL 9, MANUAL PARA SU USO Y APLICACIÓN

CAPÍTULO 3
PROVERBIOS 1:1-6: PROVERBIOS OFRECE SABIDURÍA DE VIDA, ESPECIALMENTE A LOS MÁS JÓVENES 55
1. Proverbios puede enseñarnos sabiduría 56

a. En Israel, sabiduría también significa conocimiento de una profesión 56
b. La sabiduría de la vida es igual al «know-how» de la vida. 58
2. Proverbios puede enseñarnos a ser disciplinados 60
3. Proverbios puede reforzar nuestro discernimiento 62
4. Proverbios es un libro especial para la juventud 63
a. Para jóvenes de 14 a 40 años 64
b. Para quienes sólo pudieron adquirir poca experiencia 65
c. Nunca se es demasiado mayor para aprender 66
NOTAS Cap. 3 67

CAPÍTULO 4
PROVERBIOS 1:7: «EL PRINCIPIO DE LA SABIDURÍA ES EL TEMOR DE YAHVÉH» 69
1. La sabiduría es un don de Dios 69
2. La sabiduría empieza con el temor de Yahvéh 70
3. Obtener sabiduría de la Palabra de Dios 72
a. Aprender sabiduría de la Toráh de Moisés 74
b. Aprender sabiduría de los profetas. 77
c. Aprender sabiduría de Cristo y sus apóstoles. 78
4. Obtener sabiduría de la obra de Dios 79
a. Obtener sabiduría de las ordenanzas de cielo y tierra 79
b. El temor de Yahvéh en proverbios sin el nombre de Yahvéh. 83
5. Sabiduría y disciplina: Necios son quienes la desprecian 85
6. La sabiduría de Dios excluye el conocimiento humano autónomo 86
7. La sabiduría de Dios es, además, supercientífica 88
8. Sabiduría y necedad, dos caminos muy antiguos 89
NOTAS Cap. 4 90

CAPÍTULO 5
PROVERBIOS 1:8-33: ESCUCHAR HACE SABIO, Y LA SABIDURÍA HACE VIVIR, ¡PERO, HAY QUE ESCUCHAR A TIEMPO! 91
1. Escucha bien cuanto te enseñen tus padres; ¡joven, eso te honrará! Pr. 1:8-9: 92
2. No escuches a pecadores, pues cometes un atentado contra tu propia vida: Pr. 1:10-19 95
3. Elige escuchar a Doña Sabiduría, ¡pero hazlo a tiempo! Pr. 1:20-33 97
NOTAS Cap. 5 107

CAPÍTULO 6
PROVERBIOS 2: EL BUSCADOR DE SABIDURÍA ENCUENTRA TAMBIÉN SENTIDO Y PROTECCIÓN DE LA VIDA 109

1. Busca sabiduría como se busca el oro, Pr. 2:1-4 109
2. Así se encuentra el sentido de la vida, Pr. 2:5-10 111
3. Así se encuentra protección de la vida, Pr. 2:11-22 112
NOTAS Cap. 6 115

CAPÍTULO 7
PROVERBIOS 3: EN EL CUMPLIMIENTO DE LOS MANDAMIENTOS DE DIOS HAY GRAN GALARDÓN PARA TODA NUESTRA VIDA 117
1. La sabiduría puede alargarnos la vida, Pr. 3:1-2 119
a. ¿Qué es larga vida? 120
b. ¿Por qué morir prematuramente? (Ec. 7:17) 121
c. Podían haber vivido más larga vida 122
2. La sabiduría nos hace agradables ante Dios y ante los hombres Pr. 3:3-4 126
3. En este mundo, la sabiduría reduce la desdicha, Pr. 3:5-6 .. 128
4. La sabiduría beneficia a la salud, Pr. 3:7-8 131
a. Para evitar malentendidos. 132
b. Salud y obediencia. 133
c. Salud y sabiduría. 134
5. La sabiduría aumenta los bienes, Pr. 3:9-10 136
6. La sabiduría enseña a humillarse bajo el castigo de Dios, Pr. 3:11-12 139
a. La disciplina de Yahvéh. 139
b. No todo sufrimiento es, sin más, una corrección de Dios. 141
c. No menospreciar, sino obedecer. 142
7. La sabiduría es más valiosa que las piedras preciosas, Pr. 3:13-15 143
8. La sabiduría concede riquezas y honra, Pr. 3:16 144
9. La sabiduría da dulzura y paz, Pr. 3:17 146
10. La sabiduría nos permite comer de un árbol de vida, Pr. 3:18 147
11. La sabiduría es el principio en que se basan cielo y tierra, Pr. 3:19-20 149
12. La sabiduría hace vivir, nos adorna y protege, Pr. 3:21-23 151
13. La sabiduría va bien para el descanso nocturno, Pr. 3:24 .. 151
a. Dios nos dio la noche para descansar 152
b. Pecado e insomnio. 153
c. El caminar con Dios y nuestro descanso nocturno. 154
14. La sabiduría nos conserva, mientras que los impíos perecen, Pr. 3:25-26 156
15. La sabiduría hace servicial y caritativo, Pr. 3:27-28 158
16. La sabiduría no hace mal uso de la confianza, Pr. 3:29 160
17. La sabiduría nos hace amantes de la paz, Pr. 3:30 162
18. La sabiduría nos lleva al trato amigable con Dios, Pr. 3:31-32 163

19. La sabiduría derrama bendición en los lugares, Pr. 3:33 165
20. La sabiduría, por su humildad, se granjea la benevolencia de Dios, Pr. 3:34 166
21. La sabiduría hace heredar honra, Pr. 3:35 168
22. La sabiduría abarca y bendice toda nuestra vida 169
NOTAS Cap. 7 171

CAPÍTULO 8
PROVERBIOS 4: LO QUE EL PROPIO SALOMÓN APRENDIÓ DE SU PADRE DAVID 173
1. Escucha a la sabiduría 173
2. La sabiduría hace vivir 177
NOTAS Cap. 8 179

CAPÍTULO 9
PROVERBIOS 5, 6 Y 7: ADULTERIO Y PROSTITUCIÓN: LA NECEDAD CORONADA 181
1. ¿Cómo comienza siempre esta necedad? 182
2. ¿Cómo se desarrolla esta necedad? 186
a. Esa mujer te cuesta tu riqueza 187
b. Esa mujer te cuesta tu salud 188
c. Esa mujer te cuesta tu buen nombre. 194
d. Esa mujer puede costarte incluso tu vida. 195
e. Esa mujer te cuesta mucho dolor de corazón. 198
3. ¿Cómo puedes protegerte contra esa necedad? 199
a. Recuerda la enseñanza del temor de Yahvéh 200
b. Permanece lo más lejos posible del barrio de la ramera 202
c. No desees su hermosura en tu corazón. 202
d. Fíjate en el final de semejante relación 203
e. Goza del amor de tu propia esposa. 204
f. Y ten muy presente, que Dios te ve en todas partes 207
g. Seis normas a tener en cuenta. 210
NOTAS Cap. 9 210

CAPÍTULO 10
PROVERBIOS 8: LA IMAGINARIA DOÑA SABIDURÍA 211
1. Doña Sabiduría aparece en nuestra vida dispuesta a ayudar a todos con consejos saludables, vs. 1 a 5. 212
2. Doña Sabiduría, consejera más pura que el oro, no se encuentra en ninguna otra parte, vs. 6 a 13 215
3. Doña Sabiduría siempre tiene un consejo y con él procura a sus amigos poder y provecho, vs. 14-21 219
4. Doña Sabiduría muestra su título nobiliario, vs- 22-31 222
5. Doña Sabiduría nos proporciona la vida, vs. 32-36 228
6. La sabiduría no es un ser divino 231
NOTAS Cap. 10 231

CAPÍTULO 11
PROVERBIOS 9: ¿QUÉ INVITACIÓN ACEPTAS? 233
1. Doña Sabiduría y sus invitados comen alimento de vida, vs. 1-6 234
2. Doña Sabiduría no quiere echar sus perlas a los puercos, vs. 7-12 237
3. Doña Insensata y sus invitados se sientan a un banquete mortal, vs. 13-18 242
NOTAS Cap. 11 247

SEGUNDA PARTE: PROVERBIOS, 10 AL 31, EL "VERDADERO" LIBRO DE PROVERBIOS

Introducción 251

CAPÍTULO 12
ALGUNOS PROVERBIOS DE SALOMÓN, Prov. 10 á 22:15 253
Proverbios 10:1: 253
Proverbios 10:2: 254
Proverbios 10:4: 256
Proverbios 10:7: 257
Proverbios 10:11: 258
Proverbios 10:14: 258
Proverbios 10:15: 259
Proverbios 10:16: 260
Proverbios 10:17: 261
Proverbios 10:19: 262
Proverbios 11:2: 262
Proverbios 11:4: 264
Proverbios 11:11: 266
Proverbios 11:14 269
Proverbios 11:16: 270
Proverbios 11:17: 270
Proverbios 11:18: 272
Proverbios 11:22: 273
Proverbios 11:24: 273
Proverbios 11:25: 274
Proverbios 11:26: 275
Proverbios 12:10: 276
Proverbios 12:19: 280
Proverbios 12:20: 280
Proverbios 12:21: 281
Proverbios 12:24: 282
Proverbios 12:25: 283

Proverbios 12:26: 284
Proverbios 13:4: 285
Proverbios 13:11: 285
Proverbios 13:12: 285
Proverbios 13:14: 286
Proverbios 13:20: 286
Proverbios 13:24: 286
Proverbios 14:1: 289
Proverbios 14:4: 291
Proverbios 14:12 (= 16:25): 292
Proverbios 14:15: 292
Proverbios 14:19: 294
Proverbios 14:23: 295
Proverbios 14:26, 27: 295
Proverbios 14:30: 296
Proverbios 14:32: 299
Proverbios 14:35: 300
Proverbios 15:1: 300
Proverbios 15:8: 301
Proverbios 15:9: 302
Proverbios 15:11: 302
Proverbios 15:13: 302
Proverbios 15:15: 304
Proverbios 15:16: 305
Proverbios 15:17: 306
Proverbios 15:27: 307
Proverbios 15:30: 308
Proverbios 15:33: 308
Proverbios 16:3: 308
Proverbios 16:7: 308
Proverbios 16:12: 310
Proverbios 16:18: 312
Proverbios 16:19: 312
Proverbios 16:24: 313
Proverbios 16:25 (= 14:12): 315
Proverbios 16:31: 315
Proverbios 17:8: 315
Proverbios 17:9: 317
Proverbios 17:22: 318
Proverbios 17:23: 319
Proverbios 17:28: 320
Proverbios 18:1: 320
Proverbios 18:7: 321
Proverbios 18:10: 323
Proverbios 18:11: 324
Proverbios 18:12: 324

Proverbios 18:22: 325
Proverbios 19:3: 325
Proverbios 19:11: 327
Proverbios 19:18: 329
Proverbios 20:3: 331
Proverbios 20:9: 332
Proverbios 20:12: 333
Proverbios 20:22: 334
Proverbios 20:25: 336
Proverbios 20:29: 337
Proverbios 21:1: 338
Proverbios 21:9: 339
Proverbios 21:13: 342
Proverbios 21:24: 343
Proverbios 22:3 (= 27:12) 343
Proverbios 22:6: 344
Proverbios 22:14: 346
Proverbios 22:15: 346
NOTAS Cap. 12 350

CAPÍTULO 13
ALGUNAS PALABRAS DE OTROS SABIOS,
Prov. 22:17 al 24:34 353
Proverbios 22:17-19: 353
Proverbios 23:13-14: 354
Proverbios 23:17-18: 356
Proverbios 23:29-35: 358
Proverbios 24:11-12: 363
Proverbios 24:21-22: 364
Proverbios 24:23b: 369
Proverbios 24:27: 369
Proverbios 24:29: 370
NOTAS Cap. 13 372

CAPÍTULO 14
OTROS PROVERBIOS DE SALOMÓN, Prov. 25 á 29 375
Proverbios 25:1: 375
Proverbios 25:2: 375
Proverbios 25:4-5: 376
Proverbios 25:16: 377
Proverbios 25:24 (= 21:9, ve allí) 379
Proverbios 26:2: 379
Proverbios 27:3: 380
Proverbios 28:2: 381
Proverbios 28:4: 382
Proverbios 28:5: 383

Proverbios 28:26: 384
Proverbios 28:28: 385
Proverbios 29:15: 386
Proverbios 29:18: 388
Proverbios 29:20: 391
Proverbios 29:25: 392
NOTAS Cap. 14 395

CAPÍTULO 15
ALGUNAS PALABRAS DE AGUR, HIJO DE JAQUÉ
Proverbios 30 397
Proverbios 30:5-6: 397
Proverbios 30:7-9: 401
NOTAS Cap. 15 404

CAPÍTULO 16
CANTO DE ALABANZA A UNA MUJER VIRTUOSA,
Prov. 31:10-31 405
Proverbios 31:10: 405
Proverbios 31:11: 407
Proverbios 31:12: 407
Proverbios 31:13: 408
Proverbios 31:14: 408
Proverbios 31:15: 409
Proverbios 31:16: 409
Proverbios 31:17: 409
Proverbios 31:18: 410
Proverbios 31:19: 410
Proverbios 31:20: 410
Proverbios 31:21: 411
Proverbios 31:22: 411
Proverbios 31:23: 412
Proverbios 31:24: 412
Proverbios 31:25: 413
Proverbios 31:26: 413
Proverbios 31:27: 413
Proverbios 31:28-29: 414
Proverbios 31:30: 415
Proverbios 31:31: 416
NOTAS Cap. 16 418

REFERENCIA DE OTROS PROVERBIOS AFINES 419

ÍNDICE DE MATERIAS 421

NOTA A LA EDICIÓN ESPAÑOLA

El autor, en la edición original neerlandesa, ha cumplido con sus obligaciones científicas, añadiendo muchísimas notas al texto.

Con su aprobación, un gran número de esas notas se han suprimido en la edición española; concretamente aquellas que procedentes de libros en los idiomas neerlandés y alemán no eran accesibles, en general, a los lectores de habla española.

Con ocasión de la publicación de esta edición en español, el autor completó el libro con el Capítulo 16, acerca de Proverbios 31:10-31

Fundación Editorial de Literatura Reformada (FELiRe)

PRÓLOGO del autor

En mi trabajo obtuve el apoyo inapreciable de mi esposa. Según Salomón, quien halló semejante colaboradora encontró algo bueno y alcanzó la benevolencia de Yahvéh (Pr. 18:22). Y cuando se ha comprobado que su sabiduría de mujer edifica la casa (Pr. 14:1) y que su espíritu de sacrificio creó la ocasión para este trabajo, entonces -según los sabios- se ha ganado la alabanza: *«Sus hijos se levantan y la llaman bienaventurada, y su marido también la alaba»,* Pr. 31:28.

La sabiduría no parece ser el don que, en estos momentos, resplandezca en las iglesias de Dios; y esto a pesar de que nuestro Señor Jesucristo primeramente *«nos ha sido hecho por Dios sabiduría»*, 1 Co. 1:30. Sin embargo, su iglesia en la tierra marcha en muchos aspectos errante e insegura como un ciego en su camino. A veces lo hace razonando teorética y teológicamente de modo animado y hábil, pero no siempre con sabiduría en Cristo y en la Palabra. Peor aún, en cuanto discípulos de Jesús también estamos a merced de la necedad y la torpeza, lo cual, para colmo de males, y con frecuencia, le es vendido al hombre corriente como si fuera la sabiduría suprema, -sí, como si se tratara de la erudición bíblica moderna.

Pero, esta marcha de las cosas ¿es realmente tan sensacional como parece? ¿Qué hemos hecho, en cuanto cristiandad, con la sabiduría de Salomón? Cuando Proverbios deja de ser uno de los libros de la Biblia menos conocido, entonces también deja de ser una de las partes de las Escrituras menos predicada y comentada. Por eso ha llegado a ser desconocido ese océano de sabiduría, y por eso ha sido ignorado por la mayoría.

Que la Aurora con que Dios nos visitó desde lo alto (Lc.1:78) quiera usar el presente libro para hacer que su Libro sea lo que es: Una lámpara para nuestros pasos; y que Él lo bendiga con el fin de que muchos ojos, especialmente de los jóvenes, se abran a la sabiduría que viene de lo alto, Stg. 3:15 y 17. Que se hagan inmunes a esa necedad que siembra muerte y corrupción, aunque suene tan científica y sabia, y se entreguen para adquirir un amor creciente a la sabiduría revitalizadora, sana y curativa que Él nos concede en el libro de Proverbios.

Apeldoorn (Países Bajos), 17 febrero 1979.
Frans van Deursen.

Capítulo 1

PROVERBIOS o MESHALIM [1]

Quizás en alguna ocasión hemos pensado: '¡Para esto se necesita la sabiduría de Salomón!'; por ejemplo cuando nos preguntamos: -'En cuanto creyente, ¿cómo hay que educar a los hijos? ¿Puede el castigo servir para algo todavía? ¿Cómo hay que proteger la felicidad conyugal? ¿Qué significa hacer uso responsable del dinero?' Leemos periódicos y libros, y escuchamos discursos religiosos. ¿Cómo se aprende a distinguir en ellos la verdad y la mentira? ¿Cómo debemos enfrentarnos al uso de las bebidas alcohólicas? ¿Cómo podemos llegar al conocimiento bíblico en lugar del conocimiento humanista? Para éstas y muchas otras preguntas semejantes no se logra mucho con un diploma escolar. Para eso se necesita tener sabiduría.

¿Necesitan los hijos de Dios pasar primero por la dura escuela del daño y el deshonor? Felizmente, no. Dios ha conservado para nosotros el depósito de la sabiduría de Salomón. En el libro de Proverbios nos la presenta en bandeja. En ella, el sabio monarca hace brillar su luz sobre nuestra vida conyugal y nuestra vida comercial, nuestra fuerza y nuestros deseos, nuestros ojos y oídos, nuestro amor y odio, nuestro trabajar y descansar. Para cuestiones vitales, ningún libro de consulta mejor que los Proverbios de Salomón.

¿Pero no es esto propiamente una excepción entre los libros de la Biblia? ¿No se trata de un manual con algunos matices humanísticos para alcanzar una vida afortunada? No, ni mucho menos. Proverbios también pertenece a los libros del Antiguo y Nuevo *Pacto.* Y vivir en este pacto no es entregarse en cuerpo y alma sólo a las cosas religiosas, sino que abarca realmente todo nuestro hacer y dejar de hacer; y puesto que Proverbios también es un auténtico *libro del pacto*, su enseñanza

está tan completamente enfrentada al *«consejo de los malos»* (Sal. 1:1) que quizá se nos impone a diario. Mientras los consejos de los impíos nos colocan en el camino de muerte (Sal. 1:6), en Proverbios leemos palabras sanadoras que pueden curar nuestra vida.

Una satisfacción añadida al respecto es la *forma* atractiva en que Proverbios ofrece sus lecciones de vida. Los sabios de Israel escogieron para ello el atractivo modo de hablar del *mashal.* También nuestro Salvador se sirvió en su enseñanza con mucha frecuencia de esta forma de enseñanza.

Consideremos primero con más precisión esa manera de enseñar.

1. Proverbios, un título que no cubre totalmente el contenido

En la Biblia hebrea a nuestro libro se le llama *Mishlé Shelomó*, que es la forma plural constructa de la palabra *mashal.* [2]

Ya desde antiguo estamos acostumbrados al título de Proverbios, pero éste reproduce sólo en parte el rico contenido de la palabra *mashal.* Cuando nos referimos a un *proverbio* pensamos en una sentencia de una o dos frases en las cuales se resume una porción de sabiduría de la vida. Ahora bien, en Proverbios hay ciertamente cientos de semejantes dichos breves; pero, sin embargo, la palabra *mashal* abarca más que sólo los proverbios breves. *Mashal* es, en realidad, un nombre colectivo.

Esto se puede ver en el mismo libro de Proverbios, pues en él encontramos también, junto a los proverbios pareados y tercetos (que constan de dos o tres versos, respectivamente), largas alocuciones, como por ejemplo, la de un padre a su hijo e incluso, al final, una completa poesía laudatoria a la mujer ideal. Todas ellas bajo el título de *Mishlé Shelomó.* Así pues, precisamente porque éste es claramente un nombre colectivo para indicar diversas clases de prosa y poesía, no tenemos al respecto ninguna otra palabra equivalente española mejor que la que designa a este libro de la Biblia. Pero, ¿por qué no recogemos *mashal* como un término cristiano en nuestro vocabulario? La respuesta es que *mashal* es un nombre colectivo para referirse a: *dicho, proverbio, canción de burla, profecía, parábola, salmo y alocución.*

Durante el destierro, los judíos sufrieron en Babilonia: «Los padres comieron las uvas agrias, y a los hijos les dio la dentera», Ez. 18:2-3. Semejantes *dichos* breves, salidos de la boca del pueblo, también se llaman *mashal*, Ez. 18:2-3, cf. 12:22-23, 1 S. 24:14, Jer. 31:29. Así es como en Israel se convirtió en *mashal* la expresión: «¿También Saúl entre los profetas?», 1 S. 10:12.

Las *canciones de burla* pertenecen igualmente a este género. En Isaías 14 suena la canción de bienvenida con que los poderosos muertos reciben al rey de Babilonia en el reino de los muertos: ¿Es éste aquel varón que hacía temblar la tierra? Is. 14:4-21. A esta canción burlesca se la llama allí «*mashal* contra el rey de Babilonia», v. 4. Y el Israel desleal correría igual suerte: «Y los daré por horror (*mashal*), y por mal...», amenazó Yahvéh [3] por medio de Jeremías, 24:9, cf. Dt. 28:37, 1 R. 9:7.

También las *parábolas* reciben el nombre de *meshalim* muchas veces. Cuando David tomó por mujer a Betsabé e hizo matar a su esposo Urías, el Señor envió al profeta Natán a David con el relato acerca de un hombre rico que robó la única corderita de un hombre pobre. Esta parábola era un auténtico *mashal*, aunque esta palabra no se encuentre allí. Lo mismo que la conocida «parábola de Yahvéh y su viña, Israel» en Is. 5:1-7. Que también éstos son *meshalim* puede evidenciarse por Ez. 17:2, donde este profeta recibe este encargo: «Hijo de hombre, ... y narra una parábola (*mashal)*» –siguiendo luego una parábola semejante a la de Natán e Isaías.

Nuestro Señor Jesucristo se unió con sus parábolas a una antigua y fiable forma de enseñanza en Israel. En una versión hebrea del Nuevo Testamento,[4] las parábolas de Jesús se llaman, con razón, *meshalim*. Y los discípulos preguntan allí: "¿Por qué les hablas por *meshalim*?" Mt. 13:10. A lo que el Señor responde: "Oíd, pues, vosotros el *mashal* del sembrador", Mt. 13:18. Y un poco más adelante, leemos: "Les refirió otra parábola", Mt. 13:24, 31, 33 y ss. Los Proverbios de Salomón son, también, en cuanto al estilo, de la familia de las parábolas de nuestro Salvador.

A la gran familia *mashal* pertenecen incluso algunos *salmos*. «Inclinaré al *mashal* mi oído», dice el Sal. 49:4. «Abriré mi boca en *meshalim*», Sal 78:2. Y Job titula las alocuciones de sus amigos como: «Vuestras máximas son refranes (literalmente: *meshalim*) de ceniza», Job 13:12, 27:1, 29:1.

Estos ejemplos hacen ver cuán extenso terreno domina la palabra *mashal*. No sólo los sabios sino también los profetas y los salmistas usaron la forma del *mashal* en su enseñanza.

Esta palabra polisémica es la que figura como título de este libro de la Biblia: *MISHLE de Salomón*. Su traducción por «Proverbios de Salomón» está ciertamente popularizada, pero, en cuanto a su contenido, es efectivamente restrictiva. Sobre todo, porque este libro, como se suele decir, no sólo contiene proverbios cortos, sino también exposiciones más largas; especialmente en Pr. 1-9, cf. 5:1-23, 6:20-7:27, 8:1-36, 23:29-35, 31:10-31.

Comprenderemos mejor el libro de Proverbios si también nos detenemos en algunas *propiedades* llamativas del *mashal*.

2. El *mashal* muestra frecuentemente el paralelismo hebraico

Aunque Proverbios contiene *meshalim* más largos, en realidad consiste en gran parte de proverbios de dos versos. Lo curioso al respecto es que existe un cierto paralelismo en el contenido de esos versos. Así, nos encontramos con una de las características principales de la poesía hebrea; es más, de toda la poesía semítica.

A nosotros nos parece hermoso cuando los versos de una poesía riman entre sí, pero los israelitas y sus pueblos vecinos tenían, a este respecto, otro gusto. Tanto si examinamos una poesía babilónica, una cananea, como una israelita, lo cierto es que no rimaban, pero mostraban, por otra parte, una ingeniosa «danza coral de pensamientos». Frecuentemente los poetas construían su obra con secciones de dos o tres versos, cuyo contenido muestra un cierto paralelismo. Las más recientes versiones de la Biblia hacen resaltar con más claridad este llamado *paralelismo*, porque no imprimen uno tras otro los versos de un salmo o proverbio, sino uno debajo del otro.

Los autores de proverbios eran escritores piadosos que poseían dones de sabiduría, profecía y poesía.

A primera vista, esta poesía quizás parezca de un gusto artístico menos refinado, y más fácil de practicar que la nuestra,

pero nos equivocamos. Quien intente practicarla, se dará cuenta enseguida de que aquí las apariencias engañan. Dios el Espíritu Santo dio ricos dones de conocimiento y habilidad a los sabios por cuyo servicio nos ha dado el libro de Proverbios.

Ellos debieron ser observadores más agudos que la mayoría superficial del pueblo, pues sus proverbios no servían para contener afirmaciones vacías, sino para referirse a hechos que cada creyente podía revisar. Sin embargo, aquellos hechos debían considerarlos exclusivamente desde un profundo respeto a Yahvéh, pues toda sabiduría comienza por el temor a Él; Pr. 1:7 y 9:10. Por consiguiente, aquellos sabios debían poseer sobre todo un rico conocimiento y fe en la Palabra y en los hechos de Yahvéh, y además, una visión profunda de las modalidades de la ley a las que Dios ha sometido la convivencia humana. ¿Cómo, si no, podrían indicar a sus discípulos la relación entre nuestros hechos y sus consecuencias? Por otra parte, también debían saber cómo habían experimentado esto las generaciones pasadas. Además, se esperaba de ellos que conocieran los valores de la vida humana, y también que los pudieran clasificar. En cuanto educadores temerosos de Dios, debían, en todo esto, no perder de vista los límites de lo humano, y asimismo debían tener en cuenta respetuosamente el poder absoluto de Dios.

No obstante, cuando de las Sagradas Escrituras y la experiencia hubieran extraído una ley de vida, entonces también debían poderla resumir de forma ingeniosa. No en una demostración prolija, sino en la forma concisa de un aforismo de dos o tres versos, uno de los cuales debía aclarar al otro, ya por una imagen, una ampliación o un contraste (enseguida reproduciremos un par de ejemplos de cada género). Y entonces ese proverbio también debía cautivar y poderse retener fácilmente en la memoria.

Los proverbistas bíblicos debían, pues, poseer el conocimiento de las Sagradas Escrituras, la visión de la vida de los antiguos, el poder gráfico del pintor, la didáctica del maestro y la experiencia de los antepasados. Finalmente, téngase en cuenta que de todos estos dones y habilidades en los que Salomón resplandeció sobre todos los sabios, nuestro proverbial Salvador también dijo: «En este lugar hay alguien que es más que Salomón», Mt. 12:42.

Un libro lleno de sinónimos.

Esta técnica poética exigía naturalmente una gran habilidad en el uso de expresiones cercanas en significado, y finas matizaciones de la palabra. Los salmistas y autores de proverbios se mostraban en ello verdaderos maestros. Un libro como Proverbios abunda en sinónimos. Las figuras principales en este libro son el sabio y el necio, pero se utiliza una rica variedad de expresiones para designar a estos dos tipos. Aquí sigue una lista de ellas dispuestas paralelamente:

el sabio,	el necio
el entendido,	el insensato,
el humilde de espíritu,	el altivo,
el que se aparta del mal,	el hacedor de injusticia,
el justo,	el impío,
el hombre de conocimiento,	el falto de entendimiento,
el santo,	el prevaricador,
el bien,	el mal,
el obrador de lo bueno,	el equivocado,
el recto de camino,	el malo,
el perfecto,	el que se olvida de Dios,
el digno de confianza,	el temerario,
el hombre que es recto,	el obstinado,
el que da cuenta de su camino,	el pecador,
el que camina irreprensible,	el culpable,
el piadoso,	el blasfemo,
el íntegro,	el insensato

Estas expresiones naturalmente se solapan mutuamente en cierto modo; pero, no obstante, contienen matizaciones sutiles. Cuando un poeta había resumido su lección en el primer verso de un proverbio, entonces podía afinarla o profundizarla aún algo más en el verso paralelo mediante una expresión de significado semejante. Para componer tales líneas paralelas los autores de proverbios disponían de una técnica ricamente variada. No aspiramos a hacer un resumen completo de esta ciencia de variación de la palabra; pero, sin embargo, podemos dar un par de ejemplos de cuatro clases principales, porque éstas aparecen con mucha frecuencia en Proverbios.

Ambos versos dicen lo mismo con otras palabras.

> *El que ama la disputa, ama la transgresión;*
> *Y el que abre demasiado la puerta busca su ruina,* Pr. 17:19.

> *El que ahorra palabras tiene sabiduría;*
> *prudente de espíritu es el hombre inteligente,* Pr. 17:27.

Ambos versos se aclaran mutuamente por una antítesis.

> *El corazón alegre es una buena medicina;*
> *pero el espíritu triste seca los huesos,* Pr. 17:22.

> *La mano negligente empobrece;*
> *pero la mano de los diligentes enriquece,* Pr. 10:4.

El segundo verso completa al primero.

> *Quítate de delante del hombre necio,*
> *porque no hallarás ciencia en sus labios,* Pr. 14:7.

> *El que se deja arrebatar por la ira llevará el castigo;*
> *y si usa de violencias, añadirá nuevos males,* Pr. 19:19.

Uno de los dos versos contiene una comparación.

> *Como zarcillo de oro en el hocico de un cerdo*
> *Es la mujer hermosa pero falta de sentido,* Pr. 11: 22.

> *Como el vinagre para los dientes y el humo para los ojos,*
> *así es el perezoso para quienes lo envían,* Pr. 10:26.

Si se tiene en cuenta esta manifestación del lenguaje, se comprenderán con más facilidad muchos versos del libro de los Salmos o de Proverbios. No hay más que compararlo con el verso acompañante, y ya se tiene la clave en las manos. Los versos se explican mutuamente, se complementan unos a otros, se ilustran entre sí con una imagen, o se aclaran mutuamente mediante una antítesis.

Esta técnica poética con líneas paralelas también le hace más fácil a cualquiera aprender de memoria un salmo o proverbio. A veces se ha expresado la teoría de que los maestros de sabiduría inculcaban sus *meshalim* pronunciando ellos mismos la primera línea y dejando completar a su clase o discípulo el paralelismo correspondiente.

Paralelismo en la predicación de nuestro Señor Jesucristo.

También nuestro Salvador usó semejantes frases paralelas. Muchas veces se sirvió de un *mashal* corto con el que explicó una frase mediante otra. Este uso del lenguaje lo encontramos especialmente en el Sermón del Monte y, concretamente, en las bienaventuranzas, Mt. 5:1-12.

> *Bienaventurados los pobres en espíritu,*
> *Porque de ellos es el reino de los cielos,* Mt. 5:3.
>
> *Bienaventurados los que lloran,*
> *Porque ellos recibirán consolación,* Mt. 5:4.
>
> *Al que te pida, dale;*
> *Y al que quiera tomar de ti prestado,*
> *no se lo rehúses,* Mt.5:42.
>
> *No todo el que dice: Señor, Señor,*
> *entrará en el reino de los cielos,*
> *sino el que hace la voluntad de mi Padre que*
> *está en los cielos,* Mt. 7:21.

3. Un mashal habla demostrativamente y contiene, con frecuencia, una comparación

Una segunda característica de muchos *meshalim* es su lenguaje demostrativo y el uso abundante de imágenes y comparaciones.

A los israelitas les gustaba este vivaz modo de hablar, como a casi todos los semitas. Cuando Natán fue a reconvenir al rey David, lo hizo mediante el rodeo de su conocido *mashal*, 2 S. 12. Isaías comparó a Israel con una viña, y a los hombres de Judá con las plantas, Is. 5. La Sagrada Escritura no conoce en absoluto el modo de hablar metódico y conceptual de nuestros teólogos, (el cual procede de los sistemas de pensamiento griegos, y que han invadido el hablar escriturístico tan fuertemente que tenemos dificultad para entender las Escrituras). La Palabra de Dios llega con *asuntos* (y no con consideraciones), y los presenta de manera viva y concreta.

Esto hicieron también los poetas autores de los *meshalim*. Se esforzaron en concebir constantemente nuevas imágenes y comparaciones. No abordaron a sus lectores con teorías áridas -que ellos ni siquiera tenían- sino que los dejaron andar por

una galería de imágenes. Leer Proverbios significa contemplar o mirar grabados: de labradores perezosos y mujeres pendencieras, gentes melancólicas y alegres, taciturnas y locuaces, jueces y testigos. Es como si los sabios a cada paso nos dieran un golpecito en el hombro, diciendo: -¡Mira!

Una comparación es aún más sorprendente que la otra: «El que inicia la discordia es como quien suelta las aguas; abandona, pues, la contienda, antes que se complique», Pr. 17:14. «Pesada es la piedra, y la arena pesa, pero más pesada que ambas es la ira del necio», Pr. 27:3. Quien entiende en proverbios debe reconocer con vergüenza que la predicación corriente en nuestros púlpitos ¡es tan endeble, tan pobre en imágenes, tan poco atractiva y sin humor!

El Verbo hecho carne, aplicó el mismo método.

Los *meshalim* son típicos del lenguaje de nuestro Dios Yahvéh en su Palabra. No podía, pues, ser de otra manera que el Verbo de Yahvéh hecho carne, nuestro Señor Jesucristo, aplicara el mismo método. Era el método de su Padre, de Yahvéh. Por eso nuestro excelso Maestro no llegó con consideraciones ajenas al mundo, sino con el gran *asunto* del Reino; y lo *pintó* ante los ojos de sus oyentes; y lo comparó en sus proverbios con un grano de mostaza, un tesoro escondido, una red de arrastre, la simiente que alguien sembró en su campo y la levadura que una mujer puso en tres medidas de harina, Mt. 13.

No precisamos ni por un instante resaltar sus parábolas para oírle hablar demostrativamente. Recordemos, una vez más, el sermón del monte (Mt. 5-7), en el que a los creyentes preocupados les señaló los pajarillos que quizá revoloteaban por allí, y los lirios entre los que se sentaba para enseñar. La vida de la iglesia la comparó con el andar por un camino estrecho o el entrar por un nuevo pórtico, cosas que muchos hacían, probablemente, a diario. Las consecuencias de malentendidos respecto al hablar imitativo de la Sagrada Escritura y de nuestro Salvador pueden ser desastrosas, como lo demuestra la funesta batalla de la Santa Cena acerca de las palabras: «Esto es mi cuerpo, que por vosotros es dado...», Lc. 22:19s. Los creyentes israelitas y los primeros cristianos provenientes del paganismo no tuvieron problema alguno al respecto, porque no conocían aún ni lo más mínimo el hablar imitativo oriental y el estilo conforme al Pacto.

4. Un *mashal* puede, velada o abiertamente, burlarse de alguien

Ya señalamos el *mashal* en que Isaías dejó oír la bienvenida burlona con que los espíritus en el reino de los muertos saludarían al temido rey de Babilonia, Is. 14. Los autores de los proverbios también podían mofarse espontáneamente de alguien, como en estos proverbios: «El perezoso mete su mano en el plato, pero ni aun es capaz de llevársela a la boca», Pr. 19:24. «Como zarcillo de oro en el hocico de un cerdo es la mujer hermosa pero falta de sentido», Pr. 11:22.

Semejantes *meshalim* burlones no los encontramos ni por asomo en la enseñanza de nuestro Señor, aunque alguna vez hablara irónicamente, cf. Mt. 7:15 y 23:16,24.

5. Un *mashal* puede hablar, a veces, enigmáticamente

Cuando Natán hubo contado a David el *mashal* del rico avaro que robó la única cordera, el rey exclamó indignado: «Vive Jehová, que es digno de muerte el que tal hizo. Debe pagar cuatro veces el valor de la cordera, por haber hecho semejante cosa», 2 S. 12:5 y ss. Aquí se puede ver cómo alguien puede oír un *mashal* aparentemente sencillo *sin captar el significado del mismo.* Justo cuando el profeta llegó a su explicación («Tú eres ese hombre»), se le encendió una luz a David y comprendió el *mashal.*

Como auténticos orientales, los israelitas eran muy dados a semejantes enigmas; no hay más que recordar la boda de Sansón, Jue. 14. Tan aparentemente clara, pero a la vez misteriosa manera de expresarse, podía excitar poderosamente la atención. De ahí que los sabios, a veces, también formularan sus lecciones con algo menos de transparencia a fin de excitar la atención y perspicacia de sus oyentes. Los *meshalim* producen un impacto y se pegan a la memoria. Así, Proverbios también sirve «para entender los proverbios (*mashal*) y sentencias, las palabras de los sabios y sus enigmas (*meshalim*) «, Pr. 1:6. Efectivamente, algunos proverbios hay que leerlos más de una vez antes de comprenderlos.

El Predicador, en Eclesiastés, de vez en cuando también gusta de poner a sus lectores ante un enigma. A veces, su enigmática forma de escribir tiene algo excitante; y también ésa era su intención, como se evidencia por el final de su

libro: «Las palabras de los sabios son como aguijones, y como clavos hincados las de los maestros de las congregaciones», Ec. 12:11; pues quieren excitar a reflexionar o discurrir.

Meshalim ocultadores, de un agraviado Rey Jesús.

También nuestro Señor Jesucristo llegó cierto día con *meshalim* que no *explicaban* su enseñanza, sino que la *escondían*. No es que Él, al comienzo de su ministerio, utilizara inmediatamente los proverbios. Primero, y durante largo tiempo, invitó amigablemente a todo Israel a aceptarle como el Mesías-Rey prometido. Con este fin, también Él relató *meshalim* -véase el sermón del monte-, pero éstos también eran parábolas que explicaban su predicación. Apenas cuando la muchedumbre de los judíos le hubo rechazado, comenzó el Señor a contar *meshalim* que *escondían* su enseñanza. Eran excitantes *meshalim* enigmáticos.

Al oírlas por primera vez, también estas parábolas (comparaciones) parecían tan sencillas que un niño podía comprenderlas. «El sembrador salió a sembrar... El reino de los cielos es semejante a la levadura que tomó una mujer y escondió en tres medidas de harina, hasta que todo quedó leudado», Mt. 13:33. Esto parece tan claro como el día, pero no hay que equivocarse. También David pensó que comprendía la parábola de Natán, y sin embargo no se había enterado. Así ocurrió también con los aparentemente sencillos *meshalim* como el del labrador y el de la levadura. La mayoría de los judíos no comprendían lo que Jesús quería decir con ellos; como hay un gran número de cristianos que tampoco los comprenden actualmente.

Sus discípulos se maravillaban de este cambio en la forma de la enseñanza de Jesús. «¿Por qué les hablas por parábolas? -preguntaron, Mt. 13:10. Naturalmente, querían decir: -'en semejantes parábolas enigmáticas', pues tampoco ellos mismos las comprendían. Aquí se puede ver cuán ofendido y enojado estaba Jesús cuando comenzó a enseñar en *meshalim* enigmáticos, pues, como explicación les señaló la profecía de Isaías: «Oíd bien, y no entendáis; ved por cierto, pero no comprendáis. Embota el corazón de este pueblo, endurece sus oídos, y ciega sus ojos, *para que* no vea con sus ojos, ni oiga con sus oídos, ni su corazón entienda», Is. 6:9s., Mt. 13:14s.

Así estaban las cosas entre Jesús e Israel cuando llegó con sus enigmáticos *meshalim*. La mayoría de los judíos se había mantenido sorda a lo que enseñaba. «Por eso les hablo por parábolas: *porque* viendo no ven, y oyendo no oyen ni entienden», Mt. 13:13. ¡Con sus parábolas quería hacer, a los judíos malévolos y desafectos, no más fácil creer en Él, sino precisamente más difícil!

Ellos eran de «los que están fuera», que oían hablar del Reino de Dios solamente en parábolas, «*para que* (¡!) viendo, vean y no perciban; y oyendo, oigan y no entiendan; para que no se conviertan, y les sean perdonados los pecados», Mr. 4:11-12. Si esta cita bíblica la colocamos junto a las arriba citadas de Mateo 13, obtenemos el siguiente orden histórico de los acontecimientos: Los judíos rechazaron a Jesús. Esta fue la acción con que todo comenzó. A lo cual siguió la reacción airada de Jesús: Por eso (Mt. 13:13) les hablaré por parábolas. *¡Para que* (Mc. 4:12), en adelante, más difícilmente entiendan mi predicación!

Y eso es lo que sucedió, según el efecto que estas parábolas obraron en los oyentes. Algunos quizá las encontraron «cosas halagüeñas» (Is. 30:10), pero a la mayoría del pueblo se les perdió el significado: Que el Reino de Dios no llega con violencia carnal, sino sólo por la Palabra y el Espíritu de Dios que obran *silenciosamente* como la semilla en un campo, y la levadura en la harina. Estando a ciegas, como ellos *querían* estar (Mt. 13:15), no vieron que Jesús destruyó con ello su imagen política del Mesías. Tampoco pidieron una explicación posterior, pues cuando Él se hubo expresado ellos continuaron su orden del día, sin haberse vuelto más sabios.

Por el contrario, los discípulos de Jesús reaccionaron de forma diferente. Tampoco ellos habían comprendido lo que el Señor Jesús quería decir con estos *meshalim*, pero al menos les habían excitado suficientemente como para pedirle una explicación posterior, Mt. 13:10ss., Mc. 4:10, Lc. 8:9. Y cuando todo el mundo se iba a casa, Él *les* daba la aclaración solicitada, Mt. 13:18-23, 36-52, 21:31, Lc. 7:42s., 10:36. Así es como Jesús, mediante estos *meshalim*, escogió sus oyentes y llegó a ver quiénes eran seguidores superficiales, y quiénes discípulos deseosos de aprender.

Así fue como Él no trajo paz, sino división, Mt. 10:34s. Pues Él podía decir: «Aprended de mí, que soy manso y humilde

de corazón» (Mt. 11:29), sin que ello quitara que Él fuera realmente el gran Rey de la profecía. La incredulidad de Israel era nada menos que la profanación de la Majestad y el rechazo del Rey. ¡Y eso después de oír todas sus palabras amorosas y sus milagros! Por eso condenó aquella actitud rebelde con estos proverbios. Lecciones que *esconden* el significado. ¿No querían escucharle? Pues bien, ¡jamás podrían hacerlo, en adelante! Él les *escondería* el Reino. Por eso escogió la encubierta forma de doctrina de los *meshalim* que Israel conocía de sus libros de sabiduría.

No se lean, pues, las parábolas con demasiada ingenuidad, como si fueran cuentecitos idílicos de un Jesús infinito que suplica humildemente que crean en Él. Hay que considerarlas mejor como pruebas de la terrible realidad de que el pueblo de Dios también puede llegar a oír un *juicio* en la Palabra de Dios. Por cierto, el corazón sacerdotal de Jesús siempre se conmovió por este pueblo, pues Él siguió hablándole, e incluso camino del Gólgota lloró por Jerusalén. Pero esto no quita que aquellos, aparentemente bonitos, proverbios fueran la *predicación amonestadora* de un Príncipe despreciado por aquellos a quienes Él decía: -'¿No queréis escuchar? Ya no lo podréis hacer más; ahora, en vez de aclarar mi mensaje, lo oscureceré. Aún podíais aprestaros a creer en mí, ¡pero qué pena que no ha sido así! Este Jesús se dirigió con *meshalim* a Israel.

Fue un Rey despreciado que determinó que el conocimiento de la fe del Reino de Dios fuera ahora así: «A cualquiera que tiene, se le dará y tendrá más; pero al que no tiene, aun lo que tiene le será quitado», Mt. 13:12. Desde entonces, los desafectos oyentes comprendieron aún menos a Jesús, y los deseosos de salvación atravesaron un umbral con estos *meshalim*.

Y esos *meshalim* «ocultadores» aún siguen estando en la Biblia. La Sagrada Escritura nos ofrece, pues, una parte de la enseñanza de Jesús sobre la venida del Reino de esa forma concreta. De esa manera, Cristo, también en nuestro siglo, hace que "sean revelados los pensamientos de muchos corazones», como Simeón ya profetizó acerca de Jesús, Lc. 2:35. Los *meshalim* separan continuamente los discípulos carnales de los espirituales, lo mismo que sucedía en el antiguo Israel.

El reino de los cielos no llega por activismo carnal, sino por sembrar la Palabra de Dios y la levadura del Espíritu de Dios. Así enseñaba Jesús en sus *meshalim*. Era la lección antigua: «No con ejército, ni con fuerza, sino con mi Espíritu, ha dicho Jehová de los ejércitos», Zac. 4:6. Con ello condenó Jesús no sólo las expectativas militares y revolucionarias judías, sino también toda clase de variaciones cristianas de aquellas. Sin embargo, ¿quiénes sienten aún esos «aguijones» antitéticos (Ec. 12:11) en las parábolas de Jesús?

Cuando a determinados cristianos activistas los ves, oyes o lees preocupados, es de temer que apenas comprenden cómo les afectan, precisamente a ellos, las parábolas de Jesús. Las consideran quizá como ilustraciones bonitas en la predicación de Jesús, pero, al mismo tiempo, hay oyentes sordos para los que aquí suena el juicio de Cristo sobre toda clase de actuales fachendistas en el Reino de Dios. Eso ocurre tan silenciosamente como el crecimiento de una semilla en el campo o la acción de la levadura en la masa. Estos *meshalim*, pues, aún pueden ser oídos y leídos sin ser *comprendidos.*

Pero, para un *remanente*,[5] o residuo fiel, también en este tiempo se cumple: "Pero, bienaventurados vuestros ojos, porque ven; y vuestros oídos, porque oyen", Mt. 13:16.

6. A veces, un *mashal* habla muy severamente

Así pues, un *mashal* no sólo puede excitar por su oscuro modo de hablar, sino también por su *aguda* manera de decir las cosas. Algunos se expresan incluso tan severamente que uno se pregunta: -'Por cierto, ¿aún no sabía aquel poeta que el asunto tiene otros aspectos?' Sobre todo en Proverbios y Eclesisatés se pueden encontrar muchas de esas expresiones extraordinarias. Nosotros les quitaríamos fuerza mediante adiciones como: «por así decirlo» y «como quien dice»; pero aquellos poetas no quitaban fuerza a sus proverbios.

Muchos ejemplos de éstos se pueden ver agrupados en Proverbios 3. La lección directa de este capítulo suena así: «En el cumplimiento de los mandamientos de Dios hay rica recompensa». Eso puede alargar tu vida, aumentar la salud, redundar en beneficio del descanso nocturno, allanar los caminos y dar riqueza y honor. A este respecto, quizá nos hemos preguntado alguna vez: -'Pero, ¿acaso ocurre eso siempre? ¿Acaso

éstas son reglas en las que no existe excepción alguna? Estos interrogantes pueden surgir en cada página de Proverbios.

Por citar un par de ejemplos: «Jehová no dejará que el justo *padezca hambre*», Pr. 10:3. Pero Israel conoció también sus hambrunas, y ¿acaso no las sufrieron los justos? El profeta Eliseo, durante una hambruna, se encontraba en la sitiada Samaria, 2 R. 6:24ss. Asímismo, nosotros mismos conocemos creyentes que durante «el invierno del hambre de 1944-1945» murieron de hambre en la Europa oriental. Por consiguiente, a veces Dios permite que el justo padezca realmente hambre; pero, entonces, ¿no se cumple *siempre* el proverbio mencionado?

Dos ejemplos más: «*Ninguna adversidad* acontecerá al justo, pero los malvados serán colmados de males», Pr. 12:21. Pero, David dijo: «*Muchas* son las aflicciones del justo», Sal. 34:19. «Corona de honra es la vejez que se encuentra en el camino de la justicia», Pr. 16:31. ¿Vale esto también respecto de Semeí, acerca de quien David encargó a su hijo Salomón: «Pero ahora no lo absolverás, pues eres un hombre sabio, y sabes cómo debestratarlo para que sus *canas* desciendan con sangre al Seol», 1 R. 2:9. Por tanto, la vejez no siempre es una corona de honra.

¿Cómo debemos, pues, entender esos proverbios severos?

a. En Proverbios, el acento recae en la regla.

Para empezar, debemos leer tales *meshalim* como poesía, y ésta tiene el derecho de usar un lenguaje que un hombre corriente pueda desaprobar en esto o aquello. Además, los sabios querían decididamente impresionar a sus lectores, y por ello no sólo se expresaron de manera intuitiva y enigmática, sino también aguda y severa. Comúnmente, los colores chillones excitan con más fuerza, y la exageración esclarece.

Tampoco hay que olvidar que los sabios quieren enseñar a los más jóvenes, y que la juventud no gusta de prolijidad. Además, una expresión aguda se aprende de memoria con más facilidad (pues el creyente, entre los conocimientos que posee, debe atesorar una cierta cantidad de proverbios). Como buenos maestros, los sabios ponían naturalmente más acento en las reglas que en las excepciones. Por otra parte, ¿acaso no hacemos eso nosotros mismos? -'Si obras lo mejor posi-

ble, saldrás adelante en el mundo', -enseñamos a nuestros hijos. *En ese momento* guardamos silencio acerca de tantos trabajadores esforzados que, sin embargo, padecen pobreza.

Los mismos sabios sabían muy bien que exponían excesivamente un solo lado de la verdad. Por eso, no debemos leer, ni siquiera los proverbios, desligados del gran contexto del libro en que están. Un proverbio completa a otro. «Nunca respondas al necio de acuerdo con su necedad, para que no seas tú también como él», Pr. 26:4. El poeta no quería decir eso como una expresión absoluta, pues un poco más abajo leemos: «Responde al necio como merece su necedad, para que no se tenga por sabio en su propia opinión», Pr. 26:5. Algo parecido encontramos en los proverbios acerca de las ventajas del trabajo diligente. «Toda labor da su fruto», Pr. 14:23. Sin embargo, el mismo libro también dice: «La bendición de Dios es lo que enriquece, nuestro afán no le añade nada», Pr. 10:22, (cf. Versión Nácar-Colunga, «B.A.C». y su nota).

Es claro que los sabios aquí dan *reglas* sin mencionar las excepciones al respecto. Son *meshalim* poéticos que excitan intencionadamente; son expresiones que recíprocamente, una y otra vez, se complementan, y por eso nunca se las debe desligar de la totalidad de esta enseñanza. De esa manera se tiene ya mucho menos problema con las aparentes «contradicciones» y «unilateralidades» en Proverbios.

b. No hay que crear contradicción alguna entre Proverbios y Eclesiastés.

Sin embargo, quizá alguien quisiera alegar algo contra lo anteriormente mencionado: -'Todo muy bien, pero cuando David con cientos de justos fue empujado al desierto; o cuando toda la ciudad de Samaria padeció hambre, incluido el profeta Eliseo; o cuando el piadoso Daniel fue al destierro como uno de los primeros; entonces no estamos ante las excepciones a la reglas de Proverbios, sino que, en esos casos, esas mismas reglas caen por tierra; y ¿qué hacemos entonces, si las promesas del mismo libro de Proverbios no parecen encajar? Eso no lo solucionamos con algunas indicaciones sobre la manera de hablar, a veces aguda y excitante, del *mashal*'.

Ciertas explicaciones de los libros sapienciales intentan solucionar esta dificultad con ayuda de una construcción de-

terminada. Las esperanzas de los sabios de Israel se habrían movido, a lo largo del tiempo, en una línea descendente desde un punto culminante en Proverbios, a través del patrón de expectación más bajo en Job, hacia el punto inferior y casi sin perspectiva en Eclesiastés. Así pues, a estos tres libros algunos los resumen como sigue:

Proverbios: A quien teme a Yahvéh, le va bien.
Job: A quien teme a Yahvéh, no siempre le va bien.
Eclesiastés: A quien teme a Yahvéh, le va igual que a quien no le teme.

Esta idea fracasa comenzando por el libro de Proverbios mismo, que señala *muchísimo dolor e injusticia* en la vida de los justos. También según Proverbios, *no siempre* les va bien a los piadosos (a esto volveremos más adelante). Y si la doctrina «optimista» de Proverbios efectivamente fuera combatida por el libro de Job, y vencida por el libro de Eclesiastés, ¿por qué, pues, el libro sapiencial apócrifo de Jesús ben Sirach, que llega posteriormente, se remonta sobre Eclesiastés y Job nuevamente hasta Proverbios?

Además, en esa teoría se tiene muy poco en cuenta las peculiaridades del *mashal*, que quiere hacer a reflexionar a sus oidores. Por eso, no sólo habla imaginativa y concretamente, sino que a veces también lo hace de manera aguda y severa, y alguna vez incluso parcialmente. Quien olvida esto, injustamente tiene a Eclesiastés por un pesimista que presentó una demanda de quiebra de la sabiduría bíblica de la vida.

Nosotros consideramos la mencionada teoría como una invención evolucionista, y ciertamente no como un elemento auxiliar apropiado para comprender Proverbios cuando, aquí y allá, no parece concordar, como sucede, por ejemplo, cuando se da el caso de que un David debe huir y un Eliseo padece hambre y un Daniel es llevado al destierro. No es que entonces Proverbios esté anticuado, sino que se lee equivocadamente.

c. No hay que leer Proverbios como un libro suelto, atemporal, sino como uno de los libros del Antiguo y Nuevo Pacto.

Puesto que Proverbios contiene tantas expresiones sueltas, fácilmente podríamos llegar a considerarlo como un cuaderno

de hojas sueltas, como algo perdido en la Biblia. Sin embargo, nada más lejos de la verdad. Proverbios pertenece, como todos los demás libros de la Biblia, a los libros canónicos del Antiguo y del Nuevo *Pacto.* Descansa, lo mismo que los Salmos, en la base de la Toráh[6] y también está estrechamente unido con ella (al comentar Pr. 1:7 volvemos sobre esto). Téngase en cuenta que los autores de los proverbios conocieron la bendición y la maldición que Moisés había enseñado a Israel como disposiciones del Pacto, Lv. 26, Dt. 28; y que sabían que la bendición y la maldición de Dios iban unidas a la vida de obediencia o rebeldía de Israel, según las exigencias del Pacto de Dios, cf. Pr. 11:11.

La resonancia de esta enseñanza se oye en Proverbios. Éste no ofrece una sabiduría neutral o comúnmente humana; y tampoco una recopilación de proposiciones supratemporales religiosas que surgen siempre y en todo lugar. ¡No! Proverbios contiene una sabiduría *relativa al Pacto.* Deja oír el eco de la bendición y maldición del Pacto de la Toráh. Por eso mismo, siempre se debe tener en cuenta la *situación* del pueblo de Dios cuando nos preguntamos si ciertos proverbios se cumplen. ¿Los aplicamos en un tiempo de abandono del Pacto, o de retorno al mismo? ¿Un tiempo de juicio y destrucción, o un tiempo de paz y alivio? No nos está permitido aplicar las Sagradas Escrituras de modo caprichoso; lo cual ya hemos expuesto ampliamente al comentar el Salmo 46. [7] Y esto también se debe aplica a Proverbios.

Efectivamente, este libro promete a los justos que ellos, en el camino del temor de Yahvéh, no padecerán hambre, andarán caminos llanos, se granjearán el cariño y aprobación a los ojos de Dios y de las gentes, sus graneros se verán llenos de abundancia y seguirán seguros su camino, sin que su pie se detenga; aunque algunos como el profeta Jeremías -y así hubo muchos- vieron muy poco cumplido de todas estas profecías. Pero, ¡para eso vivió también en un tiempo en que las llamas del enojo de Dios se extendieron sobre Israel! Y si la maldición del Pacto de Dios alcanza a su pueblo, no se debe esperar que las bendiciones de Proverbios desciendan completas. Así pues, este libro puede ofrecer a los piadosos honor y caminos llanos, y sin embargo Jeremías es arrojado vilmente en un pozo embarrado y no pasa por caminos llanos, sino que acaba en el calabozo. Y entonces, *en aquella*

situación, ¿no podía haber dicho: -'Yo exijo pan, paz y una vida larga y segura porque Proverbios lo promete'?

Por supuesto que el Dios Todopoderoso puede saciar en las cuevas a un remanente piadoso de su pueblo, 1 R. 18. Pues aunque los justos, bien es verdad, en tiempos de vindicación del Pacto deben sufrir con los impíos en todos los aspectos, Dios también los colocó muchas veces en una posición de excepción, 1 R. 18, Is. 7: 14s, 21ss, Jer. 45, Daniel. En tiempos semejantes, los justos sumisos y humildes no presionarán con las promesas de Proverbios, sino que más bien se ocultarán en una habitación recóndita, hasta que el enojo haya pasado, Is. 26, Am. 5:13, cf. Pr. 28:28.

Por lo demás, Proverbios mismo también atestigua que los sabios no consideran iguales todos los tiempos. «El que cultiva su tierra se saciará de pan», Pr. 28:19. Pero de esto no se puede hacer ninguna regla de acero, pues Salomón también sabía que: «En el barbecho de los pobres hay mucho pan, pero se pierde *por falta de justicia»,* Pr. 13:23. Si Dios castiga a su pueblo con el dominio de los impíos o por un ataque enemigo, Pr. 28:19 *cae por tierra*, entonces, «el pueblo se desenfrena» (Pr. 28:18) y «se esconden los hombres» (Pr. 28:28). Cuando Dios quita su paz (Jer. 16:5), esto también se refiere frecuentemente a la paz de la que Proverbios está lleno.

Por consiguiente, sobre todo no debemos olvidar que nosotros leemos el libro de Proverbios a principios del siglo XXI, recién concluido el siglo XX que ya vio producirse juicios tan duros sobre los antiguos pueblos cristianos.[8] Vemos que nuestros respectivos países y otras partes del mundo se hunden en el período postcristiano en el que, en todas partes, la *sabiduría* del hombre autónomo se eleva sobre la *sabiduría* de Salomón. El *Remanente* piadoso de nuestro tiempo naturalmente puede suplicar que Dios, en su clemencia, aún quiera dejar que degustemos algo de la paz de la sabiduría de Proverbios. Pero si vemos que algunos proverbios no se cumplen, con toda razón se puede hacer esta humilde pregunta: '¿Quizás las revoluciones, como un flagelo de Dios, seguirán haciendo pedazos la vida buena que Proverbios anuncia?' Y en lugar de reprochar a Dios, se reconocerá humildemente: "Justo es Jehová" (que nos visita con su azote), 2 Cr. 12:6.

Esperamos que este capítulo acerca de las peculiaridades del proverbio pueda evitar malentendidos cuando después vayamos a leer el libro de Proverbios; en cualquier caso, ya hemos avisado por anticipado. En este libro de la Biblia no se obtiene ningún sistema justo, y aún menos en esta explicación del mismo. El libro ofrece lo que su título promete: proverbios. Proverbios de sabios que encontraron reglas en que, ciertamente, también existen excepciones que omitieron por razones pedagógicas. ¡Que jamás se desligue la sabiduría de Proverbios del marco del Pacto de Dios y la situación general del pueblo de Dios en nuestro tiempo!

Como ya vimos, nuestro Señor Jesucristo, en su enseñanza, se unió estrechamente a la forma de enseñar de los autores de Proverbios. Tampoco rehuyó los proverbios fuertes, p. ej., cuando nos aconsejó arrancarnos nuestro ojo derecho o cortarnos nuestra mano derecha, cuando éstos nos condujeran al pecado, Mt. 5:29-30, cf. Jn. 6:27a, Mt. 19:12. Es notable que, precisamente Él, concluyera sus proverbios con las palabras: «El que tiene oídos para oír, oiga», Mt. 13:9, Lc. 14:35; o con la expresión: «El que sea capaz de recibir esto, que lo reciba», Mt. 19:12.

¡Cuánto debe nuestro Señor Jesucristo haber amado el libro Proverbios, pues Él mismo compuso hermosos *meshalim* de toda clase! Naturalmente, primero, por su sabiduría, pero también por su forma: la de los *meshalim* gráficos, concisos y, a veces, disfrazados. Su amor a los libros de la sabiduría puede evidenciarse en los ejemplos siguientes:

Lo que dijo (Lc. 14:8-10) acerca de aquellos que aman los primeros asientos, cf. Pr. 25:6-7; y, un poco antes (Lc. 12:20), acerca del rico insensato, cf. Ecl. 6:1-2; y en Jn. 3:12-13, donde responde a Nicodemo con unas palabras de Agur, cf. Pr. 30:4.

NOTAS Cap. 1

1.– La Septuaginta lo denomina: *Paroimiai Salomontos*; y la Vulgata Latina: *Liber Proverbiorum*. El título hebreo es *MISHLÉ SHELOMÓ*, es decir *Proverbios de Salomón*. El vocablo *mishlé* es la forma plural constructa de la palabra *mashal*, cuyo plural normal es *meshalim*. En adelante, para referirnos al género literario de los proverbios,usaremos la forma *mashal* o el plural *meshalim*.

2.– Respecto a la etimología de esta palabra hebrea, probablemente está relacionada con la raíz *msl,* con el significado de "comparable a", si bien algunos la consideran relacionada al significado de "gobernar", es decir a una palabra hablada por un gobernante, con autoridad." D.A. Hubbard, The New Bible Dictionary, London 1963, pág. 1048.

3 Al referirnos al nombre propio del Dios de Israel, el Dios del pacto, preferimos la forma Yahvéh antes que la tradicional Jehová. Ello se debe a dos razones: 1) a que la forma Jehová es artificiosa e incorrecta, por mezclar las consonantes del tetragramma divino YHVH, (o YHWH, según que la letra hebrea *waw* se transcriba por *v* o por *w*, lo cual es indiferente) con las vocales de la palabra *adonai* –Señor-, y por utilizar la letra "j" y no la "y" para transcribir la letra "yod" hebrea. Y 2) porque la forma Yahvéh es la más verosímil, ya que utiliza la correcta transcripción de las cuatro consonantes del tetragramma (YHVH) y las dos vocales más probables. En nuestras citas de la Versión Reina-Valera 95, cambiamos el viejo Jehová por la mejor forma Yahvéh.

4.– Versión de Franz Delitzsch, 1880.

5.– F. van Deursen, *Los Salmos I*, 34, 63s, 356; y *Los Salmos II*, 533-534, FELiRe, 1996 y 1967.

6.– F. van Deursen, *Los Salmos I*, 22s, FELiRe 1996

7.– F. van Deursen, *Los Salmos I*, 328, FELiRe 1996

8.– F. van Deursen, *Los Salmos I*, 335s; FELiRe, 1996, y en *Los Salmos II*, 527/28; FELIRe 1997.

Capítulo 2

¿CÓMO HEMOS RECIBIDO EL LIBRO DE PROVERBIOS?

¿A quién tenemos que agradecer el libro de Proverbios? Naturalmente, *primero* a Dios el Espíritu Santo, Autor de toda la Sagrada Escritura y, por tanto, también del libro de Proverbios, 2 Ti. 3:16, 2 P. 1:21. Pero el Espíritu de sabiduría, a este respecto, hizo uso de personas sabias, como el rey Salomón, y también de sabios como Agur y el rey Lemuel. Sin embargo, Salomón aportó la mayor parte, y por eso el libro también se conoce con su nombre: *Proverbios de Salomón*, Pr. 1:1, cf. 10:1, 25:1. Acerca de estos autores hablaremos primero; y después trataremos de otras cosas.

En este libro, los autores de los proverbios no trabajaron simultáneamente, ni tampoco en grupo. Los proverbios que ahora han sido recopilados en el libro de Proverbios, fueron compuestos a lo largo de muchos años y, durante mucho tiempo, existieron aisladamente o se conservaron en pergaminos sueltos. Aún en tiempos del rey Ezequías se recopilaron diversos pergaminos de proverbios. Sobre este trabajo de recopilación trataremos en *segundo* lugar.

Pero, ¿se puede descubrir algún orden en Proverbios? ¿Hubieron algunos autores o recopiladores que se propusieran trabajar según un propósito determinado, o este libro es totalmente incoherente? Proverbios muestra, sin duda alguna, una estructura determinada de la que, al leerlo, podemos gozar por su facilidad. Sobre esto trataremos en *tercer* lugar

1. Proverbios de Salomón

Según el testimonio del propio libro, Proverbios es, en su mayor parte, obra de Salomón. Es decir, casi 27 de los 31

capítulos (Pr. 1-9, 10-22:16, 25-29; véanse los epígrafes en Pr. 1:1, 10:1, 22:17, 25:1, 30:1, 31:1).

Pero, desde el siglo 19, algunos estudiosos de la Biblia pertenecientes a la escuela crítica de las Escrituras, afirman que eso no es verdad. Según algunos, ni un solo proverbio de Salomón aparece en este libro de la Biblia; otros hablan con algo menos de atrevimiento, pero en estos círculos casi se admite generalmente que Proverbios no es un libro de Salomón.

¿En qué se fundamenta esta afirmación? En el antiguo Egipto, a veces se honraba a un rey poniendo a su nombre una colección de proverbios. No los había compuesto él mismo, pero se hacía como si así fuera. Por lo cual, tal libro adquiría una mayor autoridad, ¡pues un rey debía ser un hombre sabio! Así era honrado tal príncipe. Sin pruebas, pues, se acepta simplemente que en Israel se había procedido así: Atribuir leyes al famoso Moisés, salmos a David y proverbios a Salomón.

De esta manera el pensamiento evolucionista, como es natural, volvía a desempeñar su papel devastador. Según este esquema, las obras poéticas cortas debían ser más antiguas que las largas, porque en los tiempos más primitivos aún no se podían hacer poemas largos. Por lo cual, Proverbios capítulos 1 al 9, no salieron de la mano de Salomón. Su nombre estaba en el encabezamiento, pero se le había colocado con el fin de prestar más honor a estos proverbios. Esta parte del libro contiene obras poéticas más largas y, consecuentemente, han de ser más recientes, es decir, del tiempo posterior a Salomón. He aquí, pues, el razonamiento que nos encontramos, sobre todo en los comentarios más antiguos de la crítica a la Escritura.

Pero, ¿qué dice la Escritura misma? Ésta nos comunica claramente tres hechos, que, para nosotros, en esta cuestión, son decisivos: 1) Salomón era, en efecto, singularmente sabio. 2) Salomón publicó realmente literatura sapiencial. 3) El nombre de Salomón está como epígrafe en el libro de Proverbios mismo.

Estos tres datos los analizaremos con más precisión.

Salomón era, en efecto, singularmente sabio.

El rey Salomón, en su tiempo, fue un genio universal. Cuando en su edad juvenil le fue permitido expresar un deseo a Dios,

no pidió riquezas, honor y una vida larga, sino *discernimiento* entre lo bueno y lo malo, con el fin de poder gobernar en Israel como un príncipe justo. Este deseo le fue tan aceptable a Yahvéh, que respondió: "Te he dado un corazón sabio y entendido, tanto que no ha habido antes de ti otro como tú, ni después de ti se levantará otro como tú", 1 R. 3: 4-15. Luego Dios concedió a Salomón no sólo una profunda visión en lo bueno y lo malo, sino también un campo de interés (literalmente: "anchura de corazón") extraordinariamente amplio. Su visión sorprendió no sólo en asuntos de derecho y justicia, sino que su sabiduría e inteligencia eran "muy grandes, y tan dilatado corazón como la arena que está a la orilla del mar", 1 R. 4:29.

Por citar un par de ejemplos: "Disertó sobre los árboles, desde el cedro del Líbano hasta el hisopo que nace en la pared. Asimismo disertó sobre los animales, sobre las aves, sobre los reptiles y sobre los peces", 1 R. 4:33; véase lo que de Agur se dice: Pr. 30:15s, 18ss, 24-31. El rey se interesó por muchísimas cosas y sobresalió por encima de todos en numerosísimos asuntos. ¿Qué extraño es, pues, que hablemos de un genio universal? A excepción del Señor Jesús, Salomón fue el hombre más sabio.

Por consiguiente, debemos tener bien presente, incluso en la cuestión de la paternidad literaria, la diferencia entre los libros de proverbios bíblicos y los de proverbios no bíblicos. A los antiguos egipcios les gustaba poner esta literatura a nombre de un rey famoso. Probablemente, pese a no saber si la persona era ciertamente tan sabia. Con ello, quizá se honraba a un necio, Pr. 9:11, 10:6. Pero Salomón fue en realidad singularmente sabio. Excepto el Señor Jesús, ¡nunca nadie más ha tenido una visión como la de él!

Sin embargo, cuando el libro de Proverbios se *atribuye* a Salomón solamente en virtud de una determinada costumbre literaria, se llega a estar ante interrogantes difíciles. En ese caso, el libro debería proceder de alguien que no fue menos sabio que Salomón. Pero, ¿quién sería ése? El contenido de Proverbios se eleva como una catedral por encima de aquellos libros de proverbios orientales antiguos. ¿Debía su sabiduría ser ensalzada ahora algo más poniéndola a nombre de Salomón? ¿O se aplica aquí una costumbre literaria del antiguo Egipto a un personaje realmente incomparable? La extensión inmensa y la

riqueza inigualable de Proverbios ¿no aboga de modo incontestable por un solo autor como el rey Salomón? ¿Qué otro pudo apropiarse de la autoría de 25 capítulos de un libro semejante? ¿Qué otro pudo componer tantísimos proverbios de esta calidad sino aquel hombre sabio y único?

Salomón escribió realmente literatura sapiencial.

Hay recopilaciones de antiguos proverbios orientales que es probable que estén a nombre de un rey que nunca compuso ni un solo proverbio. Pero la Escritura dice expresamente de Salomón que escribió diversas colecciones de literatura sapiencial. Y para ello escogió tanto la forma de *canciones* como de *proverbios*, 1 R. 4:32.

Así pues, Salomón se habría incorporado a una tradición ya por entonces secular e internacional. En el mundo en torno a Israel se ejercitaba el arte de componer proverbios hacía ya cientos de años. Los futuros empleados públicos recibían en la escuela toda clase de buenos consejos en forma de proverbios. Babilonia, Edom y sobre todo Egipto habían conseguido gran fama en el terreno de la sabiduría práctica de la vida, Is. 19:12, Jer. 49:7, 50: 35, 51:57. Los proverbios egipcios de Ptah-Hotep datan, más o menos, del año 2450 a. C., y, por consiguiente, son unos 1500 años más antiguos que los de Salomón.

Y, sin embargo, ¡la sabiduría de Salomón se destacaba sobre todos! Sí, incluso llamaba la atención muy lejos de las fronteras de Israel. Y esto a pesar de que en el extranjero, en el terreno de la literatura sapiencial, ya se estaba bastante acostumbrado. Pero las ideas de este gran espíritu sobrepasaron las de todos los orientales; sí, incluso sobrepasaron la sabiduría de Egipto, 1 R. 4:30, cf. Jesús ben Sirac 47:14ss. Ni siquiera el conocimiento de los conocidos sabios Etan, Heman, Kalkol y Darda alcanzó la anchura y profundidad de la perspicacia de Salomón. Muchos extranjeros hicieron una visita a Israel para conocer la sabiduría de Salomón, 1 R. 4:34, cf. 10:1-10.

¿Por qué había de ser posible la singular sabiduría del libro de Proverbios en cualquier otro, y no en la persona cuyo nombre figura en el encabezamiento? ¿Y acaso los otros libros de la Biblia mencionan las publicaciones de otros autores en este campo? ¿Por qué Proverbios no puede ser propiamente de

Salomón? ¿No se nota aquí también el efecto destructivo de la crítica a la Escritura?

El nombre de Salomón es mencionado tres veces en Proverbios.

Salomón, pues, es un nombre mundialmente conocido; y es mencionado en Proverbios como su autor principal; y no sólo una vez sino tres veces, Pr. 1:1, 10:1, 25:1. ¿ No dice esto nada? ¿Por qué habríamos de dudar de estos epígrafes después de lo que los libros de Reyes nos han informado acerca de la sabiduría de Salomón y sus publicaciones en este terreno? Los investigadores en egiptología, por ejemplo, aceptan generalmente que las menciones que hay en sus fuentes son fiables, a menos que haya una razón o prueba poderosa de lo contrario. ¿Por qué, pues, no en el estudio del Antiguo Testamento? Categóricamente, las excavaciones de nuestro siglo no han dado ningún argumento nuevo para mantener esta duda.

A finales del siglo 19 y a comienzos del 20, a los mencionados epígrafes de Proverbios se los consideraba, por lo general, como incorrectos. Se decía que Salomón nunca pudo haber compuesto tan largas obras poéticas como ofrece Proverbios 1 al 9. Pero, ciertamente, las excavaciones han mostrado otra cosa. Se han encontrado obras poéticas que, filológica y literariamente, se parecen mucho a Proverbios, y que datan del tiempo de Abraham o aún antes, ¡hasta 1500 años antes de Salomón! Esto ha conducido ya a un mayor respeto a la fiabilidad de los epígrafes en cuestión.

Nadie ha aportado realmente una prueba convincente contra la autoría de Salomón. Tampoco era demasiado serio el argumento de que Salomón, según 1 R. 4:32, compuso 3000 proverbios, mientras que el libro bíblico de Proverbios sólo contiene unos 800. Si la palabra hebrea para decir *tres mil* (shalosh elafim) la tomamos en el sentido de tres *unidades*, tampoco este argumento es convincente. Entonces, 1 R. 5 habrá querido decir, que Salomón escribió tres *colecciones*.

Por estas razones, seguimos hablando tranquilamente de Proverbios de Salomón. El propio libro certifica ciertamente que otros también trabajaron en él, pero la mayor parte del mismo es indudablemente del príncipe más sabio de Israel.

Primero, el buen Espíritu de Dios lo adornó, siendo joven, con singular sabiduría. Después, Dios se preocupó de que un rico tesoro de los conocimientos de Salomón fueran conservados para el pueblo de Dios. Así, podemos "oírle" tres mil años después; y, cuando citemos un proverbio suyo, no nos recatemos en decir: "Salomón dijo..."

Así honramos simultáneamente a nuestro Señor Jesucristo, que dijo de sí mismo: "He aquí más que Salomón en este lugar", Mt. 12:42. Con lo cual no se refería a la riqueza y esplendor de Salomón, pues en ello nuestro Salvador era mucho menor que Salomón, sino a la sabiduría real, en la cual nuestro Mesías-Rey brilló por encima de Salomón. En Él se cumplió la profecía de Isaías: "Y se llamará su nombre Admirable Consejero", Is. 9:6. "Y reposará sobre él el Espíritu de Yahvéh; espíritu de sabiduría y de inteligencia, espíritu de consejo y de poder, espíritu de conocimiento y de temor de Yahvéh", Is. 11:2, cf. Lc. 2:40, 52; Col. 2:3.

Otros autores de proverbios.

Además de una gran cantidad de proverbios salomónicos, poseemos en este libro también algunas pequeñas porciones de otros autores de proverbios. A algunos los conocemos por su nombre, p.ej., Agur el hijo de Jaqué (Pr. 30:1) y Lemuel el rey de Massa (Pr. 31:1), pero a otros no. Una de esas pequeñas porciones anónimas tiene como epígrafe: "Inclina tu oído, escucha las palabras de los sabios", Pr. 22:17. Otra comienza con: "También estos son dichos de los sabios", Pr. 24:23. Tampoco sabemos quién compuso el himno de alabanza a la mujer ideal, Pr. 31:10-31.

A propósito de estos desconocidos autores de proverbios, se podría pensar en aquella mujer de Tecoa que, al ruego de Joab, fue a David con el fin de moverlo a recibir nuevamente a su hijo, cf. 2 S. 14; o, en aquella mujer de Abel-Bet-Maaca que con su sabiduría salvó a la ciudad, cf. 2 S. 20:16ss; o, en aquel hombre pobre en Ec. 9:15, que también habría salvado a su ciudad, con tal que se le hubiera escuchado. Pero, por encima de la obra de estos desconocidos o menos conocidos sabios, está el nombre de Salomón como el autor principal del libro de Proverbios.

Autores inspirados por el Espíritu de sabiduría.

Por ahora hemos hablado bastante acerca de los autores conocidos y desconocidos de Proverbios; pues, a fin de cuentas, también ellos habían recibido de Dios su sabiduría, porque toda sabiduría viene de Dios, Pr. 2:6, 8:22ss. Todas la colecciones de proverbios fueron "dadas por un solo Pastor", Ecl. 12:11. Incluso el famoso Salomón solamente dio sabiduría de quien él mismo, a su vez, la había recibido: "Te he dado un corazón sabio y entendido", 1 R. 3:12, 4:29. Además, también es cierto que Dios se ha valido del medio de estudio de las Escrituras y de la atención de Salomón. Pero, en última instancia, tenemos que agradecer este libro de la Biblia no a hombres, sino al "Espíritu de sabiduría y de inteligencia" (Is. 11:2), que también "inspiró" a los autores de proverbios bíblicos por mandato de Dios, 2 P. 1:21, cf. 2 Ti. 3:16.

¡También el libro de Proverbios pertenece a la Palabra de Dios!

2. Cuidado de Ezequías por la literatura sapiencial de Israel

Probablemente, además de la reina de Sabá, otros visitantes habrían escuchado la sabiduría de Salomón de su propia boca, 1 R. 10:1-10. Pero, ¿se trata de que él habría dirigido la palabra a todos los extranjeros y personalmente diera lecciones de sabiduría? No nos extrañaría que muchos, ya entonces, conocieran por sus escritos las opiniones de Salomón. Lo que este príncipe entre los sabios, y lo que este sabio entre los príncipes enseñó, ya por aquel entonces habría sido puesto por escrito y transcrito por escribientes. Ya durante su vida fueron publicadas tres colecciones de proverbios de Salomón, según he mencionado anteriormente. Los visitantes extranjeros que hacían un viaje a Jerusalén, por entonces el centro universalmente reconocido de la sabiduría, probablemente podían leer muchos de los himnos y proverbios de Salomón.

Pero, al igual que muchos de nosotros usamos dichos o refranes propios sin que nunca hayamos mirado un diccionario de expresiones, así los israelitas ciertamente también conocieron de memoria y transmitieron verbalmente muchos proverbios; y tan libres como nosotros: como condimento en conversaciones diarias. Así es como Israel debió conservar durante generaciones un tesoro de sabiduría sapiencial en la

caja de su memoria. Ello duró al menos hasta el tiempo del rey Ezequías, antes que nuestro libro de Proverbios obtuviera su forma actual.

Aquel rey piadoso no sólo se esmeró en la reforma del culto del templo, sino también en la conservación de la sabiduría sapiencial de Jerusalén. Esto se deduce de Pr. 25:1, donde leemos: "También estos son proverbios de Salomón, los cuales copiaron los varones de Ezequías, rey de Judá". Según esta versión, el rey Ezequías nombró una comisión que recibió el encargo de recoger el legado de los proverbios de Israel. Evidentemente ya entonces existían algunas colecciones de Salomón; lo cual resulta cierto por estas palabras: "*También* estos son proverbios de Salomón", Pr. 25:1. A este respecto, podríamos pensar en las colecciones del capítulo 1 al 9 y del 10:1 al 22:16. Pero la colección de los capítulos 25 al 29 es evidente que aún no existía en esa forma.

Esta comisión quizá recorrió el país con el fin de que, en las puertas de las ciudades, obtuvieran informes de los ancianos de su conocimiento de proverbios, y copiarlos de su boca; y entonces los varones de Ezequías *reunieron* proverbios. Pero, Pr. 25:1 también puede ser traducido así: "También estos son proverbios de Salomón, los cuales *copiaron en otro rollo* los varones de Ezequías". Entonces éstos habrían hecho una colección de legajos de los proverbios de Salomón, ya existentes, y quizá también de otros sabios, y los habrían trasladado a un rollo nuevo.

¿Habría emprendido Ezequiel este trabajo impresionado por la necesidad de los tiempos? El imperio asirio ya había deportado al Reino de las Diez Tribus y amenazaba también a Judá.[1] Teniendo esto en cuenta, ¿quiso el rey poner a buen recaudo el gran tesoro de la sabiduría sapiencial entregada, coleccionándola a tiempo y poniéndola por escrito en rollos nuevos?

En cualquier caso, entre las colecciones aisladas y nuestro actual libro de Proverbios hay un largo camino de 250 años: de Salomón hasta Ezequías. Pero, sobre todos aquellos proverbios conservados en la memoria de Israel o en rollos, estuvo, durante todos aquellos años, el ojo vigilante de Dios el Espíritu Santo. Él "inspiró" no sólo a los poetas en su obra de componer los proverbios, sino que también los conservó; y nos los procuró en la forma en que el libro de Proverbios actualmente los presenta en las Sagradas Escrituras.

3. Plan y orden del Libro de Proverbios.

¿Hay algo por descubrir aún del orden en este libro de la Biblia? ¿Acaso los proverbios no se encuentran revueltos? En efecto, con sólo fijarse en los temas o asuntos que abordan, los proverbios saltan, desde Pr. 10:1, la mayoría de las veces, de rama en rama, y la mayoría cuelgan unos de otros como frutas arracimadas. Es difícil de comprender qué movió a los coleccionistas a situarlos en este orden. Incluso no han podido evitar repeticiones, no sólo en diferentes partes del libro, sino incluso en un mismo pasaje; cf. 2:16 y 7:5, 3:15 y 8:11, 10:1 y 15:20, 14:12 y 16:25, 14:20 y 19:4. Será difícil encontrar una explicación concluyente.

A causa de esta mutua conexión abierta, algunos expositores han subdividido nuevamente el libro de Proverbios. Algunos agruparon los proverbios según el tema: lo que el libro enseña acerca del hombre en el servicio a Dios, en la familia, en la sociedad, o acerca de la pereza, el celo, la pedagogía, las relaciones sociales. Otros dividieron los proverbios según los Diez Mandamientos. Una buena opción, dada la estrecha relación que existe entre la Toráh y la sabiduría sapiencial de Israel.

Sin embargo, para nuestra explicación hemos prescindido de tales clasificaciones, por más encanto que pueda resultar de ello. En primer lugar, porque una explicación de *todos* los proverbios queda fuera de la extensión de nuestro libro. Además, ¡porque en semejantes agrupaciones "se desmandan" tantos proverbios! Y, sin embargo, por lo que respecta a los Diez Mandamientos, es notable que los mismos coleccionistas no hayan agrupado Proverbios según ese orden, si bien en el libro de Deuteronomio, el cual está dividido con bastante detalle según el orden de los Diez Mandamientos, ya tenían un ejemplo de este orden. Además de esto, numerosos proverbios pueden ser situados bajo más de uno solo de los Diez Mandamientos. O si se les quiere ordenar según materia o tema, se llega al descubrimiento de que, frecuentemente, abordan más de un solo tema o asunto.

A pesar de esto, nuestro primordial inconveniente es que Proverbios, después de un examen más detenido, muestra, sin duda alguna, un cierto plan y orden, y que semejantes divisiones en parcelas menoscaban la estructura en que ha

placido a Dios el Espíritu Santo transmitirnos este tesoro de sabiduría.

Una colección de ocho colecciones de proverbios.

Proverbios es, propiamente, una colección de colecciones de proverbios, en parte llevada a cabo por "los varones de Ezequías". El libro deja ver claramente las costuras donde se han cosido mutuamente las diversas colecciones de proverbios. Pues allí se halla indicado por un epígrafe o título cuál colección tienes a la vista. Nosotros transcribiremos de forma revuelta estos epígrafes acompañados del lugar donde se encuentran, y así podrás ver que Proverbios forma una colección de al menos ocho libretos de proverbios.

1. Los proverbios de Salomón, Pr. 1:1 - 9:18.
2. Los proverbios de Salomón, Pr. 10:1 - 22:16.
3. Palabras de sabios, Pr. 22:17 - 24:22.
4. También estas son palabras de los sabios, Pr. 24.23-34.
5. También estos son proverbios de Salomón, los cuales recopilaron los varones de Ezequías, rey de Judá, Pr. 25:1 - 29:27.
6. Palabras de Agur, hijo de Jaqué, Pr. 30:1-33.
7. Palabras de Lemuel, rey de Masa, con que su madre le amonestó, Pr. 31:1-9.
8. La mujer ideal, Pr. 31:10-31.

Al considerar estos libretos de proverbios, se evidencia que existe una diferencia notable entre Pr. 1-9, por una parte, y Pr. 10-31, por otra. Los primeros nueve capítulos muestran claramente un carácter diferente del resto del libro. Si por un momento comparamos Proverbios con un palacio, entonces con Pr. 1:1-7 entramos en el vestíbulo. Después, con Pr. 1:8 a 9:18, llegamos, por así decirlo, a un corredor majestuoso que nos conduce a Pr. 10 al 31. Allí se encuentran el salón del trono y las diversas habitaciones contiguas. En cierto sentido, Proverbios comienza, en realidad, en Pr. 10:1. Allí, el epígrafe de Pr. 1:1, se encuentra repetido una vez más: "Los Proverbios de Salomón".

Ahora bien, no queremos exagerar esta diferencia entre

Proverbios 1 al 9 y Proverbios 10 al 31. Indiscutiblemente, Proverbios 1 al 9 también deja oír las mismas clases de lecciones sobre la vida que el resto del libro. Por eso dijimos también que Proverbios comienza, *en cierto sentido*, en Pr. 10:1. Pero esto no quita que, Proverbios 1 al 9, tomado en general, posea, sin embargo, otras cualidades (que Proverbios 10 al 31). Esto se nota ya con sólo echar un vistazo general a esos capítulos. A partir de Pr. 10:1, los proverbios se hallan, excepto algunos grupitos, sin casi relación alguna entre sí. Proverbios 1 al 9, por el contrario, muestra mucha más cohesión; también porque trata claramente diversos temas capitales.

Si consideramos más atentamente estos temas, entonces Pr. 1 a 9 evidencia claramente poseer el carácter de un *hilo conductor*, que nos enseña cómo debemos leer y evaluar Proverbios 10 al 31. Algo así como el *manual* para el uso de la enseñanza (dada en Proverbios 10 al 31). Así pues, a continuación, a Proverbios 1 al 9 queremos subtitularlo: *Manual para el uso y aplicación de Proverbios.*

En consecuencia, subdividimos Proverbios del siguiente modo:

I. Proverbios 1 al 9	Manual para el uso de Proverbios.
II. Proverbios 10 al 31	El libro Proverbios.

4. El Manual para el libro de Proverbios.

Antes de disponernos a comentar Proverbios 1 al 9, debemos decir algo acerca de las peculiaridades y características de este Manual para el uso y comprensión del libro de Proverbios. Esto puede aclarar nuestra visión sobre esos capítulos, y ahondar nuestra visión en la estructura de este libro de la Biblia. Ahora bien, lo característico de estos capítulos se halla en estos temas capitales:

-la valía de la sabiduría.

-el camino hacia la sabiduría.

Por cierto, Proverbios mismo trata estos temas de forma distinta a la que nosotros haremos. Nosotros, por amor a la claridad, separamos momentáneamente estos asuntos, mientras que en Proverbios 1 al 9 están revueltos. No obstante, siguen siendo dos asuntos distintos: 1) ¿de qué me sirve la sabiduría, y 2) cómo llego a la sabiduría? Este Manual para

Proverbios no se cansa de repetir con gran énfasis: -'Comprende la valía inapreciable de la sabiduría, y sigue sus caminos'. Sobre estos dos temas capitales, por de pronto, hagamos un par de consideraciones.

La valía de la sabiduría.

Los autores de proverbios eran educadores inteligentes. No exigían obediencia ciega de sus discípulos. Como buenos pedagogos sabían que los oyentes benévolos obedecen más fácilmente cuando comprenden *por qué* se les aconseja esto y se les desaconseja aquello, que cuando se exige de ellos la disciplina de un cadáver. Por eso se puede notar, en todas las partes de Proverbios, que los sabios motivan sus indicaciones. Sin embargo, en este aspecto es preciso hacer notar alguna diferencia entre el Manual y el propio libro de Proverbios.

Como es natural, también en Proverbios 10 al 31 los sabios se esforzaron mucho en hacer ver a sus discípulos *por qué* es preferible escoger la sabiduría antes que la necedad. Sin embargo, Proverbios 1 al 9 pone aún más acento en ello; y en esta porción retorna constantemente este tema capital: "Si fueres sabio, *para ti* lo eres", Pr. 9:12. Y los capítulos 2 y 3 tratan este tema muy detalladamente. El capítulo 4 relata cómo Salomón ya aprendió esto mismo de su piadoso padre David. Y los capítulos 5 al 7 muestran además un ejemplo conmovedor: la sabiduría puede librarte de la tentación destructora de la vida de la mujer mala. Y los capítulos 1, 8 y 9 nos muestran a la sabiduría como una mujer hablando que, en un par de discursos poderosos, pone de relieve la alta procedencia y el poder revitalizador de la sabiduría.

Además, obviamente se puede recordar toda la sabiduría en la naturaleza y en las Escrituras; pero, dado el lugar canónico de Proverbios 1 al 9, en estos cantos de alabanza a la sabiduría, pensamos, particularmente, en la enseñanza de Proverbios 10 al 31. Antes de que nos dispongamos a leer esto, Proverbios 1 al 9 nos presenta con gran fuerza la valía inestimable de esa enseñanza: *ella puede salvar tu vida*. En el pleno sentido de la palabra: no sólo la duración de tu vida, sino también tu felicidad, tus posesiones, tu salud, tu felicidad matrimonial.

Así es como este Manual nos enseña enseguida una de las lecciones más fundamentales en la escuela de Proverbios: -

'Pregúntate siempre a ti mismo *qué clase de consecuencias* tendrán tus actos'. Los capítulos 1 al 9 de este libro de la Biblia, nos permiten ver, con muchos ejemplos tomados de la vida, una cuestión de vida o muerte. Cuando hayamos repasado el Manual presente, también podemos considerar Proverbios 10-31 más profundamente bajo este aspecto.

El camino hacia la sabiduría.

¿Y cómo llego a la sabiduría? Respecto a esto, el presente Manual tampoco nos deja en la duda; y se le puede llamar como el segundo tema capital (de Proverbios 1 al 9).

El ABC en cuestión se halla totalmente al comienzo: "El principio de la sabiduría es el temor de Yahvéh", Pr. 1:7. ¿Quieres sinceramente hacerte sabio? Entonces, debes comenzar *con ello*. Has tomado la actitud precisa para llegar más lejos. Pero, después de eso, es natural que quede más por hacer; y Proverbios 1 al 9 también habla constantemente de ello. Con un caudal de expresiones, el Manual insta continuamente al respecto: *Escucha* la sabiduría, pues escuchar hace sabio.

Los autores de los proverbios no han prescindido de la sabiduría pedagógica de repetir una y otra vez aquello que ya habían repetido constantemente. Con las mismas palabras y expresiones o con maneras de decir sinónimas; con el fin de llevar a sus lectores a que sigan ese camino, el camino de *escuchar* a la sabiduría. Bien entendido, sobre todo aquella sabiduría de Pr. 10 al 31, la cual se halla expuesta en este libro, y nos es ligada al corazón por nuestros padres y maestros temerosos de Dios.

Así pues, el camino hacia la sabiduría comienza también en casa, Pr. 1:8.

Nuestro plan de tratamiento.

En este libro no tratamos de hacer un comentario, versículo tras versículo, de todos los que Proverbios incluye, sino que deseamos cumplir con el deseo de presentar una cierta ayuda para su lectura y comprensión.

Por lo cual, en este libro dedicamos un espacio amplio al tratamiento de la perícopa Proverbios 1 al 9, porque tal porción forma precisamente el Manual para el uso y comprensión de este libro de la Biblia. También hay que tener en cuenta que,

por motivo de nuestra limitada extensión, deberemos tratar esta sección con parcas palabras; pero, de cualquier modo, la queremos tratar detenidamente, porque, si podemos garantizar eso, entonces Proverbios 10 al 31 se nos abrirá a su comprensión mucho más fácilmente.

NOTA Cap. 2

1.– F. van Deursen, *Los Salmos I*, p. 304 y ss.

PRIMERA PARTE

PROVERBIOS

1 al 9

MANUAL PARA SU USO Y APLICACIÓN

Capítulo 3

Proverbios 1:1-6

PROVERBIOS OFRECE SABIDURÍA PARA LA VIDA, ESPECIALMENTE A LOS MAS JÓVENES.

Quien tenga que estudiar un libro de texto obrará inteligentemente si no bucea en él a tontas y a locas, y lee primero el Índice, pues por medio del resumen se llega al contenido del mismo y se lee la obra con mayor provecho. Este sabio consejo podemos aplicarlo también al libro de Proverbios. Lo mismo que el libro de los Salmos,[1] también Proverbios comienza con un *prólogo*, que a su vez forma una especie de *sumario*, y esto se encuentra en Pr.1:1-6, que sigue a continuación:

1 *«Los proverbios de Salomón, hijo de David, rey de Israel,*
2 *para aprender sabiduría y doctrina (disciplina),*
para conocer razones prudentes,
3 *para adquirir instrucción y prudencia,*
justicia, juicio[2] *y equidad;*
4 *para dar sagacidad a los ingenuos,*
y a los jóvenes inteligencia y cordura.
5 *El sabio los escucha y aumenta su saber,*
y el inteligente adquiere capacidad
6 *para entender los proverbios y sentencias,*
las palabras de los sabios y sus enigmas».

Acerca del vs.1 no es necesario hablar más, pues ya tratamos en el capítulo 1 sobre la forma del proverbio y su género; y en cuanto a Salomón y los demás autores de Proverbios, lo hicimos en el capítulo 2.

En este capítulo 3 queremos ocuparnos de las preguntas: *¿Qué* quiere enseñarnos Proverbios, y a quién se dirige especialmente? La respuesta se halla en el título de este capítulo: Proverbios ofrece *sabiduría de vida,* especialmente a los más jóvenes.

1. Proverbios puede enseñarnos sabiduría.

Con el significado de las diferentes expresiones en Pr. 1:2-6 ocurre lo mismo que con los colores del arco iris: Son por naturaleza colores diferentes, pero se confunden mutuamente y juntos forman el arco iris. Así, sabiduría, disciplina, consejo, discernimiento, prudencia, conocimiento y circunspección son ciertamente palabras particulares, cada una con su color propio, pero los límites de su significado son muy difíciles de precisar.

Así también, los autores de los proverbios tampoco se expresaron con conceptos claramente delimitados, sino con palabras sinónimas que se complementan mutuamente, y que juntas reproducen la intención de los poetas. Como maestros de pura sangre, sabían cuánto poder de persuasión puede ejercer en los discípulos la repetición con otros términos. Así pintaban ellos, con sus diversos sinónimos, los colores que juntamente forman el arco iris de la sabiduría. Los occidentales tratamos de convencer mediante razonamientos abstractos, mientras que los hebreos lo intentan por la influencia directa de la voluntad. Su argumentación la llevan a cabo "afirmando y repitiendo", como dice Johs. Pedersen.[3]

Así pues, el libro de Proverbios quiere proporcionar eso: sabiduría. Pero, ¿qué entiende la Sagrada Escritura con ese nombre?

a. En Israel, "sabiduría" también significa conocimiento de una profesión.

En la Biblia hebrea, la palabra *hokhma* (sabiduría) tiene un significado más amplio que entre nosotros. A este respecto, casi siempre pensamos exclusivamente en sabiduría de la vida, pero los israelitas decían sencillamente que, por ejemplo, el buen conocimiento de la náutica es una cuestión de *sabiduría,* Sal. 107: 27. Y en Ex. 36:4, según la Biblia hebrea, al referirse a *maestro,* tenemos una palabra que significa *sabio.* Allí

se está refiriendo a los orfebres y plateros, a los caldereros y perfumadores, a los sastres e hilanderas que habían colaborado en la construcción del tabernáculo y sus accesorios.[4] Respecto al Templo, la Sagrada Escritura dice que fue edificado por *sabios.* Cuando Salomón emprendió la construcción del templo, pidió al rey Hiram de Tiro: "Envíame, pues, ahora un hombre hábil (*sabio*) que sepa trabajar en oro, en plata, en bronce, en hierro, en púrpura, en grana y en azul, y que sepa esculpir con los maestros *(sabios*) que están conmigo en Judá y en Jerusalén", 2 Cr. 2:7, cf. 1 R. 7:14. Así habla también la Sagrada Escritura acerca de la *sabiduría comercial* con que Tiro había adquirido tesoros, Ez. 28: 4-5 y 12; al igual que lo hace sobre la *sabiduría para gobernar* con que José regentó Egipto a lo largo de años difíciles, Gn. 41:39. Y en cuanto a la *sabiduría para navegar*, que durante una fuerte tormenta puede resultar deficiente, ya hablamos anteriormente, Sal. 107:27.

Estos ejemplos permiten ver con cuánta amplitud usa la Sagrada Escritura la palabra hebrea *hokhma* (sabiduría). Oímos hablar en ella de la sabiduría de los forjadores y arquitectos, maestros de obras y canteros, sastres e hilanderas, marineros y preparadores de ungüentos, reyes y comerciantes. En resumen, en la Sagrada Escritura la sabiduría también puede referirse al conocimiento especial de alguien; el «know-how» o *saber hacer* de su oficio.

Por todo esto, para empezar ya podemos ver en qué sentido tan práctico las Sagradas Escrituras toman la palabra *sabiduría.* Esta sabiduría nunca es una cuestión de consideraciones limitadas y abstractas, ni de especulaciones teoréticas, sino que tiene que ver totalmente con nuestros ojos y oídos y con nuestras manos y pies. Sabiduría, pues, no es lo mismo que filosofía.

Además, aquí también podemos aprender lo que efectivamente es la sabiduría de la vida, pues queda de manifiesto que Proverbios no ofrece sabiduría en sentido de conocimiento especial técnico, como algunos libros de proverbios egipcios, que son manuales para jóvenes funcionarios, y que se limitan de alguna manera a las reglas o normas de comportamiento que un futuro político o cortesano debía conocer. Por el contrario, Proverbios ofrece la sabiduría de la vida y domina realmente la vida entera.

No obstante, la Biblia hebrea usa, para referirse al *conocimiento especial* del orfebre, calderero, marinero, rey y mercader, la misma palabra *hokhma* (sabiduría) que usa para referirse a la *sabiduría de la vida* de Salomón. El israelita veía esta concordancia entre las dos, y que entre ambas se acercaba al *know-how*, el "saber-cómo" de uno y otro.

Pero ¿en qué consistía la sabiduría del orfebre? En que conocía la manera de hacer joyas de oro. Y, ¿en qué consistía la sabiduría del marinero? En que conocía la manera de llevar un buque al puerto de destino. Así la sabiduría de cada profesional consistía en que, en su terreno respectivo, era un experto. Conocía su material y utensilios, y poseía la habilidad para con ellos alcanzar su objetivo. Sabía además lo que se puede y no se puede hacer; pues cada profesión conoce sus reglas prácticas, su orden de trabajo, las limitaciones dentro de las que se debe mover. Lo que los ingleses llaman el *know-how* de una profesión; el saber cómo hay que afrontar algo.

Ahora bien, ¿no vale esto igualmente para nuestra vida diaria?

b. La sabiduría de la vida equivale al "know-how" *de la vida.*

Diariamente nos ocurre que ponemos a prueba el *cómo* debemos vivir. Constantemente nos movemos dentro de los límites de lo que se puede y no se puede, y de lo que se debe y no se debe. Al igual que el profesional en su oficio, chocamos diariamente con toda clase de limitaciones. Veamos una de ellas: «Si se embota el hierro, y su filo no es amolado, hay que aumentar el esfuerzo,» Ec. 10:10. Esto vale, naturalmente, para toda clase de situaciones en la vida. Por eso dice Salomón: «La ciencia (sabiduría) del prudente está en: *comprender su camino*», Pr. 14:8a.

Como el profesional conoce el camino hacia su objetivo, así el sabio en esta vida conoce *el camino justo* para emplear su dinero, educar a sus hijos, usar su lengua... en fin, organizar toda su vida. Como el profesional dispone de la técnica justa para realizar su trabajo, así el piadoso que tiene sabiduría de la vida conoce la «técnica» justa para organizar su vida según las normas que Dios propuso al respecto (de lo que seguiremos hablando en el capítulo siguiente).

Nadie puede incumplir este orden y normas de Dios sin sufrir daño. Todo el libro de Proverbios lo enseña: «Si eres

sabio, para ti lo eres; si eres escarnecedor (del orden de Dios), sólo tú lo pagarás», Pr. 9:12. Todo el libro permite ver innumerables ejemplos al respecto. Comete alguien adulterio, entonces trae sobre sí deshonra imborrable, Pr. 6:33. Comienza alguien una discordia, entonces no sabe dónde terminará, Pr. 17:14. *Tales hechos* van acompañados más o menos de *tales consecuencias.* La sabiduría de la vida incluye que se respete humildemente esta interdependencia, teniendo en cuenta constantemente el orden que Dios ha revelado en sus Escrituras y en la creación para la convivencia, y los límites de lo que se puede y está permitido en la vida (de lo cual seguiremos hablando en el capítulo siguiente).

Los traductores de la versión de la Biblia neerlandesa «Statenvertaling» (Versión de los Estados) colocaron junto a Pr. 1:2 esta bonita anotación marginal: Sabiduría es «un conocimiento firme y fundamental de cosas divinas y humanas para conformarse bien uno mismo en fe y vida, cf. 1 R. 3:12». La sabiduría hace que una persona acepte el sentido humilde de la Sagrada Escritura, por el que se aprende a ver las actitudes justas y a conformarse con la realidad.

El sabio pone atención a sus dones y vocación; no se esfuerza por lo que Dios puso por encima de su alcance. Conoce su *espacio de trabajo.* No sobrepasa su *capacidad* de acción. Sabe lo que puede y lo que encaja en la vida, como el orfebre en su ciencia de orfebre. El sabio *quiere* únicamente lo que puede y lo que encaja en su vida. Como una ley que no está escrita en el Reino de los cielos, pero que está escrita en la vida: ¡No hay que forzar la cosas! Se ha de aceptar el mundo como es, ¡pero sin someterse al mismo!

Por el contrario, la necedad es revolucionaria e idealista. No cuenta con la realidad, sino que vive de ensoñaciones. El necio rechaza sufrir bajo el látigo de la realidad y no quiere acomodarse a su lugar en ella. Sobre los principios fundamentales de la necedad leeremos más en el capítulo siguiente.

Allí se verá la concordancia o semejanza entre la sabiduría del experto y la sabiduría de Proverbios. Ambas cosas son una cuestión de saber cómo se puede alcanzar el objetivo; conocer el método exacto; o, como dijo Salomón: «La ciencia (sabiduría) del prudente está en comprender su *camino*», Pr. 14:8a. Por supuesto, en el temor de Dios; pero, acerca de esto seguiremos hablando al comentar Pr. 1:7. Al igual que

la sabiduría del experto consiste en la pericia con que ejerce su profesión, así la sabiduría de la vida del justo es la pericia con que, en toda clase de situaciones en la vida, se hace maestro.

A este respecto, Salomón viene a echarnos una mano con sus proverbios, pues el libro de Proverbios quiere enseñarnos la manera justa de vivir. De la mano de cientos de ejemplos nos permite ver lo que en otros tantos casos haría la sabiduría. Para, de alguna forma, adelantarnos al Capítulo siguiente, he aquí un resumen previo:

Sabiduría es la ciencia para vivir eficazmente en el temor de Dios. Según el orden que Él ha revelado en las Sagradas Escrituras y en la creación, para nuestra propia salvación.

2. Proverbios puede enseñarnos a ser disciplinados.[5]

Sin embargo, la sabiduría no nos es innata. Al contrario, según el viejo hombre, incluso somos necios. El viejo espíritu del paganismo puso en nosotros un corazón tenebroso y viciado, Ro. 1:22, Ef. 4:22; y, con sus deseos engañosos, aún sigue escarbando en nosotros y en nuestros hijos. Por eso la sabiduría debe aprenderse y conseguirse desde la más tierna infancia. Nuestra necedad debe ser cambiada por el entendimiento. Nuestra desobediencia debe ser reprimida y nuestro libertinaje debe ser encadenado. Porque, al igual que caballos encabritados, rechazamos por naturaleza las riendas de los mandamientos y preceptos de Dios. Contra esto, únicamente ayuda un solo remedio: «Atended el *consejo* (disciplina), sed sabios y no lo menospreciéis», Pr. 8:33, cf. 19:20.

Ahora bien, es triste que al hablar de *disciplina* inmediatamente sólo pensemos en castigo y paliza. La palabra *disciplina* tiene originalmente el sentido amplio de educación. Posteriormente se ha reducido su significado a *castigo*.

También Proverbios, en 1:2, con la palabra disciplina se refiere en primer lugar a *educación, enseñanza, instrucción, dirección*. A este respecto, no debemos pensar primeramente en una vara, pues el término *disciplina* está en ese texto como una de las palabras principales del libro, que prefiere corregir mediante la enseñanza y la exhortación. Y que este libro de Proverbios quiere ver la disciplina ejercida primeramente con la palabra, resulta evidente por el capítulo 4, donde oímos a Salomón contar cómo ocurría esto antiguamente en su casa:

«*Escuchad,* hijos,» -así empieza él, «la *enseñanza* de un padre». Y luego, de un tirón, sigue diciendo: «Yo os doy *buena enseñanza* (*disciplina* como dicen las mejores traducciones); por eso, no descuidéis mi *instrucción* (consejo)», vs. 1,2,4 y 11.

Por las palabras impresas en cursiva se puede ver lo que él entendía por disciplina: Algo para oír, antes que para sentir. Evidentemente, por disciplina no sólo pensó en el castigo y, desde luego, no enseguida en la vara, sino en la dirección que él dio a sus jóvenes. Cierto, con autoridad paternal, pero en primer lugar mediante el consejo amistoso. Detrás de esa alocución cordial de Proverbios 4 late un corazón cálido. Esto es el ABC de toda disciplina en las Sagradas Escrituras, incluida la de Dios sobre su pueblo: mediante el consejo a los que yerran, llevarlos al camino recto.

Esto no quita que Salomón, si es necesario, aconseje igualmente el uso de medios de disciplina más duros. Siempre hay pupilos torpes y necios que rechazan los consejos amistosos. Entonces sus educadores deben echar mano de formas más profundas de disciplina, como amonestaciones, reprensiones y quizás golpes, Pr. 18:6, 19:29, 20:30. En casos extremos, además, incluso no deben descartar la vara, pues ello testifica de una sabia visión o idea de la ciencia de la educación, si se sabe que: «La vara y la corrección dan sabiduría», Pr. 29:15, cf. 10:13, 13:24, 22:15, 23:13s, 26:3.

¿Y dónde debe empezar toda disciplina? ¡En casa del padre y de la madre! Esto es lo que nos indica Proverbios después; y como primera lección, Pr. 1:8. Padre y madre tienen la obligación de conducir a sus hijos con mano firme desde sus primeros días de vida en la cuna, aconsejarlos constantemente durante el crecimiento, a veces exhortarlos y, si es necesario, incluso mediante el castigo y el azote llevarlos a un mejor modo de ver las cosas.

Pero, ¿qué hay más difícil que adquirir sabiduría uno mismo y hacerla aprender a los hijos? Con este fin, ahí está el Espíritu de Dios para ayudarnos con el libro de Proverbios. El Señor nos otorgó este libro especialmente «para entender sabiduría y *doctrina (disciplina)*», Pr. 1:2. Ahí tenemos la imprescindible «escuela de disciplina» en que podemos aprender la sabiduría. Sus maestros no exigen, como se suele decir, una disciplina de muertos; y quieren enseñar a sus mismos discípulos a ver por qué esto es bueno y aquello es malo,

de modo que convencidos y voluntariamente se amolden a las ordenanzas de Dios para nuestra vida. Los autores de proverbios ejercitan la disciplina dando dirección mediante consejos y ratificándola, si es necesario, mediante la reprensión y el castigo.

Quien los escucha aprende, a la larga, la *autodisciplina* (éste puede ser otro significado de la palabra *disciplina* en Pr. 1:2). La autodisciplina es uno de los frutos más hermosos de la educación en la «escuela de la disciplina» de Proverbios. Aunque ese curso dura realmente toda la vida y nunca acabamos esta escuela totalmente instruidos, sus resultados, sin embargo, no son invisibles. Quien ha seguido sus lecciones seriamente durante algún tiempo, puede observar en sí mismo: -'He obtenido alguna idea, he aprendido alguna obediencia, he adquirido algún dominio de mí mismo, he aprendido a situarme algo en este mundo; en una palabra, me he vuelto más sabio.'

Disciplina: Dirección de Dios, ejercida mediante consejo autorizado, exhortación y, si es necesario, mediante corrección y castigo. También por medio de los padres y otros educadores. Para hacernos entendidos y educarnos para tener una visión adecuada de las cosas, y para tener autodisciplina.

3. Proverbios puede reforzar nuestro discernimiento.

¿Con cuánta frecuencia nos encontramos ante una elección? A cada momento nos surge la pregunta: -¿Hago bien en esto? ¿Qué se afirma ahí? ¿Quién es ése? Diariamente estamos entre bueno y malo, verdadero y falso, justo e injusto, humildad y soberbia. Añádase a esto que la cristiandad moderna está expuesta constantemente a ir cada vez más a la deriva. En sus círculos está de moda que apenas se admita la certeza y, en su lugar, se siembren las dudas. Muchos no reconocen ninguna verdad firme, sino únicamente *opiniones y visiones* subjetivas. ¿Cómo encuentra una persona el camino acertado en esa situación sin raíces? Para ello debe ser capaz de distinguir entre verdad y mentira. Y, ¿dónde se aprende eso? Bajo la lámpara de la Palabra, mediante la sabiduría de Proverbios. Pues éstos sirven también:

> *«para conocer razones prudentes,*
> *para adquirir instrucción y prudencia,*
> *justicia, juicio y equidad»,* Pr. 1:2b y 3.

Cuando Salomón aún era joven, él mismo se lo pidió a Yahvéh: «Concede, pues, a tu siervo un corazón que entienda para juzgar a tu pueblo y *discernir* entre lo bueno y lo malo», 1 R. 3:9. Proverbios demuestra con cuánta generosidad respondió Dios a esta oración. Los proverbios de Salomón son «palabras llenas de discernimiento» entre lo bueno y lo malo, saludable y nocivo. Ponen a sus lectores bajo la *disciplina* o enseñanza y exhortación, las cuales pueden aportarles el discernimiento necesario.

Así se puede adquirir el discernimiento por el que se puede formar un *juicio sano* y tomar las decisiones (hebreo: *mishpat*) justas. Por eso Proverbios es un libro que, por decirlo de alguna forma, nos debemos *comer*. Obsérvese cómo Salomón y los demás sabios indican la distinción entre el hacer y el dejar de hacer esto o aquello. Así, debe crecer nuestro discernimiento «en conocimiento y en toda comprensión, para que aprobéis lo mejor», Flp. 1:9b-10a, cf. Sal. 119:66, He. 5:14.[6] ¿Y de dónde nos llega ese discernimiento sino del cumplimiento del pacto de Dios en nuestra vida cotidiana? En lo que aquí la Sagrada Escritura llama *"justicia":* vs.11 [7] Esto demandó Yahvéh a Israel: "La justicia, sólo la justicia seguirás", Dt. 16:20. Esta justicia diaria podemos aprenderla asimismo de los sabios, de manera que vivamos íntegros para Dios, temerosos de Él y huyendo de lo malo.

4. Proverbios es un libro especial para la juventud.

Las recopilaciones paganas de proverbios se dirigen mayormente a un público selecto, al menos en primera instancia. La mayoría de los libros sapienciales egipcios y también los proverbios asirio-arameos servían principalmente para educar a jóvenes de los círculos del gobierno, para un lugar alto en la corte o un puesto directivo en la sociedad. Por consiguiente, estos libros de sabiduría estaban destinados casi siempre a los futuros políticos, aunque contuvieran también indicaciones más generales.

La posterior literatura sapiencial judía y gnóstica tampoco se dirigía a todo el pueblo, sino únicamente a un núcleo selecto del mismo. Y tampoco los filósofos griegos aspiraban a vulgarizar sus pensamientos, sino a apuntar, por anticipado, a determinadas clases; es decir, a los colectivos más encumbrados.

¡No lo hizo así Salomón y los otros sabios israelitas! Su libro de Proverbios no está destinado a una sociedad selecta, sino a todo Israel. Todo el mundo puede aprovecharse del mismo. Vaya esto por delante: ¡Proverbios no hace distinción de personas entre sus lectores!

A pesar de esto, también los autores de proverbios de Israel pensaban mayormente en un determinado círculo de oyentes dentro del pueblo de Dios, a saber, el de los más jóvenes. Proverbios es un libro que se dirige especialmente a la juventud. Está escrito concretamente «para dar sagacidad a los *ingenuos*, y a los *jóvenes* inteligencia y cordura», Pr. 1:4. Repito una vez más, sin dividirlos socialmente en hijos de gente rica y en hijos de obreros, como hacen los libros de proverbios no israelitas.

Ahora surge, naturalmente, la pregunta sobre qué entiende Proverbios por «simples» y «jóvenes». A este respecto, ¿debemos tener en cuenta exclusivamente al grupo de edad de los 17 a 21 años, y con ello sólo a jóvenes solteros?

a. Para jóvenes de 14 a 40 años.

La palabra hebrea *na'ar*, que en Pr. 1:4 es traducida por joven, en otros pasajes es usada en sentido muy amplio. Se la encuentra en la Biblia hebrea usada para referirse a Moisés, cuando él, como bebé, yacía en la canastilla de juncos, Ex. 2:6; y para Samuel, cuando como párvulo llegó a Silo, 1 S. 1:24. Pero también para Ismael, cuando tenía 14 años, Gn. 21:12. Para el rey Josías, cuando tenía 16 años, 2 Cr. 34:3. Para José, cuando tenía 17 años, Gn. 37:2. Para Josué, cuando ya era servidor de Moisés, Ex. 33:11. Para David, cuando se acercó a Goliat, 1 S. 17:33 y 42. Para Jeremías, cuando fue llamado a ser profeta, Jer. 1:6.

En los últimos casos, hablaríamos también de jóvenes, en plural. Como cuando Absalón se sublevó, que ya estaba casado y era padre de cuatro hijos, 2 S. 14:27. No obstante, David pidió a Joab: «Tratad benignamente, por amor de mí, al joven Absalón», 2 S. 18:5, 12, 32. Más tarde lo dijo de Salomón: «Salomón, mi hijo, es muchacho», 1 Cr. 22:5, 29:1, 1 R. 3:7. Roboam ya tenía 41 años cuando llegó a ser rey; y sin embargo, las Sagradas Escrituras lo mencionan con la misma palabra *na'ar*, cf. 2 Cr. 13:7.

Como se puede ver, no debemos sacar conclusiones equivocadas de la palabra *joven*, pues las Sagradas Escrituras usan la mencionada palabra hebrea *na'ar* tanto para *muchachos jóvenes* como para *adultos jóvenes* hasta sus 41 años. Incluso hombres y padres de cuatro hijos, como Absalón, pueden sentirse aludidos por Pr. 1:4.

A estos grupos de edad se dirigen los sabios con sus proverbios. Con ello no sólo tenían en mente a los jóvenes, según ahora los encontramos en asociaciones juveniles, sino también a sus padres y madres aún jóvenes. Bien es verdad que en Proverbios es a los hombres jóvenes y no a las mujeres a quienes se dirige la palabra. A pesar de ello, el papel de la madre en la transmisión de la sabiduría en la crianza demuestra que la mujer israelita no fue excluida de la instrucción en la sabiduría, cf. Pr. 1:8; 6:20; 23:25; 29:15; 30:17; 31:1; etc. La mujer ideal, según Pr. 31:26, abre su boca con sabiduría y da enseñanza agradable.

En fin, que Proverbios es sobre todo lectura para la primera mitad de la vida. Tanto si se está aún en el colegio, como si ya se es un hombre joven, se habrá aprendido una gran cantidad de cosas dignas de saberse. ¿Pero se ha aprendido también lo que significa que una mujer completamente desconocida le acaricie a uno? cf. Pr. 7. Sabemos cómo se engendran los hijos, ¿pero conocemos también los principios de las Sagradas Escrituras según los cuales se les debe educar? El libro de Proverbios se dirige muchas veces al padre y al educador de niños pequeños, cf. Pr. 13:24, 19:18, 22:6, 22:15, 23:13s, etc. Muchos tienen la cabeza llena de «conocimientos», ¿pero tienen también conocimiento? ¿Conocimiento de la vida? ¿Conocimiento de Dios?

¡Ese conocimiento es el que, precisamente, ofrece a los jóvenes el libro de Proverbios!

b. Para quienes sólo pudieron adquirir poca experiencia.

Ahora bien, por la naturaleza del asunto, sucedía que los jóvenes tenían pocas oportunidades de adquirir mucha experiencia. Pero no tenían por qué avergonzarse, pues aún habían vivido poco. Sin embargo, eso no quita para que normalmente los pocos *años de vida* y la poca *experiencia de vida* vayan de la mano. Visto así, es lógico que los sabios, en Pr. 1:4,

nombren al mismo tiempo a los *ingenuos* y a los *jóvenes* entre aquellos a quienes este libro de la Biblia está dirigido.

A este respecto, ¿qué clase de personas tenían presente? La Biblia Reina-Valera, revisión 1995, traduce *ingenuos,* pero también podría ser *inocentes.* La palabra hebrea que aquí encontramos (*pèti*) puede traducirse al español con el significado mencionado, y parece tener relación con "estar abierto".

Por tanto, imaginemos un joven bonachón, complaciente, sin malicia en ningún sentido. Sólo que su corazón está abierto de par en par, y allí pueden entrar libremente influencias buenas y malas. Aún se encuentra sin suficiente discernimiento frente a lo que «se» dice y hace. Por lo cual, uno podría calificarlo de *crédulo*, y hacerle ver que es demasiado confiado. En Pr. 14:15, Salomón describió a este tipo de persona con un par de líneas: *«El ingenuo todo lo cree,* el prudente mide bien sus pasos». En nuestro mundo, este tipo de personas, después de ir diez años al colegio, aún es ingenuo en la vida, y se deja influenciar con demasiada facilidad.

A tales ingenuos o inocentes -que por cierto no sólo se encuentran entre los jóvenes- quiere echarles una mano el libro de Proverbios.

c. Nunca se es demasiado mayor para aprender.

Así pues, el libro de Proverbios se debe leer mucho durante la primera parte de la vida. Pero esto no significa que esté dedicado exclusivamente a la gente joven. Esto se hace evidente en Pr. 1:5:

> *«El sabio los escucha y aumenta su saber,*
> *y el inteligente adquiere capacidad».*

En la escuela de la sabiduría, nunca se sabe demasiado. Por eso también se anima a los mayores a releer el libro de Proverbios. A lo largo de los años, éstos habrán adquirido mucha sabiduría y discernimiento, es decir, el conocimiento que ya se aprendió. Éste es la fuente de la comprensión para cualquiera, y un tesoro que aún se puede aumentar al releer dicho libro.

Por consiguiente, el libro de Proverbios es también para los que tienen 50 y 60 años; sí, y también para los ancianos es una lectura muy apropiada que aún puede aumentar y edificar su perspicacia, según la máxima de Pr. 9:9:

«Da al sabio, y será más sabio;
enseña al justo, y aumentará su saber».

«Pues a cualquiera que tiene, se le dará y tendrá más», dijo nuestro Señor Jesucristo, Mt. 13:12, cf. Pr. 18:15. También los rabinos estimulaban a tomar lecciones en la escuela de la sabiduría: «El hombre es únicamente sabio durante el tiempo que busca sabiduría; cuando se imagina que la ha alcanzado, es un necio».[8]

Los mayores que no se consideren versados, pueden adquirir «prudencia» en el libro de Proverbios. La palabra hebrea que aquí se usa (*tachbulot*) es un término marinero que se puede traducir como «habilidad para la navegación». Un don que a los mayores, en una sociedad en que su sabiduría y experiencia aún podían dominar, por supuesto les cuadra muy bien.

Además, aquí encontramos reunido en una sola palabra lo que Proverbios quiere enseñarnos en Pr. 1:2-5. La sabiduría consiste en encontrar el canal de navegación entre los bancos de arena y arrecifes que amenazan nuestra frágil nave de la vida.

NOTAS Cap. 3

1.– Véase F. van Deursen, *Los Salmos I*, pág. 119, Felire.

2.– Hebreo: *mishpat*, que significa: tomar decisiones buenas, juzgar rectamente.

3.– *Israel, its life and culture, I-II*, London, Copenhagen, 123.

4.– cf. *Biblia Reina-Valera 1960*, en: Ex. 28:3, 31:3ss, 35:10,26,35, 36:1,4; 1 Cr. 22:15.

5.– El vocablo hebreo de Proverbios 1:2 que en la Reina Valera se traduce por "doctrina", se tradujo por "disciplina" en dos versiones neerlandesas de la Biblia. La versión de 1637 añade en una nota: "La enseñanza que se da a fin de alcanzar sabiduría". La Biblia inglesa de 1611 tiene "instrucción" en lugar de "doctri-

na". El autor considera que la palabra "disciplina" es la mejor traducción; sin embargo, dirige al lector a consultar su observación en el primer párrafo del cap. 3:1, pág. 56, sobre el significado de las diferentes expresiones en Prov. 1:2-6.

6.– F. van Deursen, *Los Salmos II*, 694-696, FELiRe 1997: Don de discernimiento.

7.– F. van Deursen, *Los Salmos I*, 41-43, FELiRe 1996.

8.– De la colección medieval de proverbios de Ibn Gabirol.

Capítulo 4

Proverbios 1:7

«EL PRINCIPIO DE LA SABIDURIA ES EL TEMOR DE YAHVÉH».

¿Cuántas veces hemos pedido consejo en nuestra vida? '¿Qué debería hacer...?', es la pregunta que diariamente nos hacemos. Dios es el único que no ha necesitado nunca pedir consejo a nadie. ¿A quién lo habría tenido que hacer? ¿Quién examinó al Espíritu de Yahvéh o lo aconsejó y enseñó? ¿A quién pidió consejo para poder discernir? ¿Quién le enseñó el camino del juicio o le dio conocimiento o le mostró la senda de la prudencia?, Is. 40: 13ss.

«Su entendimiento no hay quien lo alcance», Is. 40:28. Sólo Él posee la sabiduría en toda su magnitud, Job 28. Por eso el apóstol Pablo alaba a nuestro Padre como *«al único y sabio Dios»*, Ro. 16:27, cf. 11:33-35.

1. La sabiduría es un don de Dios.

Felizmente Dios ha mantenido su sabiduría no sólo para sí mismo, sino que también nos ha confiado a nosotros parte de ella. Por eso, toda sabiduría humana es un don de Dios. Esto nos lo enseña muy claramente la Sagrada Escritura: «Porque Yahvéh da la *sabiduría*», Pr. 2:6. «Él *da* (presta) la sabiduría a los sabios y la ciencia a los entendidos», Dn. 2:21. También Salomón había recibido de Dios su inigualada sabiduría, 1 R. 3:12, 5:12, cf. Gn. 41:39.

Como después veremos, esto no sólo vale para toda sabiduría de la vida, sino para todo lo que las Sagradas Escrituras

entienden por sabiduría, cf. Cap. 3,1. Así, Bezaleel y Aholiab debían agradecer sus ideas en arquitectura (también una forma de sabiduría) al Espíritu de la sabiduría con la que Yahvéh los había llenado, Ex. 28:3, 31:2s, Ec. 2:26. Incluso la sabiduría práctica por la que un labrador siembra de forma distinta el trigo que la avena, es un don de Dios: «Porque su Dios lo instruye y le enseña lo recto», Is. 28:26.

¿Cómo se hace sabio el hombre?

Pero, si la sabiduría es un don de Dios, ¿cómo nos la imparte? Los sabios dan respuestas diferentes a esta pregunta. Hay que escuchar a la sabiduría. Hay que buscarla como tesoros escondidos. Hay que aceptar su disciplina y guardar sus mandamientos. Hay que escuchar a padre y madre. Hay que buscar el trato con gentes sabias. Se tiene que buscar información de los antepasados, Job 8:8.

Todos estos son caminos que conducen hacia la sabiduría. También se deben tener presentes la observación y la reflexión que yacen como fundamento de la sabiduría. Los poetas componían sus proverbios después de mucho inquirir, Job 5:27. Sus proverbios contenían mucha experiencia y observación, cf. Cap. 1, pág. 21.

Con todo esto, aún no hemos indicado el primer paso en el camino de la sabiduría, pues el escuchar con nuestros oídos y el observar con nuestros ojos deben proceder de un corazón que tema a Yahvéh. Quien quiera hacerse sabio debe comenzar *con temer a Dios.* Si no, se vuelve un necio.

2. La sabiduría empieza con el temor de Yahvéh.

«El temor de Yahvéh es el principio de la sabiduría», Pr. 1:7a. Este es el principio de partida, la sentencia, el asunto principal, la base de lo que la Sagrada Escritura quiere enseñarnos en cuanto a la sabiduría. El Espíritu Santo consideró esta indicación tan importante que, con alguna variación, la encontramos unas seis veces en la Sagrada Escritura, cf. Pr. 1:7, 9:10, 15:35; Sal. 111:10; Job 28:28, Ec. 12:13.

Así pues, el conocimiento, según la Sagrada Escritura, no es primeramente una cuestión de nuestro intelecto, sino de nuestro corazón. «Cuando la sabiduría penetre *en tu corazón*», Pr. 2:10. Ahí está la cámara de la sabiduría y no primeramente

en nuestro cerebro. Quien quiera hacerse sabio no precisa poseer un alto coeficiente intelectual, sino que debe alimentar un profundo respeto a Dios y su revelación. El corazón piadoso remacha el clavo; esto es lo que indica constantemente el libro de Proverbios.

Ahora bien, el Único y Sabio Dios nos ha revelado su sabiduría de dos formas. Primero, en su santa y divina *Palabra*, que forma una fuente inagotable de sabiduría. Segundo, en *sus otras obras*, que asimismo contienen un mar de sabiduría. (Decimos deliberadamente: Sus *otras* obras, porque la Palabra de Dios igualmente es una *obra* de Dios de primer rango. Un poder de Dios, Ro. 1:16; y, como tal, una prueba del mismo poder eterno y de su divinidad, como se puede percibir por sus obras desde la creación del mundo, Ro. 1:20. Teniendo esto en cuenta, en lo sucesivo y por amor de la brevedad, hablaremos de la sabiduría en la Palabra y obra de Dios).

¿Qué, pues, querrá significar Pr. 1:7, en el gran contexto del libro de Proverbios, con la expresión "el temor del Señor"? Esto ya no es una pregunta difícil.

Quien teme a Yahvéh lo honra, en primer lugar, como el Dios Omnisciente, el Interlocutor de la divina Toráh o enseñanza, sabiduría plena, que Él entregó a Israel por medio de Moisés; y también como el buen Dador de toda la enseñanza continuada que nos ha dado por el ministerio de sus profetas y finalmente incluso por el de su Hijo y sus apóstoles.

Pero, quien teme a Dios, lo honra, en segundo lugar, también como el Creador Soberano de cielo y tierra, a cuyas disposiciones y ordenanzas están sometidas todas las criaturas en el cielo y en la tierra. Como después veremos aún más ampliamente, Él no sólo puso estatutos para la conducta de su pueblo (Dt. 4:6), sino también para el comportamiento del sol, la luna y las estrellas, el mar, la lluvia y las épocas de siembra y recolección...

Así pues, temer a Yahvéh comporta el reconocimiento humilde de su soberano poder de libre disposición sobre todo lo creado, especialmente sobre el pueblo con el cual estableció un pacto. Este poder lo ha revelado Dios en su Palabra y en sus obras, por lo cual el temor de Yahvéh incluye respeto y amor filial para con la revelación de la sabiduría de Dios en su Palabra

y en su obra. (La lengua hebrea bíblica no conoce la palabra «religión». Pero la religión auténtica se llama: *Temor de Yahvéh*).

Todo conocimiento en cuanto a Dios y a las fuentes de la sabiduría que Él dio, *comienza* por ahí. No razona hacia Él, sino que parte de Él. También se podría decir: Toda sabiduría comienza con humildad, humildad y una vez más humildad frente a Dios y al «orden» por Él establecido,según reveló en su Palabra y en sus obras. Así suena el *abc* y el *xyz* en la escuela de Salomón.

Por cierto, Pr. 1:7 enseña que todo conocimiento *comienza* con el temor de Yahvéh. Y Pr. 15:33 dice que el temor de Yahvéh *es enseñanza* de sabiduría. Pero otros lugares bíblicos paralelos van más lejos y enseñan: «El temor de Yahvéh *es* la sabiduría», Job. 28:28. El practicar el temor de Yahvéh *es* (buen) entendimiento, Sal. 111:10b; y el conocimiento del Santísimo *es* inteligencia, Pr. 9:10b.

Esto concuerda totalmente con el carácter de la sabiduría, como ya en el Cap. 3, 1. b. aprendimos de algún modo. Allí vimos que el sabio se caracteriza por su justo *sentido (parecer) de la realidad* en que Dios le dio un lugar. El sabio sabe conformarse dentro del espacio de trabajo que le ha sido asignado. No anda en cosas grandiosas, ni en cosas que son demasiado portentosas para él, Sal. 131:1. Respeta humildemente los *límites* de su *competencia* de actuación. Y Pr. 1:7a añade ahora a esto, aclarando y ahondando: Así puede actuar el sabio, porque el temor a Yahvéh es su punto de partida.

Dios es el Creador soberano de todo lo creado y la Sagrada Escritura es el Manual infalible para su pueblo. Esta es la raíz (en hebreo: *reshit*) de la que florecen la ciencia de la vida y el sentido de la realidad del sabio. Por eso describimos ya anteriormente la sabiduría como "la ciencia para vivir eficaz y útilmente según el orden que Dios ha revelado en sus Escrituras y creación."

3. Obtener sabiduría de la Palabra de Dios.

La fuente más rica de sabiduría la tenía Israel en la Toráh o *enseñanza* que Dios le había dado en el desierto. Moisés previó que los pueblos paganos circundantes observarían:

«Ciertamente pueblo sabio y entendido, nación grande es esta», Dt. 4:6. Y en el mismo Israel se cantó de la Toráh: «La ley de Yahvéh... hace sabio al sencillo», Sal. 19:7, cf. Sal. 119.

Nada extraño; Israel había recibido directamente esa *enseñanza* del único y sabio Dios; y en ella trataba no sólo de cosas «religiosas» (nosotros diríamos: orar, leer la Biblia y asistir a los cultos), sino también de cosas cotidianas como: contratos de trabajo, cuidado de los pobres, protección de los animales, control del hogar (verjas en la terraza), legislación conyugal, tipos de interés, leyes de guerra, control de los extranjeros, leyes sobre las viudas y huérfanos, responsabilidad legal, servicio militar obligatorio (no para recién casados), leyes moralizadoras, pesas justas... Esto no es más que una simple reseña de la Toráh, la Biblia de los autores de los proverbios.

Sobre todas estas y otras muchas más cosas hizo Yahvéh brillar su luz en Horeb, y dio a Israel preceptos y ordenanzas que, uno a uno, testifican de su sabiduría divina. *Pues Yahvéh concedió a su pueblo una vida buena en todos los sentidos.* Moisés, ministro plenipotenciario de comunicación de Yahvéh, añadió al respecto: «Guardadlos, pues, y ponedlos por obra, porque ellos son vuestra sabiduría y vuestra inteligencia ante los ojos de los pueblos», Dt. 4:6.

Salomón y los demás autores de proverbios bebieron ávidamente de esa fuente de sabiduría. Es decir, quisieron dar a Israel sabios consejos tanto para la multifacética vida humana en el pacto de Dios, como para aquello que Yahvéh había dado sus mandamientos en la Toráh. Por otra parte, ¿qué mejor podían hacer que reflejar en sus proverbios preferidos lo que Yahvéh, en la Biblia de entonces, había enseñado acerca de la vida matrimonial, el comercio, la educación, el trato con los señores, con los siervos, con los extranjeros, la justicia, el cuidado de los pobres... y todo lo que pertenece a la vida humana? ¿Acaso el hacer lo que Dios dice no es siempre lo más sabio? ¿Quién ama más la vida humana que Él, que incluso a su propio Hijo no se la perdonó? Jn. 3:16; Ro.8:32.

No es que los sabios tuvieran abiertos ante sí los rollos de la Toráh cuando escribían proverbios, pues estaban educados en ellos y los conocerían en parte de memoria. Esto se manifiesta por su arte poético. Frecuentemente usan auténticas expresiones deuteronómicas como: «(Estas palabras

que yo te mando hoy), *estarán sobre tu corazón»*, Dt. 6:6ss, 11:18, Pr. 3:3: «...escríbelas en la tabla de tu corazón», 6:20ss, 7:3.

Veamos a continuación algunos ejemplos de la estrecha relación entre la Toráh de Moisés y los Proverbios de Salomón.

a. Aprender sabiduría de la Toráh de Moisés.

El comercio

En el tiempo en que aún no existía moneda acuñada alguna, las monedas de oro y plata que se usaban como medio de pago, se pesaban. Abraham pesó 400 siclos de plata a Efrón, el hitita, como precio por la cueva de Macpela, en la que quería enterrar a Sara, Gn. 23:16. Ahora bien, por razones que actualmente aún valen, allí se trataba de la integridad y honradez en los pesos.

Yahvéh también se ocupó de estos asuntos no religiosos, y los sabios repasaban la Toráh de Yahvéh, al respecto, casi palabra por palabra. ¡Cuánto alabarían a Israel y a su Dios los comerciantes transeúntes cuando allí no hallaban ningunas pesas falsas! Colocaremos en paralelo la enseñanza de Dios por medio de Moisés, y lo que Él enseñó por conducto de los sabios.

> *«No tendrás en tu bolsa una pesa grande y otra pesa chica, ni tendrás en tu casa una efa grande y otra efa pequeña. Una pesa exacta y justa tendrás; una efa cabal y justa tendrás; para que tus días sean prolongados sobre la tierra que Yahvéh, tu Dios, te da. Porque abominable es para Yahvéh, tu Dios, cualquiera que hace esto, y cualquiera que hace injusticia»,* Dt. 25:13-16, cf. Lv. 19:35s.
>
> *«Pesa falsa y medida falsa, ambas son abominables para Yahvéh».* Pr 20:10.
>
> *«Las balanzas y el peso justos son de Yahvéh; obra suya son todas las pesas de la bolsa»,* Pr. 16:11.
>
> *«Yahvéh abomina el peso falso, pero la pesa cabal le agrada»,* Pr. 11:1

Pobres y extranjeros

Mediante toda clase de estatutos, Yahvéh levantó con la Toráh un escudo protector para los pobres y extranjeros. ¿Alguien

quiere tomar prestado de ti? No le estafes ni le pidas interés alguno a un pobre de mi pueblo, Ex. 22:25. No olvides nunca que tú mismo fuiste esclavo en Egipto. «Vosotros sabéis cómo es el alma del extranjero», Ex. 23:9. Hazlo notar. Ellos también tienen derecho a descansar en el día séptimo, Ex. 23:12. En el año séptimo les dejarás comer libremente de lo que entonces crezca en tus campos, Ex. 23:11. ¿Pagarás a tu jornalero a tiempo? Es pobre y está a la espera de su jornal, Lv. 19:13.

El eco de este Evangelio según Moisés suena también en Proverbios. Queda fuera de la extensión de este capítulo citar todos los proverbios que excitan a la misericordia o compasión para con los pobres, extranjeros y otros desgraciados. Sólo mencionamos algunos ejemplos en los que podrás ver cómo los sabios tomaron de la Toráh su sabiduría social. Al mismo tiempo, podremos ver también cuántos conocimientos fundamentales *de la sociedad* comienzan con este temor de Yahvéh.

> *«Cuando siegues la mies de tu tierra, no segarás hasta el último rincón de ella ni espigarás tu tierra segada. No rebuscarás tu viña ni recogerás el fruto caído de tu viña; para el pobre y para el extranjero lo dejarás. Yo, Yahvéh, vuestro Dios».* Lv. 19:9s.
>
> *«Peca el que menosprecia a su prójimo, pero el que tiene misericordia de los pobres es bienaventurado»,* Pr. 14:21.
>
> *«El que mira con misericordia será bendito, porque dio de su pan al indigente»,* Pr. 22:9.
>
> *«El que oprime al pobre afrenta a su Hacedor, pero lo honra el que tiene misericordia del pobre»,* Pr. 14:31.
>
> *«El que da al pobre no tendrá pobreza, pero el que aparta de él sus ojos tendrá muchas maldiciones»,* Pr. 28:27.

Las viudas

También ellas han atraído siempre la misericordia de Dios. ¡Son postergadas tan fácilmente! En el aspecto social, en asuntos financieros y en las relaciones sociales. Por eso, el Señor prohibió oprimir a las viudas y a los huérfanos, pues si no «os mataré a espada; vuestras mujeres serán viudas, y huérfanos vuestros hijos», Ex. 22:22ss. El eco de la Toráh suena también en Proverbios.

> *«Ni tomarás en prenda la ropa de la viuda»,* Dt. 24:17.
>
> *«Maldito el que desplace el límite de su prójimo»,* Dt. 27:17, 19:14.
>
> *«Yahvéh afirma la heredad de la viuda»,* Pr. 15;25b.
>
> *«No remuevas el lindero antiguo ni entres en la heredad de los huérfanos, porque su defensor es el Fuerte: él abogará por la causa de ellos contra ti»,* Pr. 23:10s.

La sentencia judicial

¡Esta es la columna vertebral que da seguridad al cuerpo de la sociedad! También para ello dio Yahvéh una enseñanza evangélica, porque Él es un «Dios de verdad», y no hay maldad en Él; justo y recto», Dt. 32:4. No quería ver opresión entre su pueblo, cf. Lv. 19:13, 33, Dt. 24:14. Los sabios, refiriéndose también a las sentencias judiciales, han enseñado que el temor de Yahvéh es el principio de todo conocimiento *jurídico.*

> *«No hagáis distinción de persona en el juicio: tanto al pequeño como al grande oiréis. No tendréis temor de ninguno, porque el juicio es de Dios»,* Dt. 1:17, cf. 16:19; Ex. 23:3; Lv. 19:15.
>
> *«No te pondrás de acuerdo con el malvado para ser testigo falso. No seguirás a la mayoría para hacer mal, ni responderás en un litigio inclinándote a la mayoría para hacer agravios»,* Ex. 23:1-2.
>
> *«Hacer distinción de personas en el juicio no es bueno»,* Pr. 24:23.
>
> *«El que justifica al malvado y el que condena al justo, ambos son igualmente abominables para Yahvéh»,* Pr. 17:15.
>
> *«Martillo, cuchillo y saeta aguda es el hombre que dice contra su prójimo falso testimonio»,* Pr. 25:18.
>
> *«El testigo veraz salva las vidas; el falso dice mentiras»,* Pr.14:25, cf. 19:5, 9.

Estos fueron sólo algunos ejemplos de la estrecha relación entre la Toráh y Proverbios. Aún podíamos haber indicado

mandatos parecidos y consejos sobre protección de animales, vida matrimonial, educación de los hijos, actitud frente al rey, petición de intereses y cosas semejantes.

Sin embargo, lo anteriormente mencionado puede ser suficiente para llamar la atención *al eco de Moisés* en Proverbios.

b. Aprender sabiduría de los profetas.

Pero los sabios de Israel no sólo fueron aprendices de Moisés, sino también de los profetas. Esto se evidencia ya por los proverbios antes mencionados que avisan contra malas prácticas comerciales, opresión social, robo de terrenos y juicios corruptos. En ello escuchamos también el eco de los profetas en Proverbios.

Se conoce la historia lamentable que cuentan estos libros. Israel abandonó frecuentemente a Dios y su Toráh. Con ello robó a los pobres su protección y destruyó el fundamento de su sociedad, Sal. 11:3. Por eso Yahvéh ardió en ira y su mano castigadora cayó más duramente sobre su infiel aliado.

En cuanto a estos hechos, los ojos de los sabios también se aguzaron *sin duda* gracias a los profetas. «Cuando falta la profecía, el pueblo se desenfrena, pero el que guarda la Ley es bienaventurado», Pr. 29:18. Esta es la lección de los profetas que los sabios aclararon e inculcaron por medio de muchos proverbios. Así pues, sabios y profetas juntos llamaron a Israel a volver a la Toráh. (Por lo cual, no debemos exagerar esto hasta convertir en contradicción la diferencia entre sabios y profetas).

Los sabios de este mundo analizan la situación mundial, generalmente, al margen de la luz de la Palabra de Dios. Pero para los aspectos más amplios de la vida, el temor de Yahvéh es también el principio del conocimiento. Por eso los sabios consultaron a los profetas. Pongamos un ejemplo al respecto. ¿Buscas sabiduría respecto a los acontecimientos estatales y sociales? Haz, pues, igual que los sabios y escucha respetuosamente la voz de los profetas de Yahvéh; y a su eco respectivo en Proverbios.

Así es como el temor a Yahvéh enseña la sabiduría, Pr. 15:33.

c. Aprender sabiduría de Cristo y sus apóstoles.

Pero, aunque se pueda aprender muchísima sabiduría de Moisés, Salomón y los profetas, el más sabio de todos es nuestro Señor Jesucristo. La reina del sur llegó desde los confines de la tierra para oír la sabiduría de Salomón. Pero Cristo dijo: «En este lugar hay alguien que es más que Salomón», Mt. 12:42. Él dio en la tierra el mayor ejemplo de una vida humilde y sabia. En Él estaba el Espíritu de Yahvéh, el Espíritu de sabiduría y entendimiento, el Espíritu de consejo y fortaleza, el Espíritu del conocimiento y del temor de Yahvéh, Is. 11:2. Él puso en todo su hacer y dejar de hacer, en su hablar y callar el sello de la sabiduría plena y perfecta.

Esto se puede ver en los Evangelios: Jesús no traspasa nunca los límites de sus atribuciones. Siempre permanece humilde dentro del espacio que su Padre le dio para actuar. Nunca actuó caprichosamente. Nunca forzó nada. Nunca se dejó guiar por otras personas en su obra de Mediador, ni siquiera por su madre. Se sentía enviado e hizo solamente lo que el Padre le indicó.

Los ministros de la Palabra de Dios y otros obreros en el Reino de Dios ¡cuánta sabiduría pueden aprender de la manera de hacer de Jesús, para su propio método de trabajo! ¡Con cuánta tranquilidad hizo su obra y cómo la redondeó!

Él siempre terminaba una obra antes de pasar a otra. Todos los pastores pueden aprender de esta manera de obrar. Dios nunca nos da una tarea sin darnos el tiempo para ella. ¿Estamos sobrecargados? En ese caso debemos preguntarnos si somos responsables de ello, o si hemos aceptado que otros nos sobrecargaran. Nunca olvidemos que nuestro patrono es Dios.

Esto es sólo un ejemplo de la sabiduría de Jesús: ¿Cómo organizó su trabajo? Asimismo, también se puede preguntar: ¿Cómo se comportó en casa con sus padres? ¿Cómo habló del dinero y los bienes? ¿Cómo enseñó? ¿Cuándo oró? ¿Cómo reaccionó ante enemigos y confrontaciones? En todas estas cosas mostró en su manera de ser la sabiduría de Proverbios (ya advertimos cuánto amó Jesús este libro, cf. Cap. 1, pág. 36)

En la enseñanza de los apóstoles oímos asimismo la voz del Maestro. Todos sus mandatos han sido inspirados por el mismo Espíritu de sabiduría que también inspiró a Salomón.

En los escritos apostólicos podemos obtener sabiduría abundante acerca de la vida matrimonial, la vida de la iglesia, la vida de los esclavos, normas de educación, autoridades, súbditos y de qué no.

Así pues, el temor de Yahvéh puede conducir a un hombre al conocimiento de esta manera: Mostrando respeto a la *Palabra de Dios*; a Moisés y a los profetas, a Salomón y al que es mayor que todos ellos, nuestro excelso Profeta y Maestro de sabiduría, Jesucristo. Esta Palabra de Dios es la principal fuente de la sabiduría. Quizá también pueda decirse de ti «que desde la niñez has sabido las Sagradas Escrituras, las cuales te pueden hacer sabio para la salvación por la fe que es en Cristo Jesús», 2 Ti. 3: 15. Dios quiera que el trato respetuoso con la Palabra haga aún a muchos «sabios para el bien», Ro. 16:19.

4. Obtener sabiduría de la obra de Dios

«El temor de Yahvéh es el principio de la sabiduría», (Pr. 1:7), es el tema de este capítulo. A ese conocimiento puede llegar quien teme a Yahvéh, por dos clases de caminos. Primero, si escucha con fe la sabiduría de la *Palabra de Dios* (de lo cual hablamos en las páginas precedentes). Segundo, si a través de las lentes de la Palabra de Dios, se fija en la sabiduría multicolor existente en *las obras de la creación de Dios.*

Dios no sólo ha revelado la sabiduría en su Palabra, sino (indisolublemente unidas con esa revelación de la Palabra) también en sus obras. De lo cual dice el salmista: «¡Cuán innumerables son tus obras, Yahvéh! Hiciste todas ellas con sabiduría», Sal. 104:24.[1] Concretamente, las innumerables ordenanzas que Dios ha establecido para sus criaturas forman una fuente inagotable de sabiduría.

a. Obtener sabiduría de las ordenanzas de cielo y tierra.

Cuando las Sagradas Escrituras usan la palabra «ley» (en hebreo: *joq*), con ella no se refieren siempre sólo a ordenanzas del Señor en su *Palabra,* sino también a veces a las ordenanzas en su *creación.* Para esas dos clases de ordenanzas usan la misma palabra. En algún momento daremos un ejemplo de ello, y entonces se evidenciará cómo también no-

sotros podemos obtener sabiduría de las obras de la creación de Dios.

El Salmo 148 alaba a Yahvéh porque puso al sol, la luna y las estrellas «una ley» (*joq*), «que no será quebrantada», v. 6; y en Job 38:33, semejantes ordenanzas se llaman: «las leyes de los cielos». Ahora bien, para ello las Sagradas Escrituras usan la misma palabra hebrea «*joq*» como en otros lugares para las ordenanzas respecto a la vida de Israel. Por consiguiente, no sólo la conducta de Israel sino también el curso del sol, la luna y las estrellas estaban ligados a las ordenanzas (*juqot*) divinas.

¿Y en qué se puede notar eso realmente? Las semanas invariables de la recolección descansan en ordenanzas (*juqot kasir*) divinas, Jer. 5:24, cf. Gn. 8:22. Lo mismo vale decir de la luz del sol, luna y estrellas, así como del oleaje del mar: «Si llegaran a faltar estas leyes (*juqim*) delante de mí, dice Yahvéh, también faltaría la descendencia de Israel...», Jer. 31:36.

Para todo lo que Dios ha creado: hombres, animales, plantas y cosas, ha establecido, en su sabiduría, «leyes y ordenanzas». En Jer. 33:25, el Señor las llama: *«las leyes* (juqot) *del cielo y de la tierra»*. En ese caso hablaríamos de leyes de la naturaleza, pero no olvidemos que estas regularidades de la naturaleza no tienen una existencia autónoma. Todas son ordenanzas de nuestro Padre celestial, se quiera o no reconocer.

Ya vimos cuánta sabiduría hay en las leyes que el Señor ha promulgado en la Toráh de Moisés para la vida de Israel. Pero en las ordenanzas del cielo y la tierra brilla también la sabiduría de nuestro Creador y Padre. «Al darle peso al viento y fijar la medida de las aguas, al darle ley (*hoq*) a la lluvia y camino al relámpago de los truenos, ya entonces la (sabiduría) vio él y la *puso de manifiesto,* la preparó y también la escudriño. Y dijo al hombre: «El temor del Señor es (para vosotros, hombres) la sabiduría, y el apartarse del mal es (para vosotros, hombres) la inteligencia», Job 28:25-28. Expresado en pocas palabras: Las obras de la creación de Dios (lluvia y viento, agua y rayos) *anuncian* sabiduría.

¡Y ciertamente en una medida abrumadora para nosotros! el salmista confiesa: «A toda perfección he visto fin; (pero) amplio sobremanera es tu mandamiento», Sal. 119:96. Esto vale no sólo para las ordenanzas de Dios en las Sagradas Escri-

turas, sino también para sus «leyes de cielo y tierra». Éstas forman realmente, para quien teme a Dios, una fuente inagotable de sabiduría, para mil y una cosas en la vida ordinaria.

Examinemos un par de ejemplos al respecto.

Nuestra distribución del día.

Nuestra tierra está sometida al ritmo del día y de la noche. También en esto nos encontramos ante una ordenanza divina. Léase Génesis 1:14-18: Dios «desconecta» de noche «la lumbrera mayor» (Gn. 1:16). Quien teme a Dios respetará esta separación del día y de la noche; y no se opondrá sistemáticamente a ello, sino que dividirá su día conforme a esta ordenanza divina.

Así, el temor de Yahvéh, con respecto a un ritmo inteligente de trabajar y descansar, puede ser el principio del conocimiento (sabiduría); y también en este aspecto experimentaremos la verdad del proverbio que dice: «No seas sabio en tu propia opinión, sino teme a Yahvéh y apártate del mal, porque esto será medicina para tus músculos y refrigerio para tus huesos», Pr. 3:7-8, (cf. cap. 7,4).

Nuestras costumbres de alimentación.

También para esto hizo Dios ordenanzas sabias, cf. Gn. 1:29; y con ellas se puede ver absolutamente claro que este temor del Señor no se limita a cosas religiosas, pues nos puede llevar a tener en cuenta las ordenanzas de Dios para el comer y el beber, como su ley de que la moderación le viene bien a nuestra salud.

«Come, hijo mío, de la miel», -decían los sabios-, «porque es buena», Pr. 24:13. Pero contaban con la ordenanza saludable de la moderación y daban también este consejo: «¿Hallaste miel? Come sólo lo necesario, no sea que harto de ella la vomites», Pr. 25:16. «Comer mucha miel no es bueno», Pr. 25:27; y tampoco beber mucho vino: «¿Para quién serán los ayes?» ¿Para quién el dolor? ¿Para quién las rencillas? ¿Para quién las quejas? ¿Para quién las heridas sin razón? ¿Para quién los ojos enrojecidos? Para los que no dejan el vino», Pr. 23:29-35.

Así el temor de Yahvéh nos puede apartar de comer extremadamente; y en el terreno de las costumbres de comer y beber, también se puede ver el principio de la sabiduría.

Nuestras habilidades en la profesión.

Ya vimos en el cap. 3, 1. a. que la sabiduría también tiene que ver con el *know-how* (el saber hacer) de un oficio. Es preciso tener en cuenta nuestras actividades en relación con los preceptos y ordenanzas de Dios para sus obras de la creación. Isaías lo ilustra en alguna ocasión con el trabajo del labrador. Un labrador inteligente no se dedica siempre a arar y rastrillar, sino que a cada cosecha la trata de distinta manera. «Cuando ya ha preparado su superficie, ¿no esparce el eneldo, siembra el comino, pone el trigo en hileras, la cebada en el lugar señalado y la avena en su borde apropiado? *Porque su Dios lo instruye y le enseña lo recto*: que el eneldo no se trilla con trillo, ni sobre el comino se pasa rueda de carreta; sino que con un palo se sacude el eneldo, y el comino con una vara. El grano se trilla; pero no lo trillará por siempre, ni lo aplasta», Is. 28:25-28. Así es como el labrador tiene en cuenta las disposiciones de Dios respecto al tiempo, la medida y la forma de su trabajo.

Y una persona ajena a este asunto, podría preguntar: -¿Cómo sabe todo esto?' A lo cual acabamos de oír tan importante respuesta por parte de Isaías: -»*Porque su Dios lo instruye y le enseña lo recto*». Y remata más adelante, diciendo: «¡*También esto salió de Yahvéh de los ejércitos, para hacer maravilloso el consejo y engrandecer su sabiduría*», Is. 28:23-29.

De todo esto aprendemos que también las más sencillas prescripciones de razón e inteligencia sana proceden del único sabio Dios. Es evidente que Isaías consideró un don de Dios que las gentes atendieran sus asuntos con inteligencia y profesionalidad, pues toda clase de conocimiento específico de una profesión es sabiduría recibida de Dios (cf. Cap. 3, 1. a.). Y lo mismo puede decirse del *don de la observación,* mediante el cual se adquiere esta sabiduría, pues por este medio se muestra respeto a «las ordenanzas del cielo y de la tierra», y esto es, junto al respeto a la Palabra de Dios, la segunda fuente de la que podemos obtener sabiduría.

Como ya hicimos notar de pasada, esto tres ejemplos dejan ver claramente que el temor de Yahvéh no sólo toca el sector estrecho de lo «religioso» en nuestra vida: ese par de horas y minutos en que cada semana oramos, leemos la Biblia y asistimos a la iglesia. Incluso el temor de Yahvéh no sólo es

un asunto del amplio terreno para el que Dios nos concedió ordenanzas en *su Palabra*. Ésta debe dominarnos realmente en todo aquello en que entramos en contacto con *las obras de Dios*. También en ese terreno inmenso de «las ordenanzas del cielo y de la tierra» vale aquel proverbio profundo y que todo lo abarca, comentado al principio de este libro: «El temor de Yahvéh es el principio de la sabiduría», Pr. 1:7.

b. El temor de Yahvéh en proverbios sin el nombre de Yahvéh.

Ha llamado frecuentemente la atención que muchos proverbios no mencionen el nombre de Dios. Incluso ciertas designaciones para el piadoso pueblo de Dios, como las palabras *justo*, *entendido* y similares no aparecen en ellos.

En Pr. 11:14-16 se hallan mezclados algunos de tales proverbios aparentemente «neutrales»:

> *«Donde no hay dirección sabia, el pueblo cae;*
> *la seguridad está en los muchos consejeros.*
> *La ansiedad aflige al que sale fiador de un extraño;*
> *el que aborrece las fianzas vive seguro.*
> *La mujer agraciada obtiene honores;*
> *las fuertes obtienen riquezas».*

Ahora bien, ¿es esto también un conocimiento que comienza con el temor de Yahvéh? ¿No parece faltar aquí alguna alusión al respecto? De esto se ha sacado todo tipo de consecuencias, como si aquí encontráramos ya la tensión moderna entre fe y ciencia; (lo cual, por otra parte, es la contraposición entre una Fe -con mayúscula- y la otra *fe*). Como si los autores de los proverbios fueran menos piadosos que los profetas y salmistas. Sin embargo, cuando miramos más detenidamente, en el trasfondo de semejantes proverbios encontramos también, como una marca de agua, el motivo fundamental de todo este libro: «El temor de Yahvéh es el principio de la sabiduría», Pr. 1:7.

Esto, después de lo dicho anteriormente, necesita poca demostración adicional. Isaías nos indica la prudencia con que el labriego se dispone a trabajar. Siembra el trigo de forma distinta que la cebada, y al eneldo lo trata de forma distinta que al trigo de hacer pan. «Porque su Dios lo instruye y le enseña lo recto», dijo el profeta, Is. 28:26. Dios hizo ver

al labrador las propiedades diversas que dio a las diferentes especies de semillas. La agricultura es claramente una cuestión de mostrar respeto a las estructuras de la creación.

Pero un labrador no es naturalmente el único que al hacer su obra ha de cumplir con las ordenanzas de la creación de Dios. Todo hombre se halla en cualquier momento ante las fronteras y regulaciones a las que Dios ha sometido sus criaturas. Veamos una vez más los proverbios anteriores: Un pueblo debe ser gobernado con prudencia, de otro modo se hunde. Evitar una fianza, ahorra un montón de miserias, Pr. 11:15b. Los sabios han constatado una legión de tales regularidades. Tomemos, p.ej., el proverbio siguiente:

> *«El que recoge en verano es hombre sensato, pero el que duerme en tiempo de siega, avergüenza»*, Pr. 10:5.

Aquí no se menciona el nombre de Dios. Sin embargo, ¡la sabiduría de este proverbio comienza sin duda alguna con el temor del Señor!, pues el tiempo de la cosecha ¿acaso no es una ordenanza de Dios? Así que, quien entonces duerme, va contra la disposición de Dios sobre «los tiempos establecidos de la siega», Jer. 5:24, lo cual es necedad. Pero quien entonces trabaja laboriosamente, demuestra temer a Yahvéh como aquel a quien, según el ritmo de la temporada, ha dado también sus disposiciones para trabajar y dormir.

Esto viene a propósito con el uso del vino:

> *«El vino es enardecedor; la sidra alborotadora;*
> *ninguno que por su causa yerre es sabio»,* Pr. 20:1.

Aquí no resuena en modo alguno la sabiduría de determinadas excepciones dentro del pueblo de Dios, como se ha afirmado; y tampoco ideas de «humanistas» israelitas, sino realmente un conocimiento de que el temor de Yahvéh es el principio y el fin. Pues, en cuanto al uso del vino, Dios dispuso esta norma: El exceso es dañino. Esta ordenanza para el uso del vino la han respetado los sabios. Por eso este proverbio, sin pronunciar el nombre de Yahvéh, habla, no obstante, plenamente desde el temor de Yahvéh.

Esto encaja en todos aquellos proverbios en que echamos de menos el nombre o una alusión al temor de Yahvéh. Todos ellos han brotado del respeto y confianza a «las ordenanzas del cielo y de la tierra», (Jer. 33:25), que Yahvéh estableció.

Todas ellas constituyen también ilustraciones de la regla fundamental: «El que guarda el mandamiento no conocerá el mal; *el corazón del sabio discierne cuándo y cómo cumplirlo*», Ec. 8:5-6.

Ese «tiempo y modo» existe para sembrar y cosechar, para beber vino, para prestar dinero... sí, ¿y para qué propiamente no? Estamos rodeados por todos lados por los límites y ordenanzas, por las posibilidades y las imposibilidades a las que Dios ha sometido a todas sus criaturas. No se puede gobernar pueblo alguno sin prudencia. No se puede dormir en tiempo de recolección. Estas, y otras decenas de cosas, son las que enseñan esos proverbios aparentemente «neutrales» y más «mundanos».

Pero no nos equivoquemos acerca de la raíz de la que florece esta sabiduría. No hay proverbio alguno en el libro Proverbios que hable de modo arreligioso- o «humanista». ¿Cómo se llega a pensar así? Porque todos ellos nos enseñan a reconocer el «tiempo y modo» al que nada menos que Dios, el Todopoderoso, ha ligado todo nuestro hacer y dejar de hacer. Sin mencionar su Nombre, abren nuestros ojos a lo que Dios pone o no pone al alcance de la mano. Nos enseñan a comprender lo que significa someterse al orden de Dios tal cual lo ha revelado en su Palabra y en su obra.

Realmente no existe proverbio alguno en este libro de la Biblia que no escudriñe «las obras de Yahvéh», Sal. 111:2. El temor de Yahvéh es la raíz de *todo* el conocimiento que Proverbios enseña, por muy «concretos» y «arreligiosos» que puedan parecer; y ello es una muestra de profundo respeto a la voluntad del Dios viviente en cada sector y en cada aspecto de la vida.

5. Sabiduría y disciplina: Necios son quienes las desprecian.

Proverbios también habla mucho de los israelitas que no temían al Señor, y que empleaban palabras altaneras. Eran los impíos o necios que también nos encontramos constantemente en los Salmos.[2] Las Escrituras señalan necios incluso entre los profetas y fariseos.

De aquí se evidencia que, en las Sagradas Escrituras, la necedad no es cuestión de poco talento y desarrollo intelectual, sino de desprecio a la sabiduría y disciplina. En la Biblia, un

necio es un israelita que, no en teoría pero sí en la práctica, partía de esta reflexión: «No hay Dios» (es decir: *un Dios que pida cuentas*), Sal. 14:1, 53:2. Los necios no escuchan el consejo sabio, cf. Pr. 1:30, 12:15. Los necios menosprecian la disciplina de sus padres, cf. Pr. 15:5. Odian el conocimiento y temor a Yahvéh, Pr. 1:29. Son «sabios en su propia opinión», Pr. 3:7, 12:15, 28:26. No reconocen que Yahvéh tiene el poder absoluto de disponer sobre todo, y con ello carecen del principio o raíz de todo conocimiento: el temor a Yahvéh. Aunque no se comportan como hombres tontos en sentido intelectual, sí se comportan como personas necias a la luz de la sabiduría bíblica, porque rechazan dar el primer paso en el camino hacia esa sabiduría.

La sabiduría y la disciplina enseñan al hombre a vivir en concordancia con las ordenanzas de Dios existentes en su Palabra y en las demás obras. Muchas de sus lecciones de vida podría resumírselas con estas cuatro palabras: ¡Nunca hay que forzar las cosas! Pero un necio quiere eso precisamente. Y, puesto que rechaza la sabiduría y la disciplina, carece, en contraposición con el sabio, de todo respeto a los límites de lo que puede y no puede, de lo que debe y no debe. Por eso carece absolutamente del sentido de la realidad que precisamente tanto adorna al sabio, cf. Pr. 17:24.

Por eso la vida de un necio acaba en un fracaso, Pr. 14:8. Al rechazar acomodarse a las prescripciones estimuladoras y protectoras de la vida, el proceder de un necio es peligroso, Pr. 10:21, 18:8. Choca constantemente contra el orden de Dios, y tales choques arrasan su vida. La necedad es el pecado primitivo: declararse autónomo frente a Dios, concretando uno mismo lo que es bueno y malo, Pr. 24:9.

6. La Sabiduría de Dios excluye el conocimiento humano autónomo

Quien teme a Dios ha dado el primer paso hacia la sabiduría, y quien rechaza esto es un necio. ¡Con lo cual los sabios han expresado al comienzo de su libro una confesión de fe que resuena casi provocadoramente en nuestros oídos! Ellos no eligieron precisamente el punto de partida de sus lecciones en la autonomía del entendimiento y la voluntad humanos. A esto lo calificaron de apoyarse en el parecer propio, Pr.

3:5,7; de confiar en el corazón propio, Pr. 28:26. No, ellos previamente declararon con humildad: Nuestro entendimiento propio está absolutamente sometido a la Palabra del único sabio Dios. Con lo cual, en más de un período de la historia de la iglesia hicieron una valiente profesión de fe, y también ante el actual espíritu secular en la iglesia y en el mundo.

Ya desde el Renacimiento, pero especialmente desde el llamado «Siglo de las luces» (Iluminación), nos encontramos, como discípulos de Jesús, frente al poderoso movimiento de los espíritus del racionalismo, que parten de este axioma: -'Nuestra inteligencia es su dueño propio; nuestro pensar humano es autónomo y soberano'. Este peligroso enemigo también penetró en el terreno cristiano y ya ha derrotado allí, durante siglos, a miles; y enseñó con poder diabólico: -'La autoridad de la Palabra de Dios no está por encima del pensar humano, sino precisamente al contrario: la autoridad del pensar humano está por encima de la Sagrada Escritura'. Esa mentira, que tanto complace a nuestra soberbia humana, forma desde entonces el punto de partida de las consideraciones que amenazan en medio de los pueblos cristianos occidentales.

En semejante mundo, ¿no suena Pr. 1:7 como una confesión casi provocadora? La Palabra de Dios no conoce conocimiento humano alguno que sea independiente de Dios y su Palabra. Salomón y los otros sabios no conocieron otra realidad que la que Dios ha creado. Él mantiene totalmente bajo su poder el cielo y la tierra con toda su plenitud. A la luz de esta verdad, ellos contemplaban la vida humana y compusieron sus proverbios.

Se atuvieron a la Toráh o Enseñanza de Dios y se inclinaron respetuosos ante su Palabra. Creyeron que fuera de Dios y fuera de sus mandamientos no es posible una existencia segura. Por eso Pr. 1:7 no es un término un tanto desgastado del lenguaje cristiano, sino una carga de dinamita bajo todas las formas de racionalismo. En sólo dos frases, pero muy cargadas de contenido, las Sagradas Escrituras enseñan aquí que no reconocen ningún conocimiento humano autónomo. ¡Ya es hora de que nuevamente aprendamos a ver estas breves frases de Pr. 1:7 en su nitidez antitética!

Desde la Iluminación (s. XVIII), también muchos cristia-

nos opinan que si creen a Dios y su Palabra eso les estorbará en sus esfuerzos para aprender a conocer la realidad. Pero la Palabra de Dios enseña aquí precisamente lo contrario: Sólo por el temor del Señor se llega de manera justa y exacta a la esencia de cualquier asunto. Sólo el temor de Yahvéh puede evitar el descarrilamiento del tren de nuestro conocimiento humano.

Por eso Pr. 1:7 aún sigue siendo para los soberbios «una piedra de tropiezo» (Ro. 9:33), en la que se revelan los pensamientos de su corazón. Pues así habla la Sabiduría: «Yo aborrezco la soberbia y la arrogancia [también la inteligencia «injustamente considerada como soberana»], Pr. 8:13. «El temor del Señor, dijo Job, es la sabiduría, y el apartarse del mal [la sublevación contra Dios, también en sentido intelectual], la inteligencia», Job. 28:28.

La sabiduría de Dios excluye toda sabiduría humana autónoma.

7. La sabiduría de Dios es, además, supercientífica.

«El temor de Yahvéh es el principio de la sabiduría», Pr. 1:7. Este texto, en la famosa traducción King James de 1611, decía: "The fear of the Lord is the beginning of knowledge", o sea: "El temor del Señor es el principio del conocimiento." Esta traducción es correcta, pero el lector se podría equivocar si la expresión "comienzo del conocimiento" le hace pensar que el temor de Yahvéh es bueno y útil para un conocimiento humano básico, de escuela primaria, o incluso solamente para el conocimiento práctico.

El temor de Yahvéh no es simplemente el principio del conocimiento práctico pre-científico, aunque lo incluye. Pues ¿quién nos da el derecho en la Palabra de Dios, en Pr. 1:7, *de excluir el conocimiento científico o sistemático?*

La Sagrada Escritura en ningún modo prohíbe la distinción entre conocimiento práctico y conocimiento científico, pero sí prohíbe hacer de ellos una antítesis, pues todo conocimiento, incluso el sistemático, debe comenzar con el temor de Yahvéh. Y tampoco nos enseña la Escritura a conocer el mundo de dos maneras: por los ojos de una fe heterónoma (criterio fundado en la revelación) y por la de una inteligencia autónoma. Todo lo contrario, la sabiduría de la Palabra de Dios es supra-científica.

Por eso también puede decirse del conocimiento científico (incluido el teológico): -'Hay necios que además desprecian la sabiduría y la disciplina de la Palabra de Dios y el resto de su obra.' Y entonces la Palabra de Dios ya no es lámpara a sus pies, sino que lo es la inteligencia humana; y se hace a la Biblia un mero objeto de estudio, convirtiéndola así en un cadáver en la sala de disección. Y por esta forma de actuar, el mundo, desgraciadamente, está lleno de necedad científica.

8. Sabiduría y necedad, dos caminos muy antiguos.

Con lo arriba mencionado, Pr. 1:7 señala, al principio del libro Proverbios, lo mismo que hizo el Salmo 1 al principio del libro de los Salmos: Son dos caminos ya muy antiguos. El camino de los justos con su vida en la Toráh, y el camino de los impíos con sus principios propios. Proverbios les llama *sabios* y *necios*, por la misma razón que el Salmo 1: a causa de su actitud frente a Dios y su Palabra. Proverbios se encargará de pintar para sus lectores estos dos caminos en muchísimos proverbios.

Con estos dos caminos, Proverbios muestra al mismo tiempo su carácter único. Indudablemente, la Sagrada Escritura reconoce que también el mundo pagano, a consecuencia de la influencia allí latente, posee una cierta sabiduría, cf. 1 R. 4:30 y ss., Ro. 2:20. En las últimas décadas, en Oriente Próximo se han sacado de entre la arena muchos ejemplos de proverbios del mundo antiguo, fuera de Israel.[3] Pero en lo que anteriormente hablamos, reside una de las diferencias más profundas entre la sabiduría bíblica y la no bíblica. Los libros de proverbios paganos conocen bien la diferencia entre el "impetuoso" y el sabio, pero no la idea que domina toda la Sagrada Escritura: la línea de separación entre justos e impíos.

Este frente es bíblicamente único.

NOTAS Cap. 4

1.– F. van Deursen, *Los Salmos II*, 650, FELiRe 1997

2.– F. van Deursen, *Los Salmos I*, FELiRe 1996, pág. 80-82

3.– Véase, p.ej. para proverbios egipcios, acádicos, arameos y otras formas de literatura sapiencial, principalmente James Pritchard, en *Ancient Near Eastern Texts relating to the Old Testament* (ANET), Princeton 1955, 405-438.

Capítulo 5

Proverbios 1:8-33

ESCUCHAR HACE SABIO, Y LA SABIDURÍA HACE VIVIR. ¡PERO, HAY QUE ESCUCHAR A TIEMPO!

¿Cómo llega una persona a alcanzar la sabiduría? Debe comenzar con temer a Yahvéh. Ésta es la única actitud en que se puede llegar al conocimiento más genuino, Proverbios 1:7. Sobre esto ya hablamos en el capítulo anterior. Pero, ¿qué se debe hacer después? A ello responde Salomón en su Manual para el uso de Proverbios: -'Entonces se debe escuchar; pues escuchar hace sabio'.

Este es uno de los temas capitales de ese Manual (Proverbios 1 al 9), y Salomón no se cansa de repetirlo constantemente con gran variedad de expresiones. De hecho, el libro comienza incluso de esa manera. Proverbios 1:1-7 forma, en cierto sentido, el Prólogo del cual aprendimos lo que el libro tiene *que ofrecer* (sabiduría), para quién *está destinada* (especialmente para los jóvenes), y de dónde *procede* («el temor de Yahvéh es el principio del conocimiento» vs. 7). ¿Y a qué amonestación dio Salomón el primer lugar, al principio de su libro? ¡A su amonestación de que, a pesar de todo, hay que escuchar bien!

Para empezar, hay que escuchar bien a nuestros piadosos padres, Proverbios 1:8-9. En segundo lugar, no hay que escuchar en modo alguno a pecadores que quieren engañarnos, Proverbios 1:10-19. Y, en tercer lugar, hay que escuchar a la *sabiduría* que, en medio del cotidiano trajín, hace oír sus saludables consejos, Proverbios 1:20-33. Así pues, Proverbios 1 nos sitúa inmediatamente en *el camino* hacia la sabiduría.

Pero Proverbios 1 deja oír enseguida cosas conmovedoras acerca del otro tema capital del Manual -el *valor* de la sabiduría. La sabiduría nos adornará, asegura Salomón. Protegerá nuestra vida y la salvará de corrupción, e incluso de la muerte, en muchos casos.

1. Escucha bien cuanto tus padres te enseñan. ¡Joven eso te honrará! Pr. 1:8-9

Toda sabiduría comienza con el temor de Yahvéh y, normalmente, este temor lo aprendieron los creyentes primero en casa. Por eso Salomón comienza su libro con una variación del mandamiento que dice: «Honra a tu padre y a tu madre», pues la obediencia al 6º y 10º mandamientos depende de la obediencia al 5º. Pablo incluso menciona este mandamiento como el primer mandamiento, Ef. 6:2, aunque no era el primer mandamiento, ni siquiera el primer mandamiento con promesa (lo cual corresponde al 2º mandamiento); sino que era un mandamiento de primer orden o fundamental, que Dios, en su sabiduría, puso a la cabeza de la segunda tabla de la Ley. Por tanto, no parece en modo alguno chocante que Salomón, como primera lección en su escuela de sabiduría, escribiera en la pizarra este mandato fundamental:

> *«Escucha, hijo mío, la instrucción de tu padre*
> *y no abandones la enseñanza de tu madre»,* vs.8.

La lección nº 1 en Proverbios, el libro de la sabiduría de la vida, es ésta: Acostúmbrate en tu juventud a escuchar bien a tus padres, que son temerosos de Dios. Retén de por vida «lo que el padre siempre indicó», y cuando tengas cuarenta o cincuenta años repite frecuentemente para ti mismo: -'Mi madre siempre decía...' Este es el camino real hacia la sabiduría: Como hijo, debes escuchar al padre y a la madre. ¡La escuela de la sabiduría comienza *en casa!*

Naturalmente, los jóvenes israelitas también debían escuchar bien al sacerdote y al levita que estaban encargados de la enseñanza en la Toráh; y asimismo a los profetas que recordaban la Toráh de Dios, Is. 8:20. Pero, mucho antes de que un niño pudiera oír a un sacerdote o levita, a un maestro o pastor, aprendía, ya *en casa,* de su madre y de su padre a aceptar costumbres y actitudes temerosas de Dios. ¿Quién

medirá la influencia inmensa que la Palabra y el Espíritu de Dios, por conducto de unos padres piadosos, pueden ejercer sobre una persona durante toda una vida? De ahí que la lección primera en Proverbios diga así: «*Escucha,* hijo mío, la instrucción (dirección autorizada mediante enseñanza y en caso de necesidad la amonestación y corrección) de tu padre y no abandones la enseñanza de tu madre», Proverbios 1:8.

También hizo esto el propio Salomón. Siendo ya rey, trató a su madre con gran respeto: Se presentó ante ella y se humilló, ofreciéndole un lugar a su diestra, cf. 1 R. 2:19. ¿No demostró con ello Salomón comprender lo que, como rey, le debía aún a su madre? Después, en el capítulo 4 de Proverbios, contará más acerca de la escuela de la sabiduría de su casa paterna. También nuestro Redentor, aunque era Hijo de Dios, estaba sujeto a sus padres; y poco después leemos: «Y Jesús crecía en sabiduría», Lc. 2:51-52; escuchando humildemente.

Proverbios insta a ello frecuentemente, cf. Proverbios 4:10-13, 12:15, 19:20, 23:19.

Los maestros llamaban a su alumno: «hijo mío».

¿De qué otra forma, sino cordialmente, se dirigiría un maestro de la sabiduría israelita a sus discípulos? A los jóvenes los llamaba «hijo mío», y a las jóvenes las llamaría «hija mía», cf. Sal. 45:10; Is. 32:9; Mt. 9:22, pues, como es natural, la sabiduría no estaba destinada sólo a los jóvenes varones. De otro modo, ¿cómo podría Salomón estimular a no olvidar «la enseñanza de *su madre»,* si ella desde sus años juveniles hubiera estado apartada? cf. Proverbios 6:20, 23:25, 29:15, 30:17, 31:1 y 26.

¿Dónde se encuentra, incluso en nuestros masificados colegios de enseñanza secundaria, lazos cordiales semejantes a los que había entre el maestro de sabiduría israelita y su alumno? Aquel joven hablaba a su maestro con la expresión: «Padre mío», cf. 2 R. 2:12, 6:21. (Así se dirigían los más jóvenes a sus mayores, como si fueran su padre, cf. 1 S. 24:11). Y aquel maestro se presentaba ante sus alumnos como una especie de padre; como Pablo era un padre espiritual para Timoteo, y Pedro para Marcos.

Aquí, en esta primera lección de Proverbios, nos encontramos enseguida con las ordenanzas divinas fundamentales para toda obra de educación y para la relación de los jóve-

nes con sus mayores. La Sagrada Escritura no parte de la igualdad que la Revolución Francesa decretó, sino de una cierta desigualdad.[1] También esto pertenece a la sabiduría: que a cada uno se le respete el lugar y el valor que recibió de Dios. Así, en la expresión «hijo mío», resuena una cierta autoridad que le corresponde al maestro sobre su alumno y al mayor sobre el menor. Porque un padre no está bajo su hijo, sino sobre él; en virtud de la autoridad que Dios ha otorgado a los padres sobre sus hijos.

Esta ordenanza divina fue mantenida incluso en las culturas paganas antiguas. También los maestros de sabiduría egipcios hablaban a sus alumnos con la expresión «hijo mío». Pero en la cristiandad moderna, tal manera de hablar provoca en muchos, desgraciadamente, desagrado y rechazo. Por lo demás, no se confunda esto con un trasnochado distanciamiento académico, pues los autores de los proverbios, con su método, se encontraban en la línea de Moisés y los Profetas, conforme a cuya enseñanza corresponde ejercer una autoridad. Según la Toráh, corresponde a los mayores ejercer la dirección en la comunidad, y los más jóvenes deben someterse a su dirección, 1 P. 5:5, (véase en una Concordancia la palabra *anciano*).

De ese modo, los jóvenes no son humillados, sino considerados en su justa valía. En muchos sentidos aún son inexpertos, y por eso, en cierto modo, son «incompetentes» con respecto a ciertas cosas importantes. De ahí que los sabios se dirijan a ellos con el fin de adornarlos, lo antes posible, con la sabiduría de los mayores.

El espíritu de estos principios para una educación temerosa de Dios choca, por desgracia, frontalmente contra el espíritu que domina a muchos jóvenes en nuestro tiempo revolucionario. Se puede encontrar, dentro de la juventud de la cristiandad apóstata, una obstrucción y reincidencia demoníaca (fruto de unas reglas de educación revolucionaria). Así, Proverbios puede ser «útil para enseñar, para *redargüir,* para corregir», 2 Ti. 3:16. Los sabios, según la expresión «hijo mío», no emancipaban *prematuramente* a sus alumnos. Para Proverbios, incluso una persona de confianza, entrada en los cuarenta y con algunos hijos, pertenecía aún a los jóvenes, Proverbios 1:4, cf. cap. 3, 4. a.

Por otra parte, el reconocimiento de la dignidad y autoridad del maestro no excluía la demostración recíproca de

cordialidad sincera. ¿No es más lógico ese calor en una relación padre-hijo? Además, si semejante maestro no procuraba otra cosa que el bienestar de su «hijo», éste podía confiar plenamente en la enseñanza de su padre. ¡Dichoso el maestro y el alumno que se encuentran mutuamente aún en la cordial relación de confianza de padre-hijo!

La obediencia honra al más joven.

En el antiguo Oriente también a los hombres les gustaba llevar una gargantilla. A veces colgaban de ella su anillo para sellar. Tamar pidió a su suegro Judá su sello como prenda, Gn. 38:18. Semejante cadena o gargantilla señalaba al portador como un señor importante, al que se miraba con respeto. Así, según Salomón, a alguien que respeta de por vida la enseñanza de padres y maestros temerosos de Dios, se le otorga honor y consideración:

> *«Porque adorno de gracia serán en tu cabeza,*
> *y collares en tu cuello»,* Proverbios 1:9.

Joyas invisibles y al mismo tiempo realmente visibles. El autor de Proverbios vio en esa actitud filial algo dulce, amoroso. Nada honra más a los jóvenes, según la Sagrada Escritura, que el respeto a la educación paterna en el temor de Dios. En comparación, una medalla olímpica es un honor que queda en nada.

Proverbios volverá a insistir frecuentemente en la necesidad de obediencia a la disciplina paterna y en la bendición amorosa que ha unido a eso. Pero también insistirá en la tristeza de aquellos padres cuyo hijo rechazó esta obediencia, Proverbios 10:1, 15:20, 17:21, 27:11, 28:7, 29:3.

2. No escuches a pecadores, pues cometes un atentado contra tu propia vida, Proverbios 1:10-19.

Los delincuentes y matones no forman precisamente una corporación que acaba de aparecer en la Europa y América modernas. Ya Isaías profetizó la corrupción de la sociedad israelita y previó que los más jóvenes se levantarían contra los mayores y el pueblo contra sus dirigentes, Is. 3:5. Y Oseas habla sobre un grupo de bandidos -adviértase bien, sacerdotes-

que acechaban en el camino de Siquem, pues Galaad, en aquel mismo tiempo, era conocida por su criminalidad, Os. 6:8 y ss. Fijémenos bien, ahora hablamos de Israel, ¡que conocía la Palabra de Dios!

A pesar de esto, Dios ya había tenido en cuenta, en Horeb, que también entre su pueblo se podría llegar a caer en el homicidio y el asesinato. De ahí que diera *a su pueblo* el sexto mandamiento, Ex. 20:13, cf. Dt. 5:17; Mt. 22:37-40. Los sabios reprodujeron esta sobria visión bíblica dando también un aviso contra la delincuencia juvenil. A veces, también los jóvenes de una comunidad cristiana están expuestos a la tentación por parte de las bandas. La policía y el poder judicial no son actualmente desconocidos para algunos jóvenes de hogares cristianos que entraron en contacto con bandas delictivas y llegaron al robo y al asesinato.

Salomón concede la palabra a un par de imaginarios jóvenes delincuentes que conocen una manera de hacerse ricos rápidamente sin trabajar:

> *«Hijo mío, si los pecadores intentan engañarte,*
> *no lo consientas.*
> *Si te dicen: -'Ven con nosotros,*
> *pongamos asechanzas para derramar sangre,*
> *acechemos sin motivo al inocente;*
> *los tragaremos vivos, como el seol,*
> *y enteros, como los que caen en la fosa;*
> *hallaremos toda clase de riquezas,*
> *llenaremos nuestras casas con el botín.*
> *Ven, une tu suerte a la nuestra*
> *y hagamos una bolsa común entre todos',*
> *Tú, hijo mío, no vayas en el camino con ellos,*
> *sino aparta tu pie de sus veredas,*
> *porque sus pies corren hacia el mal,*
> *se apresuran a derramar sangre.*
> *En vano es tender una red*
> *ante los ojos del ave,*
> *pero ellos a su propia sangre ponen asechanzas,*
> *contra sí mismos tienden la trampa.*
> *Así son las sendas de todo el que es dado a la codicia,*
> *la cual quita la vida de sus poseedores».*
> Proverbios 1:10-19.

Esos delincuentes son más incautos aún que las aves; pues cuando éstas ven que se extiende una red ante ellas, escapan. Pero los ladrones y asesinos tienden su propia red, buscando su propia muerte, como la encontraron desde hace mucho tiempo en la horca o en la silla eléctrica, si bien el mandamiento divino de condenar a muerte a los asesinos, no hace mucho que ha empezado a darse de lado.

Por tanto, no escuches a semejantes pecadores. ¿Te envió tu madre a semejante compañía, o te previno precisamente contra ella? ¿Cuántos hay en la prisión que -¡demasiado tarde!- habrán pensado en las palabras de su madre? Ellos acecharon contra su propia vida (y en Proverbios *vida* es frecuentemente otra palabra para expresar *felicidad).* ¿Debía ocurrir precisamente esto? De ninguna manera, ¡con tal que hubieran recordado la lección nº 1 en Proverbios: ¡Escucha a tus padres!

3. Elige escuchar a Doña Sabiduría, ¡pero hazlo a tiempo! Pr. 1:20-33.

Escucha a la sabiduría, ¡y entonces obtendrás sabiduría! Este es el hilo conductor en Proverbios 1:8-33. Pero esto debe acontecer a su tiempo, pues quien empieza tarde no puede esperar muchas cosas buenas. A esto se debe la advertencia que hemos de oír ahora en Proverbios 1:20-30.

Salomón revistió esta amonestación de refinado gusto artístico. En primer lugar, la puso en forma de una poesía hermosa; y luego puso este poema didáctico en boca de la sabiduría misma; y esa sabiduría nos la presenta aquí en la imagen de una mujer sabia que llama y habla. Esa figura de estilo literario se llama *personificación.*

El israelita gustaba de tales personificaciones.

Probablemente nosotros nos extrañamos de semejante figura literaria más que los lectores israelitas de Proverbios. Algunas versiones modernas, sobre todo aquellas que han omitido algunas palabras, hablan y escriben frecuentemente con auténtica vulgaridad. Nuestros libros de texto abundan en conceptos generales; esas formas literarias a las que también se llama *abstracciones.* Felizmente Dios no nos ha dado su Palabra en el lenguaje árido de la ciencia, sino en el lenguaje de la casa, del jardín y de la cocina, de los labradores y amas de casa

israelitas, y en las expresiones claras de los poetas israelitas.

Tomemos en consideración la bondad, la paz, la verdad y el derecho. No hay que pensar que el israelita los rebajó hasta conceptos descoloridos. Todo lo contrario, habló acerca de ellos como si fueran personas de carne y sangre. «La misericordia y la verdad *se encontraron»,* dice el Salmo 85:10, y continúa: «La verdad *brotará* de la tierra y la justicia *mirará* desde los cielos», vs.11. El salmista presenta la misericordia y la verdad como dos personas que se encuentran en un camino y, conforme a la costumbre oriental, se saludan con un beso.

Los israelitas hablaban gustosamente de esta manera.

Así pinta Isaías las necesidades de su pueblo con estas palabras: «Porque la verdad *tropezó* en la plaza y la equidad *no pudo llegar»,* Is. 59:14. Como es natural, el profeta mismo también sabía muy bien que la verdad y la equidad no eran personas vivientes, pero así de gráficamente pintó la injusticia en Israel. De la misma forma habló Pablo al referirse a la manera hebrea de hablar del pecado, como si fuera un *rey* que exige obediencia a sus súbditos, Ro. 6:12; o un patrono que paga el jornal, Ro. 6:23, cf. vs. 17-18. Así pudo hablar el poeta israelita sobre el cielo y la tierra, el mar y los árboles, el amor y la pasión, como si fueran criaturas vivas, cf. Job 28:14, Sal. 96:11-12, 114:3-7, Cnt. 8:6, Is. 1:2. Pues, ¿acaso no representamos nosotros mismos a la justicia como si fuera una mujer, o a veces decimos que la circulación se cobró muchas víctimas?

De esta forma auténticamente israelita, Proverbios 1:20 se refiere a la sabiduría. Salomón nos la presenta como una mujer que habla. Bien es verdad que en este pasaje la personificación se lleva más lejos que en los ejemplos arriba mencionados, pero eso no significa que la sabiduría sea aquí una mujer auténtica, al igual que la verdad, en el Salmo 85, no es un verdadero hombre; ¡aunque es admisible que la sabiduría sea una Persona divina! Pero aquí el poeta la presenta únicamente como una profetisa, alguien como Débora o la profetisa Hulda, Jue. 4, 2 R. 22:14, cf. 2 S. 20:16-18. De este modo, aparece por primera vez ante nosotros Doña Sabiduría, a la que encontraremos con frecuencia. Así en Proverbios 8, para mostrar sus cartas credenciales de hidal-

guía, y en Proverbios 9 para invitarnos a un banquete, cf. Proverbios 4:5-9, 7:4.

¿Qué debemos ahora pensar en realidad sobre esta mujer imaginaria? ¿De quién y de qué es la personificación poética?

Doña Sabiduría como predicadora en la calle.

¡Cuántos tesoros de sabiduría podía conseguir el israelita que a lo largo de su vida se esforzaba en oír y ver bien!

Primeramente, como es natural, abriendo sus oídos a la Toráh, la enseñanza de la *Palabra de Dios.* Eso lo obtenía primero y mayormente oyendo a su padre y a su madre, Proverbios 1:8. Después lo obtenía del levita y sacerdote local que tenían la tarea de enseñar a Israel desde la Toráh, 2 Cr. 17:7-9. Después de esto podía oír la Palabra de Dios de los profetas ambulantes, pues hombres como Samuel, Elías y Eliseo recorrían el país. Además podía escuchar la sabiduría de los ancianos, cuando impartían justicia en la puerta de la ciudad, pues sus sabias decisiones eran objeto de comentarios diarios, cf. 1 Re. 3:28, 4:34, 2 Cr. 17:7-9. Éste también fue un canal por el que se divulgó la sabiduría de la Palabra de Dios.

Y luego, el israelita creyente tenía además ante sí, diariamente, el arsenal inmenso de la sabiduría divina en *la Creación*, cf. nuestro Cap. 4. Cielo y tierra hablan no con palabras, dice el Salmo 19, pero «por toda la tierra salió su voz y hasta el extremo del mundo sus palabras», Sal. 19:4. La Creación de Dios, que tan llena está de sabiduría, nos «habla» claramente, Ro. 1:20. Y en tanto que el incrédulo la escuche también él puede observar una cierta sabiduría.

Toda esta sabiduría divina, revelada en la Sagrada Escritura y en la Creación, y recogida en la experiencia de muchas generaciones, forma realmente una unidad orgánica e inquebrantable. Y este gran conjunto de revelación y experiencia se presenta aquí como Doña Sabiduría (en hebreo: *hojmot*, literalmente: sabidurías). A través de esta persona imaginaria, llega hasta aquí hablándonos toda la sabiduría accesible a los hombres. Como si fuera una profetisa con un mensaje serio para pequeños y mayores. Llega a nosotros como persona excelsa diciéndonos que el trato con ella no es cuestión de afición, sino una cuestión de vida o muerte. Con lo cual el tiempo apremia. Escuchemos:

Versículos 20 y 21:

«La sabiduría clama en las calles,
alza su voz en las plazas;
clama en los principales lugares de reunión,
a la entrada de las puertas
de la ciudad dice sus razones».

La vida israelita transcurría en gran parte al aire libre. Dado que las calles generalmente eran callejuelas estrechas de uno a tres metros de anchura, uno puede imaginarse cuánto bullicio y ruido reinaba allí durante el día. No es casualidad que la lengua hebrea bíblica no conozca la palabra «plaza», pues los únicos espacios abiertos se hallaban a la entrada de las ciudades. Frecuentemente en el propio edificio de entrada. Allí latía el corazón de la vida del pueblo israelita. En las estancias frescas de las edificaciones del pórtico se sentaba Job entre los ancianos, Job 29:7-10 y 21-22. Allí recomendaban sus artículos los vendedores (2 R. 7:1); y Booz defendió los intereses de Noemí y Rut, Rt. 4. Allí ofrecían sus servicios los jornaleros, Mt. 20:3. Allí se encontraba uno con sus amigos y se podían oír las noticias del día.

¡Y allí sonaba también la voz de Doña Sabiduría! ¿Podía elegir un lugar mejor para dirigirse a la población de la ciudad que los espacios animados del pórtico? Allí podía alcanzar a cualquiera -joven o anciano- con su mensaje. Por eso hacía oír su voz precisamente allí, por encima del rumor del regateo y de la algarabía, y por encima de los gritos de los vendedores y de los niños que jugaban, Mt. 11:16.

Este dibujo poético contiene una lección doble. En primer lugar, nos enseña que buscar la sabiduría *no es una tarea sobrehumana*. Moisés dijo en una ocasión de la Palabra de Dios: «No está en el cielo, para que digas: ¿Quién subirá por nosotros al cielo, nos lo traerá y nos lo hará oír para que lo cumplamos? Ni está al otro lado del mar, para que digas: ¿Quién pasará por nosotros el mar, para que nos lo traiga y nos lo haga oír, a fin de que lo cumplamos? Pues muy cerca de ti está la palabra, en tu boca y en tu corazón, para que la cumplas», Dt. 30:12-14. Y esta Palabra es la fuente y las lentes de la sabiduría.

En Proverbios 1:20 y ss. oímos el eco de esas palabras de

Moisés. Para hallar la sabiduría no se precisa hacer un viaje por mar o emprender un viaje espacial, pues se la puede encontrar en el pórtico de la ciudad. Está junto a ti, pletórica de vida. Un israelita la podía reconocer en la sabiduría de la Palabra de Dios, en la opinión de sus padres, en el entendimiento de sus mayores, en la enseñanza de sus sacerdotes y levitas, en la predicación de los profetas y en el discernimiento de sus jueces. Y especialmente, también en la sabiduría de la Creación de Dios en todas partes en torno a él. Cualquiera que quería, podía oír a Doña Sabiduría.

Y mucho más en nuestro tiempo, en que la Biblia es muy asequible. ¿Quién, si quiere, no puede leer ahora la sabia Palabra de Dios? Al lado de esto, disponemos de los medios más refinados para denotar la sabiduría en la Creación de Dios. Así se expresa Doña Sabiduría en todas partes, en casa y en la escuela, en los libros y en la prensa. Quien aguza sus oídos, puede oír su voz en el «pórtico», por encima del ruido de la TV y del mundo de los negocios.

En segundo lugar, Proverbios 1:20 y ss. da a entender, de forma poética, que Doña Sabiduría puede ser audible *para cualquiera*. Realmente no se halla en un rinconcito para andar diciendo secretos a un pequeño círculo de íntimos, sino que dirige la palabra en plenitud de vida a *cualquiera*. Con sus lecciones tiene en cuenta al hombre de la calle.

Pero Doña Sabiduría se siente profundamente desilusionada, pues no todo el mundo quiere escucharla. Por eso se lamenta:

Versículo 22:

> *«¿Hasta cuándo, ingenuos, amaréis la ingenuidad?*
> *¿Hasta cuándo los burlones desearán burlarse*
> *y los insensatos aborrecerán el conocimiento?»*

También en Israel hubo muchos ingenuos en cuanto a la vida, al igual que actualmente también en las iglesias se hallan muchas personas ingenuas. Ya contemplamos este tipo crédulo en nuestro Cap. 3, 4. b. ¿Por cuánto tiempo seguirían viviendo aún tan indecisamente, ciegos a los peligros por su falta de experiencia en la vida? A pesar de esto, Doña Sabiduría aún abrigaba esperanzas sobre ellos. Aquí al menos aún les pregunta directamente por cuánto tiempo la dejarán hablar.

Pero también había impíos en Israel. Se les llama blasfe-

mos y necios. No por causa, en primer lugar, de su burla de lo santo o por su estupidez intelectual, sino por causa de su *autoexaltación* y menosprecio de la Palabra de Dios. Las Escrituras hablan incluso de profetas necios, ¡y Pedro y Judas conocieron blasfemos *en* las iglesias cristianas! 2 P. 3:3 y ss., Jud. vs.18.[2]. Doña Sabiduría no les habla directamente. ¿Acaso los considera incorregibles? Cf. Proverbios 9:7-8.

Sin embargo, aún no echa el cerrojo a la puerta. Quien quiera escuchar, aún tiene una ocasión. Doña Sabiduría todavía quiere derramar su espíritu sobre él, y, como una fuente de agua corriente, inundarle con su conocimiento vitalizador y sanador:

Versículo 23:

> *«¡Volveos a mi reprensión!,*
> *pues claramente yo derramaré*
> *mi espíritu sobre vosotros*
> *y os haré saber mis palabras».*

¿Qué hacen ellos? ¿Aceptan esta oferta? Entre los versículos 23 y 24, hay una pausa. ¿Se dejarán enseñar o permanecerán desafectos?

Y tengamos bien en cuenta quién está hablando aquí: la *sabiduría*, representante accesible de todos y para todos los hombres. Tanto aquello que por la *revelación* (en la Escritura y en la Creación) como aquello que por la *experiencia* podemos obtener. Este gran todo de la sabiduría nos indica el buen camino en muchísimos aspectos. Puede proporcionarte los mejores consejos para cada paso en tu camino de la vida. Doña Sabiduría abre los brazos, invitando y amonestando.

Por desgracia, muchos pasan indiferentes delante de ella:

Versículos 24 y 25:

> *«Yo os llamé, pero no quisisteis escuchar;*
> *tendí mi mano, pero no hubo quien atendiera,*
> *sino que desechasteis todos mis consejos*
> *y rechazasteis mi reprensión;»*

Ahí tenemos la reacción de muchos israelitas y, desgraciadamente, también de muchos en las iglesias cristianas, a la dulce revelación de la sabiduría de Dios en su Palabra y obra.

La Sagrada Escritura nos indica aquí en lenguaje poético una realidad terrible: muchos se encogen de hombros ante todo buen consejo que sus padres y maestros, temerosos de Dios, les trasmitieron de las Sagradas Escrituras y la experiencia de los siglos.

¡Hechos horribles! hubo en Israel, y hay en las iglesias de Dios, impíos que viven según sus principios o consejos autónomos[3], Sal. 1:1. Dentro del pueblo de Dios hay blasfemos y necios que se ríen del orden que Dios ha dado a conocer en su Palabra y obra. ¡Pero esa risa los hundirá!

Versículos 26-28:

> *«Por eso, también yo me reiré en vuestra calamidad,*
> *me burlaré cuando os venga lo que teméis,*
> *cuando venga como una destrucción lo que teméis*
> *y vuestra calamidad llegue como un torbellino;*
> *cuando sobre vosotros venga tribulación y angustia.*
> *«Entonces me llamarán, pero no responderé;*
> *me buscarán de mañana, pero no me hallarán».*

La sabiduría puede rechazar a una persona, para gran daño de ésta. El poeta pinta las consecuencias de tal necedad con cinco palabras: calamidad, destrucción y torbellino, tribulación y angustia. Proverbios 10-31 ilustrará esto con cientos de ejemplos, aunque Proverbios 5-7 también deja ver ya una ilustración sorprendente de esta lección: el desastre en la vida del adúltero. Así es como la necedad, como un tornado, de repente puede echar a pique totalmente una vida humana. Pero quien entonces invoca a Doña Sabiduría, ¡lo hace demasiado tarde!

Con esto, la Sagrada Escritura nos indica una posibilidad terrible. ¡Una persona puede buscar a Dios y su Palabra –es decir, la fuente y las lentes de la sabiduría– también *demasiado tarde!*, cf. Is. 55:6, Am. 8:11-12. A veces, Dios dice: «Clamarán a mí, pero no los escucharé», Jer. 11:11, cf. Ez. 8:18, Miq. 3:4, Zac. 7:13. Algo así añade aquí Doña Sabiduría a los necios: -'Vosotros os reísteis de mí, pero ahora es mi oportunidad de reírme de vosotros'.

Naturalmente que Doña Sabiduría habla tan amenazadoramente para instar aún a conversión, para lo cual, muy frecuentemente, los autores de proverbios usan el medio del

sarcasmo, cf. nuestro Cap. 1, 4. Sin embargo, una persona puede caer en situaciones en que realmente tiene que tener la impresión de que todo lo que pertenece a la sabiduría está riéndose de él injuriosamente.

Pues, ¿qué es lo más escondido que hicieron estos necios?

Versículos 29-30:

«Por cuanto aborrecieron la sabiduría [4]
y no escogieron el temor de Jehová,
sino que rechazaron mi consejo
y menospreciaron todas mis reprensiones."

Aquí tenemos los más escondidos motivos de los impíos que hay diseminados entre el pueblo de Dios: odian el conocimiento de Dios y el servirlo. No quieren cumplir su pacto[5]. Sencillamente, rechazan temerlo por su Palabra y por sus obras; y por eso también se encogen de hombros ante las amonestaciones de la sabiduría. «...aborrecieron la palabra de Jehová; ¿dónde, pues, está su sabiduría?», Jer. 8:9.

Aquí observamos una notable coincidencia entre la voz de la sabiduría y la de la profecía. ¡Con cuanta frecuencia se lamentó el Señor por medio de los profetas: «¿Por qué...cuando llamé nadie respondió?», Is. 50:2, cf. 65:2 y 12, 66:4; Jer. 7:13, 13:10; Sal. 81:12-14; Neh. 9:17; Lc. 13:34. Y ahora oímos a la sabiduría aquí y en el vs. 24 y ss. expresar realmente la misma queja. El pueblo de Dios no sólo ha matado a los profetas, sino que también ha perseguido a los sabios, Mt. 23:34, cf. Ec. 9:13-16. ¡No es de extrañar que este poema didáctico y lamentación de la sabiduría exprese semejante *resonancia profética*!

Groen van Prinsterer tipificó este comportamiento impío con la palabra *revolución*[6]. Con ello entendió no sólo determinados acontecimientos políticos, sino una *actitud de vida* negativa frente a Dios y su Palabra que ataca en la raíz a toda la vida humana. En su libro, Van Prinsterer describió, de forma clásica y profética, la acción destructora de la revolución en la historia europea de los últimos siglos. La revolución devora siempre a sus propios hijos, y esto debe decirse sobre todo de la madre de todas las revoluciones: la gran sublevación contra Dios y su Palabra.

Doña Sabiduría lo expresa brevemente con estas palabras:

Versículos 31-32:

«comerán del fruto de su camino
y se hastiarán de sus propios consejos.
Porque el desvío de los ignorantes los matará,
la prosperidad de los necios los echará a perder;»

En Proverbios 8, la sabiduría nos hablará personalmente una vez más, y para concluir, allí expresará una sentencia semejante a la expuesta anteriormente: «Porque el que me halle, hallará *la vida* y alcanzará el favor de Jehová; pero el que peca contra mí, se defrauda a sí mismo, pues todos los que me aborrecen aman *la muerte*», Proverbios 8:35-36.

Allí suena una de las notas fundamentales, quizá la principal, de todo el libro de Proverbios. Eso es lo que Proverbios 10 al 31 deja ver en cientos de proverbios: ¡todo mal *hace* también mal al hombre! Nada sorprendente que el Manual de Proverbios (Proverbios 1 al 9) enseguida llame fuertemente la atención sobre ello: «Como la justicia conduce *a la vida,* así el que sigue el mal lo hace *para su muerte»,* Proverbios 11:19. En este cañamazo está bordado realmente todo Proverbios, o como más tarde Pablo lo expresó: «... pues todo lo que el hombre siembre, eso también segará, porque el que siembra para su carne, de la carne segará corrupción; pero el que siembra para el Espíritu, del Espíritu segará vida eterna», Gá. 6:7-8.

Por eso los blasfemos y los necios no son víctimas de un destino cruel, sino de ser realizadores de su propia perdición, cf. Proverbios 16:22, 19:3. El rebelarse contra Dios y contra su sabiduría desemboca literal y figuradamente en la muerte; y además, téngase en cuenta que Dios hubo de llamar «rebelde» *a todo su pueblo,* Jer. 8:5.

Pero a quien escucha, le va bien. Doña Sabiduría nos hace saber -como el Manual de Proverbios repetirá reiteradamente- que ella y el temor de Yahvéh son el mejor seguro de vida que se puede contratar. La sabiduría trabaja en gran medida de modo preventivo. ¡Cuánto mal puede ella evitar, a la vez que conseguir descanso para sus seguidores! En los capítulos siguientes aún contemplaremos bastantes ejemplos al respecto. Doña Sabiduría concluye así su alocución:

Versículo 33:

> *«Pero el que escuche vivirá confiadamente,*
> *estará tranquilo, sin temor del mal».*

Escuchar a Doña Sabiduría –es decir, temer al SEÑOR- o *dejar*la *hablar*, es la diferencia entre el silencio y la tormenta, el descanso y el pánico, la seguridad y la adversidad. «Vivir seguro» eran palabras famosas de la Toráh para el israelita conocedor de las Escrituras, Lvs. 25:18-19; Dt. 33:12 y 28. «Vivir seguro» era una de las promesas que Yahvéh había ligado al cumplimiento de sus mandamientos. Y esa expresión de la Toráh es la que Doña Sabiduría toma en sus labios. (Una prueba más de la íntima conexión entre sabiduría y temor de Yahvéh.)

Escucha a tiempo, pues tu vida está en juego.

El libro de Proverbios se abre con esta poesía en que Doña Sabiduría se dirige a nosotros mismos. Debemos leer su alocución sencillamente, teniendo en cuenta su lugar canónico: en la primera página de Proverbios, *como principio* de este libro de la Biblia, sí, como inicio del Manual para uso de este libro de la Biblia. Suena en esta recomendación de la sabiduría de Proverbios la misma seriedad que en la Palabra de Dios: «Acaso ellos escuchen; pero si no escuchan, porque son una casa rebelde, siempre sabrán que hubo un profeta entre ellos», Ez. 2:5. ¡Así recriminará permanentemente a los necios del pueblo de Dios, que hubo un Salomón! ¿Había podido él exponer la importancia de este libro de la Biblia más acertadamente que por medio de esta hermosa poesía? ¡Doña Sabiduría predicando en la calle! Nos la encontramos diariamente, sobre todo al leer la Biblia; pero también si miramos cuanto Dios ha hecho. El orden divino en la Creación, las disposiciones y ordenanzas que ha establecido para todo lo que ha creado. También tiene que ver con ella, lo que está bien y lo que no está bien en nuestro trabajo o profesión. El trato con el prójimo; el gastar dinero; la vida matrimonial; la salud; la capacidad de trabajo; el objetivo de la vida; el tiempo de vida...En todos esos asuntos, Doña Sabiduría quiere expresar su palabra salvadora.

Nadie puede negarla impunemente, pues ella es en Proverbios la personificación de toda la sabiduría accesible a los hombres, y no sólo en Proverbios sino en toda la Escritura

y la Creación. Escúchala, pues, *a tiempo.* Todos los que dejan de hacerlo, aman la muerte, Pr. 8:36. Escuchémosla *de aquí en adelante.* ¡Cuánto bien nos hará, en todos los aspectos!

NOTAS Cap. 5

1.– F. van Deursen, *Los Salmos II*, pág. 477-478. FELiRe 1997

2.– Véase, para el retrato de necios y blasfemos, F. van Deursen, *Los Salmos I*, 80-86 y 116.

3.– F. van Deursen, *Los Salmos I*, 113-116, FELiRe 1996.

4.– Algunas versiones de la Biblia traducen "conocimiento" en lugar de "sabiduría".

5.– Véase el sentido contractual de la palabra «conocer» en: F. van Deursen, *Los Salmos I*, 125)

6.– *Incredulidad y revolución*, FELiRe 1982

Capítulo 6

Proverbios 2

EL BUSCADOR DE LA SABIDURÍA ENCUENTRA TAMBIÉN SENTIDO Y PROTECCIÓN DE LA VIDA

Cuando Acán escondió bajo tierra el oro y la plata robados, no hizo nada anormal para un oriental, Jos. 7:21. También el siervo perezoso de la parábola enterró bajo tierra su talento, Mt. 25:18. Casi siempre se encondían los tesoros en vasijas de arcilla, cf. 2 Co. 4:7. En las excavaciones, muchas veces han salido a la luz vasijas llenas de objetos de oro. Era frecuente que el propietario de semejante tesoro escondido no dijera, ni siquiera a su mujer, el lugar donde encontrarlo. Y si tal hombre llegaba a fallecer repentinamente, se llevaba su secreto al sepulcro. Por ello, en Oriente Medio aún se cree, y no sin razón, que el subsuelo de muchos lugares guarda muchos tesoros, cf. Job 3:21, Is. 45:3, Jer. 41:8, Mt. 13:44. Más de uno ha dedicado mucho tiempo y esfuerzo a buscarlos. En este contexto, recuérdese a los buscadores de oro del siglo pasado.

¡Algo de esa ocupación y fiebre del oro del buscador de tesoros quiso manifestar Salomón a sus discípulos en su búsqueda de la sabiduría! Pero, mientras el buscador de oro frecuentemente se afanaba en vano, los buscadores de sabiduría son recompensados ricamente, en cualquier caso, con el hallazgo de innumerables tesoros.

1. Busca la sabiduría como se busca el oro. Proverbios 2:1-4.

Al igual que en Proverbios 1, también en Proverbios 2 Salomón insta poderosamente a *buscar* la sabiduría. Dado el

lugar que ocupa Proverbios 2 -en el Manual de Proverbios-, en esta llamada estimulante deberemos pensar sobre todo en las palabras y mandatos que encontramos en Proverbios 10-31. Allí se hallan escondidos los tesoros de la sabiduría y la percepción. Pero hay que buscarlos y desenterrarlos; y esto cuesta un esfuerzo tenaz y una perseverancia inagotable; no porque Dios haya escondido la sabiduría tan profundamente -adviértase que está presente en la vida cotidiana, Pr. 1:20-33- sino porque nuestro corazón, por naturaleza, ama la necedad. Felizmente no necesitamos buscar estos tesoros a la aventura. Salomón nos da sus sentencias y mandatos, y en ellos podemos encontrar inteligencia y nuevas perspectivas.

Versículos 1-4:

> «*Hijo mío*, si recibes mis palabras
> y guardas en ti mis mandamientos,
> haciendo estar atento tu oído a la sabiduría;
> si inclinas tu corazón a la prudencia,
> si invocas a la inteligencia
> y pides que la prudencia te asista;
> si la buscas como si fuera *plata*
> *y la examinas como un tesoro...*»

Si pensamos en lo extremadamente costoso que resulta buscar los tesoros del subsuelo en nuestro tiempo (torres de sondeo de petróleo en el mar, satélites terrestres para investigación del suelo, etc.), entonces reconoceremos que Salomón no está usando, en modo alguno, una expresión anticuada. ¡Así de agresivos debemos ser nosotros al buscar la sabiduría! Debemos aguzar los oídos al respecto y abrir el corazón, lo cual prácticamente significa que debemos leer y releer frecuente y activamente el libro de Proverbios. Lo mejor es hacerlo con un lápiz en la mano para subrayar lo que nos llamó la atención, y guardarlo como un tesoro en el corazón, Sal. 119:11, Pr. 10:14, Is. 33:6. Teniendo presente también el consejo apostólico: «Si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídala a Dios...», Stg. 1:5.

Estos buscadores reciben de Salomón grandes promesas: En primer lugar, su sabiduría les hará *comprender* muchas cosas; y en segundo lugar, les ofrecerá *protección* en muchos aspectos. Veamos algunas de las ventajas que nos indica.

2. Así se encuentra el sentido de la vida. Proverbios 2:5-10.

«Yo amo a los que me aman, y me hallan los que temprano me buscan», dice la sabiduría en Pr. 8:17, Mt. 7:7, Stg. 1:5. Quien lee Proverbios con una especie de fiebre del oro, ve siempre aplacada su sed de sabiduría, pues, por medio de este libro de la Biblia, la sabiduría divina entra en su corazón y se dispone a iluminar sus ojos, de tal manera que siempre ve y entiende más. Se aprende a distinguir, lo cual es, para los hijos de Dios, un don tan necesario como el pan[1]. Enseña a ver cómo podemos poner en práctica nuestro amor a Dios y al Señor Jesucristo:

«Entonces entenderás el «temor de Jehová»
y hallarás el conocimiento de Dios,
porque Yahvéh da la sabiduría
y de su boca proceden el conocimiento y la inteligencia.
Él provee de sana sabiduría a los rectos:
es escudo para los que caminan rectamente.
Él es quien guarda las veredas del juicio
y preserva el camino de sus santos.
Entonces comprenderás qué es justicia, juicio
y equidad, y todo buen camino.
Cuando la sabiduría penetre en tu corazón
y el conocimiento sea grato a tu alma;»

Proverbios puede enseñarte lo que el temor del Señor significa en todos los aspectos de la vida; y como veremos más adelante, con ello Salomón no sólo deja brillar su luz en la vida estrictamente personal, sino también en la vida social, política y económica. ¿Qué es lo justo? ¿Qué es la justicia social? ¿Qué significa el conocimiento de Dios en la práctica? Eso nos lo puede dar *a conocer* Proverbios de la mano de cientos de ejemplos, de forma que tomemos el buen camino.

¡Y cómo se experimentará ese conocimiento de Dios en la práctica como algo deleitoso! De ello hablaremos posteriormente al tratar Pr. 3:17. Hasta aquí hemos hablado del primer tesoro que los buscadores de sabiduría desentierran: *comprensión de la vida*. Ahora el segundo tesoro garantizado: *protección de la vida*.

3. Así se encuentra protección de la vida. Proverbios 2:11-22.

Se lo oímos proclamar a la misma Doña Sabiduría: "El que me escuche, vivirá *confiadamente",* Pr. 1:33. Esta es una de las ventajas más grandes que Doña Sabiduría puede procurar a una persona si la escucha: Puede evitarle innumerables males. Proverbios 1 a 9 volverá a esto repetidamente, pues es una de las líneas fundamentales en el Manual de Proverbios: La sabiduría siempre es más ventajosa. También Proverbios 2 lo indica expresamente: El Señor «preserva el camino de los santos», vs.8. Él es su escudo, vs.7. Se puede pensar en un escudo normal, pero también se puede referir al compromiso que un gran rey establece con un rey vasallo. Los piadosos de Israel se encontraban bajo la protección contractual de Yahvéh[2]. Pero esto también lo hace Dios indirectamente:

Versículo 11:

«la discreción te guardará
y te preservará la inteligencia,»

Dios también protege a sus hijos haciéndolos discretos; y esa discreción piadosa y esa visión de la vida, en el temor de Dios, los protegen de toda clase de mal y miseria. Proverbios ilustra esta lección sobre la vida de primer orden con muchos ejemplos. Se podría resumir todo este libro de la Biblia con este proverbio: «La instrucción del sabio es manantial de vida para *librar* de los lazos de la muerte», Pr. 13:14., cf. 4:6-7, 14:26-27, Ec. 7:12. De estos lazos de muerte, Salomón menciona aquí dos: el *hombre malo* (vs. 12-15) y la *mujer mala* (vs. 16-19).

Versículos 12-15:

«para librarte del mal camino,
de los hombres que hablan perversamente,
de los que abandonan los caminos rectos
para andar por sendas tenebrosas,
de los que disfrutan haciendo el mal
y se gozan con las perversiones del vicio,
las veredas de los cuales son torcidas,
y torcidos sus caminos».

En Proverbios nos encontramos con personajes tenebrosos en todos los aspectos. Ladrones asesinos, comerciantes falsarios, poderosos impíos, jueces injustos, testigos falsos, ladrones del campo, borrachos, estafadores, adúlteros, chantajistas, perezosos, blasfemos, pendencieros. Y también vemos que a veces se dan por buenas semejantes prácticas malas, vs. 14. Isaías también los conoció: «¡Ay de los que a lo malo dicen bueno y a lo bueno malo; que hacen de la luz tinieblas y de las tinieblas luz; que ponen lo amargo por dulce y lo dulce por amargo!», Is. 5:20, cf. Ro. 1:32, 2 Ti. 2:12.

¡Con cuánta frecuencia vemos que semejantes necios echan a perder su propia vida! Por el contrario, la sabiduría ofrece protección. Quien está en la doctrina con los sabios, no tiene por qué entrar en contacto con el juez que juzga los crímenes, o chocar contra un árbol por exceso de alcohol, o ser despedido fulminantemente a causa de una falsedad en documento. Para eso Dios nos dio su salvadora sabiduría proverbial: «para *librarte...»,* vs. 12; no sólo de la condenación eterna, sino también de toda clase de condenación *temporal*; como, por ejemplo, de las consecuencias terribles del adulterio.

Versículos 16-19:

> *«Serás así librado de la mujer ajena,*
> *de la extraña que halaga con sus palabras,*
> *que abandona al compañero de su juventud*
> *y se olvida del pacto de su Dios,*
> *por lo cual su casa se desliza hacia la muerte,*
> *y sus veredas hacia los muertos.*
> *De los que a ella se lleguen, ninguno volverá*
> *ni seguirá de nuevo los senderos de la vida».*

Aquí vemos un lazo de muerte fatal: las seducciones de la adúltera. En Proverbios 5 al 7, Salomón vuelve a tratrar extensamente acerca de esta red seductora. Allí nos deja oír sus «palabras halagadoras» y nos permite ver cómo todos los que tienen comunión sexual con ella («los que a ella se lleguen», vs. 19) se arrojan a su perdición. En esa ocasión hablaremos más detenidamente sobre esa peligrosa seductora.

En este pasaje aparece en escena como ejemplo de lo que Salomón dijo en los versículos 1 al 4: 'Mis palabras dan vi-

sión de la vida y protección de la vida.' Todo hombre o joven que las escucha, jamás debe caer en los lazos de semejante mujer, la cual es infiel a Dios y a su marido, puesto que rompe el séptimo mandamiento del Pacto de Horeb, Ex. 20:14, Mal. 2:14 (y el pacto con la mujer propia, del que Yahvéh era testigo). ¡Ello puede costar, literal y figuradamente, la vida (pues la Toráh castigaba el adulterio con la pena de muerte)! ¡Vaya, pues, si hay que buscar la sabiduría como un buscador de oro! Ella nos ofrece protección preventiva para el matrimonio; y con ello contra otros males, pues nada resulta tan corrupto respecto a la voluntad de Dios como la falta de castidad.

Versículos 20-22:

«Tú así andarás por el camino de los buenos
y seguirás las sendas de los justos;
porque los rectos habitarán la tierra
y los íntegros permanecerán en ella.
En cambio, los malvados serán
eliminados de la tierra,
y de ella serán arrancados los prevaricadores».

(El vs. 22 dice literalmente: "...los malvados serán cortados.")

Cuando un israelita circuncidaba a su hijo, hacía juramento de fidelidad en nombre de aquel recién nacido aliado de Dios. Cortando el prepucio de su hijo, tal padre juraba en nombre de su hijo: -Yo corto ahora un poco de carne de mi cuerpo, pero puedo ser cortado totalmente de la alianza con Yahvéh si no le sirvo lealmente. ¿Y qué le sucedería a quien rechazara este juramento de fidelidad? Semejante desertor «será cortado de su pueblo por haber violado mi pacto», Gn. 17:14. También en Proverbios 2:22 escuchamos la seriedad de las condiciones del Pacto con el Señor, cuando leemos acerca de ser cortado del pueblo.

¿Se referiría Salomón a este juramento de automaldición? En cualquier caso, aquí arriba hemos traducido Pr. 2:22 literalmente: los malvados serán *cortados* de la tierra; y lo hemos hecho porque ahí se usa un *lenguaje contractual,* cf. Ex. 12:15 y 19. ¡Ay del impío en Israel y en la iglesia cristiana! No sólo los profetas sino también los sabios le amonestan por cau-

sa de su vida, Dt. 4:26, 11:17, 30:18, Sal. 1:4 y ss, Sal. 37, Sal. 104:35, Pr. 10:30.

Pero los rectos habitarán la tierra, vs. 21. Con lo cual no pensamos en Palestina solamente, pues nuestro Salvador nos ha enseñado que las promesas para los justos van más allá de aquella tierra prometida. Los creyentes heredarán la nueva *tierra,* Mt. 5:5, cf. 1 Ti. 4:8. La sabiduría en el temor de Yahvéh no sólo protege esta vida, sino que también nos mantiene en el camino hacia la vida eterna. También con esta segunda promesa nos atrajo Salomón en Proverbios 2, con el fin de que, como incansables buscadores de tesoros, desenterráramos el oro de la sabiduría que se halla amontonada en Proverbios 10 al 31.

NOTAS Cap. 6

1.– F. van Deursen, *Los Salmos II*, 694, FELiRe 1997.

2.– F. van Deursen, *Los Salmos II*, 404, FELiRe 1997.

Capítulo 7

Proverbios 3

EN EL CUMPLIMIENTO DE LOS MANDAMIENTOS DE DIOS HAY GRAN GALARDÓN PARA TODA NUESTRA VIDA

Nada es tan beneficioso para el ser humano como amar a Dios y cumplir sus mandamientos. Este es el argumento real con que Salomón estimula a sus jóvenes lectores a tomar en consideración las disposiciones de Dios. Especialmente en el Manual de su libro, siempre insiste en lo mismo: «Si eres sabio (es decir: si temes a Yahvéh), *para ti lo eres»,* Pr. 9:12. Ya hemos oído antes estas palabras. En Pr. 1:33, Doña Sabiduría nos enseñó: «Pero el que escuche, *vivirá confiadamente».* Y Pr. 2:11 añade a esto: «La discreción *te guardará».* Pero Proverbios 3 nos enseñará aún con más detalle cuán beneficiosamente opera esa sabiduría por el temor de Yahvéh. Si la aplicamos a nuestra vida, nos encontraremos en el mejor camino para recibir las bendiciones siguientes:

Puede alargar la vida, vs. 2.
Nos hace agradables ante Dios y los hombres, vs. 3-4.
Hace el camino de nuestra vida más transitable, vs. 5-6.
Fortalece la salud, vs.7-8.
Aumenta lass posesiones, vs. 9-10.
Nos enseña a humillarnos bajo la corrección de Dios, vs. 11-12.
Es más valiosa que las alhajas, vs.13-15.
Concede riqueza y honor, vs. 16.
Da a nuestra vida deleite y paz, vs. 17.
Nos permite comer de un árbol de vida, vs. 18.

Es el principio en que se basa el cielo y la tierra, vs. 19-20.
Hace vivir, y nos adorna y protege, vs. 21-23.
Favorece el descanso nocturno, vs. 24.
Nos protege, mientras que los impíos perecen, vs. 25-26.
Hace servicial y caritativo, vs. 27-28.
No abusa de la confianza, vs. 29.
Nos hace amantes de la paz, vs. 30.
Nos lleva a la comunión íntima con Dios, vs. 31-32.
Trae la bendición de Dios a nuestro hogar, vs. 33.
Obtiene, por su humildad, la complacencia de Dios, vs. 34.
Nos hace heredar honra, vs. 35.

Debemos aceptarlo tan objetivamente como está escrito: «En el temor de Yahvéh está *la firme confianza»,* Pr. 14:26. A nadie debe extrañar que Salomón elabore esta idea de forma tan sobria y objetiva en Proverbios 3, pues el Pacto de Yahvéh no sólo se refiere ala vida religiosa de Israel, sino también a su vida diaria. Por eso, en la Toráh, el Señor no sólo habló de hacer ofrendas y sacrificios, sino también, por ejemplo, de vendimiar y pagar a los jornaleros[1] ; y respecto al cumplimiento de todas aquellas buenas disposiciones, ya dijo Moisés: "Esto es tu vida", Dt. 30:20.

El eco de esa enseñanza de la Toráh, tan beneficiosa para toda la vida humana, resuena en los Salmos y Proverbios, cf. Cap. 4,a. El autor del Salmo 19 tenía bien abiertos los ojos para ver la acción protectora de la Palabra de Dios sobre la vida humana. Y quien sea tan sabio para creer al Dios de la vida en su Palabra, obtendrá la misma experiencia que este salmista: «Los juicios de Yahvéh son verdad...Tu siervo es amonestado con ellos; en guardarlos hay *gran recompensa»,* vs. 9 y 11. El apóstol escribió con el mismo espíritu: «La piedad para todo *aprovecha*, pues tiene promesa de esta vida *presente* y de la venidera», 1 Ti. 4:8. Y un poco más delante: «*Gran ganancia* es la piedad», 6:6. Y Proverbios 3 nos deja veren dónde se manifiestan esa ganancia y esa vida.

Hay que avisar de antemano que Salomón, en esta parte de la Escritura, no prescribe principios férreos. No viene con reglas aplicables siempre y en todo lugar, sino con proverbios; y éstos contienen realmente *reglas,* pero, para poderlas aplicar, se debe conocer el modo de hablar característico del *mashal*. De otro modo, en un Capítulo como Proverbios 3,

fácilmente se traba uno en todo tipo de malentendidos. Para nuestro comentario de este Capítulo 7, suponemos que nuestros lectores ya conocen el Capítulo 1, especialmente el punto 6, lo cual quizá les puede ahorrar también una pena innecesaria, como cuando Salomón habla de bendiciones que nunca recibieron.

Por consiguiente, hay que tener bien en cuenta ese carácter del *mashal*.

1. La sabiduría puede alargarnos la vida, Pr. 3:1-2.

Todo el libro de Proverbios enseña las consecuencias prácticas del temor del Señor. Es como si dijera: 'Para que tu confianza esté puesta en Yahvéh te hago saber hoy a ti también estas cosas', Pr. 22:19. «Hijo mío, si recibes mis palabras,...entonces entenderás lo que es el temor de Yahvéh y hallarás el conocimiento de Dios», Pr. 2:1 y 5. Cuando Salomón, en el proverbio que sigue, habla de sus mandatos y enseñanza, se refiere naturalmente también a sus lecciones sobre la práctica de la piedad. ¿Y con qué intentó atraer a sus hijos espirituales? ¡Con la certeza de que con la sabiduría del temor de Dios podían prolongar su vida!

Versículos 1 y 2:

«Hijo mío, no te olvides de mi Ley,
y que tu corazón guarde mis mandamientos,
porque muchos días y años de vida
y de paz te aumentarán».

¡Vivir muchos años y felizmente! ¿Quién no concibió eso como un gran ideal? Pero, ¿qué hemos de aportar nosotros mismos al respecto?Nada, ¿no es cierto? ¿Acaso podemos añadir algún día a nuestra vida? A estas prudentes objeciones volveremos después. Primero dejemos establecido que una persona, según Pr. 3:1-2, puede prolongar realmente su vida. Incluso con años; con tal que quiera amar y servir a Dios. Y esto lo dice este proverbio, y ciertamente no es el único lugar de la Escritura. En Proverbios 4 leemos que Salomón, por su parte, ya lo había aprendido de su padre David en casa: «Escucha, hijo mío, recibe mis razones y se te multiplicarán los años de tu vida», Pr. 4:10. Doña Sabiduría presenta la misma perspectiva: «Porque por mí se aumentarán tus días, años de vida se te añadirán», Pr. 9:11.

«Larga vida hay en su mano derecha, y en su izquierda,riquezas y honra», Pr. 3:16. Pero, ¿qué entiende el libro de Proverbios por «larga vida»? ¿En qué edad debemos pensar?

Contestemos ahora a estas preguntas.

a. ¿Qué es larga vida?

Los seres humanos no han envejecido igualmente en todas las épocas. Las fuertes generaciones anteriores al Diluvio alcanzaron edades de más de 800 años, pero después del Diluvio las edades se acortaron cada vez más, Gn. 11:10-32. Sem aún cumplió 600 años, pero Terah 205, Abraham 175, Aarón 123, Moisés 120, Josué 110. La mayoría de los reyes de Judá, medidos también por nuestras medidas, no llegaron a la vejez. Roboam cumplió 58, Josafat 60, Joram 40, Ococías 23, Amasías 54, Azarías 68, Jotam 41, Acaz 36, Ezequías 54 (incluidos los 15 años que además recibió de Dios), Manasés 67, Amón 24, Josías 39. La edad media de estos príncipes alcanzó los 47 años. Otros lugares de las Escrituras señalan edades no mucho mayores.

Un levita debía completar su servicio hasta sus cincuenta años, Nm. 4:3, cf. 8:25, 1 Cr. 23:24. Después podía, por voluntad propia, seguir realizando algunos servicios auxiliares, pero ya no estaba obligado a ello, Nm. 8:23-26. ¿Podemos deducir de esto que a alguien por encima de los 50 años ya se le podía contar entre los mayores? En Lv. 27:1-8 se halla una lista para poderredimir o extinguir promesas; allí la máxima edad son los 60 en adelante. Barzilai tenía 80 años, y por eso se dice que «era muy anciano», 2 S. 19:32. ¿Quiere esto decir que el promedio esperado de edad no se encontraba entonces muy por encima de los 60 años?

¿Qué es una larga vida? La pregunta no es tan simple. La respuesta no era igual en todos los países y épocas. Quizá el deseo del salmista nos pueda ayudar al respecto: «¡Bendígate Yahvéh desde Sión, ... y que veas a los hijos de tus hijos!», Sal. 128:5-6. Porque los nietos se consideran «corona de los *viejos»,* Pr. 17:6, cf. Job 42:16-17. Así pues, para el concepto israelita, viejo era alguien que tenía nietos y bisnietos. Pero debemos tener presente que el israelita se casaba más joven que nosotros, y por eso a sus 40 años podía ser abuelo, y para sus 60 años podía ser bisabuelo. Por eso, en la expre-

sión «larga vida y años de vida», no nos inclinamos a pensar en edades extraordinariamente altas. A alguien que ya corría hacia los 70 años, los sabios ya le consideraban en posesión de una «buena vejez», sobre todo si Dios le había bendecido con hijos, nietos y bisnietos. ¿Y no contrasta favorablemente un caso semejante, por término medio, con esas edades en nuestra sociedad y en el actual Tercer Mundo?

b. ¿Por qué morir prematuramente? (Eclesiastés. 7:17).

A pesar de todo, ¿ha establecido Dios desde hace mucho tiempo nuestro día de la muerte? «En tu libro estaban escritas todas aquellas cosas que fueron luego formadas, sin faltar ni una de ellas», Sal. 139:16. ¿Y no dijo el predicador: «No hay hombre que tenga potestad sobre el aliento de vida», Ec. 8:8? Esto reconoce también el salmista: «En tu mano están mis tiempos», Sal. 31:15. Con lo cual, ¿llega a contradecirse el libro de Proverbios? Eso depende de cómo se lean las Escrituras: Como si fuera un sistema de ideas considerado como correcto por anticipado, o como la Palabra viva de Dios.

Cuando las palabras de la Escritura se hacen servir como eslabones en un *razonamiento* o como piedras de construcción para un *sistema*, hay que pedir cautela y poner en guardia contra el fatalismo y la sed de sistematizarlo todo, pues se corre el peligro de leer inadvertidamente los textos bíblicos con unas lentes empañadas por el vaho del paganismo grecoromano o mahometano. Creían éstos que por encima de su dios supremo Zeus, Júpiter o Allah se hallaba el Hado (Destino), y contra éstos nada podía oponer incluso el dios supremo. Algunos cristianos también han colocado en sus pensamientos una especie de Hado o fatalidad que llaman *consejo eterno*, al cual Dios estaría ligado de tal modo que de nada serve orar «si no concuerda con el consejo de Dios.»[2] En semejante sistema de pensamiento, el temor de Yahvéh no tiene efectivamente influencia alguna en la duración de la vida. La expresión: «Si no es tu tiempo...» ¿acaso procede de ese clima fatalista?

Sin embargo, las Escrituras no hablan en términos precisos o científicos, sino con palabras vivas. Tampoco conocen esa caricatura del consejo de Dios, sino *el consuelo de Dios*: «En tus manos están mis tiempos», Sal. 31:15. Esto no es una tesis de un sistema teológico, sino una confesión de fe, respecto

a que Dios, felizmente, es quien determina la duración de nuestra vida, y no nuestros perseguidores (véase el contexto de esta palabra bíblica).

Cierto, «no hay hombre que tenga... potestad sobre el día de la muerte», Ec. 8:8. Eso es asunto de Dios. El mismo Predicador ya indica también que Dios ha señalado para ese morir un momento determinado en la vida como el más adecuado. «Todo tiene su tiempo, y todo lo que se quiere debajo del cielo tiene su hora: Tiempo de nacer y tiempo de morir», Ec. 3:1-2. Para morir, el tiempo adecuado es la vejez. De ahí que la queja del rey Ezequías: «En la mitad *de mis días* me iré a las puertas del seol», Is. 38:10, no es ni mucho menos una expresión fatalista. A Ezequías no lo alcanzó su tiempo; y al sabio Predicador tampoco le pareció ver una especie de Hado por encima de Yahvéh, de lo cual da testimonio su notable pregunta: «¿Por qué habrás de morir *antes de tu tiempo?,* Ec. 7:17. ¡Por tanto, esto puede ser conforme a las Sagradas Escrituras!

También enseña Proverbios que los prudentes pueden esquivar, en cierto modo, una muerte prematura y retardar su enterramiento. El libro habla muchas veces de «apartar» la muerte, cf. Pr. 13:14, 14:27, 21:16. En Pr. 15:24 se dice muy claramente: «El camino de la vida es hacia arriba para el prudente; así se aparta del seol abajo». Por desgracia, muchos no tomaron en serio esta sabiduría y murieron de una *innecesaria* muerte prematura. Si hubieran temido a Yahvéh, no hubieran muerto «antes de su tiempo», sino «en buena ancianidad». Ahora bien, se fueron antes de que en su vida amaneciera ese «tiempoapropiado para morir».

Mencionaremos algunos ejemplos.

c. Podían haber vivido más larga vida.

En primer lugar, no es necesario pensar en hombres como Saúl, Aitofel y Judas, quienes se privaron a sí mismos de la vida, pues una persona puede tenerse por muerta de muchas maneras. Nosotros debemos limitarnos únicamente a algunos ejemplos. La lista la puede ampliar uno mismo si lo desea.

La revolución se traga a sus propios hijos.

¡Qué hermoso era el príncipe Absalón! Él fue un ejemplo

conmovedor de alguien que murió «antes de su tiempo». Se convirtió en víctima de su propia sublevación contra su padre, el rey David, 2 S. 15-19. Por otra parte, Absalón no es la única víctima de una revolución mencionada en las Escrituras. Seba, el príncipe Adonías y Simei tuvieron que achacar su prematuro final al mismo mal, 2 S. 20, 1 R. 2. El Reino de las Diez Tribus, en especial, fue azotado por diversasrevoluciones. Un general tras otro asesinaba al rey y asaltaba su trono. Revolucionarios como Zimri y Peka cayeron después de haber asesinado al rey, como víctimas de lo mismo, 1 R. 16, 2 R. 15. Aquellas revoluciones también costaron la vida a sus partidarios.

Los sabios israelitas llamaron la atención acerca de este mal peligroso, y con ello dieron avisos prolongadores de la vida, incluso para nuestro tiempo. Quien, por amor de Dios, se aparta de manifestaciones revolucionarias, puede evitar en muchos países las balas mortales de las metralletas de la policía, y con ello retrasar su entierro, Ro. 13:1-7. Aquí hay un par de consejos con los que podemos prolongar la duración de nuestra vida:

> *«Como rugido de cachorro de león es la ira del rey;*
> *el que lo enfurece peca contra sí mismo»,* Pr. 20:2.

> *«Teme a Yahvéh, hijo mío, y al rey,*
> *y no te juntes con los veleidosos;*
> *porque su desgracia llegará de repente;*
> *y el quebranto que viene de ambos, ¿quién puede saberlo?*
> Pr.24:21-22.

Pecados sexuales.

El príncipe Amnón, hijo de David, deshonró a su hermanastra Tamar. Como consecuencia de aquella necedad fue asesinado por su hermano Absalón, 2 S. 13. Es decir, David tuvo tres hijos -Amnón, Absalón y Adonías- que podían haber vivido por más tiempo si hubieran obedecido el mandamiento de Dios. También hoy en día las relaciones de amor extraconyugales pueden hacer que se encuentre un final prematuro; los periódicos salen a la calle con noticias de éstas casi diariamente. También en estos casos se puede prolongar la vida si se teme al Señor; pues Él prohíbe relaciones triangulares; y quien le obedece en esto queda resguardado del mortal disparo o del

cuchillo de un tercero celoso: «Porque el hombre enfurecido por los celos no perdonará en el día de la venganza», Pr. 6:34.

Embriaguez.

La sabiduría que el temor de Yahvéh concede, también puede alargar la vida preservando de las consecuencias mortales que la embriaguez frecuentemente conlleva. Por el momento dejamos a un lado el hecho de que el mal uso del alcohol puede minar nuestra salud (de esto trataremos después en Pr. 3:7 y 23:29-35). Pero, ¿cuántos no encontraron un final prematuro en discusiones de borrachos, o porque embriagados se pusieron al volante de un coche, con las conocidas y fatales consecuencias que ello acarrea?

En cosas semejantes se puede pensar en los proverbios siguientes:

> *«El temor de Yahvéh aumenta los días,*
> *mas los años de los malvados serán cortados,* Pr. 10:27.
>
> *«Como la justicia conduce a la vida,*
> *así el que sigue el mal lo hace para su muerte»,* Pr. 11:19.
>
> *«La luz de los justos brilla alegremente,*
> *pero se apagará la lámpara de los malvados»,* Pr. 13:9.

Pena de muerte.

A diversos crímenes les impuso Yahvéh en la Toráh la pena de muerte, p.ej., al homicidio, rapto, algunos delitos contra Dios y su pacto mismo, a delitos contra los padres, al adulterio, a diversas formas de incesto, sodomía y bestialidad, cf. Ex. 21-22, Lvs. 20 y 24, Nm. 15, 25 y 35, Dt. 19, 22 y 24. Quien amaba a Dios y no cometía semejantes males, se libraba de la pena de muerte poresas injusticias. Esto es un nuevo ejemplo de la manera en que la sabiduría del temor de Yahvéh podía alargar la vida de alguien. Por otra parte, ¿no se dictó durante siglos en Europa y América la pena de muerte por homicidio y asesinato? Pero quien servía a Dios no terminaba en la horca o en la silla eléctrica por esas maldades, por cuanto no las cometía.

También se puede pensar sobre estas cosas en los proverbios siguientes:

«El camino de la vida es hacia arriba para el prudente;
así se aparta del seol abajo», Pr. 15:24.

«Corona de honra es la vejez
que se encuentra en el camino de la justicia», Pr. 16:31.

«El que guarda el mandamiento guarda su vida,
pero el que menosprecia los caminos de Yahvéh morirá», Pr.19:16.

«Al que maldice a su padre o a su madre
se le apagará su lámpara en la más profunda oscuridad», Pr. 20:20.

«El hombre que se aparta del camino de la sabiduría
vendrá a parar en la compañía de los muertos», Pr. 21:16.

Un asunto delicado.

Por desgracia, también mueren piadosos hijos de Dios que «no llegarán a la mitad de sus días», Sal. 55:23. El hijo de Jeroboam murió joven, y precisamente de él dice la Escritura, que de la casa de Jeroboam solo en él se había hallado alguna cosa buena delante de Yahvéh, Dios de Israel, 1 R. 14:13. Muchos israelitas piadosos se han atormentado con el enigma de la prosperidad y la larga vida de muchos impíos, Sal. 37 y 73. Se trata, pues, de un asunto delicado.

Y lo es especialmente con respecto a aquellos que lloran por seres piadosos que Dios se llevó de esta vida siendo jóvenes. Ya señalamos, al principio de este mismo Capítulo, el hecho de que Salomón enseña aquí en forma de proverbios, y éstos llaman la atención sobre la regla, sin mencionar las excepciones al respecto. Pero, aunque éstas existan realmente, no anulan *la norma* de que el culto a Yahvéh, *en muchos casos,* nos puede preservar de un entierro prematuro.

«Hay *un tiempo* para morir»: la vejez. La Sabiduría ya ha prolongado la vida de muchos hasta ese tiempo. La Necedad ya ha privado a muchos de sus largos días. Precisamente, si Dios, en su insondable sabiduría, no aplicara esa regla, la muerte prematura nos alcanzaría más dolorosamente. ¡Que nos conceda la gracia de inclinarnos bajo su mano y de confiar en su bondad y sabiduría que superan infinitamente las nuestras!

2. La sabiduría nos hace agradables ante Dios y ante los hombres. Proverbios 3:3-4.

¿A quién no le gusta ser apreciado? ¿A quién no le agrada ser querido? El sentimiento de estorbar, de no ser bienvenido o de ser inferior puede minar profundamente la felicidad de nuestra vida. Toda persona quiere ser atractiva de una forma determinada. Pero, ¿cómo se consigue? Los fabricantes de moda y cosmética dicen: 'Mejore su exterior, eso le hará más atractivo'. Sin embargo, los seguidores de Jesucristo no tienen que buscar subelleza en joyas externas, sino en su virtud y buenas obras, 1 Ti. 2:9s. Este es un camino mejor, y Salomón nos dice que en él hallaremos la aprobación de Dios y de los hombres:

> *«Nunca se aparten de ti la misericordia y la verdad:*
> *átalas a tu cuello,*
> *escríbelas en la tabla de tu corazón*
> *y hallarás gracia y buena opinión*
> *ante los ojos de Dios y de los hombres»,* Pr. 3:3-4.

«Misericordia» y «verdad» -también podríamos decir «amor» y «fidelidad». Los conceptos hebreos usados aquí no tienen propiamente palabras castellanas totalmente concordantes; y éstas deben ser leídas como auténticas *palabras del pacto*, pues siempre suenan a *comunión*; ya sea entre Dios y el hombre, ya sea entre el hombre y su prójimo, pero siempre en una u otra *relación*. Por «misericordia» o «amor» también se puede entender *lealtad* o *solidaridad*. Las Sagradas Escrituras no dejan oír aquí ni rastro de una llamada a una compasión vaga y humanista, por la que todo el mundo siente algo, sino que animan a la obediencia al mandamiento central: «Amarás a Yahvéh, tu Dios, con todo tu corazón, con toda tu alma y con toda tu mente». Este es el primero y grande mandamiento. Y el segundo es semejante: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo». De estos dos mandamientos dependen toda la Ley y los Profetas», Mt. 22:37-40.

Sin embargo, por naturaleza, este mandamiento nos interesa tan poco que constantemente corremos el peligro de que el amor y la fidelidad precisamente nos «abandonen». ¡Sencillamente nos olviden! De ahí la enérgica incitación: átalas

a tu cuello como un cordón (en Israel también lo llevaban los hombres, Gn. 38:18, Cnt. 8:6). Esto debía tenerse en cuenta. Y por decirlo de forma más contundente, escríbelas en la tabla de arcilla de tu corazón, pues de él mana la vida, Pr. 4:23. Deja que tu corazón se rija por el amor, y todo tu hacer y dejar de hacer será dominado por amor.De ese modo Dios y los hombres te amarán y verán en ti alguien *«con buen entendimiento»*; al menos como norma, pues también aquí estamos ante un proverbio que, una vez más, no menciona las excepciones. El apóstol Pablo escribe: «*Si es posible,* en cuanto dependa de vosotros, estad en paz con todos los hombres», Ro. 12:18. «Y también todos los que quieren vivir piadosamente en Cristo Jesús *padecerán persecución»,* 2 Ti. 3:12. Pero esto no quita que Salomónnos enseñe una regla que muchos hijos de Dios vieron cumplirse en su vida, como, por ejemplo, José, Samuel y Dorcas.

José lo había grabado en su corazón, como si se dijera: «Debo ser afectuoso en el trato, leal y bondadoso; y eso no sin orden ni concierto, sino constantemente». Esto lo llevó a la práctica. Aunque la mujer de Potifar, «día tras día» trataba de engañarlo, rechazó todo trato con ella, diciendo: «Mi señor no se preocupa conmigo de lo que hay en casa, y ha puesto en mis manos todo lo que tiene,...y ninguna cosa ha reservado sino a ti, por cuanto tú eres su mujer. ¿Cómo, pues, haría yo este gran mal, y pecaría contra Dios?», Gn. 39:8-9. Por esta actitud de «amor y fidelidad», José, el esclavo, se había granjeado el afecto y aprobación de su dueño; y más aún, de Dios, pues Él demostró a José una lealtad recíproca «pues hizo que se ganara el favor del jefe de la cárcel», Gn. 39:21.

Samuel vivió de joven en la corrompida ciudad de Silo, pero se atuvo a cuanto le había enseñado su madre. Amaba al Señor y mostró profundo respeto por Él. Y entonces Dios y los hombres comenzaron a amarlo cada vez más: «Mientras tanto, el joven Samuel iba creciendo y haciéndose grato delante de Dios y delante de los hombres», 1 S. 2:26. Incluso un niño en edad escolar puede ser considerado por Dios con creciente complacencia, si por su parte muestra «amor y fidelidad».

También el amor cristiano de Dorcas se había manifestado en buenas obras. Cuando murió, las viudas, llorando, hicieron ver a Pedro las prendas de vestir con que Dorcas había demostrado su amor y fidelidad, cf. 1 Pe. 3:3-6. Con su com-

portamiento ella conquistó el corazón de los "santos y viudas" en Joppe, Hch.9:36-39. Así pues, ella también siguió a su Maestro, el cual dio el ejemplo más hermoso a propósito de este proverbio. «Y Jesús crecía en sabiduría, en estatura y en gracia para con Dios y los hombres», Lc. 2:52. Más ejemplos en Ec. 10:12, Dn. 1:9, 3:30 y Hch. 2:47.

Proverbios afines:

> *«Una satisfacción es para el hombre hacer misericordia,*
> *y mejor es un pobre que un mentiroso»,* Pr. 19:22.
>
> *«El que ama la pureza del corazón,*
> *con la gracia de sus labios se ganará la amistad del rey»,*
> Pr.22:11.

3. En este mundo, la sabiduría reduce la desdicha, Proverbios 3:5-6.

El pueblo de Dios posee, en las Sagradas Escrituras,un tesoro inmenso de la visión divina referente al estado de cosas en la creación de Dios. Pero, a partir de lo sucedido en el Paraíso, Satanás pone todo de su parte para hacer mentiroso a Dios y tentar a los hombres a desconfiar de la Palabra de Dios y a trastocar sus conceptos. Para ello esparce la semilla de lo que G. Groen van Prinsterer llamó: «Incredulidad y Revolución»[3]. Satanás es el revolucionario consumado, el patriarca revolucionario de todo lo que Dios ha revelado. Sus ideas también han entrado sin cesar en la iglesia de Dios, de manera que también en ella se puede vivir según las nociones incrédulas y tesis engañosas sobre el estado de cosas en la creación de Dios.

Sin embargo, Dios, fiel y misericordioso, conservó siempre un resto de creyentes, tanto en Israel como en la cristiandad.[4] Ellos formaron la línea antirrevolucionaria en la iglesia y en la historia del mundo. También los sabios de Israel pertenecían a esta línea; y describieron el único medio eficaz contra la revolución, de esta manera:

> *«Confía en Yahvéh con todo tu corazón*
> *y no te apoyes en tu propia prudencia.*
> *Reconócelo en todos tus caminos*
> *y él te hará derechas tus veredas»,* Pr. 3:5-6.

¿Cuántos hay en la cristiandad actual que hacen precisamente lo contrario? No confían en Dios y se apoyan en su

propia opinión. Ya se trate de religión o de hacer justicia, de tener hijos y educarlos, del empleo del dinero o de gobernar un pueblo, del vestir o del ejercicio de la ciencia, en todas partes encontramos en la cristiandad al hombre autónomo (2 Ts. 2:5-6), con su actitud de 'yo hago lo que quiero'».

Esto es lo que en círculos calvinistas se entiende por *revolución.* No es sólo una revolución política, como la revolución francesa de 1789, en la que fueron decapitados con la guillotina innumerables ciudadanos. No, por revolución se entendió en los círculos más antiguos «la revolución de manera y modo de pensar, introducida en toda la cristiandad». Revolución es, esencialmente, rebelión contra Dios. Es, precisamente, hacer aquello que Salomón nos prohíbe aquí: apoyarse en la prudencia propia. La Palabra de Dios nos enseña: Dios es Rey y el hombre su virrey, pero la revolución enseña: -¡Hombre, tú mismo eres Rey! La Palabra de Dios nos enseña: La Sagrada Escritura está, como Verdad, por encima de la inteligencia humana, pero la revolución enseña: la inteligencia humana está por encima de la Palabra de Dios.

Groen van Prinsterer tipificó la revolución de esta manera: «La revolución, en relación a la historia del mundo es, en sentido contrario, lo que la Reforma fue para la cristiandad. Así como ésta salvó a Europa de la idolatría, la revolución arrojó el mundo intelectual en el abismo de la incredulidad. Como la Reforma, la revolución se extiende sobre cada faceta de la práctica y de la teoría. Antes había sometimiento a Dios, ahora el principio es la rebelión contra Dios». Esto, para cualquier país, supone: revolución contra el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, el cual ha manifestado su gracia y reconciliación ricamente en muchos países mediante la predicación de su Palabra y la fundación y conservación de su iglesia.

Esta revolución abarca, como se suele decir, toda nuestra vida. Pues igual que Dios en su Palabra exige toda la vida de su pueblo para servirlo, así la revolución también aparta toda la vida de los hombres de la obediencia a Dios. Y esta antigua revolución del Paraíso parece que durante los últimos siglos está ganando cada vez más fuerza dentro de los pueblos cristianizados. «¡Rompamos sus ligaduras!» (Sal. 2:3). Ésta parece ser cada vez más la divisa de la cristiandad bautizada, la cual ciertamente ha sido elevada durante siglos hasta el cielo por el Espíritu de Dios, pero que ahora rechaza los lazos

del pacto de Dios y rompe el yugo de sus mandamientos.[5] ¡Para su inmensa desdicha propia!

Esto es así porque, en cuanto aDios, la visión sobre el bien y el mal, reconciliación y santificación, justicia e injusticia, dinero y bienes, sabiduría y corrección, jóvenes y mayores, trabajo y descanso, fidelidad y lealtad, todo está dirigido hacia *nuestro bienestar.* Todo cuanto Dios prescribe es bueno para nosotros, vivificante, gozoso y reconfortante. Pero todo cuanto Satanás nos promete, conduce al mundo a la ruina, pone el mal espíritu en iglesia y Estado, lleva a la sociedad a la corrupción, desata los lazos del matrimonio y de la familia, arrebata a la autoridad su espada y corta de raíz el derecho. «Ese mal espíritu también existe actualmente» -según Groen van Prinsterer- «está ahí: en la iglesia, en la política y en la ciencia; es una batalla general y santa sobre el único gran interrogante respecto al sometimiento incondicional a la Ley de Dios».

El único remedio eficaz contra esta revolución universal se encuentra resumido en algunas líneas en el proverbio citado anteriormente: *«Confía en Dios, no te apoyes en tu propia prudencia y reconócelo en todos tus caminos».* De hecho, estos tres mandamientos vienen a decir lo mismo. Conocer al Señor. Esto es: confiar en Él, someter los propios puntos de vista a su Palabra, amarlo, mostrarle respeto santo y vivir humildemente con Él. La palabra «conocer» también fue usada por la antigua diplomacia de Oriente Medio para indicar la lealtad de un vasallo para con su gran rey, y viceversa[6]. Entonces no nos apoyamos por más tiempo en nuestros propios criterios revolucionarios acerca de la realidad de la creación de Dios, sino que creemos con todo nuestro corazón que la Palabra de Dios nos da los criterios exactos y ciertos al respecto.

Todo conocimiento sobre toda la creación de Dios se convierte para nosotros, en primer lugar, en un asunto de fe o fiarse de Dios, y todos los criterios revolucionarios de los hijos de este mundo, en un asunto de profunda desconfianza. De este modo, nos convertimos, literalmente en todos los terrenos de la vida, en antirrevolucionarios en el sentido profundo y amplio de la palabra: adversarios principales de toda revolución contra Dios. Tampoco el conocimiento científico es jamás autónomo, ni siquiera neutral para el científico creyente, sino un asunto de sometimiento por fe a la autoridad del Dios soberano, cf. Cap. 4, 6.

También en este punto vio Salomón una recompensa ligada al temor del Señor: *«y Él hará derechas tus veredas».* Esta es una auténtica imagen oriental de la antigüedad. Allí no conocían esas veredas llanas que nosotros tenemos. Los caminosestaban sembrados de piedras, de forma quese andaba por él con más dificultad que nosotros sobre nuestras bonitas aceras. Así pues, allanar un camino significa tanto como retirar piedras, hacerlo transitable. Lo que Dios nos promete aquí es esto: Si me reconocéis en todos vuestros caminos, Yo haré que caminéis más fácilmente.

Aquí tenemos una variación del tema fundamental de Proverbios: quien se atiene a los mandamientos de Dios, comprueba que sus males quedan más amortiguados en esta vida miserable. Así seremos antirrevolucionarios, en el sentido amplio de la palabra, en nuestra vida personal y también en nuestro hogar, iglesia, Estado y sociedad. Sólo necesitamos escuchar a nuestro Creador; cumplir sus mandamientos y ordenanzas manifestados en la Escritura y en la Creación. No es que vaya a descender el paraíso por ello,pero sí es la mejor actitud de vida que, en este mundo pecador, ofrece la menor miseria; así como también en el terreno de nuestra salud, como nos enseñan los proverbios siguientes. Recuérdense los Caps. 4 y 6.

4. La sabiduría beneficia la salud. Proverbios 3:7-8.

¿Nos hemos parado alguna vez a pensar que el temor de Dios es también muy favorable para nuestra salud? ¿Y que es bueno para el corazón y la circulación de la sangre, y beneficioso para el estómago y los nervios? ¿O pensamos involuntariamente, cuando se trata del temor de Yahvéh, que sólo se refiere a cosas religiosas, como orar, leer la Biblia, ir a la iglesia, etc.?[7] Por ello es provechoso que Salomón, en su Manual de Proverbios, llame la atención sobre este fruto de la sabiduría. Una vida ferviente conforme a los mandamientos de Dios, nos puede hacer bien, *incluso en lo corporal.*

Leamos Proverbios 3:7-8:

> *«No seas sabio en tu propia opinión,*
> *sino teme a Yahvéh y apártate del mal,*
> *porque esto será medicina para tus músculos*
> *y refrigerio para tus huesos».*

a. Para evitar malentendidos.

Resulta un asunto delicado llegar a decir: El temor de Yahvéh puede prolongar tu vida, Pr. 3:1-2, cf. Cap. 7, 1.También aquí surge la pregunta: ¿Pero siempre ocurre eso? ¿Van de la mano *siempre* y para*todos* la fe en Dios y una buena salud? A lo cual, la respuesta debe ser: ¡Desgraciadamente, no! Muchos piadosos murieron demasiado jóvenes, al menos según nuestro criterio. Y muchos piadosos sufren toda la vida con una mala salud. Ahora bien, ¿significa esto que, consecuentemente, no ha habido temor deDios? Esta pregunta podría acarrear grandes vejaciones a enfermos creyentes; y con el fin de evitárselo, consideremos primero, lo siguiente.

Ciertos "sanadores" por medio de la oración se atreven a afirmar que algunos enfermos no sanaron porque no tenían fe verdadera. Pero la Sagrada Escritura nos habla de otra manera y, por ejemplo, acerca de Job testifica: «Era un hombre perfecto y recto, temeroso de Dios y apartado del mal», Job. 1:1. Aquí tenemos, pues, alguien que literalmente hizo lo que el proverbio anterior ordena: «Teme a Yahvéh y apártate del mal»; pero aquel hombre, a pesar de ello, se encontraba, de la cabeza a los pies, lleno de úlceras, Job 2:7-8. Y también dijo el Señor Jesús del ciego de nacimiento: «No es que pecó éste, ni sus padres», Jn. 9:3. Sin embargo, aquel hombre nunca había podido ver desde su nacimiento. Estos ejemplos se podrían multiplicar fácilmente. Pero las experiencias de Job y del ciego de nacimiento ya pueden evitar, a los enfermos crónicos que sinceramente aman a Dios, esta pregunta atormentadora: -»Yo que estoy enfermo hace tanto tiempo, ¿creo verdaderamente?»

Con más razón se verán libres de esa tortura si una vez más se tiene en cuenta la forma en que aquí se nos enseña, a saber: *en la forma de un proverbio*. Esto no podemos repetirlo en cada proverbio, pero en este delicado asunto queremos señalar lo que escribimos en el Cap. 1, 6 sobre la forma de expresión, a veces algo radical, del *mashal*. Como es natural, Salomón también conoció personas que sufrían como Job y el ciego de nacimiento; hermanos temerosos de Dios que, no obstante, padecieron debido a una salud minada. Pero esos casos tristes los dejó sin mencionar en este pasaje (para ello el Espíritu de Dios nos dio el libro de Job). Salomón quiso indicar aquí la verdad de que el temor del Señor también hace

bien a nuestra salud, con lo cual dio una regla cuya verdad muchos han experimentado en su propio cuerpo. Pero con ello, a quienesson una excepción al respecto, no quiso imponer la conclusión siguiente: -'Yo estoy enfermo, *luego* no he temido a Dios'. Conociendo la típica forma de expresión del proverbio, los enfermos creyentes pueden evitar eso. Además, vivimos en un mundo deteriorado en el que también se puede decir de los justos: «Polvo eres y al polvo volverás», Gn. 3:19. Este juicio general y humano lo cumple Dios diariamente usando toda clase de enfermedades como causa de muerte. Las enfermedades seguirán llevando al sepulcro a mucha gente hasta el Ultimo Día, incluyendo a los propios hijos de Dios.

b. Salud y obediencia.

Sin quitar nada de lo dicho anteriormente, la Palabra de Dios nos enseña muy claramente, por otra parte,que existe una relación causal entre el temor de Yahvéh y nuestra salud o entre pecado y enfermedad.

En la Toráh, Yahvéh enseñaba que el grado de salud de Israel dependería de la medida de su obediencia a los mandamientos de Dios. Yahvéh *prometía:* «Si escuchas atentamente la voz de Yahvéh, tu Dios, ...y haces lo recto delante de sus ojos,... ninguna de las enfermedades que envié sobre los egipcios traeré sobre ti, porque yo soy Yahvéh, tu sanador», Ex. 15:26. Pero también *amenazó* con toda clase de enfermedades graves y constantes en caso de que no se cumplieran los mandamientos y los estatutos de Dios, cf. Lvs. 26:25, Dt. 28:20-21, 27, 35, 60. Fijémonos bien: Yahvéh lo prometió y con ello advirtió a Israel *como pueblo.* En este contexto habló sobre la peste (todo tipo de epidemias), tisis, fiebre de Malta, exantema, úlceras incurables, inflamaciones, erupciones, demencia, ceguera y enajenación mental. Mediante todo esto Yahvéh recordaba a su pueblo por anticipado que tenía el poder de establecer una relación entre el rechazo de Yahvéh y la enfermedad; o entre la obediencia del pueblo y la salud del pueblo.

¿Acaso la cristiandad no ha experimentado la verdad de la amenaza antes mencionada cuando la Europa que abandonó el pacto de Dios fue sacudida por las epidemias del cólera y la peste? «Durante la 'muerte negra' 1348-1351, grandes extensiones de muchos países quedaron despobladas. Por todas

partes se encontraba lo que se llama «finca abandonada»; toda la familia de labradores había muerto, mientras el ganado deambulaba abandonado. En algunos países murió hasta 3/5 partes de la población. Estos y otros hechos más recientes de la historia europea se pueden considerar realmente como *juicios de Dios.* El Señor sigue estando en situación de poder relacionar pecado con enfermedad y obediencia con salud.

Por lo demás, el pecado en cuanto tal ¿no pone en peligro nuestra salud?

Esto nos vuelve a llevar al libro de Proverbios.

c. Salud y sabiduría.

También Proverbios, que, por supuesto, es un Manual en el tema del temor de Yahvéh, se ocupa de la relación entre pecado y enfermedad. Como es natural, aquí no debemos esperar consideraciones científicas según los conceptos de la medicina moderna. La Sagrada Escritura no es un libro de ciencia –la Biblia está incluso por encima de ésta- y los autores de los proverbios no eran médicos, sino sabios que daban lecciones vitales del temor de Dios. Y de ello podemos aún aprender lo que es saludable para nuestra salud. El médico moderno deberá reconocer con admiración de más de un proverbio: '¡Formidable consejo para la salud![8] ¿Qué es lo que hace alguien que teme a Dios? Bien, el que teme a Dios es tan sabio que respeta los principios que Él ha revelado en las Escrituras y en la creación, cf. cap. 4, 3 y 4. Y todas esas ordenanzas son igualmente buenas para nosotros, pues han sido establecidas por el Dios de la vida, el cual nada prefiere más que dar la vida a su pueblo. En la Ley leemos con frecuencia que Él dio sus ordenanzas a Israel, "para que vivas", para que "os vaya bien...", Dt. 5:33, cf. 4:1, 8:1, 16:20, 30:16 y 19, Lvs. 18:5. Y con ello el Señor no sólo aludía a lo que nosotros llamamos "la vida espiritual", sino que se refería a toda la vida de los israelitas, su salud incluida[9].Esto último no tiene por qué asombrarnos. El Dios y Padre que nos ha hecho criaturas corporales ¿no se había de interesar de nuestro bienestar corporal? Y además, también nos ha prometido "la salvación de nuestro cuerpo", Ro. 8:23, cf. 1 Co. 15:35-49, Flp. 3:21. Y mientras esto es música para el porvenir, Él nos enseña en su Palabra cuál es la mejor actitud

de vida para soportar cualquier miseria en este mundo deteriorado; incluso en el campo de la salud. ¡Y podemos contar con que sus disposiciones en la Escritura y en la creación son saludables! El mismo que nos creó y sopló en nuestra nariz el aliento de vida (Gn. 2:7), ¿no sabrá qué es lo mejor y lo peor para nuestro corazón y sistema nervioso, nuestro estómago y entrañas, nuestra capacidad de trabajo y descanso?

Esto quería decir Salomón, cuando enseñó: *«Teme a Yahvéh y apártate del mal, porque esto será medicina para tus músculos y refrigerio para tus huesos»;* y lo mismo cuando a sus propios mandamientos llamó *«vida»*, *«para los que los hallan y medicina para todo su cuerpo»,* Pr. 4:22. Los poetas/autores de proverbios entendieron profundamente que el pecado también hace daño al hombre. El pecado puede hacer enfermar; así como el huir del mal puede ser medicina para el cuerpo (para el corazón y la circulación sanguínea, para el sistema nervioso y las entrañas, etc.).

El hombre que en Pr. 5:11 se queja de que su carne y cuerpo, como consecuencia de una enfermedad venérea, están consumidos por el contacto con una mujer extraña, tenía que achacar su mal claramente a su conducta. (Aquí tenemos, pues, un caso en que realmente tiene sentido preguntarse: 'Estoy enfermo, ¿es esto quizá la consecuencia de un pecado determinado?').

Nos llevaría muy lejos seguir ilustrando la relación entre salud y sabiduría. Esto es lo que se hace, de diversas maneras, en Proverbios, Capítulos del 10 al 30. En ellos encontramos diversos proverbios que directamente tratan la relación entre el temor a Yahvéh y nuestra salud. *«El corazón apacible es vida para la carne; la envidia es carcoma de los huesos»,* (Pr. 14:30) es uno de ellos. Otros no hablan directamente de esta relación, pero en sus consejos yace ciertamente el fomento de nuestra salud. A este respecto, se puede pensar en los proverbios que avisan contra el uso excesivo del alcohol, como también en las palabras que encarecen la disciplina. Una vida desarreglada puede causar daño a nuestra salud de muchas maneras.

No podemos tratar todos y cada uno de los proverbios; y, en todos los que tratemos, no siempre podemos llamar la atención sobre este aspecto de la sabiduría. Uno encuentra ejemplos en Pr. 11:17, 12:25, 13:12, 14:30, 15:13, 15:15, 15:17,

16:24, 17:22, 18:1, 19:11, 25:16, 29:15. En cualquier caso, Salomón nos hace fijar la atención en este aspecto importante de la sabiduría. Cada lector se puedefijar además en otros proverbios que no pudimos tratar. El temor de Yahvéh vale para todos estos aspectos y ¡también puede ser bueno para la salud!

5. La sabiduría aumenta los bienes. Proverbios 3:9-10.

En el temor de Yahvéh hay también rica recompensa respecto a nuestros bienes materiales. Esta es la quinta razón de por qué Proverbios 3 nos indica que sea tan sabio temer a Yahvéh. Moisés ya se refirió a la lluvia de bendición que Yahvéh prometió si Israel cumplía sus mandamientos: «Bendito serás tú en la ciudad y bendito en el campo… Benditas serán tu canasta y tu artesa… Yahvéh enviará su bendición sobre tus graneros y sobre todo aquello en que pongas tus manos… Prestarás a muchas naciones, y tú no pedirás prestado...», Dt. 28:1-14, cf. Lvs. 26:3-13. También los profetas, desde Josué a Malaquías, anunciaron que Dios es quien puede dar o quitar el bienestar. Él puede enviar lluvia para que produzca los frutos; pero también puede enviar al devorador (Mal. 3;11) que echa a perder la cosecha (o roe el valor del dinero).

El eco de esta enseñanza de Moisés y los Profetas resuena también en Proverbios. Este libro contiene saludable sabiduría para la vida económica, y aquí el ABC es el mismo: teme al Señor cuando gastas dinero. Pr. 3:9-10 nos presenta toda la sabiduría proverbial financiera con este consejo: *¡Da al Señor y Élte dará a ti!* Este es el principio fundamental del trato inteligente con el dinero y los bienes. En el Reino de Dios, dar es recibir, y repartir recibir aún más:

> *«Honra a Yahvéh con tus bienes*
> *y con las primicias de tus frutos;*
> *entonces tus graneros estarán colmados con abundancia*
> *y tus lagares rebosarán de mosto»,* Pr. 3:9-10.

Era tiempo de cosecha. El israelita había recolectado, una vez más, trigo y cebada nuevos. Las uvas y aceitunas estaban recogidas, en la dehesa pastaban nuevamente terneros y corderos, y en la bodega volvía a haber comida y bebida para meses. ¿Qué se debía hacer allí en primer lugar? ¡Reconocer los derechos de Yahvéh! Para ello, el israelita de-

bía tomar una cesta y llenarla con frutosdel campo -trigo, cebada, uvas y aceitunas- y llevarlos al santuario más cercano, donde un sacerdote debía tomar la cesta y colocarla delante del altar de Yahvéh. Luego, el labrador debía declarar: « Un arameoa punto de perecer fue mi padre, el cual descendió a Egipto y habitó allí con unos pocos hombres. Allí creció y llegó a ser una nación grande, fuerte y numerosa. Los egipcios nos maltrataron, nos afligieron y nos impusieron una dura servidumbre. Entonces clamamos a Yahvéh, el Dios de nuestros padres, y Yahvéh oyó nuestra voz y vio nuestra aflicción, nuestro trabajo y nuestra opresión. Yahvéh nos sacó de Egipto con mano fuerte, con brazo extendido, con grande espanto, con señales y milagros; nos trajo a este lugar y nos dio esta tierra, tierra que fluye leche y miel. Y ahora, Yahvéh, he traído las primicias del fruto de la tierra que me diste». Después, debía inclinarse profundamente ante Yahvéh y entonces podía ponerse de pie, ofrecer un banquete y preguntar al levita y al extranjero allí mismo: -'¿Puedo invitaros a mi banquete? Dios ha sido bueno conmigo y quiero haceros partícipes», Dt. 26:1-11.

En la Toráh se habla siete veces acerca de esa ofrenda de las primicias siete veces como una disposición divina a Israel, cf. Lvs. 23; Nm. 15:17-21, 18:12-19; Dt. 14:23, 18:4. El labrador no venía, pues, con su cesta de frutos a ofrecer a Yahvéh un pequeño regalo que igualmente podía haber guardado para sí mismo, sino que se presentaba en aquel santuario para reconocer el *derecho* de Yahvéh como Dios y Salvador de Israel. «Porque la tierra es mía», Lv. 25:23. Y, consecuentemente, ¡también toda la producción de la misma! Esto lo reconocía el israelita con sus primicias: -'Vengo ahora con una *cesta* llena de frutos, pero realmente *toda la cosecha* es tuya. Tú eres el Dueño de la tierra, sí, mi Gran Señor, a quien debo pagar tributo'. Yahvéh tenía derecho, sin más, a estas primicias. Primero, como Dios de Israel, pero aun más como su Salvador. Esto se ponía de manifiesto por la confesión que el labrador hacía al presentar su cesta de frutos. El fundamento de toda su dicha descansaba en la salvación incomparable de la esclavitud en Egipto. Sin la intervención de Yahvéh, Israel habría perecido.

Este era el ABC de la Toráh para la vida económica de Israel: ¡Primero, reconocer los derechos de Yahvéh! A esto se atenían los sabios: *«Honra a Yahvéh con tus bienes»,* es decir, *«con las primicias de todos tus bienes».* En lugar de «primicias»,

también podemos leer: lo primero, o lo mejor, o lo más pingüe de todas tus riquezas o ingresos. A este respecto, las Sagradas Escrituras también hablan de los diezmos. En cualquier caso, se trataba de *la mejor parte* de la hacienda y de aquello que *primeramente* se apartaba antes de que se pensase en otros gastos. Porque Yahvéh tenía derecho a ello y porque *su* derecho precedía al de ningún otro.

Cuando Israel, en tiempos de Malaquías, se desentendió de los diezmos de Yahvéh, el profeta preguntó: «¿Robará el hombre a Dios?» Y entonces Yahvéh desafió a su pueblo: «Traed todos los diezmos al alfolí... Probadme ahora en esto...a ver si no abro las ventanas de los cielos y derramo sobre vosotros bendición hasta que sobreabunde», Mal. 3:10. ¡Esto fue por un momento una prueba *de fe* por una prueba *de Dios!* Pr. 3:10 da la misma promesa: «Entonces tus graneros estarán colmados con abundancia y tus lagares rebosarán de mosto».

Actualmente ya no vivimos bajo el Pacto de Horeb, con sus altares, sacerdotes y primicias prescritas. Sin embargo, esto no significa que la medida de la obediencia haya sido rebajada. Al contrario, ¡precisamente ha sido agrandada! Si Dios ya esperaba de Israel las primicias, lo mejor de su riqueza, entonces Él pide de nosotros aún mayor reconocimiento de ese derecho, Mt. 5:20, 23:23. «Buscad primeramente el reino de Dios», dijo el Señor Jesús, Mt. 6:33. A esto también pertenece el reconocimiento de su derecho real sobre todas nuestras posesiones. No se le puede despedir a Él y a su culto con una propina, sino que se le da *lo primero,* lo *mejor,* lo *más pingüe* de las ganancias. Porque la tierra y toda su plenitud son de Él, Sal. 24:1; y porque nosotros también podríamos reconocer: -'Mis antepasados fueron unos paganos que tenían miedo de la tormenta y del grito de las aves salvajes. Pero Tú, mediante tu Palabra y Espíritu, nos has llamado de esas tinieblas a tu luz admirable (1 Pe. 2:9). Por lo cual, lo mejor que poseo es para ti. Pues todo es tuyo, y de lo recibido de tu mano te damos', (1 Cr. 29:14).

Así pues, el Manual de Proverbios ha puesto bajo nuestra consideración el principio fundamental de su sabiduría económica y financiera. *«¡Primero reconocer los derechos del Señor, y entonces ya verás!»* De este principio parten todos los proverbios sobre asistencia pública y empleo del dinero. Quien

lo aplica descubrirá que este es el método más cierto y seguro para llegar al bienestar. Y la mejor manera para hacer mucho de poco.

6. La sabiduría enseña a humillarse bajo el castigo de Dios, Proverbios 3:11-12.

La sabiduría de una vida piadosa también consiste en que sepamos encontrar la actitud adecuada ante la disciplina que Dios nos hace sentir a lo largo de la vida. ¡Dichoso una vez más el hombre que teme a Dios! Tal hombre o mujer sabe humillarse bajo los castigos y correcciones de Dios, y cree que en ello predomina el amor de su Padre celestial, y que Dios no quiere afligirlo con sus castigos, sino salvarlo para su Reino. Esta es la sexta razón por la que Salomón nos aconseja temer al Señor en Pr. 3:11-12:

> *«No menosprecies, hijo mío, el castigo de Yahvéh,*
> *no te canses de que él te corrija,*
> *porque Yahvéh al que ama castiga,*
> *como el padre al hijo a quien quiere.»*

a. La disciplina de Yahvéh.

Cuando Dios nos somete a su disciplina, ¿qué hace Él propiamente? Hemos conocido muchos cristianos que piensan exclusivamente en *el castigo,* y por ella entienden todo el padecimiento que una persona ha desoportar en su vida. Pero, ¿es eso correcto? ¿Queda totalmente explicada la corrección de Dios por el castigo? ¿Y tiene todo sufrimiento en la vida de los hijos de Dios el carácter de un castigo paternal, de modo que en toda pena y dolor deben decir: -'Ay, el Señor me castiga porque Él me ama'? A propósito de esto, a veces, escuchamos esta matización: 'Al menos, ahora sé que Él me ama'. Pero, ¿debemos hablar así de la *corrección* de Dios? Esto no nos parece del todo justo.

Para empezar, la palabra *corrección* abarca más que sólo la idea de castigo. El mismo libro de Proverbios sirve entre otras cosas «para aprender disciplina», Pr. 1:2, cf. pág. 60 y ss. Es claro que con ello no podemos pensar sólo en el palo y la paliza, pues esos no se reparten por escrito. Los autores de proverbios entendieron por disciplina la *dirección au-*

torizada que Dios nos da de múltiples formas. Para ello, Él usaprimero a nuestros padres, temerosos de Dios, y posteriormente a todo tipo de maestros. Por medio de ellos, Dios nos hizo *aprender* amigablemente. Para ello, no prescindió en modo alguno de nuestra propia inteligencia y parecer, sino que los relacionó constantemente. A este respecto, Proverbios explica por qué esto es bueno y aquello malo.

Además, a la «disciplina de Yahvéh» pertenece también *la amonestación* cuando vamos contra su dirección; y *la reprensión* cuando no tomamos en serio aquélla. Asimismo actúa por medio de su Palabra y por la de aquellos que nos exhortan. Si no las escuchamos o caemos gravemente, entonces Dios puede *castigarnos.* Todo esto -enseñanza, amonestación, reprensión y corrección- es lo que tiene en cuenta Proverbios cuando habla de *«el castigo de Yahvéh».*

«No desprecies, hijo mío» ese castigo, dice Salomón en el proverbio antes citado. Sin embargo, leámoslo bien en su contexto; es decir, sabiendo que se halla en el Manual de Proverbios; y ese Manual señala, como ya vimos, la gran bendición que la sabiduría de *este libro* (Pr. 10-31) puede divulgar. ¿En «el castigo de Yahvéh» (Pr. 3:11) no deberíamos, pues, pensar primeramente en la doctrina, las amonestaciones y las instrucciones del mismo libro de Proverbios?

¡Quépoderoso documento de divina disciplina contiene este libro!

¡Pero uno debe quererse humillar bajo él! ¿Alguien tiene una debilidad por las bebidas alcohólicas? ¡Que no se rebele si Proverbios le previene del exceso del uso del vino! ¿Otro cae fácilmente bajo la tentación de una mujer extraña? Que no se encoja de hombros cuando Proverbios 5-7 pinta la corrupción que se puede contraer por el adulterio. ¡También todo eso es castigo de Yahvéh! No mediante la corrección inmediata, sino primero por la enseñanza y la amonestación. Dichoso aquel que teme a Yahvéh y por ello es tan sabio que tiene suficiente con su castigo por medio de las palabras.

Pero, cuando el pueblo de Dios, o uno de sus miembros, no quiso *oír* su disciplina por medio de las palabras, Dios hizo que la *sintieran*. Entonces Él acrecentó la fuerza de su disciplina por palabras mediante una corrección palpable. La cuestión consiste sólo en qué debemos entender por ella.

¿Debemos considerar todo esfuerzo y sufrimiento sin más como una corrección paternal? ¿O también se puede llegar a decir equivocadamente: «Yahvéh castiga a quien ama»? Es necesario y aclaratorio distinguir exactamente este tema en particular.

b. No todo sufrimiento es, sin más, una corrección de Dios.

Todo sufrimiento en la tierra es consecuencia del pecado (cf. Gn. 3:16-19), pero no todas las consecuencias del pecado deben servir para castigarnos personalmente. También hay un sufrir «sin causa» (Sal. 25:3, 35:7); no porque abandonamos a Dios, sino precisamente porque lo mantenemos. El Salmo 44 llama a eso: sufrir *«por causa de ti»,* vs. 22. Y el apóstol Pedro habla de sufrir, no como malhechores, sino «por causa de la justicia», 1 Pe. 3:14, 4:15. A ese sufrimiento lo llamó el Señor Jesús «tomar su cruz», Mt. 16:24, cf. Jn. 15:18, 16:33.[10] Por eso ya no se puede decir que todo sufrimiento signifique una corrección paternal a causa de nuestro pecado.

Además, las Sagradas Escrituras hablan también de un sufrir mediante el cual Dios no castiga en realidad nuestros pecados, sino queprueba nuestra fe para purificarnos, Sal. 66:9-10, 119:67, Stg. 1:2-3, 12-18, 1 P. 1:6-7. Y del ciego de nacimiento dijo el Señor Jesús: «No es que pecó éste, ni sus padres, sino para que las obras de Dios se manifiesten en él», Jn. 9:3. Así el padecimiento de Job sirvió para honor de Dios, Job 1:9-12. Yahvéh fue por ello justificado frente a Satanás. Nuestra paciencia, tolerancia y firmeza se encuadra en esos sufrimientos sin causa, por la justicia y honor de Dios.Entonces el poder de Dios se manifiesta en nuestra debilidad, cf. 2 Co. 12:9. Todo ese sufrimiento recibirá un día su justa recompensa, Stg. 5:7-11, Ro. 8:17.

Aún hay una razón más por la cual no nos atreveríamos a llamar *corrección* paternal a todo sufrimiento. Salomón compara aquí la forma de actuar de Dios con la de nuestro padre terrenal. Ambas encajan como corrección en la educación de sus hijos, pero entonces ¿no debe haber una *razón* para ello? ¿Qué padre normal pega un buen azote sin razón a su hijo? Así pues, tampoco se puede afirmar esto de nuestro Padre celestial. Cuando castigó a su pueblo o a uno de sus hijos, siempre lo hizo *por causa de sus pecados,* cf. Lv. 26:14-15, Dt. 28:15;

y así se ve en todas partes en los libros proféticos. También sucede esto en el caso en cuestión de Pr. 3:11, pues ahí se trata de *la corrección por causa del pecado.* Esto se manifiesta suficientemente en la posterior explicación que Heb. 12:4-11 hace de este proverbio.

Las Escrituras contienen muchos ejemplos de correcciones semejantes. Todos los libros proféticos, desde Josué hasta Malaquías, dejan ver los duros golpes con que el Señor castigó a su pueblo desobediente. En esto nada ha cambiado con la llegada del Nuevo Pacto. El apóstol Pablo vio realmente una causa en los muchos casos de muerte en la iglesia de Corinto, 1 Co. 11:30. Dios también castiga individualmente a sus hijos. La anciana Miriam cayó leprosa, porque murmuró contra Moisés, su hermano, Nm. 12. Moisés mismo no pudo pisar el país prometido, porque no había santificado al Señor, Nm. 20. David perdió cuatro hijos, y vivió el adulterio de tres de ellos, porque mató a Urías y había cometido adulterio con la mujer de éste, 2 S. 12. En el Salmo 6 David pide la curación de la enfermedad en la que notó el castigo de Dios, vs. 1. A Jeroboam se le quedó paralizada la mano, porque hizo pecar a Israel, 1 R. 13:4.

c. No menospreciar, sino obedecer.

¿Cómo debemos comportarnos ahora bajo la mano castigadora y correctora de Dios? No como Israel hizo tan frecuentemente. Cuando el Señor lo castigó por sus pecados, no sintió pena alguna. En lugar de humillarse bajo la mano poderosa de Dios (1 Pe. 5:6), se endureció.[11] Así se puede también reaccionar a los castigos de Dios. Permaneciendo en pie, entero. Sin querer saber nada de vergüenza ni de humillación alguna. Disculpando el pecado; o amparándose en maniobras de descarga doctamente revestidas y afirmando, "que la relación entre pecado y castigo está bastante controvertida teológicamente y que, en consecuencia, debemos ser muy prudentes con ello". Como si Amós 3:6 no hablara suficientemente claro al respecto. Así la humillación se diluye y los castigos de Dios son considerados un "problema", sobre el cual casi siempre podemos teologizar. Entonces, con esos castigos tampoco somos "ejercitados" (He. 12:11), para humillarnos bajo la mano de Dios, y romper con el mal.

Proverbios quiere educar a sus lectores en ese sentido.

Aquellos que siguieron el consejo de Salomón, comenzaron siempre por examinar sus caminos ante una desdicha inusual, para ver si existía o no *alguna causa* para su desgracia. Job lo hizo, y llegó a esta conclusión: «Yo he hecho con mis manos, pies, ojos, oídos y corazón lo que Yahvéh me había mandado y no he hecho lo que me había prohibido», Job 31. Y el Espíritu de Dios testifica que Job decía la verdad, Job 1. Aquellos que sufren «sin causa», «por causa de ti», como la iglesia del Salmo 44, pueden llegar a la misma profesión de fe: -'No sé por qué sufro. Quizá por el honor de Dios o por mi fidelidad a Él. No preciso solucionar el problema de este sufrir. Pero, no es por causa de mi injusticia, porque en ese caso ya habría abandonado a Dios, Sal. 26.[12] ¡Qué hermoso si los sufridos hijos de Dios pueden confesar eso!

Sin embargo, también es posible que no puedan decir esto. Entonces deben poder *precisar por sí mismos* si determinado sufrimiento les sobreviene como un castigo paternal. Así aceptó David una grave enfermedad como un castigo divino, Sal. 6:2, cf. Job 33:16-18. Si nosotros debemos llegar a esa conclusión, que el dicho de Salomón nos indique el camino: Es el amor, hijo mío, lo que te castiga. Entonces, que el temor de Yahvéh pueda llevarnos a no despreciar el castigo, sino a aceptarlo humildemente. Agradecidos de que Dios, en su amor, no quiso dejarnos de lado; y que podamos creer que ello sucede «... para lo que nos es provechoso, para que participemos de su santidad. Es verdad que ninguna disciplina al presente parece ser causa de gozo, sino de tristeza; pero después da fruto apacible de justicia a los que por medio de ella han sido ejercitados», Heb. 12:10-11. Justicia, porque entonces andamos humildemente con Yahvéh, nuestro Dios, y tranquilamente porque volvemos a encontrar la paz con Dios.

7. La sabiduría es más valiosa que las piedras preciosas, Proverbios 3:13-15.

Ciertos cristianos con ideas gnósticas desdeñan los bienes terrenales, pero no así la Sagrada Escritura. El apóstol Pablo escribía: «Todo lo que Dios creó es bueno y nada es de desecharse, si se toma con acción de gracias», 1 Ti. 4:4. Dios bendijo a Abraham, Isaac y Jacob, y a otros muchos justos,

con riquezas de posesiones terrenales, Pr. 22:4. No obstante, quien opina que el dinero y los bienes procuran al ser humano la mayor dicha, se equivoca lastimosamente. Eso se prueba en cuanto se ha encontrado la sabiduría, el conocimiento salvador de Dios y su Cristo y la vida en su Palabra, Fil. 3:8. En este aspecto, ¿quién podía hablar con mayor experiencia que Salomón, que era a la vez rico ymuy sabio? Y, aun con todo su oro y plata, sabía muy bien lo siguiente:

> *«¡Bienaventurado el hombre que halla la sabiduría*
> *y obtiene la inteligencia,*
> *porque su ganancia es más que la ganancia de la plata,*
> *sus beneficios más que los del oro fino!*
> *Más preciosa es que las piedras preciosas:*
> *¡nada que puedas desear se puede comparar con ella!*

Salomón llega aquí con una auténtica bienaventuranza: «¡Dichoso el sabio de corazón, pues suya es la más grande riqueza!» Esta es la perla más valiosa del mundo, Mt. 13:45-46. Quien la posee es mucho más rico que un millonario que no la tiene. Incluso para él es impagable. Un proverbio del Talmud dice: -»Si careces de sabiduría, ¿qué tienes? Si tienes sabiduría, ¿qué te falta?» El oro y la plata, el más costoso diamante y la perla más preciosa se hunden, con todo su valor, en la nada, Job 28:15-19, cf. Pr. 16:16: «Mejor es adquirir sabiduría que oro fino, y adquirir inteligencia vale más que la plata.»

Esta es la séptima razón por la que Proverbios 3 recomienda la lectura de este libro de la Biblia. Proverbios te enseña a temer a Yahvéh y a acomodarte a su sabio gobierno; en ello hay más que en todas las joyas de la corona inglesa. Cierto, quien posee dinero puede invertirlo a un tanto por ciento de renta, y con las riquezas se puede obtener ganancia. Pero nadie obtiene ganancias tan inmensas como quien encontró la sabiduría. Esto nos lo hace ver este libro en cientos de proverbios. ¡Oh, qué dicha la de semejante persona! Su capital le proporciona inmensa ganancia. En una palabra: ¡La Vida!, Pr. 14:27, 19:23.

8. La sabiduría concede riquezas y honra, Proverbios 3:16.

Naturalmente, los sabios también tuvieron en cuenta *los peligros* de las riquezas. Más de una vez avisan acerca de ello,

Pr. 11:16, 14:20, 18:23, 23:4, 30:7-9, cf. Mt. 19:23; 1 Ti. 6:9. ¿Pero no condenaron con eso *toda posesión* de riquezas terrenales? Al contrario, en ello también observaron la bendición del Señor sobre la conducta de alguien que agradaba a Dios, pues de otro modo Salomón no hubiera puesto en boca de Doña Sabiduría las palabras que encontramos en Pr. 8:21: «Para hacer que los que me aman tengan su heredad y que yo llene sus tesoros», véase también 22:4. Y aquí, en Pr. 3:16, hace una declaración parecida:

> *«Larga vida hay en su mano derecha,*
> *y en su izquierda, riquezas y honra.»*

Ya vimos en Pr. 3:1 cómo el temor del Señor puede prolongar nuestra vida. Aquí no vamos a tratar más de eso; y también vimos que puede aumentar nuestras riquezas, Pr. 3:9-10. Sobre esto queremos añadir aquí un par de observaciones. Nos limitamos a dos de las tres bendiciones mencionadas anteriormente: En el camino de la sabiduría, por el temor de Yahvéh, más de uno encuentra *riquezas* y *honor.*

Pero, ¿cómo puede ocurrir así? ¿Cómo puede procurar la sabiduríaa quien la escucha un provecho material? En Pr. 3:9-10 ya notamos que ella allana el camino a la *bendición* del Señor; y ahora añadimos: ¡Eso lo hace también por la *enseñanza* que da en Proverbios! ¡Con cuánta frecuencia ese libro alaba al diligente y censura al perezoso! «La mano negligente empobrece, pero la mano de los diligentes enriquece», Pr. 10:4. ¿Dormir en tiempo de cosecha? ¡Escandaloso! Pr. 10:5. «La negligencia será tributaria», Pr. 12:24. «No ames el sueño, para no empobrecerte», Pr. 20:13, cf. 20:4, 21:5, 28:19. Pero, «la mano de los diligentes enriquece», Pr. 10:4; sí, ellas dominarán, 12:24. Porque «toda labor da su fruto», 14:23. ¡Todo esto también pertenece a una forma de vida inteligente! Y en ese camino, Dios quiere frecuentemente coronar la sabiduría con riquezas.

Sin embargo, no debemos hacernos ninguna idea exagerada a este respecto. Es verdad que, según Pr. 12:27, «¡precioso bien del hombre es la diligencia!», pero otros proverbios hablan de «pan suficiente» y «se saciará de pan», Pr. 20:13, 28:19. Quizá describimos las «riquezas» de Pr.3:16 de la mejor manera, diciendo que alguien, gracias a su sabiduría, «tiene asegurado su pan».

Los sabios israelitas atribuían también gran valor a la honra humana. «Mejor es la buena fama que el buen perfume», Ec. 7:1. «Más vale el buen nombre que las muchas riquezas, y la buena fama vale más que la plata y el oro», Pr. 22:1. Proverbios menciona a la par las riquezas y la honra: 3:16, 8:18, 22:4. Pero los prudentes no siempre conseguirán aquí este favor, lo cual se debe a lo efímero de esta vida Ec. 9:11. No obstante, las excepciones no anulan la regla de que una persona, en el camino de la sabiduría y temerosa de Dios, también puede verse *honrada.* «Los sabios heredan la *honra»,* Pr. 3:35, 4:8-9.

¿Cómo ocurre esto? Bien, la sabiduría adorna a sus poseedores y pone una cierta aureola en torno a su cabeza, cf. Pr. 1:9. «Por su sabiduría es alabado el hombre», Pr. 12:8. «El buen juicio da gracia», Pr. 13:15. El temor de Yahvéh, empero, marca toda la conducta de alguien y todo ese modo de actuar puede hacerle honorable en su entorno. Especialmente en torno a la virtud fundamental de los hijos de Dios: su humildad y sumisión. «Al humilde de espíritu lo sustenta la honra», Pr. 29:23. «La honra precede a la humildad», Pr. 15:33, cf. 18:12. La sabiduría hace al hombre diligente, magnánimo, generoso. Estas y otras buenascualidades que ella cultiva procuran a sus dueños el respeto de su entorno, cf. Hch. 2:47, 1 Ti. 3:7.

Nuevamente una indicación importante que nos da el Manual de Proverbios: los sabios consejos de este libro de la Biblia no te cuestan dinero. Antes al contrario, junto a las otras muchas ventajas que te ofrecen, también pueden ayudar a aumentar tus haberes y a agrandar tu consideración.

9. La sabiduría da dulzura y paz. Proverbios. 3:17.

En noveno lugar, el Manual señala este aspecto de la sabiduría. De cada consejo que da Proverbios, se podría preguntar: ¿Acaso éste no fomenta la dulzura y la paz en nuestra vida? Todo el modelo de vida que Proverbios prescribe -»todos sus caminos»-nos hace considerar el hermoso servicio y la dulzura de Dios, Sal. 16:11, 27:4, 90:17. Y Salomón lo dijo así:

> *«Sus caminos son caminos deleitosos;*
> *todas su veredas, paz».*

Fijémonos, por ejemplo, en la lengua. Una lengua usada neciamente es «un mal que no puede ser refrenado», y está «llena de veneno mortal», Stg. 3:8. Es un almacén de violencia del que en cualquier momento puede salir toda clase de desdicha, cf. Pr. 10:11,14. Pero, si la sabiduría la gobierna, esa misma lengua es una fuente de dulzura. Y lo que el pastor es para el ganado y la medicina para el enfermo, eso mismo es un sabio uso de nuestro poder de expresión para nuestro entorno. En una palabra: «una fuente de vida», Pr. 10:11, cf. 10:21, 12:18, 15:4, 16:24. Si padres e hijos toman en serio la sabiduría de Proverbios sobre el hablar y el callar, sin duda poseerán una dulce vida hogareña donde impere una paz deleitosa.

Así es como se pueden obtener de Proverbios las reglas de vida que aportarán a nuestra vida esplendor y armonía. En este contexto, hay que recordar una vez más la mujer temerosa de Dios según la imagen que nos ofrece Proverbios 31. ¡Qué gran dulzura esparce una mujer así a su alrededor! La sabiduría también nos hace pacientes, de manera que uno no se revuelva contra cada agresión (Pr.19:11), y se honre en mantenerse lejos de la riña, Pr. 20:3.

En resumen, en lo que Salomón quiso que pusiéramos la atención es esto: todo el modelo de vida de Proverbios está también dirigido a la *dulzura* y a la *paz*. Léase alguna vez el libro de Proverbios bajo esa perspectiva y nos dejará ver cuán dulce es temer a Dios. Véase esto también en Pr. 10:11, 18:17.

10. La sabiduría nos permite comer de un árbol de vida, Proverbios 3:18.

El lenguaje figurado del árbol de la vida se explica, a nuestro parecer, de la mejor manera desde el recuerdo al auténtico árbol de la vida en el Paraíso; recuerdo éste que aún estaba muy extendido en el Oriente Próximo. Los frutos del árbol de la vida poseerían un extraordinario valor nutritivo y poder curativo. Dios debió crear en ellos sustancias tan sanas que Adán y Eva, si comían de ellos, podían sobrevivir para siempre, Gn. 3:22. El poeta compara ahora la sabiduría con este inmejorable árbol del Paraíso del Edén. Quien la busca y pone en práctica, recoge, como no podía ser menos, frutos de un árbol de vida (cf. Pr. 11:30, 13:12, 15:4):

«Es árbol de vida para los que de ella echan mano, y bienaventurados son los que la retienen.»

Pero, ¿qué entendemos aquí con la palabra «vida»? Esto lo aprendemos de Moisés en Dt. 28 y 30:15-20. Allí vemos, que *vida*, en lenguaje de la Sagrada Escritura, abarca más que sólo «existir» o incluso algo así como nuestra «vida espiritual». Para Moisés, vida era una palabra para indicar *lo bueno* o la bendición de Dios; y la muerte era otra palabra para *lo malo* o maldición de Dios, Dt. 30:15 y 19. Y en Dt. 28 se puede leer lo que Moisés ya entendió bajo «lo bueno y la vida». A esto pertenecía, naturalmente, tu respiración, pero también tu mujer y tus hijos, tu vaca y tu burro, tu trigo y tu olivo, tu canasta y tu artesa, tu país y tu libertad. Un labriego israelita hablaba de «vida» si su mujer e hijos estaban sanos, las aceitunas pendían de los olivos y el trigo ondeaba al viento, si las lluvias caían a tiempo, si podía recoger la cosecha con sus hijos sin temor a bandas de ladrones.

Vida es, pues, otra palabra para expresar *dicha.*

Nosotros hablamos de vida con tal que alguien únicamente respire, pero un israelita hablaba de vida cuando poseía los *valores* vitales. Proverbios 3 enumera toda una serie de ellos:

– vivir muchos días para gozar del bien (3:1, cf. Sal 34:12);
– hallar gracia y buena opinión ante los ojos de Dios y de los hombres (vs.4);
– andar por veredas derechas (vs.6);
– gozar de buena salud (vs.8);
– tener repletos graneros y lagares (vs.9);
– gozar de paz (vs.17);
– gozar de honra (vs.16);
– tener seguridad (vs.23).

Cuando en Proverbios nos topamos más de 40 veces con la palabra «vida» debemos pensar en todas esas cosas. Los sabios pensaron entonces en la vida dichosa de un israelita piadoso, tal cual él, diariamente, vivía con toda su casa bajo la bendición y benevolencia de Yahvéh.[13] Y esta vida buena -enla medida que en esta tierra maldita aún puede ser buena- puedes tomarla del árbol de la vida de la sabiduría. Con lo cual, Pr. 3:18 resume realmente el asunto principal y la intención capital de todo Proverbios 1 al 9; sí, propiamente

resume todo este libro de la Biblia en dos líneas. Escojamos, pues, la vida siendo tan sabios que tomemos en consideración los preceptos de Yahvéh, cf. Dt. 30:19-20. Esto es lo que el Manual, en Proverbios, quiere normalmente inculcarnos: ¡La sabiduría es el mejor seguro de vida que se puede contratar!, cf. Pr. 3:33, 4:4 y 13, 7:2, 8:36, 9:6. "El temor de Yahvéh es manantial de vida" (un manantial de provecho para la vida plena), Pr. 14:27. ¡Y qué multitud de asuntos de aquella vida plenamente cotidiana tocan los sabios! También en esto se puede ver con cuánta amplitud tomaron la palabra "vida" cuando decían querer proteger la vida. Quien toma en serio sus lecciones de vida, come del *árbol de la vida*, bebe de la *fuente de la vida* y anda en el *camino de la vida*. Estas son tres imágenes de su enseñanza, cf. Pr. 5:6, 6:23, 10:11 y 17, 11:30, 13:12 y 14, 14:27, 15:4 y 16:22.

En todas estas citas, Salomón felicita a todos los que se agarran al árbol de la vida (fijémonos en el paralelismo: vida - feliz). Sus frutos hacen a los usuarios aumentar en vitalidad, de tal manera que crecen en poder y arte de vivir, en inteligencia y capacidad de discernimiento. El árbol de la vida de la sabiduría ofrece poder curativo y capacidad de resistencia contra el veneno de la necedad que lleva a la vida humana a la corrupción de la muerte.

11. La sabiduría es el principio en que se basan cielo y tierra, Proverbios 3:19-20.

En Proverbios 3, Salomón en realidad no hace otra cosa que inculcar a sus discípulos: 'La sabiduría es de *valor incalculable* para ti'. Para ello, ya le oímos aducir una prueba tras otra. La sabiduría puede prolongar tu vida, reforzar tu *salud,* aumentar tus *riquezas;* en una palabra: darte la vida. Ahora, nuevamente, sigue aquí una razón poderosa para ganar corazones para la sabiduría: nada menos que Dios mismo ha hecho de ella un amplio uso en su creación del cielo y la tierra; leamos vs. 19-20:

> *«Yahvéh fundó la tierra con sabiduría,*
> *afirmó los cielos con inteligencia.*
> *Con su ciencia, los mares fueron divididos*
> *y destilan rocío los cielos».*

El poeta-autor del Salmo 104 también cantó esto: «¡Cuán innumerables son tus obras, Yahvéh! Hiciste todas ellas *con sabiduría»,* vs.24. Y esto se deja ver en lo que Dios creó en cada uno de los seis días de la creación[14]. El autor de Proverbios habla aquí arriba, como es natural, con más concisión y menciona sólo los fundamentos de la tierra, la separación de los mares y la tierra seca así como el milagro del "*tal*", que es una palabra hebrea que casi siempre se traduce por "rocío", pero téngase presente, al respecto, no lo que nosotros entendemos por rocío, sino la niebla nocturna de la que, durante el seco verano palestino y otoño, caía una llovizna muy fina sobre los campos, y que cada noche humedecía la tierra.

Así testimonian cielo y tierra, tanto en grande como en pequeño, decenas de miles de veces, que Dios ha creado todo *con sabiduría.* La tierra no pende de nada, flota como una bola por el espacio, rota sobre su eje y da vueltas alrededor del sol, y, sin embargo, no pierde el equilibrio. Dios la ha dado seguridad y estabilidad con gran sabiduría. De la misma inteligencia divina testifican los mares, los cuales no inundan las tierras firmes; y lo mismo sucede con la administración del agua en la tierra, y con la espesa niebla nocturna por la cual los frutos de los campos no se resecan. Toda la Creación nos enseña: «...y su entendimiento no hay quien lo alcance», Is. 40:28.

Los libros proféticos se refieren muchas veces a la Creación para consolar al pueblo de Dios con el *poder* con que Él creó todo; pero Proverbios lo hace para indicar al pueblo de Dios la *sabiduría* con que Él creó todo; para luego unir a ello esta conclusión: Si Dios Todopoderoso hizo servir la sabiduría en su obra creadora, ¿acaso *tú* piensas que puedes prescindir de ella? Pr. 3:19-20 no expresa esta conclusión con esas palabras, pero sí lo hace Pr. 8:22-30. Allí, Salomón, indicando la obra de la creación de Dios una vez más con gran empeño, nos llega a colocar en el valor inconmensurable de la sabiduría. Para Dios mismo, porque Él creó por ella el cielo y la tierra. Para el cielo y la tierra, porque allí subyace una cantidad inconmensurable de sabiduría.[15] Y para nosotros, los seres humanos, porque sin sabiduría no tenemos vida.

12. La sabiduría hace vivir, nos adorna y nos protege, Pr. 3:21-23.

La sabiduría adorna a sus poseedores y les hace vivir. Esto ya lo tratamos en Pr. 1:9, 3:3 y 3:18. Pero Salomón señala aún otra ventaja o provecho de la sabiduría debido al temor del Señor. Ella puede *proteger* a sus poseedores contra males innumerables; y por su medio se puede *evitar* mucha miseria:

> *«Hijo mío, no se aparten estas cosas de tus ojos:*
> *guarda la Ley y el consejo,*
> *que serán vida para tu alma*
> *y gracia para tu cuello.*
> *Entonces andarás por tu camino confiadamente*
> *y tu pie no tropezará».* Pr. 3:21-23.

Salomón vuelve muchas veces sobre esto en su libro. Hablando sobre la sabiduría, entre otras cosas, se dice: «No la abandones, y ella te *guardará*», 4:6. «Cuando andes, no se acortarán tus pasos; si corres, *no tropezarás*», 4:12. «En el temor de Yahvéh está la *firme confianza* (otra versión dice: da *auténtica certeza*), (incluso) la esperanza para sus hijos», 14:26; véase también Pr. 2:11.

Decenas de proverbios dejan ver esta acción preventiva de la sabiduría con ejemplos tomados de la práctica de la vida. Hay mucho mal en el mundo del que, con el Predicador, podemos decir: «El que teme a Dios saldrá bien de todo», Ec. 7:18. La sabiduría, pues, obra como un escudo, y te puede preservar de mucho sufrimiento que los necios llevan sobre sí inútilmente. También esto es una razón muy seria para tomar en serio la sabiduría de Proverbios. Puedo asegurar que es verdad: «La instrucción del sabio es manantial de vida para *librar* de los lazos *de la muerte»,* Pr. 13:14. A esta vida tortuosa le faltan muchísimas cosas (Ec. 1:15), pero la sabiduría nos enseña la actitud vital que al menos minimiza la miseria.

13. La sabiduría va bien para el descanso nocturno, Proverbios 3:24.

«El descanso es una de las leyes de la salud», escribió un doctor.[16] No hay nadie que lo sepa mejor que nuestro Padre celestial que nos creó y regaló a Adán un lugar de residencia tranquilo, como se deduce del texto hebreo en Gn. 2:15.

Él nos concede gustosamente nuestro descanso. Y si esto se evidencia por algo, ahí están los sábados que Él concedió a Israel, y por los cuales incluso *mandó* a su pueblo que descansara periódicamente: cada semana un día, cada año algunas semanas y después de cada seis años, incluso todo un largo año, Lv. 25. También es de Él la disposición que establece que una persona, tras trabajar un día, debe tomarse una noche de descanso, porque tenemos tanta necesidad de descanso como de pan.

Pero, ¿quién se admira actualmente de que un buen descanso nocturno se vea favorecido por la sabiduría que el temor del Señor concede a alguien? Y, sin embargo, es así. Proverbios, que nos quiere enseñar a temer al Señor en la totalidad de la vida, habla también sobre algo tan cotidiano como nuestro descanso nocturno; y ello nos confirma que temer al Señor también viene bien a nuestro descanso, vs. 24:

> *«Cuando te acuestes, no tendrás temor,*
> *sino que te acostarás y tu sueño será grato».*

a. Dios nos dio la noche para descansar.

Pero, ¿*cómo* puede favorecer el temor del Señor ahora el descanso nocturno de alguien? Lo hace para bien, porque alguien que teme a Dios no sólo muestra respeto a las ordenanzas de Dios en las Escrituras, sino también a las que ha puesto en la Creación, cf. cap. 4, 4a. La noche es una disposición divina, Gn. 1:4, 8:22. Por este motivo también se ha alabado a Dios en Israel, Sal. 19:2, 74:16, 104:20. Sin embargo, en esta disposición se separan los caminos de la sabiduría divina y la necedad humana.

¡Qué gran bendición dispone Dios, en su bondad, concediendo a la humanidad cada noche nuevamente la oscuridad, Sal. 104: 2! Por ello, Él restringe el trabajo a la humanidad a cierta altura de la noche. Nuestro Señor Jesucristo incluso tomó un ejemplo de ello: «La noche viene, cuando nadie puede trabajar», Jn. 9:4. Dios dio el día para trabajar y la noche para dormir, Sal. 104:23, 1 Ts. 5:7. La oscuridad es una bendición para el hombre. Es un manto suave que Dios extiende sobre la tierra para dar a la humanidad la ocasión de descansar de sus fatigas del día. Quien respeta la noche como una disposición divina, será tan sabio como para usarla lo más

posible para el fin con que Dios la creó. Ésta es, hoy por hoy, una de las formas en que el temor del Señor puede favorecer el descanso nocturno de alguien.

Por desgracia, la vida moderna nos impide de diversas formas tomar en consideración esta disposición provechosa. La luz artificial, mucho más radiante, nos permite hacer de la noche un día. Por ello, muchos se dejan engañar para trabajar hasta bien entrada la noche, o para salir. También el alto ritmo de la vida, las muchas fuentes de ruido así como el hambre de noticias, privan a muchas personas de la bendición de la tranquilidad y oscuridad nocturnas, y con ello frecuentemente también de un sueño tranquilo. Sin embargo, ninguna disposición divina se puede pisotear impunemente, y tampoco la de la noche. Muchos de los que acortan la noche, ya se han dado cuenta de que una falta de sueño constante, a la larga, se paga porque su agitación les impide caer dormidos. ¡Nuestro proverbio habla, en este contexto, de «tener temor»! También en esto se puede ver cómo la necedad puede dañar nuestra vida, hasta en nuestro descanso nocturno.

El asunto, sin embargo, aún tiene más lados.

b. Pecado e insomnio.

«Recuerdo mi extrañeza e incluso mi indignación como médico», así se expresa el Dr. Paul Tournier, «cuando, hace algunos años, oí decir a una señora que el insomnio era una señal de pecado. Mi experiencia de los últimos años, sin embargo, me ha hecho comprender poco a poco qué clase de verdad se oculta en esa afirmación. Hay, indudablemente, excepciones; la relación tampoco es siempre directa y sería equivocado afirmar que alguien que duerme bien sería menos pecador que alguien que sufre de insomnio. Pero ya he perdido la cuenta del número de pacientes que volvieron a encontrar su sueño como consecuencia del cambio producido en sus vidas por su entrega a Jesucristo». También el Dr. McMillen reconoce que hay cosas que están lejos, fuera del alcance de los medios calmantes, y entre ellas, el pecado y la necedad pueden perturbar el descanso nocturno de cualquiera.[17]

Fijémonos en las muchas formas de *odio* que pueden dominar a un ser humano. Bien dice la Escritura: «No se ponga el sol sobre vuestro enojo» (Ef. 4:26), pero si alguien deja esto a

un lado pasará la noche rabioso pensando en lo que se le ha hecho o se dice de él. Se irrita por ello y arroja aún más leña al fuego de su resentimiento y deseo de venganza. Los sabios lo sabían muy bien: «Del fruto de la boca del hombre se llena su vientre; se sacia del producto de sus labios», Pr. 18:20, cf. 13:21, 14:14. Ese pensamiento odioso: -'¡No te escaparás!', ya le costó a más de uno muchas horas de insomnio. Es así como los muchos pecados pueden mantener en vela a alguien muchas noches.

c. El caminar con Dios y nuestro descanso nocturno.

Todo el modelo de vida que el libro Proverbios quiere enseñarnos actúa como un gran preventivo contra el insomnio, pues favorece en todos los aspectos nuestra paz con Dios y con nuestro prójimo. Si alguien nos ha hecho una injusticia y reaccionamos contra ello neciamente, entonces corremos el riesgo de que nuestro deseo de venganza nos mantenga despiertos. Pero nuestro Redentor, que es la Verdad en persona, habló en el espíritu de Proverbios cuando enseñó: «Al que quiera ponerte a pleito y quitarte la túnica, déjale también la capa; a cualquiera que te obligue a llevar carga por una milla, ve con él dos», Mt. 5:40-41. Esto es realmente un freno para nuestro orgullo, pero es excelente para nuestro descanso nocturno. Salomón dijo: «La cordura del hombre aplaca su furor, y un honor le es pasar por alto la ofensa», Pr. 19:11. «Si el que te aborrece tiene hambre, dale de comer pan, y si tiene sed, dale de beber agua; pues, haciendo esto, harás que le arda la cara de vergüenza, y Yahvéh te recompensará», Pr. 25:21-22. Él hace eso, protegiendo de esta forma nuestro descanso nocturno contra las nocivas consecuencias de toda clase de sentimientos de odio y también mejorando la calidad de nuestro sueño. Nuestro proverbio promete: -'Tú te humillarás, y tu sueño será dulce'.

Además, la sabiduría favorece nuestro descanso nocturno enseñándonos a *entregar* en manos de Dios nuestra vida y nuestros asuntos. Por eso David dijo: «Yo me acosté y dormí, y desperté, porque Yahvéh me sustentaba», Sal. 3:5. Y sobre este Salmo, leemos: -¡'Salmo de David, cuando huía de su hijo Absalón'! «En paz me acostaré y asimismo dormiré, porque sólo tú, Yahvéh, me haces vivir confiado», Sal. 4:8. ¿No pudo

nuestro Señor Jesucristo, por esa fe, dormir en una barca durante una tormenta en el mar? Mt. 8:24. ¿Y no pudo el apóstol Pedro por eso mismo, apresado entre dos soldados, dormir tan profundamente que un ángel tuvo que despertarle? Hch. 12:6.

Sin embargo, la incertidumbre de la vida pone a muchos en una angustia crónica que, frecuentemente, les acarrea mucha tensión e insomnio. El predicador se lamentaba del hombre que se afanaba tan duramente, que «ni de noche, ni de día (¡!) retiene el sueño en sus ojos», Ec. 8:16, cf. Gn. 18:1, 2 S. 4:5, Ec. 5:11. La forma en que realizamos nuestro trabajo también puede ser perjudicial para nuestro descanso, cf. Ec. 10:10. La tensión interior debida a un sentimiento de minusvalía o rebeldía puede cansarnos. La sabiduría del temor del Señor nos enseña también a aceptar la medida del poder que Dios nos da. ¡Vaya acción tan sedante puede, pues, brotar de los consejos siguientes!: «Encomienda a Yahvéh tus obras y tus pensamientos serán afirmados», Pr. 16:3, cf. 10:3. «Más vale un puño lleno de descanso, que ambos puños llenos de trabajo y aflicción de espíritu», Ec. 4:6. Hijo de Dios, ¡atrévete a tomar reposo! ¿Acaso no lo hizo también nuestro Maestro? «Él les dijo: -Venid vosotros aparte, a un lugar desierto, y descansad un poco, porque eran muchos los que iban y venían, de manera que ni aun tenían tiempo para comer», Mc. 6:31.

También pueden mantenernos despiertos los pecados no confesados. Esto lo experimentó David cuando calló su pecado (¿con Betsabé?). «Porque de día y *de noche* se agravó sobre mí tu mano», Sal. 32: 4. Sin embargo, quien ha vaciado como es debido su corazón ante Dios y ante su ofendido, y confesó toda la angustia y remordimiento que le preocupaba, quedará sorprendido del descanso y distensión que eso da, Stg. 5:16. También así la sabiduría puede favorecer el descanso nocturno. «El que oculta sus pecados no prosperará, pero el que los confiesa y se aparta de ellos alcanzará misericordia», Pr. 28:13.

¿Y las promesas de Dios no dan paz?, Jer. 31:26.

Líneas atrás nos ocupamos de proverbios que, según su naturaleza, no *siempre* y para *todos* pueden tener aplicación. Seguro que los sabios también conocieron el insomnio a causa de la tristeza por la iglesia.[18] También por causa de un hijo necio, Pr. 10:1. Sin embargo, esto no quita que la conside-

ración de Pr. 3:24siga mereciendo la pena para cualquiera que padece de insomnio. La injusticia trae intranquilidad, mas la justicia da descanso, también por la noche. Esto dice la Palabra de Dios no sólo en el proverbio arriba tratado, mas también en éste: "El temor de Yahvéh lleva a la vida: con él vive del todo tranquilo el hombre", Pr. 19:23, cf. Job 11:18-19.

14. La sabiduría nos conserva, mientras que los impíos perecen, Proverbios 3:25-26.

A pesar de todo esto, ¡los impíos poderosos y ricos van por caminos trazados con sus principios de incredulidad! Con esta categórica confianza había introducido el Salmo 1 la sección de los Escritos. Esta misma fe perfuma también Proverbios. Las vidas de los sabios o justos se parecen a *árboles* frutales, pero las de los necios impíos al *tamo* inservible, que es dispersado por una repentina ráfaga de viento. Proverbios deja ver esto constantemente; y el Manual de este libro resume muy sucintamente cómo debemos considerar esa antigua contraposición entre justos e impíos dentro del pueblo de Dios[19]. Ahora seguimos considerando Pr. 3:25-26:

> *«No tendrás temor de un pavor repentino*
> *ni de la ruina de los impíos, cuando llegue,*
> *porque Yahvéh será tu confianza:*
> *él evitará que tu pie quede atrapado».*

Aquí, naturalmente, por «pavor repentino» y «ruina de los impíos» se puede pensar en el Juicio Final[20]. El apóstol Pablo escribió: "Porque vosotros sabéis perfectamente que el día del Señor vendrá así como ladrón en la noche. Cuando digan: 'Paz y seguridad', entonces vendrá sobre ellos *destrucción repentina*, como los dolores a la mujer encinta, y no escaparán", 1 Ts. 5:2-3. ¡Cómo temblarán entonces los impíos! Nuestro Señor Jesús predijo "*angustia* de las gentes, confundidas a causa del bramido del mar y de las olas. Los hombres *quedarán sin aliento por el temor y la expectación* de las cosas que sobrevendrán en la tierra", Lc. 21:25-26, cf. Mt. 24:30, Ap. 1:7. Pero entonces los justos deben precisamente levantar la cabeza, porque su salvación está cerca, Lc. 21:28.

La Escritura y la historia permiten ver que Dios, también en otro tiempo, preparó para algunos impíos una perdición

rápida e inesperada. Repentinamente, se hendió la tierra y setragó a Coré, Datán y Abiram con los suyos, y repentinamente una llama de Yahvéh abrasó a todos sus secuaces, Nm. 16. Repentinamente «ardió» el corazón de Nabal en su interior. «Diez días después, Yahvéh hirió a Nabal, y éste murió», 1 S. 25:38. Repentinamente, se presentó Joab ante el impío príncipe Absalón, cuando éste pendía de sus cabellos en un árbol y le mató con dardos, 2 S. 18:14. Repentinamente, penetró una flecha entre los pliegues de la coraza de Acab, y a la caída de la tarde el impío príncipe estaba muerto, 1 R. 22: 34-36. Repentinamente, Jezabel fue arrastrada por un par de cortesanos y arrojada por la ventana, de manera que su sangre salpicó contra el muro, y los caballos la pisotearon y los perros callejeros lamieron su sangre, 2 R.9:30-37.[21] Y actualmente, detrás de más de una noticia de la prensa, ¿no podemos sospechar también la caída repentina de los impíos?

Por otra parte, en tiempos de juicio en que más de un impío perecía, Yahvéh supo preservar a los piadosos. Elías y otros cien profetas sobrevivieron un período de hambre, 1 R. 17 y 18:4. Baruc, secretario de Jeremías, durante la caída de Jerusalén, obtuvo la vida por botín, Jer. 45. Y cuando esta misma ciudad fue sitiada nuevamente - por los romanos en el año 70 d.C.-, muchos discípulos del Señor Jesús salvaron su vida en Pella, Lc. 21:20-21. Quien en nuestro siglo de juicios ora por una cristiandad apóstata como Habacuc: «¡Yahvéh, he oído tu palabra, y temí!», también le es permitido suplicar por el piadoso remanente fiel de nuestro tiempo: «¡En la ira acuérdate de la misericordia!», Hab. 3:2.

Así pues, por vía de muchos ejemplos, Proverbios deja ver que los impíos están expuestos a toda clase de horrores, porque lo malo siempre hace daño a su autor. A causa de esto perecieron ya innumerables hacedores de iniquidad. Pero la sabiduría que el temor del Señor concede es el medio por el que Él preserva de los lazos del pecado los pies de los piadosos. El daño y el deshonor de un adúltero que Pr. 5 al 7 presentan tan acertadamente, no alcanzarán a los prudentes. Así la piedad o sabiduría pueden preservar de numerosas trampas. Este es un tema capital de este libro de la Biblia, al cual vuelve constantemente: ¡La sabiduría *protege,* la piedad *obra preventivamente!*, recuérdese Pr. 1:20-33.

15. La sabiduría hace servicial y caritativo, Pr. 3:27-28.

Los maestros de la sabiduría no dejaron de ocuparse de los pobres de Israel. ¿En cuántos proverbios no se describen los inconvenientes y peligros de la pobreza? cf. Pr. 10:15, 13:8, 14:20, 19:4, 22:7, 30:9. ¿Y con cuánta frecuencia no insisten en salir en favor de los pobres? A este respecto, Pr. 3:27-28 forma una introducción conmovedora, porque parte muy claramente del título único en que el cuidado de los pobres, sí, todo el servicio y el amor al prójimo en Israel debían descansar: a saber, en la solidaridad recíproca a la que todo israelita estaba llamado para con su prójimo en virtud del Pacto de Dios. Como dice el vs. 27:

> *«Si tienes poder para hacer el bien,*
> *no rehuses hacérselo a quien lo necesita».*

Cierto, también los paganos tomaban sus medidas sociales como actualmente lo hacen los gobiernos incrédulos. Pero en Israel todas las leyes, incluidas las que afectaban al cuidado de los pobres, eran cláusulas del Pacto que sólo se podían cumplir desde el temor agradecido a Yahvéh. Israel formaba una sola gran familia en la que cada hermano era un compañero coligado de Yahvéh, y en la que la lealtad exigida para con Yahvéh y el prójimo debía imperar en el hacer y dejar de hacer de cada uno. Por eso, el Señor Jesús también llamó al dar limosna un asunto de *justicia,* Mt. 6:1-2, cf. Dn. 4:27, 2 Co. 9:9, Sal. 112:9. Y, en las Sagradas Escrituras, la palabra usada para la obediencia de los creyentes al Pacto de Dios es *justicia*;[22] así como también la obediencia a las ordenanzas del mismo Pacto respecto a los necesitados de ayuda. Por lo cual, de la actitud de alguien para con los pobres también se puede ver claramente cómo está su relación conDios.

El texto de Pr. 3:27 respira plenamente el espíritu de la Toráh. Esto se evidencia quizá más claramente si lo traducimos algo más literalmente: «Nunca prives de algo bueno a quien es *el señor* (baal) de ello...» Otra versión dice: «No retengas el bien de *su dueño* ...» Aquí, pues, al necesitado se le llama incluso el señor o dueño del bien; y puede hacer valer sobre ello ciertas exigencias legítimas. En consecuencia, si podemos hacer algo bueno de lo cual tenga necesidad precisamente nuestro

prójimo, ¿quién es entonces señor y dueño de ese bien? A esto responden los sabios: ¡el necesitado de ayuda!

Esto lo habían aprendido a su vez de la Toráh, que es la obra fundamental para una vida vivida en el Pacto de Dios. En ella, Yahvéh, Gran Rey de Israel, había ordenado que todas las obras de servicio y humanitarismo no se apoyaran primero en la base subjetiva de nuestros sentimientos de compasión, sino sobre los derechos de la justicia que Él reclamaba de su pueblo como *exigencia del Pacto*. A este respecto, debemos tener presente que *justicia*, en las Sagradas Escrituras, es una palabra dulce, suave. No es la severa justicia romana: estricta e íntegra, pero a la vez fría e inmisericorde en aplicación de la ley, sino otra palabra para expresar la obediencia de los creyentes al Pacto que Dios ha establecido con ellos. Una vida desde la promesa y según la exigencia de ese Pacto. En la justicia bíblica no existe tensión alguna entre amor y derecho.

Es claro que la sabiduría, por medio del temor de Yahvéh, hace a un hombre servicial y caritativo, y por ello se reconoce el *derecho* de los pobres, según el Pacto de Dios, Pr. 29:7. Esta es la justicia que querían enseñar los sabios al joven pueblo de Israel, Pr. 1:3, y también a favor de los necesitados de ayuda en la iglesia de Dios. Aquí dieron ellos una enseñanza básica a ese respecto. La complacencia y la generosidad son, dentro del pueblo de Dios, beneficios a los que *el dador está obligado* y a los que el *receptor tiene derecho,* cf. Gá. 6:10, He. 13:16.

Y contra esto no se ha de buscar ningún pretexto, según dice Pr. 3:28:

> *«No digas a tu prójimo: 'Vete, vuelve de nuevo,*
> *mañana te daré', cuando tengas contigo qué darle».*

También aquí suena claramente el eco de la Toráh,[23] "No retendrás el salario del jornalero en tu casa hasta la mañana siguiente", Lv. 19:13. "Pues es pobre, y con él sustenta su vida", Dt. 24:14-15. Porque, si no, pecas contra el octavo mandamiento. Lo mismo que cuando el asno u otro animal de tu prójimo anda perdido o se cae y no le echas una mano, Dt. 22:1-4. Si alguien se muestra remiso en prestar ayuda, peca también contra el sexto mandamiento, porque así se amenaza su *néfesh* o vida. Con semejantes ejemplos Dios enseñó

a los jóvenes israelitas a tener una actitud servicial y bondadosa para con su prójimo, cf. Dt. 15:11.

Esta mentalidad social evangélica la querían enseñar también los sabios al pueblo joven de Israel. No acaparar los cereales si amenaza el hambre, Pr. 11:26. No apartar los ojos de las miserias de otros, Pr. 28:27, cf. 11:24-26, 14:21, 19:17, 22:9, 29:7; sino acudir en ayuda del prójimo lo antes posible. Esto no sólo significa que paguemos a tiempo las cuentas de nuestros proveedores y las cantidades de los impuestos, sino que lealmente paguemos toda «deuda»; a lo cual el Pacto de Dios ya obligaba a cada israelita, y no digamos a nosotros, bajo el Nuevo Pacto: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo», Lv. 19:18. Y los sabios, totalmente en el espíritu de Moisés, añadían a ello: Y no demorarlo ni inventar excusas, ¡sino ayudar ahora! Además, también señalan esto: ¡que Dios pagará por ello al dador servicial!, Pr. 11:14, y 26, 14:21, 19:17, 22:9.

Así pues, la sabiduría nos enseña también a ofrecer una rápida ayuda, como se puede ver en el piadoso Job que dijo sinceramente: «Si he impedido a los pobres quedar satisfechos, si he hecho decaer los ojos de la viuda, si he comido yo solo mi bocado y no comió de él el huérfano.(...) Si he visto a alguno perecer por falta de vestido, por carecer de abrigo el necesitado; si no me bendijeron sus espaldas al calentarse con el vellón de mis ovejas», Job 31:16-21.

También en este aspecto nuestro Señor Jesucristo cumplió de Palabra y de obra la Sagrada Escritura: «Al que te pida, dale», enseñó, «y al que quiere tomar de ti prestado, no se lo niegues», Mt. 5:42, cf. Mt. 25:40-45, Lc. 6:38. No eludió dar sus enseñanzas a la mujer samaritana diciendo: -'Estoy muy cansado', Jn. 4. Incluso cuando alguien le pidió ayuda en sábado, no la rehusó diciendo: -'Vuelve mañana, pues, de otro modo, tendré problemas con los fariseos y escribas', cf. Mt. 12:1-14. Y como un auténtico discípulo de este Maestro y de Pr. 3:28, Santiago apóstol escribía: «El que sabe hacer lo bueno y no lo hace, comete pecado», Stg. 4:17, cf. Mt. 25:41-46, Ro. 13:8, 2 Co. 9:6, Stg. 2:15-16.

16. La sabiduría no hace mal uso de la confianza, Pr. 3:29:

> *«No intentes hacer daño a tu prójimo*
> *que vive confiado junto a ti».*

Así se sentaba David junto a Saúl tocando la cítara. En buena confianza; hasta que el rey, repentinamente, arrojó su lanza mortífera contra él, 1 S. 19:9. Pero Saúl ya tramaba desde hacía tiempo hacer mal al confiado David, 1 S. 18:21-25. Del mismo modo, David vio su confianza vilmente traicionada por su hijo Absalón y su consejero Ahitofel, 2 S. 15:12. En el Salmo 55, David cuenta cómo una actitud semejante puede herir y atormentar a alguien. «No me afrentó un enemigo», se queja allí, «lo cual yo habría soportado, ni se alzó contra mí el que me aborrecía, pues me habría ocultado de él; sino tú, hombre, al parecer íntimo mío, *¡mi guía y mi familiar!*, que juntos comunicábamos dulcemente los secretos y andábamos en amistad en la casa de Dios», vs. 12-14. Por desgracia, David cayó también en ese pecado contra Urías, cuando éste estaba con él en buena confianza, 2 S. 11:8-13.

Este disgusto lo padecieron muchos además de David. Abner anduvo así de confiado, cuando Joab lo llevó aparte a un lado de la puerta, «como para hablar con él en secreto», y allí lo mató, 2 S. 3:27.

Y así los hombres de Anatot tramaron mal contra su paisano Jeremías, que vivía con ellos completamente de buena fe. «Yo era como un cordero inocente que llevan a degollar», asegura el profeta. «Pues no entendía que maquinaban designios contra mí, diciendo: -Destruyamos el árbol con su fruto, cortémoslo de la tierra de los vivientes, para que no haya más memoria de su nombre», Jer. 11:19, cf. v 21.

También nuestro Señor Jesucristo padeció este sufrimiento de los justos, cuando fue traicionado por uno de sus discípulos, un comensal, Sal. 41: 9. «El que mete la mano conmigo en el plato, ese me va a entregar», predijo el Señor, Mt. 26:23. ¿Y no oímos el dolor del Salmo 55:13-19 en la pregunta de Jesús en su arresto: -»Judas, ¿con un beso entregas al Hijo del hombre»?, Lc. 22:48.

Por el temor de Dios llegamos a la convicción de que la confianza forma el fundamento de la sociedad, Salmos 11 y 12. Quien deja de cumplir esto, decían los sabios, es un hombre inútil, y un impostor, Pr. 6:14 y 18, 12:20. Los apóstoles enseñaron la misma sabiduría celestial, cuando llamaron al «amor fraternal *no fingido»,* 1 Pe. 1:22, cf. Ro. 12:9, 1 Ti. 1:5.

17. La sabiduría nos hace amantes de la paz, Pr. 3:30:

«No pleitees sin razón con nadie,
a no ser que te hayan agraviado».

Hay quien piensa principalmente en buscar contiendas, con lo cual a veces se sabe cómo comenzó todo, pero no cómo terminará. «El que inicia la discordia es como quien suelta las aguas; ¡abandona, pues, la contienda, antes que se complique!», Pr. 17:14. Tomemos ejemplo de nuestro Señor Jesucristo, quien dijo: «Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón», Mt. 11:29. «Cuando lo maldecían, no respondía con maldición; cuando padecía, no amenazaba, sino que encomendaba la causa al que juzga justamente», 1 Pe. 2:23, cf. Mt. 5:25, Ro. 12:18.

Pero la palabra hebrea para contienda o riña (*rib*) puede también aludir a un pleito (por ejemplo, la contienda o riña de Dios con Israel, de la que los profetas tanto hablan). También respecto a este proceder, la sabiduría nos enseña moderación. Como es natural, podemos buscar pacíficamente nuestro derecho si alguien nos ha hecho verdaderamente daño, por medio de la autoridad competente, o llevándole al reconocimiento de culpa por el Consejo de la iglesia u otra amonestación privada, y eso sin deseo de venganza y calumnia, Ex. 27:8, Mt. 18:15-16, 1 Co. 6:4, Ef. 4:26

A este efecto, Dios ya dio a Israel una forma de justicia, y también Proverbios se ocupa mucho de ello. Precisamente, una de las intenciones fundamentales de este libro del pueblo de Dios es el aprender a amar *el derecho,* Pr. 1:3. Pero el temor de Yahvéh puede darnos la sabiduría, y así no correr a los jueces por cualquier diferencia para iniciar un proceso contra el prójimo; y ciertamente no para discutir con alguien que en nada nos ofendió. La sabiduría le hace a uno amante de la paz.

Esto resulta evidente en los proverbios siguientes: «Honra es del hombre abandonar la contienda, pero cualquier insensato se enreda en ella» Pr. 20:3. «No entres apresuradamente en pleito, no sea que no sepas qué hacer luego, cuando tu prójimo te haya avergonzado», Pr. 25:8.

En el temor al Señor también hay rica recompensa. Se ahorra uno toda la miseria de riñas y pleitos innecesarios. Lo cual es de nuevo medicina para nuestra carne (véase vs. 8) y viene

bien a nuestro sueño (véase vs. 24); y se goza en la promesa del Señor Jesús: «Bienaventurados los pacificadores, porque serán llamados hijos de Dios», Mt. 5:9.

18. La sabiduría nos lleva al trato amigable con Dios, Pr. 3:31-32

Los justos y sabios formaban en Israel, y frecuentemente en la cristiandad -¿o casi siempre?- una minoría. Entonces los impíos, que pertenecían generalmente a los ricos, tenían el mando,[24] y a pesar de su apariencia piadosa, frecuentemente eran auténticos sanguinarios y violentos[25]. Esto parecía proporcionarles frecuentemente mucha ventaja, al menos a primera vista, para gran tristeza de muchos piadosos. Asaf reconoce, al menos en el Salmo 73, que le amargaba cuando veía cuánta prosperidad conseguía más de uno con la impiedad. Los veía prosperar, bien alimentados y saciados, mientras no cesaban de alabarse frente a Dios y los hombres, Sal. 73:3-12. Fue un problema atormentador para él, con el que se devanó los sesos por algún tiempo: "¡Verdaderamente en vano he limpiado mi corazón y he lavado mis manos en inocencia!", vs. 13-14, cf. Ec. 7:15, 8:10 y 13-14, 9:2.

Esta lucha entre justos e impíos en el pueblo de Dios encuentra también su repercusión en Proverbios, que nos insta constantemente a permanecer en el lado bueno de este frente, con el Señor y su Palabra. Esto enseña también en todas partes desde la fe firme con que el Salmo 1 introducía los Escritos. Y, sin embargo, esos impíos poderosos, como esos testigos falsos, jueces injustos y vulgares ladrones, son tamo sin valor que el viento del juicio de Dios hará desaparecer, Sal. 1:4[26]. Desde este convencimiento, Salomón, en Pr. 3:31-32, da a los justos pobres la certeza poderosa de que nadie debe tener envidia de esos impíos aparentemente afortunados:

> *«No envidies al hombre injusto*
> *ni escojas ninguno de sus caminos.*
> *Porque Yahvéh abomina al perverso;*
> *su comunión íntima es con los justos».*

A este respecto, mencionamos esta seguridad tan enfáticamente porque el poeta/autor ciertamente usa un lenguaje muy enérgico para expresar el rechazo de Yahvéh de los violentos. Ellos son *abominables* para Dios. Aquí, en el ori-

ginal hebreo, hay una expresión (*tow'abat*) que Yahvéh también usa para la obscena y perversa religión de Canaán (cf. Lv. 18:24-30). Esta palabra es la que usa la Toráh como explicación de lo impuro, para todo lo que hace referencia a Canaán y, consecuentemente, ¡es inadmisible en la comunión con Dios! El Salmo 37, que realmente da la explicación más completa de este proverbio, cuenta lo que significa que Dios abomine a esos opresores. Dios se ríe de esos señores que David mencionaba: «El Señor se reirá de él, porque ve que viene su día», Sal. 37:13. Aún un poco de tiempo, y entonces los extermina, de forma que ya no se les puede encontrar en ninguna parte, vs. 10. ¡Y entonces dará Él la tierra a los humildes!, vs.11 y 29, Mt. 5:5. ¡Terrible futuro para los profesantes impíos! Aunque pertenecieron también al pueblo de Dios, e incluso llevaron en la circuncisión y el bautismo la señal y el sello del Pacto de Dios, con todo y eso, echaron a perder la gracia de Dios y trajeron sobre sí mismos su maldición[27]. Esto quitó la envidia amarga del corazón de Asaf, al darse cuenta del final de ellos, Sal. 73:17.

Entretanto, Yahvéh se relaciona ahora confiadamente con los justos. Con ellos mantiene Él su «*sod*» (palabra hebrea con la que el israelita se refería al círculo agradable de hombres que por la noche, después de concluido el trabajo, se reunían a charlar junto al pórtico). Jeremías manifiesta que la mano de Dios siempre le había mantenido fuera del "*sod*" de los burladores, Jer. 15:17, cf. Job 19:19, Ez. 13:9. Y David se sintió traicionado por un amigo con quien había mantenido «*sod*», trato confiado, Sal. 55:14. El autor de Proverbios usa esta palabra corriente para decirnos: ¡Tan cordial y confiadamente quiere Dios tener relación con sus justos! Como con amigos en un *sod* o círculo. Ahora, naturalmente, por medio de su santa Palabra. Pero, vista la relación de nuestro proverbio, pensamos en esa tesorería llena de amigables consejos que este libro de la Biblia nos ofrece. Dios habla en ella confiadamente con nosotros sobre las cosas grandes y pequeñas de nuestra vida, como alguien que da un buen consejo a su amigo durante una conversación en confianza.

Así, la sabiduría nos trae, además de sus otras muchas ventajas, también una relación íntima con Dios, Sal 25:14, Gn. 18:17, Job 29:4, Jn. 15:14-15. ¿Conoce alguien mayor honor? Con esto mismo se consoló también Asaf más tarde: «Pero en

cuanto a mí, *el acercarme a Dios* es el bien», Sal. 73:28. Relacionarme con Él, como amigos en su «*sod*» (círculo).

19. La sabiduría derrama bendición en los hogares, Pr. 3:33.

La bendición de Dios es una fuerza saludable que puede llevar nuestra vida a gran florecimiento en todos los sentidos. Si Israel temía a Yahvéh, Él le daría su bendición con la fertilidad del seno materno, las crías del ganado, la cosecha de los campos y la protección de la salud del pueblo.

Por el contrario, la maldición de Dios es un poder demoledor, por el que Él puede aniquilar nuestra vida en todos sus aspectos, hasta que la muerte entra en ella; y el israelita, con su granero vacío y sus campos y rebaños infructíferos, descubría que el Señor se había vuelto contra él y había destruido su paz.

Moisés hace un recuento amplio de bendiciones y maldiciones en Levítico 26 y en Deuteronomio 28. Pero Proverbios habla de ello realmente en cada página. Salomón resume brevemente toda esa enseñanza proverbial sobre la bendición y la maldición en Pr. 3:33, diciendo:

> *«La maldición de Yahvéh está en la casa del malvado, pero bendice la morada de los justos».*

Los sabios nos hacen ver la realidad espantosa de la maldición de Dios sobre la casa del impío en decenas de proverbios. He aquí una muestra al azar al respecto: Su nombre se pudrirá, 10:7. Sus años serán acortados, 10:27, cf. 3:2. Su esperanza perecerá, 10:28. Su ganancia no prosperará, 11:18. Edificando sobre su riqueza, llegará a caer, 11:28. Y además se hace fiesta por su caída, 11:10. Él puede presentarse como religioso[28], pero el Señor abomina su sacrificio, 15:8. No permanecerá habitando la tierra, 10:30. En una palabra: Yahvéh está lejos de él, 15:29. Y esto es lo más grave.

Pero el justo está como un fundamento duradero (10:25) y no resbalará jamás, 10:30, cf. Sal. 15:5[29]. En cada página de Proverbios también se puede leer: Él recibe lo que le pertenece, 11:31; él come hasta saciarse, 13:25; y halla, incluso en su muerte, un refugio, 14:32.

Por desgracia, la vida no deja ver todo esto siempre igual-

mente claro. «Hay vanidad que se hace sobre la tierra», dijo el Predicador, «pues hay justos a quienes sucede como si hicieran obras de malvados,... Digo que esto también es vanidad», Ec. 8:14. Parece que el poeta/autor de nuestro proverbio también vio esto, pues habla de la *casa* del impío, lo cual suena bastante coherente. Pero para referirse a la casa del justo usa una palabra que indica una sencilla vivienda, una estancia que originalmente incluso se dedicaba a lugar para apacentar. ¿Se nota el contraste? Proverbios habla también acerca de las *tribulaciones* de los justos, por ejemplo, en Pr. 11:8.

¡Pero en el proverbio que comentamos, al igual que en el anterior, resuena el mismo lenguaje de la fe! Aquí se habla en la unanimidad de la verdadera fe, con el Predicador que escribía: «Ahora bien, aunque el pecador haga cien veces lo malo, y sus días se prolonguen, con todo yo también sé que les irá bien a los que a Dios temen, los que temen ante su presencia, y que no le irá bien al malvado, ni le serán prolongados sus días, que son como sombra; por cuanto no teme delante de la presencia de Dios», Ecl. 8:12-13. De pronto, la maldición de Dios rompe esta aparentemente inquebrantable *casa* del impío, mientras que la bendición divina conduce la *morada* del justo a gran florecimiento, Pr. 14:11.

20. La sabiduría, por su humildad, se granjea la benevolencia de Dios, Pr. 3:34.

En Salmos y Proverbios nos encontramos a cada paso con los escarnecedores. No hay que pensar solamente en hombres groseros que hacen burlas burdas acerca de Dios y sus mandamientos, pues los escarnecedores frecuentemente se rodean de una apariencia de religiosidad. Por eso no había que buscarlos solamente en el mundo, sino especialmente dentro de Israel y ahora en las iglesias de Dios. Su característica más real es, pues, no su burla sino su osadía, su autosuficiencia y desmedida soberbia frente a Dios y su Palabra, Pr. 21:24. El escarnecedor es el hombre que verbalmente se declara a sí mismo autónomo, y que podemos observar en todas partes de la cristiandad; y, por cierto, no sólo en los religiosos cercanos, sino frecuentemente en figuras principales del mundo eclesiástico y teológico. Ya contemplamos el retrato bíblico del escarnecedor con más precisión en nuestro comentario de los

Salmos [30]; y allí ya le dedicamos alguna atención al proverbio:

> *«Ciertamente él escarnece a los escarnecedores*
> *y da gracia a los humildes».*

Un escarnecedor «religioso», de quien Yahvéh, a su vez, se mofó, fue el rey Jeroboam, al cual ridiculizó con su gran poder; adviértase bien, ¡en una fiesta religiosa, junto a un altar destruido! 1 R. 13. Y respecto a los escarnecedores mundanos, véase Ro. 1:18-32. Allí resuena en segundo término: -'¿Qué? ¿Te burlas de mí? ¡Entonces, Yo me burlaré de ti!'

Quién sea el escarnecedor, queda perfectamente claro por su antípoda: el humilde (el *aní* hebreo, también traducido por: el miserable o pobre)[31]. Éste teme a Dios, y por eso se encuentra en él sabiduría; y ésta hace al hombre cada vez más humilde, Pr. 11:2. La sabiduría enseña a cualquiera a permanecer humilde dentro de los límites de las prescripciones de Dios; a conformarse humildemente dentro del espacio vital que Dios le presta; a aceptar humildemente el quehacer que Dios ha establecido para él, (cf. comentario a Pr. 1:2-3); a reconocer humildemente lo que conviene o no conviene. Como la soberbia es la *actitud de vida* del escarnecedor, así la humildad es la actitud de vida del sabio. El primero revienta de presunción, el último alaba a Dios como Todopoderoso y Sapientísimo.

Y justamente, tales humildes son para Dios «los hombres en los que Él se complace», Lc. 2:14. Sobre ellos derrama su gracia o favor. De tales humildes se componía el remanente piadoso[32] , como vemos en Lucas 1 y 2. A ellos hizo Dios conocer el nacimiento del Mesías. En medio de ellos el Espíritu de Dios hizo oír las profecías más hermosas. Pero dejó de lado a la más orgullosa aristocracia sacerdotal de Jerusalén; y cuando María vio cómo Dios ensalzaba a su propio círculo y pasaba por alto a todo lo más granado de la sociedad religiosa, ella dijo: "Engrandece mi alma al Señor...porque ha mirado la bajeza de su sierva,... Quitó de los tronos a los poderosos y exaltó a los humildes. A los hambrientos colmó de bienes y a los ricos envió vacíos", Lc. 1:46-55, cf. 1 S. 2:1-10.

Esto se cantaba ya en Israel hacía siglos: «Porque Yahvéh es excelso, y atiende al humilde, pero al altivo mira de lejos», Sal. 138:6, cf. Sal. 18:26-27. Esta es la esencia de la Sagrada

Escritura; o como lo expresó nuestro Salvador: «Lo que los hombres tienen por sublime, delante de Dios es abominación», Lc. 16:15, cf. Mt. 23:12, Lc. 18:14, Stg. 4:6 y 1 Pe. 5:5.

21. La sabiduría hace heredar honra, Pr. 3:35.

La sabiduría concede a sus poseedores cualidades por las que pueden conseguir *el respeto* de su entorno, Hch. 2:47, 1 Ti. 3:7. De esto ya habló Salomón en Pr. 3:16, pero vuelve a ello una vez más en Pr. 3:35:

> *«Los sabios heredan la honra,*
> *pero los necios cargan con su ignominia».*

Esto ocurre porque los necios desdeñan la sabiduría y la disciplina, como veíamos en el comentario a Proverbios 1:7. Allí ya observamos que uno podía equivocarse a causa de su supuesta religiosidad. Pero la imagen del necio ya la describimos en nuestra obra sobre los Salmos,[33] y acerca del mismo se habla con deshonor frecuentemente, como se evidenciará en muchos proverbios, como por ejemplo enPr. 11:2, 12:18, 13:5, 17:7, 19:10, 26:1 y 7-8.

A pesar de esto, el Predicador ya vio que los sabios no siempre reciben en este mundo el honor que merecen. Así, en una ciudad sitiada vio a un hombre pobre y sabio que la había salvado por su sabiduría, «¡y nadie se acordaba de aquel pobre hombre! Entonces dije yo: "Mejor es la sabiduría que la fuerza, aunque la ciencia del pobre sea menospreciada y no sean escuchadas sus palabras", Ec. 9:13-16, cf. 6:8. Y por lo que en este contexto vio, se puede considerar ahora «que la necedad está colocada en grandes alturas», Ec. 10:6. Rara vez van juntos 'honor de Dios' y 'honor de hombres'. Frecuentemente, el creyente debe incluso escoger entre ellos, y por dar honor a Dios tomar la cruz y padecer deshonra, Mt. 5:11-12. ¿Enseñaría por eso Salomón que los sabios *heredarán* honra? Pues se puede hacer reclamación de una herencia, aunque aún no se la posea.

Sin embargo, en tanto que en este mundo haya necios que puedan ostentar altos cargos, aunque esto no encaje, como tampoco la nieve en verano, Pr. 26:1- en el susodicho proverbio también podremos escuchar el conocido y prometedor lenguaje de fe de las Sagradas Escrituras[34]. "Yo honro a

los que me honran", dijo el Señor a Elí, "y los que me desprecian serán tenidos en poco", 1 S. 2:30. Pero esta profecía proverbial tampoco se cumplió en aquel mismo día en la casa de Elí. Como en muchísimas más, por ejemplo, la de la vida eterna, los creyentes también poseen su galardón en Dios, aunque de momento sea *en forma de promesa*. Pero aunque muchos sabios reciban momentáneamente muy poco del honor que les pertenece, y aunque muchos necios se hallen a sus anchas en la tribuna del honor, la promesa del Señor Jesús no fallará: "Si alguno me sirve, mi Padre le honrará", Jn. 12:26. Dios cambiará los papeles definitivamente y hará que los sabios reciban su herencia sin recortar el honor prometido. "Muchos de los que duermen en el polvo de la tierra serán despertados: unos para vida eterna, otros para vergüenza y confusión perpetua. Los *entendidos* resplandecerán como el resplandor del firmamento" (Dn. 12:2-3), sí, "como el sol en el reino de su Padre", Mt. 13:43, Sal. 84:11, 1 Co. 15:42, 2 Co. 3:18 y Flp. 3:21.

22. La sabiduría abarca y bendice toda nuestra vida.

«Si eres sabio, *para tu propio bienestar* eres sabio», Pr. 9:12. Sobre este yunque martillea constantemente el Manual de Proverbios (Pr. 1-9). ¡Qué gran serie de bendiciones *vinculaba* Salomón a una vida en el temor a Yahvéh! Dejémoslas pasar, una vez más, ante nuestra mirada. La sabiduría que por el temor de Yahvéh se puede obtener, abarca realmente toda nuestra vida y bendice toda nuestra vida:

– Puede alargar nuestra vida.
– Nos hace moralmente atractivos ante Dios y los hombres.
– Reduce la miseria en este mundo.
– Favorece nuestra salud.
– Multiplica nuestro patrimonio.
– Enseña a humillarse bajo la disciplina de Yahvéh.
– Constituyenuestra posesión más valiosa.
– Concede riqueza y honor.
– Da dulzura y paz.
– Deja comer del árbol de la vida.
– Está como fundamento de cielo y tierra.
– Da vida,adorna y nos protege.

– Favorece nuestro descanso nocturno.
– Nos guarda mientras los impíos perecen.
– Nos hace serviciales y benefactores.
– No hace mal uso de la confianza.
– Hace amante de la paz.
– Nos conduce en el trato confiado con Dios.
– Ve bendecida su morada.
– Consigue, por su humildad, la benevolencia de Dios.

Como más adelante observaremos, en Proverbios 4 al 9 encontramos muchas veces las mismas razones para buscar la sabiduría que cuando leímos Proverbios 3. Podemos, pues, remitir nuestra consideración al respecto a ese Capítulo. Una cosa nos dejó Salomón ya sobradamente clara en Proverbios 3: que la sabiduría, por medio del temor del Señor, reduce la miseria en esta pobre vida humana, y es la mejor manera para degustar lo máximo posible la dicha, y evitar todo lo posible la desdicha.

NOTAS Cap. 7

1.– F. van Deursen, *Los Salmos I*, 27 y ss., FELiRe 1996

2.– cf. Dr. H.J. Jager, *Palabras Clave del N. T.*, 89s., 473s., FELiRe 1999.

3.– *Conferencia XI* , publicada por FELiRe en 1982

4.– cf. F. van Deursen, *Los Salmos I, 63-70*, FELiRe 1996

5.– F. van Deursen, *Los Salmos I*, 147-148, FELiRe 1996.

6.– F. van Deursen, *Los Salmos I*, 125, FELiRe 1996

7.– F. van Deursen, *Los Salmos I*, 27s.

8.– Dr. Paul Tournier, *Médecine de la personne*, Neuchatel.

9.– F. van Deursen, *Los Salmos I*, 27-32, FELiRe 1996.

10.– F. van Deursen, *Los Salmos II*, 441-442, FELiRe 1997

11.– F. van Deursen, *Los Salmos I*, 134-135. FELiRe 1996.

12.– F. van Deursen, *Los Salmos I*, 215s, FELiRe 1996.

13.– F. van Deursen, *Los Salmos I*, 261, FELiRe 1996.

14.– F. van Deursen, *Los Salmos II*, 634-652, FELiRe 1997

15.– F. van Deursen, *Los Salmos II*, 640-645, FELiRe 1997.

16.– Dr. Paul Tournier, op.cit.

17.– Dr. S.I.McMillen, *None of these diseases*, p. 68.

18.– F. van Deursen, *Los Salmos II*, cap. 20, FELiRe 1997.

19.– F. van Deursen, *Los Salmos I*, caps.. 2 y 3, FELiRe 1996

20.– F. van Deursen, *Los Salmos I*, 123-124, FELiRe 1996

21.– Para más ejemplos, cf. F. van Deursen, *Los Salmos I*, 123-124, FELiRe 1996

22.– F. van Deursen, *Los Salmos I*, 32ss.

23.– cf. Cap. 4, 3.a. y F. van Deursen, *Los Salmos I*, 27-32.

24.– F. van Deursen, *Los Salmos I*, cap. 3, FELiRe 1996

25.– F. van Deursen, *Los Salmos I*, 95-98, FELiRe 1996

26.– F. van Deursen, *Los Salmos I*, 122-123, FELiRe 1996

27.– F. van Deursen, *Los Salmos I*, cap. 3, FELiRe 1996

28.– F. van Deursen, *Los Salmos I*, cap 3, FELiRe 1996

29.– F. van Deursen, *Los Salmos I*, 184-185, FELiRe 1996

30.– F. van Deursen, *Los Salmos I*, 83-86 FELiRe 1996

31.– F. van Deursen, *Los Salmos I*, 2, 3., FELiRe 1996

32.– F. van Deursen, *Los Salmos I*, 1. 3a., 2. 6, FELiRe 1996

33.– F. van Deursen, *Los Salmos I*, 3,4, FELiRe 1996.

34.– Índice de Materias, *Los Salmos II*, bajo: Lenguaje prometedor, FELiRe 1996

Capítulo 8

Proverbios 4

LO QUE EL PROPIO SALOMÓN APRENDIÓ DE SU PADRE DAVID.

Salomón nos deja ahora echar un vistazo a su casa paterna, junto a su padre David y su madre Betsabé. Se puede comprender por qué nos concede echar esta ojeada a su vida privada. Salomón estaba escribiendo un Manual en su libro de Proverbios, con el fin de destacar el inconmensurable *valor* de la sabiduría; y al mismo tiempo para instar a *tomar en serio* esa sabiduría. En este contexto, un recuerdo de su casa paterna podría corroborar su alegato o defensa. Cuando sus lectores vieran que el célebre padre de Salomón, el rey David, ya le había indicado, siendo joven príncipe, la importancia de la sabiduría, entonces tendrían en mayor estima su valía. De ahí también estos recuerdos juveniles reales que hallamos en el Manual o primera parte de Proverbios (Pr. 1 al 9).

Ahora uno se puede preguntar: -'¿Hasta qué punto Salomón cita aquí a su padre David, y dónde toma él mismo la palabra para dirigirse a sus propios discípulos?' ¡Una pregunta difícil! Pero, ¿importa verdaderamente tanto? ¿No es muy posible que todo lo que Salomón nos enseña en Proverbios 4 lo hubiera aprendido de su padre David?[1]. ¿Y por qué Salomón había de guardar lo que su padre le había enseñado sólo para sus hijos carnales, y no lo había de repartir diligentemente a sus hijos espirituales?

1. Escucha a la sabiduría

En estos recuerdos juveniles del sabio Salomón podemos ver bien lo que Proverbios entiende realmente con la pala-

bra «disciplina» (a lo cual ya nos referimos anteriormente en el cap. 3, 2.). A veces se oye afirmar que los poetas/autores de proverbios eran educadores tan duros que se atrevían -adviértase bien- ¡a aconsejar hacer uso de *la vara*! Sin embargo, acto seguido podemos comprobar cuán equivocado es este concepto en los vs. 1 y 2:

> *«Escuchad, hijos, la enseñanza de un padre;*
> *estad atentos, para adquirir cordura.*
> *Yo os doy buena enseñanza;*
> *por eso, no descuidéis mi instrucción».*

Para Salomón era evidente que la disciplina no debía comenzar con la vara y el castigo, sino con *palabras* que uno pueda *oír.* Por eso, después contará cómo su propio padre lo *educó* como hijo. Vemos, pues, que Salomón cambia sencillamente la palabra «disciplina» por «enseñanza» (en hebreo: *toráh*).

Salomón, el principal autor de Proverbios, al hablar de disciplina, pensó en primer lugar en la enseñanza. Naturalmente con imposición de la autoridad que corresponde a padres y otros educadores sobre sus pupilos. Según Salomón, se puede enseñar muy fácilmente la disciplina a alguien por escrito. ¿Qué otra cosa hace él mismo en este libro de la Biblia? El mismo libro de Proverbios debe servir «para aprender sabiduría y doctrina», Pr. 1:2. Salomón comenzó su «disciplina» con el recuerdo de su casa paterna, ¡donde su padre David *hablaba* tan amigablemente con su hijo! Según dice en los vs. 3 y 4a:

> *«Yo también fui un hijo para mi padre,*
> *delicado y único a los ojos de mi madre.*
> *Él me enseñaba, diciendo...»*

¿No es este un poderoso estímulo para todos los padres de hoy día, con el fin de que tengan bien en cuenta la jerarquía de sus obligaciones? David, sin duda alguna, tenía fuera de casa muchas cosas que requerían su atención. Dios le había llamado a gobernar un gran pueblo. Ello no obstante, en esta vocación pública no había visto razón ninguna para incumplir su vocación doméstica y descargar totalmente la educación de su hijo Salomón en profesores. También este padre real obedeció las ordenanzas de Dios: «Se las repetirás a tus

hijos...», Dt. 6:7, cf. Ef. 6:4, Col. 3:21. Por otra parte, «el que no sabe gobernar su propia casa, ¿cómo cuidará de la iglesia de Dios?», 1 Ti. 3:5.

El bien impagable de la sabiduría por medio del temor de Yahvéh, no se puede transmitir de ninguna manera mejor que como lo hizo David; es decir, por medio de los canales naturales del afecto que un niño siente por su padre, y un nieto por su abuelo. Nada extraño que la Sagrada Escritura pinte la relación ideal profesor-discípulo como la relación padre-hijo[2]. Incluso Salomón, ese genio universal, el hombre más sabio, a excepción del Señor Jesús, no consideró humillante para su valía reforzar su enseñanza con un recuerdo a lo que su padre David le había enseñado, cuando siendo joven estaba en casa con su madre Betsabé.

Por otra parte, para un oído amante de la sabiduría, las *lecciones* sobre la vida adquieren más autoridad cuando el profesor alude a la *experiencia* de la vida de sus antepasados. «Nosotros somos de ayer y nada sabemos», dijo Bildad. «Pregunta tú ahora a las generaciones pasadas y disponte a interrogar a los padres de ellas», Job. 8:8-10, cf. 15:10. ¡Después, Proverbios 8 sacará a relucir la excelencia de la sabiduría por una exposición amplia de su antigüedad imponente!

¿Qué enseñó en aquel tiempo David a su joven hijo y príncipe Salomón? ¡Que debía tomar buena nota de las palabras de su padre y guardarlas de por vida, porque de ellas dependía toda la dicha de la vida! De paso, queremos hacer notar con cuánta dulzura esta porción de las Escrituras reúne al abuelo, al padre y al nieto mediante el temor a Yahvéh. Así, la sabiduría puede unir entre sí las diversas generaciones, mientras la necedad frecuentemente las separa por simas generacionales. ¡Si los mayores quisieran enseñar afectuosamente y los más jóvenes quisieran escucharlos con benevolencia! Pues, ¡cuánto depende de que los más jóvenes quieran escuchar! Resulta maravilloso cuando Salomón se atreve a repetirlo. Este capítulo (Pr. 4) cuenta holgadamente con cincuenta versos y no menos de dieciséis de ellos dejan oír un estímulo a *escuchar* las lecciones de la sabiduría, según vemos a continuación:

> *«Escuchad, hijos,..»* vs. 1.
>
> *«estad atentos,..»* vs. 1.

«no descuidéis mi instrucción...» vs. 2.

«Retén mis razones en tu corazón,
«guarda mis mandamientos...» vs. 4.

«no te olvides de ella ni te apartes
de las razones de mi boca..» vs. 5.

«No la abandones, y ella te guardará..» vs. 6.

«Escucha, hijo mío, recibe mis razones..» vs. 10.

«Aférrate a la instrucción, no la dejes..» vs. 13.

«Hijo mío, está atento a mis palabras;
inclina tu oído a mis razones..» vs. 20.

«Que no se aparten de tus ojos;
guárdalas en lo profundo de tu corazón..» vs. 21.

Todas estas palabras ya las conocemos por Proverbios 1 al 3. Pero son precisamente las verdades conocidas de las que pende nuestra vida. Por eso, el Manual de Proverbios se atreve también a repetir reiteradamente lo que ya había repetido reiteradamente, que un hombre debe hacerse sabio *escuchando;* con atención nunca relajada, y con inmenso *aprecio* por la sabiduría. Pues se la debe amar (vs.6) y engrandecer (vs. 8).

¿Se encontraría aquí el secreto de la petición de sabiduría por parte de Salomón? Pues, cuando le fue permitido expresar un deseo al SEÑOR, dijo: «Concede, pues, a tu siervo un corazón que entienda para juzgar a tu pueblo y discernir entre lo bueno y lo malo», 1 R. 3:9. Este ruego mismo ¿no emanaba ya de la sabiduría? La sabiduría comienza consiguiendo sabiduría. Esto es lo más importante de todo. A lo cual debe seguir, en segundo lugar, todo lo que la vida puede ofrecer, como había enseñado David a su hijo. *«Sabiduría ante todo, ¡adquiere sabiduría! Sobre todo lo que posees, ¡adquiere inteligencia!*", Pr. 4:7. El rey lo había dicho incluso agradablemente para los más jóvenes: «Engrandécela, y ella te engrandecerá; te honrará, si tú la abrazas», vs. 8.

Puesto que en nuestras Biblias tenemos los Proverbios de Salomón, sigue valiendo su llamada a hacernos sabios *escuchando.* Sobre todo, si aún somos jóvenes y estamos en casa de nuestros padres, éste es el lema: -'¡Ojos y oídos bien abiertos! ¡Tenlo presente, se trata de dicha o desdicha!' Junto a esto,

en las mencionadas llamadas de atención, también hemos de sentir la fuerte insistencia a *leer* y releer este libro de la Biblia, durante nuestra vida; incluso tomando notas y subrayando todo aquello que más nos llama la atención en esos momentos de nuestra vida. Así es como nuestro corazón, mediante la lectura, memoriza la sabiduría divina y la pone en práctica. Y entonces experimentaremos que quien toma en serio esta sabiduría aún puede evitar muchas desgracias y experimentar mucha felicidad.

2. La sabiduría hace vivir

Los sabios de Israel no daban a sus discípulos mandamientos para seguir a ciegas. Uno de los atractivos de su enseñanza es que ellos, constantemente, sobre todo en Proverbios 1 al 9, intentaban guiar a sus discípulos a la siguiente idea: No puedo obrar más inteligentemente que lo que la sabiduría y sus portavoces me prescriben. «Estad atentos, para adquirir *cordura»,* decía Salomón, pues «yo os doy *buena* enseñanza», vs. 1, cf. vs. 5 y 7. Dicho lo cual, nos hace saber detalladamente por qué su enseñanza es tan provechosa. Las razones que para ello aduce ya las conocemos por Proverbios 1 al 3; y, como allí las hemos tratado con bastante detalle, ahora nos limitamos, en aras de una clara organización de las mismas, a agruparlas aquí abajo en una lista, con los lugares donde se puede encontrar un comentario de estas ventajas de la sabiduría.

«Yo os doy *buena* enseñanza», dijo Salomón (Proverbios 4), pues:

Ella puede *intensificar tu vida,*
vs. 4,13,22, cf. 2:11, 3:21.
Ella puede *protegerte de muchas miserias,*
vs. 6, cf. 2:11, 2:21.
Ella puede *engrandecerte y honrarte,*
vs. 8-9, cf. 2:9, 3:16, 3:33.
Ella puede *alargar tu vida,*
vs. 10, cf. 3:2.
Ella te hace *caminar por veredas derechas,*
vs. 11, cf. 3:5-6.
Ella te puede *guardar de tropezar,*

vs. 12, cf. 3:21-23.
Ella viene *bien a tu descanso nocturno*,
vs. 16, cf. 3:24.
Ella te presta *poder vital en aumento,*
vs. 18, cf. 3:18.
Ella puede *favorecer tu salud,*
vs. 22, cf. 3:7-8.
Ella te guarda del *camino de los impíos,*
vs. 19, cf. 3:25.

Quien quiera gozar de estos beneficios, ha de tener muy en cuenta la extrema atención que se debe dar al corazón, al cual se debe tratar muy comedidamente, pues, según las Sagradas Escrituras, el ser humano hace todo con su corazón. Y por eso Salomón, en el vs. 23, instó a sus jóvenes lectores:

«Sobre toda cosa que guardes,
guarda tu corazón,
porque de él mana la vida».

Guarda mis palabras *en el centro* de tu corazón, había aprendido Salomón en casa de su padre David, vs. 21, cf. Pr. 23:26. Pues, con tu corazón sientes, quieres, piensas, recuerdas y deseas. «Porque de dentro, del corazón de los hombres», -dijo el Señor Jesús- "salen los malos pensamientos, los adulterios, las fornicaciones, los homicidios, los hurtos, las avaricias, las maldades, el engaño, la lujuria, la envidia, la calumnia, el orgullo y la insensatez», Mc. 7:21-22. ¡A no ser que el temor de Dios y su sabiduría se hallen sentados en el trono de nuestra vida!

¿Estaría pensando nuestro Salvador en Proverbios 4:23, cuando pronunció las palabras de Jn. 7:38, (cf. Jn. 4:14): «El que cree en mí, como dice la Escritura, de su interior brotarán ríos de agua viva»? Cuando Cristo, mediante su Palabra y Espíritu, gobierna nuestro corazón, entonces Él rige la sala de control de nuestra vida, y con ello, todo nuestro hacer y dejar de hacer. Entonces no aparecerá esa muerte latente que el Señor describió en el texto mencionado en Mc. 7:21-22, sino que fluirán corrientes de agua viva. Una vida como Salomón la prometió en Proverbios. Una vida que merece el nombre de vida. Vida como otro nombre para expresar la dicha. Vida que después desemboca en la vida eterna, Jn. 4:14, 17:3.

Entonces hablaremos, miraremos y caminaremos rectamente,

vs. 24-27. Entonces nuestros ojos mirarán hacia adelante. Las personas soberbias miran hacia arriba, o hacia lo impúdico abajo, hacia lo taimado a izquierda y derecha; pero las personas rectas miran derechamente, vs. 25. Y sus pies andan por la senda de los mandamientos de Dios, vs. 26. Y ese es el camino que conduce a la vida, Jn. 17:3, Mt. 7:13-14.

Por favor, que no se diga que esta enseñanza de Salomón es «del Antiguo Testamento», pues el apóstol Pablo enseñó objetivamente lo mismo, cuando escribió: «La piedad para todo aprovecha, pues tiene promesa de esta vida *presente* y de la venidera. Palabra fiel es esta y digna de ser recibida por todos...porque esperamos en el Dios viviente, que es el Salvador de todos los hombres [cuando quieren sacar provecho de Su sabiduría], mayormente de los que creen», 1 Ti. 4:8-10.

NOTAS Cap. 8

1.– cf. Sal. 34, F. van Deursen, *Los Salmos II*, c. 18, FELiRe 1997

2.– cf. comentario a Pr. 1:8 y F. van Deursen, *Los Salmos II*, 476/78, FELiRe 1997.

Capítulo 9

Proverbios 5, 6 y 7

ADULTERIO Y PROSTITUCIÓN. LA NECEDAD CORONADA.

Uno de los tropiezos más negros que cualquiera, como hombre adulto o joven, puede consumar es el trato sexual con una prostituta o con la mujer de otro. Entonces se hace uno culpable de lo que Pr. 5:23 literalmente llama *«lo inmenso de su locura»,* que puede destrozar no sólo la vida de un hombre, sino también la de su mujer e hijos. Acerca de esto, Pr. 5 al 7 -los capítulos que ahora esperan nuestro comentario- nos proporcionarán una sabiduría saludable y no contemplativa, sino franca y con un ejemplo claro sacado de la práctica.

Sin embargo, como discípulos de Jesucristo, por favor no nos sintamos anticipadamente elevados por encima de esta lección, pues entonces, en nuestra propia consideración frente a esta tentación, seríamos más fuertes de lo que Dios nos enseña en su Palabra, Mc. 7:21, Ro. 7:21, Gá. 5:19-20. En realidad no se nos considera demasiado bien pertrechados para ello. De lo contrario, nunca habría impuesto a *su propio pueblo* el siguiente mandamiento: «¡No cometerás adulterio»! (Dt. 5:18). Por eso, los sabios de Israel no daban por descontado que los jóvenes de la iglesia de Dios jamás irían detrás de una prostituta o tendrían una actitud pecaminosa con la mujer de otro hombre. Por el contrario, no hay pecado del que Proverbios avise tan detalladamente como del de prostitución y adulterio. Casi todo Pr. 5 al 7 está dedicado a la consideración de este mal.

La forma en que Salomón lo hace es tan interesante como

educativa. Habla a sus lectores -principalmente jóvenes- no con un insulso sermón moralista, sino, entre otras cosas, con un relato ocurrido realmente, que él mismo había visto acontecer ante su propia ventana. Un joven necio fue engañado por una mujer ramera. Salomón cuenta tan vivamente esta historia verdadera que nosotros mismos casi nos imaginamos estar ante esa ventana. Uno experimenta el ambiente de aquel anochecer. Vemos a la peripuesta mujer caminar impaciente de acá para allá. Oímos cómo engatusa a su víctima con palabritas cariñosas, y, como esposos, observamos con terror cómo el pobre idiota, con los ojos abiertos, cae en su red. En Pr. 5 oímos el gemido con que termina la necedad de tales hombres, y el remordimiento con que finalmente claman: «¡No escuché la voz de los que me instruían!», vs. 13. Así de intuitivamente nos da aquí Salomón una ilustración acerca de esa amenaza constante de nuestra felicidad matrimonial. Texto más atractivo para una predicación sobre el séptimo mandamiento difícilmente lo podrán encontrar los predicadores.

La sabiduría que Salomón nos transmite aquí, de la mejor manera posible, acerca de la vida matrimonial y sexual, ¡vale su peso en oro después de tantos siglos! Sobre todo, porque entre la situación en que el antiguo Israel vivía y en la que nosotros momentáneamente nos encontramos, existe más concordancia que la distancia en el tiempo haría sospechar realmente. Israel vivía en el antiguo Cercano Oriente, en un mundo al menos igual de sexual que el nuestro[1]. Aquel mundo se encontraba respecto a la Palabra de Dios acerca de la relación hombre/mujer, en el mismo aislamiento que nosotros. Por eso, la sabiduría que hay en la Palabra cuadra tan sorprendentemente en nuestra sociedad actual, en la que ese espíritu de 'haz lo que quieras' («permisividad») mina progresivamente las buenas costumbres.

En este capítulo queremos considerar: Primero, cómo, según Pr. 5 al 7, *comienza* siempre la necedad del adulterio y prostitución. Segundo, cómo *terminan* casi siempre. Y, tercero, cómo uno puede *armarse* contra ellos.

1. ¿Cómo comienza siempre esta necedad?

Se hace de noche. En la pequeña ciudad israelita impera la animación bulliciosa que precede diariamente al caer la

oscuridad. Ya se ha cenado. Los hombres conversan aún un poco en el pórtico. Las mujeres se apresuran a terminar sus últimas ocupaciones antes de oscurecer, y los niños aún juegan en la plaza. Un par de caminantes entran en la ciudad para pasar la noche tras sus seguros muros, Gn. 19:1, Jue. 19:11-21. Una brisa fresca ahuyenta el calor del día. ¡Oh, qué noches tan agradables en Israel! Isaías también gozó mucho de ellas, Is. 21:4.

Pero, ¿y esa mujer de allí, vestida con ropas llamativas? (Pr. 7:10), ¿cómo es que callejea mirando a todas partes? ¡Qué rostro tan descarado tiene y qué bulliciosa e impaciente es!: «unas veces está en la calle, otras veces en las plazas, al acecho en todas las esquinas», (7:12). Mira, allí se pasea un hombre joven cerca de su casa. Observa, ella no lo pierde de vista y se acerca a él. Y entonces, ¡ella lo agarra fuerte y le da un beso! Calla, ¿qué le dice ella a él? Léase Pr. 7:14-23:

«Sacrificios de paz[2] había prometido,
y hoy he cumplido mis votos;
por eso he salido a encontrarte,
buscando con ansia tu rostro,
y te he hallado.
He adornado mi cama con colchas
recamadas con lino de Egipto;
he perfumado mi lecho
con mirra, áloes y canela.
Ven, embriaguémonos de amor hasta la mañana;
disfrutemos de amores.
Porque mi marido no está en casa;
se ha ido a un largo viaje.
La bolsa del dinero se llevó en la mano,
y no volverá a casa hasta la luna llena.
Así lo rindió, con la suavidad de sus muchas palabras,
y lo sedujo con la zalamería de sus labios.
Al punto se marchó tras ella,
como va el buey al degolladero
o como va el necio a prisión para ser castigado;
como el ave que se arroja contra la red,
sin saber que va a perder la vida
hasta que la saeta traspasa su corazón».

Salomón vio cómo ocurría esto con sus propios ojos, cuando,

cierta noche, sentado tras el enrejado de su ventana, estaba mirando afuera. De esto ya hace casi tres mil años, pero en este hecho se puede ver que el mundo no cambia esencialmente. Tales espectáculos ocurren diariamente en todo el mundo. Y si prescindimos de las circunstancias de tiempo, lugar y modo, dramas como éste aún se representan según el modelo que Salomón pinta en Proverbios 5 al 7.

Primeramente, lo que afecta al modo en que uno, como hombre, puede llegar a semejante desliz. Para ello no es preciso ser lo que se llama un hombre malo. Recordemos, por un momento, a piadosos creyentes como Sansón y David, que aunque vencieron a un león,¡sucumbieron ante la hermosura de una mujer! Salomón no retrata aquí un joven de carácter corrompido, sino más bien un inocentón, un necio que aún era demasiado cándido en la vida. Un auténtico ingenuo, Pr. 7:7 (en hebreo *péti*; cf. Pr. 1:4 y 14:15).

La casa de ella, su vestir, su boca y sus ojos.

¿Cuál fue, pues, su primera estupidez? Que él se acercó mucho a su barrio. ¿Por qué debía pasar «junto a la esquina, e ir camino de la casa de ella»? Pr. 7:8. En lugar de huir de la tentación, precisamente la buscó y eso se convirtió en su desgracia. Por eso Salomón aconsejó: «Aleja de ella tu camino y no te acerques a la puerta de su casa», Pr. 5:8. Jamás deambules innecesariamente por barrios sospechosos.

Además, su vestir provocador pudo haberle prevenido. En cualquier caso, sus palabras provocativas debían haberle hecho recapacitar. ¿Qué mujer decente comienza a hablar a un joven desconocido para ella o a un hombre forastero, acerca de su cama que huele tan bien y sobre su marido que momentáneamente no está en casa? Con semejante criatura no se debe iniciar conversación alguna. ¡Sigue adelante! Y deprisa, por favor.

Es chocante el empeño con que los sabios avisan sobre la lengua de la «mujer extraña» o bien la mujer de otro, con quien no está permitido tener trato. Hablan sobre ella en Pr. 2:16-19, 5:1-23, 6:20-7:27 -¡con muchos detalles!- y en cada uno de estos pasajes resaltan su lengua deleznable; porque «halaga con sus palabras», Pr. 2:16. Y «los labios de la mujer extraña destilan miel», 5:3a. ¡Oh, sabe hablar tan bien! Ella

te «comprende» naturalmente mucho mejor que lo hace tu propia mujer y parece mucho «más atractiva»; «y su paladar es más suave que el aceite», 5:3b. Sus palabras destilan zalamería engañosa: «He buscado por todas partes... Me encuentro tan sola... mi cama huele tan bien... ¿Te gusta el «amor»?

¡Sí, ella le asió más refinadamente de lo normal, pues además se presentó religiosamente! Por eso estaba tan contenta dehaberlo «hallado» (7:15), porque aquel era para ella un día especial. Había hecho una promesa a Dios, y Él había colmado su deseo. Ahora, ella había ofrecido su ofrenda de paz (a la cual también pertenecían los sacrificios de paz, Lv. 3 y 7:11-21). De tal ofrenda podía el oferente mismo comer la mayor parte. Por tanto, ella lo atrajo también con la perspectiva de una rica comida de carne del sacrificio de paz. ¿Acaso él se iba a permitir dejar pasar tal invitación?

¡Qué brutal criatura! Un israelita ofrecía un sacrificio de *paz* sólo cuando entre Yahvéh y él todo iba bien: ¡y este es el sacrificio que ella se atreve a mencionar! Una adúltera que ciertamente había quebrantado el pacto de su Dios, 2:17. La Sagrada Escritura avisa alguna otra vez contra cometer adulterio bajo la máscara de religiosidad. Jer. 29:21-23, Ap. 2:20-23.

El joven no tenía miedo de ser descubierto, pues la costa estaba segura. «Mi marido», como ella dice significativa- y casi odiosamente, no llegará a casa por el momento. Dada su cama suntuosa se podría pensar en un rico comerciante que estaba en un viaje de negocios. Y, además, había oscurecido; luego, ¿quién les vería?

Así intentaba ella engatusar al joven.

Sin embargo, en el momento en que ella le hablaba y le dirigía sus palabras engañosas, él no estaba todavía perdido. Un joven como José resistió esta tentación, aunque la mujer de Faraón se ofreció descaradamente: «¡Duerme conmigo!» Lo repitió no una vez, sino un día tras otro. A pesar de ello, José permaneció firme y rechazó acostarse y tener trato con ella, Gn. 39:7-10. Pero nuestro joven incurrió en una necedad tras otra. Miró a aquella mujer y escuchó sus palabras «amorosas»; y éstas, entretanto, colaboraban con su mirada cariñosa; algo de lo que Salomón también habla claramente: «No codicies su hermosura en tu corazón, ni te prenda ella con sus ojos», 6:25. Mas él sí codició sus encantos y se dejó engañar por su mirada misteriosa.

Entonces, el dilema quedó zanjado pronto. Tenemos la impresión de que él aún estuvo luchando interiormente, porque «de repente»[3] tomó su decisión, 7:22. Las palabras suaves y melosas que ella había hecho destilar en el corazón de él, habían roto su oposición, Pr. 7:21. Como un buey que va al degolladero, el pobre hombre fue tras ella.

Cuatro normas a tener en cuenta.

Vivimos casi tres mil años después de este suceso, pero el modelo del adulterio y de la prostitución apenas ha cambiado desde entonces. Esta necedad aún comienza frecuentemente de la forma arriba descrita. Para comenzar, el joven no debía haber ido a casa de ella, como tampoco nosotros debemos caminar innecesariamente por barrios sospechosos, y así poder evitar mejor a determinadas mujeres. Después, el vestir de ella debía haberle puesto sobre aviso, como eso mismo debe alertar a jóvenes inteligentes. Además, él debía haber comprendido las palabras de ella que, en semejantes casos, aún tienen el mismo contenido: «Mi marido no está en casa...Qué estupendo haberte encontrado... Disfrutemos de amores...» Finalmente, su manera de hablar debía haberle hecho temblar.

Aunque después consideraremos aún más detenidamente qué armas ofrece Salomón contra esta tentación, de lo leído podemos sacar, ya ahora, la conclusión provisional de que Salomón, a través de esta historia, nos avisó de cuatro peligros: Primero de su *casa,* segundo de su *vestir,* tercero de su *boca,* cuarto de sus *ojos.* Los hombres y jóvenes temerosos de Dios sírvanse deducir de esto cuatro normas a tener en cuenta:

-Permanece lo más lejos posible de su barrio.
-No te quedes desconcertado por su vestir.
-No te dejes engatusar por su boca.
-No te dejes apresar por sus ojos.

2. ¿Cómo se desarrolla esta necedad?

¿Cuántos, en su simpleza, no han pensado que podían entablar relaciones sexuales con una prostituta o con la mujer de otro sin sufrir las malas consecuencias de ello? Sin embargo, en mala hora se enteraron de lo contrario. Semejante mujer quizá

sabía a miel, «pero su final es amargo como el ajenjo», dijo Salomón, «agudo como espada de dos filos», 5:4. Pero, ¿no habla esto por sí mismo?

> *«¿Pondrá el hombre fuego en su seno*
> *sin que ardan sus vestidos?*
> *¿Andará el hombre sobre brasas*
> *sin que se quemen sus pies?*
> *Así le sucede al que se llega a la mujer de su prójimo,*
> *pues no quedará impune ninguno que la toque»*
> Pr. 6:27-29.

El israelita transportaba carbones encendidos en un calentador, pero no en su «seno», orepliegue de su vestido sobre el ceñidor que usaba como bolsillo, Ex. 4:6. Y nosotros diríamos: ¿Quién lleva ahora fuego en su bolsillo del pantalón? ¿Acaso pensará que el pantalón no se quemará? Así de necio es alguien que tiene trato sexual con la mujer de otro (que «se llega a ella», Gn. 16:2-4, 20:6, 30:3, I Co. 7:5) y luego piensa que con ello no corre riesgo alguno. Semejante hombre juega con fuego; sí, ¡abrazael fuego! La experiencia de la vida de muchas generaciones puede contar cuán terribles quemaduras pueden sufrir un hombre y su familia por ese abrazo a una mujer extraña. Las observaciones de Salomón al respecto pudieron haber sido escritas en nuestro tiempo.

Si resumimos lo que él enseñó a sus lectores acerca del daño que la mujer extraña puede ocasionar, tenemos los siguientes consejos: Permanece lejos de su barrio, pues ella te cuesta tu *riqueza,* tu *salud,* tu *honor,* quizá incluso tu *vida* y mucho *dolor de corazón.*

Prosigamos considerando con más precisión esta recomendación.

a. Esa mujer te cuesta tu riqueza.

El adulterio y el «ir con prostitutas» ocasionan gran daño económico a quien lo frecuenta. Una mujer así no se contenta con un mero trato social. Quien va a una ramera, como el hombre de Proverbios 5, deberá pagar mucho por cada visita; y si ella se convierte en una «amiga» segura, como quizá quería el hombre de Proverbios 7, entonces se enriquecerá una fa-

milia extraña con el dinero y bienes del visitante. Esa mujer desea artículos de lujo y, de vez en cuando, es natural que también se habrá de aportar algo para su familia; y entonces se puede estar contento de no caer en las manos de un proxeneta que te va a sacar tu buen dinero por hacer el favor de no informar a tu mujer y conocidos de tus «andanzas». Ese dinero del silencio puede llegar a costar una fortuna.

Por ello, ¡esas mujeres que hablan melosamente son seres despiadados! Tan despiadados que pueden conseguir que un hombre, por ella, abandone a su mujer e hijos y lleve el dinero costosamente ganado a casa de extraños. Por eso el adulterio es la necedad coronada. Quien anda sobre ascuas abrasa sus pies y quien comete adulterio se arruina a sí mismo. Eso enseña claramente Proverbios a sus jóvenes lectores, Pr. 6:32, cf. Lc. 15:30.

> *«Aleja de ella tu camino*
> *y no te acerques a la puerta de su casa,*
> *no sea que des tu honor a extraños,*
> *y tus años a alguien cruel;*
> *o no sea que los extraños se sacien de tu fuerza,*
> *que tus trabajos queden en casa ajena», Pr. 5:8-10.*

Ella se presentó muy amable, pero se reveló como una mujer de duro corazón. Inmisericorde abandonó «al compañero de su juventud» (2:17); y asimismo te priva de tu «honor», de tus «años», de tus «riquezas» y de tu «dinero ganado costosamente». Aquí, lo uno explica a lo otro. ¿Qué otra cosa debería ser el «esplendor» de un hombre sino su frescura y poder juvenil, su ímpetu, los mejores años de su vida, los resultados de su estudio y sus conocimientos laborales, en una palabra: todo lo que en la sociedad le proporciona respeto y por lo que durante años se ha afanado? Esto es lo que exige esa mujer extraña, totalmente despiadada, de la mujer e hijos legítimos de ese hombre para dedicarlo a sí misma y a su camarilla. Salomón tenía razón: «Porque la ramera sólo pretende del hombre un bocado de pan, pero la adúltera busca la vida del hombre», Pr. 6:26.

b. Esa mujer te cuesta tu salud.

En todas partes del mundo las autoridades de la salud pública observan con preocupación el fenómeno de que las enfer-

medades venéreas clásicas, sífilis y gonorrea, de nuevo vuelven a aparecer con fuerza. Además hay que añadir el SIDA. Al renovado brote de estas terribles enfermedades venéreas se puede indicar diversas causas.

La nueva moral, la pornografía y el turismo masivo.

En primer lugar, la nueva moral con su condescendencia frente a la creciente promiscuidad. ¡Fuera con las normas insoportablesde la Biblia y la religión! ¡Fuera las tradiciones opresoras y la legislación anticuada de una época victoriana que sólo procuraban al hombre inhibiciones insanas! Haz lo que quieras, sigue tus inclinaciones sexuales por más extrañas y salvajes que sean. Con esta música de flauta encantadora los profetas de la permisividad, cual tentadores modernos, han atraído a innumerables jóvenes hacia la utopía de su «libertad» sexual. En círculos cada vez más amplios se encuentra totalmente normal que un joven se acueste frecuentemente con toda clase de jovencitas elegidas al vuelo, y que un hombre tenga contactos sexuales con diferentes «mujeres extrañas».

Además, en este contexto, se puede pensar en la aceptación general del trato homosexual y la práctica creciente de formas caprichosas y extravagantes de relación sexual que son fomentadas por la lectura pornográfica y las películas del cine.

Por último, el turismo masivo también tiene aquí un papel de importancia. Grandes grupos de personas se desplazan actualmente por el mundo, y muchos sobrepasan con demasiada facilidad las normas a las que se atienen en casa.

Gemir cuando se consuma tu carne y todo tu cuerpo, Pr. 5:11.

Sin embargo, apenas oímos hablar a los abogados de la «libertad» sexual acerca de las terribles consecuencias de esta nueva moral. Para ello hay que acudir a las Sagradas Escrituras y al libro de Proverbios, que son realmente fiables. En ellos nuestro Dios misericordioso nos da la saludable amonestación de que el goce efímero de la prostitución muy fácilmente puede cambiarse en un gemir prolongado, *«cuando se consuma tu carne y todo tu cuerpo«,* Pr. 5:11.

Salomón se refiere realmente a las horribles consecuencias que la prostitución y el adulterio pueden tener para la salud de los que los practican, pues él también las había podido

notar ya en su época. Cuando los cananeos celebraban sus fiestas de Baal, practicaban una prostitución masiva, con lo que cada cual tenía relación sexual con cualquiera. No hay que dudar de que aquella antigua promiscuidad oriental también tenía desastrosas consecuencias para la salud del pueblo; ¡y eso en una época en que no se conocía la penicilina! Cualquier enciclopedia médica popular puede informarnos sobre el carácter detestable de las clásicas enfermedades sexuales. Y entonces no se puede sino dar la razón a Salomón, quien no exageraba cuando hablaba de «*gemir* cuando se consuma tu carne y todo tu cuerpo«, Pr. 5:11.

Gonorrea o uretritis.

Quien por el trato sexual con una «mujer extraña» contrae una gonorrea o uretritis no tiene por qué notar nada de ello durante las primeras semanas. Y eso cuando sólo en la fase de comienzo se la puede combatir con éxito. Después, y por los conductos urinarios del hombre, puede extenderse hacia su vejiga y consecuentemente privarlo de sus fuerzas para engendrar hijos. Además de esto, esa enfermedad puede causar artritis y gran dolor en su bajo vientre.

En las mujeres, la uretritis sigue un curso aún más traidor, porque en ellas la infección, en muchos casos, no se manifiesta enseguida. Por ello, la enfermedad puede penetrar de forma inadvertida en el útero, y cuando ha anidado allí, en más de una víctima se covierte en causade que no pueda tener hijos.

Si, a pesar de todo, una madre que padece uretritis trae un hijo al mundo, corre el grave riesgo de que los ojos de su bebé se infecten durante el nacimiento. África y Asia conocen sus miles de mendigos ciegos, la mayoría de los cuales tienen que atribuir su ceguera a la gonorrea de su madre. Para ellos, el único alimento son las migajas que, en los pueblos pobres, sólo rara vez caen de la mesa; y si piden pan, pueden recibir un par de pedradas, o son expulsados como perros sarnosos. Nohace tanto tiempo que las instituciones para ciegos estaban pobladas en gran parte por víctimas de la gonorrea.[4]

Sífilis, el azote de Venus.

La sífilis, otra clásica enfermedad sexual, es posible que se

desarrolle más horriblemente aún. Algunas semanas después de la infección, la enfermedad se puede parar aún con antibióticos, pero, a fin de cuentas, ¿cuánto tiempo hace que el mundo conoce esos remedios? Resulta desconcertante cuando uno se da cuenta de que la gran masa de la población mundial no conoce estos remedios, y no digamos posee, pues incluso carece de los primeros principios de información en este terreno.

Después de dos a tres meses, llega lasegunda etapa en la que pueden presentarse toda clase de afecciones cutáneas y caída del cabello; después, la enfermedad puede hacer creer a la víctima que se ha curado por sí misma, ¡pero es entonces cuando evidencia bien su carácter más traidor! Como una fatal bomba retardada, golpea a lo largo de años en el cuerpo del infectado para, apenas cinco años después, pero a veces incluso después de treinta años, llegar a explotar. Lo que entonces le está esperando al pobre paciente es, sin más, horrible.

En este tercer estadio, la sífilis puede revelarse en los siguientes síntomas: afecciones cutáneas feas (protuberancias, úlceras en la membrana mucosa de la boca), inflamaciones en el periostio, afección en el sistema óseo y de las articulaciones, cambios en el corazón y en la arteria principal del cuerpo, por lo que, incluso después de veinte años de la infección, un ataque sifilítico aún puede alcanzarlo en el corazón, el hígado,los testículos o el oído interno. De hecho, no hay órgano que nunca pueda ser afectado. Quince años después de la infección, la enfermedad aún puede desarrollar una afección sifilítica del sistema nervioso central, con malas consecuencias para el cerebro y la columna vertebral. En relación con esto, pueden aparecer las enfermedades conocidas como reblandecimiento cerebral, en las que alucinaciones y pérdida de memoria son las posibles perturbaciones acompañantes. La afección del sistema nervioso tiene como consecuencia perturbaciones del movimiento (parálisis) y del sentimiento. Nada extraño, pues, que a la sífilis también se la llame «Lues Venerea», ¡el azote de Venus!

La nueva enfermedad venérea: S*índrome de* I*nmuno* D*eficiencia* A*dquirida (*SIDA*).*

El SIDA es una enfermedad en la que el cuerpo pierde la resistencia contra numerosas infecciones.

El virus que es responsable de ello se llama *Human Immunodeficiency Virus* (VIH). Cuando la enfermedad se declara, el cuerpo pierde la defensa contra toda clase de enfermedades infecciosas.

El virus VIH puede ser transmitido por transfusión de sangre mal analizada, pero casi siempre por relación sexual y por inyecciones de drogas. Una futura madre infectada puede transmitir el virus a su bebé no nacido.

Quien está infectado con el VIH puede permanecer sin síntomas, pero lleva consigo el peligroso virus para el resto de su vida.

Cuando la persona infectada desarrolla la enfermedad del SIDA, lo cual puede tardar algunos meses, aunque también hasta diez años, ello será en forma de enfermedades infecciosas como la tuberculosis, inflamación de los pulmones o del sistema nervioso (demencia, meningitis); y también algunas formas de cáncer.

La pérdida creciente de peso y debilidad general conducen, finalmente, a la muerte.

El uso de preservativos en las relaciones sexuales no ofrece una garantía absoluta contra la infección. *La mejor protección contra esta enfermedad terrible está en mantener relaciones sexuales de por vida exclusivamente con la esposa y/o marido propios.*

«El que teme a Dios, saldrá bien de todo», Ec. 7:18.

A modo de aclaración hacemos notar que nosotros, legos en esas materias, no debemos considerar como víctima de enfermedades venéreas a cualquiera que muestre una de las consecuencias de la enfermedad mencionada anteriormente. La ceguera puede proceder de la madre por una transfusión de sangre contaminada de SIDA. Nosotros mencionamos estos fenómenos como aviso serio y como ilustración a propósito de las palabras de Salomón: «Gemir *cuando se consuma tu carne y todo tu cuerpo»,* Pr. 5:11.

También se puede pensar en miserias semejantes cuando acerca de ese joven de Proverbios 7, leemos: «Al punto se marchó tras ella, como va el buey al degolladero..., como el ave que se arroja contra la red,...*hasta que la saeta traspasa su corazón»,* vs. 22-23. Y ahora no hablamos por un momento

sobre toda clase de fenómenos neuróticos como consecuencia de pecados contra el séptimo mandamiento; éstos, a su vez, pueden originar todo tipo de enfermedades sicosomáticas.

Pero el que es acepto a Dios, se libra del lazo de semejante mujer, Pr. 7:26; pues el temor del SEÑOR es para vida; y no en sentido vagamente espiritual, sino incluso corporalmente tangible; y, en muchos casos, el temor del SEÑOR preserva de la consulta del médico y de la sala de espera del psiquiatra.

El temor de Yahvéh es saludable.

La ciencia médica, con todo su conocimiento, no puede con el problema mundial de las enfermedades venéreas. Sus antibióticos comienzan a fallar y también su información es insuficiente para desviar el flujo creciente. Sólo hay un remedio probado contra este mal, y ese es el temor del SEÑOR. ¡Porque la vida según los mandamientos de Dios es saludable! Esto ya lo comentamos más ampliamente al tratar Pr. 3:7-8: «No seas sabio en tu propia opinión, sino teme a Yahvéh y apártate del mal, porque esto será *medicina* para tus músculos y refrigerio para tus huesos».

Dios creó para Adán *una* mujer, y el Señor Jesús enseñó: «Por esto dejará el hombre a su padre y a su madre, y se unirá a su mujer», Mc. 10:7, cf. Gn. 2:24. ¡Fíjate bien, los *dos!* Un extraño que se introduzca entre los dos cónyuges puede poneros en contacto fatal con otros noventa.[5] En este aspecto, ciertos paganos son más sabios que los occidentales modernos.[6]

Pero, unos tres mil años antes de la invención del microscopio y del descubrimiento de los gonococos de la gonorrea, Yahvéh ya conocía ese peligroso mundo de los microbios, y dio a su pueblo el único mandamiento eficaz para prevenir al cuerpo de esos asesinos masivos y aniquiladores de la vida, diciendo: «No cometerás adulterio». Un hombre y su mujer, y sólo *esos dos* «serán una sola carne», (1 Co. 6:16). Pues para un hombre sano y una mujer sana que se guardan mutuamente fidelidad conyugal, es poco menos que imposible contraer una enfermedad venérea. O, por decirlo con una variante de Pr. 14:30: «La fidelidad conyugal es vida para la carne; pero la prostitución es carcoma de los huesos».

c. Esa mujer te cuesta tu buen nombre.

Prostitución y adulterio también pueden privarte de *tu honor.* Al menos en una sociedad sana. Pero eso no siempre fue reconocido en Israel. En Jeremías, Yahvéh se lamenta de los hombres de Jerusalén: «Los sacié y adulteraron, y en casa de prostitutas se juntaron en compañías. Como caballos bien alimentados, cada cual relinchaba tras la mujer de su prójimo», Jer. 5:7-8, cf. 6:16. Riguroso, pero Jeremías vivió en un tiempo de terrible abandono del Pacto. ¿Y acaso esto no puede decirse de la cristiandad de nuestro siglo? ¿Y no se puede deducir esto del criterio cambiado sobre toda clase de normas acerca del adulterio y la prostitución, según se puede oír en círculos cristianos cada vez más amplios? Sospechamos que muchos de esos círculos distorsionan muchísimo el enfoque de Proverbios 5 al 7, o incluso lo pueden encontrar irrisorio. A nuestro parecer, sin embargo, la opinión indulgente manifestada acerca de estos asuntos forma una prueba y expresión de la general apostasía de los antiguos pueblos cristianos en todos los terrenos de la vida.

Felizmente, uno encuentra también por todas partes grupos en los que se comprende que prostitución y adulterio minan los fundamentos de la familia, de la iglesia (1 Co. 5:1, 6:12-20) y de la sociedad; y que esos pecados significan el golpe mortal para el amor conyugal, y destruyen la felicidad de los niños. Cuando en esos círculos sanos se percibe que el casado Sr. X ha entablado una relación con la asimismo casada Sra. Y, entonces allí se habla de un escándalo. Y Salomón sabía que esto no caería en el olvido durante años, Pr. 6:33:

> *«Heridas y vergüenza hallará,*
> *y su afrenta nunca será borrada».*

Ciertamente, cuando el marido airado de la mujer infiel abría un pleito contra su amante, como podía ocurrir en Israel, entonces se estaba públicamente ante un escándalo, «en medio de la sociedad y de la congregación», Pr. 5:14. Y entonces ese pecado podía costar incluso la muerte, como después veremos, Lv. 20:10, Dt. 22:22-24, Jn. 8:5.

También en la iglesia cristiana que mantiene la disciplina de los mandamientos de Dios, se sigue considerando un escándalo si alguien cae en el pecado de adulterio, y no digamos

si alguien muere en él; aunque crea en el perdón de pecados. Eso pertenece a esa «maldad y crimen en Israel» (Jue. 20:6), que le cuesta a uno el honor. Frente a tu propia mujer e hijos, frente a tus amigos y conocidos y frente a la iglesia. ¡Amarga experiencia!

También de eso quiere protegerte el pasaje de Proverbios 5 al 7.

d. Esa mujer puede costarte incluso tu vida.

En la actualidad se ríe sobre la prostitución y se castiga el robo, ¡pero, respecto a esto, Dios había enseñado a su pueblo a pensar de otra manera! En Israel, el asalto de alguien al matrimonio de otro hombre se consideraba mucho más grave que el asalto a la casa de otro hombre. Quien había robado no iba a prisión, sino que debía devolver multiplicado lo robado, Ex. 22:1-4, Pr. 6:31.[7]

Con lo cual se podía poner término al asunto. Y cuando alguien había robado por hambre, ciertamente era castigado, pero no menospreciado. Pero, ¿y alguien que había mantenido contacto sexual con la mujer de otro hombre? ¡Ese tal, según la Toráh, debíamorir!

La Toráh establecía la pena de muerte al adulterio.

El adulterio era el más puro paganismo cananeo y eso debía ser desterrado del santo pueblo de Dios. Si no, se borraba la línea divisoria que el Señor había trazado entre su santo pueblo Israel y el mundo cananeo, cf. Lv. 18:1-5. Israel se atraía así el juicio que debía cumplirse contra Canaán mismo. Por muy indulgente que la Toráh pudiera juzgar, para este pecado no había perdón alguno. Puesto que dicho pecado atacaba el fundamento de la existencia de Israel como pueblo santo, Dios exigía la muerte en tales casos: «Así extirparás el mal de Israel», Dt. 22:22, cf. Lv. 20:10. Dios consideraba el matrimonio tan santo, justo y de una importancia tan fundamental que la ruptura del mismo quería verla castigada con el castigo más alto. Un ladrón cogido «in fraganti» debía reparar, pero un adúltero debía pagar con su propia sangre. En primer lugar, porque Dios lo exigía, y en segundo lugar, porque lo exigía el cónyuge engañado.

Los celos hacen echar llamas a un hombre.

Por norma, un hombre reacciona más indulgentemente cuando alguien le roba su pan para saciar el hambre, que cuando alguien le roba su mujer para aplacar su pasión. «Porque el hombre enfurecido por los celos», decía Salomón, «no perdonará en el día de la venganza», Pr. 6:34, cf. 27:4.

Tomemos, como ejemplo, aquel hombre de negocios de Proverbios 7, cuya mujer, durante su ausencia, atrajo a un joven a su cama de adúltera. El día señalado, efectivamente regresó el hombre a su casa, 7:20. Entre tanto pensaría, ¿le habría sido infiel su mujer? Ella lo negaría categóricamente. Sin embargo, él no podía desechar de sí su sospecha. En ese caso, él podía, en virtud de la ley de los celos, ir con ella a un sacerdote, quien entonces, de forma simbólica y condicional, la ponía bajo la maldición de Yahvéh, Nm. 5:11-31. Si, no obstante, existían testigos de su culpa o había sido sorprendida 'in fraganti' con el joven, entonces estallaba «el día de la venganza», en que el cónyuge engañado acudía a los jueces en el pórtico de la ciudad, Pr. 6:34.

Allí estaban en pie, el adúltero y la adúltera: «en medio de la sociedad y de la congregación», 5:14. Entonces, ni el regalo más caro valía ya como rescate. El desesperado joven, quien quizá también estaba casado, podía disculparse lo que quisiera: -'Ella comenzó a besarme, ella me tentó a entrar»; pero su marido permanecería inflexible y no se dejaría comprar. «No aceptará compensación alguna,..., aunque *(tú)* le aumentes el pago», 6:35; (*aunque vosotros*, dice Salomón a sus lectores). Con lo cual, sencillamente quería decir: Eso puede sucederte, si no estás alerta.

Del castigo no se podía dudar, pues los jueces conocían la Toráh: «Si un hombre comete adulterio con la mujer de su prójimo, el adúltero y la adúltera indefectiblemente serán muertos», Lv. 20:10, cf. Dt. 22:22, Ez. 32:45-47. Así protegía el Señor, además de su propia santidad y la de Israel, la integridad de los matrimonios entre su pueblo, y con ello el organismo de la sociedad.

Y Salomón enseñó lo mismo en forma de proverbios:

> *«¿No se desprecia al ladrón,*
> *aunque solo robe por comer cuando tiene hambre?*
> *Y si es sorprendido, pagará siete veces:*

tendrá que entregar cuanto tiene en su casa.
También al que comete adulterio le falta sensatez;
el que tal hace corrompe su alma.
Heridas y vergüenza hallará,
y su afrenta nunca será borrada.
Porque el hombre enfurecido por los celos
no perdonará en el día de la venganza;
no aceptará compensación alguna,
ni querrá perdonar aunque le aumentes el pago».
Pr. 6:30-35.

Y aquí se trata de un hombre que llevó su asunto a los jueces. Sin embargo, probablemente también en Israel más de un cónyuge engañado se tomó la justicia por su propia mano y mató, cegado de ira, a su rival. «Porque los celos enfurecen al hombre», 6:34. Así de trágicamente llegó a su fin el príncipe Amnón. Había violado a su hermanastra Tamar. Dos años después, fue asesinado por su furioso hermano Absalón, 2 S. 13. ¿Acaso no debemos pensar en la vida de los adúlteros tan trágicamente acortadas cuando oímos al Predicador preguntar: «¿Por qué habrás de morir antes de tiempo?»?, cf. cap. 7, 1. b. y c. ¿Cuántos hombres y jóvenes habrán encontrado ya un final prematuro a causa de las llamadas relaciones triangulares? Esto se puede leer casi diariamente en las noticias de los periódicos.

No en vano, Proverbios avisa frecuentemente que quien tiene relación sexual con la mujer de otro hombre, anda al borde del sepulcro, de modo literal (por la pena de muerte en Israel o el homicidio por su marido) yde modo figurado.

El adulterio es mortal, literal y figuradamente.

Como acabamos de ver aquí arriba, el adulterio puede hacer quealguien encuentre literalmente la muerte. Pero, vida y muerte pueden teneren Proverbios también un significado más amplio. La *vida* es, con frecuencia, otra palabra para significar la dicha. Y la *muerte* es, frecuentemente, la destrucción de la dicha. Expresado en nuestros conceptos: cuando el matrimonio queda roto y se infiere un daño irreparable a la paternidad y a la dicha paternal, cuando los hijos son otorgados a la madre y el marido queda aplastado bajo una gran factura de abo-

gados y la pensión alimenticia, cuando después, quizá también hay que pasar la vejez sin hijos y nietos, entonces el sabio poeta de Proverbios califica a esto como: ¡la «muerte» ya en vida! Es mucho mejor poder hablar de la dicha de no haber caído por mano de asesinos ni de ver la salud destrozada por una horrible enfermedad venérea.

De esto quiere Dios proteger a los miembros de su iglesia y por eso nos dio también Proverbios, ese libro de doctrina de vida, sobre todo para los jóvenes. Y por eso llamó la atención de este mal tan frecuente. Piensa, pues, en la muerte, tanto en sentido literal como figuradamente, cuando las Sagradas Escrituras nos avisan:

> *«Serás así librado de la mujer ajena,*
> *de la extraña que halaga con sus palabras,*
> *que abandona al compañero de su juventud*
> *y se olvida del pacto de su Dios,*
> *por lo cual su casa se desliza hacia la muerte,*
> *y sus veredas hacia los muertos.*
> *De los que a ella se lleguen, ninguno volverá*
> *ni seguirá de nuevo los senderos de la vida».* 2:16-19.

> *«Sus pies descienden a la muerte,*
> *sus pasos descienden al seol.*
> *Sus caminos no son firmes: no los conoce,*
> *ni considera el camino de la vida».* 5:5-6.

> *«Porque a muchos ha hecho caer heridos,*
> *y aun los más fuertes han sido muertos por ella.*
> *Camino del seol es su casa,*
> *que conduce a las cámaras de la muerte».* 7:26-27.

> *«Porque abismo profundo es la ramera,*
> *pozo profundo la extraña.*
> *También ella, como un ladrón, acecha,*
> *y multiplica entre los hombres los prevaricadores».* 23:27-28.

e. Esa mujer te cuesta mucho dolor de corazón.

Y toda esta miseria era innecesaria. Con tal que se hubiera escuchado a Dios y su Palabra, y se hubiera tomado a pecho la sabiduría de Salomón, nada de eso hubiera ocurrido. Por lo cual, el adulterio y la prostitución pueden causar a sus autores tanta pesadumbre, si se llega a comprender que

por ese pecado también se ha destrozado su vida. Un instante de irreflexión puede hacer que se llore durante años, además del remordimiento que durante años puede permanecer royendo:

> *«Y digas: -'¿Cómo pude aborrecer el consejo?*
> *¿Cómo pudo mi corazón menospreciar la reprensión?*
> *¡No escuché la voz de los que me instruían,*
> *ni a los que me enseñaban incliné mi oído!»* 5:12-13.

3. ¿Cómo puedes protegerte contra esta necedad?

Prevenir es mejor que curar. Esto es lo que llevó a Salomón a dar el amplio aviso de Proverbios 5 al 7. La descripción nada disimulada de la miseria que el adulterio y la violación de la fe conyugal pueden causar a alguien, debe servir para hacer temblar a los lectores y ahorrarles esta miseria.

Sin embargo, no se ha de deducir de esto que las Sagradas Escrituras quieren con ello empequeñecer nuestra dicha conyugal, o acorralar el gozo sexual del ser humano. Al contrario, los charlatanes de la «libertad» sexual, desligados de Dios y su Palabra, conducen a sus partidarios precisamente a la esclavitud más dura y les roban la dicha más pura del matrimonio. Son como vacas que se marchan de un prado suculento para buscar en un campo de cactus una ración de hambre. Por el contrario, ¡lo que Dios nos prescribe en su Palabra no sirve para hacer lo más *pequeña* posible nuestra alegría matrimonial, sino precisamente *tan grande* como sea posible entre dos personas pecadoras!

En este marco, Salomón da en Proverbios 5 al 7 un número de advertencias dignas de atención de cómo uno puede evitar las *miserias* matrimoniales y puede agrandar la *felicidad* conyugal:

– Recuerda la enseñanza en el temor del SEÑOR.
– Permanece lo más lejos posible del barrio de la ramera.
– No desees su hermosura en tu corazón.
– Fíjate en el final de semejante relación.
– Goza del amor con tu propia esposa.
– Ten en cuenta que Dios te ve en todas partes.

a. Recuerda la enseñanza del temor de Yahvéh.

El cumplimiento del séptimo mandamiento descansa, según Proverbios, en el del quinto mandamiento, véase el comentario a Pr. 1:8. El «Honra a tu padre y a tu madre» presta la fuerza necesaria al: «No cometerás adulterio». Admitiendo, naturalmente, que se hayan tenido padres temerosos de Dios. Una educación tan piadosa puede proteger ya a un corazón juvenil contra toda clase de amenazas de su futura felicidad; incluyendo la amenaza del adulterio y la violación de la fe conyugal.

¡Pero entonces, como es natural, uno debe escuchar realmente a esos educadores! Nada extraño que cada una de las tres porciones sobre la mujer extraña en Proverbios 5 al 7 comience por insistir: *¡Escucha, hijo mío!* No son las palabras suaves de esa mujer extraña las que deben encantar tu corazón, sino lo que tú, de niño, oíste en casa de aquellos padres temerosos de Dios.

Así tendrás un arma poderosa en las manos para proteger tu felicidad. «Mi piadosa madre decía siempre... Mi creyente padre nunca quiso...»; esto debes tener día y noche ante tus ojos. Cómo ellos te inculcaron un respeto filial a lasPalabras de Dios y te enseñaron a creer que sólo sirviendo al Señor podrías ser dichoso. Cuelga de tu cuello esa enseñanza como un precioso sello. Déjala que sea tu adorno, tu guardia personal, la guía que te preceda y la lámpara con que camines sobre una senda iluminada, cf. Pr. 1:8, Ex. 13:9, Dt. 6:6-9. Así estarás pertrechado con sus palabras piadosas contra las palabras pecadoras de la mujer extraña, y no irás tras ella ingenuamente, derecho a tu perdición. La disciplina paternal te mantiene entonces en el camino de la vida.

Salomón enseñó esto concisamente en los proverbios siguientes:

> *«Guarda, hijo mío, el mandamiento de tu padre*
> *y no abandones la enseñanza de tu madre.*
> *Átalos siempre a tu corazón,*
> *enlázalos a tu cuello.*
> *Te guiarán cuando camines,*
> *te guardarán cuando duermas*
> *y hablarán contigo cuando despiertes.*
> *Porque el mandamiento es lámpara,*

la enseñanza es luz,
y camino de vida son las reprensiones que te instruyen»,
Pr.6:20-23.

Sin embargo, Dios hizo que la instrucciónen su Palabra no se diera sólo en la casa paterna -si bien Él nombra a padres y madres como lo primero de todo, cf. Dt. 6:7, 11:19, Sal. 78:3-4, Ef. 6:4. Esa instrucción también se da en la «casa de enseñanza». En Israel, la enseñanza de la Toráh al pueblo era tambiéntarea de los sacerdotes y levitas, Dt. 33:10, Jer. 2:8, Mal. 2:7, Neh. 8, Lc. 2:40-52, 4:16. Junto a esto, es cierto que había en circulación muchos proverbios de Salomón y otros sabios. Vemos así que, aparte de nuestros padres, hay más maestros de la Palabra de Dios. Ellos nos enseñaron a conocer la Sagrada Escritura, y así nos instaron a amar a nuestro Padre celestial y a seguir sus caminos. Y también nos enseñaron en cuanto a la cuestión de la relación hombre/mujer, muchacho/muchacha. Además, ahora también pueden transmitirnos la enseñanza de nuestro Señor Jesucristo y sus apóstoles sobre los asuntos en cuestión, cf. Mt. 5:27-32, Ro.1:24-32, 1 Co. 6 y 7, Gá. 5:19, 5:22-33, Col. 3:18-19, He. 13:4, 1 P. 3, y 2 P. 2:14. Ap. 22:15. De las lecturas diarias en los hogares también puede salir una rica bendición para estos asuntos de la relación entre hombre/mujer, etc.

Pero el mejor consejo no sirve de nada si no se lo escucha, y por eso también los sabios insisten con empeño en dar sus lecciones sobre la mujer extraña por amor a tu vida. Cuanto ellos han enseñado sobre ella en Proverbios 5 al 7, debes guardarlo tan esmeradamente como «la niña de tus ojos», según lo expresan literalmente (7:2).

Con Doña Sabiduría debes estar en buenos términos, pero no con esa otra mujer extraña. Con Doña Sabiduría debes tratar tan íntimamente como con tu esposa, a quien en Israel también se la llamaba «hermana mía», Cnt. 4:9-10, 5:1-2. En una palabra, ¡haz de estas *lecciones* de vida, *costumbres* de vida! Átalas a tus dedos -auténtica expresión de la Toráh-, de manera que las veas constantemente, Pr.7:1-4:

«Hijo mío, guarda mis razones
y atesora para ti mis mandamientos.
Guarda mis mandamientos y vivirás,
y guarda mi enseñanza como la niña de tus ojos.

Átalos a tus dedos,
escríbelos en la tabla de tu corazón.
Di a la sabiduría: -'Tú eres mi hermana',
y llama parienta a la inteligencia».

b. Permanece lo más lejos posible del barrio de la ramera.

Otra advertencia buena de Salomón, dice: «Aleja de ella tu camino y no te acerques a la puerta de su casa», Pr.5:8. Así pues, no busques la tentación. No vueles como la polilla alrededor de la vela; no te detengas ante películas, vídeos y anuncios exaltando la sexualidad. No concedas lugar alguno en tu corazón a los deseos y pensamientos sexuales pecaminosos. Evita libros y revistas que exciten tu imaginación en una dirección prohibida. Vuelve la espalda a ese mal. ¿No son estos avisos importantes? El Señor Jesús y sus apóstoles lo repitieron muchas veces de otra forma: «... Por tanto, si tu ojo derecho te es ocasión de caer, sácalo y échalo de ti...», Mt. 5:28 y ss. «Huid de la fornicación, 1 Co. 6:18. «Huye también de las pasiones juveniles», 2 Ti. 2:22.

c. No desees su hermosura en tu corazón.

«Me robaste el corazón con una mirada tuya», leemos en Cantar de los Cantares (4:9). Pero allí se lo susurra al oído un *desposado* en amor puro a su propia *desposada*. Por el contrario, las mujeres malas usan sus ojos como señuelo para pescar a hombres extraños, Ec. 7:26. «La lujuria de la mujer se ve en la procacidad de sus ojos, en sus párpados se reconoce», dijo Yesúa ben Sirac[8], en Eclesiástico 26:9[9]. También Isaías, en su tiempo, las vio caminar con ojos provocadores por las calles de Jerusalén, Is. 3:16. Por eso Salomón advirtió también de los *ojos* y *pestañas* de la mujer extraña, sí realmente de sus encantos, (Pr. 6:25):

«No codicies su hermosura en tu corazón,
ni te prenda ella con sus ojos».

Yesúa ben Sirac enseñó algo parecido: «Aparta tu ojo de mujer hermosa, no te quedes mirando la belleza ajena. Por la belleza de la mujer se perdieron muchos, junto a ella el amor se inflama como fuego», cf. Sirac o Ecl. 9:8, cf. 9:3-9.

Toda nuestra vida procede de nuestro corazón, incluso las emociones primarias de un deseo lujurioso; por eso debemos guardar nuestro corazón cuidadosamente más que cualquier otra cosa, Pr. 4:23. De los corazones brotan tanto las miradas adúlteras de los ojos de las mujeres como el mirar codicioso de los ojos de los hombres, Mc. 7:21.

Por ello, los poetas y autores de proverbios decían: -Escucha a tus educadores, pues así en momentos tan peligrosos recordarás lo que aprendiste en casa y en la iglesia: «No *codiciarás* la mujer de tu prójimo», Ex. 20:17. Y entonces combatirás la impureza que ya brota en tu corazón. Nuestro Señor Jesús cumplió la Ley también en este punto con su enseñanza: «Pero yo os digo que cualquiera que *mira* a una mujer para codiciarla, ya adulteró con ella en su corazón», Mt. 5:28.

d. Fíjate en el final de semejante relación.

«Mejor es el fin del negocio que su principio», Ec. 7:8. Por eso los sabios nos enseñan constantemente a juzgar las cosas según su *final.* Así el gozo puede terminar en tristeza, Pr. 14:13. Lo que puede parecer un buen día, puede resultar un mal camino, Pr. 16:25 (cf. 14:12). Escuchando la sabiduría puedes llegar a ser finalmente sabio, Pr. 19:20. Una cuantiosa fortuna conseguida rápidamente puede, al fin, resultar una desgracia, Pr. 20:21. El vino agradable puede morderte al final, Pr. 23:32. Los pleitos precipitados pueden agriarte la vida, Pr. 25:8. El siervo mimado será tu heredero, Pr. 29:21, cf. 19:20, 23:18, 24:14 y 20. Así pasa también con la mujer extraña: las últimas impresiones te enseñan mejor que las primeras a saber quién es ella: Pr. 5:3-4:

> *«Los labios de la mujer extraña destilan miel*
> *y su paladar es más suave que el aceite,*
> *pero su final es amargo como el ajenjo,*
> *agudo como espada de dos filos».*

Como ya vimos, ella puede costarte tus riquezas, tu honor, tu salud y algunas incluso tu *vida.* Pero quien es tan sabio que escucha la Sagrada Escritura y tiene el valor de remar contra la corriente de la condescendencia, marcha por el camino más seguro para ahorrarse toda la miseria mencionada; incluso la de una enfermedad venérea.

e. Goza del amor de tu propia esposa.

Además, mi querido joven, es absolutamente innecesario que vayas tras una extraña teniendo en casa una esposa tan linda. ¿Por qué no has gozado del amor con aquella que por derecho y ley es absolutamente tuya? Este es, quizá, el aviso más delicado que da Salomón para evitar «ir a la (mujer) extraña», Pr. 5:15-20. «Alégrate con la mujer de tu juventud», vs. 18. Por supuesto que este consejo va dirigido alos hombres casados desde hace tiempo, pero también es para los jóvenes no tan experimentados (cf. 1:4 y 7:7), entre los cuales muchos ya estaban casados. En Israel era muy probable que a los veinte años uno ya estuviera casado, y a esa edad no se podían gloriar de tener mucha experiencia de la vida. El mozo insensato que en Proverbios 7 vimos irse a la cama con la mujer de otro, como ya observamos, es probable que él mismo también estuviera casado.

Puede ser que un hombre actúe como si a su propia mujer le faltara algo y por eso mire a otra. Parece como si Salomón, en Proverbios 5, agarrara por los hombros a un necio así para amonestarlo con lenguaje imaginativo y transparente, para que no se quede embobado mirando la hermosura de la extraña, sino que prefiera gozar del encanto de su propia esposa. El poeta compara la pasión masculina con la sed, lo que en el árido Oriente es una imagen expresiva del deseo sexual; y a la esposa legal y sus encantos los compara con un pozo de agua abundante del que el esposo puede saciar abiertamente la sed de sus deseos. Pr. 5:15-20:

> *«Bebe el agua de tu propia cisterna,*
> *los raudales de tu propio pozo.*
> *¿Acaso han de derramarse tus fuentes por las calles*
> *y tus corrientes de aguas por las plazas?*
> *Sean ellas para ti solo,*
> *no para los extraños que están contigo.*
> *¡Sea bendito tu manantial*
> *y alégrate con la mujer de tu juventud,*
> *cierva amada, graciosa gacela!*
> *Que sus pechos [10] te satisfagan en todo tiempo*
> *y recréate siempre en su amor.*
> *¿Por qué, hijo mío, has de andar ciego con la mujer ajena*
> *y abrazar el seno de la extraña?*

Por supuesto, que aquí Salomón no pinta una imagen completa del lugar de la mujer en el matrimonio. A esto aún añadirá muchas más cosas en el capítulo 31. Sin embargo, lo que él tiene muy presente es preparar a sus jóvenes lectores lo más fuertemente posible contra la tentación de la mujer extraña. Y de ahí su atrevido lenguaje figurado que recuerda fuertemente al de Cantar de los Cantares (cf., p.ej., el esposo: «Manantial de los jardines, pozo de aguas vivas», 4:15; «fuente cerrada, sellado manantial», 4:12. Además: «Tus dos pechos», 4:5 y 7:3).

Parece realmente como si el escritor, con una cierta picardía, quisiera provocar en este pasaje los celos del marido. ¿Por qué, propiamente hablando, tendrías que apagar tu propia sed en mujeres públicas («fuentes que corren en la calle»), mientras en casa posees esa fuente privada de la que puedes beber a pedir de boca?, vs. 15-16. ¿O debe ella, acaso porque tú la has desatendido, ir a satisfacer a otros hombres y no sólo a ti? También se puede entender el vs. 16 de esa manera. Y entonces, ella ya no es por más tiempo tu propia cisterna, sino una auténtica fuente de la ciudad cuya agua corre por la plaza pública. Debes tener una mujer sólo para ti mismo, mi joven amigo, vs. 17, Cnt. 4:12. ¡Anda!, hazle oír tus elogiosas palabras a esa joven de tus años juveniles, y no a una prostituta, vs. 18. ¿O acaso no se lo merece? ¿Acaso tu propia esposa no es una graciosa gacela y una cierva amada? ¡Deja que sus pechos te embriaguen continuamente de gozo, y no los de una lujuriosa! ¡Que *sus* caricias te den siempre su encanto, y no las de una mujer extraña!, vs. 19. [11]

Entre líneas, se oye la amonestación del sabio-poeta de proverbios:¡Fuera con ese descontento ardiente en tu corazón! Da cabida nuevamente a la verdadera dicha y sé profundamente agradecido por la esposa que Dios te concedió, cuando ella aún era una joven y tú un joven, cf. Ec. 9:9. Y recuerda, que quien coge *lo prohibido* siempre echa a un lado *lo mejor.*

La contraseña para un matrimonio dichoso.

Efectivamente, con lo dicho hasta aquí, Salomón ya hizo oír anticipadamente la amonestación siguiente: «Maridos, amad a vuestras mujeres», Col. 3:19, cf. Ef. 5:28. Con lo cual, la Sagrada

Escritura indica a los casados la realidad de la más alta alegría sexual. Los modernos profetas del "todo está permitido" de la nueva moral, censuran la piedad enseñada en la Sagrada Escritura, diciendo que ella ha impedido durante mucho tiempo el desarrollo de la vida sexual. Pero la práctica demuestra que «sexo» sin amor es únicamente un aglutinante pasajero para hacer que un matrimonio merezca ese nombre. Además, da mucho menos goce de lo que se había imaginado. Cree sencillamente a las Sagradas Escrituras: todo lo que te aparta de Dios y su Palabra, de tu esposa y tu hogar, eso es el enemigo de tu dicha sexual. La contraseña para un matrimonio feliz es: *¡Juntos!* «Maridos, amad a vuestras mujeres», Col. 3:19. «Y serán *los dos* una sola carne», Mt. 19:5.

En este mundo, toda la dicha del matrimonio descansa en esta elección.

El apóstol Pablo pertrechó a la iglesia con la misma sabiduría.

En Corinto, aquella ciudad portuaria internacional,se iba tan fácilmente a un burdel como actualmente se visita un cine. El apóstol Pablo ofrecía en 1 Corintios 7 el mismo remedio contra esta tentación que Salomón en Proverbios 5: «Por causa de las fornicaciones tenga cada uno su propia mujer, y tenga cada mujer su propio marido», 1 Co. 7:2. Las necesidades sexuales se deben satisfacer en el matrimonio y no en un burdel. El hombre y la mujer no deben privarse mutuamente de su cuerpo, porque también el hambre sexual debe ser saciado a su tiempo. El apóstol hablaba en este contexto de auténticas «obligaciones», 1 Co. 7:3-5, cf. 1 Ts. 4:4.

En otro lugar, el apóstol advierte contra los falsos maestros que enseñaban que Dios prohibía no sólo el goce de los alimentos, sino también el goce de las relaciones sexuales en el matrimonio. Según ellos, la sexualidad no era agradable a Dios. Sin embargo, todo lo que Dios ha creado es bueno. Timoteo debía enseñar esto con valentía, 1 Timoteo 4. Para ello podía, naturalmente y lo primero de todo, recurrir a la Toráh, Gn. 2:24, 2 Ti. 3:16, pero también al libro de Proverbios, porque en él el sabio Salomón, en un hermoso lenguaje figurado, se refería claramente al acto conyugal en el matrimonio como un remedio probado contra las relaciones sexuales extraconyugales, Proverbios 5.

Mediante esta enseñanza franca y sincera, la Sagrada Escritura nos presenta de forma delicada, pero no cursi, la verdad necesaria para navegar entre los arrecifes del gnóstico desprecio del matrimonio y las prácticas libertinas del «yo hago lo que quiero».

f. Y ten muy presente que Dios te ve en todas partes.

Adulterio y prostitución pertenecen a las «obras de las tinieblas», también en sentido literal, Ro. 13:12-13, Ef. 5:11, 1 Ts. 5:4-7. Los autores de esta injusticia llegan fácilmente a este pensamiento: '¿Quién me ve en la oscuridad?' La noche está aguardando la mirada del adúltero, del que dice: -'No me verá nadie', Job 24:15, cf. Yesúa ben Sirac(Eclesiástico 23:18-21). Pero Salomón avisó: -No te equivoques, pues el Señor lo ve todo; «porque los ojos de Dios están sobre los caminos del hombre, y ve todos sus pasos. No hay tinieblas ni sombra de muerte donde se puedan esconder los que hacen el mal», Job 34:21-22, cf. Sal. 139: 1-12, 2 Cr. 16:9, Zac. 4:10. ¡Él te ve ir hacia la mujer extraña y yacer con ella, no lo olvides!

Proverbios 5 concluye con esta amonestación contundente:

> *«Los caminos del hombre están ante los ojos de Yahvéh,*
> *y él considera todas sus veredas.*
> *Apresarán al malvado sus propias iniquidades,*
> *retenido será con las ligaduras de su pecado.*
> *Él morirá por la falta de disciplina*
> *y errará por lo inmenso de su locura»,* vs. 21-23.

Por decirlo de alguna forma, Dios no precisa castigar a los adúlteros, pues este mal se castiga a sí mismo. Esto lo hemos visto detalladamente. Este pecado te costó tu riqueza, tu salud, tu buen nombre y quizá incluso tu vida. Él mismo, pues, pone la soga al cuello de sus autores. ¿Y cuál es, en un solo sentido, su error fundamental? ¡Falta de disciplina! Necedad grande o bien impiedad, vs. 23.[12] Se palpa que Salomón quería grabarle a cada hombre joven en las palmas de la mano: '¿Quién escoge, oh loco, la muerte por la vida?'

g. Seis normas a tener en cuenta.

Estas eran las seis normas a tener en cuenta que Prover-

bios 5 al 7 aconseja al hombre y joven temeroso de Dios, respecto a la mujer extraña:

– Ten presente la enseñanza del temor de Yahvéh.
– Permanece lo más lejos posible de la mujer extraña.
– No desees su hermosura en tu corazón.
– Ten en cuenta el final de semejante relación.
– Goza del amor de tu propia esposa.
– Ten bien presente que Dios te ve en todas partes.

Pero, ¿no es siempre la mujer la principal culpable?

Se ha advertido que Salomón habla exclusivamente de la tentación de un hombre por una mujer. Ahora bien, adulterio yprostitución son pecados de los que, por la naturaleza del asunto, siempre son culpables *dos* personas, y además la iniciativa puede haber partido también del hombre. Las Sagradas Escrituras refieren también la historia de la hermosa princesa Tamar, que fue deshonrada por su hermanastro, 2 Samuel 13. Y bajo las presiones sociales en la época de Amós, Yahvéh también señala esto: «El hijo y el padre se allegan a la misma joven (¿una sirvienta indefensa?)», Am. 2:7.

Esto ocurría desde que Israel abandonó a Yahvéh, pues en la Toráh Él también ofreció protección a las mujeres y a las muchachas israelitas, cf., p.ej., Dt. 22:13-30. ¡Ay del joven recién casado que mentía diciendo que su esposa no era virgen en el día de su boda! Recibía públicamente un castigo y una buena penitencia, Dt. 22:18-19. ¡Y, ay del hombre que en campo abierto había agredido a una joven prometida, donde nadie había oído sus gritos de auxilio! Éste era condenado a muerte, Dt. 22:25-27. Aunque Yahvéh, misericordioso, hacía distinción entre tales hombres y un joven soltero que había engañado a una chica joven. Éste salía mejor parado, Dt. 22:28-29.

Pero, por última vez, Salomón avisaba ahora a los jóvenes y menos jóvenes acerca de la mujer mala. Por su parte,las mujeres y las jóvenes creyentes mismas pueden sacar realmente la enseñanza necesaria para estar preparadas contra la tentación de un hombre malo.

> *"Pero en ti hay perdón, para que seas reverenciado",*
> Sal. 130:4.

Para poder encontrar una acusación contra el Señor Jesús, los fariseos y escribas llevaron una mujer ante Él. Ella había sido sorprendida en adulterio y Moisés había mandado: «Apedrear a tal hombre o mujer»; pero, ¿qué dijo Jesús realmente al respecto? Inicialmente no les respondió nada, pero pintó algunos signos en la arena. Sin embargo, al seguir ellos insistiendo, Jesús se alzó y les dijo: «El que de vosotros esté sin pecado sea el primero en arrojar la piedra contra ella». Entonces Él se inclinó nuevamente y siguió escribiendo en la tierra. Pero cuando oyeron las palabras de Jesús, se marcharon uno tras otro, «comenzando desde los más viejos».

¡Un orden muy elocuente!

Y «solo quedaron Jesús y la mujer que estaba en medio. Enderezándose Jesús y no viendo a nadie sino a la mujer, le dijo: -Mujer, ¿dónde están los que te acusaban? ¿Ninguno te condenó?»

-Ninguno, Señor.

Entonces Jesús le dijo:

-«¡Ni yo te condeno; vete y no peques más!», Jn. 8:3-11.

NOTAS Cap. 9

1.– F. van Deursen, *Los Salmos I*, 243-244, FELiRe 1996.

2.– Mejor dicho, ofrenda de alabanza, porque ningún mal grave interrumpe la comunión íntimacon Dios; o, porque, mediante la ofrenda por un pecado, se ha hecho expiación de la culpa: 2 S. 6:17, 1 R. 8:63, Ez. 43:27; y leyes respectivas en: Lv. 3 y 7. Cf. F. van Deursen., L*os Salmos I*, 238, y II, 440, FELiRe 1996/7.

3.– La palabra hebrea "pitom" indica una acción súbita o repentina, como quien toma una decisión después de un tiempo de vacilación.

4.– cf. Dr. S.I.McMillen, *None of these diseases*, London 1966, p. 40).

5.– «Una muchacha que sólo tenía relaciones sexuales con su novio pensaba que estaba a salvo. Cuando el médico le dijo que estaba infectada se quedó estupefacta. Un 'trazador venéreo' reveló lo siguiente: El novio había tenido relaciones con otra muchacha; pero la muchacha había tenido relaciones con otros cinco hombres, que a su vez habían estado con al menos otras noventa y dos mujeres., McMillen, op. cit., p. 43.

6.– Como, p.ej., los Bavenda en Sudáfrica, donde las mujeres mayores inspeccionan la virginidad de una novia, H.A. Stait, *The Bavenda*, 108, 113,, 120, 123, 155, ed. 1968.

7.– Siete, como se dice en Pr. 6:31, es según las Sagradas Escrituras, «un número cierto en lugar de uno incierto». También se puede pensar en una indemnización siete veces mayor con el fin de sosegar el enojo del cónyuge y rescatar un proceso.

8.– Yesúa Sirac es autor de uno de los libros apócrifos del Antiguo Testamento, conocido también bajo el nombre de Eclesiástico; el cual formó parte de la Septuaginta (traducción griega del Antiguo Testamento) y ha sido incluido en muchas versiones, especialmente católicorromanas y otras, siguiendo a la Vulgata Latina. En la antigúedad, el libro de Yesúa ben Sirac o Eclesiástico, gozó de alto aprecio entre judíos y cristianos.

9.– *Biblia de Jerusalén*, Desclee de Brouwer, Bilbao 1975

10.– El término «sus pechos» que aparece en muchas versiones, procede de la vocalización hebrea «daddéyha». Bien es verdad que también es posible (como en R/V 1995) leer "dodéyha" que significa «sus caricias» o algo así. En relación con el vs. 20 (abrazar el seno) escogimos la primera vocalización. La palabra hebrea «daddéy» aparece en Ez. 23:3, 8 y 21, donde el significado «pechos» parece evidente.

11.– "Este énfasis es más bien raro en la Escritura, simplemente porque la naturaleza ya lo ofrece, y por lo tanto los aspectos complementarios del matrimonio han de ser subrayados. Pero es muy importante entender que el deleite sexual del matrimonio es dado por Dios; y la experiencia confirma que cuando el matrimonio se contempla principalmente como si fuera un acuerdo mercantil, no sólo se interpreta mal la generosidad de Dios, sino que, además, las pasiones humanas buscan otras salidas. (cf. vs 20) «. D. Kidner, Proverbs, London 1964, 71.

12.– F. van Deursen, *Los Salmos I*, 80-82, FELiRe 1996

Capítulo 10

Proverbios 8

LA IMAGINARIA «DOÑA SABIDURÍA»

Nos acercamos al final del Manual instructivo de Proverbios (Proverbios 1 al 9). Como hemos visto, en él se ha enfocado el *provecho* de la sabiduría en toda clase de temas, y nos ha estimulado con muchas sugerencias. Es como si nos dijeran: «Sea como sea, toma en serio la sabiduría, así probarás la dicha más grande posible y experimentarás la menor miseria posible». Con lo cual, por supuesto que se refiere especialmente a las lecciones sobre la vida que después leeremos en Proverbios10 al 31, que conforma el verdadero libro de Proverbios. Sin embargo, primero tenemos Proverbios 8 para subrayar, una vez más, la importancia vital de esas lecciones.

Esto lo hace de una forma poética y cautivadora, pues el autor mismo pone en escena a la sabiduría (vs. 1-3) como si fuera una persona hablante (figura o forma de decir que en literatura se llama *prosopopeya).* Señala su lealtad y franqueza (vs. 6-13); el poder y provecho que brotan de ella (vs. 14-21); y su excelsa antigüedad (vs. 22-31). Por lo cual, jóvenes y mayores deben escucharla diariamente; la dicha de su vida está en juego (vs. 32-36).

No obstante, a lo largo del tiempo, a Proverbios 8 se lo ha relacionado con toda clase de consideraciones. Como si la Sagrada Escritura no diera aquí ninguna presentación poética de la verdad, ninguna personificación, sino como si tuviera en mente una auténtica *persona viviente.* Incluso un ser divino. Ya el libro apócrifo de Yesúa ben Sirac (el Eclesiástico, del 180 a. C.), en este punto se aparta del libro canónico de Proverbios. Después, otro libro apócrifo titulado Sa-

biduría de Salomón y el gnosticismo han torcido aún más la interpretación de Pr. 8:22-31.

Arrio demostró con ello su error, diciendo que nuestro Señor Jesucristo, a fin de cuentas, es un ser creado. Ciertamente el ser creado más excelso, pero, no obstante, un ser creado. ¿Prueba? Pr. 8:22. Allí se puede leer claramente: «Yahvéh me poseía en el principio, ya de antiguo, antes de sus obras.»[1] Esto, según Arrio, se refería al Hijo de Dios, pues en la Escritura también se le llama "la sabiduría de Dios", 1 Co. 1:24 y 30, Col. 2:3, cf. 1:15. ¡Como si un ser creado nos pudiera salvar![2]

Dejemos estar por un momento estas cuestiones en torno a Proverbios 8:22-31, para proseguir con nuestra propia exposición del capítulo 8. Según nuestra opinión, esta porción bíblica no nos impone de ninguna manera profundos problemas teológicos o filosóficos. Antes al contrario, nos permite oír un hermoso Himno a la excelencia de la sabiduría, que desemboca en este llamado contundente: -¡Toma en serio la sabiduría!

1. Doña Sabiduría aparece en nuestra vida dispuesta a ayudar a todos con consejos saludables, vss. 1-5.

¿Recordamos aún a «Doña Sabiduría»? Ya nos la encontramos anteriormente en Pr. 1:20-33. No es una persona viviente, sino más bien una personificación poética, lo que en figuras literarios se llama *prosopopeya*. Recordemos toda la sabiduría que Dios ha depositado en la Escritura y en la Creación; Proverbios 8 nos la presenta ahora como una mujer sabia (Joab envió una mujer así a David para abogar por Absalón, 2 S. 14:2, cf. 20:16-17).

Para concretar más: es posible que ya tengamos que agradecer mucho a la visión de la vida que nos da la Sagrada Escritura. Admiramos el ingenio con que Dios lo ha creado todo; aunque para ello sólo hace falta que nos fijemos en nuestro propio cuerpo. Hemos aprendido a fondo una profesión determinada, y eso también es un asunto de sabiduría, cf. Cap. 3, 1, a.b. Sabemos que la vida que merece ese nombre, también es un arte que sólo se puede ejercitar cuando se respeta a Dios y su orden, cf. Cap. 4. A este fin se puede aprender muchísimo de la naturaleza, pero nunca tan bien como con

las lentes de la Escritura; y en ello los Provebios de Salomón son ciertamente la obra fundamental en el terreno de la sabiduría. Ahora bien, todo ese océano de sabiduría que hay en la *revelación* divina y en la *experiencia* humana nos lo presenta Salomón aquí y ahora como una persona viviente.

Los israelitas gustaban mucho de semejantes personificaciones, cf. Cap. 5. 3, y ello se evidencia en el libro de Proverbios. A veces, nos presenta a esa sabiduría como una novia o esposa, cf. 4:6-9, 6:22; a veces como una compañera o confidente de por vida, 7:4; a veces como una fondista; y ahora aquí, en Proverbios 8, como *una mujer sabia.* Una profetisa o predicadora de la calle. En su «persona» nos dirige la palabra toda la sabiduría del mundo:

Versículo 1:

«¿Acaso no clama la Sabiduría
y alza su voz la inteligencia?»

Por comodidad la llamaremos "Doña Sabiduría". Con mayúsculas, porque aquí se trata de un apelativo, aunque es una persona imaginaria. También podríamos hablar de Doña *Perspicacia* o de Doña *Inteligencia* (vs. 1: 1b). Esto quizá podría hacer que el libro deProverbios fuera algo menos susceptible de especulaciones extrañas como las que se han leído acerca de Pr. 8:22-31.

No, Proverbios 8 no nos cansará con problemas filosóficos. Este poema se elevará hasta la altura de «en el principio», cuando Dios creó el cielo y la tierra, también con sabiduría. Pero, ¿dónde hará actuar el regio poeta por primera vez a su imaginaria Doña Sabiduría? ¡En la calle! No se ha de pasar esto por alto. Este Himno Excelso que después vuelve la mirada hasta el período previo a la creación, ¡comienza en la calle! Con lo cual, el poeta añade al retrato de su figura principal un rasgo característico, por el que la conocemos mucho mejor:

Versículos 2 y 3:

«Apostada en las alturas junto al camino,
en las encrucijadas de las veredas,
junto a las puertas, a la entrada de la ciudad,
a la entrada de las puertas da voces:»

Doña Sabiduría no se echa atrás de meterse entre el pueblo sencillo. Tampoco levanta su voz en un espacio santo, lejos del rumor de la calle, sino que escoge su lugar junto al pórtico de la ciudad. Por tanto, cualquierisraelita podía encontrarla en el centro de la vida social. Allí donde se resolvían los asuntos, se hablaba con los amigos, se defendía el derecho, se hacían los convenios, se promovían los intereses ciudadanos, se buscaba la sociabilidad y se vivían los pequeños placeres, precisamente allí estaba Doña Sabiduría en la tribuna. Nosotros diríamos: no en un jardín claustral, sino en un centro comercial. En esa *vida plena* pide ella atención y ofrece su consejo.

La sabiduría no es un artículo del que uno sienta necesidad únicamente algunas veces en su vida. También esto lo enseña perfectamente Proverbios 8 de forma poética. ¿Cuándo pide atención Doña Sabiduría? Precisamente cuando los comerciantes están alrededor de la balanza, cuando los ancianos deben pronunciar una sentencia judicial y las mujeres están hablando de alguien. Doña Sabiduría no eleva su voz en un rincón silencioso donde nada ocurre, sino sobre el rumor «del mercado de la vida». En una marchosa reunión al aire libre; e interrumpe a su auditorio en sus *ocupaciones diarias,* porque precisamente con ello puede proporcionar tantísimos buenos consejos.

También le gusta ayudar a todo el mundo, incluso al mayor ignorante. Esto se evidencia en su actuación en el pórtico, pues ella no está susurrando en un sótano, sino anunciando a voz en grito sus opiniones en un lugar elevado, vs.3. Por tanto, a nadie tiene que faltarle su consejo; como se hace evidente por su llamamiento:

Versículos 4 y 5:

«¡A vosotros, hombres, llamo;
mi voz dirijo a los hijosde los hombres!
Ingenuos, aprended discreción;
y vosotros, necios, entrad en cordura».

La sabiduría no da sus clases a una selecta sociedad de estudiosos, sino que hace un llamamiento a todo el mundo. -»Mi apelación vale para *los hijos de los hombres»,* dice, sin excepción alguna. Por ello, se dirige claramente a todo el

público, al que todos pertenecemos. Es verdad que mira algo más de lejos a los necios, a los ingenuos; pero ello no esnada extraordinario, pues éstos aún están muy indefensos frente a toda clase de tentaciones ladinas, y con frecuencia se comportan con inmadurez y se dejan engatusar fácilmente por toda clase de necedades, cf. Cap 3, 4. b. Contra ello sólo existe una medicina: adquirir sabiduría. *Discernir*. Esto se debe hacer desde la mañana temprano hasta bien entrada la noche. Hay que mirar hacia adelante a través de todo. Esto es lo quequiere enseñar Doña Sabiduría. Incluso a los necios quiere enseñarles eso, con tal que ellos le den su corazón, vs. 5.

En fin, ¿no resulta agradable que Doña Sabiduría nos venga a ver? La iniciativa, según este poema, parte de ella. Ella está llamando en la plaza de la vida. ¿Y es efectivamente así? ¿Parte de la Sagrada Escritura un llamamiento general para vivir sabiamente, según el orden de Dios? Y viviendo en conformidad a esa Escritura, uno puede decir: -»¿No te enseña a ti mismo la naturaleza a vivir sabiamente?» ¿No la oyes *gritar* por toda la creación?

Por eso Doña Sabiduría, en Proverbios 8, es realmente una persona imaginaria, ¡pero al mismo tiempo es la imagen poética de una *realidad cósmica!*, cf. Pr. 1:20. Y en seguida nos llega toda esa sabiduría, en la naturaleza y en la Escritura, por boca de su explicación: «Yo amo a los que me aman, y me hallan los que temprano me buscan», vs. 17. ¡Esto es inevitable!

¡Y en ninguna parte encontraremos una consejera más honrada e íntegra!

2. «Doña Sabiduría», consejera más pura que el oro, no se encuentra en ninguna otra parte, vss. 6-13

Pero, en aquel pórtico de la ciudad también estuvo en alguna ocasión un comerciante con una balanza falseada. Y también actuaron alguna vez testigos falsos, y acaso unos jueces injustos pronunciaron sentencia. Quizá estuvieron allí falsos profetas y sacerdotes, incluso tergiversando la Palabra de Dios. Podemos oir a los profetas de Dios irritarse contra este mal, Is. 30:9, 59:14, Os. 4:2. Y se oye a los salmistas lamentarse alguna vez de «las lenguas mentirosas.»[3] “Salva, Yahvéh”, clamaban entonces los justos, “porque se acabaron los piado-

sos, porque han desaparecido los fieles de entre los hijos de los hombres. Habla mentira cada cual con su prójimo; adulan con los labios, pero con doblez de corazón", Sal. 12:1-2.

¡No; y entonces habla Doña Sabiduría!:

Versículo 6:

«Escuchad, porque voy a decir cosas excelentes,
voy a abrir mis labios para cosas rectas».

En este versículo 6, la lengua hebrea se aproxima al máximo a lo que Doña Sabiduría quiere decir: «Escucha, porque yo hablaré cosas *regias».* En efecto, también en Proverbios llega Doña Sabiduría con asuntos que príncipes y otras personalidades no tienen que considerar por debajo de su dignidad, cf. vs. 15.

Versículo 7:

«Porque mi boca dice la verdad,
y mis labios abominan la impiedad».

En las Sagradas Escrituras, la palabra *verdad* frecuentemente se usa para expresar seguridad y fidelidad. En consecuencia, se puede confiar cien por cien en Doña Sabiduría. Ella es una consejera enteramente fiable con cuyos avisos nunca saldremos confundidos. Búsquese, si no, un solo proverbio que dé un consejo funesto. Sus palabras toman prestado ese carácter sólido de su aversión a toda forma de impiedad (de rebelión, revestida de piedad o no) contra Yahvéh, que ella odia como abominación (en hebreo: *tow'abah*), y que en la Toráh es la palabra para describir el paganismo cananeo.[4]

Versículo 8:

«Justas son todas las razones de mi boca:
nada hay en ellas perverso ni torcido»

Doña Sabiduría siempre va al grano. No disfraza las cosas, sino que las deja en su medida y forma verdaderas. No cierra sus ojos a la prisión del pecado y miseria en que estamos viviendo, y por eso tampoco nos obsequia con quimeras ajenas a este mundo. No nos agasaja con laberínticos razonamientos complicados que vuelven loco. Sea que nos hable desde la creación de Dios, sea que lo haga desde las

Sagradas Escrituras de Dios, todo está empapado de *justicia*, e incluso está inspirado de lealtad para con Dios y su orden de vida. En un libro como Proverbios, nada se ha tergiversado de forma ladina.

Cuanto más se va apreciando el sabor de la sabiduría, tanto más pronto se estará de acuerdo con los dichos de este libro:

Versículo 9:

«Todas son claraspara el que entiende
y rectas para los que han hallado sabiduría».

Conocer la sabiduría hace reconocer la sabiduría, cf. Mt. 11:19, 13:12. Las personas no espirituales consideran la sabiduría frecuentemente como una necedad (1 Co. 2:14-15), pero aquel que es «de Dios» (1 Jn. 4:1-6) o «de la verdad» (1 Jn. 3:19) aprende a discernir (cf. comentario al vs. 5). Una vez en ese camino, uno va estando cada vez más de acuerdo con las palabras de Doña Sabiduría: ¡Ella tiene razón!

Versículos 10 y 11:

«Recibid mi enseñanza antes que la plata,
y ciencia antes que el oro puro;
porque mejor es la sabiduríaque las perlas,
y no hay cosa deseableque se le pueda comparar».

Precisamente porque Proverbios también valora las piedras preciosas, se puede ver cuánto estima realmente a la sabiduría. Quien «comía» proverbios y de ellos aprendía ciencia y disciplina de la vida, es como si llevara una alhaja más hermosa que el Ko-hi-noor (el gran diamante persa), cf. vs.10. Efectivamente, en esta vida nada compensa el valor de la sabiduría debida al temor de Yahvéh; como dijo Salomón frecuentemente, cf. 2:4, 3:14, 8:19, 16:16. Y aunque realmente sea impagable, no obstante, es adquirible por todos, cf. comentario a vs. 1-5.

Versículo 12:

«Yo, la Sabiduría,
habito con la cordura
y tengo la ciencia de los consejos».

Si invitamos a la sabiduría, ella traerá consigo a su hija Inteligencia, pues éstas viven juntas y van juntas por la vida. En la práctica de la vida cotidiana ¿cómo podemos obtener provecho de ellas? Por supuesto, leyendo y releyendo regularmente el libro de Proverbios, preferentemente con un lápiz en la mano para subrayar lo que nos llame la atención, pues cuando nos encontramos con un problema determinado, se puede volver a leer el libro en lo referente a ese asunto, y entonces se lee orientándolo a las inquietudes e interrogantes que tengamos, y se encuentra así *la ciencia de los consejos.* «Un buen proverbio es la sabiduría de todo un libro comprimida en una sola frase» (Th. Fontane, 1819-98).

¿Y en qué consiste el misterio de esta consejera rica como el oro y enteramente fiable? ¿Por qué encajan los dichos de Doña Sabiduría en situaciones de toda clase, como una llave en la cerradura?Pues porque tiene un solo deseo que la domina plenamente: -»Amo a Yahvéh, y el mal (rebelión contra Él) *aborrezco.*» Veremos que en el próximo versículo usa por dos veces la palabra *aborrecer*:

Versículo 13:

«El temor de Yahvéh es aborrecer el mal:
yo aborrezco la soberbia,
la arrogancia, el mal camino
y la boca perversa».

Toda sabiduría verdadera comienza con humilde respeto a la revelación de Dios en las Sagradas Escrituras y en la creación (indisolublemente unidas entre sí). Esto ya lo comentamos con más detalles en Pr. 1:7; al que dedicamos incluso un capítulo aparte, cf. cap. 4. La sabiduría no es otra cosa que el temor de Yahvéh aplicado, Pr. 2:5; o, dicho de otro modo: la humildad puesta en práctica.

Dios ligó nuestra dicha al orden de sus preceptos en la Escritura y en la naturaleza. Determinó las fronteras de nuestro poder y la extensión de nuestra vocación, con lo cual nos concedió una cierta capacidad de vida y trabajo. Los piadosos y sabios se conforman con ello, para su propia dicha, Sal. 19:8-11. Los soberbios y engañosos, por el contrario, se rebelan ferozmente contra Dios y su orden (el mal es rebelión); y con ello elaboran su propia desdicha. Tuercen (esta

es una mejor traducción del vs. 13e)[5] toda la verdad respecto a Dios y su creación; incluso en términos religiosos y científicos. Yo aborrezco esa arrogancia y aborrezco esa revolución, dice Doña Sabiduría (Sal. 19:13, y comentario a Pr. 3:5).

3. «Doña Sabiduría» siempre tiene un consejo y con él procura a sus amigos poder y provecho vss. 14-21.

Doña Sabiduría está dispuesta, en el trajín de la vida, a ayudar a todo el mundo con consejos, vs. 1-6. Lo hace encantada, vs. 7-13. Y puede ayudar a todos porque siempre tiene un consejo, vs. 14-21. Si uno se pregunta: '¿Qué debo hacer?', ella contesta tranquilamente: -'Yo te doy inteligencia para evaluar la situación'. Entonces no chocaremos a ciegas por más tiempo con las dificultades, sino que con su ayuda se solventan con prudencia y de la forma precisa. No es que el camino enseguida vaya sobre rosas, -¿acaso lo habíamos esperado en este mundo?- sino que su aviso nos proporciona realmente la menor miseria y, con frecuencia, incluso el mayor provecho. Esto se señala en los vss. 14-21:

Versículos 14 al 16:

«Conmigo están el consejo y el buen juicio.
Yo soy la inteligencia,y mío es el poder.
Por mí reinan los reyes,
y los príncipes ejercen la justicia.
Por mí dominan los príncipes,
y los gobernadores juzgan la tierra.»

«No des tu fuerza a las mujeres», decía la madre del rey Lemuel. Inclínate por salir en defensa del derecho y la justicia, porque ellos tocan el orden de la vida con que se mantiene o se hunde la dicha de un pueblo, Pr. 31:1-9. Por eso un rey, un ministro, un juez o un representante del pueblo no puede pasar ningún día sin sabiduría; diariamente llega a preguntarse: -'¿Qué debo hacer en esta situación?' (Así que, necesita un buen *consejo).* -'¿Cómo emprendo esto?' (Así que, necesita *prudencia).* -'¿De qué se trata aquí?' (Así que, debe poseer *perspicacia*). -'¿Cómo me hago dueño de este asunto?' (Así que, necesita *poder;* entiéndase bien: poder para salvación). 'Ningún otro puede darle todo esto más que yo', -dice con énfasis Doña Sabiduría.

El joven Salomón sabía bien lo que hacía cuando al ascender al trono pidió a Dios sabiduría, 1 R. 3:9. Sólo ella puede hacer a alguien capaz para la difícil ciencia de gobernar. Sólo ella da alestadista el consejo necesario, la prudencia, la perspicacia y la fuerza política para salvación. Podemos creerlo: si en alguna parte aún se gobierna bien, es que se gobierna con alguna sabiduría. Allí hay aún consejeros que aconsejan bien. Allí se tiene aún inteligencia de tiempo, lugar y modo, de tal manera que se actúa prudentemente. Allí se tiene una visión de los problemas y poder de actuar.

Por desgracia, los sabios no siempre ocupan los sillones de gobierno y las sillas de los jueces, Ec. 9:13-16. Frecuentemente el necio es colocado en los puestos más altos, Ec. 10:6. Así pues, hay incultos poderosos que dictan «leyes injustas», Is. 10:1. La historia de Israel y de la cristiandad conoce innumerables ejemplos de esos. En la Ley de Moisés Dios les había dado aquella enseñanza básica salvadora sobre lo que a sus ojos era derecho y justicia. Pero, ¿quién pregunta aún por ella en política? Toda una palabra como *sabiduría* no se menciona ni una sola vez en las campañas electorales. En la antigüedad, los paganos quizá tenían esto más en cuenta[6]. Actualmente, al escuchar las noticias del mundo, se puede suspirar como hace el Predicador: "¡Ay de ti, tierra, cuando tu rey es un muchacho...", Ec. 10:16.

Esta carencia de sabiduría nos hace añorar tanto más fuertemente el Reino de Dios. En él, finalmente, imperará la paz, por el hecho de que entonces tendremos un Rey sabio y perfecto: «Y reposará sobre él el Espíritu de Yahvéh: Espíritu de sabiduría y de inteligencia, Espíritu de consejo y de poder, Espíritu de conocimiento y de temor de Yahvéh», Is. 11:1-10, 32:1-8.

Como en todo Proverbios 8, también en sus versículos 15-16 oímos la voz de la *imaginaria* señora Sabiduría quien, de forma poética, enseñaba: las autoridades no pueden estar ni un día sin sabiduría.

Muchas veces se ha oído citar estas palabras de la Escritura para demostrar que todos los reyes y autoridades de la tierra están al servicio de Jesucristo, pues Él era la Sabiduría que nos hablaba en Proverbios 8. Ahora bien, aquí lo oímos de su propia boca: «Por mí (la Sabiduría, o sea Jesucristo)

reinan los reyes». De ahí, también expresiones como: 'Cristo es, como cabeza de la iglesia, también el supremo Soberano sobre la vida del estado'.

Sin embargo, así volveríamos a caer en la doctrina católico romana de *«las dos espadas»*: El Papa, como vicario de Cristo en la tierra y como cabeza de la iglesia, poseería el poder de gobernar tanto en lo terrenal como en lo eclesiástico.

Pero las Sagradas Escrituras nos enseñan claramente que el Reino de Cristo se instaura por su Palabra y Espíritu (y no con poder terrenal). Pablo, como servidor del evangelio, se llama a sí mismo «ministro de Jesucristo» (Ro. 15: 16), mientras, un poco antes, de las autoridades terrenales dice, «que están al servicio de Dios» (13:6).

Así pues, Pr. 8:15 enseña sencillamente que los buenos gobernantes sólo pueden gobernar biengracias a la sabiduría. Respecto a las autoridades, nos dice que están al servicio de Dios (Ro. 13.1-6); y en cuanto a Jesucristo, que Él ya es ahora el *heredero* del mundo, y que todo poder le ha sido entregado, *en promesa*. Al presente, le ha sido dado un Nombre sobre todo nombre (Flp. 2:9) y el lugar de honor «a la diestra de la Majestad en las alturas» (Heb. 1:3). Pero Él ahora está allí sentado, esperando «hasta que ponga (Dios el Padre) a sus enemigos (también en la tierra) por estrado de sus pies» (Heb. 1:13).[7]

Versículo 17:

«Yo amo a los que me aman,
y me hallan los que temprano me buscan».

¿Cómo hay que hacer esto? -Primero, reconocer que diariamente se necesita a Doña Sabiduría. Después, ponerse de rodillas, creyendo en la promesa de Dios: «Si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídala a Dios, el cual da a todos abundantemente y sin reproche, y le será dada», Stg. 1:5. Aunque Dios la dará, generalmente, por el camino de los medios.

Para ello hay que sentarse a los pies de Salomón y leer una y muchas veces sus proverbios. Como ya dijimos frecuentemente: con un lápiz en la mano para que lo subrayado quede luego grabado en nuestra memoria. También hay que buscar lo más posible la compañía de hombres sabios, pues: «El que anda entre sabios será sabio», Pr. 13:20. Asimismo, con-

sideremos también cómo actuó el Señor Jesús y cómo hizo su obra; Él es, a fin de cuentas, más que Salomón, Mt. 12:42. Y hay que mirar, especialmente, a través de las lentes de las Sagradas Escrituras la sabiduría de Dios en su creación. En resumen, todo nuestro enfoque de la vida debe ser: -¿Qué es lo prudente en este caso? Si la buscas con tanto esmero, ¡está garantizado que Doña Sabiduría dejará que la encuentres!

Versículos 18 al 21:

«Las riquezas y el honor me acompañan;
los bienes permanentes y la justicia.
Mejor es mi fruto que el oro,
que el oro refinado;
y mis beneficios mejores
que la plata pura.
Por vereda de justicia guiaré,
por en medio de sendas de juicio,
para hacer que los que me aman
tengan su heredad
y que yo llene sus tesoros».

Acerca de esto y en este momento, podemos ser breves. La sabiduría también te puede proporcionar riquezas y honor tangibles, según ya tratamos ampliamente en Pr. 3:9-10, 3:13-15, y 3:33-35

4. «Doña Sabiduría» muestra su título nobiliario, vss. 22-31

Toda la *sabiduría* de la vida se apoya también en la *experiencia* de la vida. Por lo cual, se dice: Un proverbio es una sentencia corta que descansa en una experiencia larga. Sus autores también hablaban «por la autoridad de sus padres», Job 15:18. ¡Nada extraño! Sabiduría y ancianidad van de la mano más frecuentemente que sabiduría y juventud. Por eso Roboam obró tan neciamente cuando siguió a sus *jóvenes* consejeros. ¿Qué clase de experiencia habían adquirido? Por la misma razón, Elifaz encontró que Job hablaba muy osadamente tratándose de un hombre de edad mediana. ¿Qué se imaginaba realmente? ¿Acaso era una persona mayor? «Cabezas canas y hombres muy ancianos hay entre nosotros, mucho más avanzados en días que tu padre», Job 15:7-10.

Ocurre con la sabiduría como con la nobleza. Cuanto más antigua es la nobleza, tanto más alta es la dignidad. Y cuanto más antigua es la sabiduría, tanto más grande es la autoridad, porque puede apoyarse en tan larga experiencia. Por ello, Doña Sabiduría nospresenta finalmente su edad avanzada. Aquí en Pr. 8:22-31 muestra su título nobiliario. Elifaz preguntó irónico a Job, 15:7 «¿Fuiste formado antes que los collados?». A esa pregunta, Doña Sabiduría puede declarar según verdad: «Efectivamente, yo soy más anciana que los collados y montes, que las fuentes y los mares y que el cielo y la tierra».

Con esto, Proverbios 8 añade un tono especial a los himnos de alabanza que el Manual, en Proverbios, entona sobre la sabiduría. El tema principal de estos himnos de alabanza era claro: «La sabiduría da vida a sus poseedores», Ec. 7:12. Ahora llegan, finalmente, a ensalzar esta importancia de la vida de la sabiduría con una indicación a su alta antigüedad.

La intención de esta indicación nos parece clara. Antes que nos dispongamos a leer el libro mismo (Proverbios 10 al 31), Pr. 8:22-31 nos graba profundamente en la memoria *cuán antigua* es la sabiduría que habla en ella y, consecuentemente, *cuán alta es la autoridad* con que nos enseña. El mismo pasaje de Pr. 8:32-36 saca esta conclusión: «Ahora, pues, hijos escuchadme... « Nadie puede hablar con tanta autoridad como Doña Sabiduría, porque ella es aún mayor que el cielo y la tierra, como después leeremos. Gracias a su gran edad dispone de la experiencia de la vida de toda la humanidad. Por consiguiente, no se puede escoger ninguna consejera mejor que ella.

Este nos parece el tono fundamental de Pr. 8:22-31. Nosotros podemos tener en cuenta esta conclusión que los vs. 32-36 sacan de todo el Cap. 8, y también y por de pronto contar con ella en los vs. 22-31. Luego seguiremos dando cuenta de por qué también aquí entendemos la sabiduría como una personificación poética y no como una criatura (semi) divina. Primero damos nuestra propia explicación de los vs. 22-31, y seguidamente la de los vs. 32-36.

Versículo 22:

«Yahvéh me poseía en el principio,
ya de antiguo, antes de sus obras».

La primera línea de este proverbio se puede traducir de tres maneras:

1. Yahvéh me *ha creado*[8] al principio de sus caminos.
2. Yahvéh me *adquirió* en el principio.
3. Yahvéh me *poseyó* en el principio.

Esto comporta en la práctica poca diferencia, ya se lea que Él creó la sabiduría o que Él la adquirió: en cualquier caso, Él la *poseía,* y esto es lo que el poeta quiere decir ahora.

Dios y la sabiduría son inseparables. Él es el Único sabio Dios, Ro. 16:27, cf. 1 Ti. 1:17, Judas vs.25; y no comenzó la creación de cielo y tierra sin sabiduría. Al contrario, Él la consideró imprescindible al respecto y de importancia fundamental. Cuando la conclusión de los vs. 32-36 ya la hemos asimilado, se nota cuál es la intención inexpresada de este proverbio. Si Dios el Creador no podía carecer de la sabiduría para *hacer* el mundo, entonces, como es natural, no podemos en absoluto prescindir de ella para *vivir* en el mundo.

Esto nos parecerá más razonable si recordamos con cuánta amplitud la Sagrada Escritura toma la palabra *sabiduría*. Ni con mucho la usa sólo para referirise a nuestra sabiduría de la vida, sino también para toda clase de maestría, artes, ingenio técnico y habilidad, cf. cap. 3, 1 a. Con esta sabiduría, en el sentido amplio de la palabra -pero evidentemente con medida divina- creó Dios el cielo y la tierra. Mas aquella sabiduría divina con que Él *creó* el mundo se diferencia gradualmente, pero no en principio, de la sabiduría que nosotros podemos ahora *usar* en la tierra. Esto resulta evidente por el vs. 32: «Ahora, pues, hijos, escuchadme». Allí habla la misma Doña Sabiduría que en el vs. 22. Exactamente, la misma sabiduría que en el vs. 22 nos cuenta que Dios creó con ella el mundo, nos llama en el vs. 32 a escucharla. (Ahora escribimos adrede *sabiduría* con letra minúscula, porque con ello no pensamos en un co-creador demiurgo, del griego "dèmiourgos", como el gnosticismo lo conocía.

El vs. 22 nos enseña una profunda lección sobre la vida: el orden según el cual vivimos debe acomodarse al orden que Dios reveló en la Escritura y en la naturaleza. También es sabiduría sobre la vida el ajustarse a la sabiduría de la creación de Dios. De eso dependen nuestra dicha y buen éxito en cada momento.

Versículo 23:

«Eternamente tuve la primacía,
desde el principio, antes de la tierra».

Si un israelita usaba la palabra «eternidad», entendía normalmente que se refería a cuando se mira al futuro, muy lejos hacia adelante, o muy lejos al pasado. Doña Sabiduría señala incluso hacia más atrás, hacia el principio, «antes que existiera la tierra». Entonces la ha «formado» Dios; y también se puede decir que Dios la ha «ungido».[9] En este último caso, pensamos en una investidura, cf. Sal. 2:6.

Como es natural, Doña Sabiduría dice eso no para que nos devanemos los sesos, presentándonos un problema profundo, sino para darnos la impresión de la *autoridad* con que habla. Por ello, en este versículo nos quiere inculcar respeto a su alta antigüedad. Este es el hilo conductor de los vs. 22-31.

Versículo 24:

«Fui engendrada antes que los abismos,[10]
antes que existieran las fuentes
de las muchas aguas».

Para un israelita, el mar Mediterráneo era el «océano». ¿Quién podía recordar la época en que éste no estaba allí? ¿Y quién podía recordar que las fuentes no estuvieran allí, donde las mujeres y las jovencitas, hacía ya siglos, cada noche, iban a llenar sus cántaros? Gn. 24, Ex. 2:16-17, 1 S. 9:11, Jn. 4. Doña Sabiduría había contemplado todas aquellas generaciones. ¡Qué grande y hermosa experiencia debía tener esa señora!

Versículos 25 al 27:

«Antes que los montes fueran formados,
antes que los collados,
ya había sido yo engendrada,
cuando él aún no había hechola tierra ni los campos,
ni el principio del polvo del mundo.
Cuando formaba los cielos, allí estaba yo;
cuando trazaba el círculo[11] *sobre la faz del abismo".*

¿Parece esto expresado de forma extraña? Pero, si se echa la cabeza hacia atrás, ¿no se ve el cielo nublado como si fuera

una media bola gigantesca que está sobre la tierra? Y cuando uno está en la playa, ¿no se parece el horizonte a un medio círculo, a un arco que va de izquierda a derecha? Y cuando desde la ventanilla de un avión miramos hacia una isla, ¿no se parece ésta a un platillo flotando en el mar? Como personas del siglo XX no nos sonriamos demasiado pronto, y tampoco saquemos a relucir demasiado deprisa la expresión: «imagen del mundo», para salvar el prestigio de la Sagrada Escritura. Ésta usa aquí, y en los versículos siguientes, el lenguaje experimental práctico de la experiencia óptica, tal como nosotros mismos cuando decimos: -'El sol se pone'.[12]

La intención de estos versículos nos parece clara. ¿Quién podía recordar que aquellas colosales montañas inconmovibles no estuvieran allí, y que los campos fuera de la ciudad no estuvieran allí y que el cielo no formara su bóveda sobre la tierra? Esto solamente puede recordarlo Doña Sabiduría. Cuando Dios comenzó a crear todo esto, *«allí estaba yo»,* vs. 27. Dios, por así decirlo, no hizo ni un terrón de tierra sin sabiduría. Así de importante la consideró Él. La sabiduría subyace en todo el cosmos, desde sus aspectos más grandes hasta los más pequeños.

El Salmo 104:24 dice esto sin lenguaje figurado: «¡Cuán innumerables son tus obras, Yahvéh!, hiciste todas ellas con sabiduría." (cf. Pr. 3:19). El poeta de Proverbios dice lo mismo de forma poética; y presenta a la sabiduría como una persona imaginaria que nos cuenta: 'Dios nada creó sin que yo estuviera allí.' Esto coincide, de hecho, con lo mismo que dijo el salmista. Por ello, no se busque aquí materia alguna para especulaciones teológicas acerca del «nacimiento» (o generación) de la sabiduría (entendida como el Hijo de Dios antes de su encarnación). ¿Acaso la Sagrada Escritura no habla poéticamente sobre el «nacimiento» de montes y del mar? Sal. 90:2, Job 38:8-9.

Versículos 28 al 31:

«Cuando afirmaba los cielos arriba,
cuando afirmaba las fuentesdel abismo,[13]
cuando fijaba los límites del mar
para que las aguas no transgredieran su mandato,
cuando establecíalos fundamentos de la tierra,
con él estaba yo ordenándolo todo.[14]

Yo era su delicia cada día
y me recreaba delante de él en todo tiempo.
Me regocijaba con la parte habitada de su tierra,
pues mis delicias están, con los hijos de los hombres».

¡Qué días de oro vivió «Doña Sabiduría» en aquel amanecer del mundo! Quizá alguno recuerde aún cuando siendo niño, miraba con la boca abierta cómo su padre le fabricaba un juguete. De vez en cuando daba palmadas de puro regocijo por su habilidad y capacidad. Esto es lo que experimentó la imaginaria Doña Sabiduría durante los seis días de la creación. Como un niño amado en el taller de su padre, ella vio llena de admiración con cuánta sabiduría Dios lo creó todo: ¡cuánta perspicacia, cuánto ingenio, cuánta habilidad, cuánta suficiencia desplegó Él entonces! La Sabiduría no se cansaba de mirar, y daba palmadas de placer.

Observemos las nubes cargadas de aguas sobre nuestra cabeza. ¡Cuánta eficiencia puso Dios en ellas! Ya hablamos sobre esto en el Sal. 104:25.[15] ¡Y la sabiduría ama tanto la *eficiencia!* Fijémonos p. ej., en las disposiciones de Dios para los mares: aquí el agua, allí lo seco. El majestuoso mar se atiene obediente a ese mandato. ¡Y la sabiduría ama tánto la *obediencia* a los mandatos de Dios! Fijémenos también en los fundamentos de la tierra y en el orden en toda la creación de Dios. ¡La sabiduría ama tánto el *orden*! Se puede comprender que ella no se cansara de mirar y que como un niño batiera palmas de placer. ¿Acaso llegamos a admirar suficientemente la sabiduría de Dios en la creación del hombre, de los animales, de las plantas y las cosas? Sal. 111:2. ¡Cuánta sabiduría podemos observar en una flor, en un dedo o en la patita de una mosca!

«Pues mis delicias están con los hijos de los hombres», dice Doña Sabiduría en el vs. 31b (literalmente: «Yo estaba encantada»). ¡Qué creación: el hombre y la mujer! La corona sobre la obra de la creación de Dios. Un médico especialista necesita media vida para saber un poco. Pero tú sabes andar. ¡Qué divina obra se observa detrás de eso: tus músculos, tus articulaciones, la gravitación de la tierra que precisamente es necesaria! ¡Oh, esa sabiduría ama tanto a los seres humanos! No sólo a los judíos -como sugieren los libros apócrifos sapienciales-, sino a todos los seres humanos. Y tampoco no sólo a los de rangos

superiores, los hijos de los reyes y de los altos cargos -como en los libros sapienciales egipcios- sino a todos, ricos y pobres, jóvenes y mayores. ¡Cuán amigable es la sabiduría con ellos! ¡Cómo le agrada indicarles el buen camino! Esto quizá en ninguna parte se puede ver tan claramente como aquí en Proverbios 8.

¡Pero Dios la amó mucho! Ella era su favorita, su niña mimada durante aquellos seis días de la creación. Ellos se alegran mutuamente: ¡la sabiduría estaba embriagada de gozo en la obra de Dios, porque Dios tenía tantísimo gozo de hacerlo todo con sabiduría!

5. Doña Sabiduría nos proporciona la vida, vss. 32-36.

¿Recordamos aún el hilo de todo el capítulo? En Proverbios 8 leemos un himno excelso a la sabiduría. El poeta la presenta como una mujer; y ella es la mejor consejera que un hombre puede escogerse, porque:

-Ella está en plenitud de vida, dispuesta a ayudar a todos con consejos y hechos, vs. 1-5.

-Ella no te defrauda, sino que habla la verdad, más valiosa que el oro, vs. 6-13.

-Ella tiene siempre un consejo y da a sus amigos poder y provecho, vs. 14-21

-Ella fue usada por Dios mismo en todo lo que Él creó, vs. 22-31.

¿Y en qué desemboca ahora este himno de alabanza, incluyendo esa parte (vs. 22-31) sublime sobre el papel de la sabiduría en la creación de cielo y tierra? Desemboca en esta aplicación práctica:

Versículos 32 al 36:

«Ahora pues, hijos, escuchadme:
¡Bienaventurados los que guardanmis caminos!
Atended el consejo, sed sabios y no lo menospreciéis.
Bienaventurado el hombre que me escucha,
velando a mis puertas cada día,
guardando los postes de mis puertas,
porque el que me halle, hallará la vida
y alcanzará el favor de Yahvéh;
pero el que peca contra mí,se defrauda a sí mismo,
pues todos los que me aborrecen aman la muerte».

Esta es la conclusión de Pr. 8:8-31. En nuestra explicación de los versículos 22-31, ya nos adelantamos a esto de alguna manera, con el fin de llamar la atención de cómo se debe leer el pasaje acerca del papel de la sabiduría en la creación. Es decir, no como una pieza de especulación teológica o filosófica sobre la preexistencia de la Segunda Persona de la Trinidad; sino como una pieza de enseñanza sobre la antigüedad y la autoridad procedente de la sabiduría.

Toda la fuerza y esplendor de este Himno excelso -incluido el portentoso espectáculo de los vss. 22-31 - desemboca en la mencionada amonestación. Escúchala. Haz lo que dice. Si Dios, en la creación de cielo y tierra, nada hizo sin ella, ¿cómo puedes *tú* vivir sin ella en la tierra? Quien carece de ella comete suicidio. Destrozarías tu vida. Pero, si te dejas persuadir por ella y te humillas bajo su disciplina, consigues la benevolencia de Dios y la vida -tanto temporal como eterna. Esto último ya lo hemos oído frecuentemente, véase Pr. 3:1-2, y Pr. 4.

¿Cómo se debe hacer esto? Ya lo hablamos al comentar Pr. 8:1-5. Hay que abrir de par en par el corazón. Ella habla en todas partes. La Palabra de Dios está llena de sabiduría y toda la creación de Dios descansa en ella. Entonces, el uso de esa creación descansa también sobre la sabiduría. Quien vive sabiamente, vive lo más funcional y racionalmente posible.

En lo que queda dicho, ya advertimos, de pasada, que es una y la misma Doña Sabiduría la que en la creación observaba y era favorita de Dios, y que en el final de Proverbios 8 llama a escucharla. Es, pues, una y la misma sabiduría la que Dios usó y que tú puedes aplicar. Bien, Dios «la puso en su lugar y la escudriñó», lo cual no podemos hacer nosotros. Pero a nosotros nos dijo: «...El temor del Señor es la sabiduría, y el apartarse del mal, la inteligencia», Job 28:27-28.

Cuanto más temamos a Dios en todo, tanto más experimentaremos que esto también es lo más sabio y lo mejor, pues una actitud de vida creyente nos da, en esta quebrantada vida, la mayor posibilidad de alguna dicha y nos procura la menor miseria posible. Es decir, la común miseria humana, por no hablar del llevar la cruz por amor de Cristo.[16]La sabiduría yace como fundamento de todo lo que está lleno de verdad y alegría, esa era la lección de los vss. 22-31. Y, ¡bienaventurado quien cree esto!, vs. 32, 34.

6. La sabiduría no es un ser divino

Hemos leído Proverbios 8 como un himno excelso a la sabiduría que nos estimula a ser "imitadores" de Dios, haciéndolo todo con sabiduría, ccomo Él hace. En Doña Sabiduría hemos visto una personificación auténticamente israelita, como si fuera una mujer imaginaria, a modo de referencia poética a toda sabiduría, tanto en la Escritura como en la Creación. No se trata de un ser divino, una especie de "ser interpuesto" entre Dios y el mundo, como nos dicen los libros apócrifos sapienciales, Eclesiástico y Sabiduría de Salomón. Tampoco se trata de una indicación acerca del Hijo de Dios, que más tarde devendría en un ser humano. Tanto Juan 1 como Colosenses 1, presentan, como mucho, unos puntos de contacto terminológicos con Proverbios 8.

Proverbios 8:22 no es imprescindible para saber que Jesucristo es el Hijo de Dios. Las Escrituras dan testimonio de este hecho de forma muy clara en otros pasajes: "Antes que Abraham fuera, yo soy" dijo el propio Jesús, Jn.8:58.

En consecuencia, aceptamos totalmente el testimonio apostólico de que Él, "en el principio" (es decir, en la creación en Gn.1:1) *ya* era, y estaba con Dios, y todas las cosas fueron hechas por Él (Jn.1:1-3). En cuanto hombre, era de ascendencia israelita,pero en cuanto lo demás Él es el "Dios bendito por los siglos", Ro.9:5; cf. Mt.3:17; 16:16; 26:63-64; Jn.1:14.30; Ro.1:4; 8:32; Fl.2:6; 1 Jn.2:23.

Sin embargo, no podemos aprobar que todo eso se pueda encontrar en Proverbios 8.

NOTAS Cap. 10

1.– *Biblia Nácar/Colunga*, BAC 1961

2.– cfr. *Catecismo de Heidelberg*, preg. 14 a 19

3.– cf. F. van Deursen, *Los Justos I*, 3, 9.

4.– F. van Deursen, *Los Salmos I*, 196, FELiRe 1996

5.– La última línea del texto hebreo del vs. 13 dice literalmente: "Y aborrezco boca de falsedades".

6.– R. B. Scott, *Proverbs*, 72

7.– Véase también: F. van Deursen., *Los Salmos I*, 158, FELiRe 1996

8.– De los 84 lugares donde aparece la palabra *qanah* en el Antiguo Testamento, únicamente hay 6 ó 7 donde el significado «crear» es posible (Gn. 14:19 y 22; Ex. 15:16; Dt. 32:6; Sal. 74:2, 139:13; Pr. 8:22) e incluso allí no es necesaria esta traducción.

9.– M. Dahood, *Psalms I*, 10 y D. Kidner, *Proverbs*, London 1964, 80).

10.– La palabra "abismos" hace referencia a los "océanos" o grandes mares.

11.– El "círculo" se refiere al círculo del horizonte que se dibuja sobre la superficie del mar.

12.– Cf. F. van Deursen, *Los Salmos II*, FELiRe 1997, pp. 640, 282 y ss

13.– La palabra "abismos" hace referencia a los "océanos" o grandes mares.

14.– R.B.Y. Scott, o. c., menciona cuatro posibilidades para traducir la palabra *amon*, entre otras por: aparejador y niño mimado.

15.– F.van Deursen, *Los Salmos II*, FELiRe 1997, p. 650

16.– F.van.Deursen., *Los Salmos II*, 441-442, FELiRe 1997

Capítulo 11

Proverbios 9

¿QUÉ INVITACIÓN ACEPTAS?

¡Y ahora la conclusión de la primera parte del libro de Proverbios! Todo el hermoso e instructivo Manual de Proverbios, dicho ahora brevemente, ¿a qué se reduce? A una elección que debe hacer todo el mundo en su vida: ¿a quién acepto como mi *compañera de por vida?* ¿A la Sabiduría o a la Insensatez? Es una elección de la que pende todo, para este tiempo y para la eternidad. Es una cuestión de vida o muerte, en el sentido más amplio de esas palabras. Proverbios 1 al 8 ya nos ha encarecido esto de muchas formas. Ahora llega Proverbios 9 para colocar un gran signo de admiración detrás, y con ello el mencionado Manual ha concluido. Y así ya estamos lo suficientemente instruidos para tomar en nuestras manos el libro propiamente llamado Proverbios (o sea, Proverbios 10 al 31).

Ahora, Salomón, como un auténtico profesor de la sabiduría israelita, da la conclusión de su inolvidable Manual, pero no en un par de fórmulas secas, sino en la forma de un par de imágenes magníficas. A saber, nos presenta a la Sabiduría y a la Insensatez como dos mujeres que nos invitan a celebrar un banquete con ellas. Cada uno puede elegir qué invitación quiere aceptar.

A Doña Sabiduría ya la conocemos naturalmente por Proverbios 8. Ella representa toda la sabiduría que Dios ha puesto en su Escritura y creación. Nada extraordinario que el escritor la pinte como una auténtica dama, una mujer noble que habita en una casa regia. Su contrincante es Doña Insensata, y es la personificación poética de toda la insensatez del mundo. El poeta la describe como una mujer mala que está en la calle como una ramera.

Hay que reflexionar muy bien con quién irá uno a comer. Esto es lo que Proverbios 9 aconseja muy seriamente. Doña Sabiduríaofrece el alimento de vida. Doña Insensata sirve veneno mortal.

1. «Doña Sabiduría» y sus invitados comen alimento de vida, vss. 1-6

El tipo de casa permitía conocer de un modo inequívoco a su moradora. Las viviendas del pueblo común no tenían patio con columnas. ¡Eso era algo reservado para el rey Salomón (1 R. 7:2-7) y para Doña Sabiduría!

Versículo 1:

«La Sabiduría edificó su casa,
labró sus siete columnas,»

La casa en que habita Doña Sabiduría es una casa de la realeza. Con eso ya se pone de manifiesto cuán egregia dama es ella. Dicho sin metáforas: La Sabiduría siempre tiene algo regio. Ella otorga a sus amigos una situación segura. La Sabiduría exalta a quien la posee, como una cadena de oro distinguía a un israelita de la masa.[1]

¿Por qué habita en una casa con *siete* columnas? Detrás de este número se ha buscado toda clase de cosas misteriosas, pero sin razón, probablemente. ¿O es que el pensamiento israelita, tan sensible al simbolismo, entendía aquí con el número siete una refinada indicación al Pacto de Dios con Israel? En el lenguaje hebreo, la palabra *jurar* sonaba como el número *siete*: 'sheba'. Y el obedecer el Pacto de Dios era el ABC de la sabiduría de Israel, Pr. 1:7, (cf. posterior comentario a Pr. 9:10).

Sea como fuere, la Sabiduría habita en una morada principesca, sólida y espaciosa. Por tanto, muy apropiada para albergar a muchos invitados. Siempre podemos acercarnos allí; tiene espacio suficiente para recibirnos; y así entramos enun entorno sólido. Efectivamente, lo que la Sabiduría *edifica* es espacioso y sólido, y lo que *ofrece* es principesco y magnífico.

Versículo 2:

«Mató sus víctimas,[2]
mezcló su vino
y puso su mesa».

El israelita, ciertamente, no comía carne a diario, de modo que lo que la Sabiduría ofrece aquí es un auténtico banquete. Esta es una imagen que las Sagradas Escrituras usan frecuentemente para referirse alas promesas de Dios, (cf. Is. 25:6-7, Mt. 19:28, 22:21, Lc. 14:16-17, 22:16 y 30, Ap. 19:7 y 9). Esto indica aquí las bendiciones que la Sabiduría reserva para sus amigos.

Su mesa está cubierta. ¿Y si ahora lo leyéramos en su contexto? Esto se halla en Proverbios 9, y por consiguiente en la transición del Manual de Proverbios al libro propiamente dicho (o sea, Proverbios 10 al 31). ¿Acaso no tenemos allí una mesa preparada y con los manjares más estupendos? Todo el que quiera puede acercarse a comer de ellos.

Versículo 3:

«Envió a sus criadas,
y sobre lo más alto de la ciudad clamó,»

Esto era para el israelita tan normal como para nosotros una invitación de boda en el buzón de correos. En aquel tiempo se quedaba muy bien si se enviaba un siervo con una invitación. El Señor Jesús usó esta imagen de la vida diaria en una de sus parábolas: «Decid a los invitados que ya he preparado mi comida. He hecho matar mis toros y mis animales engordados, y todo está dispuesto, venid a la boda», Mt. 22:4, cf. Lc. 14:17, Est. 5:4, 6:14.

El poeta presenta aquí a Doña Sabiduría actuando de la misma forma en que ya nos sorprendió también a nosotros en Pr. 8:1-3; habla en público, abierta y cordialmente para todo aquel que quiera comer con ella. Lo mismo que en Proverbios 8, también aquí, en plena vida, nos hace un llamamiento. Ella no clama en el desierto, sino que es una consejera en medio del bullicio de la ciudad. La Sabiduría es un asunto para la vida diaria; y nadietiene por qué avergonzarse de que la necesite diariamente, pues invita amigablemente:

Versículo 4:

«diciendo a todo ingenuo:
'Ven acá',
y a los insensatos:»

Aquí, una vez más, los sabios de Israel dejan oír por qué se esfuerzan en primer lugar: por ganar el corazón de la juventud. La Sabiduría se dirige sobre todo a las personas jóvenes: «para dar sagacidad e inteligencia al *ingenuo*», cf. cap. 3, 4.; digamos que a la juventud de 14 a 40 años. Pero ésta, en Pr. 1:4a, se expresa con la palabra hebrea *pèti,* que es muy difícil de traducir al español; se refiere al simple, al inexperto, al torpe, al inocentón o al cándido.

Los más jóvenes, por sus pocos *años* de vida, frecuentemente carecen de la necesaria *experiencia* de vida, por lo cual, a veces son demasiado ingenuos en la vida; y naturalmente, Doña Sabiduría lo aprovecha con interés. En muchas ocasiones se expresa con figuras semejantes. Hay que teneresto muy en cuenta al leer que Doña Sabiduría se dirige a estos ingenuos invitándolos. En realidad ella no es la única que llama su atención; también la mujer Insensata intenta recibirlos en su casa.

Así pues, la juventud en particularestá constantemente ante esta elección: sabiduría o necedad, ¿con quién me voy? Los autores de proverbios quieren ayudarlos al respecto. Con el fin de procurar que ellos, en su ingenuidad, sobre todo no vayan a hospedarse a casa de la mujer Insensata, Doña Sabiduría les grita a esos inexpertos: -'¡Venid aquí! ¡Aquí debéis estar! ¡Yo tengo preparado para vosotros alimento de vida!'

Versículos 5 y 6:

«Venid, comed de mi pan
y bebed del vinoque he mezclado.
Dejad vuestras ingenuidadesy viviréis;
y andad por el camino de la inteligencia».

Para un israelita, comunidad de mesa era comunidad de vida. Esto lo conocemos incluso nosotros de alguna manera en nuestro mundo occidental parco en símbolos, donde con ocasión de bodas y celebraciones nos sentamos con frecuencia alrededor de una mesa. Los israelitas experimentaban esto aún con más fuerza: ¡Comer juntos es vivir juntos! Cuando la Sabiduría y la Insensatez nos invitan aquí a una comida, ¡nos están proponiendo establecer lazos íntimos con ellas!

Pues, ¿con qué se llega a un contacto más íntimo que con lo que se come o se bebe? La Sagrada Escritura, en su len-

guaje figurado, hace uso de eso en muchas ocasiones. «Porque su *comida* es pan de maldad, y su *bebida*, vino de violencia», Pr. 4:17, cf. 5:15. Igualmente se puede comer la Palabra de Dios, como hicieron Jeremías y Juan, Jer. 15:16, Ap. 10:10. El Señor Jesús dijo, que su *comida* era hacer la voluntad de Dios, Jn. 4:34; y a sí mismo se llamó «el pan de vida» que debemos «comer», Jn. 6:22-24. Creer en Él es «comer su carne y beber su sangre», Jn. 6:56. Así es como la sabiduría debe convertirse en nuestra comida y nuestra bebida. Debemos vivir tan estrechamente unidos como con el alimento en nuestro estómago.

Dado el lugar canónico de esta porción bíblica, viene bien recordar aquí, en primer lugar, Proverbios 10 al 31. Allí está preparado para nosotros un banquete abundante de sabiduría. Quien allí se sienta a la mesa, come alimento de vida. Con lo cual, Proverbios 9 llama nuestra atención, una vez más y de forma poética, a uno de los motivos fundamentales del Manual introductorio de Proverbios: *¡La Sabiduría hace vivir!* no sólo en la otra vida, sino también ahora en este mundo, como Proverbios 3, sobre todo, nos hizo ver detalladamente, (cf. Capítulo 7).

2. Doña Sabiduría no quiere echar sus perlas a los puercos, vss. 7-12.

En los versículos 7 al 12, Doña Sabiduría da a sus sirvientes indicaciones adicionales acerca de su invitación. Esta nos parece, al menos, la explicación más adecuada de la intención de estos versículos. De lo contrario estarían algo fuera de lugar.

Doña Sabiduría encarga a sus mensajeros que no se dirijan a todos sin excepción alguna. A los incautos e ingenuos se les puede invitar sin problema, pero a los escarnecedores e impíos es mejor dejarlos tranquilos. Los ingenuos aún no han hecho su firme elección, pero los escarnecedores e impíos sí. Éstos son personas desobedientes, en quienes la sabiduría, a pesar de todo, no causa impresión alguna. Si a pesar de ello se les invita, sólo sentirán fastidio.

¿Quién es, pues, un escarnecedor? Un israelita o un cristiano, tan desmedidamente soberbio, que se considera por encima de Dios y su Palabra (a veces bajo apariencia piadosa).[3] ¿Y quién es un impío? Un israelita o cristiano que quizá aún se

las da de religioso, pero no teme a Dios humildemente. De hecho, *impío* es el nombre colectivo para los pecadores, los hacedores de injusticia, los enemigos del Señor, etc.[4] Respecto a ellos, Doña Sabiduría dice ahora a sus mensajeros:

Versículos 7 y 8:

«El que corrige al escarnecedor,
se acarrea afrenta;
el que reprende al malvado,
atrae mancha sobre sí.
No reprendas al escarnecedor,
para que no te aborrezca;
corrige al sabio, y te amará».

¿Acaso no lo hizo así el Señor Jesús? «No déis lo santo a los perros» dijo Él, «ni echéis vuestras perlas delante de los cerdos, no sea que las pisoteen y se vuelvan y os despedacen», Mt. 7:6. Él tampoco entró a todas las preguntas capciosas que le hicieron sus adversarios. Pero sí les dijo en una ocasión: «Tampoco yo os digo con qué autoridad hago estas cosas», Mt. 21:27. Ante Pilato enmudeció, y cuando Herodes «le hizo muchas preguntas, él nada respondió», Lc. 23:9. Herodes ya había oído lo suficiente de Juan Bautista acerca del Reino de los cielos.

Jesús aconsejó a sus apóstoles seguir la misma línea de conducta. Cuando los envió a anunciar la Palabra de Dios – incluida, como es natural, la sabiduría de Proverbios- les prohibió al mismo tiempo toda insistencia activista. «Si alguien no os recibe ni oye vuestras palabras, salid de aquella casa o ciudad y sacudid el polvo de vuestros pies», Mt. 10:14. Así lo hicieron Pablo y Bernabé con los enemigos judíos de Antioquía, cf. Hch. 13:51. No insistieron en hablar ante aquellos escarnecedores.

Es decir, tanto el Señor Jesús como sus apóstoles actuaron según el espíritu de Proverbios 9: 'Concentrad vuestra enseñanza en aquellos que *quieren* escuchar', dijo la Sabiduría a sus mensajeros. 'Los otros no harán sino reírse de vosotros'. «Ata el testimonio, sella la instrucción [mi enseñanza profética] entre *mis discípulos»,* dijo Isaías, 8:16. Tampoco Jeremías se metió en discusiones interminables con el falso profeta Hananías; pues, «siguió Jeremías su camino», Jer. 28:11.

Los ancianos o supervisores de una congregación cristiana pueden aquí sacar un provechoso consejo pastoral. Sus amonestaciones han de tener un final cuando se las tienen que ver con personas de oídos sordos y, consiguientemente, con gente irresponsable, Is. 6:9-10, Mt. 13:14-15. Llega el momento en que es mejorcallar, Pr. 3:7. Si se continúa hablando, se corre gran riesgo de que la verdad de los proverbios anteriores la sufra en su cuerpo: «El que corrige al escarnecedor, se acarrea afrenta»; es decir, hace que se rían de él.

Dios no exige de nosotros que en la difusión de la Verdad corramos riesgos. Al contrario, Proverbios 9 nos enseña que cuando tenemos en cuenta las barreras, ello da testimonio de la sabiduría (humildad). Así se puede revelar claramente la profunda línea divisoria entre justos e impíos dentro del pueblo de Dios.[5] Sin embargo, esto no significa que sabios y justos sean perfectos.[6] Al contrario. "¿Quién hará puro lo inmundo?", preguntó Job; y respondió él mismo: "¡Nadie!", Job 14:4. Por eso puede ser necesario que una persona, por otra parte justa, sea reprendida con razón. Pero lo que el escarnecedor rechaza invariablemente, lo reconocerá el sabio: "Que el justo me castigue y me reprenda será un favor; pero que bálsamo de impíos no unja mi cabeza", Sal. 141:5. Así aceptó Pedro la reconvención de Pablo y por ello tuvo mayor amor a su hermano, Gá. 2.

Versículo 9:

«Da (consejo) al sabio, y será más sabio;
enseña al justo, y aumentará su saber».

Volverse sabio o necio no es cosa de un momento. Es cuestión de un proceso de crecimiento y maduración. El hombre que se va haciendo necio se irritará cada vez más por las amonestaciones de los sabios temerosos de Dios; mientras que el hombre que va haciéndose cada vez más sabio, preferirá parecerse a ellos, y así ganará en talento, Ap. 22:11. Esto está delimitado por la cuestión de si se teme o no al Señor, y de si se conoce o no al Santísimo; pero sobre esto hablaremos en el vs. 10.

Nuestro Señor Jesucristo indicó al Israel de su tiempo los mismos procesos, como ya referimos anteriormente, cf. Cap. 1, 5. Muchos judíos no *querían* ver en Él al Mesías en su gloria

mesiánica. «Han cerrado sus ojos, para que no vean con los ojos, ni oigan con los oídos, ni con el corazón entiendan, ni se conviertan y yo les sane», Mt. 13:15. Se volvieron conscientemente contra Jesús, mientras que los discípulos habían abierto el corazón a su enseñanza.

Entonces habló el Rey ultrajado: *«A cualquiera que tiene* (a saber, una actitud creyente en el evangelio del Reino), *se le dará y tendrá más* (a saber, visión de fe); *pero al que no tiene* (porque cerró sus oídos y ojos a Jesús), *aun lo que tiene* (de visión de fe), *le será quitado»*, Mt. 13:12. Por eso el Señor Jesús les habló en enigmáticas parábolas. ¡Imaginemos que dieran crédito a sus palabras! ¡Sería una lástima! A partir de entonces, la predicación del Señor hizo a muchos judíos aún más ciegos de lo que ya querían ser. Así, el ministerio puro de la Palabra puede hacer que los cristianos que han endurecido su corazón sean más ciegos y duros para oír.

Pero, si le escuchamos humildemente y no cerramos nuestros oídos a las amonestaciones de Proverbios, y no endurecemos nuestros corazones, entonces podremos llegar al «conocimiento pleno del Hijo de Dios», como dijo el Apóstol. «Al hombre perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo. Así ya no seremos niños fluctuantes, llevados por doquiera de todo viento de doctrina, por estratagema de hombres que para engañar emplean con astucia las artimañas del error; sino que, siguiendo la verdad en amor, crezcamos en todo en aquel que es la cabeza, esto es, Cristo», Ef. 4:13-15, cf. Fil. 1:9-11.

Por consiguiente, todo gira en torno a la cuestión de si nuestro corazón está enteramente humillado ante Dios. Si es así, reconoceremos que nosotros, por naturaleza, estamos llenos de tinieblas y necedad. Entonces romperemos radicalmente con el error del mundo incrédulo, en el sentido de que nuestro entendimiento pueda juzgar al Todopoderoso. Entonces nos postraremos en el polvo, bajo la autoridad del Señor y de su Palabra.

Así comienza siempre la sabiduría: «Derribando argumentos y toda altivez que se levanta contra el conocimiento de Dios, y llevando cautivo todo pensamiento a la obediencia a Cristo», 2 Co. 10:5. Con esto comenzó el Manual en Proverbios (Pr. 1:7), y con esto concluye ahora Pr. 9:10. Puesto que ya he-

mos dedicado un capítulo aparte a esta expresión fundamental en Pr. 1:7, (el cap. 4), nos será permitido señalarlo ahoray tratar con más brevedad la repetición de este versículo

Versículo 10:

«El temor de Yahvéh es el principio de la sabiduría; el conocimiento del Santísimo es la inteligencia».

La verdadera sabiduría comienza reconociendo que el ser humano, en cuanto criatura, no tiene de suyo sabiduría alguna. Toda su sabiduría le llega del «único y sabio Dios», 1 Ti. 1:17. «Porque Yahvéh es el Dios que todo lo sabe», 1 S. 2:3. Salomón reconoció esto. Precisamente, pidiendo a Dios sabiduría, reconoció su propia carencia de la misma, 1 R. 3:7-9. Humildemente reconoció que encontrar el buen camino, para él mismo y para su pueblo, era superior a sus fuerzas. Una vez más se repite: «Si alguno de vosotros tiene falta de sabiduría, pídala *a Dios*», Stg. 1:5. La sabiduría es un don que Dios quiere dar a su pueblo a través de su pacto, p.ej., en el libro de Proverbios.

Por tanto, también se podría decir: «La *Humildad* es el principio de la sabiduría»; pues la humildad de la sabiduría nos hace honrar a nuestro Padre como el Dios que en su Palabra se nos reveló, y que cerró su pacto con Israel y con todos los creyentes cristianos y sus hijos. La humildad de la sabiduría nos hace honrar a Dios en cuanto Creador y nos llena de respeto a las ordenanzas que Él estableció para todas sus criaturas. Por lo cual, quizás podríamos traducir Pr. 9:10 mucho mejor así: «...y *el respeto* al Santísimo es inteligencia».[7]

Esta es la base de toda sabiduría. Cuando los hombres abandonan este fundamento, su sabiduría se hunde inevitablemente. «Lámpara es a mispies tu palabra y lumbrera a mi camino», Sal. 119:105. Esta Palabra es el terreno nutritivo de la sabiduría en la que ésta no puede morir, puesto que de ella recibe gracia sobre gracia. Y como ejemplo de ello, Doña Sabiduría la presenta como la base denuestra duración en la vida.

Versículo 11:

«Porque por mí se aumentarán tus días, años de vida se te añadirán.»

La sabiduría nos puede preservar de un final *prematuro* en la vida. Ya hablamos de ello más detalladamente al comentar Pr. 3:1-2. Pero las bendiciones de la sabiduría se pueden tomar aun mucho más ampliamente, extendidas sobre toda nuestra vida. Proverbios 3 indica esto ampliamente y Pr. 9:12 llega a resumir esto en dos líneas.

Versículo 12:

«Si eres sabio, para ti lo eres;
si eres escarnecedor,solo tú lo pagarás.»

Esto es lo que ha pregonado el Manual de Proverbios en todos los tonos. Así se puede ver después perfectamente ilustrado en Proverbios 10 al 31. La sabiduría te sitúa en el favor de Yahvéh. Nos hace ser una alegría para los padres y una bendición para el entorno. Protege la felicidad conyugal contra la destrucción por la prostitución. Nos conforma a la mujer ideal, que es la corona de su marido. Conduce la familia al florecimiento. Bendice el trabajo con la posesión de cosas y el bienestar. Nos hace afables y nos procura un buen nombre. Protege la salud y refuerza el descanso nocturno. Y todo ello porque nos enseña a conocer las ordenanzas de Dios para nuestra vida y a tenerlas en cuenta diariamente.

Pero el escarnecedor rechaza esto y tiene que sufrir en su cuerpo su temeridad (Pr. 21:24). Esto nos lo hará ver después Proverbios 10 al 31 con decenas de ejemplos. Los seres humanos nunca pecan sin coste y sin compromiso. «Muchos dolores habrá para el impío», Sal. 32:10; porque desdeña los raíles de las ordenanzas de Dios, cf. Pr. 1:24-33. El pecado supone atentar contra nuestra propia vida.

«No os engañéis; Dios no puede ser burlado, pues todo lo que el hombre siembre, eso también segará, porque el que siembra para su carne, de la carne segará *corrupción*; pero el que siembra para el Espíritu, del Espíritu segará *vida eterna*. No nos cansemos, pues, de hacer bien, porque a su tiempo segaremos, si no desmayamos», Gá. 6:7-9.

3. Doña Insensata y sus invitados se sientan a un banquete mortal, vss.13-18

Proverbios nos presenta a continuación la antípoda de Doña Sabiduría: Doña Insensata. Naturalmente, como Doña Sabi-

duría, tampoco ella es una auténtica persona viviente, pues también es una *personificación* poética. Así como Doña Sabiduría es la personificación de toda la sabiduría que Dios ha puesto en su Sagrada Escritura y en su creación, así Doña Insensata es la figura imaginaria que representa a toda la posible insensatez humana.

En ella hay que tener presente todos los pecados que nosotros los humanos cometemos, pues la insensatez tiene, en las Sagradas Escrituras, un color religioso. *Necio* es otro nombre para el *impío*, o sea, aquel cuya actitud de vida es actuar cada día como si no hubiera un Dios que se fije en nosotros.[8] También se puede ver esto mismo en los sinónimos que Proverbios usa para describir la insensatez, como: estupidez, odio al conocimiento, burla, aversión, pecado. De hecho, todas ellas son expresiones diferentes para uno y el mismo asunto: Abandonar a Dios de palabra y de hecho. Por consiguiente, en lugar de Doña Insensatez también podríamos hablar de Doña Iniquidad, o de Doña Impiedad.

Aquí tenemos, en primer lugar, su retrato:

Versículos 13 y 14:

«[Doña Insensatez] *es alborotadora,*
ingenua e ignorante.
Se sienta en una silla
a la puerta de su casa,
en los lugares altos de la ciudad,»

Este es claramente el retrato de una antigua prostituta oriental. Así estaba Tamar a la entrada de Enaim, Gn. 38:14, cf. Jer. 3:2, Ez. 16:31. Una criatura tan superficial y desvergonzada debe aquísimbolizar el pecado y la insensatez. Y el pecado, ¿acaso no es a veces una superficialidad y frivolidad sin límites? Y el trato con una ramera, ¿no es efectivamente una imagen sorprendente para la irreflexión, la estupidez y la despreocupación que caracteriza a cada pecado?

Doña Insensatez no tiene conocimiento alguno de las cosas esencialmente importantes en la vida. Esto lo expuso de forma atractiva el Pastor J.C.Sikkel en su discurso: «El principio del conocimiento», expuesto en la hora de la oración, el 26 de junio de 1889, en recuerdo de la fundación de la Universidad Libre (Reformada), en 1880, en Amsterdam. Hablando acerca

de la sabiduría y la insensatez en el trabajo científico, Sikkel dijo de este último: «*Aquí* está el conocimiento seco, nebuloso, desesperanzado y triste. El conocimiento que trae pesar; que apaga la última chispa; que produce cansancio de la vida; que ni siquiera aplaca el anhelo por la sabiduría; que a la pregunta sobre el origen, naturaleza y fin, no tiene otra respuesta que una fantasía, una hipótesis, una suposición, a la cual ella misma no atribuye ningún valor real; que nada tiene que pronosticar sino el sepulcro mudo; que en el servicio del corazón corrompido, está pensado con enemistad contra Dios; que se pone al servicio en la *lucha contra la voluntad y sabiduría de Dios;* incluso si la luz actúa frente a Él, que *es la Luz;* que en la *criatura* sólo busca origen y finalidad, y así, por su trabajo, alimenta su soberbia; se opone a la virtud; hace perecer el derecho en beneficio propio; reprime todaintención de seguir el buen camino; enseña al hombre a despreciar a su Dios y a arruinarse a sí mismo; y que, al final, únicamente sabe pronunciar una palabra, para dar una solución, que debe salvar su supuesta propia valía y liberar el corazón corrompido, la palabra de la necedad, la sabiduría que es del maligno: -'¡No hay Dios!' Esta es la falsamente llamada ciencia. -'La de los que, teniéndose por sabios, se han hecho necios' (cf. 1 Ti. 6:20; Co. 2:8; Ro. 1:18-32).» Así dijo el mencionado Sikkel.

Por supuesto, el poeta de Proverbios describe a esa mujer llamada Insensatez, como viviendo en una ciudad *israelita*. Con ello, de forma poética, nos hace saber que la insensatez y la apostasía intentan obtener seguidores también dentro del pueblo de Dios, y para ello también actúa públicamente como Doña Sabiduría. Para decirlo claramente: también donde se ha dado a conocer la Palabra de Dios, se puede chocar diariamente con el pecado y la insensatez y estar expuesto a su tentación.

Esto atañe especialmente a los jóvenes inexpertos.

Versículos 15 y 16:

> *«para llamar a los que pasan por el camino,*
> *a los que van derechos por sus sendas:*
> *-'¿Quién es ingenuo? ¡Que venga acá!' [9]:*
> *y a los faltos de cordura dice...»*

Todo israelita estaba entonces, como todo cristiano ahora, expuesto a la tentación de la insensatez. En medio de nuestras ocupaciones, mientras con la mejor confianza andamos por el buen camino, la Insensatez puede hablarnos descaradamente; y sobre todo, si aún se es joven y aún no se tiene mucha experiencia en la vida, ella piensa que ha encontrado una presa fácil.

Ya oímos cómo Doña Sabiduría encargó a sus mensajeros: -'No invitéis a escarnecedores e impíos; pues ésos no vienen'. La Insensatez no precisa decir eso pues tiene en su poder a los escarnecedores e impíos. La lucha entre la Sabiduría y la Insensatez es por *la juventud,* por los «inexpertos» (necios, inocentes e ingenuos). Éstos no han hecho aún la elección decisiva y por eso están aún abiertos a toda clase de influencias. Como la Sabiduría, también la Insensatez se dirige especialmente a ellos; y con *las mismas palabras* que Doña Sabiduría dijo: -'¿Quién es ingenuo? ¡Que venga acá!', cf. vs. 4; pero, ¿no aplica Satanás esta táctica ya desde el Paraíso? Desvergonzadamente utilizó el mismo dicho de Dios: «Si hacéis lo que digo, seréis felices», Gn. 3:5-6.

Versículo 17:

«Las aguas robadas son dulces,
y el pan comido a escondidas es sabroso»

«Comer» y «beber agua» puede referirse a veces al goce sexual, Pr. 5:15-20, 7:18, 30:20, Cnt. 4:13-15. Si ésa es aquí también la intención, el poeta deja a la mujer Insensata hablar como una mujer pública, aunque esto difícilmente lo podamos considerar como hablar. Ella más bien está sugiriendo algo. Normalmente hace pensar a sus oyentes que tiene algo muy codiciable para ellos; algo que puede hacerles muy felices. Pero, ¿no hace esto también el pecado desde el paraíso? La Insensatez siempre se presenta a sí misma más deseable que la obediencia a los mandamientos de Dios.

Nada extraño que para ello el poeta escogiera a la prostituta como representante. Ella toma prestado su diabólico poder de atracción precisamente de lo prohibido, lo misterioso, lo desconocido. A nuestra naturaleza corrompida le parece que ella es bonita y tentadora. Quien va con ella a «comer y beber» -literal y figuradamente- le entrega a ella su cuerpo y alma.

Doña Impiedad no descansa hasta que te posee totalmente.

¿No llama la atención la diferencia en el menú? Doña Sabiduría nos invita a un banquete real de platos sabrosos en una casa regia. La Insensata nos tienta en la calle para ir con ella a tomar *agua y pan*. Lo único atractivo de su menú está en lo prohibido, lo furtivo. Pero lo que ella misma no cuenta al respecto, eso lo añade el sabio, es que quien acepta su invitación encarga su última comida.

Versículo 18:

«Pero ellos no saben
que allí están los muertos,
que sus convidados están
en lo profundo del seol».

En Pr. 7:27, Salomón dijo de la mujer extraña: «Camino del seol es su casa», pero aquí aún se expresa más severamente. Quien va a *convivir* con la mujer Insensata, o bien con el Pecado (lo cual no es lo mismo que *caer* en pecado), debe tener presente que su casa es el apartamento de la muerte. Sus invitados ya están muertos en vida. Pensaron recibir un banquete apetitoso, pero comen veneno mortal.

El apóstol Pablo escribió después sobre lo mismo: «Porque la paga del pecado es muerte», Ro. 6:23. Y «muerte» significa en Proverbios, como frecuentemente en el resto de las Sagradas Escrituras, mucho más que exhalar el último suspiro. «Muerte» también puede referirse a la corrupción en la que la vida humana puede llegar a caer mientras aún caminamos y reímos. «Cuando estabais muertos en vuestros delitos y pecados», Ef. 2:1. En algunos se produce una muerte prematura (cf. Pr. 3:1) y luego termina en la muerte segunda, «el lago de fuego», Ap. 20:14.

Los dos caminos.

El capítulo 9 de Proverbios nos presenta, pues, la antigua elección entre los dos caminos, como también la Toráh, los Profetas, los Salmos y nuestro Señor Jesucristo propusieron constantemente al pueblo de Dios.

Ya dijo Moisés a Israel: «Os he puesto delante la vida y la muerte...escoge, pues, la vida...para que vivas tú y tu descendencia, amando a Yahvéh, tu Dios», Dt. 30:19-20. Josué

los colocó ante la misma decisión: «Escogeos hoy a quién sirváis», Jos. 24:15. El Salmo 1 abre la tercera parte[10] de las Sagradas Escrituras con dos caminos: el camino de los justos y el camino de los impíos, cf. Jer. 17:5-8. Y nuestro Salvador honró la Ley y los Profetas con su enseñanza sobre «la puerta ancha y el camino espacioso que lleva a la perdición» y «la puerta angosta y el camino angosto que lleva a la vida», Mt.7:13-14.

Proverbios 9 nos coloca también a nosotros ante esa antigua elección, y con ello resume todo el Manual de Proverbios. ¿A qué se reduce, dicho brevemente, toda esa primera parte de este libro de la Biblia? A esta pregunta: ¿Cuál será tu comida y tu bebida? ¿Sabiduría o insensatez? ¿Alimento de vida o veneno mortal? ¿Qué banquete escoges?

NOTAS

1.– Véase comentario de Pr. 1:9.

2.– Aquí también es posible y parece más evidente la versión: «ganado de sacrificio».

3.– F. van Deursen, *Los Salmos I*, 83-86, FELiRe 1996.

4.– F. van Deursen, *Los Salmos I*, cap. 3, donde hablamos ampliamente de estos impíos y escarnecedores.

5.– F. van Deursen, *Los Salmos I*, 110-121, FELiRe 1996.

6.– ibid., 218-220

7.– F. van Deursen., *Los Salmos II*, «Indice de Materias», bajo la palabra *conocer:* observar lealtad frente al Señor como Gran Rey de la Alianza.

8.– Véase el retrato del necio en *Los Salmos I*, 80-82, F. van Deursen., FELiRe 1996.

9.– 17): «Llamando a los que pasan de camino a sus asuntos», según R.B.Y Scott, *Proverbs/Eclesiastes*, New York 1965.

10.– F. van Deursen, *Los Salmos I*, 91/95, FELiRe 1996.

SEGUNDA PARTE

PROVERBIOS

10 al 31

EL "VERDADERO" LIBRO DE PROVERBIOS

Introducción

¡Entremos en la sala del trono! Si nos es permitido comparar por un momento el Manual de Proverbios (Proverbios 1 al 9) con un vestíbulo hermoso, en Proverbios 10 al 31 abrimos la puerta a la sala del trono y a las dependencias del gran palacio de Proverbios. En cierto sentido, Proverbios 10 al 31 constituye el libro de Proverbios propiamente dicho. ¿Cómo, pues, nos dispondremos a leerlo?

Al igual que en nuestros dos tomos sobre los Salmos, tampoco aquí escribiremos un comentario completo de todos y cada uno de los proverbios. Nuestro anterior objetivo fue orientar al lector en el mundo de este libro (pues, ¡es un *mundo*!). Por eso hemos cedido el mayor espacio a Proverbios 1 al 9, pues allí introdujo Salomón su libro de una forma insuperable; y dado el plan y tamaño de nuestra obra, sencillamente debimos dedicarle la mayor atención.

Ahora, pues, abrimos el «verdadero» libro de Proverbios, instruidos por el autor mismo de cómo debemos leerlo. Como un libro lleno de sabiduría de la vida. Destinado especialmente a los jóvenes aún inexpertos. Fundido en la forma concisa y gráfica, aunque a veces también algo severa y parcial del *mashal*. Un auténtico libro de enseñanza de la vida. Quien lo lee debe tener en cuenta constantemente: «Este libro habla en todas partes por igual de forma saludable. Puede venir bien a toda mi vida: a mi matrimonio y familia; a mi salud y descanso nocturno; a mi dinero y a mis bienes». Nos gozamos con la esperanza de que nuestra amplia reseña de Proverbios 1 al 9 haya aguzado la visión del lector para ver el beneficioso poder de la sabiduría en Proverbios 10 al 31.

Acerca de nuestro método de tratamiento de esos capítulos, obsérvese lo siguiente:

Puesto que, como queda dicho, no estamos escribiendo un comentario general, a partir de aquí no se encontrará un tratamiento versículo por versículo de este libro de la Biblia,

sino únicamente una selección de ellos. Esta selección es, naturalmente, limitada y bastante arbitraria, si bien hemos procurado aportar la máxima variación posible y también expresamente hemos citado muchos proverbios sinónimos. Esperamos que el tratamiento de los proverbios realmente comentados arroje alguna luz sobre esos proverbios sinónimos no comentados; y por ello los hemos incluido también en un índice aparte. Con lo cual quizá habremos complacido a algunos lectores.

Más que un proverbio parece como un grueso libro que haya sido resumido en dos líneas. ¿Quién explicará «completamente» esas palabras de significado tan vasto? Por eso las más de las veces nos hemos limitado a dar algunos ejemplos con ocasión de un proverbio. Si llega el caso, el propio lector puede aumentarlo con otros muchos. Hay que intentarlo; es una buena manera de apropiarse de esta Sabiduría.

Respecto a la naturaleza de nuestros ejemplos, los escogimos preferentemente de las Sagradas Escrituras, porque un corazón temeroso de Dios se inclina fácilmente ante ellas y porque siempre la mejor forma de explicar la Escritura es con la misma Escritura. Pero, conforme al dicho: «Ha sido *escrito* y ha *ocurrido*», también nosotros, de vez en cuando, hemos escogido algunos ejemplos de la historia que, según la sabiduría de Proverbios, ofrecen buenas ilustraciones.

Por último, debemos añadir algo sobre la forma de enseñanza de este libro de la Biblia. El epígrafe «Proverbios de Salomón», aparece también sobre Proverbios 10 y siguientes. En el Capítulo 1 hemos hablado extensamente sobre las características de la forma de enseñanza y de la poética del *mashal*. Hicimos esto especialmente para evitar malentendidos por el modo conciso de hablar de Salomón y de los demás autores de proverbios. Para lo que sigue, damos por conocido ese Capítulo 1.

Capítulo 12

Proverbios 10:1 al 22:15

ALGUNOS PROVERBIOS DE SALOMÓN

Como ya sabemos,[1] nuestro libro de Proverbios está compuesto de diferentes colecciones. Algunas de las más grandes son del propio Salomón, y las otras más pequeñas, como apéndices, son de otros sabios. Naturalmente, nosotros hemos hecho la selección principal en las colecciones salomónicas, porque ellas componen la mayor parte del libro.

Proverbios 10:1

«El hijo sabio alegra al padre,
pero el hijo necio es la tristeza de su madre».

«Por voluntad de Yahvéh he adquirido un varón» (Gn. 4:1), exclamó Eva cuando fue madre. Más tarde, y para su profundo pesar, se evidenció que había dado a luz un asesino. Rebeca se lamentó ante Isaac de su hijo Esaú: «Fastidio tengo de mi vida a causa de las hijas de Het. Si Jacob toma mujer de entre las hijas de Het, como éstas, de entre las hijas de esta tierra, ¿para qué quiero la vida?», Gn. 27:46, cf. 28:8. Así menciona la Escritura a otros padres sabios que tuvieron un hijo necio: Noé, Samuel, David, Josafat y Ezequías. Y, a pesar de su sabiduría, ¿también el propio Salomón?

En el proverbio arriba mencionado escuchamos un estímulo doble. En primer lugar, para los jóvenes lectores de Salomón: -'¡Vamos, hijo mío, no seas tan necio de abandonar a Dios y su Palabra! Ahorra a tu madre ese disgusto y da a tu padre como regalo más bonito tu conducta sabia y temerosa de Dios.' Le pasa exactamente como al apóstol Juan, cuan-

do escribió: «No tengo yo mayor gozo que oír que mis hijos andan en la verdad», 3 Jn. v. 4.

Y ojalá este proverbio estimule a los padres a no abandonar a sus hijos, sino a educarlos en la disciplina e instrucción del Señor, Ef. 6:4. Si no quisieran escuchar esto, entonces esos padres se pueden ahorrar al menos, en cada sufrimiento, este punzante remordimiento: -'Le dimos pan y vestido, pero le privamos del pan de vida...'

Casi no hay obra más importante que educar a los niños en el temor de Yahvéh. ¿No es digno de tener en cuenta que Salomón comience, no sólo su Manual de Proverbios (cf. cap. 1:8) sino también el libro Proverbios mismo, con un proverbio sobre la familia? No es de extrañar que la familia sea la célula y con ello el pilar de apoyo de iglesia, estado y sociedad. Salomón retornará frecuentemente a este tema, (véase nuestro tratamiento de Pr. 13:24; 19:18; 22:6 y 15. Consúltese también, con motivo de este proverbio: Pr. 13:1; 15:5 y 20, 17:21 y 25; 19:13 y 26; 20:11 y 20; 28:7, 29:3).

Proverbios 10:2

> *«Los tesoros de maldad no serán de provecho,*
> *mas la justicia libra de la muerte».*

A comienzos del siglo XVI España era un país inmensamente rico. Las famosas «flotas de la plata» transportaban anualmente cargamentos de objetos de valor. Pero se trataba de auténticos «tesoros de maldad», como Salomón lo expresa en ese texto. Los españoles no los habían ganado merecidamente, sino que los habían robado de las minas y tesorerías de los pueblos vencidos en Centro y Suramérica. Por eso también puede decirse de aquellas *flotas de la plata* lo que la Palabra de Dios enseña en el citado texto: «Los tesoros de maldad no serán de provecho». A fines del siglo XVII, la misma España tenía a sus espaldas diferentes bancarrotas financieras.[2]

La gran afluencia de medios de pago provenientes de Suramérica no hizo ningún bien a la economía española, por más extraño que ello suene. Al contrario, los tesoros robados tuvieron precisamente un resultado funesto sobre la economía nacional española. El rey y los favoritos instalados en altos cargos, llevaban un régimen de vida demasiado alto. La

sobreabundancia de fondos de caja les permitió cada vez más detraer fuerzas vivas de trabajo a la agricultura y a la industria. Sin embargo, debido a ello, los importantes medios de producción cayeron en medida creciente en manos extranjeras. Gracias a la plata americana, España pudo pagar sus prolongadas guerras, pero no acertó a producir los muchos enseres de guerra necesarios. De esta forma, la corriente de dinero robado fluyó tan irreprimiblemente a países extranjeros, que proveyó a España de legiones de hombres y de los materiales de guerra necesarios, sin hacer ningún esfuerzo.

El sabio estadista Salomón ya había avisado sobre semejante estado de cosas: «Los tesoros de maldad no serán de provecho.» Tampoco en una economía nacional. En lugar de enriquecer al país, la plata americana robada, precisamente empobreció a España y frenó su desarrollo económico durante siglos. Como Egipto antaño, España, a causa de su *flota de la plata*, pasó de ser un poder mundial a un país económicamente retrasado, que apenas en el siglo XX comenzó a recuperarse en cierta forma. La historia, por otra parte, permite ver algunas veces que un pueblo no se labra un bienestar permanente robando y extorsionando a otros pueblos.

Pero, ¿por qué los «tesoros de maldad» de España no hicieron ningún provecho a este país? Porque, a pesar de su elaborada religiosidad, no tuvo en consideración el mandamiento de Dios para la vida económica y política. Dios había mandado a Israel y a la cristiandad: «No hurtarás». Un pueblo debe ganar su pan con el trabajo honrado. Ese es el orden de Dios, (cf. Pr. 28:19, Ef. 4:28, 1 Ts. 4:11, 2 Ts. 3:6-12). El desarrollo económico duradero y el bienestar surgen únicamente por la laboriosidad, regulados por los mandamientos de Dios. Por eso la plata americana robada, a la larga, no hizo ningún bien a España, porque había obtenido esos tesoros por medio de la *impiedad.* Por el contrario, los proveedores de pertrechos se hicieron ricos, pues trabajaron para eso. Así de práctica es la influencia de los mandamientos de Dios en la vida, incluso en la de todo un pueblo. Los españoles podían leer en su Biblia la ley fundamental para la vida económica: «No hurtarás». Puesto que desobedecieron este mandamiento, introdujeron la muerte y la corrupción en su economía nacional. Esto, naturalmente, también vale para la vida personal, aunque aquí hayamos escogido el ejemplo de todo un

pueblo. Lo que Salomón enseñó en el texto mencionado, lo confirmó la experiencia con el siguiente refrán: «Bienes mal adquiridos a nadie han enriquecido», y en el dicho: «Así ganados, así perdidos».

Este asunto, sin embargo, también tiene un reverso, y asimismo lo señaló Salomón: *«Mas la justicia libra de la muerte»*, añadió a su aviso. La justicia u obediencia al pacto de Dios y sus palabras puede salvar de la muerte (es decir, de la corrupción de la vida, de la infructuosidad y de la decadencia) el gobierno de la casa de alguien, e incluso a toda una economía nacional, cuando se respeta el orden de Dios: «No hurtarás, sino que ganarás tu pan con tus propias manos». En aquel mismo siglo en que España se hizo pobre con su plata americana, para la cual no había trabajado, Holanda salió al encuentro del "Siglo de Oro" trabajando con ímpetu.

Veamos algunos proverbios sinónimos más: «Los planes del diligente ciertamente tienden a la abundancia, pero todo el que se apresura alocadamente, de cierto va a la pobreza», Pr. 21:5. «Toda labor da su fruto; mas las vanas palabras empobrecen», 14:23. «El que cultiva su tierra se saciará de pan, pero el que sigue a los ociosos se colmará de pobreza», Pr. 28:19.

Proverbios 10:4

> *«La mano negligente empobrece,*
> *pero la mano de los diligentes enriquece».*

Y muchas manos diligentes hacen rico a todo un pueblo, como se puede ver en la propia Holanda en el siglo XVII. Se trabajó duro en Holanda y esto es, según el orden de Dios, el requisito para un bienestar económico: «No hurtarás, sino que ganarás tu pan con tus propias manos», cf. Pr. 28:19, Ef. 4:28, 1 Ts. 4:11, 2 Ts. 3:6-12. La principal fuente de ingresos fue la pesca, muy al contrario de lo que alguna vez se piensa, seguida de la marina mercante, sobre todo en el Mar Báltico, y luego en el Sur de Europa y en el Océano Índico. En cuanto a la agricultura, ganadería y las industrias manufactureras, de ninguna se tuvo una baja opinión. De este modo, por ese camino de espíritu diligente y de empresa, Dios hizo a los holandeses un pueblo próspero en el siglo XVII.[3] La sabiduría por el temor de Yahvéh tiene la *promesa* del cre-

cimiento de lo que se posee. Sobre esto llamó la atención repetidamente Salomón en su Manual, cf. Pr. 3:9-10 y 3:16.

Aquellos activos obreros tuvieron, por desgracia, nietos perezosos que prefirieron dormirse en los laureles. En el siglo XVIII, declinó el espíritu de empresa, y Holanda comenzó a vivir de sus rentas, y se convirtió en el prestamista de Europa. Pero el dinero para el que no se trabaja no prospera (cf. Pr. 10:2, 11:18, 13:11). Esto es lo que sufrió España con sus *flotas de la plata* en el siglo XVII, y Holanda con sus operaciones de banca en el siglo XVIII. Otros pueblos salieron adelante con ayuda de aquel dinero, mientras que la economía holandesa comenzó a languidecer. Una economía nacional, al igual que una economía familiar no puede florecer sin esfuerzos económicos. La vida nacional de un país como Holanda tuvo que sufrir las consecuencias de la pereza del siglo XVIII, hasta bien entrado el siglo XIX.

Veamos algunos otros proverbios sinónimos: «El indolente ni aun asará lo que ha cazado; ¡precioso bien del hombre es la diligencia!», Pr. 12:27. «El que es negligente en su trabajo es hermano del hombre destructor», Pr. 18:9. «La pereza hace caer en profundo sueño y la persona negligente padecerá hambre», Pr. 19:15.

Proverbios 10:7

> *«La memoria del justo es bendecida,*
> *mas el nombre de los malvados se pudrirá».*

Nombres como Herodes, Judas, Hitler, etc. se han podrido en la historia. Pero la memoria de Salomón es, hasta el presente, para bendición, pues por él Dios nos dio estos tesoros de sabiduría proverbial. Como el nombre de David está indisolublemente unido a los Salmos, que aún proporcionan tanta bendición, así el nombre de nuestros piadosos padres y maestros, años después de su partida, aun puede influir saludablemente, puesto que su vida en obediencia a la Palabra nos estimula a seguirlos. Pero, ¿qué memoria nos es más querida y enriquecedora que la del gran Justo, nuestro Señor Jesucristo? «Será su nombre para siempre; se perpetuará su nombre mientras dure el sol. Benditas serán en él todas las naciones.» Sal. 72:17.

Proverbios 10:11

«Manantial de vida es la boca del justo,
pero la boca de los malvados oculta violencia».

¡Cuántas lenguas han desencadenado la violencia contra el pobre pueblo de Dios! Recuérdese a Saúl, Aman y los miembros del Sanedrín, o a la Inquisición posteriormente. ¡No es así la boca de los justos! Salomón la compara aquí a una fuente de agua; y lo que esto significa para la vida se comprende bien en un país pobre en agua. Una fuente de la cual puede depender tu vida, como Agar e Ismael lo experimentaron, Gn. 16.

Ahora bien, en Israel se cantaba al Señor: «Porque contigo está el manantial de la vida», Sal. 36:9, cf. Jer. 2:13, 17:13. Por eso su Palabra es tan saludable para nuestra vida. Tanto más ahora que el Hijo de Dios, mediante su enseñanza, la ha cumplido y completado, y nosotros, con el apóstol Pedro, podemos preguntar: «Señor, ¿a quién iremos? Tú tienes palabras de vida eterna», Jn. 6:68. Y con esta enseñanza, los seguidores y discípulos de Jesús ahora pueden, con sus propias palabras, fomentar también la dicha de la vida de su prójimo e indicarle el camino de la vida eterna. No sólo por una vez, sino sin límites. Esa lengua se parece entonces a una fuente de agua que fluye constantemente y que mantiene diariamente la vida del Israel de Dios.

Veamos algunos proverbios sinónimos: «Plata pura es la lengua del justo, mas es nada el corazón de los malvados», Pr. 10:20. «La instrucción del sabio es manantial de vida», Pr. 13:14a., cf. 10:14 y 21, 14:27, 16:22, Jn. 7:38-39. También: Pr. 3:17, 15:1, 16:24, y 18:7.

Proverbios 10:14

«Los sabios atesoran sabiduría,
mas la boca del necio es una calamidad cercana».

Un necio vierte sus necias ideas a tiempo y a destiempo, con todas las malas consecuencias de ello. Pero los sabios conservan su conocimiento para el momento adecuado; cuando la *ocasión* de hablar se produce. Ellos dan su enseñanza no sin distinción, pues saben: «¡Cuán buena es una palabra *a su tiempo!»,* Pr. 15:23, cf. Ec. 3:7 y 11. Mt. 7:6; y también: Pr. 18:7.

Proverbios 10:15

«Las riquezas del rico son su ciudad fortificada;
la debilidad de los pobres es su pobreza».

Ciertamente, la riqueza no es el bien supremo. La justicia, la discreción y un buen nombre son de mucho más valor. No es que ahora debemos despreciar el dinero y los bienes como cosas inconvenientes, tal como se hace por una especie de determinado idealismo y romanticismo, o simplemente por ociosidad. Proverbios reconoce muchas veces que la posesión de dinero, junto a todos sus peligros, también tiene sus ventajas, y que la escasez de dinero es algo doloroso y frecuentemente vejatorio.

El dinero ofrece a sus poseedores una cierta medida de protección contra las incertidumbres de la vida, Ec. 7:12. Con sus posesiones, el rico se halla como en una fuerte fortaleza, dice Salomón. Aunque, naturalmente, esa protección es limitada.[4] Pero el pobre puede atribuir una gran parte de su miseria a su falta de dinero. Literalmente, Salomón tipifica la pobreza del hombre como «su escombro» o «ruina» (la misma palabra que en Sal. 89:40b). ¡Contraposición característica con el rico! Mientras éste, gracias a sus posesiones, se halla seguro detrás de un alto muro de fortaleza, el pobre, como consecuencia de su escasez, habita realmente en una ruina; o sea, a campo abierto y a la intemperie, de modo que cualquiera puede abusar de él.

Otros proverbios dejan ver algo de la desdicha que la pobreza lleva consigo; pues, p.ej., puede costar el perder amigos: «El pobre resulta odioso[5] aun a su amigo, pero muchos son los que aman al rico», Pr. 14:20. «Si todos los hermanos del pobre lo aborrecen, ¡cuánto más sus amigos se alejarán de él!», Pr. 19:7. La pobreza puede también herir el sentimiento de la propia valía de alguien: «El pobre habla con ruegos; el rico responde con dureza», Pr. 18:23. ¡La pobreza genera desánimo! «El rico se hace dueño de los pobres y el que toma prestado se hace siervo del que presta», Pr. 22:7. Estos son los duros hechos que Salomón constata.

Y además téngase también presente que *pobres* frecuentemente es una designación para los piadosos, y que *ricos* casi siempre es una palabra para señalar a los impíos.[6] Frecuentemente, la pobreza era la consecuencia del abandono

del pacto en Israel, pues con la Toráh Yahvéh había levantado un escudo protector sobre los pobres. Pero, ¿y cuándo alguien rompe ese escudo? La desdicha que entonces podía alcanzar a los piadosos de Israel, ya la comentamos en Los Salmos[7]. Nada extraño, pues, que Agur suplicara también que fuéramos librados de la pobreza, Pr. 30:8.

No, no debemos desdeñar ningún bien material.

Proverbios 10:16

«La obra del justo es para vida;
el fruto del malvado es para pecado».

¿Cómo empleamos los ingresos de nuestra obra o esfuerzo? También es éste un asunto relacionado con la sabiduría y temor del Señor. Booz permitió a dos viudas pobres participar en su riqueza. Nabal rechazó prescindir de algo de su abundancia para David y sus acompañantes indigentes. Dos ricos campesinos, uno justo y otro impío, con dos clases de actitud frente al dinero y los bienes; es decir frente al Dios y Propietario de todo dinero y bien material. Salomón explica la diferencia diciendo: «para vida» (en Proverbios, frecuentemente, es una expresión para referirse al bienestar y dicha), o: «para pecado» (esto es, contra la intención de Dios).

Booz mostró respeto por el derecho de los pobres que el Señor había establecido en la Toráh.[8] Repartió su pan con los hambrientos y quiso también invertir dinero en el terreno de Elimelec. El piadoso agricultor otorgó una buena vida a Noemí y Rut. Por el contrario, Nabal habló de «*mi* pan y *mi* agua», y, en lo que a él le concernía, David y sus hombres podían morirse de hambre; a pesar de que habían protegido los rebaños de Nabal, y según el derecho de los nómadas habían merecido por ello un regalo. Pero, aquel rico avaricioso prefirió dedicar su dinero «al pecado», o sea, a saciar su vicio de beber.

¿No sigue siendo esta diferencia una característica del destino del dinero de justos y pecadores? Los justos -frecuentemente pobres- en sus donativos tenían en cuenta a Dios y su Palabra; y eso era para bien de su propia vida y la de su prójimo, hasta en su salud (acerca de lo cual diremos más en Pr. 11:17) cf. Ef. 4:28, I Ti. 6:17-19. Pero los impíos eran, con frecuencia, los ricos extorsionadores, los mal pagadores, los ladrones de

tierras, los opresores de viudas, los duros acreedores y tiranos financieros. Les tenía sin cuidado que todo dinero y bien fuera de Dios (Sal. 24:1), y dedicaban sus brutales métodos para sus propios fines pecaminosos: la saciedad de su codicia y otros gustos carnales, Stg. 5:4-5.[9] «Para vida» o «para pecado», esta es efectivamente la gran diferencia. (Véase también Pr. 11:18).

Proverbios 10:17

> *«Guardar la instrucción es camino que lleva a la vida; el que rechaza la reprensión, hace errar.*[10]

Como le ocurrió a Israel bajo el reinado de Jeroboam. Éste parecía incluso un hombre religioso, pero despreció las amonestaciones de los profetas, 1 R. 11:29-39, 12:33 - 13:34. Como un refrán siniestro, resuena en el libro de Reyes: «Jeroboam, hijo de Nebat, que hizo pecar a Israel». Así menospreciaban los fariseos y escribas las amonestaciones de Juan el Bautista y Jesús, hasta que el Señor, finalmente, tuvo que reconvenirlos: «Dejadlos; son ciegos guías de ciegos», Mt. 15:14., cf. 23:16-17.

Muchos políticos revolucionarios y reformadores de la sociedad prefieren actualmente calificarse de progresistas. Pero Salomón nos enseña aquí que quien menosprecia la corrección de la Palabra de Dios, precisamente hace errar. Lo cual es algo muy distinto de progreso o mejora, que, frecuentemente, no es sino retroceso. «¡Pueblo mío, los que te guían te engañan y tuercen el curso de tus caminos!», Is. 3:12. Quien tenga ojos para ver, puede encontrar diariamente en la prensa hechos que pueden corroborar e ilustrar este proverbio de Salomón.

Pero, quien no se erige en soberano por encima de la Palabra de Dios, estará en *«un camino que lleva a la vida»*, y podrá, bajo la bendición de Dios, sanear aún algo, aquí y allí, de esta vida miserable. Sólo el temor del Señor puede levantar a la humanidad del terreno pantanoso, como la historia de los reyes piadosos de Israel permite ver. Mas todos los que aborrecen a Yahvéh, parecen, a la larga, fuegos fatuos con un entendimiento corrompido, para gran detrimento de ellos mismos y su familia; y a veces incluso de todas las iglesias, colegios y pueblos.

Proverbios 10:19

«En las muchas palabras no falta pecado;
el que refrena sus labios es prudente».

«El que mucho habla, mucho yerra», dice el refrán; pero Salomón ahonda más profundamente: Al mucho hablar le sigue de cerca el mucho pecar. Pues, ¿cuantísimos pecados van aparejados con *las palabras*? Blasfemar, mentir, burlarse, odiar, cometer injusticias, hacer actos impúdicos, levantar falso testimonio, prácticas comerciales desleales, religiosidad caprichosa, el disimulo, la desobediencia, etc. Por el contrario, el callar, rara vez causa daño.

Por ello, Proverbios encarece con mucha frecuencia la parquedad de palabras, como uno de los frutos más refinados de la sabiduría. Por mencionar un par de ocasiones: «El que ahorra palabras tiene sabiduría; prudente de espíritu es el hombre inteligente», Pr. 17:27. «Aun el necio, cuando calla, es tenido por sabio; y el que cierra sus labios es inteligente», Pr. 17:28. A este respecto, el sabio apóstol Santiago se sumó, diciendo: «Por esto, mis amados hermanos, todo hombre sea pronto para oír, tardo para hablar, tardo para airarse», Stg. 1:19., cf. 1:26, 3:2-12.

También los paganos tenían alguna idea de esto. Un padre preguntó al filósofo Cleantes: «¿Qué debe aprender mi hijo?» Y recibió esta respuesta: «Enséñale sobre todo a callar». Pitágoras decía: «En mi escuela aprenden a oír y a callar; en otras escuelas los enseñan a hablar». Los libros de sabiduría egipcios y babilonios instan asimismo a la parquedad en palabras: «Duerme antes de hablar.» En los proverbios de Amenemope, el nombre del sabio o piadoso es: "el que calla".

Sin embargo, lo que más nos llama la atención es la amonestación de nuestro Señor y Maestro: «Pero yo os digo que de toda palabra ociosa que hablen los hombres, de ella darán cuenta en el día del juicio, pues por tus palabras serás justificado, y por tus palabras serás condenado», Mt. 12:36-37. Por tanto, debemos orar frecuentemente: «Pon guarda a mi boca, Yahvéh; guarda la puerta de mis labios», Sal. 141:3.

Proverbios 11:2

«Cuando llega la soberbia, llega también la deshonra;
pero con los humildes está la sabiduría».

Isaías proclamó esto muy claramente en su libro (Is. 2 al 4). ¡Cuánto admiraban los hombres de Judá sus caballos y carros de combate, sus barcos de Tarsis y tesoros artísticos! Y sus mujeres e hijas presumían con aire soberbio dando vueltas. Con atrevimiento y con cuellos erguidos andaban deprisa a pasitos menudos por las calles, con boceles tintineantes. Fastuosamente mostraban sus frontales, pendientes, ceñidores de adorno, velos y pañuelos de la cabeza, túnicas y bolsos, ropa interior y exterior, Is. 3:16-23. Luego, exactamente aquello que el Señor tanto aborrece: ojos altaneros y corazones vanidosos, Sal. 101:5.

Aparentemente, parecía que la comunidad judía aún servía a Yahvéh; pero, de hecho, estaba totalmente influenciada por el mundo oriental, Is. 2:6. Los hombres lo delataban, porque confiaban en sus fortalezas y daban de lado a Yahvéh como Protector. Y las mujeres lo demostraban con sus sortilegios y adornos, pues les gustaba adornarse con una lúnula, emblema de Sin, antiguo dios oriental, Is. 3:18.

Así fue hasta que Dios llegó con sus juicios sobre aquella comunidad soberbia e hizo derrumbarse toda la próspera sociedad judía bajo la violencia de la guerra. Muchachos y gente violenta se precipitaron sobre hombres mayores y honorables. Innumerables hombres jóvenes perdieron la vida, con lo que las posibilidades de matrimonio para muchas jóvenes se esfumaron. Muchas mujeres «modelos» fueron arrojadas a un campo de concentración donde no había suficiente agua, de manera que los aromas de los perfumes dieron paso a los olores ofensivos y desagradables. La cinta de adorno fue cambiada por una cuerda. El hermoso manto por un saco, que de hecho era el antiguo vestido de luto. El frontal de oro desapareció por una marca de presidiaria, hecha a fuego. Con el tiempo, la suciedad producía sarna. Isaías lo había anunciado realmente: «Porque el día de Yahvéh de los ejércitos vendrá sobre todo soberbio y altivo, sobre todo lo arrogante, y será abatido», Is. 2:12.

Así se encontraron durante la ocupación alemana de la II Guerra Mundial muchos profesores y banqueros, notarios y miembros del parlamento –que poco antes eran aún figuras sociales encumbradas- totalmente amancillados como presos enflaquecidos tras alambradas de púas. Y en el Lejano Oriente se empobrecían y se pudrían las mimadas damas europeas

en los campos de concentración japoneses. Totalmente en la línea de Isaías 2:17: «La altivez del hombre será abatida; la soberbia humana será humillada. Sólo Yahvéh será exaltado en aquel día». ¿Qué era aquello entonces, destino o castigo? La soberbia es una señal precursora de una caída próxima.

La soberbia también es, pues, necedad. Pero Isaías y su círculo se humillaron bajo la mano poderosa de Dios. Por eso en ellos había sabiduría. Aquí se acierta a ver la realidad con que Dios deja vivir en un momento determinado, y se pueden tomar las medidas acertadas para cualquier ocasión. La soberbia, ciega; mas, la sabiduría aguza la vista. Véase también nuestro comentario en Pr. 3:34, 15:33, 16:18, 18:12, 22:4.

Proverbios 11:4

> *«De nada servirán las riquezas en el día de la ira, pero la justicia librará de muerte».*

Aquel «día de la ira» lo vio Sofonías aproximarse sobre Israel, y también avisó: «Ni su plata ni su oro podrán librarlos en el día de la ira de Yahvéh», Sof. 1:18. ¿De qué les sirvió a los ricos de Jerusalén su dinero, cuando Nabucodonosor, en el año 586 a.C., se encontraba ante la ciudad? Ezequiel ya lo había visto acercarse: «Arrojarán su plata a las calles y su oro será desechado; ni su plata ni su oro podrán librarlos en el *día del furor* de Yahvéh; no saciarán su alma ni llenarán sus entrañas, porque ha sido tropiezo para su maldad», Ez. 7:19, cf. Is. 2:20-21, 10:3.

¿Y de qué les sirvió a los judíos su oro, cuando Tito, en el año 70 d. C., se encontraba ante Jerusalén y la Palabra del Señor Jesús se cumplió? «Porque habrá gran calamidad en la tierra e *ira* sobre este pueblo. Caerán a filo de espada y serán llevados cautivos a todas las naciones, y Jerusalén será pisoteada por los gentiles...», Lc. 21:23-24, cf. Mt. 3:7. Entonces de nada sirve tener un buen saldo bancario y una casa propia. Del mismo modo que al rico necio, de poco le servían sus graneros nuevos cuando Dios le arrebató su vida por la noche, Lc. 12:16-21, cf. 16:19-31, 2 R. 1, Sal. 49.

La historia de Israel y de la cristiandad ha visto después, con frecuencia, semejante «día de la ira», cuando Dios tomó venganza por el desprecio a su pacto. Entonces sólo existe un remedio: rectitud. Poner por obra la ley de Yahvéh. Po-

ner al día la obediencia relativa al pacto. Mostrar lealtad al Dios que estableció con nosotros su pacto, dándonos la sangre y el Espíritu de su Hijo. Lo que vale es: «La justicia conduce a la vida», Pr. 11:19. La justicia puede, en diversas formas, reprimir la corrupción de la vida. Eso lo demostró Salomón detalladamente en el Manual (Pr. 1 al 9). Pero este proverbio realza más su valor en tiempos de juicio. Entonces la justicia puede salvar a un hombre de su muerte.

La historia bíblica nos permite ver esto mismo aquí y allá. En efecto, Dios ha guardado a los justos con vida muchas veces en el «día de la ira». A este respecto, recordamos a Josué y Caleb, Recab, Elías, Jeremías, su secretario Baruc, los cristianos que en el año 70 d.C, obedientes a la Palabra del Señor (Lc. 21:20-21), abandonaron a tiempo Judea y Jerusalén, y huyeron.

Indudablemente podemos apelar a este proverbio, cuando los juicios de Dios caen sobre la tierra; pero, por otra parte, no pensemos que es una póliza de seguro que nos garantiza que a nosotros, como justos, no nos puede ocurrir en tales tiempos *ningún mal.* La Sagrada Escritura nos deja ver que Dios también puede permitir que los buenos sufran con los malos (Josué y Caleb, Jonatán, Oseas, Ezequiel, Daniel y sus amigos, etc.)

En este contexto, está bien que una vez más escuchemos a Sofonías, quien, al ver aproximarse el «día de la ira», clamó: «Congregaos y meditad, nación sin pudor (…), antes que venga sobre vosotros el furor de la ira de Yahvéh; antes que el día de la ira de Yahvéh venga sobre vosotros. Buscad a Yahvéh todos los humildes de la tierra, los que pusisteis por obra su juicio; buscad *justicia*, buscad mansedumbre; *quizá* seréis guardados en el día del enojo de Yahvéh», Sof. 2:1-3., cf. Lm. 3:29 («*por si aún* hay esperanza»), Am. 5:15 («*quizá* Yahvéh (…) tendrá piedad del remanente de José»).

Este «quizá» no concierne, naturalmente, a nuestra salvación eterna, pues sobre ese asunto las Sagradas Escrituras nunca hablan de «quizá» sino de redención cierta en tiempos de juicio. Es por eso que, como Jonatán, se puede perecer en un ejército que está bajo el juicio de Dios, o como el profeta Uría que fue llevado a la muerte por causa de la Palabra de Dios, Jer. 26:23, cf. Ap. 2:13. Hacemos notar esto, para que de este proverbio no se haga una ley con la que pudiéramos ligar a Yahvéh.

Ahora bien, esta Palabra de Salomón su cumplirá plenamente, cuando también los ricos y poderosos dirán a los montes y a las peñas: «Caed sobre nosotros y escondednos del rostro de aquel que está sentado sobre el trono, y de la ira del Cordero; porque *el gran día de su ira* ha llegado y ¿quién podrá sostenerse en pie?», Ap. 6:15-17. Con vistas a ese día, todos los que han seguido esa justicia (Dt. 16:20) pueden confiar que ella ciertamente los salvará de la muerte. «Justificados, pues, por la fe, tenemos paz para con Dios por medio de nuestro Señor Jesucristo», Ro. 5:1. Pues, «el vencedor no sufrirá daño de la segunda muerte», Ap. 2:11, cf. 20:6.

Proverbios 11:11

> *«Por la bendición de los rectos la ciudad es engrandecida, pero por la boca de los malvados es trastornada».*

Si Israel hubiera temido rectamente a Yahvéh, Él había prometido bendecirlo ricamente; no sólo en su «vida espiritual» sino también en su vida familiar, matrimonial, económica, social y política. El israelita podría notar la bendición de Dios en el seno fructífero de su mujer, en las crías de su ganado, la producción de su tierra y la paz dentro de sus fronteras. El Señor regularía de tal manera la situación del mundo, que Israel gozaría de paz y poseería tanta prosperidad, que podría actuar como el banco mundial de préstamos, Lv. 26:1-13, Dt. 28:1-14.

Felizmente la historia bíblica conoce a muchos personajes sinceros dentro del pueblo de Dios. A este respecto, podemos recordar a piadosos como Booz, Ana, Samuel, David, Salomón y los numerosos «mansos en la tierra»; los cuales apelaron a las promesas del pacto de Dios, cuando ellos, en el espíritu de 1 Reyes 8 o del Salmo 72, pidieron la bendición para su «ciudad» (con esa palabra se hace también referencia a un "país"). En este proverbio, también se podría haber traducido en lugar de «la *bendición* de los rectos», las *oraciones* de bendición o los *deseos* de bendición; y eso es lo que Dios quería oír efectivamente en más de una ocasión, de manera que las prometidas lluvias de bendición (Ez. 34:26) cayeran realmente sobre Israel.

Durante el reinado de David y Salomón -auténticos justos- aquellos descendendientes de los esclavos en Egipto se re-

montaron hasta el nivel de una potencia de primer rango. En Jerusalén se erigió el templo. La reina de Seba fue a escuchar la sabiduría de Salomón. Llegó a entrar tanto oro en el país, que la plata apenas se valoraba. «Judá e Israel... comían, bebían y se alegraban», 1 R. 4:20. Nada leemos de que en aquel tiempo hubieran sequías calamitosas, como más tarde las hubo en tiempos de Acab; ni de los invasores asirios, como en tiempos de Eliseo. Dios puso freno a los enemigos de Israel. También más tarde, cuando Judá, en los reinados de Josafat y Ezequías, servía rectamente al Señor, Dios otorgó un florecimiento en todas partes: Florecimiento de poder nacional, florecimiento de justicia, florecimiento de la economía, florecimiento del culto religioso. Dios concedió gran prosperidad a Ezequías, incluso materialmente, pues poseyó piedras preciosas, especias, grano y aceite en abundancia, 2 Cr. 32:27-29.

Aquella bendición a los justos ¿no podemos notarla en la prosperidad de un país como Holanda? Aquellos mártires del siglo XVI, ¡cuánto amaban al Señor Jesús, y cómo honraban a Dios y a su Palabra! Muchos de ellos fueron al patíbulo. Sin duda suplicaron la bendición de Dios sobre su descendencia, y Dios los oyó en eso. En las palabras «la ciudad es engrandecida», podemos pensar en una ciudad como Amsterdam, la cual, precisamente entonces, comenzó a florecer. ¿No derramó Dios en el "Siglo de Oro" lluvias de bendición sobre la descendencia de los mártires, que tan fielmente honraron su pacto? Ciertamente, eso no lo hizo cada ciudadano neerlandés; pero Dios permite que personas no creyentes aprovechen la bendición que derrama sobre los rectos que viven entre ellos. Así bendijo a Labán por amor a Jacob, y a Potifar y a todo Egipto por amor de José, Gn. 30:27, 39:5, 41:46-57, 47:25.

También podemos ver la bendición del pacto de Dios en la vida religiosa del siglo XVII. Algunas decenas de años después, el poder de la escolástica medieval y el misticismo trastornaron aquella vida religiosa. Pero, por ejemplo, las notas marginales de la versión neerlandesa de la Biblia, llamada «Staten Vertaling», dan testimonio de una visión profunda de las Sagradas Escrituras. Dios bendijo el comercio y la industria, el idioma y la política, las artes y las ciencias. Dios levantó una generación con una amplia visión de la vida, una visión clara en todos los terrenos de la vida. Esto aún se puede ver tanto

en las casas de Amsterdan construidas junto a los canales, como en un atlas histórico del mundo.

Pero, por la boca de los malvados es trastornada una ciudad (o país). Esto es lo que señala Salomón en el mismo proverbio; y esos *malvados* son israelitas o cristianos que pretenden saberlo todo mejor que Dios en su Palabra. Son esos miembros del pueblo de Dios que, guardando frecuentemente alguna apariencia religiosa, mantienen un «criterio» o bien principios propios al respecto[11]. Tales «piadosos», que quebrantan el pacto, han causado el daño más grande a la «ciudad» israelita y a la sociedad cristiana en general.

Moisés ya había avisado: Si abandonáis a Dios, Él os abandonará y os alcanzará la maldición; igual de concreta que su bendición. Veréis esa maldición en vuestra cesta y en vuestra riqueza ganadera, en el vientre de vuestra mujer y en la derrota de vuestro ejército, en vuestro cuerpo y en vuestros negocios, y finalmente, en vuestra ruina total con una deportación lejos de vuestro país. Esta maldición del pacto golpeó cada vez con más dureza a Israel. Gedeón trillaba grano en una era, temeroso de un asalto madianita a mano armada. Bajo el reinado del rey Acab se resquebrajó el suelo por la sequía. En tiempos de Eliseo una esclava israelita (una niña secuestrada) servía en Damasco en casa de Naamán. ¡Qué gran sufrimiento paterno habría detrás de esto!

Sin embargo, estas desgracias no eran consecuencia de una política autónoma o de grandes poderes que actuaban sin la intervención de Yahvéh, sino de la demolición (producida) por *«la boca de los malvados».* Por causa de ellos Israel llegó a abandonar el pacto de Dios, y entonces entraron en acción las sanciones de la maldición de ese mismo pacto. La «boca», las *ideas,* los *principios* impíos, la *profecía falsa*[12] de ciertos israelitas impíos se introdujo en Samaria y Jerusalén. Hasta que los asirios y los babilonios las arrasaron literalmente.

¿No se rompió de la misma forma la República de los Siete Países Bajos Unidos, es decir, los actuales Países Bajos? «Nuestro entendimiento humano no está por debajo, sino por encima de la Sagrada Escritura». Esto no lo afirmaron unos paganos, sino hijos de las iglesias reformadas neerlandesas. Muchos gobernantes y «patriotas», que tenían la boca (¡!) llena de ideas de la llamada «Ilustración», eran miembros de la iglesia na-

cional, cosa que se olvida a veces; pero fue la boca de los reformados impíos, la que se alborotó en favor de las ideas de la revolución francesa.

Por «la boca» (o sea, la doctrina, las ideas, las consignas) de estos impíos, las iglesias reformadas del siglo XVIII abandonaron el pacto de Dios, a pesar de toda su religiosidad animada y subjetivista; y entonces Dios los abandonó, tan en concreto y en general como había bendecido a sus predecesores. Por consiguiente, no sólo en lo religioso, sino en todos los terrenos de la vida: en el arte, en la ciencia, en la fuerza ética popular, en la justicia, incluso en la estructura corporal y en la vida psíquica. Compárense, por curiosidad, los retratos del siglo XVII con los del siglo XVIII, y entonces veremos el contraste de hombres con la mirada limpia, junto a tipos refinados y afeminados que siempre tenían a mano medicinas contra el nerviosismo.

Aquellos impíos religiosos ayudaron con su «boca» (proclamando «Libertad, Igualdad y Fraternidad») al Estado holandés hacia el hundimiento. En 1795 había también muchos reformados danzando alrededor del árbol de la Libertad. Pero los jóvenes, reclutados como soldados por los franceses, perecieron ahogados en Beresina o fenecieron en las estepas nevadas rusas como carne de cañón de Napoleón, aquel azote de Dios. Fue por las misericordias del Señor (Lm. 3:22), que aquel «país», Holanda, no fue trastornado para siempre por la boca de los malvados.

Pero, ¿acaso esto significó únicamente una demora en la ejecución?

Proverbios 11:14

> *«Donde no hay dirección sabia, el pueblo cae;*
> *la seguridad está en los muchos consejeros."*

Se sobreentiende, naturalmente, consejeros buenos. ¡Incluso Salomón, con toda su sabiduría, no gobernó sin consejeros! 1 R. 12:6. Su hijo Roboam rechazó su consejo, y por aquella escasez de gobierno forzó, por su parte, la escisión de su reino. Por lo demás, en este proverbio también se puede pensar en la palabra del Predicador: «¡Ay de ti, tierra, cuando tu rey es un muchacho, y tus príncipes banquetean desde la mañana! ¡Bienaventurada tú, tierra, cuando tu rey es hijo de

nobles y tus príncipes comen a su hora para reponer sus fuerzas y no para beber!», Ec. 10:16-17.

Proverbios 11:16

> *«La mujer agraciada obtiene honores;*
> *los fuertes obtienen riquezas».*

Ambos, irresistiblemente, y, con frecuencia, inmerecidamente.

Proverbios 11:17

> *«A su alma hace bien el hombre misericordioso,*
> *pero el cruel se atormenta a sí mismo».*

John D. Rockefeller Sr., a sus cincuenta años, era el hombre más rico del mundo y el único multimillonario. Pero para ello se había afanado él mismo, y había presionado a otros, de forma inmisericorde. En su caza por conseguir cada vez mayores ganancias no se había concedido a sí mismo ninguna consideración de descanso. Muchos, financieramente debilitados, fueron oprimidos por él y echados a pique. En los campos de petróleo de Pensilvania se había hecho tan odiado que colgaron del cuello un muñeco parecido a él, y tuvo necesidad de un guardaespaldas día y noche.

Con todo ello, el inmisericorde Rockefeller también había afligido su propia carne. Estaba tan solo como rico era. Ansiaba amor, pero no comprendió que para ello también se debía dar amor. A sus cincuenta y un año parecía viejo y decrépito. Padecía alopecia, una enfermedad en la que no sólo se cae el pelo de la cabeza, sino también el de los órganos oculares y cejas. Parecía una momia. «Ganaba» unos mil millones de dólares por semana, pero dormía mal y padecía tan malas digestiones que sólo podía comer algunas galletas y leche. Quedó reducido a los huesos y ya no se le daban más años de vida. Los periodistas ya tenían preparado su «In Memoriam». La falta de amor había minado la flor de su vida.

Pero, durante una noche de insomnio, llegó al convencimiento de que no debía ahorrar su dinero para sí mismo, sino repartirlo precisamente para provecho de sus semejantes débiles; y comenzó con esa tarea a la mañana siguiente. Creó la Fundación Rockefeller, y comenzó a repartir sus millones a las misiones de evangelización, a las universidades, hospitales

e instituciones de misericordia. El descubrimiento de la penicilina, que ya ha salvado incontables vidas humanas, lo debemos, hablando humanamente, al apoyo de millones de dólares de sus riquezas.

Y así como el inmisericorde Rockefeller había afligido su propia carne, así el bienhechor Rockefeller también se rescató a sí mismo. Cuando de ser un egoísta cambió a ser un altruista, recondujo con ello su propia salud. Pudo volver a dormir, comer normalmente y gozar algo de la vida. Su egoísmo mortal, con la correspondiente amargura e inmisericordia, dejaron lugar en su corazón al amor y la caridad; y entonces, el propio bienhechor también fue confortado por las refrescantes corrientes de agua del amor recíproco y la gratitud de los ayudados.

Y sin embargo, ya hacía mucho tiempo que en la Biblia se podía leer: «El hombre misericordioso a sí mismo[13] hace bien, pero el cruel se atormenta a sí mismo» Pr.11:17. Por desgracia, esto le costó a Rockefeller cincuenta y tres años de vida -más de la mitad de una vida humana- y mucho dolor corporal y espiritual, antes de aprender esta lección. También del Señor Jesús podía haber aprendido: «*Dad* y se os dará; medida buena, apretada, remecida y rebosando darán en vuestro regazo, porque con la misma medida con que medís, os volverán a medir», Lc. 6:38, cf. Mt. 5:7, 25:31-46, I Jn. 3:14. El cincuenta y tres aniversario de Rockefeller parecía ser el último, pero el cambio a una vida dadivosa le hizo tanto bien que cumplió los 98 años de edad.[14]

«Así que todas las cosas que queráis que los hombres hagan con vosotros, así también haced vosotros con ellos", enseñó el Señor Jesús, Mt. 7:12; ¡y esto sigue siendo muy saludable! La psiquiatría moderna todavía tiene muy en cuenta la influencia salvadora que el amor fraternal cristiano puede ejercer en nuestra salud espiritual. También anima a sus pacientes: -¡No hay que vivir orientado hacia adentro, sino hacia afuera! ¡No hay que obsesionarse en uno mismo, sino que hay que dedicarse al prójimo! [15]

Para ello se debe amar al prójimo como a uno mismo, y eso es, como la amistad duradera, un fruto que el Señor obra en nuestros corazones por la fe en la Palabra de Dios, Gá. 5.22. Y ello contiene también «palabras saludables», I Ti. 6: 3, Pr. 3:7-8, Is. 58: 10-11, Stg. 2:13.

¡De qué forma la iglesia de Jerusalén, donde se vendie-

ron casas y tierras a favor de los pobres, debió percibir corporalmente la verdad de este proverbio! Hch. 4:34-37.

Proverbios 11:18

«El malvado obra con falsedad;
el que siembra justicia obtendrá firme galardón».

Dios bendijo el trabajo del pueblo holandés en el siglo XVII con gran prosperidad, cf. Pr. 10:4. «Pero los que quieren enriquecerse caen en tentación y lazo, y en muchas codicias necias y dañosas que hunden a los hombres en destrucción y perdición, porque raíz de todos los males es el amor al dinero», 1 Ti. 6:9-10a. Por eso, la República Neerlandesa, que había nacido en la lucha por la Palabra de Dios, llegó a enriquecerse con medios que Dios había prohibido o que no le eran gratos.

Mantuvo artificialmente altas las ganancias del monopolio sobre las especias destruyendo parcialmente las cosechas de la población nativa, u obligó a los labradores indonesios a producir a precios bajísimos. Sin embargo, la Holanda reformada debía saber por la doctrina de la Toráh que Dios odia a los opresores. Por otra parte, tanto Holanda como Francia e Inglaterra, pecaron con el comercio de esclavos que, frecuentemente, era aun más inhumano que tener esclavos. Y sin embargo, téngase presente, que en la cámara de cada negrero había un ejemplar de la Biblia en la que se podía leer: «Asimismo el que secuestre una persona y la venda, o si es hallada en sus manos, morirá», Éx. 21:16.

La famosa "Compañía de las Indias Orientales Unidas" sabía que la Palabra de Dios, anunciada por Salomón, es la verdad: «El malvado obra con falsedad»; también para ellos era aplicable el mandamiento de Dios: -»No hurtarás» -por cierto, ¡a ninguna persona!-. Después de dos siglos, concluyó su existencia con una gran bancarrota.

Los Estados Unidos de Norteamérica comerciaron con más sabiduría después de la Segunda Guerra Mundial. En lugar de exigir de sus vencidos *indemnizaciones,* y de sus aliados *restituciones,* llegaron con provisiones de *restablecimiento* (el llamado "Plan Marshall de ayuda"). Esta sabiduría encajaba con la enseñanza de Dios: «No robarás, sino que darás», Dt. 23: 19 al 24:15. Muestra justicia con tus posesiones, (Lv. 25:35-

55). A esta justicia económica llegó, sorprendentemente pronto, el restablecimiento de toda la economía mundial; y de los Estados Unidos podía decirse: «Pero el que siembra justicia obtendrá firme galardón», Pr. 11:18b. Véase también Pr. 11:24-25 y 15:27.

Proverbios 11:22

> *«Como zarcillo de oro en el hocico de un cerdo es la mujer hermosa pero falta de sentido».*

Sentido para temer a Dios, entiéndase bien. Salomón no se refiere a que una mujer deba poseer un alto coeficiente de inteligencia, o que deba tener una alta educación escolar, sino que debe ser capaz de *distinguir.* Literalmente, Salomón se refiere al *gusto*, al ser capaz de las mil y una cosas de la vida ordinaria, de discernir lo que es bueno y malo. Lo que Salomón desea aquí es una opinión, un juicio, *un criterio sano;* ¿y esto no comienza con el temor del Señor? (Pr. 1:7). ¿De qué sirve una mujer hermosa si no «tiene conocimiento alguno» de Dios y del servicio a Él? En ese caso carece del amor, de la clara visión y de la delicadeza o sensibilidad que son necesarias para poder distinguir de qué se trata en esta vida, Fil. 1:9-10 [16]. Sin semejante estado interior, una hermosura exterior es como un estandarte sobre una barca de lodo, diríamos.

Aquí, Salomón enseña a sus jóvenes lectores -pues a éstos va destinado su libro, según el cap. I, punto 4.- a qué clase de jovencitas deben mirar. Proverbios 31 pinta el retrato de la mujer ideal; y concluye con esta afirmación: «Engañosa es la gracia y vana (pasajera) la hermosura, pero la mujer que teme a Yahvéh, esa será alabada», v. 30. Indudablemente que tal mujer también puede ser muy hermosa, como Abigail, de quien leemos: «Aquella mujer era de buen entendimiento y hermosa apariencia», 1 S. 25:3. Pero el joven para quien la hermosura externa es lo decisivo en la elección de una mujer, se podría equivocar de medio a medio.

Proverbios 11:24

> *«Hay quienes reparten y les es añadido más, y hay quienes retienen más de lo justo y acaban en la miseria».*

En el Reino de Dios, uno puede aumentar sus riquezas repartiéndolas. Esto es lo contrario a la sabiduría de este mundo que enseña: «Sólo por una vez se puede gastar una moneda; y luego te quedas sin ella para siempre». Por eso, muchos cierran su corazón ante la necesidad de los que están en la miseria; o apoyan los intereses del Reino de Dios menos generosamente de lo que se podría hacer. Así se retiene más de lo que es justo, pues dar es la obligación de los ricos, y recibir es el derecho de los pobres (cf. Cap. 7: nº 15, Pr. 3:27-28). Se tiene miedo a tocar el dinero ahorrado; por lo cual, no sólo los necesitados padecen escasez, sino que uno mismo apenas se atreve a gozar agradecido de lo que Dios, en su bondad, le concedió. Así es como, en muchos aspectos, se padece «necesidad» voluntariamente.

Otros, por el contrario, reparten razonablemente, y sin embargo obtienen cada vez más. Muchos han experimentado esto en alguna ocasión. Se da 100, por amor a Dios, para un fin bueno, y luego Él devuelve 1000, de una u otra forma. ¡Pues, después de todo, su divina mano paternal gobierna sobre todo el oro y la plata! Si «esparcimos» para su Reino, y repartimos generosamente entre sus necesitados, entonces su gracia puede cambiar nuestra generosidad en un enriquecimiento. Pero si desconocemos el señorío de Dios sobre nuestro bolsillo, su disfavor puede, de cualquier forma, trastocar nuestro cálculo cicatero.

Esto es lo que enseñaron también nuestro Señor y sus apóstoles: «Dad y se os dará; medida buena, apretada, remecida y rebosando darán en vuestro regazo, porque con la medida con que medís, os volverán a medir», Lc. 6:38. Téngase esto en cuenta: "El que siembra escasamente, también segará escasamente; y el que siembra generosamente, generosamente también segará», 2 Co. 9:6. «No nos cansemos, pues, de hacer el bien, porque a su tiempo segaremos, si no desmayamos...», Gá. 6:9-10. Esta es la sabiduría financiera que viene de arriba: Dios puede cambiar los gastos en ingresos, cf. Sal. 112:9; Gá. 6:7-10, 2 Co. 9: 6-11 y véase también Pr. 11:18.

Proverbios 11:25

«El alma generosa será prosperada:
el que sacie a otros, también él será saciado».

Uno de los primeros frutos del derramamiento del Espíritu Santo fue que las bolsas del dinero se abrieron. Bernabé vendió una tierra en pro de los necesitados de la iglesia. Sí, «(algunos) vendían sus propiedades y sus bienes y lo repartían a todos según la necesidad de cada uno», Hch. 2:45. «Ninguno decía ser suyo propio nada de lo que poseía, sino que tenían todas las cosas en común», Hch. 4:32. En caso de necesidad, el amor al prójimo se evidenciaba más fuerte que el afán de posesión.

Pero las mismas personas que impartieron bendición también fueron abundantemente «engordadas», como literalmente se expresa allí (Sal. 36:8: «saciados de la grosura de tu Casa»). «Y abundante gracia era sobre ellos», Hch. 4:33. ¿No es esto reconfortante para un cristiano? Perseveraban unánimes, comían juntos con alegría y gozaban del beneplácito del pueblo, Hch. 2:46-47. Véase también el comentario a Pr. 11:18.

Proverbios 11:26

«Al que acapara el grano,
el pueblo lo maldice,
pero bendición cubre la cabeza
del que lo vende».

Como es natural, el comercio no es filantropía y la escasez determina el precio. Pero, para un discípulo de las Sagradas Escrituras, la ley de la oferta y la demanda no es la suprema sabiduría económica. En tiempos de aguda escasez de alimentos, guardar para uno mismo, sin piedad, las existencias de cereales hasta que los precios hayan subido aún más, es rotundamente impío. ¡Privar a las gentes de su pan, el primer artículo de necesidad que a nadie puede faltar! Por supuesto que los más pobres son los primeros en hundirse. El profeta Amós conoció bribones semejantes que sacaban ganancia de las necesidades ajenas. En días de sábado suspiraban por que llegara el final del día, «diciendo: ¿cuándo pasará el mes y venderemos el trigo; y la semana, y abriremos los graneros del pan? Entonces achicaremos la medida, subiremos el precio, falsearemos con engaño la balanza, compraremos a los pobres por dinero y a los necesitados por un par de zapatos, y venderemos los desechos del trigo», Am. 8:5-6.

Esos especuladores sin conciencia, así como los vendedores del mercado negro, son fuertemente maldecidos por padres y madres desesperados, y el Altísimo oye tales deseos de maldición, ¡como no podía ser menos! «El que demanda la sangre se acordó de ellos; no se olvidó del clamor de los afligidos», Sal. 9:12 y 18. Amós proclamó: «Yahvéh juró por la gloria de Jacob: «No olvidaré jamás ninguna de sus obras», Am. 8:7, cf. Salmos 10 y 37.

Pero acerca de José leemos que actuó de manera muy distinta. Él también tenía gigantescas existencias de cereales, ¡pero las vendió! «Cuando el hambre se extendió por todo el país, abrió José todos los graneros donde estaba el trigo, y lo vendía a los egipcios, porque había crecido el hambre en la tierra de Egipto. Y de todos los países venían a Egipto para comprar grano a José, porque por toda la tierra había crecido el hambre», Gn. 41: 56-57. Y vendió también a los extranjeros, ¡de modo que sus propios hermanos no hicieron en balde el viaje! José no regaló el grano, pues el negocio es el negocio, pero tampoco retrasó la venta un año para que los precios subieran, porque él sabía: «¡Mejor es no tener ganancias que encontrarse con el castigo de Dios!

¡Cuánto se le habrá bendecido por ello! Gn. 47:135. Dios oye semejantes deseos de bendición, como también los deseos de maldición, y su complacencia descansa sobre todo el que se compadece del pobre. «Bienaventurado el que piensa en el pobre; en el día malo lo librará Yahvéh. Yahvéh lo guardará, le dará vida y será bienaventurado en la tierra», Sal. 41:1-2. Consúltese también Cap. 4, letra **a**. y Pr. 28:27.

Proverbios 12:10

> *«El justo cuida de la vida de su ganado,*
> *pero el corazón de los malvados es cruel».*

Esto ocurre porque los justos conocen a Yahvéh, y los impíos no. La Toráh de Moisés ya enseñaba que la misericordia de Dios no sólo fluye hacia su pueblo, sino también hacia su mundo animal. ¿No habla esto por sí mismo? Él ha hecho todas las aves y peces, todo el ganado incluso los animales salvajes; y cuando hubo terminado con ellos, los bendijo, «y Dios vio cuán bueno era», Gn. 1:21 y 25.

En consecuencia, Dios mandó a Israel amar no sólo a su

prójimo, sino también a sus animales. Cada semana, el labrador israelita debía dejar vagar sueltos sus animales de tiro y de carga. «Seis días trabajarás y harás toda tu obra», mandó Yahvéh en el cuarto mandamiento, «pero el séptimo día es de reposo (...) ninguna obra harás tú, *ni tu buey, ni tu asno...»,* Ex. 20:10, Dt. 5:14. Y durante la semana, debía asimismo tratarlos compasivamente. «No pondrás bozal al buey cuando trille», Dt. 25:4. ¿Cómo se podía dejar caminar a aquel animal todo el día por encima de su propio alimento y no permitirle ni tomar un bocado del mismo? Esto le parecía cruel al Señor. Igualmente con la acción de llevarse un nido con sus polluelos o huevos y tomar con él también a la madre. Al menos déjala volar a ella, decía Yahvéh, Dt. 22:6.

También conocemos el amor de Dios a los animales por el libro de Jonás. Dios quería castigar a Nínive a causa de su injusticia, que clamaba al cielo. Pero, ¿por qué desistió finalmente de hacerlo? Fue por causa de los niños pequeños y de los *muchos animales* que había en la ciudad. «¿Y no tendré yo piedad de Nínive, aquella gran ciudad donde hay más de ciento veinte mil personas que no saben discernir entre su mano derecha y su mano izquierda, *y muchos animales?*, Jon. 4:11. ¡Qué desesperados andarían entre las casas quemadas, aquellos asnos, camellos y ganado vacuno, por el humo sofocante de los incendios! Jonás no pensó en esto, pero Dios sí. «Tú, Yahvéh, al hombre y al animal conservas», canta el Salmo 36:6. Todos los animales comen diariamente de su mano, Sal. 104:27, 145:15-16, Job 39:1-3. Él procura que todas las bestias de la selva tengan qué comer, Sal. 104:20-21. Y «las aves del cielo, que no siembran , ni siegan, ni recogen en graneros, y, sin embargo, vuestro Padre celestial las alimenta», Mt. 6:26.

Por eso, el temor de Yahvéh, incluso en el ámbito de la protección de los animales, es el principio de la sabiduría. De ahí que el israelita fuera librado de falso sentimentalismo, como si pecara por cada animal que sacrificaba. La Palabra de Dios habla sobriamente sobre el matar animales cuando alguien quería ofrecer al Señor un sacrificio o cuando necesitaba alimento o una piel de animal o sencillamente porque le causaran algún daño. Yahvéh mismo comió carne de ternero cuando fue invitado de Abraham, Gn. 18:7-8. Y David mató valientemente un león y un oso, cuando éstos atacaron a su rebaño,

1 S. 17: 34-35. Pero, por otro lado, el temor de Yahvéh, también es el motivo más fuerte para tratar con suavidad a los animales.

Salomón dice literalmente: «El justo cuida (conoce) *el alma* (nefesh) de su ganado» (Pr. 12:10). También se podría traducir por: el apetito, (porque el *alma* bíblica puede comer), el estado de ánimo, la vida, el deseo o la naturaleza del ganado[17]. El justo «cuida» (conoce) este *nefesh* de su buey y asno. Los ama, al igual que en la lengua hebrea también se dice de un hombre que éste «conoce» a su mujer. Quizás en esta palabra también podemos entender que el labrador piadoso trataba lealmente a sus bestias, como es preciso que se comporten entre sí los aliados.[18] Trabajan fiel y diariamente para él, pero ellos mismos no pueden encontrar alimento, como hacen los animales en estado salvaje. Entonces el labrador, por su parte, los «conocerá», les demostrará fidelidad recíproca, les dará a su tiempo alimento y descanso, los protegerá contra el frío y las fieras, no los hostigará, ni los insultará, ni les pegará innecesariamente, como Balaam hizo con su burra; en una palabra, los tratará con dulzura en todos los aspectos.

De este modo, los hijos de Dios serán conscientes de que el mundo de los animales tiene que gemir bajo la maldición que yace sobre el reino terrenal por causa de *nuestro* pecado. «Porque sabemos que toda la creación gime a una, y a una está con dolores de parto», Ro. 8:22. Quien ve algo de eso, no puede quitar la vida a un animal con malvada satisfacción o con burla, pues aunque ello sea necesario, sigue causando dolor en nuestra tierra; y por ello gemimos nosotros con todas las criaturas, y esperamos el tiempo en que en ninguna parte de la tierra se causará más dolor.

Además, ¿estamos también plenamente convencidos de que nosotros mismos debemos vivir total y plenamente de la misericordia de Dios? Este convencimiento nos puede mover a ser misericordiosos con los animales. Así no diremos tan fácilmente sobre un insecto inofensivo: «¡Písalo!" Los niños deben aprender cuanto antes que estas cosas tienen tanto que ver con el temor de Yahvéh como el «No hurtarás.» Un medio poderoso para quitarles su crueldad es enseñarlos a admirar a los animales. Enseñémoslos a contemplar una mariposa como una hermosa obra de arte de su Padre celestial y una criatura de Dios, por lo cual lo alabamos; entonces no matarán al animal tan rápida e innecesariamente.

Pero el impío también muestra su aversión a Dios y su Palabra en una *escasez de compasión*. «Las misericordias de los impíos son crueles», como se puede traducir el versículo 10b; y entonces el proverbio querría decir: Aunque un impío quiera ser misericordioso, sigue siendo, de hecho, cruel. Ahora bien, Salomón dice literalmente: las entrañas, lo interior, es decir, *la sede* de las emociones y de la misericordia, es cruel en los impíos. Así considerado, el proverbio habla aún con más contundencia: los impíos no saben nada sobre la misericordia. Esto se puede ver en los impíos «piadosos» del Sanedrín que hicieron crucificar a nuestro Señor Jesucristo y apresaron a sus apóstoles. Y en el siglo XVI, ciertos religiosos llevaron a la hoguera a creyentes fieles; y podían contemplar semejante espectáculo, a pesar de su «sensible» religiosidad.

Desligado de Dios, nuestro sentimiento humano no es suficientemente fuerte como para evitar crueldades. La historia enseña que incluso aquellos que partieron de la supremacía de ese sentimiento, posteriormente cayeron con frecuencia en las más grandes crueldades. Robespierre, como joven abogado, luchó contra la pena de muerte, pero esa misma compasión con la humanidad sufriente lo impulsó a establecer con diabólica consecuencia la utopía de Rousseau mediante guillotina y movimiento de masas. Lenin también era tan sensible; era contrario a la vivisección; y precisamente para edificar un mundo en el que nadie tuviera más sufrimiento, en el año 1918 asesinó a millones que no querían esta renovación del mundo. Pero esto ya hacía tiempo que lo había dicho la Palabra de Dios en este proverbio. Cuando nuestro interior, la sede de nuestros sentimientos, no está gobernada por la Palabra de Dios, podemos caer hasta en las más grandes bajezas.

Por eso ya dijimos que también en el terreno de la protección de los animales, el temor de Yahvéh es el principio de la sabiduría. Como en toda obra de misericordia, el temor de Dios es el móvil más poderoso. Sólo quien se atiene a las Sagradas Escrituras, reconoce que Dios es soberano sobre el hombre y el animal, y que nosotros todos, aquí en la tierra, dependemos de su bondad.

Entonces escuchamos a nuestro Señor Jesucristo decir: «Sed, pues misericordiosos, como también vuestro Padre es misericordioso», Lc. 6:36.

Proverbios 12:19

«El labio veraz permanece para siempre;
la lengua mentirosa, sólo por un momento».

Literalmente: Un labio-de-verdad y una lengua-de-mentira. Pero, ¿qué es la verdad? Entre los humanos es una cuestión de sinceridad serena frente a los hechos desnudos. En las Sagradas Escrituras es un asunto de amor ardiente a Dios y a nuestro prójimo. En esas relaciones, mostrar *firmeza*, de palabra y de obra, eso es *VERDAD*. De hecho, en la Biblia, otra palabra para decir verdad, fidelidad o lealtad, es: *fiabilidad*.[19] Uno puede contar con la verdad. Además, la Palabra de Dios también es *la* Verdad, Jn. 17:17. Por eso permanecerá para siempre, Is. 40:8. Con todo lo que en obediencia a la Verdad se dijo y se hizo, 1 Co. 15:58. «Porque nada podemos contra la verdad, sino a favor de la verdad», 2 Co. 13:8.

Con la mentira siempre se cae. Mentira también significa: *ligereza*. La mentira no es sólida, sino que se parece al hielo hueco.[20] Parece fuerte, pero te hundes por ella. El pueblo ha estado de acuerdo en la verdad de este proverbio en este refrán: «Aunque la mentira sea tan rápida, la verdad la alcanza». Eso dura «sólo un momento» (literalmente: eso dura «un vistazo»), dice Salomón, como a menudo se expresa con más fuerza en un *mashal*. Pero cuando frecuentemente se debe esperar más tiempo que «sólo un momento», entonces es verdad lo que dicen los alemanes: Las mentiras tienen piernas cortas. A la larga, no permanecen en pie. Ciertamente no en el horno de fundición del día postrero, cf. 1 Co. 3:13.

Proverbios 12:20

«Engaño hay en el corazón de los que maquinan el mal,
pero alegría en el de quienes aconsejan el bien».

«Aconsejar *el bien (la paz - shalom)*» supone más que conciliar riñas y disputas, aunque eso también puede proporcionar a alguien mucha alegría. Las Escrituras entienden por paz algo más que lo negativo: ausencia de lucha. Paz es una palabra para indicar florecimiento de la vida, en el sentido pleno de la vida. Allí donde la realeza de Dios es reconocida, allí llega la paz. Por eso, en las Escrituras, la paz se apoya siempre

en la verdad y la justicia. Todo el que la apoya aconseja el bien (*shalom*); aunque con ello vaya en contra del ideal de paz humanista de la opinión pública, que frecuentemente es tan permisiva con la mentira y la injusticia.

Quienes «aconsejan el bien" encuentran, con frecuencia, furiosa oposición de «quienes maquinan *el mal"*, la rebelión contra Dios y con ello la inarmonía y el derrumbamiento de la vida. Casi siempre bajo banderas engañosas. Esto llevó al salmista a lamentarse: «Yo soy pacífico, pero ellos, apenas hablo, me hacen guerra», Sal. 120:7. Esto lo dijeron todos los profetas. ¡Jeremías se sintió «hombre de contienda y hombre de discordia para toda la tierra»! Jer.15:10. Y el propio Príncipe de paz declaró: «No penséis que he venido a traer paz a la tierra; no he venido a traer paz, sino espada», Mt. 10:34. No obstante, ¡fueron aquellos profetas quienes indicaron al pueblo de Dios el camino hacia la verdadera paz! Y en todos los afanes que ello les proporcionó, pudieron experimentar gran alegría en el Dios de la paz. Eso prometió el Señor Jesús a sus discípulos: «Bienaventurados los pacificadores, porque serán llamados hijos de Dios», Mt. 5:9, cf. Pr. 10:23 y 21:15.

Proverbios 12:21

«Ninguna adversidad le acontecerá al justo,
pero los malvados serán colmados de males».

El piadoso Asaf lo experimentó precisamente al revés, y se lamentó: 'Los impíos apenas conocen fatiga alguna, pero yo soy afligido todo el día', Sal. 73. Y David dijo: «Muchas son las aflicciones del justo», Sal. 34:20, cf. Sal. 37. Nuestro proverbio, pues, no es de los más fáciles. Pertenece, evidentemente, a las «palabras *y enigmas* de sabios», Pr. 1:6.

Esta dificultad se resuelve, a veces, mediante la teoría de que el «optimista» libro de Proverbios, en este punto, habría sido corregido más tarde por los libros más realistas de Job y Eclesiastés, cf. Cap. 1, **b.** Pero esta afirmación no es lógica, porque el mismo Proverbios también habla en cada página sobre la desdicha y la adversidad en la vida de los justos. Otros buscan la solución en la pregunta: '¿A qué se llama adversidad en la vida de los hijos de Dios?' «Sabemos, además, que a los que aman a Dios, todas las cosas los ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son lla-

mados», Ro. 8:28. Una palabra llena de consuelo, pero esto ¿no presupone precisamente toda clase de *desgracias* en la vida del pueblo de Dios? Nosotros debemos dejar las palabras con el valor que tienen: Desdicha es desdicha y adversidad es adversidad, incluyendo el proverbio mencionado.

Nos parece que lo mejor aquí es tener en cuenta la manera de hablar característica del proverbio (*mashal*), como hemos tratado extensamente en el Capítulo Primero, nº 6. En esta forma característica de enseñar, Salomón -descuidando las excepciones- deja oír aquí la promesa que en todo Proverbios resuena: Los justos, mediante el temor de Dios, pueden evitar muchas de las adversidades en que el pecado precipita a sus autores.

Proverbios 12:24

> *«La mano de los diligentes dominará,*
> *pero la negligencia será tributaria».*

El Cardenal Richelieu, el gran estadista francés del siglo XVI, tipificó a los holandeses de su tiempo como: «Unos poquitos hombres, que poseían un pedacito de tierra, consistente en agua y hierba, y aun así, proveen a los pueblos de Europa de la mayor parte de las mercancías que necesitan». En algunas decenas de años, el Todopoderoso elevó aquel país a ser una potencia de primer rango. El mapa mundial muestra aún algunos vestigios de ello. En el siglo XVII, pocas cosas ocurrían en Europa sin la participación de Holanda. Esto fue por la bendición de Dios a la laboriosidad de los antepasados (véase también el comentario a Pr. 10:4).

«La mano de los diligentes dominará». Este orden divino aún deja sentir su poder bienhechor a pesar de que el mismo gran Legislador ya no es reconocido. Después de la Segunda Guerra Mundial, ¿no fue la «Wirtschaftswunder» (la sorprendente recuperación económica) de la laboriosa Alemania un ejemplo elocuente de ello? ¡Y en qué posición de poder se colocó el activo Japón en el mercado mundial!

«Pero la negligencia será tributaria». Con esto es evidente que no se explica *toda* servidumbre en el mundo, pero sí un aspecto importante de ese tipo de relación social y política.

Otros proverbios similares dicen: «Mira la hormiga, perezoso, observa sus caminos y sé sabio: Ella, sin tener capitán, go-

bernador ni señor, prepara en el verano su comida, recoge en el tiempo de la siega su sustento. Perezoso, ¿hasta cuándo has de dormir? ¿Cuándo te levantarás del sueño? Un poco de sueño, dormitar otro poco, y otro poco descansar mano sobre mano: así te llegará la miseria como un vagabundo, la pobreza como un hombre armado», Pr. 6:6-11. «El siervo prudente se impondrá al hijo indigno, y con los hermanos compartirá la herencia», Pr. 17:2.

Proverbios 12:25

> *«La congoja abate el corazón del hombre;*
> *la buena palabra lo alegra».*

¿Cuántas cosas pueden abatir a un corazón humano? Un noviazgo roto, dificultades financieras, problemas de matrimonio, una humillación, la pérdida de un ser querido, un sentimiento de culpabilidad, el temor a la muerte o a los juicios de Dios sobre el país y el pueblo. Una preocupación demasiado grande y prolongada puede dañar incluso la salud de alguien, Pr. 17:22. Se pierde el apetito. Se llevan las preocupaciones a la cama y se comienza a padecer insomnio. Uno se siente inexplicablemente cansado. La pena y las preocupaciones pueden incluso desequilibrar a alguien o causarle una alta tensión arterial.

¡Cuánto puede reconfortar una buena palabra a un corazón abatido! Naturalmente, para eso también puede uno mismo abrir la Biblia; pero un corazón intranquilo también quiere *escuchar* una palabra de aliento de los labios de los amigos. Para eso se necesita sabiduría, pues una palabra buena testifica de la capacidad de identificarse con el corazón de alguien entristecido. A este respecto, los cristianos se dejarán guiar por el Apóstol, que dice: «Si alguno habla, hable conforme a las palabras de Dios», 1 Pe. 4:11. La Palabra de Dios es una mina de oro en palabras de consuelo. Con ellas no podemos remover la causa del problema de alguien, pero sí prestarle fuerzas para confrontarlo; como hizo Jonatán con su perseguido amigo David: «Jonatán hijo de Saúl se levantó y vino adonde estaba David, en Hores, y lo reconfortó en Dios, diciéndole: No temas...», 1 S. 23:16-17. Y eso mismo le fue permitido hacer a David luego durante muchos siglos por medio de sus salmos: Fortalecer a muchos en la confianza

en Dios. «Yahvéh es mi Pastor... Aunque ande en valle de sombra de muerte, no temeré mal alguno, porque Tú estarás conmigo...», Sal. 23.

¡Qué magnífico, si conocemos de memoria algunas citas bíblicas semejantes, para con ellas poder consolar a hermanos y hermanas entristecidos! Como estas «buenas palabras» del Apóstol: «Sabemos, además, que a los que aman a Dios, todas las cosas los ayudan a bien», Ro. 8:28. «Echad toda vuestra ansiedad sobre él, porque él tiene cuidado de vosotros», 1 Pe. 5:7. «Por nada estéis angustiados, sino sean conocidas vuestras peticiones delante de Dios en toda oración y ruego, con acción de gracias. Y la paz de Dios, que sobrepasa todo entendimiento, guardará vuestros corazones y vuestros pensamientos en Cristo Jesús», Fil. 4:6-7, 13 y 19.

Pero literalmente sacadas o no de las Sagradas Escrituras, «Panal de miel son los dichos suaves, suavidad para el alma y medicina para los huesos», Pr. 16:24 (véanse también nuestras observaciones al respecto). También de esta forma, el temor del Señores sano, como Salomón lo dijo ya en la introducción a este libro, Pr. 3:7-8, cf. Capítulo 7, 4., Pr. 4:22 e Is. 26:3. «Bienaventurado el que piensa en el pobre», Sal. 41:1.

Proverbios 12:26

«El justo evita a quien le quiere hacer mal [21]
pero el camino de los malvados los hace errar».

¿No huyó nuestro Señor Jesucristo un par de veces de los malhechores? «Tomaron entonces piedras para arrojárselas, pero Jesús *se escondió* y salió del Templo», Jn. 8:59. «Y *se ocultó* de ellos», Jn. 12:36. Y así dijo también a sus discípulos: «Cuando os persigan en una ciudad, *huid* a otra», Mt. 10:23, cf. 24:16. Pablo y Bernabé también hicieron esto. «Pero sucedió (en Iconio) que los judíos y los gentiles, juntamente con sus gobernantes, se lanzaron a maltratarlos y apedrearlos; y ellos, al darse cuenta, huyeron a Listra y Derbe, ciudades de Licaonia, y a toda la región», Hch. 14:5-6. Aquel que los había enviado no exigía de ellos que *innecesariamente* sufrieran por Él «el martirio», como más tarde ocurrió. Entonces se buscaba el martirio. Pero las ovejas pueden huir tranquilamente, si ven posibilidad de ello. Por otra parte, ¿la huida de José de la mujer de Potifar no fue una huida heroica?

Proverbios 13:4

«El perezoso desea y nada alcanza,
mas los diligentes serán prosperados».

«La mano negligente empobrece, pero la mano de los diligentes enriquece», leíamos ya en Pr. 10:4. Por supuesto que el perezoso también quiere un buen bocadillo, pero mientras no trabaja para ello lo desea en vano. Sin embargo, no precisamos limitar este proverbio a las cosas materiales. Una persona puede desear en vano muchísimas cosas, pero sencillamente ser demasiado perezosa para hacer algo por ello. Aquí se encuentra una de las causas de las diferencias entre los hombres. ¿Qué *hizo* uno por lo que goza y qué *hizo* el otro por lo que le falta?

Proverbios 13:11

«Las riquezas de vanidad disminuyen;
el que recoge con mano laboriosa las aumenta».

España, en el siglo XVII, consiguió riquezas fabulosas, para las que, sin embargo, nada había hecho. Las flotas de la plata traían anualmente de las Américas tesoros robados. Sin embargo, aquellas «riquezas de vanidad» no hicieron bien alguno al país, pues en aquel mismo siglo fueron disminuyendo hasta llegar a la bancarrota.

Por el contrario, en aquel mismo período, la hacendosa Holanda se hizo rica. Pero se ganó su prosperidad trabajando muy duro (como ya vimos al tratar Pr. 10:2).

Proverbios 13:12

«La esperanza que se demora es tormento del corazón;
árbol de vida es el deseo cumplido».

La esperanza hace vivir. Pero cuando se demora demasiado, incluso se puede morir por ello, como se evidenció durante la Segunda Guerra Mundial. Había entonces en Japón prisioneros de los aliados que recibían suficiente comida y, sin embargo, murieron. Su esperanza de liberación se dilató por tanto tiempo, que perdieron el apetito, apenas comían ni bebían, y finalmente, incluso murieron de desesperanza y de falta de afecto.

Y así, es preciso tener presente que donde el evangelio retrocede, ya no queda ninguna esperanza verdadera, Ef. 2:12, 1 Te. 4:13. Esto no sólo afecta a lo espiritual, sino también a la salud corporal de cada persona. Es una prueba más de que el temor de Yahvéh es saludable. (Véase también el comentario a Pr. 3:7-8, 11:17, 12:25, 14:30, 15:13, 15, 17, 16:24, 17:22 y 25:16).

Proverbios 13:14

> *«La instrucción del sabio es manantial de vida*
> *para librar de los lazos de la muerte».*

Aquí tenemos resumido todo el libro de Proverbios en cuatro líneas. Para las dos primeras, consúltese lo dicho en Pr. 3:18, y para las otras dos, Pr. 3:21-23.

Proverbios 13:20

> *«El que anda entre sabios será sabio,*
> *pero el que se junta con necios saldrá mal parado».*

Leer mucho el libro de Proverbios también es una forma de tratar con sabios; así como la mala lectura y muchos programas de TV pueden ponernos en contacto con los necios.[22] Y el dicho del pueblo enseña: 'Quien maneja aceite, las manos se unta'. «No os engañéis: Las malas conversaciones corrompen las buenas costumbres" 1 Co. 15:33. Por eso Salomón también aconsejó: «Quítate de delante del hombre necio, porque no hallarás ciencia en sus labios», Pr. 14:7. Véase también Pr. 8:17.

Proverbios 13:24

> *«El que no aplica el castigo aborrece a su hijo;*
> *el que lo ama, lo corrige a tiempo».*

Muchos especialistas de la educación precisamente le dan la vuelta a esto: "Quien *usa* la vara, odia a su hijo; mas quien lo ama, nunca le pega".[23]

Actualmente, como es natural, nadie añora que vuelvan los tiempos en que los maestros anotaban con detalle cuántas veces habían usado la vara. Pero en la actualidad, ¿no hemos venido a caer en el otro extremo? ¡Ay del maestro que da un

cachete a un niño revoltoso! Las palabras del Apóstol valen no sólo para los cretenses: «Hay aún muchos obstinados», Tit. 1:10 cf. v. 6. En nombre de la humanidad y apelando a la majestad del niño, la vara, como medio de corrección, ha desaparecido en todo el mundo occidental. Pero, evidentemente, no por la autoridad de la Sagrada Escritura, pues ésta, concretamente en Proverbios, aconseja repetidamente el castigo corporal como medio de educación, Pr. 10:13, 18:6, 19:29, 20:30, 22:15, 23:13-24, 26:3, 29:15, cf. Dt. 23:2-3, Lc. 12:47-48.

Con ello, los sabios siguieron el ejemplo de nuestro Padre celestial, quien muchas veces llama a Israel su «hijo» (cf. Ex. 4:23, Os. 11:1). ¿Cómo lo educó? Primero, mediante una enseñanza amorosa, la cual está en todas partes claramente en primer término. *La corrección, en la Sagrada Escritura, no consiste en primer lugar, en pegar, sino en enseñar amigablemente, en dirigir y amonestar*. Véase, al respecto, Pr. 1:2-3 y 3:11-12. Pero, cuando Israel, a veces, no quiso oír, entonces lo tuvo que sentir. Aun cuando el Señor no llegara enseguida con los más duros castigos, los libros proféticos nos permiten ver cómo los castigos del Señor, a través de los siglos, fueron cada vez más duros; hasta que Él, después de siglos de haberlo amonestado, echó de la tierra prometida a su hijo Efraín. ¡Pero este castigo, después de unos cien años, aún seguía causando pena al divino corazón del Padre! Jer. 31:20. ¡Tan grande era el amor con que Dios había usado su vara![24] También en esto debemos ser seguidores de Dios.

La corrección a nuestros hijos debe consistir, como la corrección de Dios sobre nosotros, en primer lugar, en una amorosa dirección por medio de la enseñanza. *Por eso, la enseñanza de la Palabra de Dios es el mejor medio de corrección en el hogar y en la escuela*. El Señor ejercía la corrección en Israel, en primer lugar, por la enseñanza en la Palabra de Dios realizada por padres y madres, sacerdotes y profetas. Así pues, la lectura diaria y el relato de la Palabra de Yahvéh es ciertamente el medio de corrección por excelencia, en el hogar y en la escuela. Así es como el pueblo de Dios obtiene conocimiento de Dios y su Pacto, así como de las reglas y amenazas de ese Pacto, y aprende la verdadera sabiduría.

Además, también nos mostraremos seguidores de Dios en que nunca ejercitaremos la corrección de otra manera que por amor. Nadie puede castigar si no prefiere sufrir él mismo mil

veces el castigo, antes que infligirlo a otro. El amor conduce al límite extremo al castigar, y en especial, al castigar corporalmente. ¡Pero el amor verdadero, no excluye, por anticipado, el uso de la vara! Esto viene a recordarnos el proverbio mencionado más arriba.

El amor verdadero no puede tolerar que el mal gane terreno y se instale. Si las palabras no son de ayuda, la vara y el castigo pueden prestar sabiduría, Pr. 29:15. Evidentemente, también en Israel había padres y educadores que se ahorraban la vara. Quizá porque creían que el amor paternal y los castigos corporales no concordaban entre sí. Pero los sabios condenaban, tajantemente, esa línea de conducta que aparentemente está llena de amor al niño, pero que, de hecho, procede del odio. Tales padres desconocen el poder del pecado sobre el corazón del niño y deberían fijarse más en el ejemplo del Dios Sapientísimo. Él castigó a su hijo Israel preferentemente con palabras, pero, si era necesario, no dudó en usar también la vara. Aunque nosotros mismos, como Él, también sintamos pena.

También para estas cosas vale la Palabra de las Escrituras: «El corazón del sabio discierne *cuándo* y *cómo* cumplirlo. Porque para todo lo que quieras hay un tiempo y un cómo, aunque el mal de los hombres pesa sobre él», Ec. 8:5-6. Por eso, en nuestro proverbio damos este consejo: Quien ama a su hijo, lo corrige a tiempo. Los niños pequeños oyen gustosamente el relato de las historias bíblicas. ¡Utilicemos ese tiempo! Cuando tengan 16 años ya casi habrá pasado la ocasión. En nuestra sociedad, debemos hacer «nuestra catequesis hogareña» en los primeros diez años. Después llegamos demasiado tarde. ¿Se puede pegar a un niño de 16 años? Pero, si un niño mucho más joven no quiere escuchar, generalmente no tiene por qué recibir una fuerte corrección, y basta con que le impongas un leve castigo. De ahí el dicho: 'Cuanto más pronto el castigo, más fruto trae consigo' o el otro: 'De joven se doma al mimbre'. La edad infantil y de párvulo es la mejor época para formar el carácter. Incluso en la escuela básica, y por tanto, desde sus 6 a sus 12 años, los niños ya no cambian radicalmente. Los fundamentos del respeto a la autoridad deben ponerse antes de la edad escolar. De ese modo, muchos niños en la época de la es-

cuela básica pueden pasar sin castigo corporal. Sobre el uso de la vara en la escuela seguimos hablando en Pr. 22:15.

Por lo demás, Salomón, con la palabra *corrección*, no sólo se referirá a vara, sino a todos los medios de corrección sensibles por los que los educadores inteligentes le hacen saber a un niño rebelde que ha pecado.

Quien lee la Sagrada Escritura teniéndola como verdadera Palabra de Dios, entiende que aquí hay órdenes divinas para ejercitar la autoridad sobre los niños, y principios divinos para conducir a los jóvenes en los caminos de Dios. Que no se diga que esto son 'cosas del Antiguo Testamento', pues Hebreos 12: 5-11 transmite la misma sabiduría.

Es indudable que existe una diferencia esencial entre esta amorosa ciencia de la educación de los Proverbios y el método duro y farisaico de Yeshúa ben Sirach y sus parientes espirituales. Pero de esto diremos algo más al tratar Pr. 19:18, en donde se avisa contra el exceso en la corrección corporal. El asunto que ahora se trataba, lo resumen los ingleses en este refrán: «Spare the rod and spoil the child» (*Evita la vara y corromperás al niño*). Un profesor americano en psiquiatría hizo esta variante del mismo refrán: «Spare the Freud and save the child» (*Evita a Freud y salvarás al niño*)[25].

Proverbios 14:1

> *«La mujer sabia edifica su casa,*
> *pero la necia con sus manos la derriba».*

"Yahvéh haga a la mujer que entra en tu casa como a Raquel y a Lea, las cuales *edificaron la casa* de Israel», dijo el pueblo en el pórtico de Belén, cuando Booz tomó a Rut por mujer, Rut 4:11. Ellos entendían que por «edificar una casa», se entendía que ella pudiera procurarle descendencia. Es notable que el Salmo 127, que también habla de la bendición de los niños, comience con: «Si Yahvéh no *edifica la casa...»* Y en Ex. 1:21, aunque leemos: «él prosperó sus familias», literalmente allí se dice: «*Él edificó sus casas*». En este proverbio ¿no podríamos pensar también esto? Pues, ¿no pertenece a «la sabiduría de las mujeres» el hecho de que estén dispuestas a dar a luz hijos? Ahora bien, este proverbio contempla naturalmente algo más que «edificar una casa» mediante la formación de hogar. Una mujer puede hacer *florecer* la casa de

su marido en todos los aspectos, y también puede *arruinarla* totalmente. Ejemplos elocuentes de esto son las reinas-madres que menciona la Biblia. Algunas de ellas esparcieron grandes bendiciones por generaciones, pero otras fueron una maldición para su marido e hijos. Se puede decir sin exagerar, que la mentalidad de las dinastías de los reyes en Israel, y así de la historia, estuvo determinada en gran parte por mujeres.

Naama, la mujer amonita de Salomón, madre de Jeroboam, debió ejercer una influencia desastrosa sobre su hijo, y por medio de él en todo Judá, 1 R. 14:21-24. Jezabel, la hija de un rey sacerdote de Baal (1 R. 16:∞1), destrozó la casa de su marido. Su hija Atalía se casó con un miembro de la casa de David y la extirpó casi completamente; tanto odiaba a Yahvéh, 2 R. 11:1. Pero tenemos luego a Abías, ¡la mujer del impío rey Acaz! Ella edificó la casa de su marido mediante su confianza en Dios. Era una hija del sumo sacerdote Zacarías, que tuvo gran influencia en el régimen del rey Uzías 2 Cr. 26:5, 29:1. El rey Ezequías era un hijo de esta piadosa hija de sacerdote. ¿No tenía Judá que agradecer la bendición que Ezequías difundió, hablando humanamente, a la mediación de su piadosa madre? Como el joven poeta y autor de salmos, David, fue discípulo del profeta Samuel, quien, a su vez, estaba enseñado... por su madre Ana. La influencia de las madres llega, sobre todo en los niños pequeños, muy profundo y repercute a lo largo de la vida. Contra eso no hay influencia posterior que valga.

Por eso, para nuestros jóvenes, es realmente de vital importancia que sepan a qué clase de muchachas deben mirar. Una joven puede fortalecer o destrozar a un joven. Ella puede *edificar* o *destruir* su educación, su formación, sus ingresos, su posición en la iglesia y en la sociedad, la educación de sus futuros hijos, en una palabra, toda su «casa». Por lo cual aconsejamos a nuestros jóvenes lectores que asimilen bien la imagen que la Sagrada Escritura, en Proverbios 31, pinta de la mujer ideal. Allí se ve qué clase de mujer corresponde buscar para edificar una «casa». (cf. Pr. 14:1 y Sal. 127:1). Esto requiere celo, habilidad, afabilidad, liberalidad, economía, dignidad, buen gusto y talento de organización. Pues el orden y la regularidad forman la base natural para lo más importante en un hogar: trato firme y seguro con Dios y su Palabra.

Esta es «la sabiduría de las mujeres», mediante la cual ella edifica la «casa» de su marido. Feliz el hombre que obtiene una mujer así, porque es un regalo de Dios. Respecto a esto seguiremos hablando al comentar Pr. 18:22. Toda su actuación puede resumirse en una sola frase: «De ella recibe el bien y no el mal, todos los días de su vida», Pr. 31:12.

Proverbios 14:4

«Sin bueyes, el pesebre está limpio[26];
por la fuerza del buey hay abundancia de pan».

Cuando un campesino vende sus vacas, ya no precisa limpiar más su sucio establo. El no tener ganado bovino significa no tener estiércol, ni mancharse con el heno y el pienso, ¡pero también no tener leche! Pues uno no puede tener vacas y al mismo tiempo mantener limpio el establo. Por eso el labrador soporta gustosamente todos los desechos y estiércol de su ganadería, pues a ello tiene que agradecer también sus ingresos. Naturalmente esto no sólo vale para el trabajo de los labradores, sino para todo trabajo. Uno no puede criar hijos sin soportar de ellos alguna molestia y tampoco se puede reparar un auto sin ensuciarse las manos. Donde se trabaja también se producen residuos y productos defectuosos.

Como es natural, Salomón no hace aquí una defensa de la negligencia, sino que nos aconseja contentarnos con una cierta medida de incomodidad en nuestro trabajo. También se puede exagerar el espíritu del orden, y entonces la limpieza puede degenerar en algo estéril. Quien quiere trabajar, debe soportar algunos trastos en su trabajo. Si hay que vivir de la producción de leche, se debe dar por descontado que las vacas ensuciarán el establo. Esto no se puede evitar.

Todo trabajo da incomodidad, pero también nos permite ver la ventaja que nos puede procurar a pesar de toda su incomodidad. Es infantil, sí, y necio, preocuparse más por mantener limpio el comedero, que por los ingresos que el buey de labor produce. Consuélense las madres de tener niños pequeños, pues en tales familias el «pesebre» no siempre puede estar «limpio». Ojalá que todos los trabajadores se fijaran sobre todo en los *frutos* de su trabajo. Eso ayuda a aceptar la incomodidad e incluso puede llevar tan lejos que ya no se

experimente más como molesto lo molesto; porque el producto del buey de labor es más válido que un pesebre limpio.

Proverbios 14:12 (= 16:25)

> *«Hay camino que al hombre le parece derecho,*
> *pero es camino que lleva a la muerte».*

Ciertas cosas parecen, a primera vista, muy prometedoras, pero al final defraudan. Por lo cual, el Predicador dijo: «Mejor es el final del negocio que su principio», (Ec. 7:8), -al menos si quieres juzgarlo. El resultado de un negocio es lo que pone en claro su valía. El camino ancho sin Dios y su Palabra puede parecer atractivo, pero conduce a la perdición, Mt. 7:13-14. Por eso, Proverbios, en sus lecciones de sabiduría, dedica al mismo tiempo mucha atención a la circunspección, para lo cual se repasa anticipadamente el final de una empresa y se calcula a tiempo las consecuencias de un hecho.

Proverbios da ejemplos diferentes de cosas con que las apariencias engañan. Tomemos como ejemplo la mujer extraña: «Los labios de la mujer extraña destilan miel (...), pero *su final* es amargo como el ajenjo (...) y gimas *al final*, cuando se consuma tu carne y todo tu cuerpo», Pr. 5:4 y 11, cf. Cap. 9. De todo ello se puede ver que: *«El término* de la alegría es la congoja», 14:13b. Esto aparece en más casos. «Los bienes que al principio se adquieren de prisa, serán *al final* bendecidos», 20:21. ¡»No mires el vino cuando rojea, (...) se entra suavemente, pero *al fin* muerde como una serpiente», 23:31. «No entres apresuradamente en pleito, no sea que no sepas qué hacer *luego*, cuando tu prójimo te haya avergonzado»; 25:8. «El siervo mimado desde la niñez por su amo, *a la postre* será su heredero», 29:21.

Esto es lo que enseña Proverbios: Mira lo que haces.

Proverbios 14:15

> *«El ingenuo todo lo cree;*
> *el prudente mide bien sus pasos».*

En lugar de *ingenuo* también se podría decir: el inocente o el crédulo. Ya lo conocemos por Pr. 1:4, donde leíamos que este tipo de persona se da mucho sobre todo entre jó-

venes, y que Proverbios ofrece una mano ayudadora a estos crédulos, cf. Cap. 3, letra **b.** Característico de él es que su corazón está abierto de par en par a influencias buenas y malas. Todo lo que el espíritu del mundo quiere insuflar allí, puede penetrar fácilmente. Es muy crédulo; no observa y actúa imprudentemente y se deja engañar fácilmente.

¿Y a qué se debe esto? -No a su coeficiente intelectual. Un «ingenuo» o crédulo puede fácilmente, en nuestro tiempo, haber conseguido un par de distinguidos diplomas. Pero, si se observa cuán ingenuo es en la vida, después de diez años de ir al colegio, se le podría calificar tranquilamente de un alma simple. A pesar de su pedantería escolar, muestra una falta grave de independencia y sano sentido crítico. En Proverbios 7 vimos cuán ingenuamente se dejaba atraer por una mujer mala. Y sin embargo se le puede oír cuán infantil e ingenuamente habla sobre el mejoramiento del mundo. Como si no existieran ni Satanás ni mentiras ni terror demoníacos.

¿Acaso podemos atribuir esta credulidad a su falta de experiencia en la vida? En parte, naturalmente que sí, pero, cosa curiosa, muchos ancianos muestran la misma carencia de capacidad de distinción. ¿Cuántos adultos «ingenuos» hay, que creen a ciegas cuanto «se» dice y se tragan como un dulce pastel cuanto sirven la prensa y la TV? Toda clase de conocimiento se ofrece hoy día en cantidades y refinamiento antaño desconocidos, pero lo que frecuentemente falta al espectador es la elaboración de ese conocimiento en su vida. El conocimiento no elaborado entorpece el juicio y estorba a la sabiduría.[27]

Pero cuando no es cuestión de falta de enseñanza o experiencia, ¿de dónde procede en muchos esa ingenuidad y credulidad? ¡De perder la única buena *medida* del bien y el mal: la Palabra de Dios! La juventud debe familiarizarse con ella y entonces podrá distinguir entre verdad y mentira, entre hablar a tiempo y a destiempo, y entre las buenas y falsas conclusiones. La Sagrada Escritura es la única norma fiable para una sana entidad crítica. Quien es enseñado en ella, no cree más *«cada palabra»*, (de esa manera se puede traducir también la expresión hebrea "toda cosa" en Pr. 14:15a) pues en la Palabra de Dios se habla de la vida entera. Quien conoce la historia bíblica, sabe acerca del poder de la mentira en la iglesia y en el mundo; y ha aprendido del Señor Jesús

lo que puede proceder del corazón humano (Mc. 7:20-23) y ha obtenido de Él una visión sobre esta cuestión más acertada que la de cualquier psicólogo incrédulo.

Ese aprendiz de la Sagrada Escritura recibe aquí el nombre de *«el prudente»*. Él *«mide bien sus pasos»,* porque vive cerca de la Sagrada Escritura. Con esa actitud pincha el globo de los slogans y pancartas de la opinión general, y no escucha sin crítica a los ídolos de la masa. No cree «cada palabra», aunque se sugiera que todo el mundo debe tener un juicio sobre «todo». Para ello considera el flujo de la información pasajera muy poco de fiar. La Sagrada Escritura también lo ha curado de su ingenuidad infantil y lo ha hecho inmune a un idealismo irreal sobre el mundo, que le intenta vender vocaciones para todo.

Este sano y crítico enfoque fundado en la Sagrada Escritura le guarda de muchas calamidades, pues: «El prudente ve el mal y se esconde, pero los ingenuos pasan y reciben el daño», Pr. 22:3; o como escribe el Apóstol: «Así ya no seremos niños fluctuantes, llevados por doquiera de todo viento de doctrina, por estratagema de hombres que para engañar emplean con astucia las artimañas del error; sino que, siguiendo la verdad en amor, crezcamos en todo en aquel que es la cabeza, esto es, Cristo», Ef. 4:14-15, cf. Mt. 10:16.

Proverbios 14:19

> *«Los malos se inclinarán delante de los buenos,*
> *y los malvados ante las puertas del justo».*

En esto desembocará después la historia del mundo. «¿No sabéis que los santos han de juzgar al mundo?», 2 Co. 6:2-3, cf. Dn. 7:18 y 27, 2 Ti. 2:12, Ap. 20:4-6. Entonces, todas las relaciones torcidas serán enderezadas y «el hombre rico» recibirá gustosamente un favor del «pobre Lázaro», Lc. 16:19-31. Pero antes de este final definitivo, la historia ya ha dejado ver muchas veces la verdad de este proverbio.

Lo que los hermanos de José jamás podían pensar, ocurrió: ¡Cayeron de rodillas ante él! Y Simei, que tan duramente había maldecido a su rey, se postró delante de David, 2 S. 19:18. Sí, incluso toda una iglesia puede adquirir esta experiencia. «Aunque tienes poca fuerza, has guardado mi palabra y no has negado mi nombre», escribía Jesucristo a la pequeña

iglesia de Filadelfia; y le prometía: «De la sinagoga de Satanás, de los que dicen ser judíos y no lo son, sino que mienten, te daré algunos. Yo haré que vengan y se postren a tus pies reconociendo que yo te he amado», Ap. 3:8-9.

Así Dios, en esta época de la historia, puede «exhibir como la luz» la justicia de sus hijos. Pero entonces deben seguir realmente la advertencia del Salmo 37, y esperar a su tiempo: «Guarda silencio ante Yahvéh y espera en él. (...) Espera en Yahvéh, guarda su camino, y él te exaltará para heredar la tierra; cuando sean destruidos los pecadores, lo verás», Sal. 37: 7 y 34.

Proverbios 14:23

«Toda labor da su fruto;
mas las vanas palabras empobrecen».

Acerca del provecho de las obras diligentes, ya hablamos en Pr. 10:2 y 4, 11:18, 12:24, 13:4 y 11. La segunda línea de este proverbio es una amonestación contra pasar el tiempo charlando. Lo cual es, además de dañino para tu trabajo, también insano. «La conversación inútil es malgastar energía que conlleva agotamiento del sistema nervioso y crea tensiones», escribe un médico. La prueba definitiva de la sabiduría del temor del Señor, dice: «No seas sabio en tu propia opinión, sino teme a Yahvéh y apártate del mal, porque esto será medicina para tus músculos y refrigerio para tus huesos». Como dijera Salomón en su Manual de Proverbios, véase en Pr. 3:7-8, y comentario a Pr. 10:2.

Proverbios 14:26-27

«En el temor de Yahvéh está la firme confianza,
la esperanza para sus hijos.
El temor de Yahvéh es manantial de vida
que aparta de los lazos de la muerte».

En su Manual de Proverbios (capítulos 1 al 9), Salomón ya puso esto mismo a la consideración de sus lectores. El temor del Señor es el ABC de la sabiduría, Pr. 1:7. Esa sabiduría procura a los hombres, en esta vida, la menor probabilidad de miseria, puesto que en gran medida opera preventivamente. No hay ningún seguro de vida mejor que el temor de Yahvéh

y la sabiduría procedente de Él, pues ofrece «tranquilidad», forma «un refugio» (incluso para nuestros hijos, si los educamos en Él) y nos hace esquivar «los lazos de la muerte».

Ejemplos de esta operación protectora del temor de Yahvéh en nuestra vida se pueden encontrar abundantemente en Proverbios 3. Por ejemplo, la sabiduría nos puede preservar de la pobreza, de la infamia, de toda clase de formas de inarmonía y peligros para nuestra salud y descanso nocturno. Asimismo puede interrumpir más de una causa de muerte anticipada.

Por otra parte, el temor de Yahvéh es una fuente de vida o dicha en todos los terrenos. Salomón da muchos ejemplos de esto en su Manual, como se puede recordar en el capítulo 7 de este libro. Esta dicha es bastante más amplia que la «vida espiritual»; y se puede probar en la vida familiar, matrimonial, eclesial, y también en la salud, en el descanso nocturno y en los ingresos económicos.

Pero no sólo en el Manual, sino en todo Proverbios se pueden encontrar ejemplos de este modo de expresarse. Pues, como en Pr. 13:14 (véase allí), ellos forman un corto resumen de todo lo que este libro de la Biblia nos quiere enseñar: que el temor de Yahvéh nos ofrece firme protección y es una fuente de dicha. Véase también Pr. 3:18.

Proverbios 14:30

> *«El corazón apacible es vida para la carne;*
> *la envidia es carcoma de los huesos».*

La envidia también incluye los celos, el rencor, el enojo, el odio, la indignación, y, en una palabra, toda clase de sentimientos negativos del corazón (la palabra hebrea «*qina*» es un nombre común de carácter general), y por eso, uno por uno, esos malos sentimientos van corroyendo el espíritu con toda clase de tensiones destructivas (el llamado «stress»), y también minan gravemente la salud corporal. En ciertos casos, incluso pueden acortar la duración de la vida.

La ciencia médica estuvo ciega, durante largo tiempo, a la conexión de estos fenómenos; y no vio que el odio, los celos, el descontento, la falta de amor, pueden llevar a alguien no sólo a la consulta del psiquiatra, sino también a la mesa de operación del cirujano. Durante los últimos dece-

nios, sin embargo, la medicina llegó a la conclusión de que existe una relación estrecha entre los síntomas de las enfermedades orgánicas, y por tanto corporales, y cuanto pasa en el ánimo del paciente. El Dr. S. I. McMillen, cuyo libro «None of these diseases» ya trajimos a colación, enumera en la página 62 y siguientes de su obra, unas cincuenta enfermedades que pueden ser coproducidas por nuestro estado emocional. Las diversas formas de odio pueden ejercer una influencia funesta en nuestra glándula tiroides, esófago, piel, corazón, pulmones, hígado, vesícula biliar, estómago, riñones e intestino grueso.

Cuando uno dice: «¡Que vaya con cuidado!, ¡no se me escapará!», puede causar una úlcera de estómago. Un acceso de cólera, provocado por un odio reprimido, puede ocasionar un ataque al corazón o una apoplejía. También la expresión: -»¡Lo mataré!», encubre un rencor enfermizo que puede minar la salud y el sistema nervioso. Asimismo el odio contenido y la envidia pueden ocasionar eczemas, diviesos, etc., según McMillen.[28] Las inflamaciones del intestino grueso guardan a veces estrecha relación con la antipatía o el rencor que los pacientes fomentan.[29] Las observaciones amargas y un mundo de pensamientos lleno de odio crónico originan y agravan muchos casos de tensión arterial alta.[30] Una dosis de bicarbonato de soda no puede neutralizar en nuestro estómago los ácidos destructores que en él pueden producir esas sensaciones de odio y envidia.[31] ¿Y qué ocurre con la mala influencia de los pecados no confesados, y con un espíritu en el que hay engaño? David podía hablar de ello: «Mientras callé, se envejecieron mis huesos en mi gemir todo el día, porque de día y de noche se agravó sobre mí tu mano; se volvió mi verdor en sequedades de verano», Sal 32:3-4.

Actualmente, cualquier médico nos puede contar ejemplos sorprendentes de sufrimiento psicosomático: problemas del cuerpo como consecuencia de problemas de la vida. Pero la Palabra de Dios sondea más profundo y describe de forma más penetrante: "La envidia es carcoma de los huesos." Es decir, hay una relación entre ciertos pecados y determinadas enfermedades.[32]

¡Pero, un corazón apacible es vida para la carne!

Literalmente, el sabio habla de un corazón de resignación

(o dulzura). Con él no se nace, aunque, a este respecto, nuestra personalidad, como es natural, tiene algo que ver. La mansedumbre es un fruto del Espíritu de Dios. Para ello debemos seguir al Señor Jesús que dijo: «Aprended de mí, que soy manso y humilde de corazón, y hallaréis descanso para vuestras almas» (o sea, para toda la persona), Mt. 11:29. Y el apóstol Pablo dice: «Digo, pues: Andad en el Espíritu, y no satisfagáis los deseos de la carne... Pero los que son de Cristo han crucificado la carne con sus pasiones y deseos», Gá. 5:16, 20 y 24. Entonces la mansedumbre crece como un fruto del Espíritu en nuestro corazón, y desde allí hace bien a nuestro cuerpo y a nuestro espíritu.

¿Y cuál es el misterio de esta influencia saludable? ¿Por qué el Espíritu de Dios alcanza realmente, mediante un corazón manso, lo que frecuentemente los psiquiatras, tras largas horas de conversación, no pueden lograr? [33]

Ello se debe a que un corazón manso reacciona *espiritualmente* a toda clase de manifestaciones de odio y envidia; pues no son, en primer lugar, las malas acciones de otros las que ponen en peligro nuestra salud, sino nuestras propias *reacciones* a aquéllas. Diariamente tenemos que vérnoslas con toda clase de cosas por las que nos podemos enfadar («factores de stress») y que pueden despertar en nosotros reacciones odiosas; pero el que lo consigan, depende principalmente de *nuestra actitud*. Y en ello, el temor de Yahvéh «es medicina para tus músculos y refrigerio para tus huesos», Pr. 3:7-8. Un corazón manso combate *el origen o causa* de toda clase de males psicosomáticos, porque tiene presente: «No seas vencido de lo malo, sino vence con el bien el mal», Ro. 12:21, He. 12:14-15.

La persona mansa ama a su prójimo, aunque éste sea su enemigo. El amor es el único medio eficaz contra todos esos males de nuestra carne (o sea, nuestra naturaleza mala, Gá. 5:16-17) y concretamente de toda clase de sentimientos de odio. Pues: «El amor es sufrido, es benigno; el amor no tiene envidia; el amor no es jactancioso, no se envanece, no hace nada indebido, no busca lo suyo, no se irrita, no guarda rencor; no se goza de la injusticia, sino que se goza de la verdad. Todo lo sufre, todo lo cree, todo lo espera, todo lo soporta», 1 Co. 13:4-5 y 7. No existe mejor remedio para hacernos inmunes a la mala influencia de todo tipo de

tensiones o «stress» en nuestro cuerpo que: «Ama a tu prójimo como a ti mismo.» [34]

El cristiano que complace a su prójimo en el Espíritu de amor y mansedumbre, cuida la glándula tiroides, la vesícula biliar, el corazón, el estómago y el intestino grueso de ambos. Debe digerir diariamente desilusiones, pero gracias a su manso corazón no queda frustrado por ello. Antes bien, las acepta como lecciones divinas de humildad y dependencia. Ciertamente debe tratar diariamente con gentes odiosas, pero el amor al prójimo y la mansedumbre le preservan de cálculos biliares y úlceras de estómago; y también de la autocompasión que, a la larga, asimismo puede ser angustiosa para nuestra salud.

Un corazón manso es asimismo el mejor calmante («tranquilizante») que se puede tomar, Fi. 4:6-7. Ese corazón nos enseña a escuchar la instrucción del Apóstol: «Y sed agradecidos», Col. 4:15, cf. 1 Ts. 5:18; y ello nos puede preservar de la tensión arterial alta como consecuencia de los disgustos y los celos. También nos da la voluntad para aceptar de corazón el consejo del Salvador: «Venid vosotros aparte, a un lugar desierto, y descansad un poco», Mr. 6:31, cf. Ec. 4:6. Un corazón manso nos enseña, pues, a ver la limitada extensión de nuestra tarea y responsabilidad, y por ello puede salvar a nuestro cuerpo y sistema nervioso de muchas tensiones. En estas cosas, el Salmo 37 puede indicarnos el camino que tenemos delante, y aclararnos que la Sagrada Escritura, teniendo en cuenta la vida en este mundo, concede esta promesa: «Bienaventurados los mansos», Mt. 5:5. Sobre la relación entre pecado y enfermedad, véase Pr. 3:7-8, donde se mencionan más proverbios que tratan sobre esta relación que ya hemos comentado.

Proverbios 14:32

> *« Por su maldad es derribado el malvado,,*
> *pero el justo, en su propia muerte halla refugio.»* [35]

¿Cómo se puede llegar a pensar que, en el Antiguo Testamento, los creyentes no miraban más allá de la muerte y del sepulcro? «Yo sé que resucitará en la resurrección, en el día final», dijo Marta al Señor Jesús, refiriéndose a su hermano Lázaro ya muerto, Jn. 11:24, con lo cual verbalizó la confesión de la iglesia de *todos* los siglos. ¿Acaso no podía leer-

lo también en el proverbio recién citado?[36] Además, véase Los Salmos I [37]

Proverbios 14:35

> *«El favor del rey es para con el servidor prudente;*
> *su enojo, para el que lo avergüenza».*

Lo primero se puede ver en José y Daniel. Ambos, por su inteligente actuación, se ganaron el favor de soberanos incrédulos. Por el contrario, los enemigos de Daniel, después de su terrible plan para matarlo, cayeron ellos mismos en las fauces de los leones, Dn. 6:24. Lo mismo sucedió al despreciable Amán, que arruinó su alta posición en la corte persa con su plan de exterminar a todo el pueblo judío en un día en todas partes del imperio.

No sólo los situados en altos cargos pueden llegar a alcanzar el favor de su rey, sino también los sencillos: «¿Has visto un hombre cuidadoso en su trabajo? Delante de los reyes estará, no delante de gente de baja condición», Pr. 22:29; Sal.101:4-6. Naturalmente, la Sagrada Escritura así como también la historia, conoce excepciones a estas reglas; como aquel pobre sabio que pudo salvar la ciudad, pero fue desdeñado, Ec. 9:13-15; o el necio que estaba en un alto cargo, mientras los príncipes iban a pie como esclavos, Ec. 10:6. Pero lo que todo supera y después todo lo hace bueno es la aprobación de Jesucristo, el Rey de reyes y Señor de señores, que bendice a cada uno de sus servidores que guardan su Palabra y cumplen sus mandamientos, Lc. 19: 11-17.

Proverbios 15:1

> *«La respuesta suave aplaca la ira,*
> *pero la palabra áspera hace subir el furor».*

Con la ayuda del Señor, Gedeón infligió a los bandoleros madianitas una dura derrota. Apenas iniciaron la huida, mezcló en la batalla a la tribu de Efraín, que luego mató a los jefes madianitas Oreb y Zeeb, Jue. 7:24-25 Sin embargo, esto perjudicó el honor de la tribu más grande de Israel y los hombres de Efraín reprocharon a Gedeón: «¿Qué es esto que has hecho con nosotros? ¿Acaso nos llamaste cuando ibas a la guerra contra Madián? Y lo reconvinieron fuertemente», Jue. 8:1.

Con una respuesta dura Gedeón podía haber echado leña a este fuego de la discordia y con ello podía haber desencadenado una disputa fraternal funesta, que habría roto por largo tiempo la concordia de las tribus. Pues: «El que inicia la discordia es como quien suelta las aguas, ¡abandona, pues, la contienda, antes que se complique», Pr. 17:14. El agraviado Gedeón se contuvo y venció a sus oponentes, respondiendo: «¿Qué he hecho *yo* ahora comparado con vosotros? ¿No es lo que queda en los campos de Efraín mejor que la vendimia completa de Abiezer? Dios ha entregado en vuestra manos a Oreb y Zeeb, príncipes de Madián; ¿qué he podido yo hacer comparado con vosotros?» Esta fue una respuesta suave, que aplacó la ira. «El enojo de ellos contra Gedeón se aplacó después que les habló así», Jue. 8:2-3.

Pero una palabra injuriosa suscita la ira. Esta fue la experiencia del rey Roboam. Cuando le pidieron que aliviara el yugo de su régimen, dio una respuesta dura al pueblo: «Mi padre agravó vuestro yugo, pero yo lo haré más pesado aún; mi padre os castigó con azotes, pero yo os castigaré con escorpiones», 1 R. 12:14. Con lo cual, el mismo príncipe suscitó innecesariamente la ira de su pueblo, de manera que diez de las doce tribus rompieron la obediencia a la casa de David, 1 R. 12.

Proverbios 15:18 da casi el mismo consejo: «El hombre iracundo promueve contiendas; el que tarda en airarse apacigua la rencilla.» «La lengua apacible es árbol de vida, pero la perversidad de ella es quebrantamiento de espíritu», 15:4.

Proverbios 15:8

> *«El sacrificio que ofrecen los malvados*
> *es abominable para Yahvéh;*
> *la oración de los rectos es su gozo».*

La Sagrada Escritura no localiza a semejantes impíos entre los gentiles, sino en medio del pueblo de Dios. [38]

«¡Príncipes de Sodoma,... Pueblo de Gomorra,» llamaba Isaías ala *iglesia* judía y a sus dirigentes. «Para qué me sirve la multitud de vuestros sacrificios?, dice Yahvéh. «Hastiado estoy de holocaustos de carneros y de grasa de animales gordos; no quiero sangre de bueyes ni de ovejas ni de machos cabríos. ¿Quién pide esto de vuestras manos, cuando venís a presentaros

delante de mí para pisotear mis atrios? (…) Mi alma aborrece vuestras lunas nuevas y vuestras fiestas solemnes; me son gravosas y cansado estoy de soportarlas. Cuando extendáis vuestras manos, yo esconderé de vosotros mis ojos; asimismo cuando multipliquéis la oración, yo no oiré; llenas están de sangre vuestras manos», Is. 1:10-15.

Tal religiosidad, incluso en su forma cristiana, le parece a Dios *«una abominación»*, es decir, paganismo. [39]

Pero "los ojos de Yahvéh están sobre los justos y atentos sus oídos al clamor de ellos. (...) Claman los justos, y Yahvéh oye y los libra de todas sus angustias», Sal. 34:15-17. [40]

Proverbios 15:9

> *«Abominable es para Yahvéh el camino del malvado;*
> *él ama al que sigue la justicia».*

El Salmo 1 da una explicación estupenda de este proverbio.[41] «Bienaventurados los que tienen hambre y sed de justicia, porque serán saciados», prometió nuestro Señor, Mt. 5:6, cf. 6:33.

Proverbios 15:11

> *«El Seol y el Abadón están delante de Yahvéh,*
> *¡cuánto más los corazones de los hombres!»*

«Engañoso es el corazón más que todas las cosas, y perverso; ¿quién lo conocerá? ¡Yo, Yahvéh, que escudriño la mente, que pruebo el corazón», Jer. 17:9-10. Dichosos aquellos que temen cordialmente a Yahvéh y con David pueden orar: «Yahvéh, tú me has examinado y conocido... pues aún no está la palabra en mi lengua, y tú, Yahvéh, la sabes toda... Si subiera a los cielos, allí estás tú; y si en el seol hiciera mi estrado, allí tú estás», Sal. 139. Palabras de la Sagrada Escritura llenas de consuelo para los justos.[42] ¡Terrible perspectiva para los impíos aparentemente piadosos y mezclados entre el pueblo de Dios! [43] Mt. 10:26.

Proverbios 15:13

> *«El corazón alegre embellece el rostro,*
> *pero el dolor del corazón abate el espíritu».*

Uno se admira de cómo un espíritu abatido también puede

minar la salud corporal de alguien. El dolor de corazón puede influenciar perjudicialmente no sólo el apetito de alguien, sino también el placer de trabajar.[44] Y no sólo robar el sueño nocturno, sino también afectar su presión arterial y sus vasos sanguíneos.[45]

«No es lo que *tú* comes, sino lo que *te* come», escribía un doctor, en este contexto.[46]

Véase también el comentario a Pr. 14:30. Pero, «¿quién sostendrá a un ánimo angustiado?». ¿Existe realmente una receta contra la angustia?

Las madres orientales enseñan a sus niños, desde la más tierna infancia, sobre todo a aparentar ser grandes. Pero en Israel un hombre o un joven podía dar rienda suelta a sus lágrimas. «Y él levantó su voz y lloró», leemos acerca de más de un hombre israelita. Con esto se manifiesta, además de la naturaleza del pueblo, también su sabiduría. Una cierta medida de ceder a la tristeza y llorar sin reprimirse son remedios para disminuir la tensión y la presión en nuestro espíritu. También el trabajo corporal fatigoso es un buen medio contra el abatimiento. El movimiento muscular hace uso de otra parte del cerebro diferente de aquella con la que sufrimos el dolor espiritual. Así se traslada la tensión y ello también puede proporcionar alivio.

Pero, la mejor medicina para los cristianos la forman, indudablemente, su fe y esperanza. Contar las bendiciones (y, por un momento, no las dificultades) mencionándolas una por una. Hay que tomar papel y lápiz y escribirlas: «Estoy agradecido de poder tomar este lápiz...» Anota, con toda claridad, todo cuanto Dios te permitió *conservar*; y convéncete que los ojos de Dios descansan sobre ti, porque: «Yo miraré a aquel que es pobre y humilde de espíritu y que tiembla a mi palabra», Is. 66:2. Lee los Salmos 23, 27, 34, 37 y 56. Aquellos creyentes que sufrieron tan gran tristeza, ya experimentaron que en ello hay medicina contra el dolor de corazón. «¿Por qué te abates, alma mía, y te turbas dentro de mí? ¿Espera en Dios!», Sal. 42. [47] «Sabemos, además, que a los que aman a Dios, todas las cosas los ayudan a bien, esto es, a los que conforme a su propósito son llamados», Ro. 8:28.

Esto es otro ejemplo de la influencia sana que del temor de Yahvéh puede fluir sobre el cuerpo y el espíritu. Salomón ya lo indicó en su Manual, como se puede consultar en lo

comentado en Pr. 3:7-8, donde también se hacen referencias a otros proverbios.

Proverbios 15:15

«Todos los días del desdichado son difíciles,
pero el de corazón alegre, tiene un banquete continuo».

A la pregunta de Faraón sobre su edad, Jacob contestó: «Los años de mi peregrinación son ciento treinta. Pocos y malos han sido los años de mi vida, y no han llegado a los años de la vida de mis padres en los días de su peregrinación», Gn. 47:9. Con lo cual Jacob confesó su fe con gran fidelidad (He. 11:9-10, 13-16), y reconoció cuán dura había sido su vida. Las palabras «malos años» ¿se refieren realmente a «todos mis años de vida»? Pues él había vuelto a ver a su llorado hijo como virrey de Egipto, y aún le sería permitido vivir durante 17 años más, y con ello darse cuenta de cómo Dios comenzó a cumplir su promesa de convertir a Israel en un gran pueblo, Gn. 47:27-28. Pero, a los ojos del deprimido Jacob, en aquel momento, todos sus días eran malos.

Y el apóstol Pablo, al final de sus años, escribiendo desde un calabozo, lo cual es muy distinto, escribía: «Yo ya estoy próximo a ser sacrificado. El tiempo de mi partida está cercano. He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe. Por lo demás, me está reservada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, justo juez, en aquel día, y no solo a mí, sino también a todos los que aman su venida», 2 T. 4:6-8.

Como es natural, nuestro carácter juega, a este respecto, un gran papel y eso no se cambia fácilmente (por otra parte, ¿dónde aduce eso la Sagrada Escritura como una excusa?). Pero también puede ser una cuestión de actitud ante la vida y eso se puede revisar. Uno también se puede sentir miserable como consecuencia del resentimiento y del descontento. El pesimismo puede ser originado por una falta de fe, mientras que la alegría puede ser fruto de una fe grande.

Así lo mostró Pablo en su duro trabajo de servicio al Señor. Hablando sobre «días malos», este mismo apóstol los conoció en gran cantidad: «en mucha paciencia, en tribulaciones, en necesidades, en angustias, en azotes, en cárceles, en tumultos, en trabajos, en desvelos, en ayunos (...), por honra

y deshonra, por mala fama y por buena fama», 2 Co. 6:4-8. Pero Pablo contemplaba algo mejor que su opresión, y por ello confesó: "…como moribundos, mas he aquí vivimos; …como no teniendo nada, mas poseyéndolo todo", vss.9-10. Esta reacción positiva ante la adversidad no se explica completamente por el carácter de Pablo. El apóstol mismo llevó a la práctica aquello a lo que él animaba a otros: «Regocijaos en el Señor siempre», Flp. 4:4.

Los cristianos, por el poder de la fe pueden combatir sus debilidades y *cultivar* una cierta medida de alegría. ¿Qué se debe hacer para eso? «Encomienda a Yahvéh tu camino, confía en él y él hará» (Sal. 37:5); y aprende de memoria más de estas consoladoras palabras bíblicas, y repítelas para ti mismo. ¡Con cuánta frecuencia nos invita la Biblia a cantarlas! La palabra «aleluya» significa literalmente: ¡Alaba a Yahvéh! Pablo y Silas, con sus pies aprisionados en el cepo, y en medio de la noche, cantaron en el calabozo la alabanza de Dios, Hch. 16:25. Un doctor en medicina nos asegura que el cantar salmos así como ir a la iglesia y leer la Biblia también es sano y aminora el «stress».[48]

También se puede seguir el consejo que Eclesiastés nos da repetidamente, y gozar más conscientemente de las pequeñas satisfacciones de la vida, como comer y beber, Ec. 2:24, 3:12, 5:17-18, 8:15, 9:9. Así se cultiva la alegría. ¿Quizá trabajamos demasiado? ¿Sobrevaloramos a veces nuestra tarea y ello nos abate? Entonces hay que tomar algún descanso a tiempo; eso distrae, Ec. 4:6, Mc. 6:31. ¿Sufrimos desengaños? Cuidado con la autocompasión, y tomemos el ejemplo del Apóstol: «Olvidando ciertamente lo que queda atrás, y extendiéndome a lo que está delante, prosigo a la meta, al premio del supremo llamamiento de Dios en Cristo Jesús», Flp. 3:13-14. Así, la vida se vuelve para ti «un constante banquete» del que también gozan gustosamente los tuyos.

Proverbios 15:16

> *«Mejor es lo poco con el temor de Yahvéh,*
> *que un gran tesoro donde hay turbación».*

¡Un tesoro grande es frecuentemente origen de inquietud! Para comprobarlo basta con releer alguna vez el libro de Eclesiastés, sobre todo Ec. 5:7 al 6:12, de donde sólo cita-

mos lo siguiente: «El que ama el dinero no se saciará de dinero; y el que ama la riqueza no sacará fruto. También esto es vanidad. Cuando aumentan los bienes, aumentan también quienes los consumen. ¿Qué beneficio, pues, tendrá su dueño, aparte de verlos con sus propios ojos?

Dulce es el sueño del trabajador, coma mucho o coma poco; pero al rico no le deja dormir la abundancia.

Hay un mal doloroso que he visto debajo del sol: las riquezas guardadas por sus dueños para su propio mal, las cuales se pierden por mal empleadas, y al hijo que ellos engendraron nada le queda en la mano. Desnudo salió del vientre y así volverá; se irá tal como vino, sin ningún provecho de su trabajo que llevarse en la mano. También eso es un gran mal: que tal como vino se ha de volver. ¿Y de qué le aprovechó trabajar en vano? Además de esto, todo los días de su vida comerá en tinieblas, con mucho afán, dolor y miseria.

He aquí, pues, el bien que he visto: que lo bueno es comer y beber de los frutos de todo el trabajo con que uno se fatiga debajo del sol todos los días de la vida que Dios le ha dado, porque esa es su recompensa», Ec. 5:10-18.

Proverbios 15:17

> *«Mejor es comida de legumbres donde hay amor,*
> *que de buey engordado donde hay odio».*

En Israel, sólo los ricos comían carne regularmente, 1 R. 4:22-23. La gente sencilla sólo la comía en una comida sacrificial o cuando tenía invitados. El profeta Amós criticaba el comer carne de ternera como un lujo afeminado. Un *buey* cebado era, pues, enteramente una señal de gran riqueza y boato. Sin embargo, nuestra dicha no depende de esto, pues quien vive humildemente en un ambiente de amor, es más rico que quien nada en la opulencia con odio en su corazón.

Además, hay que pensar en el odio de los comensales. El odio puede consumir tanto nuestro espíritu que a quien odiamos lo vemos delante de nosotros en todas partes. Está sentado como un invitado invisible a nuestra mesa y da a la comida más apetitosa un sabor amargo; e incluso puede entrar en nuestro dormitorio y arrebatarnos la bendición de un descanso nocturno tranquilo. Véase también Pr. 3:24. El odio pone un matacandelas en el goce del deleite más grande y puede co-

rromper los más finos placeres. Y no digamos nada de las consecuencias posteriores para nuestro cuerpo y nuestro espíritu. A este respecto, véanse Pr. 11:17, 14:30, 15:13. Pero temer al Señor y amar a nuestro prójimo es medicina para nuestra carne y refrigerio para nuestros huesos, cf. Pr. 3:7-8.

«Mejor es un bocado seco y en paz, que una casa de contiendas llena de provisiones», Pr. 17:1. La vida humana es corta y difícil. Bienaventurado aquel que busca y encuentra su dicha en una familia temerosa de Dios, donde todos se aman mutuamente, Sal. 133, cf. Pr. 15:16. Fuentes más ricas de dicha terrenal, difícilmente las encontrarás.

Proverbios 15:27

> *«Alborota su casa el codicioso,*
> *pero el que aborrece el soborno vivirá».*

El contraste en este versículo entre 27a y 27b se hace claro si se traduce: *Quien codicia ganancia injusta, destruye su casa; pero quien aborrece el soborno vivirá.* Incluso cuando se impone a un enemigo un tributo de guerra (2 R. 17:3), uno debe guardarse de la ganancia injusta. Los mandamientos de Dios para la vida económica no se pueden incumplir impunemente. Después de la Primera Guerra Mundial, los vencedores exigieron sin piedad enormes reparaciones de la Alemania vencida y agotada. Después se vio que esto condujo a la gran crisis bursátil en 1929, en la que cayó toda la estructura financiera mundial y fue seguida de la famosa crisis económica de los años treinta. Los vencedores habían arruinado también su propia casa.

Después, tras la Segunda Guerra Mundial, los Estados Unidos de Norteamérica actuaron más sabiamente, como también ya lo hicimos notar al comentar Pr. 11:18. En lugar de exigir *pagos* de reparación, llegaron precisamente con *préstamos* de restauración (el famoso «Marshall help»o Plan Marshall»). Éste condujo a una rápida y sorprendente recuperación de la economía mundial. Aunque el proverbio mencionado se refiere en primer lugar a regalos de soborno, los Estados Unidos experimentaron que también se marcha bien económicamente cuando uno aborrece los tributos de guerra de los vencidos.

Proverbios 15:30

«La luz de los ojos alegra el corazón;
la buena noticia conforta los huesos».

Cuando los hijos de Jacob le contaron: «¡José aún vive!, y es señor en toda la tierra de Egipto», el ya anciano Jacob no podía creerlo. Pero, cuando transmitieron el mensaje de José «y viendo Jacob los carros que José enviaba para llevarlo, su espíritu revivió», Gn. 45:26-28, cf. Is. 52:7-8.

Proverbios 15:33

«El temor de Yahvéh es enseñanza de sabiduría,
y a la honra precede la humildad».

La primera frase ya la explicamos extensamente en el Capítulo 4. La segunda se ha cumplido muy bellamente en nuestro Señor Jesucristo, «quien siendo en forma de Dios, no estimó el ser igual a Dios como cosa a que aferrarse, sino que se despojó a sí mismo, tomó la forma de siervo y se hizo semejante a los hombres. Mas aun, hallándose en la condición de hombre, *se humilló a sí mismo,* haciéndose obediente hasta la muerte, y muerte de cruz. *Por eso* Dios también lo exaltó sobre todas las cosas y le dio un nombre que es sobre todo nombre...», Flp. 2:6-9. Véase también Pr. 3:16.

Proverbios 16:3

«Encomienda a Yahvéh tus obras,
y tus pensamientos serán afirmados».

«Por demás es que os levantéis de madrugada y vayáis tarde a reposar, y que comáis pan de dolores, pues que a su amado dará Dios el sueño», dice el Salmo 127:2 (también de Salomón). Por eso aquí arriba aconseja literalmente: «*Rueda* tus obras sobre el Señor», porque: «La bendición de Yahvéh es la que enriquece, y no añade tristeza con ella», Pr. 10:22, cf. Sal. 90:17; y véase también Pr. 3:24-25.

Proverbios 16:7

«Cuando los caminos del hombre son agradables a Yahvéh,
aun a sus enemigos los pone en paz con él».

Esto es lo que experimentó Isaac después que Abimelec, rey de los filisteos, le hubo echado de su territorio. Con el paso del tiempo, aquel mismo príncipe volvió sobre el asunto, e «Isaac le preguntó: ¿Por qué venís a mí, si me habéis aborrecido y me habéis echado de entre vosotros? Ellos respondieron: Hemos visto que Yahvéh está contigo, y dijimos: Haya ahora juramento entre nosotros. Haremos contigo este pacto: Tú no nos harás ningún mal, pues nosotros no te hemos tocado; solamente te hemos hecho bien y te dejamos partir en paz. Tú eres ahora bendito de Yahvéh. Entonces él les ofreció un banquete, y comieron y bebieron. Se levantaron de madrugada y se hicieron mutuo juramento. Luego Isaac los despidió, y ellos se despidieron de él en paz», Gn. 26:26-31.

Así actuó Dios también en favor de Jacob, cuando Labán, enfadado, lo perseguía y casi lo alcanzó. «Pero aquella noche vino Dios en sueños a Labán, el arameo, y le dijo: «Cuídate de no hablarle a Jacob descomedidamente», Gn. 31:24. Y cuando después su hermano Esaú le salió al encuentro con 400 hombres, Dios dispuso su corazón amigablemente: «Esaú corrió a su encuentro y, echándose sobre su cuello, lo abrazó y besó», Gn. 33:4; y éste era el hombre que había dicho para sí mismo: «Llegarán los días de luto por mi padre, y yo mataré a mi hermano Jacob», Gn. 27:41.

También David experimentó la verdad de este proverbio en su vida. Dios mismo estableció que la inclinación de Israel en favor de Absalón, después de la muerte de éste se volviera en una inclinación a favor de David. «Y todo el pueblo discutía en todas las tribus de Israel diciendo: «El rey nos ha librado de nuestros enemigos y nos ha salvado de manos de los filisteos; pero ahora ha huido del país por miedo a Absalón. Y Absalón, a quien habíamos ungido sobre nosotros, ha muerto en la batalla. ¿Por qué, pues, estáis callados respecto de hacer volver al rey?»

Y entonces llegó también su enemigo Simei, que le había maldecido, hacer la paz con él y se arrojó a sus pies, 2 S. 19:19-24. Pero los «caminos» de David durante la sublevación agradaron mucho al Señor, 2 S. 15:25 y 31; y 16:10-12.

Y cuando los babilonios tomaron Jerusalén, el rey Nabucodonosor dio a Nebuzaradán, capitán de la guardia, la orden siguiente: «Tómalo y vela por Jeremías; no le hagas mal

alguno, sino haz con él como él te diga», Jer. 39:11-12. Y así ocurrió, en medio del desorden de la guerra, Jer. 40:1-6.

Estos cuatro ejemplos -Isaac, Jacob, David y Jeremías- nos pueden animar a obedecer más a Dios que a los hombres. Pues, como dice un proverbio sinónimo: «El temor del hombre le pone trampas; el que confía en Yahvéh éste está a salvo», Pr. 29:25.

Proverbios 16:12

> *«Abominable es que los reyes cometan maldad,*
> *porque con la justicia se afirma el trono».*

Un rey israelita no poseía un poder ilimitado, pues de hecho era virrey de Yahvéh, el Gran Príncipe de Israel, y estaba como cualquier otro israelita bajo la Toráh o Ley del Señor, Ro. 13:1 y 4. Cada rey debía, en su ascenso al trono, mandar hacer para él mismo una copia de aquella Ley, y leer en ella durante su vida, como Yahvéh, su Dios, le enseñó a conocer y a cumplir todas sus prescripciones, Dt. 17:18-19; y si así lo hiciera, el Señor le prometía un prolongado reinado para él mismo y para sus hijos, Dt. 17:20.

¿Qué veía, pues, Yahvéh como tarea específica y posición del rey en Israel? Acerca de esto ya había dado con anticipación algunas indicaciones fundamentales en lo que, muy ampliamente, había llamado «ley del rey», Dt. 17:14-20. Un rey israelita no debía buscar su honor en los antiguos símbolos orientales de un príncipe: muchas mujeres, muchos caballos y mucho oro y plata. No necesitaba fuerzas armadas formidables, pues no precisaba proteger *al país* -Yahvéh se preocuparía de ello, Éx. 34:24; sino que debía proteger *el derecho.* Entiéndase bien, el derecho *de Dios sobre* Israel (Éx. 19:5-6). Por consiguiente, el rey debería cumplir sobre todo una tarea en el gobierno interior del país: ejercer el cuidado pastoral sobre el rebaño de Yahvéh, 1 Cr. 17:6. Protegería con el escudo de la Toráh[49] a los pobres y miserables de los violentos y opresores, Sal. 72. Así, el trono del virrey descansaría sobre el mismo fundamento que el del Rey Supremo de Israel, es decir, sobre el derecho y la justicia, Sal. 89:15, y 97:2. En el virrey se debía poder reconocer al Rey Supremo.

Por desgracia, muchos reyes de Judá e Israel rechazaron

la Toráh, -orden de vida para Israel y la cristiandad. Ello comenzó con Saúl, y prosiguió con Jeroboam, hijo de Nebad, que hizo pecar a Israel. Siguieron muchos otros. Reyes como Acab, Manasés, Acaz se han ganado, en este aspecto, un renombre lamentable. Fueron auténticos impíos que frecuentemente, bajo apariencia religiosa, quebrantaron los derechos reales del Señor sobre Israel y, por su parte, le destronaron en sus prácticas de gobierno.

El rey Joacim puede ser modelo del príncipe que practicó la impiedad. «¡Ay del que edifica su casa sin justicia y sus salas sin equidad», así lo denostó el profeta Jeremías; «sirviéndose de su prójimo de balde, sin darle el salario de su trabajo! Que dice: «Edificaré para mí una casa espaciosa, de grandes salas; y le abre ventanas, la cubre de cedro y la pinta de bermellón. ¿Reinarás tú, porque te rodeas de cedro? ¿No comió y bebió tu padre, y actuó conforme al derecho y la justicia, y le fue bien? Él juzgó la causa del afligido y del necesitado, y le fue bien. ¿No es esto conocerme a mí?, dice Yahvéh. Mas tus ojos y tu corazón no son sino para tu avaricia, para derramar sangre inocente y para oprimir y hacer agravio», Jer. 22:13-17. Más de un príncipe de la historia de la cristiandad cometió la misma impiedad, aunque por la Palabra de Dios había podido saber lo que para un príncipe significa justicia.

El sabio expresa un rechazo muy profundo de un príncipe tan impío. Califica su manera de actuar como *«abominación»*. Esto, en la Toráh es el término consagrado para algo que es irreconciliable con el culto del Señor. La impiedad e inmoralidad cananea, el usar mujeres como objetos comprables, los sacrificios de niños, el educar a jóvenes israelitas para servir en los templos de los ídolos, todo eso, en la Toráh, se llama «abominación». La Sagrada Escritura contempla en la misma línea la impiedad de un príncipe. ¿Quebrantar el santo derecho de Yahvéh en Israel? ¿Un *virrey* que, de hecho, abjura de su Rey Soberano? ¡Eso es abominación! ¡Costumbres cananeas! De hecho, tal príncipe dirige a su pueblo al paganismo.

Así es como la Sagrada Escritura nos permite ver lo que también la historia posterior muestra: que la *impiedad* y la *revolución* frecuentemente comienzan en los círculos más elevados.[50] La historia europea también conoce *príncipes* revolucionarios.[51] Esos tales, por regla general, no tenían una

dinastía duradera, como también se puede ver en la historia del Reino de las Diez Tribus de Israel. ¡Qué rápida secuencia de casas reales! Con esta sabia enseñanza respecto a los monarcas impíos, Proverbios también estimuló en Israel la espera del Mesías. Proverbios enseñó a anhelar la venida del Soberano Justo, que ahora conocemos como nuestro Señor Jesucristo. De él dijo el ángel Gabriel: «Y su reino no tendrá fin», Lc. 1:33. «Lo dilatado de su imperio y la paz no tendrán límite sobre el trono de David y sobre su reino..., desde ahora y para siempre», Is. 9:7, cf. 11:1-10. Véase también Pr. 25:5.

Proverbios 16:18

> *«Antes del quebranto está la soberbia,*
> *y antes de la caída, la altivez de espíritu».*

En España, a la Armada se la llamaba «la Armada Invencible», pero en 1588 Inglaterra y la República Neerlandesa la obligaron a ponerse de rodillas. La soberbia precedió a su caída. Los ingleses y neerlandeses ahuyentaron a la Armada, y un enemigo mucho más poderoso completó su desastre. En Escocia se desencadenaron enormes tormentas que destrozaron la orgullosa flota de invasión española. El gobernador de la provincia de Zelanda mandó acuñar una medalla conmemorativa con la inscripción: «El aliento de Dios los ha dispersado».

Proverbios 16:19

> *«Mejor es humillar el espíritu con los humildes*
> *que repartir el botín con los soberbios».*

Naturalmente, en primer lugar porque toda la Sagrada Escritura enseña: «Lo que los hombres tienen por sublime, delante de Dios es abominación», Lc. 16:15. Pero Dios «da gracia a los humildes», Pr. 3:34, Stg.4:6, 1 P. 5:5. Por eso, el Señor Jesús enseñó: «Bienaventurados los pobres en espíritu, porque de ellos es el reino de los cielos», Mt. 5:3.

Además, los pobres humildes viven más sanamente que los ricos que aspiran a un botín. La soberbia puede incitarnos a actuar por encima de nuestra capacidad. Para ello sobreexcitamos nuestro sistema nervioso e incluso gastamos nuestro potencial de reserva. ¡Cuánto nos llegamos a cansar para demostrar que *nuestras* ideas son las mejores, *nuestra* igle-

sia la más genuina, *nuestro* negocio el que va en cabeza, y que sólo *nuestro* partido puede salvar al país! Así es como muchos, diariamente, corren en una competición para ser el primero; pero ni los coches de carreras pueden dañarse más seriamente que las personas que compiten en soberbia y se perjudican mutuamente la salud. El Predicador habló en el mismo espíritu, cuando dijo: «He visto asimismo que toda obra bien hecha despierta la envidia del hombre contra su prójimo. También esto es vanidad y aflicción de espíritu», Ec. 4:4.

El Señor Jesús avisó contra las aspiraciones soberbias de los dirigentes, diciendo: «El que es el mayor de vosotros sea vuestro siervo, porque el que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido», Mt. 23:11-12. David fue, efectivamente, «humilde de espíritu con los pobres» que lo acompañaron en la cueva[52] y cantó el Salmo 131: 1: «Yahvéh, no se ha envanecido mi corazón ni mis ojos se enaltecieron; ni anduve en grandezas ni en cosas demasiado sublimes para mí»; cf. Ro. 12:3.

Quien teme a Yahvéh «no obrando por rivalidad o por vanidad» (Fil.2:3), notará que esto es «medicina para tus músculos y refrigerio para tus huesos», según Pr. 3:7-8. Bueno para el corazón y los vasos sanguíneos, bueno para los nervios y para el descanso nocturno. Las frustraciones correspondientes a este mundo no causarán, pues, desilusiones, sino que serán aceptadas como ejercicios diarios en la humildad; y también por estas mismas razones, es «mejor ser humilde de espíritu con los pobres que repartir herencias con los ricos» que no temen a Dios.[53]

Proverbios 16:24

> *«Panal de miel son los dichos suaves,*
> *suavidad para el alma y medicina para los huesos.»*

¡Esto es lo que experimentaron Noemí y Rut! Las dos viudas entraron en Belén tristes y pobres, Rt. 1:21-22. La esperanza de la bendición abrió a Rut la puerta para ganarse el pan de los pobres: espigar detrás de los segadores. ¿Cómo la recibirían en cuanto extranjera? Pero, ¡qué ilusionada entró en casa aquella noche! Su corazón de mujer estaba reconfortado por la afabilidad de Booz.

Si queremos oír a alguien expresarse con palabras agra-

dables, entonces escuchemos a Booz. Todo cuanto de él oímos en este libro de la Biblia suena igualmente amigable. Aunque Rut no era para Booz más que una espigadora desconocida de Moab, él se dirigió a ella amigablemente: «Oye, hija mía, no te vayas, ni recojas espigas en otro campo; te quedarás aquí junto a mis criadas... he mandado a los criados que no te molesten. Y cuando tengas sed, ve a las vasijas, y bebe del agua que sacan los criados», Rt. 2:8-9.

Aquellas palabras le debieron saber a miel a la amable Rut! «Dulce para su alma», es decir, para toda su persona.[54] Ella se arrojó al suelo ante Booz, y le preguntó: «¿Por qué he hallado gracia a tus ojos para que me favorezcas siendo yo extranjera?», v. 10. A lo cual Booz, con el mismo tono amable, respondió: «He sabido todo lo que has hecho con tu suegra después de la muerte de tu marido, y cómo has dejado a tu padre y a tu madre, y la tierra donde naciste, para venir a un pueblo que no conocías. Que Yahvéh te recompense por ello, y que recibas tu premio de parte de Yahvéh Dios de Israel, bajo cuyas alas has venido a refugiarte», vv. 11-12. Y a la hora de la comida, Booz la invita amigablemente: «Ven aquí, come del pan, y moja tu bocado en el vinagre», v. 14.

«Hay hombres cuyas palabras son como golpes de espada, pero la lengua de los sabios es medicina», Pr. 12:18. Las palabras amigables de Booz tuvieron ese efecto benefactor; y con ellas ¡cuánto tuvo que elevar los corazones afligidos de Noemí y Rut y derramar gotas de bálsamo en las heridas de su corazón! ¡Tales palabras penetran muy profundamente y pueden hacer mucho bien a una persona, incluso corporalmente, como un medio reconfortante!

Las palabras amigables pertenecen a *las medicinas más baratas.* Cualquiera que ame al Señor puede respetar la salud de su prójimo, y más, fomentarla mediante el remedio gratuito de un par de palabras amigables. Además, con ello se cuida la salud propia, pues la amabilidad de Booz, como es natural, no sólo le fue bien a la tranquilidad de sus segadores, sino también a la de él mismo. Pues, «a su alma hace bien el hombre misericordioso», Pr. 11:17. Un entorno en el que constantemente se murmura y se trata con aspereza, confirma la verdad del proverbio en toda clase de males, sean más pequeños o más grandes: «La envidia es carcoma de los huesos», Pr. 14:30. Pero donde se teme a la Palabra del Señor, se crea

no sólo un clima agradable (cf. Pr. 12:25), sino también un trabajo provechoso y un clima de vida. Sano para el corazón y el estómago, sano para la bilis y los nervios. Es un tónico para toda nuestra salud física.

Véase lo tratado sobre la relación entre el temor de Yahvéh y nuestra salud al comentar Pr. 3:7-8. Allí también mencionamos otros proverbios que tienen relación con este tema y que ya comentamos. Véase asimismo Pr. 3:17.

Proverbios 16:25 (cf. Pr. 14:12)

Proverbios 16:31

> *«Corona de honra es la vejez que se encuentra*
> *en el camino de la justicia».*

Como es natural, la Sagrada Escritura, en cuanto que es fiel a la realidad, no encubre que la vejez llega con achaques. Isaac, Jacob y el profeta Ahías apenas podían ver en su vejez. El calor corporal de David disminuyó, 1 R. 1:1. El rey Asa enfermó de los pies, 1 R. 15:23. El gusto de vivir desaparece, como en el caso del viejo Barzilai, 2 S. 19: 35-36. A pesar de ello, la Sagrada Escritura también dice de Abraham, Gedeón y David: «Y murió en buena vejez», Gn. 15:15, 25:8, Jue. 8: 32, 1 Cr. 29:28. Y en el proverbio arriba mencionado habla sobre la vejez como «una corona de honra», que es encontrada en el camino de la justicia. Véase también Pr. 20:29.

Los hacedores de injusticia mueren frecuentemente antes de su tiempo; pero el temor de Yahvéh puede, en muchos aspectos, prolongar la vida de los fieles, de manera que lleguen a ceñirse la corona de la vejez. Acerca de esto, véase Pr. 3:1-2.

Proverbios 17:8

> *«Como un talismán es el soborno*
> *para el que lo practica:*
> *dondequiera que va, halla prosperidad».*

A este respecto, se piensa realmente en un regalo de *soborno* (sobre lo cual véase Pr. 17:23), pero el idioma hebreo no obliga a ello, pues en todos los tiempos también se han dado regalos como prueba de afecto o como homenaje. Saúl

y Josafat los recibieron, en la aceptación de su realeza, 1 S. 10:27, 2 Cr. 17:5. Isaí dio a David diez quesos para el jefe de los mil de sus hermanos, 1 S. 17:18. Salomón mismo recibió regalos de la reina de Seba, 1 R. 10:2, cf. 2 Cr. 9: 24. Sal. 72:10. Eliseo los recibió de Ben-adab, 2 R. 8:7-8. Daniel fue colmado con ellos por Nabucodonosor, Dn. 2:48. Los sabios de Oriente honraron al recién nacido Rey de los judíos con oro, incienso y mirra, Mt. 2:11. Y en el mundo de los negocios no son deshonestos los sencillos regalos de amistad.

Efectivamente, con ello los que hacen regalos parecen, como dice Salomón, manejar *«un talismán»* (en hebreo: «una piedra preciosa», ¿piedra de la felicidad?). Con lo cual, no precisamos pensar enseguida en malas prácticas. Los regalos pequeños mantienen caliente la amistad, dice el refrán; y de una tan buena relación se puede volver a vivir tal placer. Esto es lo que indicó Salomón con frecuencia, tal y como lo hace en este proverbio: «Los regalos de un hombre le abren el camino que lleva a la presencia de los grandes», Pr. 18:16. Se quiere, pues, abrir una puerta, que de otro modo permanecería cerrada. La obra de misiones también cuenta con ello en alguna forma. Mediante sus colegios y hospitales también se gana la simpatía de las gentes. Es como si un pescador arrojara un pececillo con el fin de pescar un gran pez.

Los regalos también pueden ayudar a reanudar *las relaciones deterioradas.* «La dádiva en secreto calma el enojo; el regalo discreto, la fuerte ira», Pr. 21:14. Por eso no hay que pensar enseguida y exclusivamente en dineros de soborno. Cuando Jacob tuvo que encontrarse con su hermano Esaú, luchó con Dios durante la noche para conseguir la bendición prometida. Pero no había dejado de enviar previamente un regalo para su hermano Esaú. «Pues Jacob pensó: "Apaciguaré su ira con el regalo que va delante de mí, y después veré su rostro. Quizá así me acepte», Gn. 32:20. ¿No fue esto prudente por parte de Jacob? ¿Y, por parte de Abigail, no fue sabio enviar primero un regalo al enfurecido David antes de ir a defender su asunto ante él? 1 S. 25:18-19. En verdad, estos no fueron ejemplos de «un don *secreto»*, pero sí del poder de los regalos para «calmar el enojo», como enseña Salomón en Pr. 21:14. Un regalo pequeño puede volver más dulces los corazones enfadados, e incluso hacerlos cambiar como una hoja cambia en el árbol. «¿Tienes que hacer aún algo bue-

no?», tenía escrito una florista sobre su puesto de venta.

Por ser generoso no se pierde nada, sino que se recibe precisamente más. Esto ya lo vimos en Pr. 11:24. Con ello se gana, por ejemplo, a los *corazones.* Y con ello, a veces más tarde, se puede ganar alguna ventaja. Nuestro mismo Señor Jesucristo, nos dio este precioso consejo: «Y yo os digo: Ganad amigos por medio de las riquezas injustas, para que cuando éstas falten, os reciban en las moradas eternas». Y alaba al mayordomo injusto que, poco antes de su despido del servicio, había ganado mucha reputación mediante algunos obsequios, Lc. 16.

Proverbios 17:9

> *«El que encubre la falta busca la amistad;*
> *el que la evoca, aparta al amigo».*

Una buena memoria es un don maravilloso, pero con ella también se puede recordar las mil y una pequeñeces que nosotros los humanos podemos tener entre nosotros. Y si no caminamos en el amor, fácilmente llegamos a la *«infracción»* que un amigo nos evoca constantemente.[55] Entonces se le reprocha, se le humilla o se le demuestra una desconfianza palpable. Así, a la larga, uno puede apartarse de su mejor amigo, pues de ese modo recibe la impresión de que *aquella-cuestión-de-entonces* siempre está entre ambos, en lugar de creer que ya estaba solucionada. Una cosa así perjudica la amistad.

¿No nos da Dios mismo un ejemplo mejor? Él se declara dispuesto a *cubrir* (Sal. 32:1) nuestros pecados, a no acordarse más de ellos (Is. 43:25), a arrojar todos nuestros pecados en las profundidades del mar (Miq. 7:19). Eso es algo muy diferente que recordarlos constantemente. Quien está convencido que diariamente debe vivir de este amor perdonador de Dios, no saca los trapos sucios ni desempolva a cada paso cuestiones ya caducas.

Hay ciertamente muchos más proverbios en los que Salomón nos insta a ser cuidadosos con nuestros amigos y hermanos. «El hombre perverso promueve contienda, y el chismoso separa a los mejores amigos», Pr. 16:28. «El odio despierta rencillas, pero el amor cubre todas las faltas», Pr. 10:12., cf. 1 Co. 13:7. Cierto, ahí está esa «deuda» de cien denarios o quizá menos,

Mt. 18:28. A pesar de todo, ¡cállate! Un refrán chino dice: «Un amigo es alguien que a tus espaldas cuenta cosas buenas de ti». Nuestros amigos nos pagarán semejante actitud con fidelidad mutua.

Proverbios 17:22

> *«El corazón alegre es una buena medicina,*
> *pero el espíritu triste seca los huesos».*

Un hombre puede temblar de angustia, quedarse paralizado por un susto, temblar de rabia, o sentir que su corazón palpita de alegría. ¡Cuánta influencia ejercen los estados del ánimo sobre un cuerpo sano! (Repásense nuestras observaciones a Pr. 14:30 y 15:13). Cuando las emociones se repiten a cada momento o perduran, pueden influir perjudicialmente en nuestros órganos internos. Así lo explica el Profesor Dr. G. A. Lindeboom.[56] Abogando por un planteamiento psicosomático del paciente, el Profesor escribe: «Ocurre, por ejemplo, que con cierta frecuencia, un enfermo con piedras en la vesícula biliar puede sufrir un ataque debido a un gran disgusto. Y no es casualidad que graves cuadros de enfermedad, como una apoplejía, una hemorragia estomacal, o un infarto de miocardio, a veces, al repetirse, se presentan en conexión con una emoción profunda o en tiempos de gran tensión interior».[57] Este médico, en su consulta, ha notado la influencia de las emociones «en afecciones del corazón y del pulmón, del estómago y del hígado, de la piel y de los riñones».[58]

Sin duda, muchos otros médicos han podido constatar en más de un paciente la verdad del proverbio arriba mencionado: «el modo en que el paciente se relaciona con su enfermedad, no es raro que sea de significado decisivo para el resultado de las intervenciones terapéuticas del médico. Una actitud negativa frente a la vida puede a veces estropear el mejor tratamiento médico».[59]

Como es natural, la naturaleza de cada uno juega un papel al respecto, pero la alegría cristiana no tiene sus raíces en el cristiano, sino en Cristo, Fil. 3:1, 4:4 y 10. Todos los caracteres pueden ser estimulados: «No os entristezcáis, porque el gozo de Yahvéh es vuestra fuerza», Neh. 8:10. Por eso, también Pablo y Silas, aun encadenados, cantaron salmos durante la

noche en el calabozo, Hch. 16:25. Aquello fue de inmediato una medicina para sus heridas. Véase, para la relación entre el temor del Señor y nuestra salud, el comentario de Pr. 3:7-8, donde se citan proverbios que tienen relación con este asunto.

Proverbios 17:23

> *«El malvado acepta en secreto el soborno*
> *para pervertir las sendas de la justicia».*

Israel, «no tuerzas el derecho, no hagas acepción de personas ni tomes soborno, porque el soborno ciega los ojos de los sabios y pervierte las palabras de los justos», mandó Moisés en la Toráh, Dt. 16:19, cf. Éx. 23:8 y 18:21. «Porque Yahvéh, vuestro Dios, es Dios de dioses... que no hace acepción de personas ni recibe sobornos», Dt. 10:17; e incluso ordenó jurar a Israel: «Maldito el que reciba soborno para quitar la vida a un inocente». Y dirá todo el pueblo: «Amén», Dt. 27:25.

A pesar de ello, Israel incumplió el pacto de Dios posteriormente en este punto, de manera muy grave, de manera que Dios se airó diciendo: «Tus gobernantes son rebeldes y cómplices de ladrones. Todos aman el soborno y van tras las recompensas; no hacen justicia al huérfano ni llega a ellos la causa de la viuda», Is. 1:23, cf. 5:23, Ez. 22:12, Miq. 3:11, Sof. 3:3. Aunque Samuel mismo declaró que jamás había aceptado un regalo, sus hijos sí se dejaron sobornar, pervirtiendo el derecho, 1 S. 8:3, 12:3, Sal. 15:5, 26:10.

Salomón califica abiertamente de *perverso* a este soborno. El regalo priva al juez de su libertad. Tampoco los miembros de las asambleas eclesiales deben aceptar favores de aquellos cuya causa deben juzgar. El adjetivo quizá alude a «un regalo" *(sacado) del bolsillo* (la parte colgante del vestido, sobre el cinturón, que se usaba como bolsillo) destacando el carácter hipócrita de esta acción. Aparentemente, el juez era imparcial, pero, en secreto, el culpable había sacado algo de debajo de su vestido, que el juez, furtivamente, había escondido debajo del suyo... ¡Pobres países y pobres pueblos donde, respecto de la autoridad y la justicia, se gime: «¡Poderoso caballero es don Dinero!»

Véanse algunos proverbios sinónimos: «El que justifica al malvado y el que condena al justo, ambos son igualmente abominables para Yahvéh», Pr. 17:15. "Tener respeto a la persona

del malvado para pervertir el derecho del justo, no es bueno», Pr. 18:5.

Proverbios 17:28

> *«Aun el necio, cuando calla, es tenido por sabio;*
> *el que cierra sus labios es (pasa por) inteligente».*

Un refrán latino dice algo parecido: «Si hubieras callado, podrías haber sido tenido por un filósofo». Véase también Pr. 10:19.

Proverbios 18:1

> *«El huraño su propio deseo busca*
> *y estalla contra todo lo que es inteligente.»*[60]

La frase «El huraño su propio deseo busca» se puede traducir algo más literalmente: «Quien se *aísla,* se *inhibe* en su deseo.»

Este versículo es difícil de traducir. Muchos traducen con la Septuaginta y hacen un pequeño cambio del texto: *Un hombre que desea aislarse de sus amigos, busca pretextos*.

¿Qué es lo que lleva al huraño a su autobuscado aislamiento? Él estalla contra todo lo que es inteligente. Esto legaliza el presentimiento de que la necedad le juega malas pasadas. ¿Guarda rencor, y por eso se inhibe de amigos y enemigos? ¿Se siente ignorado, y por eso se ha aislado del pueblo y de la iglesia? Esto no es explícitamente mencionado y, por tanto, puede depender de muchas cosas. En cualquier caso, no es un amigo de las gentes. Prefiere estar solo, y puede prescindir completamente del prójimo.

Esta actitud le hace agresivo. Quizá parece contento, pero está listo para desatarse contra todo el mundo. ¿Llega alguien con un consejo inteligente?, (como, por ejemplo: -»No vivas tanto para ti mismo»), entonces el huraño lo increpa. Así se distancia de todos y cada uno. Y esto le reafirma más en su egocentrismo. Lleno de su autosuficiencia egoísta, sigue su camino. Sólo dedica atención a sí mismo y está lleno de intereses propios. Las polémicas de semejantes hombres son fanáticas y amargas, escribe el Dr. F. Delitzsch.

¿Cuál puede ser, sin embargo, la causa más profunda de una actitud tan sesgada frente a la comunidad? Esto no lo

explica el poeta. Por tanto, se puede pensar en un fallo respecto a la segunda tabla de la ley: «Amarás a tu prójimo como a ti mismo», Mt. 22:39-40. Entonces, esta inclinación a retirarse -aparte de los trastornos de tipo enfermizo- hace juego con su envidia, sus arrebatos de ira y egoísmo; o sea, con lo que el apóstol Pablo llamó "las obras de la carne», Gá. 5:19. El huraño falla en el amor al prójimo.

«Debes vivir *dirigido hacia afuera»,* prescribirán los médicos al huraño; «dirigido a los otros y no tanto a ti mismo». Magnífico consejo. Pero, para ello ¿qué es lo que le proporcionará la fuerza motriz necesaria? Sólo la fe en Cristo y el poder de su Palabra y Espíritu pueden ayudar a alguien a combatir eficazmente su introversión. Pues hay que recordar que: «el amor no se envanece, *no busca lo suyo...»* 1 Co. 13:4-5. Amor, que no sólo se debe *recibir* como un niño, sino que siempre y urgentemente se debe aprender *a dar.*

Proverbios 18:7

> *«La boca del necio le acarrea quebranto;*
> *sus labios son trampas para su propia vida».*

¡Oh, la lengua! ¡El más pequeño de nuestros miembros, que, a pesar de ello, tiene el privilegio de la palabra ! «Con ella bendecimos al Dios y Padre y con ella maldecimos a los hombres, que están hechos a la semejanza de Dios», Stg. 3:9. Si la sabiduría de lo alto no la domina, «es un mal que no puede ser refrenado», Stg. 3:8. Proverbios habla mucho de este mal; demasiado para mencionarlo todo. Con una gran cantidad de ejemplos nos deja ver cómo nosotros, con un uso necio o pecaminoso de nuestra lengua, podemos herir o dañar a nuestro prójimo.

Por citar un algunos ejemplos, tendríamos que: «La boca de los malvados oculta violencia», 10:11. «La boca del necio es una calamidad cercana», 10:14. «La boca de los malvados habla perversidades», 10:32. «El hipócrita, con la boca daña a su prójimo», 11:9. "Por la boca de los malvados es trastornada (la ciudad)», 11:11. «Las palabras de los malvados son como emboscadas para derramar sangre», 12:6. «Hay hombres cuyas palabras son como golpes de espada», 12:18. «La boca de los necios se alimenta de necedades», 15:14. «El que abre demasiado la puerta busca su ruina», 17:19. «Cualquier insensato

se enreda en ella», 20:3. Uno por uno son ejemplos acordes con lo que Santiago dijo sobre los pecados de la lengua: «Un mal que no puede ser refrenado, lleno de veneno mortal». Primeramente para el prójimo. ¡Pero también para *el mismo pecador!* Esto es lo que señala Salomón en el proverbio citado. Un necio se perjudica, *también a sí mismo* (literalmente: a su alma), con sus palabras impías. El mismo llega a contradecirse en sus propias palabras; lo cual ya se podía leer en Pr. 12:13a: «El malvado se enreda en la prevaricación de sus labios». «El justo aborrece la palabra mentirosa; el malvado se hace odioso e infame», 13:5 cf. 11:6.

En este contexto, se puede pensar en promesas insensatas, afirmaciones vacías, acusaciones falsas, propuestas de negocios injustos, revelaciones innecesarias; pero también en *doctrina* falsa y falsa *profecía*, así como en hablar antes de tiempo, cf. 18:13. ¡Lazos mortales! Éstos se encuentran en todos los terrenos de la vida: en el social, en el político, en el eclesial, en el matrimonial, en el corporal y en el espiritual. De modo que el «quebranto», del que Salomón habla en el proverbio 18:7, también podemos notarlo en todos esos terrenos. -»¡Si no lo hubiera dicho jamás!» «¡Si no lo hubiéramos prometido nunca!» la vida está llena de estas lamentaciones (ocultas).

Un amalecita contó que había matado a Saúl, y esta mentira le costó la vida, 2 S. 1:13-16. Los enemigos de Daniel, por sus palabras falsas se condenaron a sí mismos a ser arrojados al foso de los leones, Dn. 6. Y Jerusalén es totalmente un ejemplo angustioso, cuando clamó: «Su sangre sea sobre nosotros y sobre nuestros hijos», Mt. 27:25. Así clamaron una necia América y Europa: -»Libertad, Igualdad y Fraternidad». ¡Qué trampa ha manifestado ser esta mentira y cuánta corrupción ya ha procedido de ella!, cf. Pr. 11:11; pues, también con respecto a nuestras palabras y mentiras, vale la ley inquebrantable: «Todo lo que el hombre sembrare, eso también segará», Gá. 6:7. Y "quien siembra vientos, recoge tempestades", dice el refrán, en todos los terrenos de la vida.

¿Cómo se puede escapar de esta decadencia? «El que guarda su boca y su lengua, su vida guarda de angustias», Pr. 21:23. Ahora ya, en toda clase de formas, en esta vida. Pero después, plenamente, porque nuestro Señor dijo: «De toda palabra ociosa que hablen los hombres, de ella darán cuenta

en el día del juicio», Mt. 12:36. Dichoso, pues, quien está justificado por la sangre del Cordero, pues ese creyente experimentará plenamente: «El malvado se enreda en la perversión de sus labios, pero el justo sale con bien de la tribulación», Pr. 12:13. Véase también Pr. 3:17 y 10:11.

Proverbios 18:10

> *«Fuerte torre es el nombre de Yahvéh;*
> *a ella corre el justo y se siente seguro».*

El nombre de Yahvéh no es un sonido de reconocimiento, sino realmente un completo libro de historia bíblica comprimido en cuatro consonantes hebreas: JHVH. Es el microfilm de aquel medio siglo milagroso desde las Diez Plagas hasta la muerte de Josué. Yahweh significa: Él está con nosotros. Ahora bien, ¡Él lo ha dejado ver! Quien menciona el nombre Yahvéh, evoca una serie de *hechos de poder*. Las victorias sobre Egipto, la desecación del Mar Rojo, la provisión de alimento de Israel en el desierto, el humeante Sinaí (Éx. 19:18), la victoria sobre Amalec, la desecación del Jordán, el temor de Israel en medio de los cananeos, la caída de los muros de Jericó, la parada del sol en Gibeón y otros acontecimientos en el firmamento. Todos estos milagros los resume la Sagrada Escritura con las simples palabras: el Nombre de Yahvéh. Todos aquellos hechos muestran su fidelidad, su gracia, su poder supremo y su misericordia.[61]

Y ese es el nombre que menciona nuestro proverbio: Una torre o baluarte fuerte. Por consiguiente, visto el hecho de que la Sagrada Escritura equipara el *nombre* de Dios con sus *actuaciones*, Salomón aquí está enseñando los hechos de Yahvéh, el relato de sus poderosos hechos milagrosos, la fama de su poder de liberación. Yahvéh mismo, como nosotros le conocemos por sus hechos poderosos, es una torre fuerte. Hacia ella corren los justos en fe y oración y se sientan seguros. ¡Hermosa expresión para orar y creer: ¡Esconderse en el Nombre de Yahweh!

Entretanto, lo conocemos con un nombre aún más hermoso: El Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo. Asimismo, un libro de historia en una cáscara de nuez. En él debemos oír todo el relato maravilloso de la obra de salvación de Dios por medio de Jesucristo. Desde su concepción, por obra del

Espíritu Santo, hasta su resurrección de la muerte y la ascensión a la diestra de Dios. En ese nombre, «nuestro Padre», suena todo el poder de Dios para salvarnos incluso del poder de Satanás y la muerte, por medio de Jesucristo. El nombre de Dios representa todo cuanto su Palabra y las demás obras nos revelan de Él. Los hechos de Dios en Génesis 1:1 hasta el cumplimiento de Apocalipsis 22. Léase así también: «Las *realizaciones* de nuestro Padre celestial son un baluarte poderoso, el justo corre hasta él y se siente seguro». Sí, más seguro que en un refugio atómico; y ciertamente mejor protegido que el rico que se imagina que sus riquezas son una fortaleza, como dice el proverbio siguiente.

Proverbio 18:11

> *«Las riquezas del rico son su ciudad fortificada;*
> *como un muro defensivo se las imagina».*

Así pensó el necio rico en la parábola (*mashal*) de nuestro Señor, Lc. 12:16-21. Pero su *vida* no estaba segura en la fortaleza de su dinero, pues Dios dijo: «Necio, esta noche vienen a pedirte tu alma, y lo que has guardado, ¿de quién será? Así es el que hace para sí tesoro y no es rico para con Dios», Lc. 12:20-21. ¡Es mejor poderse refugiar en el nombre de Yahvéh! Véase también en Pr. 10:15 y compara 1 Ti. 6:17-19.

Proverbios 18:12

> *«Antes del quebranto se engríe el corazón del hombre,*
> *pero antes de los honores está la humildad».*

«¿No es esta la gran Babilonia que yo edifiqué para casa real con la fuerza de mi poder, y para gloria de mi majestad?", dijo Nabucodonosor cuando desde su palacio real miró a su alrededor. Aún no había terminado de expresarse, cuando perdió su juicio y fue humillado con una demencia, y comía hierba, Dn. 4:30-33. Pero Daniel, el humilde desterrado, ascendió de presidiario a ser el segundo poderoso del imperio babilónico.

Nuestro Señor Jesucristo, que conoce al Padre mejor que nadie (Jn. 1:18), dijo en una ocasión: «Lo que los hombres tienen por sublime, delante de Dios es abominación», Lc. 16:15. Esta es una ley constante en toda la Sagrada Escritura. Por

lo cual, Él indica repetidamente y con las misma palabras: «El que se enaltece será humillado, y el que se humilla será enaltecido», Mt. 23:12, cf. Lc. 14:11, 18:14, 1 P. 5:5.

Proverbios 18:22

«El que encuentra esposa encuentra el bien
y alcanza la benevolencia de Yahweh».

Como es natural, Salomón quería decir una mujer buena, una que edifica su casa, y no la que la derriba por su necedad (cf. Pr. 14:1). Podemos ver su retrato en Pr. 31:10-31. Una mujer así no se puede heredar. Ni siquiera nuestros padres nos la pueden procurar. Tal mujer es efectivamente un regalo de Dios, que Él da como prueba de su favor. «La casa y las riquezas son herencia de los padres, pero don de Yahvéh es la mujer prudente», Pr. 19:14, véase también en 11:22. Cuando Eliezer tuvo que buscar una mujer así para el hijo de su señor, *rogó* que Dios quisiera señalársela, como una prueba de su favor, Gn. 24: 12-14 y 27.

¿Por qué los jóvenes no habrían de seguir este ejemplo?

Proverbios 19:3

«La insensatez del hombre tuerce su camino
y luego se irrita su corazón contra Yahweh».

La palabra *necedad* o *insensatez* es otra manera de referirse al pecado, la rebelión contra Dios, el despreciar su Palabra y consejo, o el seguir los caminos propios.[62] Así comenzó Adán; y, en su autoexculpación, ¿no oímos también como un tono de reproche encubierto? «La mujer que me diste por compañera me dio del árbol, y yo comí», Gn. 3:12. ¿No resuena en eso, que no fue culpa suya? Desde entonces, toda persona está inclinada a echar la consecuencias de su necedad no a sí misma, sino a Dios.

Eso ocurre también en el propio pueblo de Dios. ¿Por qué fueron los judíos lejos de su patria en el destierro? Porque fueron unos necios al quebrantar el pacto de Dios. Pero ellos mismos echaron la culpa de su miseria a Dios. -'¡No es recto el camino del Señor! ¡El camino de ellos es el que no es recto!', Ez. 33:17 y 20, cf. 18:25 y 29. Isaías conoció también esa mentalidad. Primero, echaron al viento la Palabra de Dios

y sus avisos, y luego «se enojarán y maldecirán a su rey y a su Dios», Is. 8:21. [63]

¿A cuántos jóvenes y adultos de hogares cristianos se le puede oír expresar las mismas acusaciones? Contra su propia convicción desprecian el buen camino de los mandamientos de Dios, rechazan obstinadamente escuchar a sus padres y superiores, ellos mismos desean trazar someramente su camino, hasta que recogen los frutos de su propia necedad y llegan al descubrimiento de que así ellos mismos echan a perder su vida. Y entonces, es como si Dios o su iglesia lo hubieran decidido repentinamente. Si no lo dicen en alta voz, al menos lo piensan en su corazón, dice Salomón. Primero desprecian el orden de Dios, y luego le reprochan el desorden consiguiente. Esto lo pueden confirmar innumerables casos en la vida.

Y sobre todo, cuando uno se atreve a rasgar la primera página de la Biblia, se llega fácilmente a tales pensamientos odiosos acerca de Dios, pues entonces se menosprecia la verdad fundamental de que Dios lo ha creado todo bien y que ya, sólo por eso, nada podemos reprocharle de toda la miseria sobre la tierra. Como si no hubiera un Génesis capítulo 1 y 2 en la Biblia, se disputa brutalmente con el Hacedor con preguntas como: Si existe un Dios que es amor, ¿por qué no ha procurado que...?» El autor de Eclesiastés dice: «He aquí, solamente esto he hallado: que Dios hizo al hombre recto, pero él se buscó muchas perversiones», Ec. 7:29.

El evolucionismo, que niega el pecado original, también muestra sus malos frutos en este punto. Esa teoría induce a reconocer el pecado o necedad no como *culpa*, sino como un *destino*, una interferencia de la evolución, de la cual son responsables «poderes mayores». De ese modo, esa creencia en la evolución puede inducir al hombre al pecado que Salomón señala aquí arriba: ¡Primero, destrozando uno mismo la felicidad de su vida y luego enojándose con Dios!

Tengamos también en cuenta al autor de Lamentaciones, que proclamó la verdad y, después de la caída de Jerusalén, hizo ver a sus hermanos: «¿Por qué se lamenta el hombre, si está vivo a pesar de su pecado?», Lm. 3:39. ¡Si hay alguien que tiene derecho a reprochar, no somos nosotros los que podemos reprochar algo a Dios, sino que es Él quien tiene derecho a reprocharnos a nosotros. Nosotros, seres humanos,

¿qué hemos hecho con la vida en la tierra buena de Dios? ¿Qué hemos hecho nosotros, como pueblo suyo, con sus mandamientos buenos? Él, pues, se ha lamentado de ello y se ha airado: «Ahora, pues, vecinos de Jerusalén y varones de Judá (es decir: cristianos), juzgad entre mí y mi viña. ¿Qué más se podía hacer a mi viña, que yo no haya hecho en ella? ¿Cómo esperando yo que diera uvas buenas, ha dado uvas silvestres?», Is. 5:3-4.

Proverbios 19:11

«La cordura del hombre aplaca su furor,
y un honor le es pasar por alto la ofensa».

Dios se toma tiempo antes de desatar su ira.[64]

«¿Qué Dios hay como tú, que perdona la maldad y olvida el pecado del remanente de su heredad?», Miq. 7:18. Aquí, la Sagrada Escritura, con la palabra *olvidar* quiere decir claramente que olvida *perdonando*. De lo cual deducimos que Salomón nos invita a ser imitadores de Dios y asimismo también a perdonar y olvidar las ofensas de nuestro prójimo, en cuanto que el honor de Dios y la edificación de los hombres lo permitan.

La cordura puede conducir a esto si uno se deja llevar por la fe y el amor: «El odio despierta rencillas, pero el amor cubre todas las faltas», Pr. 10:12, cf. 1 Co. 13:7. El amor abre nuestros ojos a toda clase de circunstancias atenuantes, por las que nos sometemos generosos y se nos dispone a dejar pasar el juicio de Dios. Y la fe nos enseña a percibir la mano de Dios, la cual puede usar el mal para alcanzar algo bueno con ello.

Un ejemplo conmovedor en este proverbio es la magnanimidad e indulgencia con que José fue al encuentro de sus hermanos, que tanto daño le habían hecho. Pero él miró por encima de ellos a la mano de Dios, y así la fe inteligente de José refrenó su ira, de manera que no se encendió contra sus hermanos. Al contrario, cuando se dio a conocer a ellos, les consoló magnánimamente: «Ahora, pues, no os entristezcáis ni os pese haberme vendido acá, porque para salvar vidas me envió Dios delante de vosotros. Pues ya ha habido dos años de hambre en medio de la tierra, y aún quedan cinco en los cuales no habrá arada ni siega. Dios me envió delante

de vosotros para que podáis sobrevivir sobra la tierra, para daros vida por medio de una gran liberación», Gn. 45:5-8.

Esta indulgencia también adornó a David. Sabemos cuánto daño le había hecho Saúl. A pesar de ello, David le perdonó la vida por dos veces, 1 S. 24 y 26; y cuando le llegó la noticia de la muerte de Saúl, David recitó un conmovedor «In Memoriam», en el que pasó por alto toda la injusticia que Saúl le había hecho, y solamente profirió alabanzas al príncipe desaparecido, 2 S. 1:17-27.

Cuando alguien muestra esta «tardanza en airarse», entonces las Sagradas Escrituras lo considera literalmente como *«su hermosura»*.[65]

Esta hermosura brilló al máximo en la vida de nuestro Salvador, quien cumplió plenamente este proverbio, puesto que Él mismo «oró por los transgresores», Is. 53:12, Lc. 23:34. Cuando Pedro le preguntó: «Señor, ¿cuántas veces perdonaré a mi hermano que peque contra mí? ¿Siete veces? Jesús le dijo: No te digo hasta siete, sino aun hasta setenta veces siete», Mt. 18:21-22, cf. Pr. 25:21, Ro. 12:17-21. Santiago, discípulo de Jesús, escribió más tarde: «Todo hombre sea pronto para oír, tardo para hablar, tardo para airarse», Stg. 1:19.

Alabando la tardanza en airarse, ¡las Sagradas Escrituras también nos dan un consejo sano para la salud! Si no pasamos por alto las infracciones de nuestro prójimo, ¿qué pasaría? Aquel que se ocupa constantemente de los defectos, corre el gran riesgo de pagar con su salud esa prisa en enfadarse, pues: «La envidia es carcoma de los huesos», Pr. 14:30b (véase nuestro anterior comentario al mismo). La indulgencia mantiene en forma el corazón y el riego sanguíneo, el estómago y las entrañas, y procura un buen descanso. Sobre la relación entre el temor del Señor y nuestra salud, véase en el comentario a Pr. 3:7.

Existen algunos proverbios emparentados: «El que fácilmente se enoja comete locuras; y el hombre perverso es aborrecido», 14:17. «El que tarda en airarse es grande de entendimiento; el impaciente de espíritu pone de manifiesto su necedad», 14:29. « El hombre iracundo promueve contiendas; el que trata de airarse apacigua la rencilla», 15:18.

Proverbios 19:18

«Castiga a tu hijo mientras haya esperanza,
pero no se excite tu ánimo hasta destruirlo».

Sobre la aplicación de los castigos corporales en la educación, Salomón pensaba de manera diferente que los pedagogos modernos. Él enseñaba: «El que no aplica el castigo aborrece al hijo; el que lo ama, lo corrige a tiempo», Pr. 13:24 (véase nuestro comentario al mismo). La Toráh conocía el castigo corporal para hacer justicia, pero fijó al juez el máximo de 40 azotes, Dt. 25:2-3, cf. 2 Co. 11:24. Por tanto, sí al castigo, pero claramente lo justo y no lo desmedido.

También advierte Salomón aquí arriba contra los desenfrenos al castigar a los niños. En ello se diferencia fundamentalmente la enseñanza del más sabio rey de Israel, de la del posterior Jesús ben Sirach en su homónimo libro apócrifo, (Eclesiástico).

Allí se encuentran algunos consejos que después se traslucen en el espíritu duro de los fariseos, y dejan ver la agudización de la «Ley»:

«El que ama a su hijo, le azota sin cesar,
para poderse alegrar en su futuro.
Halaga a tu hijo, y te dará sorpresas,
juega con él, y te dará pesares.
No rías con él, para no llorar
y acabar rechinando los dientes.
No le des libertad en su juventud,
y no pases por alto sus errores.
Doblega su cerviz mientras es joven,
hunde sus costillas cuando es niño,
no sea que, volviéndose indócil, te desobedezca,»
(versión: Biblia de Jerusalén),
J. ben Sirach, 30:1 y 9-12 .[66]

El Espíritu de Jesucristo nos da en las Sagradas Escrituras consejos más benévolos. Los sabios no esquivan el castigo, pero tampoco lo consideran como un remedio milagroso. Para ellos, en primer lugar, la corrección es dirección amorosa por medio de la enseñanza, véase Pr. 1:2-3. Oigamos cómo el tierno padre David hablaba a su hijo Salomón, cuando niño, Pr. 4:4

y 11. Escuchemos también con cuánta amabilidad enseñaba a su hijo la madre de Lemuel: «¿Qué decirte, hijo mío, hijo de mi vientre? ¿Qué decirte, hijo de mis anhelos?», Pr. 31:2. Este es el tono fundamental de la corrección de los sabios, quienes también dedicaban semejantes sentidas palabras al amor y al dolor paternal, cf. Pr. 10:2, cf. 15:20, 17:6, 23:24-25, 31:1-9.

El amor paternal verdadero no esquiva, si es necesario, una corrección corporal (Pr. 13:24); y reconoce la acción saludable del castigo, que puede desterrar la necedad (Pr. 22:15), que puede salvar de la muerte (Pr. 23:13), que puede dar sabiduría (Pr. 29:15) y que al educador proporciona alegría y tranquilidad (Pr. 19:17). Pero, se debe usar *a tiempo:* «cuando aún hay esperanza», dice Salomón. Eso significa que se debe aplicar pronto, pues un párvulo y un niño pequeño aún son susceptibles de mejora, y en esa edad aún hay ciertamente esperanza, cf. Pr. 13:24.

Aunque los sabios también avisan contra la hipersensibilidad en este punto - «No morirá por el castigo», Pr. 23:13b- los educadores, sin embargo, deben estar alerta contra la corrección desmedida y la falta de amor en el castigo. El crudo precursor de los fariseos, Jesús ben Sirach, se aparta en esto de Salomón, como ya lo advertimos. Pero aquel fariseo convertido, Saulo de Tarso, se adhirió totalmente a Salomón con sus amonestaciones: «Y vosotros, padres, no provoquéis a ira a vuestros hijos, sino criadlos en disciplina y amonestación del Señor», Ef. 6:4. «Padres, no exasperéis a vuestros hijos, para que no se desalienten», Col. 3:21.

También los sabios conocían el corazón pecador del padre y de la madre, como lo demuestra su amonestación: «Pero no se excite tu ánimo hasta destruirlo». Pues, en un arrebato de cólera, se podría llegar a matar al propio hijo.

Así que este proverbio puede enseñarnos dos cosas:

En primer lugar, que el *amor,* por causa de Cristo, es la condición principal para la corrección cristiana. En ese caso, no actuaremos deprisa ni recurriremos gustosamente al palo ni castigaremos injusta y desenfrenadamente. No actuaremos por venganza ni seremos adeptos al sistema de Jesús ben Sirach. «Por eso la educación cristiana es mucho más suave sobre el pecador que la educación farisea. Cuenta con la frontera del poder sobre los débiles; y causa la impresión de que no toma

tan a pecho el pecado. Sin embargo, en realidad lo toma mucho más a pecho; pues la «justicia» de los cristianos es mayor que la de los fariseos». El amor cristiano manifiesta una paciencia tenaz para enseñar a nuestros débiles jóvenes, hermanos y hermanas en el Señor, para guiar a los traviesos y hacer sentir la corrección a los díscolos con un par de bofetones.

Esto exige una distinción inteligente de tiempo, lugar y persona. Lutero atribuye el efecto equivocado de la educación rigurosa que él había recibido, a que sus padres, aunque tenían buenas intenciones con él, no sabían distinguir los caracteres: a aquel muchacho tan sensible que ciertamente podía ser conducido con una palabra suave, sólo se le enseñó a ver al juez mediante el uso frecuente de la vara del padre, y en el Padre celestial sólo se veía al Vengador del mal. Pero, para otros, la corrección severa es muy necesaria si se les quiere librar de caer totalmente del camino recto.

En segundo lugar, este proverbio puede excitarnos a reflexionar en *los límites del poder sobre los niños* con respecto al bien y al mal. La corrección cristiana en el espíritu del amor exige del educador que trate al niño según su naturaleza y se guarde del perfeccionismo en la educación; pues los fanáticos no tienen paciencia alguna para esperar en la nueva tierra, que vendrá cuando Jesús venga, sino que quieren hacer venir ese mundo mientras aún están aquí. Con «poder y violencia», así son los medios de los violentos por excelencia. También esto puede engañar a un educador para echar mano demasiado deprisa de la vara. Pero, sobre el respeto a los límites del poder con los niños, hablamos más adelante a propósito del proverbio: «Instruye al niño en su camino, y ni aun de viejo se apartará de él», Pr. 22:6.

Proverbios 20:3

> *«Honra es del hombre abandonar la contienda,*
> *pero cualquier insensato se enreda en ella».*

Cuando nuestro Salvador estaba en la tierra, alguien se le acercó rogándole: «Maestro, di a mi hermano que parta conmigo la herencia». Pero, aunque el Señor sabía que era el Hijo de Dios, el Cocreador y futuro Juez de toda la tierra, contestó: «Hombre, ¿quién me ha puesto sobre vosotros como juez o partidor?», Lc. 12:13. Con lo cual, nuestro Señor Jesucristo actuó

según la sabiduría del proverbio arriba mencionado y se mantuvo lejos de la disputa de la familia en la que aquel hombre le quería mezclar, cf. Mt. 12:19.

¡Qué humilde se mostró nuestro Salvador en aquella ocasión! Él no tenía entonces ningún encargo divino para actuar como juez, y por eso permaneció aún como un Mediador humilde y obediente dentro de los límites de su vocación. Ciertamente conocía aquel proverbio: «Como tomar por las orejas a un perro que pasa es entrometerse en pleito ajeno», Pr. 26:17. De ahí su pregunta: «Quien me *ha puesto* sobre vosotros como juez o partidor?» Y esta opinión sobre los límites de su tarea le impidió entrometerse en una cuestión de herencia que Él no había empezado. La pregunta: «¿He sido *llamado* para eso?» nos puede ayudar a mantenernos lejos de muchas disputas y evitarlas, que podríamos sufrir como una persona entrometida, 1 P. 4:15.

También aquí, la sabiduría de Dios está enfrentada a la de este mundo, que frecuentemente ensalza a los que tienen lenguas largas. Pero las Sagradas Escrituras llaman a esto el estallido de un entrometimiento, característico de un necio (aquí se usa la misma palabra hebrea que en Pr. 18:1b). Por el contrario, las Escrituras alaban a los discípulos del Señor Jesús, que, en cuanto de ellos depende, tienen paz con todos los hombres, Mt. 5:9, Ro. 12:18, cf. Mc. 9:50. «Porque el siervo del Señor no debe ser amigo de contiendas, sino amable para con todos», 2 Ti. 2:24.

Aquí tenemos algunos proverbios afines: «El hombre perverso promueve contienda, y el chismoso separa a los mejores amigos», 16:28. «El que inicia la discordia es como quien suelta las aguas, ¡abandona, pues , la contienda, antes que se complique!», 17:14. Véase también el 3:30.

Proverbios 20:9

> *«¿Quién puede decir:*
> *'Yo he limpiado mi corazón,*
> *limpio estoy de mi pecado'?*

¡Eso *nadie* puede decirlo! «¡Porque no hay hombre que no peque!» Estas son también unas palabras de Salomón, pronunciadas en la dedicación del templo, 1 R. 8.46, y es confirmado por toda la Sagrada Escritura. El padre de Salomón,

David, dijo: «En maldad he sido formado y en pecado me concibió mi madre», Sal. 51:5. «No entres en juicio con tu siervo, porque no se justificará delante de ti ningún ser humano», Sal. 143:2. «Ciertamente no hay en la tierra hombre tan justo, que haga el bien y nunca peque», Ec. 7:20. «Si decimos que no tenemos pecado, nos engañamos a nosotros mismos y la verdad no está en nosotros», 1 Jn. 1:8, cf. Gn. 8:21, Job 4:17b, 14:4, Sal. 130:3, Jn. 8:7.

En esta regla sólo existe una excepción: nuestro Señor Jesucristo. Y Él dijo: «¿Quién de vosotros puede acusarme de pecado?», Jn. 8:46. Y ahora nosotros podemos lamentarnos y gloriarnos: «Por cuanto todos pecaron y están destituidos de la gloria de Dios, y son justificados gratuitamente por su gracia, mediante la redención que es en Cristo Jesús», Ro. 3:23-24.

Proverbios 20:12

> *«El oído que oye y el ojo que ve,*
> *ambos igualmente ha hecho Yahvéh».*

¿Tienes ojos con que puedas ver y oídos con que puedas oír? Entonces tienes esos regalos inapreciables que debes agradecer directamente a Dios. Los hospitales para enfermos de los ojos, los institutos de ciegos y sordos nos recuerdan que nuestro oído y vista no son capacidades siempre normales y que debemos alabar a Dios frecuentemente por ellas: «¡Te alabo, porque puedo *ver!* ¡y te doy gracias, porque puedo *oír!»*

Pero entonces, Dios, como Creador de nuestros ojos y oídos, tiene también el derecho de pedirnos cuenta del uso que hacemos de ellos. Porque Él, como es natural, nos ha dado oídos para escuchar su voz, y ojos para observar sus grandes hechos. Aunque, como la cosa más natural, tuviéramos un solo oído, deberíamos escuchar muy bien la Palabra de Dios, Ap. 2 y 3, cf. Sal. 28:5.

Por otra parte, en hebreo, así como en otras lenguas, el término «oír» sirve para indicar *obedecer,* y el término «ver» para indicar *entender*. Samuel usó la misma palabra hebrea que el proverbio arriba mencionado cuando dijo a Saúl: «Mejor es obedecer que sacrificar», 1 S. 15:22. Y según Isaías 6, alguien que esté bajo la influencia de la Palabra de Dios puede, oyendo estar sordo, y viendo estar ciego, o sea, no obedeciendo y no entendiendo.

Por consiguiente, en nuestro proverbio también escuchamos esta lección: Si tienes oídos que oyen realmente la voz de Dios por medio de su Palabra, y ojos que ven realmente sus hechos en la Escritura y en la historia, no te vanagloríes de ello, pues es un don de Dios, Mt. 13:11, Ef. 2:8. Los discípulos del Señor Jesús vieron y oyeron en Él al Rey prometido y entonces Él les felicitó: «Bienaventurados vuestros ojos, porque ven; y vuestros oídos, porque oyen», Mt. 13:16.

Proverbios 20:22

> *«No digas: 'Yo me vengaré';*
> *espera en Yahvéh y Él te salvará».*

Así lo hizo David, el padre de Salomón, que fue un joven tan ejemplar que por ello fue llamado «el hombre según el corazón de Dios». David obedeció la Toráh: «No te vengarás ni guardarás rencor a los hijos de tu pueblo, sino amarás a tu prójimo como a ti mismo. Yo Yahvéh», Lv. 19:18. Por eso, durante la persecución que sufrió por Saúl, anduvo según el código: «No te vengarás." No arruinar a tus hermanos enemigos, sino amarlos y remitir tu derecho a Dios.[67] Incluso cuando un solo golpe de lanza podía haber terminado toda la miseria de David, él no devolvió a Saúl su mal, 1 S. 24 y 26.

En más de un salmo, David expresó esta fe humilde y ha animado a sus hermanos, en casos semejantes, a esperar también en Dios.[68]

El Salmo 37, sobre todo, insistefuertemente en dejar la defensa de nuestra justicia a Dios. Confiar en Yahvéh significa frecuentemente que nos hace esperar en su actuación. David no quedó defraudado en absoluto por esta confianza en Dios. Sin que él mismo matara a uno solo de sus enemigos en Israel, el Señor determinó que se llegara a ofrecer a David la realeza sobre Judá e Israel.

Sin embargo, nadie como el gran Hijo de David, nuestro Señor Jesucristo, ha practicado tan perfectamente esta sabiduría. Él podía hacer que cayera fuego del cielo sobre sus enemigos, y que se levantaran en su ayuda legiones de ángeles contra ellos (Lc. 9:54, Mt. 26:53), pero nada hizo de todo eso. Antes bien, «cuando lo maldecían. no respondía con maldición; cuando padecía, no amenazaba, sino que encomendaba la causa al que juzga justamente», 1 P. 2:23. Sí, incluso

estando en la cruz, oró por sus enemigos: «Padre, perdónalos, porque no saben lo que hacen», Lc. 23:34. Él hizo ver de forma perfecta lo que puede significar: «esperar en Dios», y a su tiempo «Dios también lo exaltó sobre todas las cosas y le dio un nombre que es sobre todo nombre», Fil. 2:9.

Ahora bien, no se deduzca de aquí que ni a David ni a nuestro Señor Jesús no les costó ningún esfuerzo tener que esperar durante años la salvación de Dios; porque, con frecuencia, se cree que un cristiano siempre debe «hacer» algo, y que a este esperar en Dios se le suele rechazar como «pasividad». Como si ese esperar no interfiriera directamente contra nuestros deseos carnales, que tan fácilmente se esconden en una apetencia de actos impíos. Como si el no poder «hacer» nada no pudiera llevar nuestra fe precisamente a una fuerte tensión. Quizá el esperar en Dios forma realmente una de las tareas más duras ante las que nuestra fe puede verse situada. No, Salomón no nos dio un consejo fácil, pero ciertamente era muy bueno. Así lo tuvieron que experimentar muchos hijos de Dios y llevarlo a la práctica, para, a su tiempo, encontrar realmente, cuando Dios quiso, su ayuda.

Sin embargo, quien rechaza el consejo de Salomón, y paga mal por mal, desata, por regla general, una reacción en cadena de nuevos males. Además maneja las mismas armas pecaminosas que su adversario. Pero lo que sobre todo se pierde de vista es que vengarse es un derecho que sólo corresponde a Dios; y a su servidora, la justicia y sus jueces. Éstos deben, por la naturaleza del asunto, castigar realmente el mal. Pero Salomón, en este proverbio, no tenía en cuenta a jueces, sino a *particulares,* y para ellos vale la regla: «No os venguéis vosotros mismos, amados míos, sino dejad lugar a la ira de Dios, porque escrito está: «Mía es la venganza, yo pagaré, dice Yahvéh», Ro. 12:19, Dt. 32:35, 1 Ts. 5:15. En cuanto a buscar el derecho y la justicia en el sector privado y público, véase más detalladamente en Pr. 24:29.

Aquí también resulta, por enésima vez, que el temor del Señor es medicina para nuestra carne y alivio para nuestros huesos, véase Pr. 3:7-8. Pues quien rumia la venganza, se mortifica a sí mismo; y quien se propone: «¡Ya lo agarraré!», se causa frecuentemente gran daño a su salud espiritual y corporal, cf. Pr. 14:30. Aquí sigue un proverbio más afín al nuestro: «Si el que te aborrece tiene hambre, dale de comer

pan, y si tiene sed, dale de beber agua; pues, haciendo esto, harás que le arda la cara de vergüenza, y Yahvéh te recompensará», Pr. 25:21-22.

Proverbios 20:25

«Una trampa es para el hombre
hacer apresuradamente voto de consagración
y reflexionar después de haberlo hecho».

«¡Socorro, querida Santa Ana! ¡Quiero hacerme monje!», clamó el mortalmente angustiado estudiante Martín Lutero, cuando, el 2 de julio de 1505, yendo de camino desde su casa en Mansveld a la universidad de Erfurt, fue sorprendido por una fuerte tormenta. Dios hizo uso de esta promesa para dar un gran cambio a la historia de la iglesia, pero eso no quita que, sin embargo, aquella no fuera la manera justa de hacer una promesa.

Cuando en Israel se prometía algo a Yahvéh con promesa, se clamaba indicando de algún modo el regalo u ofrenda que se quería hacer: «¡Santo!» (Esto es santo desde ahora). Es decir: esto es apartado del mundo y dedicado al culto a Dios. A Yahvéh también se le podía prometer una determinada ofrenda: «Si me concedes esta o aquella bondad, te daré esto o aquello». Semejantes ofrendas pertenecían a los sacrificios de paz, cf. Lv. 27. Cuando se había hecho una promesa así, se quedaba obligado a ella, como es natural: «Cuando hagas voto a Yahvéh, tu Dios, no tardes en pagarlo, porque ciertamente te lo demandará Yahvéh, tu Dios, y cargarías con un pecado. Si te abstienes de prometer, no habrá en ti pecado. Pero lo que haya salido de tus labios, lo guardarás y lo cumplirás, conforme lo prometiste con tu boca», Dt. 23: 21-22, Sal. 50:14.

Ahora, evidentemente, ya no ofrecemos sacrificios sangrientos como hacía Israel, pero aún podemos hacer promesas. Ciertamente, esto no es algo específico del Antiguo Testamento. La madre del rey Lemuel habló del «hijo de mis promesas» Pr. 31:2. Así lo había pedido, exactamente como Ana, 1 S. 2:20. El apóstol Pablo, por una determinada promesa, dejó crecer su cabello, Hch. 18:18; ¿Y por qué nosotros no podríamos prometer cualquier cantidad de dinero, si el Señor nos concede este o aquel añorado deseo?

Pero no debemos hacer esa clase de votos en un momento

de miedo, como hizo Lutero, bajo la impresión repentina de una serie de truenos y relámpagos. Eso se debe hacer orando y tras una seria reflexión, en la presencia de Dios. De lo contrario, podría ocurrir que ofreciéramos mucho más de lo que realmente podemos dar. Imaginemos que alguien, en un arrebato, le promete a Dios: «Si procuras a mi hijo una mujer virtuosa, te daré tantos millones para la extensión de tu Reino». Si luego no pudiera pagar semejante cantidad, se situaría a sí mismo y también a su familia en grandes dificultades por un voto tan irreflexivo, y nuestro proverbio diría: «Es una *trampa* para el hombre (en este caso, al menos financieramente) hacer apresuradamente *¡voto de consagración!*, y reflexionar después de haberlo hecho».

Sopesando un voto apenas después de haberlo hecho, se puede llegar también a la tentación de romperlo, lo cual está prohibido expresamente en la Sagrada Escritura (como ya vimos en Dt. 23:21-22). En Israel existía la posibilidad de pagar dispensa por un voto no cumplido, pero esto es, naturalmente, algo distinto que romperlo, Lv. 27:1-8. Lutero, con su voto repentino, causó mucha tristeza a su padre, pues éste no sentía mucha simpatía por los monjes. Por lo cual, tómese a pecho el consejo del Predicador concordante con nuestro proverbio: «Cuando vayas a la casa de Dios, guarda tu pie. Acércate más para oír que para ofrecer el sacrifico de los necios, quienes no saben que hacen mal. Cuando a Dios hagas promesa, no tardes en cumplirla, porque él no se complace en los insensatos. Cumple lo que prometes. Mejor es no prometer que prometer y no cumplir», Ec. 5:1 y 4, cf. Dt. 23:22, Jes. Sir. 18:23.

Proverbios 20:29

> *«La gloria de los jóvenes es su fuerza;*
> *la belleza de los ancianos, su vejez».*

Un joven adulto está en el punto culminante de su fuerza corporal; y si además teme al Señor, quizá Él le dé la vejez al final de su aprendizaje de la doctrina de la vida, como elegante corona de la sabiduría.

En el mundo, las diferencias entre joven y viejo forman frecuentemente una fuente de disputa y en ese contexto se habla a menudo de una *sima* generacional. No se pueden tolerar mutuamente, se es celoso recíprocamente de los dones y posición

respectivos y se organizan mutuamente las discusiones más encendidas. Pero, según el orden de Dios, un abuelo y sus nietos no son contrarios entre sí, sino partidarios recíprocos en la lucha por la existencia. El uno tiene más *capacidad* vital, el otro más *sabiduría* de la vida. Juntos se complementan magníficamente entre sí. También de esto se puede decir con el Eclesiastés: «Todo lo hizo hermoso en su tiempo. Porque para todo lo que quieras hay un tiempo y un cómo», Ec. 3:11, 8:6.

¡Cuánto pueden los proverbios como el arriba mencionado -véase también Pr. 16:31- crear una dulce paz! Ellos nos estimulan a gozar agradecidos y conscientes de las alegrías de cada edad; y al mismo tiempo pueden levantar al pueblo de Dios sobre la sima generacional insana que con frecuencia separa tan funestamente a unos de otros, a los hijos de este mundo.

Proverbios 21:1

> *«Como aguas que se reparten es el corazón del rey*
> *en la mano de Yahvéh:*
> *él lo inclina hacia todo lo que quiere».*

A este respecto, se podría tomar como ejemplo todo el libro de Ester. ¡Fue grandioso cómo Yahvéh tomó en su mano el corazón de aquel gran emperador, Asuero, y con ello todo el hacer y dejar de hacer del mismo! Pues el hombre hace todo con su corazón: «porque de él mana la vida», Pr. 4:23. Y ese corazón del rey lo inclinó Yahvéh tan fácilmente a sus planes divinos como un labrador israelita cambiaba un reguero de agua en su huerta -una obra de poca monta. Ya sabemos lo que Amán quería: Asesinar en un solo día a todos los judíos en el imperio Persa. Incluso a los judíos que habían vuelto a Jerusalén. Pero el Señor quería mantener con vida a este pueblo, porque de él haría descender al Salvador del mundo.

Por eso Dios tomó en su mano el corazón del poderoso Asuero. Todo el mundo pensó que Asuero hizo lo que quiso, pero, en realidad, hizo sólo lo que Dios quiso. Yahvéh inclinó el corazón del príncipe, primeramente, a que, de las incontables jóvenes bellas, escogiera precisamente a la judía Esther como sucesora de la rechazada reina Vasti. Después,

Yahvéh llenó el corazón de Asuero con afecto por Esther, quien por eso pudo llevar a cabo la caída de Amán y la salvación de Israel.

Así inclinó Yahvéh, en la historia del mundo, los corazones de los grandes de la tierra a sus planes: para juicio o beneficio del pueblo de Dios. *Él* endureció el corazón de Faraón, pues deseaba glorificarse por medio de él, Éx. 4:21, 14:4. *Él* envió un espíritu de mentira en los profetas de Acab, pues quería engañarle a una batalla fatal para él, 2 C. 18:18-22. *Él* usó al poderoso asirio, Tiglat Pileser, porque *Él* necesitaba de una vara para corregir a Judá, Is. 10:5. Unos cien años más tarde, *Yahvéh* tomó a Nabucodonosor a su servicio como siervo, porque *Él* quería llevar al destierro a Judá. Pero, setenta años más tarde, alentó el espíritu de Ciro, porque *Él* nuevamente quería salvar a Judá del destierro, Esd. 1, Is. 41:2-4. *Él* hizo que el emperador Augusto convocara un censo porque *Él* quería cumplir la profecía de que el Mesías había de nacer en Belén, Miq. 5:2, Mt. 2: 6, Lc. 2. Todos aquellos poderosos se sustentaban en la opinión categórica de que podrían realizar sus propios planes. Pero, de hecho, servían sometidos a los planes de Dios. A ello encauzaba Él su corazón tan fácilmente como un labrador desvía "en un momento" un reguerillo de agua. ÉL es el Rey de reyes.

Y todos los poderosos, de arriba a abajo, están tan completamente bajo el poder de Dios, 'que no pueden hacer nada ni moverse sin su voluntad'.[69] Él inclinó el corazón de Napoleón y Hitler a una marcha hacia Rusia, lo cual acabó en su ruina y en nuestra liberación. Reconózcanlo ellos o no, todos los grandes de la tierra gobiernan por la gracia de Dios y deben servir a sus planes ni un minuto más de lo que Él los requiere.

Proverbios 21:9

> *«Mejor es vivir en un rincón del terrado*
> *que con mujer pendenciera en casa espaciosa».*

No, Salomón no se hace aquí el gracioso. A un hombre que se haya casado con semejante mujer se le puede compadecer de verdad. Los trasfondos de tan eterna contienda tampoco forman materia alguna para el humor. Aquí vemos cuán profundamente puede el pecado corromper la convivencia

de un hombre con su mujer. Pues Dios, naturalmente, no ha entendido la vida matrimonial de tal manera que a esos dos cónyuges, con el tiempo, les agrade ignorarse mutuamente.

«Le daré ayuda idónea para él», dijo Dios el Señor, cuando se decidió crear una mujer para Adán; y éste, al verla, exclamó contento: «¡Esta sí que es hueso de mis huesos y carne de mi carne! Será llamada «Mujer», porque del hombre fue tomada». Y las Sagradas Escrituras vinculan a ello este estatuto: «Por tanto dejará el hombre a su padre y a su madre y serán *una sola carne», Gn.* 2:18-25.

Esto es lo contrario del descorazonado *apartarse* de ella, como aquel israelita que, cansado, se disponía a descansar en el terrado de su casa, aunque fuera en una habitación de la azotea (cf. 2 R. 4:10). Allí estaba solo, incluso quizá bajo la lluvia, pero allí, tenía, al menos, tranquilidad.

Pero, ¿cómo una mujer tan pendenciera puede seguir viviendo junto a su marido? Esto no se puede contestar con una simple alusión a los caracteres difíciles, aunque éstos, naturalmente, también juegan un papel. Las raíces más profundas de esta cuestión yacen en el pecado de que tal mujer no desea considerar a su marido como su *cabeza*; y ese aspecto negativo también lo había predicho el Señor en el paraíso. El pecado tendría como consecuencia que el hombre ya no ejercería por más tiempo su liderazgo con amor y comodidad, sino que para ello él tendría que luchar con su mujer.[70]

¿Cuántos hombres han visto corrompida su vida matrimonial por esta rebeldía? Todos aquellos que experimentan el haberse casado con una mujer que se oponía contra la ordenación de Dios para la vida matrimonial. Esto se expresa en una eterna contienda, en continuas críticas, en arrebatos de cólera y malos humores, autocompasión, injurias y grescas; y lo que de ahí se deriva en un matrimonio, se adivina fácilmente. Ahora bien, el hombre debe realmente gobernar bien a su mujer, 1 Tim. 2:12ss.[71] Cf. Gn. 3:16, 1 Tim. 3:2-5.

Pero, en ese caso, ¿cómo podrá hacerlo *en amor* -en caso de que pueda hacerlo? pues, como otro proverbio dice: «Gotera continua en tiempo de lluvia y mujer pendenciera, son semejantes: pretender contenerla es como querer refrenar el viento o retener el aceite en la mano derecha». Más de un hombre, demasiado sabio como para insultar y cansado de contradicciones

innecesarias, a la larga se marcha de la vivienda con el fin de encontrar, al menos, alguna tranquilidad «en un rincón del terrado».

Esto es, pues, según Salomón, realmente «mejor» que convivir con una «mujer pendenciera», pero con ello no demuestra naturalmente que semejante huida sea ideal; pues es y sigue siendo una perturbación del ordenamiento de Dios, y una tristeza de por vida para semejante hombre, el cual echa de menos un estar feliz en casa, una mirada amigable, que para otros hombres es una fuente de felicidad y estímulo. Añádase a esto que el proverbio expresa implícitamente que un matrimonio no puede disolverse por *estas* razones, Mt. 5:32; y hay que tener en cuenta que: «La respuesta suave aplaca la ira...», cf. Pr. 15:1; y: «*Honra* es del hombre abandonar la contienda» Pr 20:3. Pero sigue siendo una prueba dura. Un proverbio sinónimo también suena algo así: «Es mejor vivir en tierra desierta que con la mujer pendenciera e irascible», Pr. 21:19. Naturalmente que también una mujer puede encontrar un hombre pendenciero y colérico que la haga gemir y llorar de por vida. Pero Salomón, en este proverbio, se limita a hablar de la mujer pendenciera.

Dichoso el hombre que recibe de Dios una mujer que quiere escuchar el mandamiento de Dios: «Las casadas estén sujetas a sus propios maridos, como al Señor, porque el marido es cabeza de la mujer, así como Cristo es cabeza de la iglesia, la cual es su cuerpo, y él es su Salvador. Así que, como la iglesia está sujeta a Cristo, así también las casadas lo estén a sus maridos en todo», Ef. 5:22-24. Ello hace mucho más fácil a su marido el cumplimiento del encargo que Dios le ha hecho, el cual, en realidad, es aún más pesado que el que le ha sido dado a ella: «Maridos, amad a vuestras mujeres, *así como Cristo* amó a la iglesia y se entregó a sí mismo por ella... (¡Así) también los maridos deben amar a sus mujeres como a sus mismos cuerpos...», Ef. 5:25-29.

Que no se desvirtúe en este punto la Palabra de Dios mediante posturas feministas o declarándola, por propia iniciativa, «sujeta a los tiempos», pues no existen mejores garantías para nuestra felicidad conyugal y la de nuestros hijos e hijas que las prescripciones matrimoniales de Dios, de las que Él mismo también dijo: «El hombre que las cumpla vivirá por ellas» (encontrará la dicha).

Proverbios 21:13

> *«El que cierra su oído al clamor del pobre*
> *tampoco será oído cuando clame».*

«Porque juicio sin misericordia se hará con aquel que no haga misericordia», Stg. 2:13. Esto ocurre ya frecuentemente, pero ciertamente ocurrirá en el Juicio Final. Así lo describió el Señor Jesús en una parábola: «Había un hombre rico, que se vestía de púrpura y de lino fino y hacía cada día banquete con esplendidez. Había también un mendigo llamado Lázaro, que estaba echado a la puerta de aquel, lleno de llagas, y ansiaba saciarse de las migajas que caían de la mesa del rico; y aun los perros venían y le lamían las llagas», Lc. 16:19-21. Pero el rico parecía no darse cuenta de la miseria humana que había ante su pórtico. Hasta que, abriendo sus ojos en el lugar del dolor, Abraham le llamó la atención acerca de «una gran sima existente» entre él y Lázaro.

Téngase en cuenta que tanto Salomón con su proverbio como el Señor Jesús con esta parábola, hablaban para oídos *israelitas*. Cosas semejantes ocurrían dentro del campo de influencia de la Palabra de Dios, que de la *a* la *z* nos anuncia y nos exige *misericordia*. Por lo cual, en primer lugar, no debemos tener presente lo que hacían los paganos[72] sino lo que los cristianos hacían con sus pobres, por lo que el Señor Jesús anuncia en Mt. 25 sobre el Juicio Final.

Cuando Él, pues, en plena gloria, haya tomado asiento en su trono y haya separado a todos los hombres, dirá a los despiadados situados a su diestra: «Apartaos de mí, malditos, al fuego eterno preparado para el diablo y sus ángeles, porque tuve hambre, y no me disteis de comer; tuve sed, y no me disteis de beber; fui forastero, y no me recogisteis; estuve desnudo, y no me vestisteis; enfermo y en la cárcel, y no me visitasteis».

Y cuando ellos no entiendan nada de eso, les responderá: «De cierto os digo que en cuanto lo hicisteis a uno de estos más pequeños (v. 40: «mis *hermanos* más pequeños»), a mí lo hicisteis», Mt. 25: 31-35, véase también Pr. 3:27-28, 34, Pr. 11:26, cf. Mt. 5:7, 18:32-35, Pr. 14:21, y Jesús ben Sirach 4:1-6.

Proverbios 21:24

«Escarnecedor es el nombre del soberbio y presuntuoso que actúa con insolencia de su presunción».

Uno de los muchos sobrenombres de los impíos es el de "escarnecedor". Quizá pensamos muchas veces que este término se refiere a los rudos muchachos que dicen disparates indecentes sobre Dios y su culto. Pero el escarnecedor, como ya expresamos más detalladamente en el libro «Los Salmos I» , 83-86, es, en las Sagradas Escrituras, más una figura *intra*eclesial que *extra*eclesial. Ellos se rodeaban frecuentemente de una aureola de religiosidad o incluso de cultura teológica. Los apóstoles los señalan *en* las congregaciones cristianas.

Salomón indica aquí arriba lo que al impío le marca como escarnecedor, su desmedida temeridad, su autoexaltación y orgullo. Es el insolente que frente a Dios no conoce su propia medida y por ello la sobrepasa; es la antípoda de los pobres y humildes y el polo opuesto del sabio, pues «el hijo sabio recibe el consejo del padre, pero el insolente no escucha las reprensiones», 13:1.

Por su actitud de vida autónoma se cierra ante el derecho de la Palabra de Dios y se hace casi incorregible: «El escarnecedor no ama al que lo reprende ni se junta con los sabios», 15:12. Por ello se le debe castigar resueltamente, lo que equivale a querer ayudarlo, pues es el único lenguaje que aún entiende, cf. Pr. 21:11.

Así, actúa diariamente con el desmedido y temerario pensamiento de que todo lo sabe mejor que Dios y que le traen sin cuidado el orden de los mandamientos y obras de Dios; con lo cual se cree quizá demasiado humano o demasiado correcto como para escarnecer la Biblia en alta voz, pero su *actitud vital soberbia le* marca, a pesar de ello, como un auténtico escarnecedor.

Compruébese también con Pr. 3:34.

Proverbios 22:3 (27:12)

«El prudente ve el mal y se esconde,
pero los ingenuos pasan y reciben el daño».

El «ingenuo» es el crédulo. El joven inexperto y el inocente, lo son aún más. Ya los conocimos al tratar Pr. 1:4 y 14:15

(repásese). Un ejemplo típico de semejante imprudente es el joven de Pr. 7, que se dejó engañar por una mujer mala. «Al punto se marchó tras ella, como va el buey al degolladero (...), hasta que la saeta traspasa su corazón», Pr. 7:22, cf. Cap. 9, "Adulterio y prostitución: la necedad coronada." En iguales circunstancias, José se manifestó un auténtico «prudente»: vio la desdicha que la relación sexual con la mujer de Potifar comportaría y trató de evitarla.

Proverbios 22:6

> *«Instruye al niño en su camino,*
> *y ni aun de viejo se apartará de él».*

¿A qué se refiere Salomón al decir: *«en su camino»? ¿Educar* con vistas a su *posterior* camino de la vida? ¿O de acuerdo con su *ingenuo* camino de la vida? ¿De acuerdo a su *vocación* o según la medida de su *poder?* A nuestro parecer, no se excluye ni lo uno ni lo otro, y ambas forma de sabiduría están incluidas en este proverbio.[73]

«El que no aplica el castigo aborrece a su hijo», Pr. 13:24. Como vimos en el comentario a este proverbio, los niños, en su más tierna infancia, son los más sensibles a la reprensión y los más susceptibles de corrección; y también el proverbio arriba mencionado indica lo mismo. Una educación sabia comienza enseguida del nacimiento. El proverbio de Salomón proporciona aquí todo el espacio para pensar en los niños, pues usa aquí, para referirse al muchacho, la misma palabra hebrea (*na'a*r) que Éx. 2:6 emplea para el niño de pecho, Moisés, en la cestilla de mimbres. No es que a un niño tan joven ya se le deba castigar así, pues bajo la palabra corrección, los sabios no entienden, en primer lugar, castigos corporales, sino dirección paternal amorosa, mediante enseñanza, amonestación y prohibición. Si es necesario, los padres pueden hacer notar a un hijo desobediente esta autoridad recibida de Dios. Quien para ello deja pasar los primeros años de la vida, descuida la mejor ocasión y ciertamente lo lamentará más tarde con lágrimas, cf. Pr. 29:15.

Como es natural, en la expresión «en su camino» tenemos presente también su camino de vida *posterior,* por ejemplo, su capacidad para toda palabra y obra buena, a las que Dios llamará al niño en su vida. En este caminar por la vida con

Dios, el educador debe *iniciar* al niño, como el idioma hebreo dice, literalmente: «Enseña al joven *los primeros principios...»* a saber, el derecho que Dios, en virtud de su pacto, tiene sobre toda nuestra vida; consecuentemente: una educación desde el respeto a los preceptos de Dios en las Escrituras y en la creación (cf. cap. 4, sobre Pr. 1:7).

A los niños, pues, les corresponde recibir, cuanto más jóvenes mejor, la enseñanza primaria acerca del pecado y la gracia, así como acerca de su purificación por la sangre de Jesucristo. Acostúmbreseles pronto al servicio de Yahvéh y a la voluntad de Dios, explicándoles diariamente la Palabra. Timoteo conocía, *desde la niñez*, las Sagradas Escrituras, 2 Ti. 3:15. Las excepciones que en este proverbio se omiten, confirman que también en el Reino de Dios vale como regla: ¡Lo que entra con la faja, sale con la mortaja! Es decir, lo que se aprende de niño se conserva hasta la muerte.

Además de la incitación para comenzar lo antes posible con la educación ("en su camino"), en este proverbio también se puede escuchar una amonestación que se debe tener en cuenta: *la naturaleza y edad* del niño. Dios creó todo según su naturaleza, incluso al niño; y sus prescripciones para la vida del niño son distintas que las de los adultos. El niño joven vive aún en una esfera propia; aún no conoce sus tareas en la vida e ignora la responsabilidad de la obligación de la persona adulta. Se queda absorto en su juego. Ya por esto mismo, Dios puso unos límites a la capacidad de los niños que debemos respetar.

Además, nuestros niños han sido concebidos y nacidos en pecado (cf. Sal. 51). Por lo cual, lo mismo que en nuestra propia vida, existen también en su vida infantil toda clase de faltas y defectos. Tampoco ellos, lo mismo que nosotros, alcanzan el ideal. Los educadores duros, como Jesús ben Sirach, tratan de forzar esta triste realidad, deslomándolos (cf. Pr. 19:18). Pero, los discípulos de Salomón muestran, en la educación de sus hijos, respeto a los límites de su poder respecto al bien y al mal; pues, también ello es, «según la exigencia de su camino», cf. Sal. 103: 8-14.

No es que entonces tengamos perfecta paz respecto a los pecados y debilidades de nuestros hijos; o que descansemos pasivamente en ellos. ¡Ni mucho menos! Pero nuestro celo por la corrección de la naturaleza pecadora de nuestros ni-

ños resulta de un corazón manso y humilde, que también conoce el pecado y miseria propios. Tengamos en cuenta que, también en la educación de pecadores hijos de los hombres, no todo puede ser enderezado, sino que primero debemos sembrar pacientemente y escardar antes que podamos segar.

Proverbios: 22:14

> *«Fosa profunda es la boca de la mujer extraña;*
> *el que provoca la ira de Yahvéh, caerá en ella».*

La forma en que semejante mujer puede engatusar con su boca y cómo se cae entonces en tal hoyo, es cosa que Salomón, por vía de ejemplos de la vida práctica, lo ha hecho ver detalladamente: reléase el Cap. 9: Adulterio y prostitución: la necedad coronada.

Proverbios: 22:15

> *«La necedad está ligada al corazón del muchacho,*
> *pero la vara de la corrección la alejará de él».*

En la Sagrada Escritura, la necedad no representa algo tan inculpable como la simplicidad infantil, sino que es otra palabra para designar el pecado.[74] La necedad designa el mal como una expresión de torpeza, y es en primer lugar una palabra religiosa. Por desgracia, ya está ligada al corazón de nuestros hijos, como también el autor de proverbios debió constatar. Nadie tiene que *enseñar* a sus hijos la desobediencia a los mandamientos de Dios, «porque el corazón del hombre se inclina al mal desde su juventud» (cf. Gn. 8:21, Sal. 51:5, Job 14:4); a no ser que seamos regenerados por el Espíritu de Dios.

Las Sagradas Escrituras nos enseñan aquí que la necedad no siempre se aparta sin dolor de una persona, sino que para ello se puede esperar que haya dolor. La necedad se aleja realmente del corazón de los niños por medio de un par de cachetes. Sobre todo cuando no se espera demasiado. «El que no aplica el castigo aborrece a su hijo; el que lo ama, lo corrige a tiempo», Pr. 13:24. Deducimos de ello, que el mejor tiempo para la corrección corporal coincide con los años *previos* al colegio, porque la experiencia enseña que un niño, por lo general, cuando mejor escucha el castigo corporal es du-

rante los primeros años de vida. Los niños que ya en los años previos al colegio conocen el castigo, en general, apenas tendrán necesidad del mismo en el colegio. Ellos ya habrán aprendido en casa a cumplir con el deber.

Obsérvese, además, el uso de la corrección en la educación, en nuestro comentario a los Proverbios 13:24, 19:18, 22:6, 23:13 y 29:15.

¿Debe existir realmente el colegio sin la vara?

Pero, ¿y cuando los niños se oponen frontalmente a la autoridad en el colegio? ¿Puede el maestro alejar del corazón del niño la necedad sin la vara de corrección?

Antes de la Segunda Guerra Mundial, la «vara» de corrección era usual en muchos países de Europa. Por ejemplo, dar un golpe con la regla en la palma de la mano. Pero actualmente los castigos corporales han caído en desuso. Quizá en Inglaterra aún no (según fuentes de 1977). Sin embargo, ¿es esto prueba de obediencia a las Sagradas Escrituras y al Espíritu de la sabiduría? A. Janse, maestro y conocido escritor, pronunció en 1936 una conferencia defendiendo la «vara» en casa y en la escuela. [75]

Y, en otra parte, advierte, especialmente sobre su uso en la escuela, diciendo lo siguiente:

«Ahora, y a veces a diario, un maestro puede ser provocado, casi impunemente, hasta que la medida se colma y él, a la desesperada, coge del brazo al muchacho travieso y le aplica un castigo corporal que, muy frecuentemente, restablece la autoridad (¡que recibió de Dios!). 'Esto ya se debía haber hecho mucho antes', puede decir entonces el maestro, según la sabiduría que encontramos en el libro Proverbios.

«Por otra parte, no *existe* diferencia absoluta entre un castigo corporal que, según se dice, es una humillación, y un golpe espiritual y psíquico *que no dañaría*. En nuestra época, llena de enfermedades nerviosas, es sorprendente que se forme un gran jaleo acerca del castigo corporal y que, a veces, nadie sospeche nada de cómo un niño, por así decirlo, queda psicológicamente paralítico. Parece como si el daño psíquico pueda aplicarse sin consecuencias, pero la brutalidad extrema, según algunos jueces, no puede ser ni tocada con el dedo. Así ha surgido la equivocación de que el castigo psíquico pue-

de aplicarse sin medida... y que la «vara» puede aplicarse únicamente de forma clandestina.

Pero, castigar clandestinamente lleva consigo muchos peligros.

En primer lugar, éste: Que el castigo se retrase excesivamente y entonces la tensión sea, en algún caso, demasiado grande; y así, el maestro no castigue con ira legítima, sino en un arrebato de cólera, y, de esa forma, exista peligro de daño o lesión; y de una escena que rebaje al maestro. Y, sin embargo, pueda estar en su derecho ante el Señor.

Sería mejor que no se hiciera distinción injusta entre castigo corporal y psíquico; y que se hiciera una buena regulación en la que se estableciera el derecho del castigo corporal.

Si los padres tienen influencia o derechos en el colegio, pueden imponer una regulación al respecto. Si hay una asociación o comisión de padres, pueden regular bien este asunto: la medida del castigo en la circunstancia de la resistencia a la autoridad.

Entonces, el castigo corporal se tendría que aplicar con menos frecuencia; y los castigos clandestinos (como pellizcos, etc.) podrían ser reprimidos con más severidad.

Por último, esto: el maestro cristiano debe seguir la gran regla de Dios el Señor: «Yo, a quien amo, lo corrijo».

El maestro mismo también puede experimentar en su vida la mano castigadora de Dios, en el sentido de que su pecado personal sea visitado por el Señor.

Así pues, el maestro debe preservar la disciplina con sabiduría, lo mismo que David, que después de que el profeta Natán le señalara su pecado con Betsabé (Salmo 51), tuvo que seguir administrando justicia

¡Que el Espíritu de Dios nos sostenga, para que no permitamos incumplir la Ley de Dios, el 5º mandamiento, en nuestra clase de la escuela, aunque *nosotros mismos* ya hayamos pecado contra ella anteriormente!; pues, obrando así, «te salvarás a ti mismo, y a los que te oyeren», (1 Ti. 4:16).»

Hasta aquí, la larga cita del maestro, Sr. Janse, en 1936.

Posteriormente la escuela cristiana ha tomado otros caminos. Las Sagradas Escrituras instan desde hace siglos a un uso sabio de la «vara» de corrección, pero el espíritu de la Revolución Francesa ha llevado a muchos cristianos a aborrecer de for-

ma absurda este medio de educación acorde con la Biblia. Aquella Revolución aún sigue operando con la siguiente divisa: «Libertad, Igualdad y Fraternidad». Pero, ¡ay de nosotros, si su siguiente estadio amaneciera! Es de temer, que esa misma Revolución que abolió el uso *razonable* de la «vara», ¡después la cambie por el uso *irracional* del *garrote!*, con el cual castigó sin piedad a sus propios hijos, sobre todo después de su victoria.

NOTAS Cap. 12

1.– Véase Cap. 2, apdo. 3, "Plan y orden del libro"

2.– Cf. A.Keizer, *La Palabra de Dios, libro de vida para este tiempo*, pág. 45, FELiRe 1976

3.– Cf. A.Keizer, *La Palabra de Dios, libro de vida para este tiempo*, pág. 48, FELIRE 1976

4.– Véase el comentario de Pr.18:11

5.– o sea, indiferente, desdeñado, cf. F. van Deursen., *Los Salmos I*, pág. 186, nota 13, FELIRE

6.– cf. F. van Deursen., *Los Salmos I*, 46, 56, 95

7.– F.van Deursen, *Los Salmos I*, 48-56

8.– cf. también comentario de Pr. 3:27.

9.– F.van Deursen, *Los Salmos I*, pág 95, FELIRE

10.– La versión de Reina/Valera 1995 del versículo 17b también es posible, pero nosotros preferimos traducir *hace errar*, por lo cual, el paralelo con el versículo 17a resalta mejor.

11.– F. van Deursen, *Los Salmos I*, pág. 114 y 115

12.– F. van Deursen, *Los Salmos I*, pág.100 - 103)

13.– vers. 17a: lit.: 'a su alma' (hebreo: *nafshó*), 'a sí mismo'. Vs. 17b: lit. "a su carne", Reina-Valera 1960 "a sí mismo". Este es un acertado paralelismo alma /carne. F.van Deursen, *Los Salmos I*, pág 208, FELIRE

14.– S. I. McMillen M.D., *None of these Diseases*, London, 1966, 128/32.

15.– Ibid., op.cit., p.129s: «Un siquiatra dice: 'Sin amor perdemos la voluntad de vivir. Nuestra vitalidad mental y síquica queda dañada, nuestra resistencia queda disminuida. Y sucumbimos ante enfermedades que con frecuencia resultan mortales. Puede ser que escapemos a la muerte, pero lo que queda es una existencia estéril y vacía, tan empobrecida emocionalmente que solamente podemos considerarnos como medio vivos.' (Smiley Blanton, Love or Perish) (New York, Simon and Schuster, Inc. 1956), p. 4.

16.– F. van Deursen., *Los Salmos II*, Sal. 119:66, FELiRe 1997, págs. 694/96)

17.– F. van Deursen, *Los Salmos II*, Índice de Materias: Alma)

18.– F. van Deursen, *Los Salmos I*, 124/25.

19.– F. van Deursen, *Los Salmos II*, FELiRe 1997, 502/3.

20.– F. van Deursen., *Los Salmos I*, FELiRe 1996, 99 y s.

21.– Traducción debida a W. A. van der Weiden, *Le Livre des Proverbes*, Roma 1970, 102/3.

22.– Véase su retrato en *Los Salmos I*, F. v. Deursen, FELiRe 1996, pp. 80-82.

23.– A. Janse, *Los Justos en la Biblia*, FELiRe 1998, 264-265.

24.– F. van Deursen., *Los Salmos II*, FELiRe 1997, 574-575.

25.– Dr. Douglas Kelly, Universidad de California. Lo citamos por conducto del Dr. McMillen, op. cit. p 124. Véase tambiénPr. 29:15, donde le citamos una vez más.

26.– *rab*, la misma palabra que en 2 S. 22:25, Sal. 24:4, 73:1 y Job 11:4; de una radical que significa purificar, limpiar, apartar. La mayoría traducen: el pesebre permanece vacío, pero «limpio» nos parece más adecuado.

27.- J. Huizinga, *In de schaduwen van morgen* (En las sombras de mañana), 7e druk, Haarlem (Holanda), 1963, p.51.

28.- op cit.,p.70

29.– op. cit., p.71

30.– op. cit., p.72.

31.– op. cit., p.69

32.– Más tarde Jesús ben Sirach escribió: «Envidia y mal humor los días acortan; las preocupaciones traen la vejez antes de tiempo», Eclesiástico. 30:24.

33.– El psiquiatra Alfred Adler se obsesionó conel ansia de poder del hombre, y Freud con la inclinación del sexo, pero la Biblia dirige la terapia al origen de estos síntomas, o sea, a nuestra naturaleza carnal, Gá. 5:24. En lugar de numerosas, caras y frecuentemente inútiles visitas al psiquiatra, es mejor que uno crucifique su carne en el poder del Espíritu de Jesús», según el Dr. McMillen, o. c., 38.

34.– Alfred Adler escribió: «El mandato más importante que la religión ha dado siempre, es: "Ama a tu prójimo"., S. I. McMillen, o. c. 78.

35.– La versión Reina-Valera 1960, aquí dice «esperanza», pero el autor del libro sigue a otros traductores.

36.– D. Kidner, a. l., W.A. van der Weiden, op. cit: Pero el justo tiene confianza ante la muerte. «De hecho, los estudios filológicos de estos últimos añoshan arrojado nueva luz sobre la controversia, siempre abierta, sobre el tema de la creencia en la supervivencia – y no sólo únicamente en la sombras del Seol – entre los israelitas», 113.

37.– F. van Deursen, FELiRe 1996, 202 - 207

38.– F. van Deursen, *Los Salmos I*, FELiRe 1996, 79/80

39.– F.van Deursen, *Los Salmos (I y II)*, págs. 196, 253, 403.

40.– F. van Deursen., *Los Salmos II*, 481-484 FELiRe 1997

41.– F. van Deursen., *Los Salmos I*, cap. 4.

42.– F. van Deursen, *Los Salmos I*, 226-227, FELiRe 1996

43.– F. van Deursen, *Los Salmos I*, 74-7, FELiRe 1996

44.– El Dr. Hans Selye, autoridad de fama mundial en el terreno del *stress*, escribía: «Not work but worry makes us weary» (citado por Dr. McMillen, op. cit., 90).

45.– Dr. McMillen, op. cit., 92.

46.– Idem, op. cit., 65

47.– F. van Deursen., *Los Salmos I*, cap. 11, FELiRe 1996

48.– Dr. McMillen, op. cit. pág. 109.

49.– F. van Deursen., *Los Salmos I*, 48-50, FELiRe 1996

50.- *Incredulidad y Revolución*, G. Groen van Prinsterer, conferencia XI, FELiRe 1982

51.– G. Groen van Prinsterer, op. cit. p. 15 y ss

52.– F. van Deursen, *Los Salmos II*, FELiRe 1997, 446/48

53.– F. van Deursen, *Los Salmos I*, FELiRe 1996, 91-98

54.– Véase F. van Deursen, en *Los Salmos II*, *Indice de Materias:* alma. También comentario a Pr. 11:17.

55.– En el idioma hebreo, el participio *sonèh* se refiere a un repetir constantemente. Así en varias versiones europeas.

56.– En su discurso: «De ziel der geneeskunde», Haarlem (Holanda) 1950 p.9

57.– op.cit., p.15

58.– ibid.

59.– o. c., p.15.

60.– Aquí no seguimos la Versión Reina-Valera 1995, sino la versión NGB neerlandesa, pues nos hallamos ante la misma palabra hebrea que en Pr. 17:14 se usa para describir una disputa que estalla.

61.– F. van Deursen, *Los Salmos I*, Felire 1996, págs. 21 y 206

62.–. F. van Deursen., *Los Salmos I*, 80/82, FELiRe 1996.

63.– Jesús ben Sirac (en los Apócrifos - véase en cualquier versión católicorromana) se ocupa a su manera de este asunto en cap. 15:11-20, lo cual es calificado por F. Delitzsch como una bonita paráfrasis.

64.– F. van Deursen., *Los Salmos II*, p. 574, a.,Ira acumulada, FELiRe 1997.

65.– En hebreo: *tifèrèt* (que, entre otras cosas, significa: adorno, esplendor, honra, orgullo, etc.), Ex. 28:2.

66.– A. Janse, *Los Justos en la Biblia*, FELiRe 1998, 261.

67.– F. van Deursen., *Los Salmos II*, 386/7, FELiRe1997.

68.– El verbo *esperar,* en hebreo es el verbo *qawah*, y tiene los significados siguientes: 1) lo que quizá u ojalá llegue, cf. Jue. 3:25, Job 3:21, Jn. 5:3, Hch. 16:19 y 20:5. 2) la esperanza cristiana que se dirige a lo que categóricamente llegará, cf. Lc. 12:36, Hch.1:4, He. 6:11, 1 P. 1:3, 1 Jn. 3:3. Categóricamente, por: Mt. 10:24:35, He. 10:23.

69.– *Catecismo de Heidelberg*, pregunta y respuesta 28. Y véase salmo 33.

70.– Susan T. Foh. *What is the woman's desire? art. in The Westminster Theological Journal* vol. xxxii, Spring 1975, nr. 3, p. 376-383. Comparando el texto de Gén. 3:16 "tu deseo será a tu marido" con Gén. 4:7, ella deja claro que esta traducción tradicional de la palabra *t*^{e}*šūqāh* debe ser interpretada como su deseo imperioso sobre su marido. "La mujer tiene la misma clase de deseo por el primer marido que el pecado tiene para Caín, un deseo de poseerlo o controlarlo. Este deseo hace que ella cuestione el liderazgo del marido."

71.– «Al igual que el Señor le dijo a Caín lo que debía de hacer, es decir, dominar o enseñorearse del pecado, así también dice lo que el marido debe hacer: gobernar a su mujer." a.a. 381v.

72.– *Guard thy self against robbing the oppressed.* J. Pritchard, Ancient Near Eastern Texts relating to the Old Testament, 422a.

73.– «La enseñanza prescrita es literalmente 'según su (del niño) camino', implicando, al parecer, respeto a su individualidad y vocación, aunque no a su propia voluntad«, D. Kidner: *Proverbs*, London 1964, ad locum.

74.– F. van Deursen., *Los Salmos I*, FELiRe 1996, 80-82

75.– A.Janse, *Los Justos en la Biblia*, FELiRe 2ª ed. 1999, 264.

Capítulo 13

Proverbios 22:17 al 24:29

ALGUNAS PALABRAS DE OTROS SABIOS

En Pr. 22:17 comienza la tercera de las siete colecciones de las que nuestro libro de Proverbios está compuesto (o, si Pr. 24:23-34 se quiere tomar aparte, entonces sería la tercera y cuarta de las ocho colecciones). Hasta Pr. 24:34 no leemos ningún proverbio de Salomón, sino de otros sabios, como al comienzo leemos: «Inclina tu oído, escucha las *palabras de los sabios*», Pr. 22:17, cf. Pr. 24:23. [1]

Los temas no son nuevos en comparación con las colecciones precedentes (Pr. 1 al 9, y 10 al 22). La forma de los *meshalim* se parece a la de los Proverbios 1 al 9, los cuales muestran algo más de conexión y cuentan con más de dos líneas. Asimismo se dirigen algo más directamente a los oyentes y lectores, como era el caso en Pr. 10 al 22.

Proverbios 22:17-19

> *«Inclina tu oído, escúchalas palabras de los sabios*
> *y aplica tu corazón a mi sabiduría,*
> *porque es cosa deliciosa que las guardes dentro de ti*
> *y que, a la vez, se afirmen en tus labios.*
> *Para que tu confianza esté puesta en Yahvéh*
> *te las he hecho saber hoy a ti también».*

Dios nos dio el libro de Proverbios, no para que lo ojeemos sino para ponerlo en *nuestro corazón*. Por eso aconsejamos subrayar los proverbios bíblicos que llamen la atención y luego releerlos unas cuantas veces, hasta que se aprendan de memoria; pues de lo que esté lleno el corazón, hablará la boca.

Los sabios dicen que es *agradable* cuando adornamos nuestras conversaciones con sus proverbios. Así crece también nuestra confianza en Dios y en el orden de vida que Él ha dado a conocer en su Palabra y en el resto de sus obras (repasa, a este respecto, una vez más, el capítulo 4).

Proverbios: 23:13-14

> *«No rehúses corregir al muchacho,*
> *porque si lo castigas con vara, no morirá.*
> *Castígalo con la vara y librarás su alma del seol».*

Los padres que deben pegar a sus hijos, frecuentemente sienten ellos mismos un gran dolor. Sólo por eso, esta amonestación contra la blandura de trato no es superflua. Pero, en nuestra época, esta amonestación es especialmente pertinente porque los pueblos cristianizados, por su apostasía de Dios y su Palabra, se han entregado a una indisciplina cada vez mayor. El espíritu secular (que domina a nuestros contemporáneos, 1 Co. 2:6 y 2 Co. 4:4) hace ya muchos años que predica la «educación libre», y no quiere ni oír hablar de los castigos corporales ni tampoco de la vara, de la que los autores de proverbios tanto bueno esperan.

Puesto que es necesario que defendamos su consejo frente al revolucionario espíritu de nuestra época (Is. 40:8, 2 Co. 13:8), nosotros sentamos el principio de que también vale aquello de que «toda la Escritura ha sido inspirada por Dios», 2 Ti. 3:16, cuando se trata de proverbios sobre la vara de corrección. El Espíritu de la sabiduría también habla por medio de la recién mencionada amonestación del autor de los proverbios; y con ello, para nosotros, todos los proverbios sobre castigos corporales están por encima de toda crítica.

Ahora bien, el Espíritu de Dios nos dio esta sabiduría por medio del ministerio de hombres, pero éstos no eran moralistas de ánimo cruel. Sólo la tierna expresión «Hijo mío» (cf. Cap. 5, Pr.8 y 9) revela el corazón entrañablemente cariñoso de los educadores, que consideran paternalmente a sus discípulos como sus hijos. Asimismo en Pr. 19:18 ya hablamos sobre la cálida actitud de los sabios para con sus discípulos; y lo mismo nos hace pensar Pr. 23:15-16, un poco más abajo del proverbio que ahora estamos viendo y, más o menos, continuación del mismo: «Hijo mío, si tu corazón es sabio, también a mí

se me alegrará el corazón, y mis entrañas también se alegrarán cuando tus labios hablen con rectitud». ¿Brota este lenguaje de un carácter pobre en sentimientos?

Además, para estos sabios la corrección no se limita a castigar. Ciertamente no con un uso necio de la vara de corrección, véase al respecto Pr. 19:18. En el libro de Proverbios, corrección es, primeramente, dirección amigable y paternal, mediante enseñanza y amonestación que, de forma eventual, puede aportar alguna fuerza, preferentemente con niños pequeños, mediante un par de mojicones.

No se mencione esto, por favor, como «algo típico del Antiguo Testamento», pues, en la carta a los Hebreos -como ya indicamos anteriormente- cita con consentimiento general Pr. 3:11, y pregunta: «¿Qué hijo es aquel a quien el padre *no* disciplina?» Para establecer fríamente que esto, como es natural, «en el mismo momento no le causa gozo alguno sino pena». Pero, a fin de cuentas, ¿cuál es su fruto?: Hebreos 12:5-11. Aquí, los autores de los proverbios también indican lo mismo.

Son conocidos los reproches que se han aportado contra los castigos corporales. Se los considera inhumanos y demasiado duros. ¿Se habrían enterado ya de este último reproche los sabios en el antiguo Israel? Seriamente responden al mismo: -»*¡Él (niño) no muere de eso!*» ¿No es verdad? Es decir, el asunto no se ve en su justa proporción; y luego sigue el argumento principal: *«Tú lo castigas con la vara, pero salvas su vida* (literalmente: su alma, a él mismo) *del reino de la muerte!»* Con lo cual, ¿no están restando importancia a los reproches principales? El niño no sólo sobrevivirá, ¡sino que *por eso mismo* sobrevivirá! ¡La corrección puede salvar vidas!

Si no, ¡fijémonos en los niños que crecen indisciplinados! A esos niños de tres años, cuyas manos todo lo quieren coger y toquetear, a quienes se les ha privado de toda disciplina, mueren, a veces, por ingerir líquidos excesivamente calientes, o materias venenosas. Es cierto que la mejor disciplina no puede evitar un accidente, pero, en muchos casos, una buena disciplina podría haber salvado vidas, literalmente, de la muerte. ¿Quién puede contar los que perecieron en la horca o en el patíbulo, o de otra forma encontraron una muerte prematura?

La indisciplina conduce a una muerte temprana, cf. Pr. 3:1 y ss. Esto es una regla, y las excepciones no la anulan; y puesto que la autoridad paterna se halla, por así decirlo, en una sola mano, el relajar la disciplina paterna tiene consecuencias en todos los terrenos de la vida. Los padres que dejan de usar su «vara», dieron pie, alguna vez, a que Dios cogiera la suya. Entonces, pueblos e iglesias, matrimonios y escuelas, asociaciones y empresas llegaron a saber que la necedad de la indisciplina lleva a la perdición o al fracaso. De hijos indisciplinados crecen ciudadanos indisciplinados, miembros de iglesia infieles, consortes infieles y compañeros de trabajo no fiables; ¡y esto podía haberlo evitado la «vara»; con tal que hubiera sido usada a tiempo, es decir, pronto!

Más acerca del castigo corporal en Pr. 13:24, 19:18, 22:6 y 15.

Proverbios 23:17-18

> *«No tenga tu corazón envidia de los pecadores,*
> *antes persevera en el temor de Yahvéh en todo tiempo.*
> *Porque ciertamente hay un porvenir*
> *y tu esperanza no será frustrada»*

¿Quiénes son realmente esos pecadores? Ciertos cristianos dicen a veces: -»Todos somos pecadores». Eso es lo que quiere decir indudablemente Ec. 7:20 y Stg. 3:2; pero así no se expresan correctamente. Pues, pecador significa, al igual que escarnecedor, soberbio, hacedor de maldad y necio; siendo esta última una de las palabras con que la Sagrada Escritura designa a *los impíos*. Nosotros ya hablamos más extensamente de ellos.[2] El impío o pecador es, en la Sagrada Escritura, la antípoda del justo.

¿Qué caracteriza a alguien como un pecador? Puesto que frecuentemente vemos el pecado y el mal exclusivamente en el plano ético, tenemos por pecadores sólo a los autores de toda clase de delitos, como injusticias sociales, asesinato, robo, pecados en el terreno sexual y otros delitos contra la segunda tabla de la ley de Dios. Pero también los justos pueden caer en ellos (lo cual es distinto que vivir en ellos). Sin embargo, y por eso mismo, la Sagrada Escritura no los llama pecadores; y esto ocurre porque la Palabra de Dios tiene mucho más en cuenta el motivo fundamental de la actitud de

vida de alguien; cosa que en los pecadores es su presunto derecho de autodeterminación.[3]

Por ello, recuérdese, aquí y ahora, respecto a la palabra pecador, no sólo a los asaltantes de bancos, a los adúlteros y asesinos, sino también a muchos que, a simple vista, llevan una vida decente; pues éstos, según los criterios de la Sagrada Escritura, pertenecen igualmente a los pecadores, aunque respecto a su vida quizá haya una cierta aureola de justicia propia humanista o incluso una sombra de religiosidad. Pero, a pesar de esto, se hacen a sí mismos culpables del *mal más grande* que una persona puede cometer: Renegar altivamente del Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, su Hijo, su Espíritu, su Palabra y su Pacto, y exigir para sí mismos autonomía completa. Este es el pecado capital que en ningún lugar se puede cometer tan brutalmente como por cristianos apóstatas que nacieron bajo la cúpula del pacto de Dios.

El lema de vida del pecador es: «Ni Dieu, ni maître» -Ni Dios ni amo. Eso determina todo su hacer y dejar de hacer: su visión del deber, vocación de obediencia, capacidad de obediencia, gobierno de derecho, educación de los niños, empleo del tiempo libre, etc. En todos estos terrenos el pecador descarta brutalmente el derecho de *Dios* sobre nuestra vida, y se le llena la boca de *su* «derecho» a esto y aquello (certeza social, tiempo libre, liberación sexual, etc.).

Ahora bien, según dijimos en el capítulo 3, el libro de Proverbios está destinado a la gente joven. En ese período de juventud se espera aún mucho de esta vida: un matrimonio feliz, una familia armoniosa y un progreso en la sociedad. La falta de experiencia en la vida (cf. Cap. 3, b.) los expone, además, al peligro de que caigan impresionados por el estilo de vida de los pecadores e incluso envidien a éstos; como también el piadoso Asaf miraba amargamente la prosperidad de los pecadores (su Salmo 73 forma, lo mismo que el 37, un comentario estupendo a este proverbio). Pero los sabios avisan a sus jóvenes lectores a no tener envidia de los pecadores engreídos, porque el hombre apenas puede fomentar fundadas esperanzas de futuro (Pr. 23:18), si "persevera en el temor de Yahvéh en todo tiempo" (Pr. 23.17b).

No existe ningún otro medio más certero para remediar de alguna manera esta vida humana rota, y encontrar el ca-

mino de la menor miseria posible en este mundo torcido, que el temor de Yahvéh o el respeto fiel al orden de la vida que Dios ha revelado en su Palabra y en sus demás obras, cf. Cap. 4. El libro de Proverbios forma con ello una guía excelente, completamente destinada a la práctica de la vida diaria. Si nos atenemos a este libro, habremos suscrito el mejor seguro de vida. No será necesario entonces ir a un abogado para un proceso de divorcio, ni ir a la cárcel a causa de una estafa. *«Porque ciertamente hay un porvenir, y tu esperanza no será frustrada»,* dice nuestro proverbio.

Este libro bíblico contiene algunos otros *meshalim* de la misma tendencia: «La esperanza de los justos es alegría, mas la esperanza de los malvados perecerá», Pr. 10:28. «Cuando muere el hombre malvado, perece su esperanza; la expectación de los malos perecerá», Pr. 11:7. «No tengas envidia de los hombres malos ni desees juntarte con ellos, porque su corazón trama violencias e iniquidad hablan sus labios», Pr. 24:1-2. «No te juntes con los malignos ni envidies a los malvados, porque para el malo no habrá buen fin: ¡la lámpara de los malvados se apagará!», Pr. 24:19-20., cf. 24:14.

El apóstol Juan escribiría más tarde: «No améis al mundo ni las cosas que están en el mundo. Si alguno ama al mundo, el amor del Padre no está en él, porque nada de lo que hay en el mundo -los deseos de la carne, los deseos de los ojos y la vanagloria de la vida- proviene del Padre, sino del mundo. Y el mundo pasa, y sus deseos, pero el que hace la voluntad de Dios permanece para siempre», 1 Jn. 2:15-17.

Proverbios 23: 29-35

«¿Para quién serán los ayes? ¿Para quién el dolor?
¿Para quién las rencillas? ¿Para quién las quejas?
¿Para quién las heridas sin razón?
¿Para quién los ojos enrojecidos?
Para los que no dejan el vino,
para los que van probando mixturas.
¡No mires el vino cuando rojea, cuando resplandece
su color en la copa!
Se entra suavemente, pero al fin muerde
como una serpiente, causa dolor como un áspid.
Tus ojos verán cosas extrañas y tu corazón

dirá cosas perversas.
Será como si yacieras en medio del mar
o como si yacieras en la punta de un mástil.
Y dirás: «Me hirieron, mas no me dolió;
me azotaron, pero no lo sentí;
cuando despierte, volveré en busca de más».

Aquí tenemos un esquema sincero de un aficionado al alcohol. Proverbios se limita aquí al vino, pero, naturalmente, podemos aplicar esta lección a toda clase de bebidas alcohólicas (¿y por qué no también al uso de las drogas?). Vemos al borracho caminando. Oscilante se tambalea por la calle. Los ojos turbios, la indumentaria arrugada, el rostro enrojecido como consecuencia de una borrachera. Mañana se despertará con resaca y sorprendido, contemplando sus heridas en el espejo. ¿Quién le habría puesto así la noche anterior? A pesar de eso, volverá a agarrarse a la botella, pues el rey alcohol aún tiene esclavos a quienes no deja libres ningún día.

Ahora, en pasajes de las Escrituras como el mencionado, se indica claramente que la Biblia, a pesar de todo, también habla sobre el vino apreciándolo. Efectivamente. Por ejemplo, el Predicador decía: «Anda, come tu pan con gozo y bebe tu vino con alegre corazón, porque tus obras ya son agradables a Dios», Ec. 9:7. Por tanto, difícilmente se puede mantener que las Sagradas Escrituras prohiben *todo goce* del vino, cf. Gn. 27:28, Sal. 104:15, Is. 55:1, Jn. 2:1-11, 1 T. 4:4-5, 5:23. Pero, por favor, no se citen estos pasajes de las Escrituras con el fin de privar de su poder *a las muchas admoniciones* de las mismas Escrituras contra el abuso del alcohol, y despreciar su enseñanza.

Profetas, sabios y apóstoles amonestan con unanimidad contra la embriaguez. Isaías amenazaba: «¡Ay de los que son valientes para beber vino, y hombres fuertes para mezclar bebidas», Is. 5:22, cf. 28:1. ¿Se transmiten en las predicaciones semejantes amonestaciones con la frecuencia debida? Esto, en cualquier caso, no siempre estaba en orden en Israel, pues aquellos que debían transmitir las amonestaciones, ellos mismos estaban borrachos con frecuencia: «...el sacerdote y el profeta erraron por la sidra, fueron trastornados por el vino;...», Is. 28:7. Expresados en nuestros términos: ancianos, predicadores y profesores en teología se sobrepasan en el uso de las be-

bidas alcohólicas. Pero, por «el quebrantamiento de José» (el derrumbamiento de la vida cristiana) no se afligen», Amós 6:6. Se ve enseguida que el abuso del alcohol siempre ocurría en todo rango y estamento social. Incluso los niños pueden caer intoxicados por bebidas alcohólicas.

Guardémonos de que no vayamos a considerar la afición a las bebidas alcohólicas como una *enfermedad* horrible, como suele ocurrir. Es un *pecado* escandaloso, por el que alguien puede perder su salvación eterna. «¡No os engañéis: ni los fornicarios, ni los idólatras, ni los adúlteros, (...) *ni los borrachos*, (...), heredarán el reino de Dios», 1 Co. 6:9-10. La embriaguez pertenece a las obras de la carne, de las que el apóstol Pablo avisó, «que los que practican tales cosas no heredarán el reino de Dios», Gá. 5:19-21, cf. Ro. 13:13, Ef. 5:18. Ahora bien, Dios no niega a nadie el Reino porque esté *enfermo*, sino porque no quiere convertirse de su *pecado*. Por lo cual, lo primero no es que los borrachos sean *sanados,* sino que se *conviertan* de su pecado.

Por los *meshalim* (proverbios) mencionados se puede ver con cuánta facilidad, y por eso de forma traidora, uno puede ser inducido a este mal. ¿No lo indicarían delicadamente los autores de proverbios por medio del lugar que ocupa esta amonestación en esta colección? ¡Pues se halla inmediatamente detrás de una amonestación por causa de la mujer impúdica! ¿Y la voz del pueblo no lo menciona abiertamente? Los alemanes tienen un refrán al respecto: 'Donde gobierna Baco, Venus no está muy lejos. 'De todos modos, lo sabríamos por el profeta Oseas: «Fornicación, vino y mosto quitan el juicio», Oseas 4:11; cf. Hab. 2:15. El libro apócrifo de Eclesiástico, de Jesús ben Sirac, dijo: «Vino y mujeres pervierten a los inteligentes», 19:2 cf. 31:25-31.

Por eso, los sabios comienzan su amonestación contra *el ámbito o esfera* en que mayormente se cometía este mal: avanzada la noche («para los que se detienen mucho en el vino», v. 30, RV-60), las charlas sobre el aspecto del vino («cuando rojea, cuando resplandece en la copa») sobre la cualidad de la mezcla («los que van probando mixturas», v. 31). También los profetas y apóstoles indican que el abuso del alcohol ocurre especialmente por la noche. Isaías también conocía a «los que siguen hasta la noche, hasta que el vino los enciende», Is. 5:11. «Y los que se embriagan, de noche se embriagan», 1 Ts.

5:7. Quien piense estar seguro en este punto, mire que no caiga. Más de un alcohólico inició su abuso del alcohol en el ámbito social de la diversión y sociabilidad nocturna.

Pero, ¡reptando traidoramente llegó la serpiente venenosa! Los sabios lo han pintado vivamente. «Se entra suavemente, pero al fin muerde como una serpiente», vs. 31-32. Esta es la cuenta que todos deben pagar por el abuso desmedido de las bebidas alcohólicas. Éstas te levantan, momentáneamente, de tus preocupaciones y hacen que se aparten las tensiones, pero, ¡ay de ti, si te entregas a ellas! Entonces se llega a saber, que en esos atrayentes vasos de vino se ocultan serpientes venenosas que muerden inesperadamente e inoculan su veneno en tu cuerpo. Esto último hay que tomarlo literalmente.

El alcohol envenena el entendimiento, mina la fuerza de voluntad y roba el uso normal de los sentidos. Los versículos 33-35 dejan ver la acción trágica de este mordisco de la serpiente. «Entonces tus ojos verán cosas extrañas y tu corazón dirá cosas perversas», v. 33. El borracho pierde su clara visión de la realidad, igual que el adicto a las drogas. Un alcohólico puede incluso llegar a padecer ideas vanas permanentemente, p. ej., que su mujer le es infiel. Aquí, Proverbios quizá se refiere a las alucinaciones del adicto profundo que padece «delirium tremens»; y puesto que el borracho da poco de sí, se entrega frecuentemente a fantasías y fanfarronadas pueriles.

Quien pierde así el control de sus sentidos, pierde también el sentido de la orientación y, además, apenas puede andar y se expone a toda clase de *peligros de muerte.* Esto es lo que señala con ironía mordiente el versículo 34: «Será como si yacieras en medio del mar o como si yacieras en la punta de un mástil».[4]

Respecto a esto, en nuestro tiempo pensamos en los miles y miles de víctimas que el alcohol provoca en cualquier parte del mundo en accidentes de tráfico, cosa que vemos en la información diaria de los periódicos. La medicina moderna ha desarraigado casi por completo las antiguas y tan temidas epidemias de peste y cólera, pero otra causa de muerte llegó en lugar de ellas.

Y mientras a todo el mundo se le llena la boca de libertad, el alcohol y las drogas no han abolido la esclavitud, sino que aún mantienen a sus víctimas encadenadas por millones.

El versículo 35 pinta la tragedia de estos esclavos: «Me hirieron, mas no me dolió, me azotaron, pero no lo sentí; cuando despierte, volveré en busca de más». Y la bebida alcohólica privó a su víctima no sólo de todo tipo de placeres, en tanto que «está bajo su influencia», lo cual ya es muchísimo, sino que también lo priva de las cosas más valiosas de la vida durante el tiempo que está sobrio. Por norma, el alcohólico malgasta la estima y amor de su mujer e hijos. Y, sencillamente, no le apetece gozar de la buena música, ni de las conversaciones edificantes, ni de tener un pasatiempo agradable u otras formas de entretenimiento. «Cuando despierte, volveré en busca de más», termina diciendo el bebedor. Alguien que durante años fue adicto a las bebidas alcohólicas, confirmó esto de la manera siguiente: -'Realmente, no he convivido conscientemente toda la juventud de mis hijos».

Así pues, ¡los auténticos alcohólicos se convierten en los menos aptos o incluso en los absolutamente ineptos para la sociedad! pues pierden su (a veces) estupenda relación, y son declarados no aptos para el trabajo. Y, además, téngase presente que, según ciertas investigaciones en EE. UU., ¡un 4% de los adultos es alcohólico! En Francia, ¡este porcentaje debe ascender hasta el 10%! Y Proverbios 23:29-35 habla sobre la actualidad extremada, y sobre esa miseria extendida por todo el mundo, y por eso indescriptible.

Pero, ¡la sabiduría nos puede proteger! ¡El temor de Yahvéh nos puede guardar de sufrimientos innumerables! Esta era la lección directa del Manual de Salomón en Proverbios (Pr. 1 al 9). ¡Qué ilustración tan sorprendente ofrece el alcoholismo al respecto! ¿Acaso hemos notado que un alcohólico viva más contento que un abstemio? ¿O que alguien haya perdido su relación por no beber? ¿O hay algún médico que haya dicho: -Debes darte a la bebida? ¿O que un empresario prefiera nombrar a adictos al alcohol para las funciones principales? ¿O que una mujer insista: Bebe más, esposo mío, así vivimos más felices y economizamos más de nuestros ingresos para nuestra economía doméstica y nuestros caprichos?

No existe motivación más poderosa para dejar de relacionarse con el alcohol que la sabiduría que se recibe mediante el temor de Yahvéh. ¡Por ese medio se puede evitar todo sufrimiento a consecuencia del mal uso de las bebidas alcohólicas! Como cuando se conduce borracho contra un árbol y se termina

la vida prematuramente. No se debe destrozar el matrimonio, ni jugar con la estimación de los hijos, ni dilapidar el dinero y los bienes y arruinarse financieramente, ni jugar con la salud por una enfermedad del hígado o de la mente, ni echar a perder el empleo, ni perder la imagen social y ser llevado ante el juez por conducir bajo la influencia del alcohol y provocar una muerte culposa. Sólo hace falta que tomemos en serio los mencionados pasajes de las Sagradas Escrituras.

Proverbios es un libro para la juventud. Si se quiere vivir gustosa y felizmente, y gozar de lo bueno de este mundo, entonces se debe conocer y llevar a la práctica los proverbios mencionados en Pr. 23:29-35, pues esto es evangelio y «un poder de Dios para salvación (incluso por el sufrimiento del mal uso de las bebidas alcohólicas) para todo aquel que cree», Ro. 1:16.

Veamos algunos proverbios más que avisan contra el mal uso de las bebidas alcohólicas: «El vino es escarnecedor, la sidra alborotadora; ninguno que por su causa yerre es sabio», 20:1. «Caerá en la pobreza el hombre que ama los placeres; el que ama el vino y los perfumes no se enriquecerá», 21:17. «No es digno de reyes, Lemuel, no es digno de reyes beber vino, ni de príncipes darse a la sidra; pues quizá bebiendo olviden la Ley y perviertan el derecho de todos los afligidos. Dad la sidra al desfallecido y el vino al de ánimo amargado: que beban, y que se olviden de su necesidad y no se acuerden más de su miseria. Abre tu boca en favor del mudo en el juicio de todos los desvalidos. Abre tu boca, juzga con justicia y defiende la causa del pobre y del menesteroso», 31:4-9.

Proverbios 24: 11 y 12

«Libra a los que son llevados a la muerte,
salva a los que tienen su vida en peligro.
Porque si dices:
«Lo cierto es que no lo supimos»,
¿acaso no lo considerará el que pesa los corazones?
El que mira por tu alma él lo conocerá,
y él pagará al hombre según sus obras».

Naturalmente, aquí se trata de los *inocentes* condenados a muerte. A este respecto, téngase en cuenta la terrible mortandad

criminal causada por el aborto provocado. Millones de personas no nacidas son asesinadas actualmente de esta forma en el seno de su madre. En países totalitarios, Dios da poca o ninguna posibilidad de poder para elevar la voz contra ese mal, pero en nuestras democracias occidentales aún tenemos las libertades civiles necesarias para ello. ¿Usamos esos medios también para avisar de la ira de Dios sobre estos asesinatos masivos? Dios, según estos proverbios, no se conforma con disculpas como: -'No sabíamos nada de eso', o: -'Eso no era asunto mío'. Dios examina tales excusas, y la cristiandad apóstata puede llegar a pagar esto, quizá mediante una masiva matanza, en una guerra, de aquellos que impiden el nacimiento por un criminal aborto provocado.

No queremos ocultar a nuestros lectores las observaciones del comentarista alemán, Helmut Lamparter, a propósito de este proverbio: «Estas palabras no se pueden leer sin considerar con la vergüenza más profunda cómo la cristiandad evangélica en Alemania calló, cuando se llevó al matadero a los hijos de Israel. (Las vivas protestas de un pequeño grupo no pueden ser olvidadas, pero eran tan escasas que como excepciones sólo confirmaron la regla). La excusa mundialmente extendida: «-Wir haben nichts davon gewuszt!» (No hemos sabido nada de eso), se nos cae de las manos. El desconocimiento del Antiguo Testamento, en este caso, se ha manifestado de forma especialmente amarga. ¿Hubo en Alemania un solo púlpito en el que se predicara sobre este texto en aquellos años?

Es como si el escritor de estos versículos hubiera sospechado el sufrimiento indecible que vendría sobre su pueblo. Ahora se pueden leer como una profecía borrosa acerca de una marcha de millones de hijos de Israel deportados y conducidos al matadero; y -'Nadie lo hubiera sabido.'[5]

Proverbios 24:21-22

«Teme a Yahvéh, hijo mío, y al rey,
y no te juntes con los agitadores;[6]
porque su desgracia llegará de repente;
y el quebranto que viene de ambos, ¿quién puede saberlo? [7]

¡Con cuánta fidelidad actuó David! Adviértase bien que ya

había sido ungido como rey y que disponía de un poder armado y, sin embargo, ¡nunca se sublevó contra Saúl! Aunque éste lo trató muy injustamente e incluso lo amenazó de muerte. Pero David siguió reconociéndolo como «el ungido de Yahvéh», que él rechazó matar, cf. 1 S. 24 y 26. Cuando solamente cortó la orla del manto de Saúl, «se turbó el corazón de David, porque había cortado la orilla del manto de Saúl». Y Juan Calvino comenta este acontecimiento como sigue: 'Todos debemos a nuestros superiores, mientras dominan sobre nosotros, tal afecto de reverencia cual vemos que tuvo David, aun cuando ellos sean malos'.[8]

También Daniel hizo fielmente lo que aquí arriba se dice: «Hijo mío, teme a Yahvéh, y al rey». Sirvió lealmente en un alto cargo al rey Nabucodonosor, aunque éste había devastado Jerusalén y había conducido al destierro a Judá. Pero Daniel temía a Yahvéh y por eso reconoció que Nabucodonosor había recibido *de Dios* su poder sobre el mundo de entonces, Dn. 2:21 y 37 5:18. Por lo cual Daniel deseó la paz de Babilonia e incluso la pidió, como el profeta Jeremías había ordenado, Jer. 29:7.

Pero el ejemplo de obediencia más impresionante a Dios y al rey, lo dio nuestro Señor Jesucristo durante su estancia en la tierra. «Dad, pues, a César lo que es de César, y a Dios lo que es de Dios», Mt. 22: 21. Esto mismo lo hizo perfectamente cuando las autoridades lo sometieron a la mayor injusticia que se haya cometido nunca aquí en la tierra. Pues, ¿qué otra cosa supone su apresamiento, interrogatorio, condena y crucifixión, sino la injusticia más burda de toda la historia del mundo? Esto no obstante, no se opuso a las autoridades que le hicieron esto, ¡aunque, sin embargo, era el Hijo de Dios! Tampoco presentó ninguna resistencia contra las autoridades que lo arrestaron y crucificaron. Cuando, a este respecto, Pedro echó mano de la espada, se lo prohibió expresamente: «Vuelve tu espada a su lugar, porque todos los que tomen espada, a espada perecerán», Mt. 26:52. Y al gobernador del César romano que había tomado posesión de la tierra de Israel, lo respetó en su cargo de autoridad con estas palabras: «Ninguna autoridad tendrías contra mí si no te fuera dada de arriba», Jn. 19:11 cf. 18:36.

En ese mismo espíritu enseñaron sus apóstoles a la iglesia. Pedro escribió: «Por causa del Señor someteos a toda

institución humana, ya sea al rey, como a superior, ya sea a los gobernadores, como por él enviados...», 1 P. 2:13-14. Y en el proverbio en cuestión resuena el mandato de Pedro: «Honrad a todos. Amad a los hermanos. Temed a Dios. Honrad al rey», 1 P. 2:17.

Y cuando las iglesias de Roma, la capital mundial, fueron perseguidas duramente durante la campaña de terror de Nerón, Pablo no las animó a oponerse violentamente contra aquella autoridad, sino que escribió, pensando en aquellas iglesias aterrorizadas: «Sométase toda persona a las autoridades superiores, porque no hay autoridad que no provenga de Dios, y las que hay, por Dios han sido establecidas. De modo que quien se opone a la autoridad, a lo establecido por Dios resiste, y los que resisten, acarrean condenación para sí mismos», Ro. 13:1-2, cf. 3-7. Repito, ¡esto se refería, sobre todo, a Nerón!. Cf. asimismo Hechos 23:5, 1 Ti. 2:2.

La historia también conoce *rebeldes «piadosos»* que, apelando a las Sagradas Escrituras, menospreciaron a las autoridades, pero después experimentaron en su propio cuerpo la «desgracia» y «quebranto» que menciona Pr. 24:22. El sangriento drama de los cristianos anabaptistas en Holanda durante la primera mitad del siglo XVI ofrece, al respecto, una ilustración sorprendente. Cegados por ideas celóticas del reino de Dios, cantaban salmos de venganza contra las autoridades, e incluso en nombre de Cristo tomaron la espada contra ellas... para después, según la Palabra de Cristo a Pedro, también «perecer» por la espada.

Juan Calvino, en su Institución, avisó contra estos sublevados «piadosos».[9] Y al almirante Coligny, le escribía: "La primera gota de sangre que nuestras gentes vertieron, reclamará que aparezca un diluvio de sangre que inundará toda Europa." [10]

Estas palabras proféticas se cumplieron de manera horrible en las guerras de los Hugonotes, 1562-1598.

«Un buen soldado de Jesucristo» (2 Ti. 2:3) es absolutamente lo contrario de un revolucionario y de un guerrillero. Por eso, en el siglo XVI, a los reformados les importaba demostrar constantemente que ellos no eran anabaptistas rebeldes. A este efecto también debía servir la Confesión de Fe Neerlandesa. Esta es estrictamente la intención del artículo 36: ¡No hablar del cargo o tarea de la *autoridad*, sino de *la iglesia* y de todos

los cristianos frente a la autoridad. «He aquí», así dice, «cuán fiel a la autoridad soy ahora, y esto no a pesar de, sino por la gracia de la Palabra de Dios. Pues la predicación de esta Palabra no creó confusión alguna, sino que sanó el corazón de las gentes y regenera la vida de los hombres, y por tanto ella no es tu persecución, sino tu protección valiosa, ¡Oh autoridad!"

Léase también la humilde carta que Guido de Bres, el redactor de la Confesión de Fe[11] Neerlandesa, escribió al rey Felipe II: "Nosotros le aseguramos, Señor, que en sus Países Bajos hay más de cien mil personas que defienden y siguen la religión, de la cual le ofrecemos la Confesión de Fe, y que, sin embargo, en ninguna de ellas se ha observado hacer preparativo alguno para una revolución". Y esto lo escribía Guido de Bres a una autoridad que perseguía a fuego y espada a cristianos fieles, y ¡que también a él mismo habría de ajusticiar! Pero, incluso cuando ya se encontraba en la plataforma del patíbulo para ser ahorcado, usó aquellos últimos instantes de su vida con el fin de pedir a los espectadores que obedecieran a las autoridades!

Igual que Juan Calvino, Guido de Bres juzgó que a un cristiano, según la Palabra de Dios, no le es permitido rechazar la «cruz de Cristo» mediante la rebelión contra la autoridad. Nuestra primera vocación política, como seguidores de Jesucristo, es obedecer a todos los que están puestos por encima de nosotros (autoridades «de derechas» o «de izquierdas», buenas o duras) y mantenernos lejos de los disturbios del mundo. Naturalmente, también está escrito: «Es necesario obedecer a Dios antes que a los hombres», Hch. 5:29, cf. 4:19. Pero, ¡cuán fácilmente olvidamos el uso del texto bíblico en cuestión: - Que debemos *obedecer* a las personas (que han sido puestas sobre nosotros) y aún más, y *por encima* de los hombres, debemos obedecer a Dios mismo.

La revolución (véase en Pr. 3:5-6, lo que entendemos al respecto) origina en nuestro mundo occidental una crisis terrible de obediencia y sus ideas mortíferas envenenan también a muchos cristianos. La Palabra de Dios nos amonesta sin parar a temer a Dios y al rey, pero la revolución francesa gritó: '¡Ni Dios ni amo!' La Palabra de Dios enseña que la autoridad es servidora de Dios, pero, actualmente, hay millo-

nes que creen que esa autoridad es la servidora del pueblo. En virtud del principio revolucionario sobre la soberanía del pueblo, opinan ellos que el pueblo posee la competencia de designar o rechazar las autoridades.

Incredulidad y Revolución, es el título de un libro del gran historiador y articulista holandés, G. Groen van Prinsterer, en el que señala la fuente de las calamidades nacionales e internacionales. Hoy en día, contemplamos, a gran escala, lo que la Sagrada Escritura, a pequeña escala, indica en la historia del Reino de las Diez Tribus. Allí una revolución palaciega seguía a una revuelta de los soldados, y todas ellas le costaron al pobre Israel riadas de sangre. Pero, ¿qué gran río de sangre europea no fluyó tras la revolución francesa?

Proverbios es un libro para la juventud y ésta puede, con frecuencia, vivir tiempos borrascosos en el acontecer político. Por lo cual, ¡ojalá que nuestra juventud cristiana tome buena nota de Pr. 24:21-22 y no se mezcle con los agitadores revolucionarios. Ni siquiera cuando sus acciones se hagan en nombre de Cristo, o se hagan llamadas en favor del reino de Dios. Por tanto, jóvenes, ¡marchaos cuando la policía inicie sus cargas o cuando los tanques circulen por las calles! ¡Al menos, si amáis vuestra vida! Con frecuencia, una bala perdida mató a un inocente acompañante o le originó una grave incapacidad. *«Porque su desgracia llegará de repente;»*, avisa la Palabra de Dios, *«y el quebranto que viene de ambos,* (p.ej., acabar en una silla de inválido) *«¿quién puede saberlo?*, Pr. 24:22, cf. también el final anticipado de Absalón. Cotéjese asimismo el comentario a Pr. 3:1-2.

Y con el fin de evitar malos entendidos, indicamos también que Proverbios, ciertamente, no ensalza a todos los príncipes. El libro menciona en más de un *mashal* (proverbio) las exigencias que un buen regente debe satisfacer, cf. Pr. 29:12 (debe dar buen ejemplo), 31:3-5 (debe vivir moderada y modestamente), 29:14, 31:6-9 (salir en favor de los pobres y perseguidos), 16:12, 25:5, 29:14 (confirmar su trono haciendo justicia), 20:28, 24:23-25 (defender con ardor una sentencia justa), 11:14, 15:22, 24:6 (escoger buenos consejeros), 20:28 (gobernar dulce y misericordiosamente). Pero no debemos hacer de esto norma alguna cuando, como súbditos, juzguemos soberanamente u obedezcamos a una autoridad dura o menos capaz.

Proverbios 24:23b

«Hacer distinción de personas
en el juicio no es bueno».

Tampoco lo hace el Señor mismo. ¿Con cuánta frecuencia se dice eso en las Sagradas Escrituras? (Cf. 1 S. 16.7, 2 Cr. 19:7, Hch. 10:34, Ro. 2:11, Gá. 2:6, Ef. 6:9, Co. 3:25, 1 P. 1:17). Por eso Él, como Justo juez, tampoco admitió que sus representantes juzgaran parcialmente. «¡La justicia, sólo la justicia seguirás», mandó Él en la Toráh. También procurando jueces *imparciales,* Dt. 16:18-20, Lv. 19:15, cf. Cap. 4, 3. a. de nuestro Proverbios, -que quieran enseñar derecho y justicia, 1:8.[12] Así se avisa literalmente aquí arriba: "Fijarse en *el rostro* no es bueno". Es incluso pagano impartir justicia de esta forma.

El conocido antiguo Libro de la Ley de Hammurabi tenía leyes aparte para las castas más altas, leyes aparte para las castas medias y leyes aparte para los esclavos. El Señor aborrece esto, y puesto que Israel cometió esta injusticia, lo castigó con la deportación a Babilonia. Por eso, si somos llamados a impartir justicia, tengamos cuidado de no favorecer injustamente a miembros de nuestro propio círculo, partido o familia; e incluso también en el trato común como hermanos y hermanas de una iglesia. «Hermanos míos, que vuestra fe en nuestro gloriosos Señor Jesucristo sea sin acepción de personas» no favoreciendo a alguien que «entra con anillo de oro y ropa espléndida por encima de un pobre con vestido andrajoso». Aquí, el apóstol Santiago avisa expresamente de este mal, Stg. 2:1-13.

Agradezcamos a Dios si vivimos en un país donde la justicia parte efectivamente del principio fundamental: Todo ciudadano es igual ante la ley. En ello podemos notar aún un fruto valioso de la Palabra de Dios en nuestra sociedad. Más de un pueblo tiene envidia de eso; pues, donde el orden del derecho es atacado, allí es herido el orden de la vida y allí las gentes maldicen a sus autoridades y se pierde la bendición del progreso, cf. Pr. 24:24-25 y Cap. 4, b.

Proverbios 24:27

«Prepara tus labores fuera,
dispónlas en tus campos y edifica después tu casa».

¡No os queráis casar demasiado pronto, jóvenes! Primero, edificad el nido, y luego buscad el avecilla; o bien, primero, ganad el pan, y luego, formad una familia (o sea, edificar una casa; véase el comentario a Pr. 14:1). En el terreno del amor tampoco se deben coger frutos inmaduros. «¡Yo os conjuro, hijas de Jerusalén, por los corzos y las ciervas del campo, que no despertéis ni hagáis velar al amor hasta que quiera!», Cnt. 2:7, 3:5, 8:4.

Proverbios 24:29

«No digas: 'Haré con él como él hizo conmigo; pagaré a ese hombre según merece su obra».

En Pr. 20:22, ya dio Salomón un aviso semejante: «No digas: 'Yo me vengaré'; espera en Yahvéh y él te salvará», cf. Cap. 12. Con este buen consejo, Proverbios no se dirige naturalmente a los *jueces,* pues ellos deben retribuir al culpable precisamente según sus obras. No, aquí se trata de soportar la injusticia en nuestra vida particular. Distínganse especialmente bien estos dos aspectos en estas palabras de la Sagrada Escritura: buscar justicia en el *juez* según el derecho público, y soportar la injusticia en el *ámbito privado.*

A. Janse advirtió, a este respecto, más o menos lo siguiente: Cuando Jonatán tomó partido por su amigo David, Saúl lanzó a su hijo las siguientes injurias: «Hijo de la perversa y rebelde, ¿acaso no sé que tú has elegido al hijo de Isaí para vergüenza tuya y vergüenza de la madre que te dio a luz?», 1 S. 20:30. Jonatán se tragó aquella afrenta e injusticia, pero ante la sentencia pública de su amigo se sublevó: -»*¿Por qué* debe morir David? ¿Qué ha hecho?»

Así pues, distinguió muy bien entre buscar el derecho público para su amigo, y el soportar la injusticia en su vida personal. ¿No echamos muy de menos actualmente esa delicada capacidad de distinción? Cuando alguien lleva su queja ante los jueces, se considera a veces que está en contradicción con el amor cristiano; pues Jesús ha dicho: «A cualquiera que te hiera en la mejilla derecha, vuélvele también la otra», Mt. 5:39. Pero, ¿para qué nos dio la justicia el Señor? ¿Y para qué Él mismo dio a los jueces israelitas la instrucción: «Ojo por ojo, diente por diente» (culpa y castigo según la misma medida, Ex.21:24)?

¡A estos asuntos se los trastoca completamente! Donde debe hablarse de *derecho*, se desvaría sobre el perdón y el amor; y donde debe practicarse el amor, se defienden los derechos propios. Del *juez* que debe retribuir en virtud del cargo, se exige «amor», y en el sector privado donde el amor debe cubrirlo todo, no se puede soportar ni un átomo de injusticia, y se devuelven mutuamente incluso las mezquindades.

Precisamente para este terreno particular vale el proverbio arriba mencionado: «No digas: 'Haré con él como él hizo conmigo; pagaré a ese hombre según merece su obra». Y para este sector privado valen las palabras de Jesús: «A cualquiera que te hiera en la mejilla derecha, vuélvele también la otra», Mt.: 5:39; «y al que quiera ponerte a pleito y quitarte la túnica, dale también la capa, Mt. 5:40. Así es como, mediante la indulgencia, el Señor enseñó a solucionar los asuntos mutuamente. Pero, cuando ante el Sanedrín se le dio una bofetada, preguntó ante aquel *tribunal:* «¿Por qué me golpeas?», Jn. 18:23. En nuestra vida personal, nuestra ira contenida y nuestro sufrir la injusticia calladamente deben ser tan intensos que, después de una bofetada en la mejilla derecha, hemos de estar preparados para soportar aún otra en la mejilla izquierda.

En cuanto persona privada, Jonatán soportó los insultos de su padre. En ese ámbito no debemos decir: -'Estoy harto; esto es el colmo. «¡Me las pagará!» Pero en el ámbito judicial público defendió lo más posible la causa de su amigo: -'¿Por qué debe morir David? ¿Qué, pues, ha hecho?' Como Jesús preguntó *allí:* «Si he hablado mal, testifica en qué está el mal; pero si bien, ¡por qué me golpeas?», Jn. 18:23.

Sin embargo, cuando las sentencias públicas de Saúl y del Sanedrín fracasaron, para Jonatán y Jesús ya no había más justicia que esperar de hombre alguno. En tales casos ya sólo se debe esperar del Juez Supremo, quien, a pesar de todo, hará justicia, y ha prometido: «Encomienda a Yahvéh tu camino, confía en él y él hará. Exhibirá tu justicia como la luz y tu derecho como el mediodía. Guarda silencio ante Yahvéh y espera en él», Sal. 37:5-7a.[13]

NOTAS Cap. 13

1.– Desde 1923 se discute sobre la coincidencia aquí y allí, efectivamente curiosa, entre esta parte de Proverbios y la «Enseñanza» egipcia de Amenemope. «Una exposición estupenda de todo el problema se encuentra, entre otros lugares, en H. Dueberg, Les Scribes Inspirés I (1938), 459 y ss. Este último autor demuestra, con razón, que ambos textos, de ninguna manera son directamente dependientes entre sí. En el libro egipcio apenas se encuentran diez amonestaciones que muestren concordancia con las de Pr. 22:17 - 24:22, mientras que el orden de ellas es totalmente distinto. La concordancia (evidente) es allí especialmente de mentalidad común, de conceptos respecto al papel de la «sabiduría» en la vida humana, etc.; la cual, en general no está limitada en absoluto a los dos textos en cuestión, pero se extiende a gran parte de la literatura de sabiduría israelita comparada con la egipcia. Los proverbios de Amenemope se pueden encontrar, entre otros, en H. Gressmann, AOT, 2, 1926, 38-46; J. B. Pritchard, Ancient Near Eastern Texts Relating to the Old Testament, 1950, 421-425.

La cuestión más comentada: ¿quién ha prestado a quién? Parece ahora ser decisiva en sus fundamentos cronológicos. Amenemope debe ser más antiguo que esta parte de Proverbios, Kidner 23 y ss. TNBCR, 549. O ambos deben haber usado fuentes iguales, y haberlas elaborado de forma propia. Respecto a Proverbios, ciertamente, no de una manera servil. La obra de Amenemope es, en cualquier caso, «auténticamente egipcia y, en consecuencia, pagana». cf. Gispen, KV, Proverbios II, 153. En cierta ocasión pide, p.ej., a la luna su intervención (el dios-luna, Thot, era el abogado de los dioses), Pritchard, ANET, 422. Sin embargo, el autor israelita de Pr. 22 al 24, escribió: «para que tu confianza sea en Yahvéh, te enseño hoy, sí a ti», Pr. 22:19. Como toda su colección, mediante inserción en Proverbios está colocada bajo el motivo fundamental de Pr. 1:7.

Por otra parte, la Sagrada Escritura reconoce una cierta medida de sabiduría en los paganos, cf. 1 R. 4:3 y 34, 10:1-13 y 34; Jer. 49:7; Ez. 28:3 y Dn. 1:4. En tanto que un pagano o infiel aún se atiene al orden de la Palabra de Dios y al resto de sus obras, puede poseer sabiduría.

Sobre estas cuestiones, véase también: G. Ch. Aalders, *Canon Veterotestamentario*, Kampen (Holanda) 1952, 311, «... la coincidencia... en ninguna parte es de tal naturaleza literaria que nos obligue a pensar en una dependencia literaria; (sino que) es perfectamente explicable desde la unidad del espíritu humano y una no pequeña afinidad entre israelitas y egipcios."

2.– F. van Deursen, *Los Salmos I*, 3, 77-80, FELiRe, 1ª ed. 1996

3.- F. van Deursen, *Los Salmos I*, 3, 91-94, 1ª ed. FELiRe 1996.

4.– Traducción incierta, cf. W. McKane, 395.

5.– Helmut Lamparter, *Das Buch der Weisheit*, Stuttgart 1955, 251v

6.– Preferimos esta traducción del vocablo hebreo '*sonim'* en lugar de 'veleidosos' (RV 95). Se refiere a los que quieren provocar cambios, y no respetan la autoridad de Yahvéh ni la del rey.

7.– Kidner a. l. "Ciertos detalles son inciertos, pero la enseñanza, en cuanto tal, es clara".

8.– *Institución de la Religión Cristiana*, libro IV, Cap. 20, pár. 29.

9.– *Institución de la Religión Cristiana*, libro IV, Cap. 20, párr. 17-32

10.– (53) «Conmovedora fue la forma en la que, en sus cartas a Francia, predicó acerca de la resignación. Amonestó a sus hermanos en la fea luchar contra

las tentaciones de la carne y los consoló diciendo con sabiduría que ellos, tanto en la vida como en la muerte, estaban escondidos en Jesucristo. El triunfo no está en la tierra, sino en el cielo. Sólo Dios puede someter el furor de los tiranos. A lo cual sólo podemos esperar, pero en ningún caso tomando en nuestras manos nuestra propia suerte», cf. Dr. J.C.H. de Pater, «Calvijns aandeel in de samenzwering te Amboise», A.R. Staatkunde, 1934, p. 97ss.

11.– *Creemos y Confesamos - Confesión de fe de los Países Bajos*, FELiRe 1976

12.– Una rúbrica de los diversos proverbios sobre el impartir justicia en H. Lamparter, 281-283.

13.– A. Janse, *Eva's dochteren*, Kampen 1923, 117/8

Capítulo 14

Proverbios 25 al 29

ALGUNOS OTROS PROVERBIOS DE SALOMÓN

Proverbios 25:1

«También estos son proverbios de Salomón,
los cuales copiaron[1] los varones de Ezequías,
rey de Judá».

Así dice el epígrafe sobre el tercer rollo de Proverbios de Salomón. En el Cap. 2, 2 hablábamos sobre la participación de Ezequías en la realización de este libro de la Biblia. La colección de la que ahora comentaremos algunos *mesahlim* (proverbios), está compuesta por encargo de Ezequías[2]; véase, al respecto, Cap. 2, 2., 3. y 4.

Proverbios 25:2

«Gloria de Dios es encubrir un asunto,
pero honra del rey es investigarlo».

«Porque mis pensamientos no son vuestros pensamientos ni vuestros caminos mis caminos', dice Yahvéh. «Como son más altos los cielos que la tierra, así son mis caminos más altos que vuestros caminos y mis pensamientos más que vuestros pensamientos», Is. 55:8-9. Esta es la gloria de la majestad de Dios. «Él revela lo profundo y lo escondido, conoce lo que está en tinieblas y con él mora la luz», Dn. 2:22, cf. Job 28:27-8, 1 R. 8:12. Esto hizo exclamar al Apóstol: «¡Oh profundidad de las riquezas, de la sabiduría y del conocimiento de Dios! ¡Cuán insondables son sus juicios e inescrutables sus

caminos!», Ro. 11:33. Está en su soberana voluntad el *sí*, el *qué* y el *cuándo* nos revelará algo de eso.

Mas, con el honor de los reyes ocurre precisamente al contrario. Ellos, en Israel, eran los jueces supremos, y como tales no debían *ocultar* los asuntos expuestos, sino *investigarlos* profundamente. Debían controlar las declaraciones de los testigos e interrogar a los sospechosos. Dos mujeres se presentaron ante Salomón, ambas afirmando categóricamente: -¡No, rey, ella miente; ¡es mi hijo!». Fue un honor para Salomón el descubrir la verdad de este asunto.

Agradezcamos a Dios que nos ha permitido vivir en un orden de justicia que investiga en detalle los asuntos del derecho. Se desenredan las declaraciones de los testigos. Se investigan los rastros de sangre. Se examinan huellas dactilares. ¡Qué gran bendición pueden aportar los jueces y los abogados agudos, los laboratorios judiciales y las investigaciones de la policía! Roguemos que Dios nos libre de un gobierno que no investigue las causas judiciales, sino que las oculte.

Proverbios 25:4 y 5

> *«Quita la escoria de la plata*
> *y saldrá una alhaja para el fundidor.*
> *Aparta al malvado de la presencia del rey,*
> *y su trono se afirmará en justicia».*

Como es natural, aquí se puede pensar primero en la influencia de malos *consejeros*. El rey Roboam perdió así la mayor parte de su reino, 1 R. 12. ¡No se debe quitar importancia a la *falsa profecía!* pues los impíos, según las Sagradas Escrituras, a veces pueden encumbrarse y presentarse como profetas, aunque también se revelan como auténticos mentirosos3 que no sólo dirigen al pueblo en una dirección equivocada, sino también al gobierno. Más de un príncipe perdió por medio de la falsa profecía la visión justa de la situación, y por ello fue conducido por caminos equivocados, en que incluso, a veces, perdió su trono y su corona.

Entre aquellos estaban los falsos profetas que se presentaban ante el trono de Acab, y que le condujeron hasta el campo de batalla contra Ramot en Galaad, 1 R. 22; también eran profetas impíos los que cegaron a los últimos reyes de Judá, para no ver la situación real en el mundo: que *Dios*

había decidido entregar a Nabucodonosor el poder sobre todo el mundo de aquella época. Jer. 27:6, Dn. 2:37-38. El fiel Jeremías clamó para que todos se humillaran bajo la mano castigadora de Dios, Jer. 27; pero los reyes Joacim, Joaquín y Sedequías dieron más fe a las aparentemente fundamentales pero infundadas «predicaciones de paz, paz» de falsos profetas, como Pasur (Jer. 20) y Hananías (Jer. 28), cf. Jer. 23:9-32; véase Jer. :14; 8:11.

También la Revolución Francesa, que sigue arrojando fuego constantemente como un volcán, ¡fue un fruto de impiedad *de las asambleas!* ¿»De dónde, pues, semejante Revolución?», pregunta G. Groen van Prinsterer. "Si queréis que discuta por lo menos un rasgo de la fisonomía europea, escojo el modo de pensar y de actuar de los monarcas."[4]

Tememos que esta historia se repita hoy en día a gran escala en Occidente, puesto que Dios nos recuerda el poder de vocación histórica: «Aparta al malvado de la presencia del rey», Pr. 25:5a.

Salomón actuó con más sabiduría. En su coronación alejó enseguida a figuras perniciosas, y confirmó así su realeza, 2 R. 2:45-46. También príncipes como Josafat y Joás se rodearon de ministros piadosos, y confirmaron su realeza con justicia, cf. 2 Cr. 17-20, 24 («Joás hizo lo recto a los ojos de Jehová mientras el sacerdote Joiada vivió», 2 Cr. 24:2,17) cf. el modelo de príncipes de David, Sal. 101:4-7.

Otros proverbios sinónimos son: «Abominable es que los reyes cometan maldad, porque con la justicia se afirma el trono», 16:12. «El rey sabio dispersa a los malvados y sobre ellos hace rodar la rueda», 20:26. «La misericordia y la verdad guardan al rey, y con clemencia se sustenta su trono», 20:28. «Para siempre será firme el trono del rey que conforme a la verdad juzga a los pobres», 29:14.

Proverbios 25:16

> *«¿Hallaste miel? Come sólo lo necesario,*
> *No sea que harto de ella la vomites».*

También Hipócrates, el famoso médico de la antigüedad griega (400 a. C.), ya aconsejaba: «Para permanecer sano, se pueden tomar dos medidas de precaución: comer menos de lo que se podría, y trabajar." Salomón, con su visión profunda

de la importancia de la autodisciplina en la vida, ya había dado realmente antes este consejo en el *mashal* (proverbio) antes mencionado.

Israel vivía en un país «que fluye leche y miel», Éx. 3:8. Sansón, Jonatán y Juan el Bautista encontraron miel en el desierto, Jue. 14:8-9, 1 S. 14:25-30, Mt. 3:4. La miel era para el israelita un dulce proverbial, Dt. 8:8, Sal. 19:11, y 119:103. Además, era sana y alimenticia, tanto que los sabios también decían: «Come, hijo mío, de la miel, porque es buena», Pr. 24:13. Empero, también sabían esto: «Comer *mucha miel* no es bueno», Pr. 25:27a. De ahí que Salomón diera el aviso precedente, que también podemos traducir así: «¿Encuentras miel?, come justamente lo suficiente, pues demasiado puede hacerte vomitar."[5]

Como es natural, este proverbio se puede resumir en sentido figurado, y en él escuchar una amonestación contra la intemperancia en cualquier terreno. Sin embargo, sigue siendo curioso que para ello el autor-poeta escogió interesadamente la miel como ejemplo. En Israel, cuando aún no se conocía el azúcar, la miel no era en primer lugar un medio de alimentación, sino de goce. Seguiremos, pues, muy de cerca el texto, si aquí podemos ver una amonestación contra el uso desmedido de *estimulantes.* Éstos contienen, como es bien sabido, mucha azúcar y grasas, y éstas, con un uso desmedido, pueden originar enfermedades del corazón y de los vasos sanguíneos.[6]

Además, este proverbio también llama la atención contra el comer licenciosamente en general. Esta es una amonestación que para los cristianos en el rico Occidente, donde muchos cavan su sepulcro con sus propios dientes, ciertamente no es inoportuna. ¿A cuántos les fue fatal la diferencia entre una comida o cena sana y una glotonería insana? «Man ist was man iszt», dice un refrán alemán ("Se es lo que se come").

Esto se puede decir de todas las cosas buenas: «Vivir disciplinados en todos los terrenos es una de las más importantes condiciones para la salud corporal y psíquica», escribe el médico Dr. Paul Tournier.[7] Un comentarista inglés colocó, con razón, este título encima de nuestro proverbio: "Saber parar."[8]

Esto sirve para todos los aspectos de la vida, incluso los goces de la amistad. ¡Cómo saben los sabios apreciar su valor!

Pr. 18:24, 27:9 y otros. Es curioso que junto al aviso contra el uso excesivo de la miel, se coloque una amonestación contra las excesivas visitas a los amigos: «No pongas en exceso tu pie en la casa de tu vecino, no sea que, harto de ti, te aborrezca», Pr. 25:17. Este es un ejemplo explícito en la lección de la vida, en el sentido de que incluso en las cosas buenas se debe saber mantener la compostura. Hay, por ejemplo, glotones de la lectura, que incluso sacrifican su descanso nocturno por su fiebre de leer. Los alcohólicos en general, suelen ser personas que en otros aspectos no saben mantener medida alguna. Con frecuencia, los vemos beber con exceso, combinado con fumar sin medida, y finalmente con uso de drogas , etc.

En el libro apócrifo de la Sabiduría, de Jesús ben Sirac, leemos un consejo similar: «Hijo, en tu vida prueba tu alma, ve lo que es malo para ella y no se lo des. Pues no a todos les conviene todo, y no a todo el mundo le gusta lo mismo. No seas insaciable de todo placer, y no te abalances sobre la comida, porque en el exceso de alimento hay enfermedad, y la intemperancia acaba en cólicos, pero el que se vigila prolonga su vida», Jes. Sir. 37:27-31. ¿Se inspiró J. ben Sirac en Proverbios 25:16?

En cualquier caso, también en este proverbio, aparentemente irreligioso, suena el tono fundamental de toda la sabiduría bíblica: «El temor del Señor es el principio del conocimiento», Pr. 1:7 y cap. 4, 4 a. y b., pues abre los ojos al hombre para ver los *límites* que Dios le ha puesto para su propia felicidad en todos los terrenos; cf. el comentario a Pr. 1:7. Al mismo tiempo, este es, una vez más, el proverbio que nos enseña que el temor del Señor también es sano (cf. para los demás, en: Pr. 3:7).

Proverbios 25:24 (21:9, consúltese allí).

Proverbios 26:2

> *«Como gorrión que vaga o golondrina en vuelo,*
> *así la maldición nunca viene sin causa».*

A este respecto, el ejemplo clásico es Balaam, que debió reconocer: «¿Por qué maldeciré yo al que Dios no maldijo? ¿Por qué he de execrar al que Yahvéh no ha execrado?», Nú.

23:8. Con la imagen de unos pájaros que vuelan sin sentido ni propósito, el proverbio rechaza la idea supersticiosa de que una maldición es una especie de flecha mágica que vuela hacia su objetivo injustamente.[9]

Proverbios 27:3

> *«Pesada es la piedra y la arena pesa,*
> *pero más pesada que ambas es la ira (sobre)[10] un necio".*

De esto tenían mucho que hablar Abigail, la mujer de Nabal, y su personal, 1 S. 25. Durante largos meses, David y sus pobres hombres habían sido como un muro alrededor de las ovejas de Nabal, y nunca habían robado ni una de aquellos miles de ovejas y cabritos. Pero cuando David, según el derecho de los nómadas en la fiesta de los esquiladores de ovejas, se permite pedir si ellos, con su fiel vigilancia del ganado, no habían «merecido» algo, Nabal clama contra ellos y se da a conocer como un auténtico necio. Mientras su propia mujer vio claramente que el Señor estaba decidido a elevar a David a príncipe de todo Israel (v. 30), Nabal preguntó de modo insultante: -'¿Quién es David'? (v. 10). Nabal no había entendido absolutamente nada del movimiento para volver hacia el Señor y su Palabra, que Samuel había iniciado, y que Abigail veía continuar por medio de David.

En este proverbio, Salomón habla de «la ira del necio»; y sencillamente cree que el entorno inmediato de Nabal lo conocía sobradamente. «Él es un hombre tan perverso», lamenta uno de sus siervos, «que no hay quien pueda hablarle», (v. 17). En el proverbio mencionado, en lugar de «ira», también se puede traducir: *dolor, tristeza, agravio.*[11]

En el caso de Abigail, ¿no cuadrarían estas palabras mejor que «ira»? ¡Cuánta tristeza sentiría aquella juiciosa mujer por el necio con quien estaba casada! «Él se llama Nabal», dijo ella a David; «y la insensatez (en hebreo: *nabal*) lo acompaña», v. 25. Y, además, téngase en cuenta que la Sagrada Escritura no tiene a alguien por necio sólo porque haga cosas tontas -eso lo hace también el inocentón, cf. el comentario a Pr. 14:15-, sino especialmente porque hace cosas impías, Is. 32:6. Un necio es alguien que no tiene en cuenta seriamente a Yahvéh (Sal. 14:1, 53:2). [12] Por ello, Nabal no co-

nocía su *tiempo* (el movimiento de retorno al culto a Yahvéh y a su Palabra), ni su *deber* (alimentar a los hambrientos), ni su *medida* (estaba excesivamente borracho). Junto a un hombre tal, vivía Abigail. Mientras, ella misma veía a David pelear las batallas del Señor (v. 28), por lo que se había ganado el odio ciego de Saúl, y oía a su marido insultar: "¡Actualmente abundan siervos que se han marchado de su amo!" ¡Cuánto puede aprisionar semejante necedad a un corazón sabio!

En este contexto, también se puede pensar en la ira de los necios que están en altos cargos, Ec. 10:6; o en los profetas necios que uno se encuentra en cada período de abandono del Pacto. Mientras los juicios de Dios caían sobre su pueblo, ellos proseguían como si no pasara nada, diciendo «Paz» –con sermoncitos y patochadas que cerraban los ojos del pueblo de Dios, para no ver la mano castigadora del Señor, (Sal. 28:5).[13] Creyentes como Micaías, hijo de Imla (2 Cr. 18) y Jeremías, con sus parientes espirituales, ¡qué gran disgusto, sí que gran dolor debieron experimentar con la actuación necia de los dirigentes ciegos, Jer. 20:7-18, 23: 9-32. Especialmente cuando la gran mayoría del pueblo de Dios iba a la deriva neciamente (Jer. 5:21), y el remanente piadoso experimentaba, de forma dolorosa, la verdad del proverbio citado.

En efecto, llevar piedras y transportar arena es trabajo duro, pesado; pero esto no abate tanto como el dolor y la humillación por causa del poder de los necios en la iglesia y en el mundo. Esto lo sabía el sabio Predicador. El saber distinguir la verdad de la necedad proporciona mucha tristeza;[14] y quien en este aspecto aumenta su conocimiento, aumenta también su aflicción, Ec. 1:17-18.

Proverbios 28:2

> *«Por la rebelión del país, sus gobernantes son muchos; pero por el hombre inteligente y sabio permanece estable».*

También se puede leer: «Si un país comete la *ruptura del pacto»,* pues la Biblia hebrea emplea o usa para hablar del pecado, el mal, la rebelión y la ruptura de pacto, la misma palabra hebrea (*pèsja'*) [15] Ahora bien, la bancarrota del derecho y la justicia se paga, frecuentemente, con el desorden social y la inestabilidad política. Esto se puede ver claramente en Efraín, el Reino de las Diez Tribus.

Aquel reino vivió constantemente en rebelión contra Dios; y como consecuencia de ello, en un período de doscientos años tuvo no menos de *nueve* casas reales, que mutuamente se suplantaron unas a otras, cf. Os. 7:7, 8:4, 13:11. La promesa de Dios a David (2 S. 7) libró muchas veces a Judá, que también había pecado con la misma gravedad, y así vivió tres siglos y medio bajo la única casa del rey David.

¿Acaso la época de revoluciones en la historia europea, después de 1789, en más de un país, no ofrece una ilustración llamativa a propósito del proverbio recién mencionado (Pr. 28:2)? Cuanto más desprecia el pacto de Dios y la Palabra nuestra parte del mundo (o sea, comete *pèsja'*), tanto más se puede esperar la probabilidad del desorden interior y la amenaza exterior. Repasa también nuestro comentario a Pr. 11:11 y 29:18

Proverbios 28:4

> *«Los que se apartan de la Ley*
> *alaban a los malvados,*
> *pero los que la guardan*
> *contienden*[16] *con ellos".*

Ley (Toráh) significa aquí, con mucha frecuencia, la enseñanza o doctrina de la *Palabra de Dios*. En el tiempo del Antiguo Testamento se refería a la enseñanza de Moisés, los profetas y los sabios; hoy en día, también incluye la enseñanza de Cristo y sus apóstoles. Cuanto más abandona esa enseñanza nuestro mundo descristianizado, tanto más profundamente se hunde en el paganismo del que Dios lo salvó en una ocasión, y tanto más abiertamente se va pareciendo al antiguo mundo del paganismo, que el apóstol Pablo describe en la segunda parte del capítulo 1 de su carta a los Romanos. Pues, ¿acaso no se puede decir ahora de nuestros pueblos: «Que también cambiaron la verdad de Dios por la mentira, honrando y dando culto a las criaturas antes que al Creador, el cual es bendito por los siglos. Amén»? Por lo cual, Dios «nos» entregó a pasiones vergonzosas, que el Apóstol resume en Ro. 1:18-31.

Así pues, su conclusión constituye también un comentario llamativo de la primera línea de nuestro proverbio: «Esos, aunque conocen el juicio de Dios, , que los que practican

tales cosas son dignos de muerte, no sólo las hacen, sino que *también se complacen con los que las practican»,* (Ro: 1:32). ¿No se puede ver en esto la opinión pública en nuestro mundo moderno y el espíritu de nuestro propio siglo? Muchos justos repiten actualmente la misma experiencia que Lot en Sodoma, («pues este justo, que habitaba entre ellos, afligía cada día su alma justa viviendo y oyendo los hechos inicuos de ellos») 2 P.2:7 y ss. Tomemos, pues, el Libro de los Salmos, que está lleno de lamentos de los justos, que ya antiguamente padecieron bajo la tiranía de los impíos dentro del pueblo de Dios.[17]

El autor del Salmo 119:53, exclama: «Horror se apoderó de mí a causa de los inicuos que abandonan tu Ley». El hombre sufre bajo su impiedad: «Ríos de agua descendieron de mis ojos, porque no guardaban tu Ley». 18 Pero, consuélate, ¡el Juez está a la puerta! Isaías, que sobrellevó el mismo sufrimiento, profetizó: *"¡Ay de los que* a lo malo dicen bueno y a lo bueno malo; que hacen de la luz tinieblas y de las tinieblas luz; que ponen lo amargo por dulce y lo dulce por amargo!", Is. 5:20.

Proverbios 28:5

> *«Los hombres malos no comprenden lo que es recto,*
> *pero los que buscan a Yahvéh comprenden todas las cosas».*

A este respecto, no hay que pensar en nuestros gruesos libros de leyes, en los que sólo los juristas saben encontrar el camino. Con la palabra "recto", Salomón se refiere aquí sencillamente al derecho *de Dios*. Su soberano derecho divino para disponer de todos y cada uno. Esto realmente significa el conocimiento de la voluntad de Dios para la vida diaria, según Él la había revelado en la Toráh; o bien a las aplicaciones prácticas del primer mandamiento: no hay otros dioses más que Yavéh, de lo cual nada entienden los dirigentes malos.

Literalmente, Salomón habla de «hombres de *maldad*». Con lo cual ciertamente no sólo quiere evocar la imagen de lo que en nuestra sociedad se entiende por personas malas, como asesinos y atracadores de bancos. Salomón tenía en mente, en primer lugar, a Israel; es decir, al pueblo de Dios, entre los cuales había personas autónomas que tenían su «criterio»

o principios propios separados de la Palabra de Dios, Sal. 1:1.[19] Por lo demás, éstos muy bien pueden ser personajes que viven correctamente, y que quizá incluso rellenan su testimonio con textos bíblicos.[20] Pero aquí hablamos del derecho contractual de Dios a disponer de todo. Mas ese derecho soberano del Creador, sobre todos y cada uno, a llamarlos a su servicio, ellos no lo reconocen; y por eso tampoco reconocen en la práctica diaria de la vida "cuál es la buena voluntad de Dios, agradable y perfecta", Ro. 12:2. Más aún, "como ellos no quisieron tener en cuenta a Dios, Dios los entregó a una mente depravada, para hacer cosas que no deben", Ro. 1:28. Por lo cual, es de temer que con la desaparición de la Palabra de Dios de la convivencia, también disminuya la idea del derecho.

Pero aquellos que buscan al Señor *«comprenden todas las cosas».* Día y noche tienen trato con la Palabra de Dios y eso los hace sabios, Sal. 1:2.21 Esto los hace también más compatibles con el orden de vida que Dios ha revelado en su Palabra y demás obras, cf. cap. 4, 3. Eso les da juicio, y al mismo tiempo un modelo que otorga el poder necesario.

En contraposición con aquellos que rechazan la Palabra de Dios, están los que encuentran llaves que encajan en las cerraduras de la realidad tortuosa en este mundo caído. El apóstol Pablo pidió a los filipenses este don: «que vuestro amor abunde más y más en conocimiento y en toda comprensión», Fil 1:9; Sal. 119:100, 1 Co. 2:14-15, 1 Jn. 2:20.[22]

Proverbios 28:26

> *«El que confía en su propio corazón es un necio,*
> *pero el que camina con sabiduría será librado.»*

Esto vale también en el terreno religioso. Lo decisivo no es lo que nosotros juzguemos sobre nosotros mismos *en nuestro corazón,* sino lo que *Dios* declara sobre nosotros en Jesucristo y en su Palabra, para bien y para mal. Quien anda en esta sabiduría, puede ahorrarse muchas angustias y problemas, pues en el camino de la religiosidad subjetivista ya se han perdido muchas vidas.

La fuente de la verdadera sabiduría no está en nosotros, sino fuera de nosotros. No en nuestro corazón, que siempre tiene la propensión a caer, sino en el orden firme que Dios

nos ha revelado en su Palabra y en las demás obras. Sabiduría es, pues, también otra palabra para referirse a la piedad o temor de Dios (consúltese, a este respecto, Cap.4).

Por eso, la sabiduría está diametralmente enfrentada a toda forma de subjetivismo, inclusive el religioso. Consúltese, a propósito de esto, nuestro comentario a Pr. 3:5-6, y también el Cap. 4, 5.

En Proverbios, capítulos 1 al 9, Salomón indica cuán saludable es esta sabiduría para toda nuestra vida, y cómo puede combatir toda clase de mal preventivamente. ¡No hay seguro de vida mejor que el de la sabiduría!

Proverbios 28:28

> *«Cuando los malvados se levantan, se esconde el hombre;*
> *cuando perecen, los justos se multiplican».*

Eso no es extraño, pues los impíos rechazan la Palabra de Dios y con ello echan por tierra los fundamentos de la convivencia. El Sal. 11:3 pregunta desde una situación semejante: «Si son destruidos los fundamentos, ¿qué puede hacer el justo?» Es una equivocación pensar que un cristiano siempre debe *hacer* algo. Si Dios quita a los piadosos su vocación a la vida pública, mejor que se retiren de ella, y se mantengan en segundo plano. «Por eso el entendido *calla* en ese tiempo, pues es un tiempo malo», Am. 5:13. El humilde David lo comprendió así, y por eso huyó del impío Saúl por las cuevas y desiertos. Allí oró según las palabras del Salmo 12: «Salva, Yahvéh, porque se acabaron los piadosos, porque han desaparecido los fieles de entre los hijos de los hombres», v. 2.

La historia de los Países Bajos deja ver también ejemplos admirables al respecto. En 1560, cuando aquel país gemía bajo el terror del rey Felipe II, 350 hombres huyeron sobre el hielo hacia Emden, que recibió el sobrenombre de «albergue» del pueblo perseguido de Dios. Otros huyeron de otros países, así como de Alemania y Polonia hacia Inglaterra, donde, en Londres, aún existe la iglesia de los refugiados, llamada Austin Friars.

Cien años más tarde, los hugonotes huyeron hacia los Países Bajos, y en ello se puede ver enseguida cómo los justos se fortalecen si el poder de los impíos es quebrantado. Duran-

te dos siglos, la República libre de los Siete Países Bajos Unidos fue un refugio sagrado para aquellos que en Europa eran perseguidos por su fe. El Señor Jesucristo así lo había prometido, Mc. 10:29.

Algunos proverbios sinónimos dicen: «Con el bien de los justos se alegra la ciudad, pero cuando los malvados perecen, se hace fiesta», 11:10. «Cuando los justos se alegran, grande es la gloria; cuando los malvados se levantan, los hombres tienen que esconderse», 28:12. «Cuando los justos dominan, el pueblo se alegra; cuando domina el malvado, el pueblo gime», 29:2.

Proverbios 29:15

«La vara y la corrección dan sabiduría,
pero el muchacho consentido avergüenza a su madre».

«El corazón del hombre se inclina al mal desde su juventud», Gn. 8:21, cf. Job 14:4, Sal. 51:7; por lo cual, los padres deben reprimir desde muy temprano el mal que hay en el corazón de sus hijos, mediante el muro de la corrección. Ahora bien, los sabios israelitas, respecto a la corrección, no pensaron en primer lugar en pegar, sino en la dirección que se da mediante la enseñanza amigable en el temor de Yahvéh, cf. Pr. cap. 4. ¡Dichosos los padres a los que eso les es suficiente! Felices los padres y madres que pueden conducir con una simple palabra a sus hijos que se van haciendo mayores. Semejante obediencia descansa, no obstante, por regla general, en los fundamentos que ya durante los primeros años de vida pusieron en los corazones de sus hijos.

En ese período, los padres experimentan la verdad del proverbio que dice: «La necedad está ligada al corazón del muchacho»; y durante esa fase de la vida no siempre se aleja de la necedad con palabras solamente. Así pues, los padres inteligentes actuarán según la consecuencia de este proverbio: «La vara de la corrección la alejará de él», Pr. 22:15 (ve allí). Con lo cual, Salomón no sólo se referirá a la vara, sino que tendrá en cuenta todos los castigos del cuerpo; desde una bofetada hasta un buen azote en las nalgas o una tarea de trabajo de castigo. Los modernos expertos en educación no quieren oír hablar más de castigos corporales; pero las Sagradas Escrituras indican muchas veces la acción benefi-

ciosa de la vara, cf. Pr. 13:24, 22:15, 23:13-14, cf. Pr. 10:13, 26:3.

Naturalmente, el educador, a este respecto, debe conocer «tiempo y manera», Ec. 8:5. El justo, también tendrá en cuenta en la educación de sus hijos, su naturaleza y condición así como los límites de su poder con respecto al bien y al mal. Ya hablamos acerca de esto en Pr. 22:6. En este contexto, nos parece muy elocuente que el proverbio reseñado mencione conjuntamente la vara y la corrección. En él escuchamos este estímulo: Acompaña siempre la corrección *corporal* con una razonable y seria corrección verbal, cf. Ef. 6:4. Así, bajo la bendición de Dios, el sufrimiento de la vara y la lección del castigo pueden juntos aportar sabiduría al niño.

Cuanto más joven se comience con esto, tanto mejor. Ya lo vimos en el proverbio que dice: «El que ama a su hijo, lo corrige *a tiempo»,* Pr. 13:24. Y como la educación del joven niño recae casi siempre sobre la madre, en ella descansa concretamente la obligación de poner en el corazón del niño los fundamentos de la obediencia. Aquí yace una de sus tareas más grandes y principales. Evidentemente, Salomón ya vio en su tiempo a madres que se olvidaban de esta obligación. Por amor equivocado o por comodidad abandonaban a sus hijos a su suerte.

Ahora bien, de hijos indisciplinados puede resultar de todo: ciudadanos indisciplinados, miembros de iglesia infieles, esposos infieles, compañeros de trabajo no fiables, y ¿qué no? El escándalo que esto conlleva recae sobre la cabeza de la madre, pues ella es quien se descuidó de levantar a tiempo, en torno a su hijo, el muro de contención de la corrección vital. Ella incumplió su vocación, abandonando a su joven niño a su suerte; y así el hijo mimado se convirtió en el escándalo de la madre. Los azotes que ella ahorró, cayeron sobre su propio corazón.

Es claro que la Sagrada Escritura habla aquí sobre otra madre que la que oímos llorar en Pr. 17:25, y de la que se dice: «El hijo necio es pesadumbre para su padre, y amargura para la que le dio a luz». Ella lo corrigió ciertamente -y también a tiempo-, pero él nunca quiso escuchar. Lo que a ella le quedó fueron los poderosos medios de salvación del pacto de Dios y las súplicas en las que las apoyó.

La educación con vara y castigo durante la primera juventud

no sólo dan *sabiduría,* sino que fortalecen la *salud* espiritual y corporal. Los niños que crecen indisciplinados, frecuentemente son adultos mal preparados contra las contrariedades inevitables de la vida. La disciplina enseña a un niño a acostumbrarse al contratiempo, y a acomodarse a las decepciones. Las madres que privan a sus hijos de la corrección correctora, también los privan de la ocasión de desarrollar un sano poder de adaptación.

Según un profesor americano en psiquiatría, la educación moderna, al no refrenar a los niños, se ha vuelto un desierto, con el resultado de «una generación de niños que no ha aprendido la disciplina que es necesaria para transitar por el mundo, (...) Por temor a las heridas psíquicas, hemos rechazado, con demasiada pasión, el inculcarles una autodisciplina.[23] Y esta falta puede proporcionarles más tarde mayor sufrimiento psíquico y corporal que el que podría originar [24] la disciplina del azote en su primera juventud.

Espiritualmente, pues, el profesor también declara: "¡Prescinde de Freud y salva al niño!" [25]

Véase también en Pr. 22:15.

Nuevamente se evidencia en este proverbio que el temor del Señor también es medicina para el cuerpo[26]. En Pr. 3:7-8, se mencionan más proverbios que tratan acerca de la relación entre la virtud y nuestra salud.

Proverbios 29:18

> *«Cuando falta la profecía, el pueblo se desenfrena, pero el que guarda la Leyes bienaventurado».*

Si Salomón se refería aquí sólo a la Toráh de Moisés (los libros de Génesis a Deuteronomio) o también a la *toráh* (enseñanza) de sabios y profetas, tiene realmente poca diferencia. Toda aquella enseñanza continuada acerca de Dios y su servicio se apoyó sobre el fundamento de la Toráh de Moisés. Ésta era la fuente de la sabiduría (cf. cap. 4, 3, a. y b.) y el punto de partida de la profecía. El eco de Moisés resuena por los Profetas y los Salmos hasta en los Escritos Apostólicos.[27]

Ahora bien, ya hemos visto con frecuencia que Dios enseñó a su pueblo, por medio de Moisés, no sólo las cosas religiosas, sino *la vida toda* en relación con su pacto.[28] Así, la Toráh no sólo contenía preceptos relativos a los sacrifi-

cios, sino también leyes sobre la propiedad, el comercio los huérfanos, los extranjeros, los pobres, etc.; sí, incluso sobre los animales. Todas estas prescripciones debían servir para procurar a Israel, aliado de Dios, una convivencia justa, sin lucha de clases ni latifundios. Una sociedad en donde las saludables leyes sociales debían prevenir extremos y contradicciones, pues si hay uno que sabe qué es bueno para la vida humana, ése es ciertamente Yahvéh, el Dios de la vida. Pues de sus preceptos aseguró: "El hombre que (creyendo) los cumpla, gracias a ellos vivirá (dichosamente)", Lv. 18:5.[29]

Esta enseñanza divina del pacto o Toráh formó el fundamento subyacente a la convivencia israelita.[30] Por eso, los desastres sobrevenían cuando Israel abandonaba esa Toráh. No sólo porque entonces había perdido el miedo a la maldición del pacto de Dios sobre toda su vida (Lv. 26, Dt. 28), sino también porque el tren de la convivencia se salía de los raíles de los buenos preceptos de Dios, con todas las consecuencias desastrosas de semejante descarrilamiento. Pero entonces el Señor envió profetas a llamar a Israel a volver a su Palabra y Pacto. "¡Volved a la Toráh! ¡Volved a la obediencia al Pacto de Dios!" Éste era el proverbio de los profetas. Así intentaba el Señor, por medio de su predicación, preservar a Israel de castigos aún mayores.

También ocurrió que Él se sintió tan profundamente ofendido, que llegó a silenciar la voz de aviso de la profecía; o no envió más profetas; o no quiso que Israel entendiera su predicación. Lo primero ocurrió durante la juventud de Samuel. Entonces «escaseaba la Palabra de Yahvéh y no eran frecuentes las visiones», 1 S. 3:1. Lo segundo ocurrió en los días de Amós e Isaías. Dios hizo que no se pudiera hallar su Palabra, Am. 8:11-12; y con las profecías de Isaías Dios hizo que Judá oyendo no oyera y viendo no viera, Is. 6:10 y ss., cf. 2 Cr. 15:3, Sal. 74:9, 79:6. [31]

De tales tiempos dice Salomón, brevemente, pero con fuerza: «Si no hay profecía (o visión profética o revelación), *se embrutece y desenfrena* un pueblo». Una nación permanece en pie o cae por el anuncio y cumplimiento de las ordenanzas de Dios, Pr. 14:34. Esto se había evidenciado en tiempos de los Jueces, que aún estaban bastante frescos o recientes en la memoria en los días de Salomón. ¡Cuánto se había embrutecido entonces Israel, con la tiranía y la sodomía! Jue. 19 y ss. Así

vio Isaías hundirse más tarde en desenfreno la sociedad de sus días. «Entre el pueblo brotará la violencia de unos contra otros, cada cual contra su vecino; el joven se levantará contra el anciano, y el plebeyo contra el noble», Is. 3:5. ¡Una revolución en forma óptima!

¿Y no está aquí el origen de la moderna secularización, e incluso de la problemática actual del mundo? Europa, que estaba ensalzada hasta el cielo (Lc.10:15), ha rechazado la Palabra profética y se ha entregado al embrutecimiento. Si Dios no lo evita, ponemos rumbo con pasos agigantados a nuestra ruina. ¿No es nuestra propia sociedad una ilustración elocuente del proverbio de Salomón? ¿Acaso no se embrutece todo? Matrimonios, hogares, costumbres, moda, entretenimiento, conciencia de obligación, comercio, arte y pronunciamientos judiciales.

La Palabra de Dios nos había predicho: «También debes saber que en los últimos días vendrán tiempos peligrosos. Habrá hombres amadores de sí mismos, avaros, vanidosos, soberbios, blasfemos, desobedientes a los padres, ingratos, impíos, sin afecto natural, implacables, calumniadores, sin templanza, crueles, enemigos de lo bueno, traidores, impetuosos, engreídos, amadores de los deleites más que de Dios, que tendrán apariencia de piedad, pero negarán la eficacia de ella», 2 T. 3:1-5a.

¿Y no ha sembrado Europa la cizaña de su impiedad en todas partes del mundo? Si se hubiera atenido más a la Toráh, el mundo parecería ahora otra cosa. Con nuestro comercio de esclavos y nuestra opresión de los pobres hemos provocado la lucha de clases. Y ahora surge toda la problemática de los países ricos y pobres, la ayuda al desarrollo, hacer «justicia», la crisis de autoridad, la mortal lucha sin perspectiva del socialismo y el capitalismo, ya que en ella no se escucha la profética Palabra de Dios; y sin profecía, un pueblo cae en la anarquía.

«Pero el que guarda la Ley es bienaventurado», dice la segunda línea de Pr. 29:18. Esto se puede explicar así: «Feliz el *pueblo* que guarda la Ley», lo cual es una verdad escriturística, Sal. 33:12, cf. también en Pr. 11:11. Los países occidentales, y gran parte del mundo, tienen que agradecer a Dios bendiciones inconmensurables debidas al poder saludable de su Palabra. La comparación con países que no han seguido el

cristianismo puede hacernos ver los muchos frutos de la influencia de la Palabra que todavía pervive en nuestra convivencia.

Pero Salomón no menciona la palabra *pueblo* en la línea segunda, de modo que es mejor partir de lo que él dice: *«¡aquel* que guarda la Ley es dichoso!» Con lo cual podemos pensar en el *residuo fiel* [32] que en tiempos de general abandono del pacto, aún puede entender y conservar la Palabra de Dios. El poeta-autor del Salmo 119 vivió en un tiempo así [33] y también afirmó: "Bienaventurados los íntegros de camino, los que andan en la Ley de Jehová", Sal. 119:1. Así pues, esto también puede ocurrir si, hablando en general, "no hay profecía alguna".

Indiscutiblemente, los justos, en períodos semejantes deben sufrir, frecuentemente, junto con los impíos. Por lo cual, de los *mesahlim* de Salomón tampoco se deben hacer reglas inflexibles que deben surgir siempre y en todas partes, cf. cap. 1, 6, a. b. c.Ahora bien, Dios quiere prepararle aún a su residuo fiel y piadoso bendiciones de muchas clases. Las leyes de Dios son para vida, y quien las cumple debe experimentar las bendiciones de las mismas.

Repasando todo, una vez más, vemos la razón para la antigua oración eclesial: «¡Oh Yahvéh, no nos retires tu Palabra y Espíritu!» Este es el mejor medio de salud y unión para todas las relaciones de la vida. Si esto no es de ayuda, entonces no hay ayuda en nada. Tampoco en las iglesias «embrutecidas». Que nuestra oración se eleve en favor de nuestra futura generación, porque ¿qué será de nuestros hijos si no hay más profecía? ¡Sería preferible una iglesia en las catacumbas con profecía que una catedral sin profecía!

Proverbios 29:20

> *«¿Has visto un hombre ligero de palabra?*
> *Pues más puede esperarse de un necio que de él».*

La posterior sabiduría judía sustenta el mismo punto de vista. «Mi vida entera ha crecido entre los sabios y no he encontrado nada mejor para el hombre que callar», decía Raban Simeón (año 150 a. C.). Y el Rabí Akiba (año 125, d. C.), enseñaba: «Siete cosas son propias del inculto, y siete del sabio: el sabio no habla en presencia de quien le supera en sabidu-

ría; y no interrumpe a su prójimo; y no se precipita en contestar; pregunta lo que viene a cuento, y responde conforme a lo que se trata; habla primero sobre el primer asunto, y sobre lo último al final; y sobre lo que no le corresponde, dice: -No lo he oído; y reconoce (u otorga) la verdad.»

Proverbios 29:25:

> *«El temor del hombre le pone trampas;*
> *el que confía en Jehová está a salvo».*

Temblar por hombres, dice literalmente el texto bíblico; y una famosa versión antigua acierta a traducir: «El *temblor* a los hombres pone un lazo». ¿A quién no le molesta eso? Incluso a los más grandes en el Reino de Dios.

El Señor había prometido solemnemente que Sara se convertiría en madre de un pueblo grande. A pesar de ello, Abraham se sobrecogió por el temor de que Faraón pudiera hacerse con su hermosa Sara y matarlo a él. Por lo cual, el temor humano le inspiró: «Di, pues, que eres mi hermana», Gn. 12:10-20. Más adelante, también tembló por la misma razón ante el rey Abimelec, Gn. 20.

El apóstol Pedro nunca había fallado por causa del temor, pues los hombres miedosos no se atrevían a salir diciendo que eran discípulos de Jesús, cf. Jn. 7:13, 19:38. Sin embargo, este rudo pescador tembló ante una sirvienta; y aquel temor a los hombres le tendió una trampa fatal; y así fue como él dijo acerca de su querido Maestro, incluso en términos fuertes: '¡Mujer, yo no conozco a ese hombre!'

Más tarde, de nuevo por temor a los hombres, se metió en una trampa peligrosa. Pedro se había detenido en la iglesia de Antioquía, y cierto día llegaron de visita unos hermanos de Jerusalén. En esa ocasión, Pedro volvió a tener dificultades por temor. ¿Qué dirían aquellos creyentes provenientes de Jerusalén, que él siendo judío estuviera sentado a la mesa comiendo alimentos impuros con creyentes salidos del paganismo? Por temor a los hermanos judíos, de nuevo comenzó a comer según los preceptos judíos. Pero, una vez más, su temor a los hombres le tendió otra trampa peligrosa, pues entonces dio la impresión -¡aun siendo apóstol!- que, de hecho, había dos clases de creyentes: cristianos de primer rango que vivían como judíos, y cristianos de segundo rango, provenientes

de los gentiles, que comían alimentos impuros. Pablo, por causa de este quebrantamiento del evangelio y de la libertad cristiana, tuvo que echarle una reprimenda pública, Gá. 2:14.

¿Quién se atrevería a regañar duramente a Abraham y a Pedro por estas cosas? «¡Atrévete a ser un Daniel, atrévete a mantenerte erguido!» Pero eso no sienta bien. No frente al mundo incrédulo; y frente al mundo religioso, a veces, aún menos. Pues el temor a los hombres nos puede decir al oído tentadoramente: ¿Tiene que ser precisamente ahora? Ten en cuenta tu posición. ¿Qué se dirá de eso?»; y entonces tememos más a los señores que al Señor.

Pero el que confía en Yahvéh está a salvo.

Esto se puede ver estupendamente en David. Siendo un joven de unos veinte años, se presentó ante Goliat. Un hombre de tres metros, con un casco en su cabeza, una coraza de ochenta kilos y una larguísima lanza. David sólo tenía una honda y algunas piedras; pero confesaba su confianza en Dios: «Tú vienes contra mí con espada, lanza y jabalina; pero yo voy contra ti en el nombre de Yahvéh de los ejércitos, el Dios de los escuadrones de Israel, a quien tú has provocado», 1 S. 17:45-46. El final ya se conoce.

¿Y a quién más habríamos de citar aún como ejemplo? ¿A Moisés ante Faraón? ¿A Samuel frente a Saúl? ¿A Ezequías frente a Senaquerib? ¿A Jeremías y Baruc frente a los poderosos? ¿A Daniel frente a Nabucodonosor y Darío? Tomemos a nuestro Señor Jesucristo, que fue perfecto en su confianza en Dios y completamente libre del temor a los hombres.

Él estuvo constantemente rodeado de fariseos y saduceos. Llenos de odio religioso -¡y odio más crudo no existe!- estuvieron al acecho contra Él con el fin de encontrar un pretexto para una sentencia de muerte. Sin embargo, Él jamás renegó de la Verdad. Sus ataques a la autojusticia farisea y al liberalismo saduceo los hizo sin temor o acepción de personas; de manera que cuando pendía de la cruz, incluso sus enemigos, en su burla, tuvieron que reconocer: «Confió en Dios; líbrelo ahora si le quiere!», Mt. 27:43

Un discípulo no está por encima de su maestro. Por eso amonestó el Señor Jesús: «Os digo, amigos míos: No temáis a los que matan el cuerpo, pero después nada más pueden

hacer. Os enseñaré a quién debéis temer: Temed a aquel que, después de haber quitado la vida, tiene poder de echar en el infierno. Sí, os digo, a éste temed!», Lc. 12:4-5, cf. Is. 51: 12-16, 2 Ti. 1:7.

NOTAS Cap. 14

1.– El vocablo hebreo *he'tiqu* también puede traducirse por "recopilaron".

2.– Según fuentes rabínicas los hombres de Ezequías que participaron en esta recopilación, también desempeñaron un papel en la recopilación de Isaías, Cantares y Eclesiastés (Baba Bathra 15a). Una traducción alternativa de Pr. 25:1 es: "…que los hombres de Ezequías copiaron (en otro rollo)." Cf. Koehler. La raíz *'ateq*, mover, trasladar. Aquí "copiar en otro rollo". ". Cf. Koehler. La raíz *'ateq*, mover, trasladar. Aquí "copiar en otro rollo".

3.- F. van Deursen, *Los Salmos I*, cap. 3, 9. 98-103

4.– G.Groen van Prinsterer, *Incredulidad y Revolución*, FELiRe, XI Conferencia, p.23

5.– R. B. Y. Scott, a. l.

6.– El médico Dr. S. I. McMillen ve en Lv. 3:17 («Estatuto perpetuo será ( ) que ninguna grasa ni sangre comeréis."), cf. Lv. 7:22-27, preceptos por los que Dios, en su sabiduría, tenía presente la salud de su pueblo (arteriosclerosis). None of these diseases, 86.

7.– Dr. Paul Tournier, *Radicale Therapie*, cap. IX.

8.– Kidner a. l.: «Knowing when to stop».

9.– Cf. D. Kidner, *Proverbs*, London 1964

10.– Con W. H. Gispen consideramos esta versión mejor que la igualmente posible: la ira de un necio.

11.– Según se traduce en otras versiones la palabra hebrea*ka'as* (véase 1 S. 1:16; Sal. 6:8; Job 6:2: Ecl. 1:18; Pr. 12:16: 1 R. 15:30, entre otros lugares).

12.– F. van Deursen, *Los Salmos I*, FELiRe 1996, 80-82.

13.– F. van Deursen, *Los Salmos II*, cap. 20, pp.520-30, FELiRe 1997

14.– La misma palabra hebrea: *ka'as*, que en Pr. 27:3.

15.– Cf. Hans Wildberger, *Bibl. Homm. Jesaja*, Neukirchen 1965, 14.

16.– El término hebreo se puede traducir también por "irritarse" o "afligirse"

17.– F. van Deursen, *Los Salmos I*, Cap. 3, FELiRe 1996

18.– vs. 136, cf. F. van Deursen, *Los Salmos II*, 686/7.

19.– F. van Deursen., *Los Salmos I*, 4, 114, ss., FELiRe 1996

20.– F. van Deursen., *Los Salmos I*, 74/77, FELiRe 1996.

21.– F. van Deursen., *Los Salmos I*, 118/21, FELiRe 1996.

22.– Cf.Sal. 119:66. F. van Deursen, *Los Salmos II*, 694/6, FELiRe 1997.

23.– Dr. S. I. McMillen, *None of these diseases*, London 1966.

24.– «Me recuerda lo que dijo el Dr. Douglas Kelly, de la Universidad de California, y profesor y psiquiatra en los procesos de Nuremberg,: " El temor a reprimir al niño en la educación moderna y en la crianza infantil, ha dado como resultado una generación de niños que han sido enseñados en la ausencia de disciplina para el autocontrol, por temor a traumatizarlos."

25.– "Los niños que nunca han sido condicionados por algunas frustraciones

en los primeros quince años de su vida, no están muy equipados para enfrentarse a las exigencias de la vida adulta sin experimentar una indebida tensión, con sus anormales y poderosas reacciones.", idem, a.w. 124.

26.– «Por haber permitido al bebé de seis meses ser "*todo pulmones*" , y al niño de diez años ser "*todo juego*, y al adolescente *todo deporte de competición* y a la jovencita *todo coquetería y tonterías*, y al ejecutivo treintaañero *todo negocios o pasatiempos*, y al cuarentón *todo a medio camino*, ¿es de extrañar que en los cincuentones sean *todo frustraciones*, y los sesentones *pasen de todo*? McMillen, a. w. 131.

27.– F. van Deursen, *Los Salmos I*, 27-38.

28.– F. van Deursen, *Los Salmos I*, 4. 3 a..

29.- F. van Deursen, *Los Salmos I*, 170-1.

30.- F. van Deursen, *Los Salmos I*, 1, 1 a..

31.– F. van Deursen, *Los Salmos II*, 527-8.

32.– F. van Deursen, *Los Salmos I*, 63-5, FELiRe 1996

33.- F. van Deursen, *Los Salmos II*, 682-89, FELiRe 1997

Capítulo 15

Proverbios 30

ALGUNAS PALABRAS DE AGUR, HIJO DE JAQUÉ,

Quién fue este Agur, no lo sabemos, pero debió ser un hombre humilde que esperaba mucho de Dios y muy poco de sí mismo, cf. Pr. 30:1-4. Entendió profundamente que sólo conocemos a Dios porque se nos ha *revelado* en su Palabra; y de ello habla muy respetuosamente. También esto pertenece a nuestra diaria sabiduría de la vida: andar constantemente bajo la impresión de la pureza, fiabilidad, sabiduría y perfección de la Palabra de Dios.

Esto nos enseña Agur en el proverbio siguiente:

Proverbios 30:5 y 6

> *«Toda palabra de Dios es limpia;*
> *él es escudo para los que en él esperan.*
> *No añadas a sus palabras,*
> *para que no te reprenda y seas hallado mentiroso».*

Así exaltan también los salmistas la Palabra de Dios: «Las palabras de Yahvéh son palabras limpias, como plata refinada en horno de barro, purificada siete veces», Sal. 12:6; y el poeta del Salmo 119 cantó: «Sumamente pura es tu palabra y la ama tu siervo», v. 140. Este salmo es una sucesión de alabanzas a la Palabra de Dios;[1] cf. Sal. 18:30, 19:9-10, 33:4, 56:4 y 10, 2 Ti. 3:16, 2 P. 1:20.

Pero Dios, Pronunciador de esta Palabra, «no puede mentir», Tit. 1:2, He. 6:18. Por eso, también Agur dice, que «*toda* palabra de Dios» es pura, sin mezcla de mentira; y esta «Palabra de nuestro Dios permanece para siempre», Is. 40:8, cf. Mt. 24:35.

Es nuestra única certeza en esta tierra porque la ha pronunciado el Dios eterno y porque Él es el Verdadero. Por eso es un escudo fiable para quienes se refugian en Él, v. 5.

Ahora bien, es evidente que Agur entendió plenamente que la Palabra de Dios, de la *a* a la *z,* es el *Libro del pacto*, el Documento de los pactos de Dios con su pueblo. Primero, el Antiguo Testamento sólo con Israel, pero desde Pentecostés, el Nuevo Testamento (Pacto), también con los creyentes provenientes de los paganos, como lo somos nosotros por ascendencia. Toda palabra de la Sagrada Escritura es determinada e influenciada por esos pactos o testamentos. Tomemos, por ejemplo, la palabra *escudo.* Con ella, naturalmente, pensamos en el conocido instrumento de defensa, pero en el antiguo lenguaje del pacto oriental es un término habitual para referirse al señor feudal. «Yo soy tu escudo», dijo Dios a Abraham (Gn. 15:1) y éste sin duda escuchó en ello el lenguaje feudal, porque así se expresaban los vasallos con su Gran Rey, con quien tenían un tratado: «Tú eres mi escudo»;[2] y así el término *«palabras»* es frecuentemente la expresión permanente del lenguaje de celebración de un acuerdo para las determinaciones de un pacto o un compromiso. Los judíos llamaban al libro de Deuteronomio –que en todos los aspectos era un documento de pacto, lleno de estipulaciones de pacto- ¡"las *palabras"!*

Ahora bien, en aquel mundo, el hecho de introducir cambios en un texto de pacto, se consideraba algo escandaloso. A un documento de pacto, una vez ratificado, era claro que no se le podía quitar ni añadir nada, pues el falsear un *texto de pacto* era considerado como *ruptura del pacto.* Como es natural, esto era aún más válido en relación al pacto de Dios. Por ello, Israel comprendió que Moisés hablaba con el lenguaje de pacto cuando en Dt. 4:2 habló como plenipotenciario de Yahvéh: «No añadiréis a la palabra que yo os mando ni disminuiréis de ella, para que guardéis los mandamientos de Jehová, vuestro Dios, que yo os ordeno», cf. Dt. 12:32.

El mismo aviso hizo oír Agur en términos alusivos al pacto. «Nada añadas a *sus palabras»,* significa: «Nada añadas a *sus determinaciones del pacto».* También Agur avisa contra introducir cambios arbitrarios en las determinaciones de bendición y maldición del pacto de Dios. Porque violar los textos del pacto venía a significar violar el pacto mismo. [3]

Este respeto nos cuadra ahora aún más en relación a la Sagrada Escritura completa. Si la leemos como se nos ofrece -como el Documento del Antiguo y Nuevo Pacto de Dios-, entonces escuchamos una advertencia unida a la amenaza con la que termina: «Yo advierto a todo aquel que oye las palabras de la profecía de esto libro: Si alguno añade a estas cosas, Dios traerá sobre él las plagas que están escritas en este libro. Y si alguno quita de las palabras del libro de esta profecía, Dios quitará su parte del libro de la vida y de la santa ciudad y de las cosas que están escritas en este libro», Ap. 22:18-19.

Sin embargo, el pueblo de Dios ha cometido este mal muchas veces.

Jeroboam, el hijo de Nabat (1 R. 11:26), añadió a las estipulaciones del Pacto de Dios sus propias invenciones religiosas, 1 R. 12:25-32; y fue reprendido por ello (1 R. 13 y 14), y se puso de manifiesto que era «un mentiroso», alguien que llevó al pueblo de Dios a los caminos malos.[4] Pero esto también ocurrió durante la vida de Jesús. «En vano me honran, enseñando como doctrinas mandamientos de hombres», Mt. 15:9. «Ya no ha de honrar a su padre o a su madre». Así habéis invalidado el mandamiento de Dios por vuestra tradición», censura Jesús a fariseos y escribas, Mt. 15:6.

El conocimiento humano autónomo siempre envanece y, además, si se mezcla con el conocimiento de las Escrituras frecuentemente constituye una fuente de disputas y escisiones en el pueblo de Dios. Es de notar que Pablo, tras la discusión sobre las divisiones en la iglesia de Corinto, recuerde el dicho por entonces conocido: «Para que en nosotros aprendáis a *no pensar más de lo que está escrito*», 1 Co. 4:6. Pues, precisamente los añadidos a la Palabra de Dios evidencian que perjudican, en muchos casos, la fe de la iglesia.

La historia de la iglesia medieval nos hace ver esto mismo de forma llamativa. En aquel entonces se unió la filosofía de Aristóteles al conocimiento de las Sagradas Escrituras, y esta mezcla hizo desaparecer de las iglesias la llave del conocimiento; hasta que Dios, en el siglo XVI, tuvo misericordia de su pueblo, y de nuevo le enseñó a vivir en obediencia a la Escritura solamente. Entonces, las iglesias reformadas,

en su artículo 7 de la Confesión de Fe Belga, expresaron: «Porque, como está vedado añadir algo a la Palabra de Dios, o disminuir algo de ella (Dt. 4:2, 12:32, 30:6, Ap. 22:19), así se evidencia realmente que su doctrina es perfectísima y completa en todas formas. Tampoco está permitido igualar los escritos de cualquier hombre -a pesar de lo santos que hayan sido- con las Divinas Escrituras, ni la costumbre con la verdad de Dios (pues la verdad está sobre todas las cosas), ni el gran número, antigüedad y sucesión de edades o de personas, ni los concilios, decretos o resoluciones; porque todos los hombres son de suyo mentirosos y más vanos que la misma vanidad.»[5] ¡Y los traductores de la «Biblia de los Estados», en Holanda, colocaron, entre otros muchos, el texto de Pr. 30:5-6 inmediatamente después de la Introducción a su versión de la Biblia!, con el fin de prevenir a todos sus lectores contra cualquier alteración, revestida o no piadosamente, del texto del Pacto que realmente es la Sagrada Escritura.

El peligro de las añadiduras a la Palabra de Dios sigue amenazando de muchas formas. Al propio Martín Lutero le dio muchos quebraderos de cabeza que le llegaran con «revelaciones del Espíritu», desligadas de la Palabra de Dios; y este fenómeno se da también hoy en día. Y de Agur también podemos aprender que no tenemos derecho a añadir nada a las Sagradas Escrituras, por ejemplo, capítulos adicionales al libro de Apocalipsis, etc; pues, recuérdese lo que expresa Ap. 22:18-19. Es decir, que las Sagradas Escrituras están terminadas. Como nos lo acaba de recordar Agur: -'¡No añadas nada más!'

Por esa misma razón también debe permanecerse alerta en cuanto a las teologías. Juan Calvino ya avisó, con encarecimiento, de las *especulaciones* respecto al conocimiento de Dios. La elaboración científico-teológica de las Sagradas Escrituras y la sistematización de su contenido ocultan en sí no pequeños peligros. ¡Con cuánta facilidad llega el teólogo con su pensamiento *más lejos* de lo que Dios le permite, según los límites que en la Sagrada Escritura ha puesto a nuestro conocimiento respecto a Él! ¡Entonces aparece el peligro de añadidos prohibidos! O es el pensamiento científico-sistemático el que deforma el lenguaje profético de la Escritura de tal modo que acorta la riqueza de la misma, con la intención o no de hacer el Evangelio aceptable al hombre soberbio ¡En ese caso se produce el peligro de hacer reducciones prohibidas!

El apóstol Pablo avisó a Timoteo contra el así llamado gnosticismo[6] o *conocimiento*, Ti. 6:20.

Y con ello dijo lo que siempre es el resultado de la elaboración gnóstico-teológica de la Palabra de Dios: «impuro», «sonidos vacíos», 1 Ti. 6:20, 2 Ti. 2:16. La teología gnóstica moderna no deja mucho más de la Palabra de Dios que «sonidos vacíos»; ¿y de qué le sirve eso al hombre moderno?

Por eso vamos seguros si escuchamos al apóstol Pedro: «*Si alguno habla, hable conforme a la Palabra de Dios*; si alguno ministra, ministre conforme al poder que Dios le da, para que en todo sea Dios glorificado por Jesucristo, a quien pertenece la gloria y el imperio por los siglos de los siglos. Amén». (1 P.4:11). ¡Volvamos al lenguaje de las Sagradas Escrituras! Cuanto más cerca de ellas permanezcamos, con tanta más pureza hablaremos.

Proverbios 30:7-9

> *«Dos cosas he pedido,*
> *no me las niegues antes que muera:*
> *Vanidad y mentira aparta de mí,*
> *y no me des pobreza ni riquezas,*
> *sino susténtame con el pan necesario,*
> *no sea que, una vez saciado,*
> *te niegue y diga: «¿Quién es Yahvéh?»*
> *o que, siendo pobre, robe y blasfeme contra el nombre de mi Dios».*

Precisamente porque Agur reconocía la Palabra de Dios como la Verdad única y pura, temía dos peligros: 1º, la vanidad y la mentira; y 2º, la pobreza y las riquezas. Por eso le pidió a Dios que le quisiera guardar de ambas cosas.

Ahora bien, la Sagrada Escritura, cuando se refiere a la vanidad (o falsedad, mendacidad) y a la mentira, tiene a la vista algo más que sólo las mentiras ordinarias, por las que alguien presenta los hechos tergiversados. Realmente alude a todas las palabras, hechos, cosas y personas que, a la larga, no pueden sostenernos y en las que no se puede poner la confianza. Por tanto, Agur no sólo suplicó: -'Líbrame de mentiras, como falsas acusaciones, perjurio y prácticas comerciales engañosas', sino también: 'No permitas que dé crédito alguno a presentaciones mentirosas sobre Dios y su Palabra (cf. v. 6). [7]

Su segunda oración se desglosa en tres partes: No me des a) ni pobreza, b) ni riquezas, sino c) el pan necesario. Agur, pues, era del mismo espíritu humilde que David, cuando decía: «Yahvéh, no se ha envanecido mi corazón ni mis ojos se enaltecieron; ni anduve en grandezas, ni en cosas demasiado sublimes para mí», Sal. 131:1. «Preserva también a tu siervo de las soberbias, que no se enseñoreen de mí», Sal. 19: 13. Por temor a eso mismo, suplicó poder permanecer libre, guardado tanto de la pobreza como de las riquezas.

Porque pobreza es, en una palabra, una desgracia, cf. en Pr. 10:15. ¡No tener dinero para poder cubrir las necesidades primarias de la vida! Agur tenía miedo de que entonces atentaría contra el nombre de Dios (esto es, la Palabra de Dios, el Relato de los grandes hechos de Dios) y quizá llegara al latrocinio. Solo Dios sabe cuántos ateos de hoy en día provienen de ascendientes que, en siglos anteriores, llegaron por la pobreza a la impiedad, diciendo: «¿Cómo pudo Dios permitir, que uno viviera en un palacio, y otro tuviera que habitar en una covacha?»

¡Por desgracia, muchos de ellos no habrán oído en la iglesia que Dios tampoco ha querido nunca esos grandes extremos entre su pueblo, sino que precisamente trató de evitarlos! Él distribuyó gratuitamente el terreno (los medios de producción), y ordenó celebrar cada cincuenta años un año jubilar, con el fin de enderezar nuevamente las relaciones sociales torcidas; y promulgó una Ley llena de preceptos saludables como un escudo protector sobre los pobres.[8] (Véase también Pr. 3:27-28, sobre el *derecho* a la ayuda que Él dio a los pobres). Pero, si también los cristianos rompen ese escudo, ¿que pasa entonces?

Entonces, la necesidad no siempre enseña a orar, sino, a veces, a blasfemar. Sobre todo cuando pastores o sacerdotes se dan una vuelta por las barriadas de pobres ofreciendo carteles con la expresión: «El Señor lo envía, el Señor lo conoce y el Señor lo aparta". Entonces, la semilla revolucionaria de socialistas y comunistas no cae en tierra pedregosa. ¡Qué gran tentación la de decir: -'Adiós a Dios y a su culto'! Porque tú, por tus hijos pequeños, desde la mañana temprano, hasta entrada la noche, tienes que afanarte y, sin embargo, padeces amarga pobreza! Por eso Agur fue tan sabio al pedir que Dios lo librara de aquello, y añadió: -»¡antes muera yo»!.

Seamos conscientes de que Dios también podría convertir nuestro mundo de prosperidad, en poco tiempo, en una pobreza semejante. Muchos europeos de buena posición social no podían imaginar en 1925 que ellos, veinte años más tarde andarían 150 kilómetros para poder hacerse con un saquito de trigo o guisantes, como ocurrió en 1944, durante la 2ª Guerra Mundial. Entonces se cumplió, en algunos países, lo dicho en Lamentaciones 4:4: «Los pequeñuelos piden pan, y no hay quien se lo dé». ¿Santificaríamos *nosotros* el nombre de Dios y no iríamos a robar? Asaf, al ver el bienestar de los impíos y su propia miseria, declaró: «casi se deslizaron mis pies, ¡por poco resbalaron mis pasos!», Sal. 73:2-16, cf. Dt. 8:11-17, Job. 21:7-15, Is. 8:21.

¡Pero Agur también tuvo temor a las *riquezas,* porque también a ellas van unidas grandes tentaciones! (véase Pr. 10:15 y cf. 14:20, 18:16, 18:23, 19:4, 19:6), pues los papeles se cambian inadvertidamente, y el poseedor cae obsesionado por las propias riquezas. Agur temía que entonces no seguiría sintiéndose dependiente de Dios, sino que «saciado» le llegara a negar. ¡Si uno puede comprar todo lo que desea su corazón, es natural que no se sienta *dependiente* de Dios! «Pero los que quieren enriquecerse caen en tentación y lazo, y en muchas codicias necias y dañosas que hunden a los hombres en destrucción y perdición», 1 Ti. 6:9. Así pues, entendamos que Dios nos da todas las cosas, «para que las disfrutemos; para que hagamos bien y que seamos ricos en buenas obras, dadivosos y generosos», 1 Ti. 6:17-18. Considerando que hay muchos que están dominados por sus posesiones, el Señor Jesús dijo: «¡Cuán difícilmente entrarán en el reino de Dios los que tienen riquezas»!, Mc. 10:23.

Nehemías reconoce que Israel, *también* por su prosperidad material, había llegado a la apostasía apartándose de Dios, Neh. 9:25-26. ¡Cuántos en la cristiandad moderna se han desacostumbrado a Dios y su Palabra, porque están «saturados»! Por eso Agur pidió «el pan necesario». Nuestro Señor Jesucristo hablaría más tarde «de nuestro pan de cada día». Este es el término medio entre riquezas y pobreza. Eso depende naturalmente del tiempo y lugar de nuestra vida. Ese término medio estaba en el año 2000 de manera diferente que en 1900; y en la Unión Europea de manera diferente que en el Tercer Mundo. Agur se refería al sustento suficiente para la

vida, según las medidas del tiempo y lugar en que Dios nos hace vivir.

Evidentemente, según se puede ver por su piedad y fidelidad, Agur estaba libre de codicia y ansia de dinero. También porque sabía muy bien que nuestra dicha no depende de las riquezas. Su petición «de pan, repartido» -por Dios- demuestra que conocía el contentamiento. Sabía que Dios determina la medida de nuestros *dones* y *fuerzas*, que asimismo son determinados por Él. Dichoso aquel que sabe conformarse a ese designio Divino, como el apóstol Pablo, que escribió: «He aprendido a contentarme, cualquiera que sea mi situación. Sé vivir humildemente y sé tener abundancia; en todo y por todo estoy enseñado, así para estar saciado como para tener hambre», Flp. 4:11-12, cf. He. 13:5. «Así que, teniendo sustento y abrigo, estemos ya satisfechos», 1 Ti. 6:8.

NOTAS Cap. 15

1.– cf. para un resumen de lo mismo F. van Deursen, *Los Salmos II*, 688

2.– F. van Deursen, *Los Salmos I*, 18-20, FELiRe 1996

3.– «Pero Testamento, o Pacto, significa más que un elemento prominente en el contenido de la Biblia. Los documentos que conjuntamente forman la Biblia, son, en el fondo, de naturaleza confederada; una especie de naturaleza legal, según parece. En resumen, la Biblia *es* el Pacto Antiguo y Nuevo», cf. M. Kline, *Canon and Covenant,* art. The Westminster Theol. Journal, vol. xxxii, nov. 1969, nr. 1, 61; artículo citado, vol. xxxii, mayo 1970, nr. 2, pág. 200.

4.– F. van Deursen, *Los Salmos I*, cap. 3, 9

5.– *Creemos y Confesamos*, art. 7, 3ª ed. FELiRe 1987.

6.– F. van Deursen, *Los Salmos II*, Indice de Materias: *gnóstico*, p. 720, FELiRe 1997.

7.- F. van Deursen, *Los Salmos I*, 98-103, FELiRe 1996

8.- F. van Deursen, *Los Salmos I*, 46-50, FELiRe 1996

Capítulo 16

Proverbios 31:10-31

CANTO DE ALABANZA A UNA MUJER VIRTUOSA

¿No resulta sorprendente? ¡La única profesión a la que la Biblia canta un himno de alabanza es a la del ama de casa! Hay más de mil páginas llenas de los escritos de profetas, sacerdotes y reyes, pero sólo una encierra un himno de alabanza a lo que la mujer hace diariamente. Yahvéh Dios consideró muy necesario, y no por debajo de la valía de las Sagradas Escrituras, que en ellas se hablara -y aun en los más pequeños detalles- sobre lo que una mujer israelita, temerosa de Dios, tenía que hacer cada día.

Con ello se pone de manifiesto que la Biblia no es simplemente un libro religioso[1] en el que se tratan sólo cosas religiosas, como perdonar pecados, orar y cantar cánticos espirituales. Las Sagradas Escrituras ensalzan a esa mujer, no porque desde las primeras horas de la mañana hasta bien entrada la noche esté ocupada religiosamente como una monja, sino porque lleva a cabo su trabajo doméstico con eficacia, y además procura ganar algo con ello. ¿Y qué es lo más honroso de todo? Que cuando como mujer creyente hace eso año tras año, entonces las Sagradas Escrituras la califican aquí de: "¡mujer que teme a Yahvéh"!

¿Qué es lo que hace y deja de hacer tal mujer? Eso se puede ver en el retrato que un sabio desconocido ha pintado de ella. Es, en 22 versículos[2] , la descripción más bonita y completa de una mujer buena y creyente que, por su sabiduría y valentía, es una bendición para su hogar, una joya de la iglesia y un apoyo para la sociedad.

El poeta traza la imagen de una sabia mujer israelita, como la que vivía hace 3000 años. Por ello, su retrato muestra un antiguo colorido oriental. Desde entonces se han producido cambios sociales irreversibles. Pero, teniendo esto en cuenta, esta poesía, a pesar de las diferencias de tiempo y cultura, sigue siendo un poema didáctico actual.

Es evidente que en nuestros días el maligno dirige muy graves acometidas al matrimonio cristiano y a la vida familiar, y también crea frecuentemente gran confusión entre cristianos acerca de la relación de esposo, esposa e hijos; y por eso los fundamentos de la sociedad son removidos. En esta situación, este poema didáctico puede abrir los ojos al orden salvífico de Dios para el matrimonio y la familia.

¡Ojalá que nuestros jóvenes consideren atentamente este retrato de Proverbios 31, que puede enseñarles a qué clase de muchachas deben mirar para encontrar una mujer piadosa e inteligente! pues, ¡cuán ciegos están algunos de ellos! que dejan pasar ante sí a muchachas temerosas de Dios, con las cuales podrían ser felices en la dicha y en la desgracia, y sólo fijan su mirada en la «belleza y el encanto». Pero, ¡qué lástima cuando más tarde abren los ojos! Y, ¡ojalá que nuestras jóvenes no tomen como ejemplo a estrellas cinematográficas, sino a esta sabia mujer de Proverbios 31!

Versículo 10

«Mujer virtuosa, ¿quién la hallará?
su valor sobrepasa largamente al de las piedras preciosas».

No es que apenas haya tales mujeres, pues hay muchas de ellas se comportan bien, cf. v.29. Pero hay que buscarlas, pues no se encuentran doce de ellas en una docena. Sólo se las puede encontrar entre aquellas que temen a Yahvéh, v. 30. Semejante mujer es tan costosa como la misma sabiduría, la cual también es más valiosa que las perlas, 3:15, 8:11. Quien encontró una de ellas, «encuentra el bien y alcanza la benevolencia de Yahvéh», cf. 18:22. Es un regalo de Dios y «corona de su marido», (12:4), por lo que éste debe dar gracias frecuentemente; y los jóvenes que quieren una de ellas, deben pedírsela seriamente; como sabiamente hacen los padres piadosos, pidiendo a tiempo a Yahvéh una mujer así para sus hijos.

Versículo 11

«El corazón de su marido confía en ella
y no carecerá de ganancia»

Literalmente: «el corazón de su *«ba'al»* (señor, poseedor). No es que ella sea su esclava sin voluntad, dominada por él, pues no hay nada de lo que se deduzca que se sienta postergada por su marido y trate de desarraigarse de su autoridad. En cuanto a inhibiciones y frustraciones a causa de determinaciones restrictivas tampoco notamos nada. Al contrario, el ser mujer es para ella un gozo.

Por cierto, en la palabra *ba'al* resuena el orden de Dios por el que el hombre es designado como cabeza de la mujer. ¡Sobre todo, no se debe minusvalorar la grave responsabilidad que puso Dios sobre él! Como cabeza, está llamado a cuidarla y protegerla *«como a su propio cuerpo»* (Ef. 5:28). También como cabeza de familia tiene la responsabilidad última ante Dios; y ella, a su vez, ejerce autoridad sobre sus hijos y personal de servicio.

Esto no es «típicamente veterotestamentario» u oriental, pues el Nuevo Testamento enseña el mismo orden divino: «Pero quiero que sepáis que Cristo es la cabeza de todo varón, y el varón es la cabeza de la mujer, y Dios es la cabeza de Cristo», 1 Co. 11:3, cf. Ef. 5:22-24. Los hombres deben amar a sus mujeres, *«así como Cristo amó a la iglesia»*, Ef. 5:25, Col. 3:19. Si ellos hacen esto, es imposible que se vuelvan tiranos, como tampoco lo es el marido de esta mujer virtuosa.

Al contrario, ella gana su corazón y es su camarada, su confidente en quien él puede realizarse a sí mismo y con quien puede hablarlo todo, cf. v. 26. Cuando él trabaja fuera de casa, puede dejarle tranquilamente los asuntos, sin temor a que cometa necedades. Él la deja completamente libre y la entrega su confianza plena; y esto no la avergüenza. La continuación de esta poesía deja ver cuántas ventajas de toda clase le procura su modo de vivir, y cuánto la aprecia por eso su marido.

Versículo 12

«De ella recibe el bien y no el mal
todos los días de su vida».

Creada por Dios y como ayuda idónea del hombre (Gn.

2:18), le procura dicha y no desgracia. Así comenzó el matrimonio de esta joven mujer, y así continuó como madre de sus hijos, Pr. 31: 28. Y si ella le sobrevive a él, sigue haciéndole bien cuidando sus hijos, sus posesiones y su buen nombre. En su matrimonio no es egoísta en su provecho personal, sino que primeramente se apresta a *dar* y no a recibir. En los versículos siguientes leemos cómo ella pone a disposición de él todos sus dones e intereses.

Indudablemente, además es estimulada por la confianza y el aprecio (v. 29) que él le muestra. La palabra *amor* no se menciona en esta poesía; pero en cada línea resuenan los frutos de amor por los que marido y mujer se inspiran mutuamente en sorprendente armonía.

Versículo 13

> *«Ella busca la lana y el lino,*
> *y trabaja gustosamente con sus manos».*

La mujer israelita no podía comprar vestidos de confección; tenía que confeccionar, con la lana y el lino, toda la ropa con sus propias manos, y sin máquina de coser. Antes que pudiera ponerse a hilar, tenía que hacer bastante trabajo preparatorio. Concretamente, la ropa de lino exterior y la ropa interior se hacía como algo de alta calidad. También se hacían con el lino cordones fuertes y mechas de lámparas. Todo esto lo hacía esta mujer con buena voluntad, literalmente: «con la satisfacción de sus manos», cf. Col. 3:23.

Versículo 14

> *«Es como la nave del mercader,*
> *que trae su pan desde lejos».*

Junto a sus cualidades domésticas hay algo del espíritu emprendedor de un comerciante, que lleva a cabo largos viajes con sus barcos, para volver con mercancía valiosa. Así, tampoco representa para ella demasiado trabajo cuando se trata del sustento de su familia. Cuando es necesario, lo hace llegar de lejos, si lo de allí es mejor que lo cercano. Ciertos jóvenes y hombres adultos alguna vez piensan despreciativamente: -'¿Llevar la casa? ¿Cocinar? ¿Lavar la ropa? ¡Eso no exige ciencia alguna! ¡Y sin embargo esa tarea exi-

ge mucho más talento organizativo, visión económica, autodisciplina, celo, habilidad, fuerza corporal, gusto y creatividad que algunas carreras!

Versículo 15

«Siendo aún de noche, se levanta
para dar la comida a su familia
y la ración a sus criadas».

No es perezosa en absoluto, pues aún no ha pasado la noche cuando ya se ha levantado para procurar el pan a la familia y al personal; porque, en una economía israelita, se debía cocer el pan diariamente. Era un trabajo cansado, porque primero se debía convertir en harina el grano de trigo o cebada, mediante el pesado molino manual.

Ese orden y regularidad en el que descansa toda la vida familiar testifica de su pericia. De esa manera enseña también a sus hijos, desde niños, a acostumbrarse a ello; y también en esto aparece que teme a Yahvéh, porque Él evidentemente tiene también tiempos fijos para esto y aquello. No hay más que fijarse simplemente en su obra en la naturaleza y en la regularidad de las estaciones para ver como Él ama claramente el orden, Dt. 23:13.

Versículo 16

«Considera la heredad y la compra,
y con sus propias manos planta una viña».

Así de independiente podía comerciar una mujer israelita, si bien no lo haría sin saberlo su marido. Las excavaciones han descubierto que éste era el caso entre los sumerios, babilonios y asirios. Esta israelita miraba más allá de los muros de su casa, y disponía de medios financieros propios, y quizá también administraba el dinero de su marido. Además, para plantar una viña eran necesarias una serie de actividades, Is. 5:1-2.

Versículo 17

«Se ciñe firmemente la cintura
y esfuerza sus brazos».

Toma su trabajo con energía, y se remanga los brazos con decisión, cf. v. 25. No tiene miedo al trabajo duro.

Versículo 18

«Ve que van bien sus negocios;
su lámpara no se apaga de noche».

Bajo su hábil dirección, todo va como una seda en su casa. Una señal elocuente del orden y el bienestar es la pequeña lámpara de aceite. Ésta era normalmente un platillo en el que el alfarero, con el pulgar y el índice, había hecho un reborde donde se apoyaba la mecha que, comúnmente, ardía con aceite de oliva. Debía arder día y noche, con el fin de servir de encendedor, pues las cerillas aún no se habían inventado. Cuando el aceite, por descuido, no se reponía a tiempo y la lámpara se apagaba, se tenía que encender el fuego de forma trabajosa. Pero, bajo la dirección de esta mujer, también la lámpara está en orden.

Versículo 19

«Aplica sus manos a la rueca
y sus dedos manejan el uso».

Principalmente se hacían tejidos de lana. Para tejidos más bastos se usaba pelo de cabras y camellos. De esto se hacían tiendas, sacos, trajes de luto y mantas gruesas para pastores, cf. Mt. 3:4. Sin embargo, aquella virtuosa israelita nunca mezclaría lana con lino; porque Yavéh lo había prohibido, como un recuerdo simbólico de la separación de Israel de los paganos, y una incitación a mantenerse lejos de su horrible estilo de vida, Dt. 22:11, cf. Lv. 19:19.

Versículo 20

«Alarga su mano al pobre;
extiende sus manos al menesteroso».

No sólo es celosa, sino también misericordiosa y amorosa; pues actúa según el mandamiento respecto a los pobres: «Sin falta le darás, y no serás de mezquino corazón cuando le des, porque por ello te bendecirá Yahvéh, tu Dios, en todas tus obras y en todo lo que emprendas. (...) Abrirás tu mano

a tu hermano, al pobre y al menesteroso en tu tierra», Dt. 15: 10 y 11.

A pesar de que es una cabal ama de casa, su interés llega más lejos que el mundillo limitado de su familia. La pobreza y miseria fuera de su casa no escapan a su mirada atenta.

Versículo 21

«No teme por su familia cuando nieva,
porque toda su familia va vestida de ropas abrigadas».

Las mujeres despreocupadas pueden verse sorprendidas por un frío llegado repentinamente, pero esta mujer expeditiva no debe tener miedo a la nieve; ella había procurado, en su momento y para toda la familia, bonitas ropas de abrigo, pues todos llevan cálidas ropas, por ejemplo una tela de lana fina teñida de rojo, con la que se reconocía a los acomodados, cf. 2 S. 1:24, Jer. 4:30.

Versículo 22

«Ella se teje los tapices,
y de lino fino y de púrpura es su vestido».

Dios ha puesto en el corazón de las mujeres, incluso en el de las más pobres, el deseo y la creatividad para adornar su casa y crear en ella una esfera de vida propia. En esto no se diferencia la mujer oriental antigua de una moderna. Las mujeres orientales aún tejen tapices con los que las mujeres occidentales adornan su casa. También aquella mujer confeccionaba mantos vistosos, así como colchas de cama y tapices tejidos a mano.

Su buen gusto se evidencia asimismo por el bonito vestido que puede permitirse; pues va vestida con lino fino o lana de color púrpura. También en el antiguo Israel se conocía «el atavío de la ramera» (Pr. 7:10), pero la apariencia externa de esta piadosa israelita irradia dignidad femenina. Con ello es la antípoda de muchas mujeres modernas que se visten de forma anárquica e impúdica.

Pero en ella van de la mano el sentimiento de la hermosura y la moral, el gusto y el decoro, cf. 1 Pe. 3:3-4. Asímismo, en esto se manifiesta que teme a Yahvéh. Las mujeres cristianas que siguen su ejemplo pueden ser, en todas partes donde

Dios las sitúe, mediante su manera de vestir, un medio de frenar la inmoralidad. Dependerá de ellas si las buenas costumbres en cualquier país, en alguna manera, se mantendrán o desaparecerán totalmente. «Vosotros sois la sal de la tierra», Mt. 5:13.

Versículo 23

> *«Su marido es conocido en las puertas de la ciudad, cuando se sienta con los ancianos de la ciudad».*[3]

En el fresco recinto del edificio del pórtico latía el corazón de la vida social, cf. en 1:20-21, 8: 2-3. Allí hacía sus negocios el israelita, hablaba a sus amigos, hacía sus convenios, buscaba su sociabilidad, y allí los ancianos administraban justicia y atendían los intereses de la ciudad. Entre estas autoridades municipales, su marido era una figura conocida y respetada, cf. Job 29:7-11. Pero esta posición estimada debía agradecérsela a ella. Gracias a su cuidado por sus intereses privados podía consagrarse a los públicos, v.11. Su honor es parte del honor de ella.

Versículo 24

> *«Teje telas y las vende, y provee de cintas al mercader».*

También tiene instinto de los negocios. No sólo cuida de que su familia vista ropas buenas y hermosas (vs. 13 y 21), sino que también comercia con piezas de vestir hechas por ella misma. Confecciona artículos de lujo como vestidos de lino (probablemente ropa fina interior, Is. 3:23) y cinturones de cuero o de tejido que ha elaborado hermosamente, y por los que los comerciantes ambulantes ofrecen gustosamente buen dinero, para venderlos en el mercado internacional de Tiro. La ganancia que con ello alcanza lo invierte inteligentemente en dinero seguro: un campo o una viña, v. 16.

Por ello su marido le concede generosamente el margen de acción necesario, cf. vs. 14, 16 y 18a. No que por eso ella, de forma poco espiritual, se promocione o coloque frente a él, pues no tiene necesidad alguna de rivalizar con él. Ella es, y permanece siendo, plenamente una mujer. Hay sociedades que negaron a las mujeres estas posibilidades de desarrollo, causando con ello grandes daños.

Versículo 25

«Fuerza y honor son su vestidura,
y se ríe de lo por venir».

Aunque es muy pulcra, no es por su exterior o por su vestir por lo que causa mayor impresión. Si además es hermosa, no se menciona. Ella se impone por la fuerza y hermosura interna que irradia su aspecto, o bien por «la persona escondida en su corazón», cf. 1 P. 3:4. Uno reconoce ese poder en la sonrisa despreocupada con que habla sobre el día de mañana; pues, a su tiempo, ha tomado los preparativos necesarios, de modo que en su trabajo no teme sorpresas desagradables.

Versículo 26

«Abre su boca con sabiduría
y la ley de la clemencia está en su lengua».

Hablar prudentemente pertenece en Proverbios a la más excelsa sabiduría. Así se mantienen estables las buenas relaciones. Esta mujer lo lleva a la práctica diariamente. Lo que dice y cómo lo dice, ambas cosas testifican de su sabiduría. Si es preciso instruye, corrige y amonesta a sus hijos y al personal, amablemente y con tacto. Por eso los sabios decían muchas veces: «Escucha, hijo mío, la instrucción de tu madre», 1:8; 6:20. Mucho tiempo después de cerrar sus ojos para siempre, sus lecciones de vida aún derraman bendición: «Mi madre solía decir...» Semejante mujer es «una corona para su marido», 12:4. Él, pues, también le pide gustosamente su opinión y escucha sus inteligentes consejos. El retrato de su antípoda, es una mujer pendenciera y caprichosa, como ya lo vimos al tratar Pr. 21:9.

Versículo 27

«Considera la marcha de su casa
y no come el pan de balde».

Aunque también hace comercio de manera limitada (vs. 16 y 24), no por eso descuida su vocación principal. Mientras colabora celosamente con su personal, no pierde de vista la marcha de las cosas en su gobierno de la casa. Con razón, en nuestro tiempo alguien concedió a cada ama de casa eficiente

el título de: ¡ingeniero doméstico! No hay muchas ocupaciones tan polifacéticas como ésta, pues reúne en una sola persona algo del pedagogo, del ecónomo, del científico en alimentación, de la persona que cuida del interior de la casa, de la consultora, del catequista, de la enfermera, de la trabajadora social y de la modista.

Versículos 28 y 29

> *«Sus hijos se levantan y la llaman bienaventurada,*
> *y su marido también la alaba:*
> *¡Muchas mujeres han hecho el bien, pero tú las sobrepasas a todas!»*

Sus hijos e hijas mayores no dan por supuesto, como lo más lógico y normal, que la madre lo tenga todo en orden en casa. De vez en cuando, como en un día de conmemoración en la familia, se levantan espontáneamente para alabarla.[4]

¡Cuántos dones de inteligencia, corazón y habilidades ha recibido su madre! Y, en voz alta, expresan su gratitud por su fiel cuidado, sus sabios consejos, por su ejemplo y amor. ¡Una madre, como para sentirse orgulloso de ella!, pues están convencidos de que «honra de los hijos son sus padres», 17:6b.

Por desgracia, algunos hombres parecen ciegos a las cualidades de su mujer. Con injusticia grosera la lesionan despreciando su trabajo o minusvalorándolo. No llegan a una valoración abierta y total, por lo cual le causan mucha pena que sobrelleva en silencio.

Pero este hombre no pasa indiferente a las cualidades de su mujer; más bien lo contrario, se da cuenta de que ella cuida formidablemente de sus intereses; y ve que no en todos los sitios ocurre como en su casa.

Su sabia mujer edifica su casa, cf. Pr. 14:1; él reconoce sus talentos y el celo con que los usa; la honra o ensalza en su corazón y con su boca; y, de vez en cuando, dice en alta voz: «¡Muchas mujeres han hecho el bien, pero tú sobrepasas a todas!» ¡Palabras que nunca la cansan, y constantemente entusiasman su corazón! (Para conocer el poder de las palabras amables, véase Pr. 12:25 y 16:24).

Esta alabanza también da testimonio sobre la sabiduría. La

palabra *amor*, como tal, no aparece en toda esta poesía, pero la estimación es un elemento esencial del amor, ¡y éste se lo manifiesta a ella espléndidamente! De ello se deduce que la quiere mucho; y se da cuenta de que su matrimonio no se mantiene en pie automáticamente, sino que juntos deben trabajar en ello toda la vida. Antes que los apóstoles lo escribieran, ya se lo había enseñado el Espíritu de Cristo: «Maridos, amad a vuestras mujeres y no seáis ásperos con ellas», Col. 3:19; "dando honor a la mujer», 1 P. 3:7, cf. Ef. 5:25-33. El orden del matrimonio de Dios (cf. v.11) impide al marido la tiranía, y por eso, para ella no es una carga sino un placer.

Versículo 30

«Engañosa es la gracia y vana[5] la hermosura,
la mujer que teme a Yahvéh, esa será alabada».

Ahora, el poeta mismo toma la palabra para nombrar su rasgo más importante. Si tiene ante sus ojos una mujer hermosa, no lo menciona. Las Sagradas Escrituras no desprecian la hermosura femenina, e informan que Sara, Rebeca, Raquel, Abigaíl, Betsabé y Ester eran hermosas de aspecto. Pero los sabios sí avisaron bien a sus jóvenes lectores que nunca desearan una mujer sólo por causa de su hermosura exterior, porque con ello, como hombre, puedes resultar profundamente engañado.

Hermosura y piedad no siempre van juntas. Una bella apariencia puede, a veces, hacer pensar en un zarcillo de oro en el hocico de un cerdo, cf. Pr. 11:22. Tal persona que estuvo ciega al respecto, se ha ocasionado a sí misma un daño profundo. «No codicies su hermosura en tu corazón», Pr.6:25 «Por la belleza de la mujer se perdieron muchos», (Eclesiástico o J.ben Sirac, 9:8; cf. Cap. 9:3c.). Además, la belleza corporal es pasajera y huidiza como el vapor; como la flor más bonita, así también está condenada a marchitarse.

Quienes, pues, deben ser alabadas no son las reinas de la belleza de la TV, sino una mujer que teme a Yahvéh, y se acomoda a su destino de ser mujer. ¿Qué incluye esto para una mujer casada? Que, en su tiempo y cultura, siga el ejemplo de la mujer en Pr. 31. Que todo el hacer y dejar de hacer de esta mujer se arraigue en el temor de Yahvéh. El respeto a su marido, el apoyo y camaradería que le ofrece, el cuidado

a sus hijos, su corazón cálido con los pobres, su celo y sabiduría, la dedicación de su tiempo y dinero, todo, estén inspirados por su respeto al Creador de la familia y a los principios fundamentales que Él estableció para la mujer. Esto, a la mirada creyente de los hombres, le presta un encanto que no engaña, y una gracia que florece en su vejez.

Versículo 31

> *«¡Ofrecedle del fruto de sus manos,*
> *y que en las puertas de la ciudad la alaben sus hechos!»*

Esta mujer obtiene una porción apropiada en el bienestar del hogar que mediante su cuidado y celo ha conseguido. El placer que experimente en su vestir (v. 22) le pertenece. Si te encuentras con semejante mujer, no le niegues tu aprecio y reconocimiento. Su marido e hijos la alaban (v. 28), pero también en la puerta de la ciudad, donde cada uno se encontraba con cualquiera (cf. v.23), todos la elogian. Cuando ven el manto que ha tejido a su marido, entonces su trabajo alaba a quien lo fabricó.

¿Son perfectos este hombre y esta mujer? No; en toda la historia del mundo sólo hubo un único matrimonio *perfecto*: el de Adán y Eva antes del pecado original. Ella tuvo un marido perfecto y él una mujer perfecta. Pero, a partir de entonces, nadie más. Y entre personas imperfectas no pueden existir matrimonios perfectos.

Pero, el ejemplo de la mujer virtuosa (completa) y su marido en Proverbios 31 puede enseñar realmente que por el temor de Yahvéh aún pueden existir matrimonios *cristianos*. Movidos por el Espíritu de Cristo, un hombre imperfecto y una mujer imperfecta se hallan envueltos en su matrimonio en una santa rivalidad para *servirse* el uno al otro según su propia capacidad y vocación.

Situándose así, según el orden de Dios para el matrimonio, pueden descubrir a cada paso, lo que el libro de Proverbios proclama: «El temor de Yahvéh es manantial de vida que aparta de los lazos de la muerte», Pr. 14:27.

NOTAS Cap. 16

1.– Véase cap. 4.2 y F. van Deursen, *Los Salmos I,* cap. 1, FEliRe 1996

2.– Se trata de un poema alfabético. A partir del versículo 10, cada verso comienza con la siguiente de las veintidós letras del alfabeto hebreo: Alef, bet, gimel, dalet, etc.

3.– La palabra hebrea *'erets* también puede significar «ciudad», «ciudad-estado», M. Dahood, *Proverbs and Nordwest Semitics Philology,* 62 v y *Bíblica* 47 (1966), 280.

4.– También se puede traducir: Sus hijos la respetan, y la alaban.

5.– La palabra *española* "vano/vanidad" tiene el significado de "infructuoso" pero el término *bíblico* es la palabra hebrea *hèbel,* y esta palabra significa primariamente "suspiro" o "soplo de viento". Es como el aliento que sale de la boca cuando hace frío, y que inmediatamente desaparece: *hébel*. Por consiguiente, esta palabra, en el libro de los Salmos y en los libros sapienciales era una tipificación de la *breve* vida humana que se ha de acabar. El hombre es semejante a la vanidad, sus días son como la sombra que pasa, Sal. 144:4, cf. Sal. 39:5; 62:9.

Sin embargo, la Biblia también usa la palabra *hèbel* para referirse a los ídolos, los cuales proporcionan tan poca ayuda o apoyo como un soplo de aire, 2 R. 17:15, Jer. 2:5; 10:3, 8, 15; 16:19-20. Así es cómo la palabra *hèbel* se convirtió en un término para designar algo inútil, no merecedor de nuestra confianza. Ahora bien, Dios nunca dice que *nuestra vida* sea "sin sentido" y nunca afirma que *su creación* sea "sin valor", cf. Ge.1:31: 1 Ti. 4:4.

F. van Deursen, Prediker, Buijten & Schipperheijn, Amsterdam 1989, p. 27-29

REFERENCIA DE OTROS PROVERBIOS AFINES

Para los siquientes proverbios:	Véase en:
10:12	17:9
10:20	10:11
10:21	3:17
10:22	16:3
10:27	3:1 y s
10:28	23:17,18
10:32	18:7
11:7	23:17,18
11:9	18:7
11:10	28:28
11:19	3:1 y s
11:30	3:18
12:6	18:7
12:8	3:16
12:11	10:2
12:13	18:7
12:18	18:7 y 16:24
12:27	10:4
13:1	21:24
13:5	3:35 y 18:7
13:9	3:1 y s
14:7	13:20
14:8	p. 86
14:12	16:25
14:17	19:11
14:20	10:15
14:21	p. 75
14:25	p. 76
14:29	19:11
14:31	p. 75
15:4a	15:1 y 3:18
15:12	21:24
15:14	18:7
15:18	15:1 y 19:11
15:23	10:14
15:24	3:1 y s
16:11	p. 74
16:16	3:13 y s
16:22	1:31 y s
17:1	15:17
17:2	12:24

17:14	3:30, 15:1, 20:3
17:19	18:7
17:25	10:1, 29:15
17:27	10:19
18:9	10:4
18:13	18:7
18:16	17:8
18:20	3:24
19:6	17:8
19:7	10:15
19:15	10:4
19:16	3:1 y s
20:10	p. 74
20:20	3:1 y s
20:28	25:4 y s
21:5	10:2
21:11	21:24
21:14	17:8
21:16	3:1 y s
21:17	23:29-35
22:1	3:16
22:4	3:16
22:7	10:15
22:9	3:27 y s
22:11	3:3 y s
22:29	14:35
23:10 y s	p.76
24:1 y s	23:17
24:9	p. 86
24:13	25:16
24:19 y s	23:17 y s
25:8	3:30
25:17	25:16
25:21 y s	3:24, 20:22
25:27a	25:16
26:1	3:35
26:3	29:15
27:12	14:15
27:15 y s	21:9
28:12	28:28
28:19	10:2
28:27	3:27
29:2	28:28
29:7	3:27 y s
29:14	25:5

ÍNDICE DE MATERIAS

materias	*páginas*
Abominación, abominables	163, 216, 302, 311
aborto provocado	364
acusar Dios	326
adulterio y prostitución	113, cap.9
alegría	304
afabilidad	313
aflicciones del justo	31, 281
alimentación	81
alma (nafshó, nefesh)	271 (nota 3), 278, 314, 322
ama de casa	405, 413
amor	126/8, 306
animales, bienestar de	276/9
apacibilidad	296/9, 300/1
árbol de vida	147
autonomía	86/88, 129
autores de Proverbios	cap.2
Autor de Proverbios	39, 45
Autoridad	219, 364/8
Bendice y maldición del Pacto	165/6, 266/9
bienes materiales	136/8, 259, 264, 305, 324, 403
bienestar, obtener	169
bienhechor, el	158, 270/1, 274/5, 410
Callar en un tiempo malo	385
capacidad profesional	56/8, 82
caminar con Dios	154, 163
Caminos, los Dos	89, 246

castigar niños 60/2, 286/9, 306/8, 329-331
castigo de Dios 139-143
ciencia 88
circuncisión 114
codicia 202
comercio 74
comunión íntima con Dios 163/5
comparaciones 24, 27-30
comprensión de vida 111
confiar en Dios 128, 393
conocimiento 72, 86, 241, 401
Consejo Eterno de Dios 121
consuelo, palabras de 283, 305
contienda 162, 331/2
corazón 70, 126, 178, 384
Creación 79-80, 99, 149-150, 223/8
crédulo 66
cruz, tomar su 141

Descanso nocturno 151
diligencia 145, 256, 282, 285, 295, 409
discernimiento 62, 217
disciplina 60/2, 85, 139-143, 174
dicha *véase* vida
doctrina *véase* disciplina
Doña Sabiduría 99, cap.10 y 11
Doña Insensata 233, cap.11 (242 y ss)

Eclesiastés 32
economía 254, 272, 273/4, 307, (137/8)
educación 90/2, 174,5, 253/4, 200, 344/5
embriaguez 124, 358-363
enfermedad *véase* salud
enfermedades venéreas 189-192
entregar en manos de Dios 154, 162
escarnedores 166/7, 237/8, 343
escaseaba, la Palabra 389-390 *(y véase* 27-30)
esclavos 272
escuchar cap.5, 173/7, 333
escuchar a tiempo 103, 106
esperanza 286, 303

esperar a Dios 334, 352 nota 68, 371
esposa, elección de 273, 290, 325, 339, 406, 415
eternidad 225
evitar el mal 157, 284, 385
evolucionismo 326 (40)
extranjeros 74
experiencia de vida 175
Ezequías 45

Fatalismo 121
fidelidad conyugal 193, 204/7

Gobierno de Dios 338/9

Holocausto 364
hokhma (sabiduría) 56/7
honra humana 146, 168
humildad 166, 253, 308, 312, 324, 402
huraño, quien se aisla 320
Hijo de Dios, Jesucristo 230

Impío (el malvado) 260, 272, 276, 311, 376, 382, 385
imparcialidad 369
indulgencia 327
innocente 66, 236, 245, 292/4
ira, dia de 264/6

Jesús es Dios 230
joq (ley) 79 y ss
Juicio, Justicia 76, 264/6, 369-370
juicio final 156, 266, 294
justicia en la sociedad 74/6, 158, 369
justos, los 34, 163
juventud 63

Ley *véase* Toráh
«ley del Rey» 310
lengua, boca, labios 147, 258, 262, 268, 280

Madre 289, 413
mano de Dios 338

mashal, meshalim cap.1
matrimonio 204/7, 415
misericordia 269, 342
moderación 81, 377/9
mujer 289-294, *y véase* esposa
muerte, necedad causa de 105, 198
muerte prematura 121/5
muerte segunda 246, 266
muerte y sepulcro 299

Necedad (insensatez) 85, cap.9 (242s), 325, 346 (380 pie: distinción necio/inocentón)
Necedad, el *véase* Doña Insensata
Nombre de Dios 323
naturaleza, ley de 80
neutrales, proverbios 83/5

Obediencia 95, 333
ocultadores, proverbios 27
odio 153
ojos de Dios 207
ordenanzas, (cielo, tierra) 79

Pacto 33/4, 398, 404 nota 3 (381, 388/9)
Palabra de Dios 397-401
pan de cada dia 402/3
paz 146, 162, 280/1
parábolas 19, 27 y ss
paralelismo 20/4
pecado, nadie sin 332/3
pecador(es) 95, 357
pecado original 326
perdón de Dios 209, 317
pena de muerte 124, 195
pereza *véase* diligencia
personificación 97/8, 212/3, 230
plan del libro Proverbios 47 y ss
pobreza 74, 259, 402
primicias 136/8
promesas a Dios 336
profecía 77, 104, 388-390

profecía falsa 376
proverbios 34, 165/6
proverbios egypcios 372 nota 1
prudencia, credulidad 292/4, 343/4

Racionalismo 87
Realeza de Cristo 220, 312
rectitud puede salvar 254, 264, 294
Remanente piadosa 35, 391
Revolución 104, 128-131, 311/2, 364/68
riquezas 403, *y véase* bienes materiales

Sabiduría en práctica 56/8, 70
sabiduría de vida 58-60
sacrificio de paz 185, 336
Salomón 40/3
salud / sano 81, 131/6, 318, 377
sanadores por oración 132
santo (apartado a Dios) 336, 410
Seol 246, 302
sexuales, pecados 123, 189-193
shalom 281
SIDA (AIDS) 191/2
significado de expresiones 56
sinónimos, proverbios 22
sima generacional 337
sobrehumana, no tarea 100
soberbia 262/3, 312
soborno 319
sociedad, leyes sobre 388-391
social, justicia 75/6, 158, 402
subjetivista, religiosidad 384
sufrimiento 30, 139-141

Temor de Yahvéh 70, 111, 117/8, 218, 241, 295/6
temor por hombres 392
teología 400/1
Terra Nueva 115
Testamento *véase* Pacto
Toráh 74/7, 158/9, 319, 382, 388/9
Vanidad/vano 417 nota 5

vejez 120, 315
vengarse 334, 370
verdad 216, 280, 397
vida buena 147/9
vida, larga 145
vida, arte de la 58-60, 66
viudas 75
vivir seguro 106, 112/5, 151, 295/6, 323
vocación, límitez de 331/2

Yahvéh, nombre de Dios 19, 37 nota 3, 323

Proverbio fundamental:

«El principio de la sabiduría
es el temor de Yahvéh;
los insensatos desprecian
la sabiduría y la enseñanza».
(Pr. 1:7)

Las citas bíblicas que aparecen en este libro han sido tomadas,
casi exclusivamente, de la versión Reina-Valera, revisión 1995.

Título original: **Spreuken**
(Editorial 'Buijten & Schipperheijn', 1979-1986, Amsterdam, Países Bajos).

Traductor: Rev. Juan Teodoro Sanz Pascual
Primera edición española: 2003

ISBN: 90 6311001 4
Depósito Legal: B. 30.102 - 2003

Edita y distribuye:
FUNDACION EDITORIAL DE LITERATURA REFORMADA
(FELiRe)
Apartado 1053 - 2280 CB Rijswijk-Z.H. - Países Bajos

Distribuye:
FUNDACION EDITORIAL DE LITERATURA REFORMADA
FELiRe, Apartado 96.018, 08080-BARCELONA, ESPAÑA

Maquetación editorial y diseño portada:
RECURSOS EDICIONES
www.recursosediciones.com

Impreso en Romanyà/Valls, S. A.
Verdaguer, 1 - 08786 Capellades (Barcelona)

Printed in Spain